

Eduardo Abad García

A contracorriente

Las disidencias ortodoxas
en el comunismo español (1968-1989)



PUV
UNIVERSITAT
DE VALÈNCIA

Eduardo Abad García

A contracorriente

Las disidencias ortodoxas
en el comunismo español (1968-1989)



PUV
UNIVERSITAT
DE VALÈNCIA

A CONTRACORRIENTE

Las disidencias ortodoxas
en el comunismo español (1968-1989)

DIRECCIÓ

Ismael Saz (Universitat de València)

Julián Sanz (Universitat de València)

CONSELL EDITORIAL

Paul Preston (London School of Economics)

Walter Bernecker (Universität Erlangen, Núremberg)

Alfonso Botti (Università di Modena e Reggio Emilia)

Mercedes Yusta Rodrigo (Université Paris VIII)

Sophie Baby (Université de Bourgogne)

Carme Molinero i Ruiz (Universitat Autònoma de Barcelona)

Conxita Mir Curcó (Universitat de Lleida)

Mónica Moreno Seco (Universidad de Alicante)

Javier Tébar Hurtado (Arxiu Històric de Comissions Obreres de Catalunya, UB)

Teresa M.^a Ortega López (Universidad de Granada)

A CONTRACORRIENTE

Las disidencias ortodoxas
en el comunismo español (1968-1989)

Eduardo Abad García

Esta publicación no puede ser reproducida, ni total ni parcialmente, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea fotomecánico, fotoquímico, electrónico, por fotocopia o por cualquier otro, sin el permiso previo de la editorial.

© Eduardo Abad García, 2022

© De esta edición: Universitat de València, 2022

Publicacions de la Universitat de València

<http://puv.uv.es>

publicacions@uv.es

Coordinación editorial: Amparo Jesús-María

Ilustración de la cubierta: Militantes del PCC asomadas a la ventanilla de un tren a mediados de los años ochenta. Arxiu Josep Serradell. Fons fotogràfic.

Diseño de cubierta: Celso Hernández de la Figuera

Maquetación: Celso Hernández de la Figuera

Corrección: Letras y Píxeles, S. L.

ISBN: 978-84-9134-950-1 (papel)

ISBN: 978-84-9134-951-8 (ePub)

ISBN: 978-84-9134-952-5 (PDF)

Edición digital

A los mios pas, por enseñame lo que ye la conciencia de clase

A Natalia, por too y por tantu

«Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, en circunstancias elegidas por ellos mismos, sino en aquellas circunstancias que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos. Y precisamente cuando éstos parecen disponerse a transformarse y a transformar las cosas, a crear algo nunca antes visto, en estas épocas de crisis revolucionaria, es precisamente cuando conjuran temerosos en su auxilio a los espíritus del pasado, toman prestados sus nombres, sus consignas de guerra, su ropaje, para representar, con este disfraz de vejez venerable y este lenguaje prestado, la nueva escena de la historia universal».

Karl Marx, El 18 brumario de Luis Bonaparte,
Madrid, Fundación Federico Engels, 2003, p. 13.

«Precisamente porque el sentido inmanente de la realidad irradia con un brillo cada vez más fuerte, el sentido del devenir es cada vez más profundamente inmanente a la vida cotidiana, y la totalidad aparece cada vez más sumergida en los aspectos momentáneos, espaciales y temporales de los fenómenos. El camino de la conciencia en el proceso histórico no se allana, sino que, al contrario, se hace cada vez más arduo y requiere cada vez mayor responsabilidad. La función del marxismo ortodoxo –superación del revisionismo y del utopismo– no es, por tanto, una liquidación, una vez para siempre, de las falsas tendencias, es una lucha incesantemente renovada contra la influencia pervertidora de las formas burguesas del pensamiento en el pensamiento del proletariado. Esta ortodoxia no es la guardiana de las tradiciones, sino la anunciadora siempre alerta de la relación del instante presente y sus tareas con la totalidad del proceso histórico. Y así, las palabras del Manifiesto comunista acerca de las tareas de la ortodoxia y de sus portadores, los comunistas, no han envejecido y siguen siendo válidas».

Georg Lukács, Historia y conciencia de clase,
Barcelona, Orbis, 1985, p. 61

ÍNDICE

[PRÓLOGO](#)

[GLOSARIO DE SIGLAS Y ABREVIATURAS](#)

[INTRODUCCIÓN](#)

[I. LA PRIMERA OLA DISIDENTE. DE LOS ORÍGENES A LA
ATOMIZACIÓN](#)

[De la crisis de Checoslovaquia al PCE \(VIII Congreso\)](#)

[*1968. Mundos que chocan: la crisis de Checoslovaquia*](#)

[*Checoslovaquia como motor de disidencia en el interior del PCE.*](#)

[*Solos contra todos*](#)

[*«Escrito en rojo»: el PCE \(VIII Congreso\)*](#)

La atomización, primer obstáculo

El Partido del general: Partido Comunista Obrero Español

La esencia de los principios: El PCE (VIII-IX Congresos)

II. LA SEGUNDA OLA DISIDENTE

La oposición al VIII Congreso del PCE

Cambiar el partido desde dentro. El proyecto de la OPI

«Con nuestras propias fuerzas». La corta vida del PCT

Un movimiento a cámara lenta. Los insumisos de las Células Comunistas

La unión que no fue: nacimiento y muerte del PCEU

III. LA TERCERA OLA DISIDENTE

Frente al eurocomunismo: ¡unificación!

La disidencia ortodoxa en el comunismo catalán

«Catalunya marca el camino». El impacto del V Congreso

El Partit dels Comunistes de Catalunya, «un partido de los comunistas de siempre»

Auge y caída del PCPE

La gran ilusión, la creación del PCPE

Entre la supervivencia y el desengaño. El PCPE ante el fin del socialismo real

CONCLUSIONES

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

PRÓLOGO

La historia del comunismo español en sus diversas facetas ha experimentado en las últimas décadas una notable renovación, que ha venido a subsanar anteriores errores y exageraciones determinadas por enfoques sobradamente militantes y esencialistas, bien apriorísticamente hostiles, bien excesivamente apologéticos. Esta renovación ha supuesto no solo una actitud general distinta, más académica y distanciada, ante el tema de estudio, sino también y sobre todo una ampliación del campo temático y un profundo replanteamiento metodológico. Entre otras cosas, se ha ido encuadrando cada vez más en los marcos de una historia política remozada y también de una historia sociocultural de amplio espectro.

El presente trabajo, que ahora llega a las librerías tras un largo proceso de reflexión y elaboración, es un fruto palpable de esta modernización historiográfica. Sus páginas bien meditadas y su esquema perfectamente articulado muestran –a mi modo de ver– el buen hacer de su autor, joven pero ya avezado artesano de la historia. Y digo artesano en el mejor sentido de la palabra, porque es seguramente como mejor puede definirse la tarea o lo que –en certera expresión– Marc Bloch prefería llamar «el oficio de historiador».

Aunque todo libro –al menos cualquiera que merezca la pena– siempre es susceptible de múltiples lecturas y puede dar lugar a valoraciones distintas, la mía particular quiere hacer hincapié en las que creo que son las grandes virtudes de esta investigación. La primera es que el autor ha sabido acotar certeramente su objeto de estudio, perfilándolo y reconstruyéndolo de tal modo que desde ahora queda plenamente incorporado al campo general (la historia del comunismo, la izquierda y las luchas sociales en nuestro país) con trazos bien definidos. Eduardo no solo rescata a la que bautiza como «disidencia ortodoxa» de un cierto olvido o infravaloración, condescendiente o beligerante, frente a un PCE que, pese a sus sucesivas crisis, siempre conservó una robustez que no pudieron alcanzar quienes lo criticaban por su abandono de «los principios»; y

también ante una «izquierda revolucionaria» (trotskista, maoísta, consejista) aparentemente más glamurosa, tal vez por su perfume sesentayochista, que siempre aporta un plus de sobrevaloración en un mundo como el nuestro, presto a reconocer moral o estéticamente las rebeldías románticas fracasadas, siempre que queden reducidas a la inoperancia. Eduardo aprovecha para dar nombre a la cosa, argumentando vigorosamente en favor de la opción de ortodoxos frente a la –casi siempre despectiva– de prosoviéticos, que además arrastra connotaciones – que el análisis de este libro rechaza, creo que con razón– sugeridoras de un origen fundamentalmente externo del fenómeno. Pero, además, recorre con coherencia una trayectoria de dos densas décadas, incluyendo el final del Franquismo, la Transición y la adaptación postransicional al nuevo escenario que reafirmaba viejas hegemonías sociales. La afortunada metáfora de las olas ayuda a visualizar un proceso cuya diversidad de derivaciones y episodios queda perfectamente clarificada.

La segunda virtud del libro reside precisamente en su afinado proceso de elaboración. A diferencia de tantos objetos de trabajo que terminan imponiendo su lógica propia al investigador, Eduardo teoriza, estructura, articula conexiones y reconstruye dinámicas dando forma a un objeto de estudio que, aunque como todos es susceptible de nuevos matices y aportaciones, queda desde ahora, y creo que por mucho tiempo, acotado con sus esquemas y su nomenclatura. Un tema además rescatado para la historia sociocultural, con la aplicación de operativas nociones como las de memoria colectiva, identidad o cultura política, que tanto están contribuyendo a renovar la historia política actual. Todo ello, con un soporte documental sólido y consistente, fruto de un rastreo minucioso y una amplia nómina de testimonios personales que enriquecen una visión que nunca renuncia a cierta perspectiva «desde abajo».

Un tercer rasgo es la presencia, subyacente y que aflora solo de manera ocasional, del interés personal del autor por los procesos de los que habla, y que no está reñido con un prioritario compromiso, inexcusable en cualquier historiador que se precie, por la reconstrucción veraz, más allá de simpatías o antipatías con quienes son objeto de su bisturí analítico y crítico. Por fortuna, Eduardo está lejos de aplicar a sus «biografiados» el tono condescendiente que Thompson rechazaba para los que han ido «a contracorriente» y no han logrado

triunfar en sus pequeñas o medianas batallas; en las grandes, dicho sea de paso, este fracaso último es, en definitiva, compartido con los demás sectores que también quisieron «asaltar el cielo». Como bien señala Eduardo con cita interpuesta (¡gran hallazgo el texto del 18 Brumario aplicado a la ocasión!), los hombres hacen su propia historia, aunque no la hacen a su libre arbitrio ni sin el peso –que es también estímulo– de «las generaciones muertas» y «los espíritus del pasado». Esta invocación de las propias tradiciones, que quienes se estudian en este libro consideran traicionadas, configura una ortodoxia que Eduardo no menosprecia ni rechaza en sí misma, al menos si se entiende a la manera lukacsiana, no como mera guardiana de un pasado glorioso, sino como «anunciadora» de la relación del presente con «la totalidad del proceso histórico». Pero –no nos engañemos– los juicios y valoraciones del autor de este libro no son exactamente complacientes o acríticos, en especial cuando la ortodoxia actúa como freno o factor de ofuscación con respecto a la realidad; como buen historiador, su perspectiva es etic o distanciada, aunque tenga en cuenta la visión emic de los propios protagonistas.

Poco más se me ocurre añadir. Quizás el reconocimiento de que mi opinión está inevitablemente condicionada por haber visto nacer y crecer al historiador y a su trabajo, asistiendo al siempre grato espectáculo de presenciar, como «observador participante», de qué manera un joven investigador va puliendo sus defectos, limando sus prejuicios y rellenando las lagunas de su formación; aprendiendo, en definitiva, su oficio y asumiendo el código deontológico propio de un historiador honesto. Esta percepción emocionante, que es, *mutatis mutandis*, casi como revivir la propia y ya lejana experiencia juvenil, se une en este caso a un afecto y a un respeto personal e intelectual que han ido acrecentándose, que supongo correspondidos –si es que la petición de un prólogo puede testificarlo– y que ojalá no hayan dañado gravemente la ecuanimidad de mis valoraciones. Acerca de los defectos de este trabajo –que sin duda también los hay–, son los lectores quienes deben juzgar, pero estoy seguro de que al menos una parte significativa de ellos podrán compartir, sin violentar su propia percepción, mis modestas apreciaciones.

FRANCISCO ERICE

GLOSARIO DE SIGLAS Y ABREVIATURAS

ADAMHIS	Asociación de Amistad Hispano-Soviética
AFOHSA	Archivo de Fuentes Orales de la Historia Soci
AHCCOO-A	Archivo Histórico de Comisiones Obreras de .
AHCONC	Arxiu Històric de la CONC
AHPCE	Archivo Histórico del Partido Comunista de E
AHUO	Archivo Histórico de la Universidad de Ovied
ATLE	Archivo Tiempos de Lucha y Esperanza
AUS	Asociación de Amigos de la Unión Soviética
CC	Comité Central
CC. CC.	Células Comunistas

CC. OO.	Comisiones Obreras
CD	Coordinación Democrática
CE	Comité Ejecutivo
CEE	Comunidad Económica Europea
CEOP	Coordinadora Estatal de Organizaciones Pacif
CIA	Central Intelligence Agency
CJC	Colectivos de Jóvenes Comunistas
CMP	Consejo Mundial de la Paz
CNT	Confederación Nacional del Trabajo
CONC	Comissió Obrera Nacional de Catalunya
CP	Comité Provincial

CR	Comité Regional
CRAS	Comunas Revolucionarias de Acción Socialis
CUT	Coordinadora Unitaria de Trabajadores
EK	Euskal Komunistak
FDR	Frente Democrático Revolucionario
FJCE	Federación de Jóvenes Comunistas de España
FLP	Frente de Liberación Popular
FLPCA	Frente Leninista del Partido Comunista de An
FRAP	Frente Revolucionario Antifascista y Patriota
FUCA	Frente Unitario Comunista por la Abstención
FUSOA	Frente Unitario de Solidaridad Obrera de Astu
IC	Internacional Comunista

IU	Izquierda Unida
JJ. SS.	Juventudes Socialistas
JCE (VIII-IX Congreso)	Juventud Comunista de España (VIII-IX Cong
JCT	Juventud Comunista de los Trabajadores
KKE	Κομμουνιστικό Κόμμα Ελλάδας Partido Com
LCR-ETA (VI)	Liga Comunista Revolucionaria-ETA (VI Asa
MC	Movimiento Comunista
MCA	Movimientu Comunista d'Asturies
MCE	Mercado Común Europeo
MCI	Movimiento Comunista Internacional
MDM	Movimiento Democrático de Mujeres

MDP	Movimiento Democrático Portugués
MRPCE	Movimiento de Recuperación del Partido Con
MRUPC	Movimiento de Recuperación y Unificación d
OCE (BR)	Organización Comunista de España (Bandera
OMDE	Organización de Mujeres Democráticas de Es
OPI	Oposición de Izquierdas del PCE
ORT	Organización Revolucionaria de Trabajadores
OTAN	Organización Tratado del Atlántico Norte
P	Partido
PC	Partido Comunista
PCA	Partido Comunista de Asturias/ Partido Comu

PCC	Partit dels Comunistes de Catalunya
PCCH	Partido Comunista de Checoslovaquia
PCOC	Partit Comunista Obrer de Catalunya
PCE	Partido Comunista de España
PCE (m-l)	Partido Comunista de España (marxista-lenini
PCE (VIII Congreso)	Partido Comunista de España (VIII Congreso)
PCE (VIII-IX Congreso)	Partido Comunista de España (VIII y IX Cong
PCEU	Partido Comunista de España Unificado
PCF	Parti Communiste Français
PCI	Partito Comunista Italiano
PCOE	Partido Comunista Obrero Español
PCP	Partido Comunista Portugués

PCPE	Partido Comunista de los Pueblos de España
PCT	Partido Comunista de los Trabajadores
PCTA	Partíu Comunista de los Trabayaores d'Asturi
PCUS	Partido Comunista de la Unión Soviética
PGT	Partido Guatemalteco del Trabajo
PP. CC.	Partidos Comunistas
PRN	Política de Reconciliación Nacional
PRUC	Promotora por la Recuperación y Unificación
PSOE	Partido Socialista Obrero Español
PSP	Partido Socialista Popular
PSUA/SED	Partido Socialista Unificado de Alemania/ Soz

	Einheitspartei Deutschlands
PSUC	Partit Socialista Unificat de Catalunya
RDA	República Democrática Alemana
RGANI	Российский государственный архив новейш
UGT	Unión General de Trabajadores
UNINSA	Unión de Siderúrgicas Asturianas SA
UR	Unidad Regionalista/ Unidá Rexonalista
URSS	Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas

INTRODUCCIÓN

Una disidencia en forma de olas

En abril de 1985, con motivo del 65.º aniversario de la fundación del PCE, el escritor y comunista Manuel Vázquez Montalbán publicaba en el órgano del PCE Mundo Obrero un pequeño artículo de reflexión titulado «La cultura de la poda».¹ En sus líneas, describía la existencia de una conducta en la cultura política comunista que, a su juicio, resultaba diferenciadora frente a otras culturas políticas: la dinámica de las constantes purgas internas. No obstante, pese a lo interesante de las reflexiones del escritor catalán, tampoco está de más recordar que estas prácticas autodestructivas han existido en todos los movimientos políticos, no solo en el comunista. En todo caso, para Vázquez Montalbán, esta «cultura de la poda» obedecía a un desencadenante endógeno: la falta de mecanismos democráticos dentro de los partidos comunistas que garantizaran la pluralidad interna y que, a su vez, permitía a los partidos actuar «como si aún conservaran aquella necesidad de decantación de los orígenes, en busca de una conciencia colectiva “ideal”». Además, añadía cómo «En nombre de esa búsqueda de la conciencia colectiva ideal, de la purificación del intelectual orgánico colectivo, se han cometido auténticos genocidios internos y no siempre en el sentido figurado de la palabra genocidio. “La poda fortalece al árbol”».² Lo cierto es que en la historia del PCE la actitud general hacia la disidencia interna fue siempre la misma: la censura, el estigma y la persecución de quienes opinaban de manera diferente a la dirección del partido. Al contrario de lo que se pueda pensar, estas prácticas no desaparecieron con el paso del tiempo. De tal manera que se volvieron a reproducir masivamente con la llegada de la crisis generalizada del movimiento comunista internacional en la cual se inserta este trabajo. Sin embargo, es necesario recordar que las formas empleadas para llevar a cabo las purgas internas fueron evolucionando, de modo que no resultan comparables los métodos utilizados en los años cuarenta con los de los años setenta y ochenta.³ Por otra parte, también resulta relevante resaltar que esta «cultura de la poda» no fue un fenómeno en propiedad exclusiva de los dirigentes más reformistas, sino que, tristemente, se volvería a reproducir de manera bastante similar en los distintos partidos que los expulsados fueron

creando a lo largo de los años.

Un repaso a la historia reciente de los comunistas españoles permite rastrear la existencia de disidencias internas prácticamente en cualquier periodo. Sin embargo, no todos los movimientos de oposición fueron iguales en su origen, ni tuvieron la misma configuración e influencia. El fenómeno de la disidencia sufrió un aumento exponencial y un salto cualitativo tras la «fecha bisagra de 1968» y la crisis general del movimiento comunista.⁴ La crisis de Checoslovaquia de ese año se convertiría en el detonante para el surgimiento de un movimiento centrífugo de unas dimensiones nunca antes vistas en la historia del PCE. Lo que diferenciaría esta nueva disidencia de otros movimientos precedentes era su propia configuración interna, que bien podría definirse como una especie de oxímoron, ya que, como bien señalaba Gregorio Morán, 1968 fue el año en que la ortodoxia se convirtió en disidencia.⁵ Además, otro factor importante es que, lejos de desaparecer al remitir el eco del 68 checoslovaco y convertirse en un estallido momentáneo, este fenómeno sufriría nuevos impulsos durante las dos décadas siguientes que guardarían importantes nexos entre sí.

En cuanto a su origen, el fenómeno disidente se demostró poliédrico. Por una parte, en su despliegue resulta evidente el peso inicial de conflictos particulares entre sectores de la militancia comunista, cuyo origen era relativamente diverso. Se trataba de episodios muy localizados, pero que motivaron la transformación colectiva de sectores que hasta ese momento se habían identificado con la dirección del partido como críticos y disconformes. Por otra parte, también es importante recalcar que existió un nexo común que articuló fuertes vínculos culturales entre las distintas etapas de esta disidencia. Ese vínculo no fue otro que una autopercepción compartida por estos militantes como comunistas contrarios a la nueva línea más moderada del PCE, que simbolizaba como nadie su secretario general Santiago Carrillo. Un proceso marcado por la construcción colectiva de su identidad. Es decir, en la construcción de las diferencias existentes entre el «nosotros» que les definía y el «ellos» que encarnarían los sectores oficialistas del PCE. Para articular ideológicamente su rechazo, reivindicaron la ortodoxia del marxismo-leninismo, el internacionalismo proletario y el modelo bolchevique de partido, elementos todos ellos clásicos de su cultura política y pilares de la identidad comunista durante décadas. Además,

otro rasgo diferenciador fue la pervivencia simbólica de la URSS como un referente mayormente positivo, a la vez que reivindicaban la memoria colectiva de los comunistas españoles en todas sus facetas.

Conviene subrayar cómo este proceso tuvo una configuración que se alargó durante décadas y que fue más allá de los conflictos meramente coyunturales. El fenómeno de la disidencia ortodoxa se enmarcó en una rebeldía colectiva de corte transversal que fue llevada a cabo por distintos sectores de la militancia comunista en diversos momentos de la historia. Además, sus orígenes hay que buscarlos dentro de cada etapa en un momento concreto en el cual se produjo la toma de conciencia frente a lo que valoraban como un proceso de mutación de la identidad global del PCE, que a sus ojos suponía una renuncia intolerable. Sería esta transformación en su mentalidad la que les haría romper los vínculos de la disciplina de partido y actuar tanto dentro como fuera del PCE con un objetivo: recuperar lo que consideraban que un día había sido el Partido Comunista de España.

La historiografía sobre el PCE en las últimas décadas ha conocido un importante repunte, tanto en cantidad como en calidad, y, por suerte, cada año aparecen nuevos e interesantes ensayos o monografías. Los estudios sobre el fenómeno comunista que se llevaron a cabo de forma posterior a la II Guerra Mundial estuvieron, en la mayoría de los casos, tremendamente condicionados por el contexto de la Guerra Fría. La producción escrita sobre este objeto de estudio oscilaba entre la burda manipulación anticomunista y la hagiografía heroica de los textos de carácter más militante. La historiografía producida a partir de la década de los setenta se centró especialmente en una historia política donde las perspectivas internas y los enfoques «desde abajo» desempeñaban un escaso papel. Otros campos de las ciencias sociales, como por ejemplo la sociología o la antropología, sí centraron sus miradas en las teorías de los sujetos sociales o la identidad colectiva, pero en muchos casos equipararon erróneamente la participación en organizaciones clandestinas con alguna clase de patología psicológica (personalidades dependientes, baja autoestima, baja inteligencia o egocentrismo).⁶ Estas categorizaciones derivadas de una perspectiva anticomunista también se pueden encontrar fácilmente, incluso en la actualidad, en el campo de la historia, como muestra el uso acrítico del concepto de

«religión política».⁷ Sin embargo, en los últimos años, han surgido nuevos enfoques de investigación que rompen con la historiografía clásica, centrada principalmente en dirigentes y episodios concretos, lo que abre perspectivas inéditas de análisis y permite identificar nuevos sujetos de estudio dentro de la vida del PCE.⁸ Para el caso español resultan especialmente relevantes el libro colectivo *Nosotros los comunistas. Memoria identidad e Historia Social*, el libro de Juan Andrade *El PCE y el PSOE en (la) Transición* o los escritos de Giaime Pala sobre la identidad de la militancia en el Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC).⁹ En estas obras se trabaja sobre la identidad de los comunistas desde categorías sociológicas que, lejos de ver el comunismo como una «patología política»,¹⁰ tratan con el rigor necesario los problemas vinculados con los procesos de construcción de la identidad colectiva de la militancia comunista. También resultan muy relevantes todos aquellos estudios que se encuentran relacionados con el estudio de las políticas de memoria de los comunistas.¹¹ En los últimos años han continuado apareciendo libros sobre esta temática, demostrando que la historiografía sobre el PCE se encuentra en un buen momento.¹²

Asimismo, también se han producido interesantes avances en el estudio de las diferentes organizaciones que formaron parte de la denominada «izquierda revolucionaria española», es decir, de aquellos movimientos que se consideraban revolucionarios frente a la supuesta deriva reformista del comunismo oficial. Este nuevo objeto de interés historiográfico es fruto del cuestionamiento del relato historiográfico clásico sobre el «Régimen del 78». Aunque la gran mayoría de los estudios tienen un formato más bien descriptivo, existen algunas excepciones. En los últimos años han destacado muchas aportaciones en formato de comunicaciones en congresos, tesis doctorales y pequeños ensayos, contribuyendo a enriquecer el debate sobre las identidades militantes. En este sentido, es especialmente relevante el libro de Gonzalo Wilhelmi *Romper el consenso. Izquierda radical y movimientos sociales en la transición* publicado en 2016.¹³ También ha sido importante el papel de los exmilitantes de diversos partidos y organizaciones, que han comenzado a construir memoria en torno a sus experiencias de lucha, contribuyendo con la publicación de varias obras.¹⁴

Los comunistas ortodoxos se encuentran a medio camino entre el PCE y la

izquierda revolucionaria. Sin embargo, la historia de ambas corrientes ha tendido a ignorar o minusvalorar su existencia. Una de las pocas excepciones son los textos escritos por Julio Pérez Serrano sobre el conjunto de la izquierda revolucionaria española.¹⁵ También han aparecido otras contribuciones, como las de Víctor Peña, quien analiza a los comunistas ortodoxos desde una perspectiva fundamentalmente política.¹⁶ Por mi parte, a lo largo de estos años de investigación, también he publicado algunos artículos y contribuciones a congresos sobre este sector comunista.¹⁷ Sin embargo, la historia de una buena parte de los comunistas ortodoxos estaba por escribir y esto se debe, principalmente, a las limitaciones de su proyecto político, ya que como bien señala Thompson «las vías muertas, las causas perdidas y los propios perdedores caen en el olvido».¹⁸ El presente trabajo es la primera ocasión en la cual se estudia el fenómeno de la disidencia comunista ortodoxa de forma global y monográfica. Por lo tanto, su objetivo principal es contribuir a esclarecer una de las facetas más desconocidas de la historia del comunismo español, sin la cual esta quedaría incompleta.

La acotación del objeto de estudio y el interés por conocer tanto las experiencias de los militantes como sus representaciones sociales y culturales condicionaron el uso de la metodología empleada, de carácter fundamentalmente cualitativo. Sin embargo, también lo fue el difícil acceso a fuentes cuantitativas o cuantificables, como estadísticas sociológicas de militancia o número de tiradas de periódicos. No obstante, siempre que ha sido posible se ha incorporado este tipo de apreciaciones, ya que la cuantificación permite «aportar un óptimo valor instrumental; sirve para basar, para apoyar una explicación, pero no reemplaza a la explicación misma».¹⁹ Para ello, me baso en los principios de la historia sociocultural, poniendo especial hincapié en su identidad, memoria e imaginario colectivo. Estos aspectos son analizados en profundidad a lo largo de todo el libro. De esta manera, se utiliza una metodología que tiene como objetivo la búsqueda de una perspectiva totalizadora que permita sacar el máximo rendimiento a unas fuentes disponibles caracterizadas por su fragmentación.

La hipótesis de partida de este libro es que los múltiples conflictos internos producidos en el seno del PCE no estuvieron manipulados por la intervención exógena de algún servicio secreto de un país socialista. Bien al contrario, se trató

de un proceso fundamentalmente endógeno, cuyo origen hay que buscarlo en las consecuencias de la mutación progresiva de la política y la imagen del PCE entre sectores de su militancia. También fue importante el contexto, marcado por las frustraciones del último Franquismo, la Transición y la crisis del Movimiento Comunista Internacional (MCI). La arribada de estos cambios no siempre fue bien recibida, produciéndose como consecuencia varios movimientos disidentes, cuyo nexo común radica en la importancia de la autopercepción clásica de la identidad comunista.

Fruto de una exhaustiva investigación, este trabajo se propone una clasificación de esta corriente en tres etapas. Estas fases son lo que he denominado «olas». La metáfora tiene un propósito heurístico y, como toda clasificación, procura arrojar luz para una mejor comprensión de los fenómenos complejos, como el que aquí se analiza. Por supuesto, esta forma de entender la configuración de un fenómeno sociopolítico no es la primera vez que se plantea en las ciencias sociales. La clasificación en olas, con sentidos variados, ha sido ampliamente utilizada para ofrecer una conceptualización de diversos movimientos sociales. En 1996, el sociólogo Immanuel Wallerstein editaba un volumen sobre la historia de los movimientos sociales a escala global bajo el sugerente título de *Making Waves. Worldwide Social Movements, 1750-2005*. En su introducción, Wallerstein llamaba la atención sobre la necesidad de estudiar la relación entre la existencia de oleadas con características propias y la existencia de un proceso de acumulación sobre el cual iban surgiendo los nuevos impulsos.²⁰ Además, en las conclusiones de este libro se resaltaban especialmente dos hallazgos novedosos. El primero se refería al impacto global de la lucha de los movimientos sociales en el mundo capitalista. El segundo eran las interesantes relaciones de sinergia que se producían entre los viejos movimientos sociales y el surgimiento de otros nuevos. Fenómeno que, a su vez, se veía complementado por las radicales transformaciones que sus acciones producían en las fuerzas contra las cuales protestaban.²¹

Existen muchos estudios centrados en movimientos sociales concretos que, de alguna manera, también utilizan la conceptualización de las olas, aunque su significado pueda ser algo diferente. Por ejemplo, la visión cíclica, que habla de una marea que se va desarrollando en olas. Un buen ejemplo serían las ondas de

movimiento producidas a lo largo del tiempo en algunos movimientos sociales, como las oleadas huelguísticas del movimiento obrero, los ciclos de protesta del pacifismo o el movimiento ciudadano.²² Por otra parte, otros movimientos, como el movimiento de personas afrodescendientes en Estados Unidos, sí han sido estudiados poniendo en relación las distintas olas que configuraron su historia. De tal manera que cada ola aporta elementos nuevos, se ciñe a contextos novedosos y acumula enseñanzas y herencias de la anterior.²³ Sin embargo, si existe un movimiento social donde este acercamiento heurístico ha tenido especial impacto, ese ha sido el feminista.²⁴ Los estudios sobre este movimiento, en algunas ocasiones, han tratado de plantear una visión progresiva de las distintas olas un tanto determinista, a modo de generaciones que van subiendo escalones, lo cual también ha generado polémicas:

Durante más de un cuarto de siglo, la teoría feminista ha sido presentada como una serie de olas ascendentes, y esto ha sido presentado como una serie de divisiones generacionales y diferencias de orientación política, así como diferentes formulaciones de objetivos. La imaginería de las ondas, aunque connota movimiento continuo, implica una trayectoria singular a modo de una teleología inevitablemente progresiva. Como tal, limita la forma en que entendemos qué ha sido el feminismo y dónde ha aparecido el pensamiento feminista, al tiempo que simplifica la rica diversidad política y filosófica que ha sido característica del feminismo en todo momento.²⁵

Esta visión también ha sido criticada por una parte de la comunidad académica como, por ejemplo, en el caso de la filósofa marxista y feminista Gilliam Howie, quien observa en este planteamiento un enfoque esencialista que muestra una carencia de análisis que parta de la realidad material y social. De tal manera que la crítica contra las olas se formula, no contra la existencia de olas en sí mismas, sino contra una visión determinada que segmenta excesivamente cada una, estableciendo compartimentos estancos sobre la base de visiones idealistas del pasado de este movimiento.²⁶ Estas visiones, además, reflexionan muy poco sobre la propia metáfora de las olas. En mi opinión, dicha metáfora, empleada en el contexto adecuado, tiene una fuerza explicativa muy visual y no ha sido explotada suficientemente en el campo de los estudios sobre el comunismo español. Por ello, si bien emplearé este elemento como categoría analítica, no

dejaré de acotar sus límites ontológicos con el fin de dotarlo de significado, transformándolo en un concepto relevante para el análisis de la disidencia comunista ortodoxa. La clasificación, como tantas otras que se pudiesen hacer, no está exenta de problemas, pero con todo resulta especialmente útil a la hora de presentar este fenómeno de la forma más clara posible al lector, conjugando los aspectos diacrónicos y sincrónicos que se pretenden mostrar.

Para el presente trabajo se toma la metáfora de las olas del feminismo en su consideración como movimiento social, político y teórico conceptualizado como un proceso. Esa idea de «proceso» resulta especialmente útil para explicar cómo el fenómeno de la disidencia ortodoxa en el comunismo español se desplegó gradualmente, no de un día para otro, y que, además, permite apreciar la existencia de tres etapas diferenciadas con rasgos propios.

En relación con los aspectos diacrónicos de este trabajo, además de la idea de proceso, es importante destacar la idea de «solapamiento». Del mismo modo que las olas del mar se suceden las unas a las otras, los partidos y organizaciones que encarnarán la siguiente ola disidente emergen cuando todavía resisten los anteriores. Mientras conviven, los segundos van ganando espacio a los primeros, con retraimientos, hasta que la primera ola se disipa y la segunda se impone como dominante. En este sentido, el concepto de «ola» permite mostrar la sucesión temporal de tres etapas de la disidencia con características propias. Al mismo tiempo, facilita mostrar la permeabilidad de los límites entre estas etapas, conviviendo temporalmente unas olas con otras. Esta clasificación rompe con la artificialidad de las categorizaciones meramente diacrónicas, que trazan límites rígidos forzando en exceso el fenómeno estudiado y ocultando la complejidad de la realidad material. Por ello, la metáfora de la «ola», ahora ya como categoría analítica, permite realizar un análisis más respetuoso con el fenómeno estudiado. La «ola» se sustenta sobre las ideas de «proceso» y «solapamiento». Como ya se ha mencionado, se entiende como proceso en la medida en que, si bien tiene lugar una sucesión temporal de acontecimientos, al mismo tiempo, se contemplan tanto los avances como los retrocesos, no únicamente el progreso inexorable que se ha criticado anteriormente. Por otro lado, la idea de «solapamiento» da cuenta de la complejidad de las etapas, en las que conviven aspectos de unas olas con otras, retroalimentándose entre ellas, aunque sea a

través de la crítica o la polémica. Es por ello por lo que unas olas «conversan» con otras, y desde esa «conversación» se construyen las unas con las otras. Así es como se mostrarán, por un lado, las distintas etapas en las que la disidencia comunista ortodoxa se constituye con características que les son propias; y, por otro, la permeabilidad de los límites y las sinergias temporales y temáticas. La clasificación en olas también permite un análisis sincrónico centrado, especialmente, en la identidad comunista.

Por todo ello, este trabajo ha tenido que estructurarse de una forma doble, incluyendo una caracterización general y un desarrollo cronológico. La introducción funciona a modo de ventana transversal desde la que perfilar las principales características de este fenómeno enfocado desde una perspectiva social y cultural. De esta manera se logra obtener una visión global de la historia de esta disidencia, que posteriormente se estudiará con detalle. El elemento de la identidad comunista funcionó como un nexo que favoreció la permeabilidad de unas olas con respecto a otras. Por eso se convirtió en el principal vector de este fenómeno. En ese sentido se analiza el proceso de construcción de una identidad colectiva por parte de los disidentes ortodoxos. Además, se problematizan las categorías con las que hasta ahora han sido clasificados, especialmente el término «prosoviético», y se propone, razonadamente, utilizar el de comunistas ortodoxos por considerarlo más riguroso y realista.

A continuación, se encuentran las tres olas de la disidencia ortodoxa en el comunismo español, dividido en otros tantos capítulos. En ellos se realiza un repaso de las principales etapas y episodios de cada ola con el objetivo de lograr una comprensión total del objeto de estudio. Cada ola se distingue por una serie de tópicos, problemas y características que les son propios. Al mismo tiempo que abarcan distintos periodos en la historia que se narra, en tanto que forman parte de un proceso, también se encuentran relacionadas las unas con las otras. Por ello se pueden encontrar elementos de la primera en la segunda y de ambas en la tercera. Esto tiene que ver con las reacciones, críticas y diálogos entre las diferentes tradiciones, grupos y partidos que formaron parte de esta corriente del comunismo español. Además, es necesario volver a resaltar la idea del solapamiento y del desarrollo sincrónico del análisis de este fenómeno. Es por ello por lo que en los distintos capítulos pueden aparecer algunos segmentos

cronológicos similares, donde lo que cambia es la perspectiva del sujeto que se está estudiando en ese momento.

El primer capítulo tras la introducción está dedicado íntegramente a explicar la primera ola de la disidencia ortodoxa. En él se realiza un repaso general por las principales características de la primera fase, cuyo origen se encuentra en el alejamiento por parte del PCE de la identificación con la URSS. Sus páginas abarcan desde los orígenes hasta el proceso de atomización de los años setenta e incluso la prolongación de algunas organizaciones hasta su extinción a mediados de los ochenta. Comienza analizando las consecuencias de la crisis de Checoslovaquia de 1968 para los comunistas españoles, especialmente para aquellos que se van a manifestar contrarios a la posición adoptada por el PCE. Este episodio resulta especialmente importante por ser el que desencadenó la aparición de una disidencia ortodoxa relevante por primera vez en la historia del partido. Seguidamente, se examina el proceso de formación del primer partido comunista ortodoxo en 1971, el PCE (VIII Congreso). Además, también se profundiza en aquellos rasgos culturales y de militancia que le aportaron una singularidad propia. Por último, se analiza la historia de los dos partidos resultantes de una crisis interna en la citada organización. Por una parte, el Partido Comunista Obrero Español (PCOE) de Enrique Líster, con escasa incidencia, marcado por la histórica personalidad de su secretario general, que acabaría completamente marginado de las dinámicas de la tercera ola y se integraría en el PCE en 1986. Por otra, el Partido Comunista de España (VIII-IX Congresos), liderado por Eduardo García y que, aunque con mayor número de militancia, siempre guardó un gran mimetismo con el PCE y destacó por una adhesión incondicional a la URSS. Este partido sí se acabaría integrando en la tercera y última ola disidente.

El segundo capítulo está dedicado a la segunda ola disidente. Una ola cuyo origen ya no se relacionaba de forma directa con la crisis con el referente soviético. Su nacimiento se nutriría del malestar existente debido a la falta de democracia interna en el interior del PCE, así como con un malestar fruto de la moderación en la táctica del partido. Además, este movimiento llegaría a reivindicar la identidad clásica de los comunistas como una pieza muy importante en su lucha. Frente a un perfil militante más clásico y obrerista

característico de la primera ola, la segunda estaba compuesta en su mayor parte por jóvenes profesionales y universitarios. El capítulo comienza analizando el impacto del VIII Congreso del PCE celebrado en 1972 entre estos sectores y el surgimiento de un movimiento disidente que demandaba mayor libertad de expresión y la adopción de unas posiciones más combativas. Esto dio lugar a la aparición de una tendencia interna conocida como la Oposición de Izquierdas (OPI), que pretendía cambiar el partido desde dentro de sus estructuras. Lejos de conseguirlo, la mayoría de sus miembros se vieron abocados a permanecer fuera del partido debido a las expulsiones. Por eso, a continuación, se analiza la corta historia del Partido Comunista de los Trabajadores (PCT), surgido de las cenizas de la OPI.

Acto seguido, le llega el turno a otra organización ortodoxa. Se trata de las Células Comunistas (CC. CC.), cuya mayor influencia se vivió en las Islas Canarias. Este movimiento también tuvo especial peso entre sectores profesionales e intelectuales, quienes plantearon nuevas críticas al sistema de funcionamiento interno del partido, al mismo tiempo que reivindicaban la identidad comunista más clásica. Por último, se analiza un episodio de transición entre la segunda ola y la tercera, como fue el caso del nacimiento y crisis del Partido Comunista Unificado (PCEU). Este partido nació de la fusión en 1980 entre el PCE (VIII-IX Congreso) y el PCT, es decir de la fusión entre la primera y la segunda ola. Sin embargo, rápidamente surgieron drásticas desavenencias que provocaron la existencia de dos organizaciones enfrentadas pero que utilizaban el mismo nombre. Estas organizaciones acabarían participando activamente en la consolidación de la tercera ola disidente hasta acabar integrándose en ella.

El tercer y último capítulo está dedicado a la tercera ola, cuyos orígenes están directamente relacionados con las consecuencias moleculares que el eurocomunismo produjo en el PCE y con la grave crisis interna que atravesó ese partido entre 1978 y 1989. Las principales características de esta etapa estaban relacionadas con esa crisis y con la búsqueda de un referente colectivo que el PCE había dejado de representar para muchos militantes. Por tanto, era una ola que volvía a reivindicar la identidad comunista que, según estos sectores, había sido abandonada con la irrupción del eurocomunismo. La forma de hacerlo

estaba vinculada a la consigna de la unidad de los comunistas como vía para la construcción de un nuevo partido que rivalizara con el PCE e incluso que lograra desbancarlo. Fue una ola mucho más heterogénea que las anteriores, en parte por su mayor amplitud numérica, lo que permitió integrar una diversidad relativamente amplia de perfiles de militancia. Además, esta ola permitió asimilar los restos de otras anteriores en su seno, con las que «conversó» hasta integrarlas o lograr destruirlas. El capítulo comienza indagando en los orígenes de esta oleada, repasando la existencia de algunos fenómenos locales en los cuales, en plena Transición, se crearon plataformas de unidad comunista potenciadas por grupos de comunistas independientes. Además, también se hace un repaso sobre el proceso de formación de los primeros grupos de peso, como la Coordinadora Leninista que lideraba García Salve. Más tarde ya aparecerían las primeras plataformas formadas por los expulsados del partido dirigido por Carrillo, como el Movimiento de Recuperación del PCE (MRPCE) o la Promotora de Recuperación y Unificación de los Comunistas (PRUC).

Todos estos grupos fueron convergiendo, no sin problemas, hacia la celebración de un congreso de unificación. En este contexto la crisis del comunismo catalán marcó el inicio de un nuevo impulso para los disidentes en toda España. Cataluña fue el escenario del mayor fenómeno de disidencia contra el eurocomunismo. La crisis desatada antes y después del V Congreso del Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC) ofreció una nueva perspectiva a la disidencia ortodoxa. Este episodio se convertiría en un detonante que logró canalizar los descontentos existentes por múltiples factores y nuclearlos en torno a la idea fuerza de recuperar la identidad comunista. Tras una política de expulsiones masivas, los disidentes fundarían el Partit dels Comunistes de Catalunya (PCC). Un partido que contaba con miles de militantes, una fuerte integración en el territorio y en la clase obrera catalana. En el futuro, este partido se convertiría en el principal impulsor y valedor general de los comunistas ortodoxos. Finalmente, en 1984 se produciría un congreso de unidad comunista en el que participarían todas las fuerzas de la tercera ola. Este cónclave dio lugar a un nuevo partido, primero llamado Partido Comunista (PC) a secas y más tarde Partido Comunista de los Pueblos de España (PCPE). En sus primeros años, el PCPE alcanzaría una buena implantación. Sin embargo, como se analiza en el último epígrafe, acabaría sufriendo una importante crisis interna con el abandono de un relevante sector de su militancia, que se reintegraría en el PCE. A esto se sumó el inicio de la crisis de los países del socialismo real, fenómeno que

afectaría drásticamente a esta corriente comunista.

LA ORTODOXIA COMO HILO CONDUCTOR

Los comunistas ortodoxos fueron una corriente del comunismo español que tuvo su base en las divergencias surgidas fruto de los cambios producidos en el PCE de los años finales del Franquismo y la Transición. Como respuesta a esos cambios, muchos comunistas sintieron la necesidad de defender la percepción de lo que significaba para ellos ser comunista. Entre esas transformaciones tuvo mucho peso el distanciamiento y la crítica al PCUS, pero también todos los elementos identitarios que el arquetipo simbólico del país soviético aún representaba entre los comunistas españoles.²⁷ Es cierto que no se trató de un proceso homogéneo, pero es que la filiación colectiva se expresa muy pocas veces a través de identidades completamente integradas y monolíticas.²⁸ A lo largo de las sucesivas olas en las que se estructura la historia de esta corriente comunista se puede rastrear la existencia de una relativamente rica pluralidad de factores simbólicos que les aportaban algunos rasgos específicos. Sin embargo, estos elementos diferenciadores, aunque siempre estuvieron de alguna manera presentes, fueron diluyéndose en el propio proceso global de disidencia ortodoxa que les hizo converger bajo una misma afinidad política y cultural.

Por lo tanto, una importante paradoja es la que se da en esta corriente por la presencia de lo que a primera vista podría ser caracterizado como múltiples microidentidades. Esta interpretación se sustentaría en esa pluralidad interna que existió gracias a la diversidad de su origen político y las trayectorias militantes de sus miembros.²⁹ Lejos de que esto suponga en esta corriente una división de facto en varias identidades excluyentes, las diferentes olas convergieron bajo el paraguas de una misma identidad múltiple. Es decir, una autopercepción que pese a tener unos fuertes elementos comunes también tenía una notable pluralidad interna. La existencia de identidades múltiples en los movimientos sociopolíticos no es una característica exclusiva de los comunistas ortodoxos, se trata de un fenómeno del cual existe una amplia literatura en el campo de la sociología.³⁰ Sin embargo, es necesario recalcar cómo este factor fue una

característica importante de los comunistas ortodoxos a lo largo de las diferentes olas. Esto fue debido a la variedad de criterios y sentimientos que llevaron a estos actores a la adhesión a estas organizaciones. No es lo mismo que la disidencia se desarrolle debido a la posición que tuvo el PCE respecto a la URSS o a la CEE, que a la sensación de hartazgo y desencanto por falta de democracia interna. No obstante, como ya se ha planteado, al final todas estas divergencias acabaron convergiendo y sumando en la construcción de una misma subcultura ortodoxa. En este sentido, también es importante resaltar cómo, además de reafirmar el «yo» personal y común, la identidad opera siempre como un principio organizador con relación a la experiencia individual y colectiva, ayudando a identificar aliados y adversarios.³¹ Precisamente por eso se puede afirmar que los comunistas ortodoxos tenían una identidad múltiple, es decir, internamente heterogénea. Las distintas olas disidentes generaron distintas autorrepresentaciones que coexistieron en diferentes organizaciones e incluso algunas veces llegaron a generar tensiones entre ellas. Durante este proceso adquiere mucha importancia el papel de las identidades como organizadoras del sentido. El sociólogo Manuel Castells define el sentido como «la identificación simbólica que realiza el actor social del objetivo de su acción».³² Este mismo autor ha propuesto varias categorías sobre la identidad partiendo de la base de que son los sujetos y sus objetivos concretos los que determinan su contenido simbólico y su sentido para quienes se identifican con ella o contra ella. De acuerdo con estas categorías, podríamos considerar a los comunistas ortodoxos como lo que Castells llama una «identidad de resistencia», dado que se encuentran «en posiciones/ condiciones devaluadas o estigmatizadas por la lógica de dominación, por lo que construyen trincheras de resistencia y supervivencia basándose en principios diferentes u opuestos a los que impregnan las instituciones de la sociedad».³³

La historia de esta corriente se puede dividir en distintas olas, las cuales guardan toda una serie de especificidades que están muy relacionadas con la problemática de la autopercepción. Los primeros que sintieron la necesidad de rebelarse fueron quienes se vieron afectados por los hechos acontecidos en la etapa que abarca desde la crisis de Checoslovaquia en 1968 hasta el VIII Congreso del PCE en 1972. Las principales características de esta primera ola son un buen ejemplo del funcionamiento de la identidad disidente. En este corto periodo de tiempo surgieron divergencias con orígenes diversos pero que tenían varios puntos comunes y acabaron confluyendo en torno a los intentos de

preservación de su percepción de la cultura comunista. El esquema de su desarrollo es en buena medida extrapolable a otras olas y sirve de modelo para analizar las etapas en las cuales se pueden analizar las distintas fases de esta corriente. Como primera fase, estos comunistas plantearon una lucha desde dentro del partido con el objetivo de tratar que se rectificara la nueva línea política y se respetara su identidad. Sin embargo, en una segunda fase, fruto de un evidente trabajo fraccional y derrotadas sus posiciones por el aparato del partido, acabaron siendo expulsados parcial o totalmente del PCE. En este punto desarrollaron redes de solidaridad y apoyo entre los expulsados, ampliando su alcance e impulsando nuevos contactos entre la militancia del interior y el exilio. Una vez fuera del PCE construyeron distintas formas organizativas y se reapropiaron de la identidad comunista tradicional para construir una nueva cosmovisión colectiva basada en la ortodoxia comunista.³⁴ Sus prácticas políticas, en muchos casos, fueron sectarias y tendentes a la atomización por culpa del fenómeno denominado «cooperación competitiva», el cual les condujo a tensiones internas y a un creciente «faccionalismo».³⁵ Sin embargo, es importante recalcar que su leitmotiv fue siempre el de unificar a todos los comunistas que creían bajo una cultura política caracterizada por un imaginario colectivo del pasado presente.

Lejos de solucionarse, los conflictos derivados de la crisis molecular de los comunistas se reprodujeron cíclicamente como respuesta a las paulatinas transformaciones que fue sufriendo la imagen del PCE a lo largo de los años. En cada una de las olas estudiadas se pueden identificar dos fases diferenciadas. La primera fase se puede caracterizar como «latente», en tanto en cuanto la disidencia se mantiene dentro de las estructuras del PCE, en una especie de clandestinidad interna. En este periodo, la identidad se nutre de las acciones ocultas de un limitado número de actores y los grupos de disidentes se limitan a relaciones interpersonales de carácter más informal cuyo alcance es muy limitado. La segunda fase, por el contrario, se puede caracterizar de «visible». En este ciclo la principal característica es el predominio de la acción pública con el desarrollo de una activa propaganda partidista y la construcción de amplias redes de militancia. El desarrollo de estructuras organizativas más o menos estables y el trabajo abierto hacia todo tipo de trabajadores fueron otros factores importantes de este tramo.³⁶

Otro aspecto relevante tiene que ver con el público potencial al cual dedicaban sus acciones. Este aspecto está directamente vinculado con el desarrollo de una identidad compartida entre militantes del PCE y militantes que se encontraban fuera del PCE. Además, es necesario recalcar la autopercepción existente de su papel como vanguardia de la disidencia, que actuaría a modo de «punta de un iceberg».³⁷ Las fuentes orales ponen de manifiesto que, según su cosmovisión colectiva, en sus organizaciones «no estaban todos».³⁸ En el imaginario colectivo de las fuerzas que encuadran al comunismo ortodoxo, el mayor número de comunistas susceptibles de compartir su línea se encontraban todavía dentro del PCE «secuestrado por Carrillo».³⁹ Este factor explica las ambiguas relaciones de todos estos grupos con el PCE, con el que aún compartían muchos vínculos.

Llegado a este punto, es necesario profundizar en el principal conflicto que rodea a este sujeto de estudio y que es, sin duda alguna, el de su denominación. Esta corriente ha sido caracterizada generalmente como «prosoviética», aunque, como ya se ha adelantado, claramente es un término que no resulta adecuado para englobarlos. La falta de un estudio específico sobre su cultura política ha minusvalorado su heterogeneidad, arrinconando su identidad bajo la apariencia de un simple cliché. En ocasiones, cuando se aborda la historia del PCE, suele hacerse referencia a algunos de estos grupos describiéndolos como «grupúsculos sin futuro». Aunque esto no deja de ser cierto en parte, al menos respecto a sus posibilidades de tomar el PCE, no deja de ser una interpretación un tanto superficial.⁴⁰ Por otra parte, la historiografía centrada en la izquierda revolucionaria ha prestado muy poca atención a esta corriente y ha ignorado la potencialidad que encierran las cuestiones relacionadas con su autopercepción por considerarlos demasiado cercanos al PCE.⁴¹ Sin embargo, una excepción temprana a la norma la encontramos en los textos del sociólogo José Manuel Roca, quien para referirse a esta corriente habla de «comunistas (prosoviéticos)». Según su tesis, estos comunistas conformarían el «sector más moderado y ortodoxo de la izquierda radical», dado que continuaron la mayoría de los postulados del PCE, partido que siempre fue su principal referencia. En cuanto a su denominación, opina que: «Nominalmente se consideran comunistas y, por su incondicional defensa de lo que denominan “el campo socialista”, también son llamados prosoviéticos».⁴²

Otros autores realizan ciertas distinciones respecto a los grupos que se estudian en este trabajo y hablan de que es posible establecer una diferencia fundamental entre dos corrientes: los «prosoviéticos» y los «leninistas». De acuerdo con este planteamiento, Julio Pérez Serrano defiende la tesis de que, aunque estas dos corrientes tuvieron simpatía por el campo socialista y ambos se opusieron igualmente al eurocomunismo, en el fondo, existían algunas singularidades de origen que justifican esta clasificación: «los leninistas lo impugnaban por su carácter reformista y los prosoviéticos por su alejamiento de la línea del PCUS, con la que algunos leninistas marcaban ciertas distancias. Aunque todos compartían la adhesión al marxismo-leninismo y la defensa del sistema socialista internacional».⁴³ Víctor Peña va un poco más lejos y partiendo de esta misma tesis plantea que mientras que todos los demás grupos serían simplemente «prosoviéticos», la OPI/PCT sería el único grupo susceptible de ser denominado «leninista», dado que:

para los que llamamos prosoviéticos, la contradicción principal gravitaría en torno a la lealtad y el apoyo al campo socialista internacional –y debemos recordar, desde principios de la década de 1960, este se hallaba dividido– liderado por la URSS y, en consecuencia, a su proyecto político; para los que hemos venido en llamar leninistas, la contradicción principal circunnavegaría alrededor de la lucha de clases, y que dependerá del análisis marxista que cada partido haga sobre el desarrollo del capitalismo español y de la naturaleza del Estado franquista.⁴⁴

Sin embargo, todas estas conclusiones parten de unos análisis que tratan de totalizar las categorías del sujeto en función de principios politológicos sesgados. Estos análisis simplifican su identidad militante partiendo de la categoría que han proyectado durante décadas sus adversarios. De tal manera que estas categorizaciones no problematizan el origen y las consecuencias que para la historiografía ha tenido hasta ahora el uso indiscriminado de este término para referirnos a estos comunistas. Por otra parte, la segmentación en dos categorías, «prosoviéticos» y «leninistas», únicamente podría servir para excluir a la OPI-PCT de la estigmatización. Esta interpretación se debe más a una visión edulcorada de los postulados políticos de la OPI-PCT que a un análisis riguroso del proceso colectivo de construcción de la identidad de esta corriente

comunista. En todas las organizaciones estudiadas en esta investigación convivieron factores colectivos e individuales que mitificaron a la Unión Soviética y los países del campo socialista. Esta cuestión tiene su origen en la cristalización cultural del imaginario comunista desde 1917 y, especialmente, desde la Guerra Civil.⁴⁵ Para un análisis en profundidad sobre esta corriente comunista no se puede obviar la importancia de la experiencia de sus militantes como fuente de conocimiento para la comprensión global del fenómeno. Además, independientemente del contenido exacto de sus documentos políticos, sus militantes desarrollaron una cultura política que tuvo como base la identidad comunista ortodoxa, aunque como ya se ha comentado, esta fuera comprendida de distintas maneras y existiera una gran heterogeneidad interna.

En la historia reciente de las investigaciones político-culturales se ha desarrollado un importante debate epistemológico sobre la perspectiva de investigación. Especialmente, sobre la forma en que se estudiaban y catalogaban las culturas políticas. Por eso, desde la ciencia política se ha puesto en marcha una importante producción teórica alrededor del problema de lo que han definido como la «naturaleza de la interpretación».⁴⁶ En este sentido parecen especialmente relevantes las tesis de Stephen Welch, quien en 1993 ya alertaba sobre la preponderancia de una «visión idealista» en los estudios sobre las culturas políticas. Este punto de partida tan extendido entre las investigaciones otorgaba mayor importancia a la visión del propio analista que al significado aportado por los propios actores. Estas reflexiones acompañaban a la problemática que se escondía tras el «acto de nombrar» a las distintas culturas políticas. En vez de basarse en arquetipos ideales, el autor proponía dar más importancia al contexto mediante los propios conceptos vividos por los protagonistas.⁴⁷ En este sentido, también resultan interesantes las reflexiones del sociólogo Jesús Ibáñez hechas a mediados de los años ochenta, al calor de la manipulación mediática que se cernía sobre el recién creado PC que lideraba Ignacio Gallego. En su razonamiento destaca la importancia que le otorgaba a lo que se dice explícitamente y, sobre todo, de lo que no se dice de este cuando nos referimos a esta corriente comunista: «¿Por qué designarlo con el término de “prosoviético”? Ninguno de los designados como “prosoviético” se autodesignaría con esa designación (y no son más prosoviéticos que otros son proamericanos)».⁴⁸ Algunos historiadores están empezando a resaltar la necesidad de superar esta visión simplista basada en un estigma. En el II Congreso de Historia del PSUC, Joan Tafalla apuntaba acertadamente algunas

críticas sobre la denominación hasta entonces hegemónica sobre esta corriente:

Desde hace tiempo, y sin ningún éxito, predico a favor de superar el estigma del «prosovietismo» para designar un determinado grupo interno del PSUC que una clasificación menos interesada llevaría a adjetivar como ala izquierdista del partido. ¿Por qué no designar aquellos, que la prensa burguesa y una determinada historiografía suelen denominar «Prosoviéticos», tal como ellos se denominaban, es decir, «comunistas»? [...] Una amalgama de sectores y descontentos que no cabía ni bajo la etiqueta del «prosovietismo». Una amalgama de sectores y sensibilidades que convergían en su crítica del eurocomunismo y que coincidían en autodenominarse comunistas, y punto.⁴⁹

Partiendo de la base de que, efectivamente, los componentes de nuestro de objeto de estudio son, ante todo, comunistas, se hace necesario profundizar en su identidad para lograr una adecuada denominación. Como hemos visto previamente, la identidad está directamente relacionada con los procesos de acción colectiva, y se puede establecer que esta se lleva a cabo gracias a la identificación de los actores involucrados en el conflicto, el desarrollo de relaciones emocionales basadas en relaciones de confianza mutua entre sus miembros y la puesta en marcha de construcciones simbólicas que permiten conectar su lucha con su visión de la historia.⁵⁰ Según este parámetro de análisis, el término «prosoviético» es esquemático y deformante. En primer lugar, estamos hablando de una corriente con una corta historia de vida de apenas veinte años, lo que dificulta la creación de una única identidad plenamente consolidada. En segundo lugar, se trata de una cultura militante que se fragua en dos contextos muy distintos, primero dentro y después fuera de las estructuras del PCE. Como su acción se desarrolló en varias olas, su disidencia se produjo en muchos casos de forma paralela, coincidiendo en los ámbitos de actuación interna/externa. Por otra parte, conviene no olvidar el proceso de ósmosis con la identidad de la izquierda radical dada su colaboración durante varios años. Bajo esta situación parece recomendable buscar nuevas categorías que engloben más representativamente a esta identidad. Precisamente por ese motivo en esta investigación se utiliza el concepto de comunistas ortodoxos. La aparición del término «prosoviético» tiene su origen en sectores anticomunistas y es previo a los años sesenta, por lo que ni siquiera nace de forma específica para denominar

a esta corriente comunista. Tras el giro del PCE a finales de los años sesenta este adjetivo peyorativo pasó a usarse para estigmatizar a aquellas personas que defendían la identidad ortodoxa.⁵¹ El Diccionario de la Real Academia Española (RAE) define ortodoxo como «conforme con la doctrina fundamental de un sistema político o filosófico», además de «conforme con hábitos o prácticas normalmente admitidos».⁵² Es decir, la ortodoxia aplicada a este sujeto político sería la conformidad con los principios de una doctrina (el marxismo-leninismo que se profesaba activamente en el PCE hasta los años setenta), aceptados por la mayoría (de los comunistas) como los más adecuados en un determinado ámbito (la sociabilidad militante).

En realidad, la cuestión de la ortodoxia comunista ha estado siempre presente en la historia del marxismo y no es un objeto de debate excesivamente novedoso. Incluso, ha sido objeto de reflexiones por parte de grandes teóricos del marxismo, como el filósofo húngaro György Lukács. En 1923 reflexionaba, desde otra perspectiva, sobre la necesidad de defender un marxismo ortodoxo:

Así pues, marxismo ortodoxo no significa reconocimiento acrítico de los resultados de la investigación marxiana, ni «fe» en tal o cual tesis, ni interpretación de una escritura «sagrada». En cuestiones de marxismo la ortodoxia se refiere exclusivamente al método. Esa ortodoxia es la convicción científica de que en el materialismo dialéctico se ha descubierto el método de investigación correcto, que ese método no puede continuarse, ampliarse ni profundizarse más que en el sentido de sus fundadores. Y que, en cambio, todos los intentos de «superarlo» o «corregirlo» han conducido y conducen necesariamente a su deformación superficial, a la trivialidad, al eclecticismo.⁵³

Como hemos visto anteriormente, el concepto de «prosoviéticos» resulta tremendamente conflictivo para el análisis histórico y dificulta una correcta caracterización de las singularidades de esta corriente. Esto ocurre principalmente por dos motivos. El primero reside en que cuando se usa este término se tiende a ignorar su origen e intencionalidad. Es necesario recordar que se trata de un término con claras connotaciones negativas que no se ajusta ni

a la heterogeneidad de las fuerzas políticas que formaron parte de esta corriente, ni mucho menos a lo complejo de su identidad. El segundo motivo tiene relación con el bajo grado de aceptación entre los propios militantes. Este concepto no está interiorizado por la militancia, entre la cual aparecen diferentes opiniones. Además, para la casi totalidad de los comunistas entrevistados el origen de este término tiene como objetivo la descalificación desde los propios planteamientos que esgrimió el Franquismo durante cuarenta años para referirse al PCE. Es decir, construir una imagen de ellos como una fuerza externa y a las órdenes de Moscú, ajenos a la lucha de la clase obrera española por su emancipación. Si existe un consenso historiográfico para no referirse al PCE previo a 1968 como «los prosoviéticos», por los mismos motivos no es adecuado utilizarlo para calificar a los comunistas que, dentro o fuera del PCE, mantenían posturas disidentes basadas en el mantenimiento de la ortodoxia que hasta entonces había sido hegemónica en el partido. Además, la utilización del término «prosoviético» para hacer referencia a los comunistas ortodoxos lleva a embarcarse en otras posibles contradicciones historiográficas, teniendo quizás que aceptar según estos planteamientos que los comunistas más heterodoxos del PCE dirigidos por Santiago Carrillo serían susceptibles de ser denominados «antisoviéticos» por contraposición, lo cual significaría igualmente una mera vulgarización frente al complejo proceso que tuvo lugar en los intentos de construcción de una identidad eurocomunista.⁵⁴

Durante el periodo de recogida de fuentes orales para la redacción de este trabajo fue quedando claro que el concepto de «prosoviéticos» no parecía ser del gusto de todos, siendo incluso un tema especialmente delicado durante las entrevistas.⁵⁵ Como ya hemos visto anteriormente, un aspecto fundamental que tiene que ver con su denominación está relacionado con la construcción de la identidad colectiva. Por eso, para el análisis histórico de esta corriente, las líneas de partida deberían de pivotar en torno a esa ortodoxia abandonada que les identifica. Este importante aspecto desborda los estrechos márgenes en los que tradicionalmente se les ha definido, reducidos a una mera caricatura de la Guerra Fría. Aun cuando se trata de una identidad en construcción y a que el «mito soviético» tuvo un peso importante, nos encontramos con una rica variedad de elementos identitarios que operan a distintos niveles. Para esta colectividad de exmilitantes el término adecuado sería estrictamente el de comunistas o marxista-leninistas. Esta concepción aparece en muchas de las entrevistas. Por ejemplo, un militante obrero que formó parte de estas organizaciones respondía

en estas formas cuando le preguntaban por su militancia en organizaciones «prosoviéticas»:

[...] bueno eso de prosoviéticos... Yo era simpatizante de los países socialistas como ahora soy simpatizante de Cuba, sin embargo, estoy en contra de lo que hay en la Unión Soviética, estoy en contra totalmente, más que nadie. Pero a mí me parecía mal cuando me llamaban prosoviético, porque yo soy comunista».⁵⁶

Otro exmilitante, con un perfil más intelectual y que actualmente es profesor universitario, reflexionaba de la siguiente manera ante la misma cuestión de si «ellos» habían sido o no «prosoviéticos»:

Estar en el campo socialista era una cosa y ser prosoviético era otra cosa. Entonces, dentro del campo socialista estaba Yugoslavia, estaba Cuba. Y ser prosoviético era otra cosa. O sea que, yo creo que por ejemplo en la OPI de aquel tiempo, no era ya el debate, pero la inmensa mayoría de la gente no hubiera defendido la invasión de Checoslovaquia. Es verdad que luego el planteamiento era claramente prosoviético, muy formalmente prosoviético, pero era un prosovietismo, yo creo, acartonado y bastante interesado. O sea que, se te obligaba, ¿no? Es verdad que se puede decir: «oiga, pero usted está defendiendo esto» Pero yo creo que eran cosas que se hacían, primero, con escasa convicción y luego un poco con la idea de que lo que estaba ocurriendo no era una contaminación global del campo socialista, sino que había una corriente dominante negativa.⁵⁷

Resulta muy interesante ver cómo aparecen algunas reacciones refractarias ante este estigma que se proyectan sobre los conflictos vividos en el seno de esta corriente. De esta manera, podemos comprobar que muchos de los testimonios no niegan que existiesen «prosoviéticos», pero, sin embargo, nunca lo identifican como parte del «nosotros» colectivo, sino como una característica de los «otros». Según esta visión, los «prosoviéticos» serían aquellos sectores más sectarios y dogmáticos con los que no se identificaban y a los que en muchos casos

consideraban culpables de los fracasos colectivos de su corriente. De esta forma, se reapropiaban del término que sus adversarios externos utilizaban para estigmatizarlos y lo usaban en los mismos parámetros contra sus propios adversarios internos. Lo cierto es que en el mejor de los casos el término era aceptado a regañadientes, aunque ellos se sentían esencialmente «comunistas y punto»:

Sin problemas no, con algún problema. Es decir, yo creo que hasta cuando nos preguntaban, no sé si venía de arriba o lo decíamos nosotros. Que nos gustaba la política internacional de la URSS, pero que no nos gustaba su política interior [...] Estábamos en la órbita de los prosoviéticos, pero ya desde el principio no nos sentíamos precisamente cómodos con eso de que se nos calificara de prosoviéticos puros y duros. Y entonces, bueno, yo no sé si a modo de disculpa, pero teníamos eso aprendido [...] Nosotros nos considerábamos comunistas y punto. Nos considerábamos la vanguardia que iba a ser capaz de liberar al pueblo.⁵⁸

Por supuesto, un factor importante que condiciona muchas de las respuestas sobre la cuestión del «prosovietismo» es el que tiene que ver con la valoración que realizan de su experiencia como militantes de esta corriente. En muchos casos, con el paso de los años han aflorado reflexiones más críticas sobre sus relaciones con la URSS:

Yo no lo consideraba acertado, después de mis vivencias directas con el campo del socialismo y con los tejemanejes en la construcción de partidos que dependiera de ellos. Después mis reflexiones me han confirmado en mis pensamientos. Yo mantengo la tesis de que el prosovietismo era una contradicción con lo acaecido en la URSS. Nosotros nos considerábamos prosoviéticos, leninistas, ortodoxos y por supuesto anti-carrillistas, en aquellos momentos todos estos calificativos significaban una sola cosa: comunista. Hoy, repito, hay que cuestionarlo todo.⁵⁹

Sin embargo, no sería realista pensar que a todo el grueso de estos comunistas les causaba rechazo el término de «prosoviético». Para una minoría el concepto era totalmente aceptable, incluso en los términos en los que lo planteaban sus adversarios. Así lo refleja el veterano militante del PCOE en Nerja, Manuel Calderón:

Hombre, a nosotros lo de prosoviéticos no nos parecía mal porque nosotros precisamente estábamos por eso. No por copiar el modelo soviético, pero si creíamos en los logros sociales de ese país. Un sistema en el que yo realmente creía [...] No, no, yo no tenía ningún problema en que me llamaran prosoviético. Vamos no, no, ninguno. Nosotros en el partido no teníamos ninguno. Marxistas-leninistas prosoviéticos. Si eres marxista-leninista no vas a ser proamericano.⁶⁰

Aparte de considerarse comunistas, gran parte de esta militancia se identificaba con la corriente ideológica del marxismo-leninismo, es decir, se consideraban leninistas. El problema radica en que el concepto de «marxista-leninistas» o «leninistas» fue reivindicado de una u otra manera por varias corrientes comunistas, desde maoístas hasta algunos trotskistas. Con la expansión de la izquierda revolucionaria a finales de la década de los años sesenta, esta categoría se convirtió en un elemento de autopercepción ampliamente asignada a un conjunto heterogéneo de grupos, de tal manera que resulta confusa su utilización como elemento definitorio exclusivo de esta corriente.⁶¹

Más allá de los testimonios individuales de los exmilitantes entrevistados, las organizaciones respondieron de distinta manera ante este calificativo. El caso más excepcional de entre todos estos partidos comunistas estudiados en el presente trabajo fue el del PCE (VIII-IX). Este partido gozó de una idiosincrasia especialmente integrista que se remonta a sus orígenes a principios de la década de los setenta. Precisamente por eso, tuvo siempre entre sus principios la defensa del «campo socialista» en cualquier situación, e incluso llegó a considerarlo «piedra de toque del internacionalismo proletario». ⁶² Este partido destacó por ser el que mejor resolvió los ataques sufridos a través de la etiqueta del «prosovietismo». Lejos de sufrirlo como un estigma, estos comunistas trataron

de reapropiarse del término. De esta forma, un concepto tan controvertido se convirtió en motivo de orgullo. Para ellos, esta actitud formaba parte de lo que siempre había sido uno de los pilares fundamentales del partido comunista: «Por eso los comunistas españoles lejos de acomplejarnos cuando la burguesía y los revisionistas de derecha e “izquierda” nos califican de prosoviéticos, les respondemos: Sí, somos prosoviéticos, nos enorgullecemos de ello, siempre estaremos con el PCUS y la Unión Soviética».⁶³

No resulta llamativo que mucha de la militancia comunista ortodoxa tratara de distanciarse del estigma que suponía la etiqueta de «prosoviéticos». La identidad surge gracias a los procesos de reconocimiento exógeno pero también de los procesos de auto-identificación.⁶⁴ En muchos casos esa autorrepresentación se ve condicionada por las imágenes que crean de ellos los medios de comunicación, la opinión pública, las estructuras de poder y los grupos sociales que les son hostiles.⁶⁵ Esto choca con una de las principales aspiraciones que implican los procesos de construcción de la identidad, la necesidad de diferenciarse del resto y el derecho a ser reconocidos como tales.⁶⁶

La influencia que el mito movilizador soviético alcanzó entre los comunistas españoles durante el siglo XX fue, sin duda alguna, de enormes dimensiones.⁶⁷ Esta cuestión tuvo bastante peso en la configuración de la identidad ortodoxa porque era un elemento que ya estaba en el «ADN» comunista de forma previa a las crisis del PCE. Este factor identitario destacaba especialmente por su funcionalidad en el conjunto de valores del universo simbólico comunista.⁶⁸ Sin embargo, este seguidismo respecto a la «patria del socialismo» no fue en modo alguno un aspecto estático y sufrió una notable evolución a lo largo del siglo XX. Tras la disolución de la III Internacional los partidos comunistas fueron relajando sus relaciones con la URSS. Incluso anteriormente, durante la Guerra Civil española, el PCE impulsó un proyecto de país que destacaba especialmente por su defensa de la soberanía nacional. De esta manera, en la década de los años setenta todos los PP. CC., independientemente de su postura con respecto a la URSS, se consideraban a sí mismos organizaciones plenamente soberanas. No obstante, en el PCE esta cuestión se convirtió en un elemento conflictivo y un arma arrojada para la disidencia. La estrategia adoptada por los eurocomunistas también aludía a su propia historia, de hecho, resaltaba que fue

el propio PCUS quien disolvió la Komintern al ser imposible hacer de los partidos comunistas un partido único.⁶⁹ Para el referente de la ortodoxia comunista europea Álvaro Cunhal la «soberanía de las decisiones» era un síntoma de que los partidos entraban en una «nueva y superior fase del desarrollo del Movimiento Comunista Internacional». Esta nueva fase estaba marcada por la «madurez política» de los comunistas de Europa Occidental, pero igualmente se encargaba de denunciar la falta de independencia de clase de quienes, fruto de la presión de la burguesía, pretendían renunciar a las «realidades históricas del socialismo».⁷⁰ Recordemos que el propio Líster ya había marcado sus distancias con el PCUS al votar a favor de la condena del PCE a la intervención militar en Checoslovaquia. Lejos de esconderlo, esta peculiar postura fue destacada como un símbolo de la autonomía de su partido.⁷¹ Una evidencia de ello son las polémicas declaraciones a la prensa de Carmen Gómez Serrano, militante del PCOE y cónyuge de Líster, recién regresada a España tras su exilio. Como quedó reflejado en la prensa de la época, para ella un elemento destacable era su independencia respecto a la URSS: «el Partido Comunista Obrero Español era el auténtico partido comunista, puesto que también les parecía excesivo el prosovietismo planteado por el VIII y IX Congresos del PCE, de Eduardo García. De ahí que los miembros del PCOE se consideren totalmente independientes de ambos».⁷²

Justo en el caso opuesto se encuentra la OPI-PCT, que como ya se indicó anteriormente tuvo una personalidad muy característica. Ya durante su etapa como corriente crítica del PCE iniciada en 1973 fueron especialmente susceptibles a los distintos ataques que desde la dirección «carrillista» vinculaban sus críticas con el apoyo de los países del socialismo real:

¡Acabáramos! ¡Son rusos, espías, agentes del extranjero! Si alguna acusación podía ser más disparatada –y notablemente cínica– era esta, lanzada contra apenas un centenar de estudiantes, profesionales y obreros. Hay que repasar los mejores artículos de «Arriba» para encontrar argumentos similares.⁷³

Este partido mantuvo en numerosas ocasiones una posición que iba más allá de

la simple independencia planteada por el PCOE, era abiertamente crítico con muchos aspectos de la URSS. En realidad, se mantuvo en una posición ambivalente que alternaba la crítica a muchos aspectos concretos de la construcción del socialismo en estos países, el mantenimiento de una adhesión formal a la identidad comunista ortodoxa y la defensa total del papel antiimperialista de la URSS:

Reconociendo, analizando y asumiendo, así como evitando los errores del Este y no renegando de esa experiencia socialista es como en el oeste debemos levantar la hipoteca soviética sobre la revolución del proletariado y teniendo presente que los problemas que implican al socialismo son indisolubles del mismo modo que la libertad no se puede dividir.⁷⁴

A pesar de todas estas notables diferencias, el PCT acabaría unificándose con el PCE (VIII-IX) y formando efímeramente el PCEU, por lo que tradicionalmente también se le etiquetó de forma errónea como «prosoviético». En los años finales de la Transición se acrecentó la crisis del PCE, lo que provocó un movimiento más compacto, numeroso y variado. Movidos por el objetivo de la unificación de los comunistas y la recuperación del PCE, surgieron nuevas plataformas de disidencia ortodoxa que igualmente remarcaron con distintos matices su adhesión a la URSS. Este movimiento era consecuencia del desgaste que producían entre la militancia de base las políticas eurocomunistas. «El “eurocomunismo”, le gritaba un delegado obrero en una comisión del congreso a uno de los delegados a los que la prensa llama “leninistas”, no es una palabra; es romper huelgas».⁷⁵ En este nuevo contexto de lucha de líneas su alternativa trató de ser nuevamente descalificada bajo el epíteto de «prosoviéticos» o «afganos».⁷⁶ Este fue el caso de la crisis que se desencadenó en el V Congreso del PSUC y que dio lugar al PCC:

Hacía pocas horas que se había acabado el 5º Congreso y ya Simón Sánchez Montero decía que detrás nuestro estaba la embajada soviética. ¿Es que los obreros del Bajo Llobregat están subvencionados por la embajada soviética? ¡Hombre! Esto no tiene ningún sentido [...] Nosotros no nos hemos llamado

prosoviéticos. Los medios de comunicación han usado esta calificación, que ha salido de algunos miembros de la dirección eurocomunista del partido [...] Nosotros no hemos dicho nunca: somos prosoviéticos. Nosotros hemos dicho siempre que somos comunistas, ahora, también hemos dicho que antisoviéticos no lo seremos. Pero una cosa es el propósito de no ser antisoviético y otra cosa es que te coloquen el cartel de prosoviético cuando no lo has pedido.⁷⁷

Esta campaña de desprestigio hacía los disidentes continuó de forma paralela a la crisis de identidad del PCE y a la convergencia de militantes ortodoxos en una misma organización. Un buen ejemplo de la intensidad de estos ataques lo encontramos en la portada de Cambio 16 correspondiente al número 713 de 1985. En la portada de este número aparecía una ilustración donde se mostraba a Ignacio Gallego como uno de los lagartos alienígenas de la popular serie de televisión V, acompañado del titular «Ignacio Gallego: El lagarto de Moscú». En su interior, varios artículos de dudoso rigor informativo defendían una visión sesgada que se centraba de forma obsesiva en la financiación que supuestamente obtenía este partido de los países del Este. También se incluía una pequeña entrevista al propio Gallego, donde respondía en estos términos a la pregunta de si su partido era o no «prosoviético»:

Nosotros somos comunistas internacionalistas. Es cierto que nos llevamos bien con los comunistas soviéticos, los cubanos, los nicaragüenses..., pero ¿Por qué no íbamos a llevarnos bien? Al fin y al cabo, todos los partidos comunistas defienden el mismo ideal, que es el de acabar con el sistema capitalista.

Sin embargo, cuando se nos califica como pro soviéticos se intenta desprestigiarnos. Eso es una trampa. Antes para descalificarnos, nos llamaban rojos y extranjeros.⁷⁸

No obstante, como ya hemos visto anteriormente, en el caso de los testimonios conseguidos gracias a las entrevistas realizadas a exmilitantes, esta visión no era totalmente homogénea. También es necesario resaltar que a principios de los

años ochenta para muchos comunistas ser «prosoviético» era algo normal y razonable, pero no su principal seña de identidad. En palabras de Francisco García Salve, más conocido como «el cura Paco», «ser prosoviético tal como anda el mundo no es ninguna ofensa. Es una señal de buen sentido, de clarividencia y de espíritu revolucionario».⁷⁹

Para resumir, es necesario destacar que la corriente comunista ortodoxa fue portadora de una singularidad identitaria fruto de la historia específica del comunismo español, por eso tiene una serie de rasgos diferenciales.⁸⁰ Nos encontramos con una corriente con una idiosincrasia propia y con una composición bastante más heterogénea de lo que se ha escrito hasta ahora. Tradicionalmente, la corriente política que construyó esa identidad ortodoxa ha sido clasificada como «prosoviética». Este calificativo estaba basado en criterios propagandísticos de la época y no se corresponde a un análisis exhaustivo de los pormenores que constituyen su identidad. Su postura respecto a este encasillamiento fue diversa. Mientras que unos trataban de escapar de esta etiqueta y se defendían por todos los medios, otros, en cambio, lo encajaban con orgullo. Claro que la defensa de ese término estuvo basada en la perspectiva contraria, defender a la URSS debía ser lo «normal» para un comunista. Las bases de su autopercepción pivotaron siempre sobre elementos fácilmente identificables que bebieron directamente de la memoria histórica construida por los comunistas españoles. Los valores del republicanismo vinculados al sacrificio comunista en la Guerra Civil, el obrerismo de las luchas sociales en la clandestinidad o los valores del internacionalismo que aún representaba la URSS fueron sus símbolos más utilizados. Quizás, la imagen de Unión Soviética construida en las mentes de miles de comunistas españoles representó el principal elemento de choque respecto a los cambios producidos en el PCE. Pero se trató en todo momento de un elemento más dentro del amplio imaginario cultural de las tres olas disidentes.

Esta corriente destacó por su heterogeneidad interna fruto de diferencias generacionales y teóricas. La construcción de esta identidad no fue un proceso único ni homogéneo, sino que tuvo varias etapas y estuvo marcada por la interacción y ósmosis con el resto de la izquierda revolucionaria. Por eso, la corriente comunista ortodoxa construyó su identidad durante cerca de dos

décadas a la sombra de los cambios sufridos en el PCE. Detrás de la defensa del referente soviético se encontraba una resistencia al cambio, pero también una búsqueda de alternativas ante la frustración que suponía la falta de resultados de las nuevas políticas del PCE. Las distintas experiencias y ritos de paso marcaron especialmente las perspectivas de estos comunistas. En esta situación de crisis política, purgas internas y búsqueda de nuevos referentes, fue donde se construyó realmente una identidad colectiva propia. Los lazos y los vínculos que mantenían estas personas iban más allá de los partidos en los que militaban. Compartían una misma visión que, con distintos matices, recalcaba la necesidad volver a los principios originales del movimiento comunista para tratar de resistir en un momento de crisis, aunque fuera a contracorriente. En este tipo de circunstancias se mezcló el factor humano y el político, lo que dio lugar a un compromiso personal que vinculó su proyecto vital con la consecución de un proyecto político: la tan esperada reconstrucción comunista. De esta manera, pese a los orígenes diversos de sus miembros, sus cosmovisiones y objetivos políticos fueron convergiendo en la década de los años ochenta.

■

¹ [Manuel Vázquez Montalbán: «La cultura de la poda», Biblioteca Mundo Obrero 2, abril de 1985, p. 13.](#)

² [Ibíd., p. 13.](#)

³ [Una buena muestra de la brutalidad de los métodos empleados en décadas tempranas se puede ver en Fernando Hernández: Los años de plomo. La reconstrucción del PCE bajo el primer franquismo \(1939-1953\), Barcelona, Crítica, 2015.](#)

⁴ [Giaime Pala y Tommaso Nencioni \(eds.\): El inicio del fin del mito soviético, Madrid, El Viejo Topo, 2008, p. 10.](#)

⁵ [Gregorio Morán: Miseria y grandeza del PCE \(1939-1985\), Barcelona, Planeta, 1986, p. 784.](#)

⁶ [Una buena síntesis de las principales aportaciones de la sociología en las teorías de acción colectiva desde una perspectiva crítica se puede ver en Donatella Della Porta: «Las motivaciones individuales en las organizaciones políticas clandestinas», en Benjamín Tejerina Montaña y Pedro Ibarra Guell \(eds.\): Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural, Madrid, Trotta, 1998.](#)

⁷ [El concepto de «religión política» ha sido utilizado desde el marco teórico de las tesis del totalitarismo con el objetivo, entre otras cosas, de descalificar todos los aspectos de la experiencia histórica de la corriente comunista durante el siglo XX. Véase François Furet: El pasado de una ilusión: ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX, Madrid, EFE, 1995. Sobre la evolución del concepto de «religión política», véase Hans Maier: «Political religion: A concept and its limitations», Totalitarian Movements and Political Religions \(8\)1, 2007, pp. 5-16; Zira Bo: «La tesis de la religión política y sus críticos: aproximación a un debate actual», Ayer 62, 2006, pp. 195-230.](#)

⁸ [Hace más de una década David Ginard ya advertía del comienzo de una nueva etapa en los enfoques utilizados para elaborar la historia del PCE. Véase David Ginard: «La investigación histórica sobre el PCE desde sus inicios a la normalización historiográfica», en Manuel Bueno Lluch, José Hinojosa y Carmen García \(coords.\): Historia del PCE: I Congreso, 1920-1977, I, Barcelona, FIM, 2007.](#)

⁹ [Giaime Pala: «El PSUC hacia dentro. La estructura del partido, los militantes y el significado de la política \(1970-1981\)», en Giaime Pala \(ed.\): El PSU de Catalunya. 70 anys de lluita pel socialisme. Materials per a la historia, Vilassar](#)

[de Dalt, Associació Catalana d'Investigacions Marxistes, 2008; o también, del mismo autor: «El militante total. Identidad, trabajo y moral de los comunistas catalanes bajo el franquismo», Cahiers de civilisation espagnole contemporaine 10, 2013.](#)

¹⁰ [Esta visión ha sido ampliamente difundida en obras como Robert Service: Camaradas. Breve historia del comunismo, Barcelona, Ediciones B, 2009; Stéphane Courtois: El libro negro del comunismo: crímenes, terror y represión, Madrid, Ediciones B, 2005.](#)

¹¹ [En este sentido destacan los escritos de José Carlos Rueda Laffond. Por poner algunos ejemplos de entre su extensa producción historiográfica: «Escritura de la historia en televisión: la representación del Partido Comunista de España \(1975-2011\)», Historia Crítica 50, 2013, pp. 133-156; «¿Un pasado que no cesa? Discurso patrimonial y memoria pública comunista en el franquismo y la transición española», Revista de estudios sociales 47, 2013, pp. 12-24; «Perder el miedo, romper el mito: reflexión mediática y representación del Partido Comunista entre el Franquismo y la Transición», Hispania: Revista española de historia 251, 2015, pp. 833-862; «El PCE y el uso público de la historia \(1956-1978\)», Ayer 101, 2016, pp. 241-265; «Fábricas de comunistas: escuelas de partido y estrategias orgánicas en los años treinta», Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales 40, 2018, pp. 263-297; Memoria Roja: Una historia cultural de la memoria comunista en España, 1936-1977, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2018.](#)

¹² [Algunos de los más relevantes aparecidos en los últimos años son Carme Molinero y Pere Ysàs: De la hegemonía a la autodestrucción. El partido comunista de España \(1956-1982\), Barcelona, Crítica, 2016; Francisco Erice: Militancia clandestina y represión. La dictadura franquista contra la subversión comunista, Gijón, Trea, 2017; Giaime Pala: Cultura clandestina. Los intelectuales en el PSUC bajo el franquismo, Granada, Comares, 2016; Josep Puigsech Farràs y Giaime Pala \(eds.\): Les mans del PSUC. Militància, Barcelona, Memorial Democràtic de la Generalitat de Catalunya, 2017;](#)

[Fernando Hernández Sánchez: Los años de plomo...](#)

¹³ [Gonzalo Wilhelmi: Romper el consenso. La izquierda radical en la Transición española \(1975-1982\), Madrid, Siglo XXI, 2016.](#)

¹⁴ [Martí Caussa y Ricard Martínez i Muntada \(eds\): Historia de la Liga Comunista Revolucionaria \(1970-1991\), Madrid, La oveja roja, 2014. VV. AA.: La lucha por la ruptura democrática en la Transición, Madrid, Asociación por la memoria histórica del Partido del Trabajo de España y La Joven Guardia Roja, 2010.](#)

¹⁵ [Julio Pérez Serrano: «Los proyectos revolucionarios en la Transición española: cuestiones teóricas e historiografía», en Zoraida Carandell, Julio Pérez Serrano, Mercè Pujol y Allison Taillot: La construcción de la democracia en España \(1868-2014\). Espacios, representaciones, agentes y proyectos, París, Presses universitaires de Paris Nanterre, 2019, pp. 567-589; «Orto y ocaso de la izquierda revolucionaria en España \(1959-1994\)», en Rafael Quirosa-Cheyrouze \(coord.\): Los partidos en la Transición: las organizaciones políticas en la construcción de la democracia española, Madrid, Biblioteca Nueva, 2013, pp. 249-291; «Estrategias de la izquierda radical en el segundo franquismo y la Transición \(1956-1982\)», en Marie-Claude Chaput y Julio Pérez Serrano \(eds.\): La transición española. Nuevos enfoques para un viejo debate, Madrid, Biblioteca Nueva, 2015, pp. 95-125.](#)

¹⁶ [Víctor Peña González: «Los partidos prosoviéticos ante la Transición. El ejemplo de la OPI-PCT», en Fundación Salvador Seguí-Madrid \(coords.\): Las otras protagonistas de la Transición. Izquierda radical y movilizaciones sociales, Madrid, FSS Ediciones, 2018, pp. 1023-1032; «“¡Por la República Democrática!” Los prosoviéticos españoles en la Transición española», en Ana Sofía Ferreira y Joao Madeira \(coords.\): As esquerdas radicais ibéricas entre a ditadura e a democracia. Percursos cruzados, Lisboa, Colibri, 2019, pp. 65-78. «El movimiento de Células Comunistas y la recuperación del Partido Comunista,](#)

1974-1984», Investigaciones Históricas 40, 2020, pp. 733-762.

¹⁷ Eduardo Abad García: «Entre el internacionalismo proletario y la disciplina de partido. Los comunistas asturianos ante la crisis de Checoslovaquia», Historia del Presente 30, 2017, pp. 155-169; «Contra el aventurerismo de izquierda, contra la claudicación de derecha. Las relaciones de los comunistas ortodoxos con el resto de la Izquierda Revolucionaria en la Transición», en Fundación Salvador Seguí-Madrid (coord.): Las otras protagonistas..., pp. 1011-1024; «Ortodoxos, disidentes y revolucionarios. El proyecto político de los comunistas españoles fieles al campo socialista (1968-1980)», en Teresa M.^a Ortega López, Eloísa Baena Luque (dirs.), Francisco Cobo Romero, Miguel Ángel Arco Blanco, Nuria Felez Castañé, Claudio Hernández Burgos, Pablo López Chaves, Gloria Ruiz Román y Juan Antonio Santana González (eds.): Actas del IX Encuentro Internacional de Investigadores del Franquismo. 80 años de la guerra civil española, Sevilla, Fundación de Estudios Sindicales y Cooperación de Andalucía, 2017, pp. 283-292; «El otoño de Praga. Checoslovaquia y la disidencia ortodoxa en el comunismo español (1968-1989)», Historia Contemporánea 61, 2019, pp. 971-1003; «Una ortodoxia transnacional. Notas sobre la historia cruzada entre el PCP y los leninistas españoles», en Ana Sofía Ferreira y Joao Madeira (coords.): As esquerdas..., pp. 129-144. «Viento del este. La URSS en la cultura militante de los comunistas españoles (1917-1968)», Hispania Nova 19, 2021, pp. 196-228.

¹⁸ Edward P. Thompson: La formación de la clase obrera en Inglaterra, Madrid, Capitán Swing, 2012, p. 30.

¹⁹ Manuel Tuñón de Lara, Metodología de la historia social de España, Madrid, Siglo XXI, 1977, p. 48.

²⁰ Immanuel Wallerstein: «Foreword» en William G. Martin (coord.): Making waves. Worldwide Social Movements, 1750-2005, Colorado, Paradigm Publishers, 2008, p. vii.

²¹ [William G. Martin: «Conclusion: World Movement Waves and World Transformations», en William G. Martin \(coord.\): Making waves. Worldwide Social Movements, 1750-2005, Colorado, Paradigm Publishers, 2008, pp. 168-174.](#)

²² [Edward Shorter y Charles Tilly: Strikes in France 1830-1968, New York, Cambridge University Press, 1976; Sidney Tarrow: Power in Movement. Social Movements and Contentious Politics, Nueva York, Cambridge University Press, 1998, pp. 141-160.](#)

²³ [Michael O. West: «Like a River: The Million Man March and the Black Nationalist Tradition in the United States», Journal of Historical Sociology \(12\)1, pp. 81-100.](#)

²⁴ [Una obra general donde explica el feminismo como un movimiento estructurado en olas se puede ver en Marlene LeGates: Making Waves: A History of Feminism in Western Society, Toronto, Copp Clark / Addison Wesley, 1996. Para un acercamiento acerca del origen y las opiniones ante esta conceptualización, ver Karen Offen: European Feminism 1700-1950. A Political History, Stanford, Stanford University Press, 2000, pp. 25-26.](#)

²⁵ [Esto se puede ver en la existencia de toda una serie de 19 publicaciones bajo el epígrafe: «Breaking feminist waves» de la editorial Palgrave Macmillan. Este texto se ha recogido de la presentación de esa serie que se recoge en cada publicación. Por ejemplo: «Series Foreword», en Gilliam Howie: Between Feminism and Materialism. A Question of Method, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2010, pp. 9-10.](#)

²⁶ Gilliam Howie: Between Feminism..., pp. 4-10.

²⁷ Francisco Erice: «El “orgullo” de ser comunista. Imagen, autopercepción, memoria e identidad colectiva de los comunistas españoles», en Manuel Bueno y Sergio Gálvez (eds.), Nosotros los..., p. 150.

²⁸ Alberto Melucci: L’Invenzione del Presente. Movimenti, Identità, Bisogni Individuali, Bologna, Il Mulino, 1982. Y del mismo autor: Challenging Codes, Cambridge / Nueva York, Cambridge University Press, 1996.

²⁹ La identidad nunca es completamente uniforme, sino que se ve atravesada por la clase social, la etnia o el género. En este sentido, una identidad más amplia como la comunista o la comunista ortodoxa se modula siempre en relación con los diferentes contextos. Es necesario partir de la base de que las categorías relacionadas con la identidad deben usarse de forma no esencialista, dando cuenta de las limitaciones que muchas veces plantean estas categorías si se usan de forma estática. También se debe huir de fragmentar en exceso estas categorías, puesto que se podría argumentar que existen tantas identidades como personas. Al mismo tiempo, resulta muy pertinente usarlas para aglutinar una serie de particularidades generales y poder explicar el fenómeno. De tal manera que la mejor forma de operar metodológicamente es realizando un equilibrio riguroso que permita extraer el potencial que tienen estas categorías sin caer en excesivas fragmentaciones.

³⁰ Donatella Della Porta y Mario Giani: Los movimientos sociales, CIS, 2011, Madrid, pp. 134-137.

³¹ Nancy Whittier: «Political generation, Micro-cohorts and the Transformation of Social Movements», American Sociological Review 62, 1997, pp. 760-778.

³² Manuel Castells: La Era de la información: economía, sociedad y cultura. El poder de la identidad, II, México, Siglo XXI, 1999, p. 29.

³³ Ibíd., p. 30.

³⁴ Eduardo Abad: «Ortodoxos, disidentes...», pp. 283-292.

³⁵ Donatella Della Porta y Mario Giani: Los movimientos..., p. 205.

³⁶ Esta clasificación es una adaptación que parte de los esquemas desarrollados en Alberto Melucci: Challenging...

³⁷ Testimonio de José Manuel Álvarez, Pravia, Oviedo, 12 de marzo de 2014.

³⁸ Testimonio de Mario Huerta, Gijón, 4 de junio de 2015.

³⁹ «Empecemos por organizarnos», Por la unidad. Órgano mensual de expresión del MR-PCE-Madrid 3, mayo de 1983.

⁴⁰ Carme Molinero y Pere Ysàs: «El Partido del antifranquismo (1956-1977)», en Manuel Bueno, José Hinojosa y Carmen García (coords.): Historia del PCE..., p. 23.

⁴¹ Por poner solo un par de ejemplos, tanto en la pionera obra de Consuelo Laíz como en las recientes investigaciones de Gonzalo Wilhelmi no existen referencias a esta importante corriente.

⁴² José Manuel Roca: «La izquierda comunista revolucionaria en España (1964-1992)», *Leviatán: Revista de hechos e ideas* 51-52, 1993, p. 94.

⁴³ Julio Pérez Serrano: «Orto y ocaso...», p. 271.

⁴⁴ Víctor Peña González: «Los partidos prosoviéticos...», p. 1036.

⁴⁵ José Carlos Rueda Laffond: *Memoria Roja...*, p. 202.

⁴⁶ Un resumen de las principales posturas de este debate se puede leer en Javier de Diego Romero: «El concepto de “cultura política” en ciencia política y sus implicaciones para la historia», *Ayer* 61, 2006, pp. 264-266.

⁴⁷ Stephen Welch: *The Concept of Political Culture*, Londres, MacMillan Press, 1993, p. 80.

⁴⁸ Jesús Ibáñez: «Análisis sociológico de textos y discursos», *Revista internacional de sociología* 1, 1985, p. 129.

⁴⁹ Joan Tafalla: «Les conseqüències de la transició en el PSUC», en Giaime Pala y Josep Puigsech Farràs (dirs.): Les mans del PSUC..., p. 265.

⁵⁰ Donatella Della Porta y Mario Giani: Los movimientos..., pp. 28-29.

⁵¹ Eduardo Abad: «Ortodoxos, disidentes...».

⁵² RAE: Diccionario de la lengua española, en línea: <<https://dle.rae.es/?id=RFyJugd>> (consulta: 15/06/2019).

⁵³ Georg Lukács: Historia y ..., Barcelona, Orbis, 1985, pp. 57-58.

⁵⁴ Este contradictorio proceso ha sido estudiado de forma específica en Emanuele Treglia: «Un partido en busca de identidad. La difícil trayectoria del eurocomunismo español», Historia del presente 18, 2011, pp. 25-41.

⁵⁵ El uso inicial del término «prosoviético» para referirme a su identidad generó no pocos rechazos en el proceso de establecimiento de contactos con las personas que era susceptibles de ser entrevistadas. En vista de que este fenómeno se repetía con frecuencia se optó por un tratamiento mucho más amplio, partiendo de la base de que existían distintas autopercepciones, aunque existiera un consenso generalizado en que ellos eran ante todo comunistas.

⁵⁶ Testimonio de Gonzalo Victorino García Fernández, Gonzalín, Fondo series de vida, B2/14, AFOHSA.

⁵⁷ [Testimonio de Juan Torres, Sevilla, 18 de diciembre de 2017.](#)

⁵⁸ [Testimonio de Hugo O'Donell, Oviedo, 31 de enero de 2019.](#)

⁵⁹ [Testimonio de Manuel Góngora, Sevilla, 13 de diciembre de 2017.](#)

⁶⁰ [Testimonio de Manuel Calderón, Nerja, 18 de diciembre de 2017.](#)

⁶¹ [Fernando Vera Jiménez: «La diáspora comunista en España», Historia Actual Online 20, 2009, pp. 35-48.](#)

⁶² [«Frente al revisionismo del grupo carrillista, los militantes y organizaciones del Partido Comunista de España levantan la bandera del marxismo-leninismo y del internacionalismo», 1970, caja n.º 5, Fondo Pedro Sanjurjo, AHUO.](#)

⁶³ [«Boletín de información del Partido Comunista de España» 1, junio de 1973, caja n.º 3, Fondo Pedro Sanjurjo, AHUO.](#)

⁶⁴ [Donatella Della Porta y Mario Giani: Los movimientos..., p. 143.](#)

⁶⁵ [Alberto Melucci: Challenging Codes...; Jhon Drury y Steve Reicher: «Collective Action and Psychological Change», British Journal of Social](#)

Psychology 39, pp. 579-604; Judith. A. Howard: «Social Psychology of Identities», Annual Review of Sociology 26, pp. 367-393.

⁶⁶ Craig Calhoun (ed.): Social Theory and the Politics of Identity, Oxford / Cambridge, Blackwell; Alberto Melucci: L'Invenzione del Presente...

⁶⁷ Francisco Erice: «El impacto de la Revolución rusa en el movimiento obrero español: el surgimiento del PCE», en Juan Andrade y Fernando Hernández Sánchez (coords.): 1917. La Revolución rusa cien años después, Madrid, Akal, 2017, pp. 331-348.

⁶⁸ Francisco Erice: «El “orgullo” de ser...», p. 150.

⁶⁹ Gregorio López Raimundo y Antonio Gutiérrez Díaz: El PSUC y el eurocomunismo, Barcelona, Grijalbo, 1981, p. 122.

⁷⁰ Álvaro Cunhal: Un partido con paredes de cristal, Madrid, Editorial Agitación, 2013, p. 153.

⁷¹ Enrique Líster Forján: Así destruyó Carrillo el PCE, Madrid, Planeta, 1983, p. 187.

⁷² «Rueda de prensa de la Esposa de Líster», El comercio, 9 de octubre de 1977.

⁷³ De la OPI al Partido Comunista de los Trabajadores, PCT, 1977, p. 10.

⁷⁴ «Non al oportunismu políticu», Asturias Comunista (segunda época) 5, julio y agosto de 1977, p. 3.

⁷⁵ Manuel Sacristán: «A propósito del V congreso del PSUC», El País, 22 de enero de 1981.

⁷⁶ Carme Molinero y Pere Ysàs: De la hegemonía..., p. 366.

⁷⁷ «Entrevista realizada por Joan Cata en el semanario “El Maresme” en diciembre de 1981», en Salida a la superficie. Josep Serradell «Román», PCC, 1998, pp. 134-135.

⁷⁸ «Ignacio Gallego: La Unión Soviética no nos ha dado un rublo», Cambio 16 713, 29 de julio-5 de agosto, 1985, p. 36.

⁷⁹ Francisco García Salve: Por qué somos comunistas, Madrid, Penthalon ediciones, p. 218.

⁸⁰ Julio Pérez Serrano: «Orto y ocaso...», p. 271.

1. LA PRIMERA OLA DISIDENTE. DE LOS ORÍGENES A LA ATOMIZACIÓN

DE LA CRISIS DE CHECOSLOVAQUIA AL PCE (VIII CONGRESO)

1968. Mundos que chocan: la crisis de Checoslovaquia

1
-

El año de 1968 tuvo una importancia decisiva para la identidad comunista y los futuros conflictos en el seno del comunismo mundial. Algunos autores sostienen que 1968 actuó como una «fecha bisagra» dentro de la historia de los comunistas de Europa occidental, al igual que otros momentos trascendentales en su historia como 1956 o 1989.² Checoslovaquia, que hasta ese momento había tenido un discreto papel dentro del movimiento comunista internacional, pasó a convertirse en el centro de atención primordial por parte de los sectores progresistas y comunistas de todo el mundo. El curso de reformas emprendidas por la renovada dirección del Partido Comunista de Checoslovaquia (PCCH)³ puso al país centroeuropeo en el punto de mira de todas las discusiones sobre el futuro del socialismo en Europa. Lo cierto es que esta fecha marcó un antes y un después en el rumbo de los comunistas. Existe un consenso generalizado entre los grandes historiadores del comunismo en que la crisis de Checoslovaquia supuso un punto de inflexión, que ahondó la crisis del MCI y la separación de los partidos comunistas de Europa occidental y oriental.⁴ Para Maud Bracke, el pensamiento y la estrategia comunistas se habrían renovado en 1968, pero también se produjo un proceso de fragmentación, y sus limitaciones fueron expuestas. De esta manera, en Occidente la ortodoxia comunista se habría visto desplazada por una revolución cultural heterodoxa que incorporaba un nuevo simbolismo que rompía con muchos de los iconos de la cultura política comunista, como fue el caso de la URSS.⁵

Lo cierto es que, a lo largo del planeta, ni los entusiastas ni los detractores vieron venir el dramático desenlace de la «lucha de líneas» en el seno del comunismo checoslovaco. El 20 de agosto las tropas militares de cinco países del Pacto de Varsovia (Alemania Democrática, Bulgaria, Polonia, Hungría y la URSS) coordinaron una intervención armada para controlar el país y devolver su gobierno al sector más ortodoxo del PCCH. Este dramático acontecimiento se convirtió en un lugar de memoria que remitía a la «zona cero» de la crisis del movimiento comunista internacional, cuyas repercusiones no cesaron hasta la

desaparición de los sistemas socialistas en Europa oriental a finales de los años ochenta. Por eso mismo, resulta crucial poder utilizar una perspectiva transnacional para poder desentrañar las peculiaridades que encierran las contradicciones existentes en torno a esa fecha como origen de una crisis que tuvo unas dinámicas de larga duración y que dio lugar al nacimiento de una nueva corriente comunista disidente que, paradójicamente, se reivindicaba de la ortodoxia existente hasta ese momento.

Las repercusiones de la crisis de Checoslovaquia para el caso concreto del PCE también fueron enormes. Sin embargo, muchas veces, los enfoques historiográficos han preferido centrarse solo en algunos aspectos muy específicos. Se trata de perspectivas que privilegian el análisis político de los factores novedosos que constituyeron la esencia del eurocomunismo: su génesis, sus dirigentes, sus políticas de alianzas o su nueva estrategia.⁶ La escasa presencia de los conflictos internos causados por la crisis checoslovaca evidencia las limitaciones de estos puntos de vista. Por otra parte, también es necesario señalar que, debido a la conflictividad que despierta este tema, la literatura producida sobre esta crisis está marcada por visiones altamente antagonistas, aunque en Occidente destaquen con mucho los textos contrarios a la invasión.⁷ Las primeras muestras de interés por este tema ya aparecían tempranamente en el libro de Guy Hermet⁸ y continuaron hasta la excelente obra monográfica editada por Giaime Pala y Tommaso Nencioni que analizaba este proceso en el caso del Partido Comunista francés, italiano y español. Resultan muy interesantes sus conclusiones, ya que han analizado esta crisis centrándose en la perspectiva militante. Para ellos, más que la ruptura con la Unión Soviética, la crisis de Checoslovaquia comportó una notable transformación en el papel del militante de base. En su opinión, tras 1968, los militantes se volvieron más «críticos» y «democráticamente disciplinados», siendo el punto de partida hacia la «laicización del partido».⁹

Otros historiadores también han profundizado en la crisis de Checoslovaquia como una de las causas que motivaron la ruptura entre los PP. CC. occidentales y la URSS.¹⁰ Resultan especialmente relevantes las investigaciones de Emanuele Treglia, las cuales analizan en clave comparada las tensas relaciones del PCE con los países del «socialismo real».¹¹ Por su parte, Carme Molinero y Pere Ysàs

señalan que este episodio supuso un gran cambio en las relaciones PCE-PCUS. De esta manera, el PCE fue adquiriendo cada vez mayor protagonismo en el comunismo europeo. Además, para los historiadores catalanes esta crisis también reforzó su imagen independiente, lo que atacaba la línea de flotación del anticomunismo franquista. Esto habría favorecido el acercamiento a sectores contrarios a la URSS y cuyo interés por parte del PCE residía en su potencial como «compañeros de viaje» en la lucha contra la dictadura de Franco.¹²

Sin embargo, un análisis más centrado en una perspectiva social y cultural puede ofrecer otros resultados. En torno a la fecha del 21 de agosto de 1968 se construyó una auténtica fractura de memoria asociada a un acontecimiento traumático que dividiría a la militancia del PCE. Y es que, frente al discurso de la dirección, para un sector de comunistas españoles «la Primavera de Praga» estuvo asociada con los peligros de una contrarrevolución. La condena emitida por la dirección del PCE fue más radical e improvisada que la de otros partidos de su entorno, incluso que la del «policentrista» Partito Comunista Italiano.¹³ Precisamente por eso, las repercusiones de esa ruptura fueron mucho mayores que en otros partidos. A partir de este momento se abrió una nueva etapa en la historia del comunismo español, en la cual se generó un proceso de larga duración que provocaría varios conflictos con sectores leninistas situados dentro y fuera del PCE. Los cuales se expresarían a través de tres olas de disidencia. El partido de Carrillo se convirtió en los años siguientes en el PC que más firmemente formuló una actitud crítica respecto al proceso de «normalización» en Checoslovaquia.¹⁴

Es interesante señalar el hecho de que, a partir de esta crisis, comenzaría una etapa caracterizada por una importante transferencia simbólica entre los comunistas ortodoxos de ambos países. Durante dos décadas se construyó una extensa red de intercambio entre sectores disidentes españoles y el comunismo checoslovaco de la «normalización», motivado por el apoyo a lo que consideraban una «intervención militar» justificada para proteger el socialismo en ese país. La condena de la intervención en Checoslovaquia constituyó el «mito fundacional» para la primera ola de disidencia ortodoxa. El detonante para el nacimiento de un nuevo tipo de disidencia. Además, durante todo el periodo estudiado fue un elemento recurrente dentro del discurso y la memoria de

muchos militantes. Precisamente por eso, considero necesario investigar este fenómeno como mito fundacional y como parte sustancial de una memoria traumática que estuvo presente durante mucho tiempo.

En este sentido, existen tres factores claves para comprender la idiosincrasia de este proceso.

El primer factor es el impacto de la invasión de Checoslovaquia y sus repercusiones en la militancia. Esto supone hacer referencia necesaria a actitudes, emociones y percepciones sobre estos acontecimientos que forman parte constitutiva de la construcción de la identidad comunista ortodoxa de la primera ola. El segundo factor es el relacionado con los dirigentes ortodoxos. Es necesario revisitar la disidencia en el seno de la dirección, profundizando más allá de un mero desarrollo descriptivo. Para ello, se ha de buscar identificar los marcadores de disidencia en el seno de la dirección, así como las reconfiguraciones de cuestiones como la lealtad o la traición, desde la reformulación de los preceptos de la moralidad comunista. Y el tercer factor es el relacionado con los estudios sobre la memoria comunista y la cultura política. ¿Cuál fue el impacto de estos acontecimientos en sus narrativas sobre el pasado? ¿Hasta qué punto activó elementos que luego fueron pilares de su cultura política? Además, la memoria de esta crisis centroeuropea también resultó un elemento conflictivo para este fenómeno. Como se analizará más adelante, no todas las olas disidentes, ni todas las organizaciones tuvieron la misma relación con la crisis checoslovaca.

Checoslovaquia como motor de disidencia en el interior del PCE

Como ya se ha explicado, la Unión Soviética llegó a representar un «capital simbólico» de primer orden para los comunistas españoles. Un referente idealizado con el cual se intentaba no confrontar. Esto fue así hasta 1968, cuando ese consenso saltó por los aires tras la invasión de Checoslovaquia. No obstante, también en los años previos hubo algunos pequeños episodios conflictivos entre ambos partidos que afectaron a aspectos aislados. En ocasiones, estos hechos han sido presentados como pruebas fehacientes de unos supuestos antecedentes en la ruptura PCE-PCUS. Sin embargo, su verdadera importancia radica en que constituyeron actitudes novedosas, aunque restringidas exclusivamente al ámbito de la dirección del PCE.¹⁵ Por ejemplo, en octubre de 1964, tras la repentina destitución de Jruschov, Mundo Obrero reprodujo un editorial en el que mostraban cierta «preocupación». Con todo, este texto, que contenía críticas moderadas, concluía de la siguiente manera:

Sin ninguna especie de incondicionalidad, guardando nuestra independencia –a la que por otra parte nadie pretende atentar– los comunistas españoles reafirmamos como una constante de nuestra orientación la amistad entrañable con el P.C.U.S y con la Unión Soviética, que han mostrado a la Humanidad entera el camino de la liberación, el camino del socialismo y del comunismo.¹⁶

Dos años después tuvo lugar un nuevo incidente en la escalada de tensiones hispano-soviéticas. En este caso, Carrillo publicó en Nuestra Bandera una crítica al encarcelamiento de los intelectuales Andrei Siniavsky y Yuli Daniel, acusados de publicar «propaganda antisoviética». El texto resultaba un tanto ambiguo y jugaba con las dinámicas recientes de la historia soviética. Por una parte, se insistía en la idea de que si bien esa condena podría haber estado justificada en la anterior etapa de «dictadura del proletariado», no se adecuaba a la nueva realidad soviética, caracterizada por ser un «Estado de todo el pueblo».¹⁷ Por otra parte, el escrito insistía redundantemente en subrayar su alineamiento incondicional con las políticas de la URSS. Probablemente, la intencionalidad

del texto era manifestar una ligera crítica, al mismo tiempo que se trataba de minimizar las contradicciones que esta actitud podía generar entre la militancia.¹⁸

Un conflicto bastante más problemático fue el que estalló meses antes de la crisis de Checoslovaquia. El origen de este nuevo choque residía en la publicación de un artículo en la revista Izvestia firmado por el periodista soviético Ardakovski.¹⁹ El texto abordaba el futuro de España tras la muerte de Franco y sugería como la opción más factible una salida monárquica al régimen. Esta publicación ofendió profundamente a Carrillo, quien lo consideró una injerencia en los asuntos del PCE. En esta ocasión la repuesta no se buscó únicamente por los discretos cauces de las relaciones bilaterales,²⁰ sino que apareció publicada en primera página de Mundo Obrero: «Para nosotros la democracia en España es sinónimo de República. La monarquía es el gobierno de la aristocracia financiera y terrateniente, de las camarillas palaciegas; el régimen de los saraos, de las fiestas señoriales; el reino del sable».²¹ Pese a entrañar unas formas un tanto bruscas, si se analiza el contenido se puede observar cómo la crítica fue siempre constructiva y lo único que se buscaba era una rectificación que restaurara la autoridad del PCE respecto a los temas de España.²² A modo de conclusión, es necesario recalcar que en el periodo que abarca de 1956 a 1968 no existió ningún intento real de alejarse de la URSS, ni tampoco una profundización teórica al respecto: «de ahí el carácter harto improvisado de la ruptura con el comunismo soviético y sus consecuencias».²³ Precisamente por eso, tal y como se ha explicado, el valor del capital simbólico que representaba la URSS continuaba siendo muy importante para la militancia comunista.

Checoslovaquia comenzó a cobrar importancia en 1968. Especialmente, durante los ocho meses en que el Gobierno encabezado por Dubcek llevó a cabo su proceso de reformas. Los vínculos se fueron reforzando gracias a la influencia del nuevo «modelo checoslovaco de socialismo». En el mes de mayo, Santiago Álvarez señalaba en Mundo Obrero su admiración por la «vía checoslovaca al socialismo». Según sus palabras, el proyecto que se estaba construyendo en Checoslovaquia seguía una vía perfeccionada de socialismo en la misma línea que proponía el PCE: «los comunistas españoles seguimos con gran simpatía el proceso de renovación que tiene lugar en Checoslovaquia».²⁴ Aunque esta nueva

orientación confrontaba con la ortodoxia del modelo soviético, no era descrita como antagonista, sino como una adaptación a un modelo de sociedad desarrollada. La propaganda sobre Checoslovaquia se fue intensificando mediante varios artículos de prensa y alocuciones en «la Pirenaica».²⁵ Sin embargo, no puede decirse que esta campaña fuera interiorizada por la totalidad de su militancia de igual forma, ni mucho menos concebida como una ruptura con los principios tradicionales de su cultura política. De hecho, a partir del mes de junio comenzarían a llegar a las bases del PCE algunas críticas de los soviéticos a lo que estaba sucediendo en Checoslovaquia. Con la difusión de esa «inquietud» por parte de la URSS las cosas empezaron a cambiar, un sentimiento de desconfianza comenzó a extenderse entre un sector de la militancia comunista.²⁶ Los argumentos difundidos por la dirección del PCE ya no convencían a todos. Los sectores más ortodoxos de la organización comenzaron a preocuparse por si la «vía nacional al socialismo» en Checoslovaquia suponía un posible alejamiento del internacionalismo proletario. Según esta cosmovisión, la nueva ley de prensa daba voz a los contrarrevolucionarios y la reforma económica suponía un proceso de privatización encubierto que pondría la economía al servicio de los capitalistas extranjeros. En síntesis, este proceso de reformas fue caracterizado por estos sectores como una involución del socialismo hacia el capitalismo.²⁷ Por si fuera poco, la autoría soviética de estas informaciones garantizaba la validez de esta perspectiva. Por primera vez, los dos pilares de la identidad comunista –«el Partido» y la URSS – tenían discursos distintos, lo que lógicamente generaba ciertas contradicciones entre la militancia. Sin embargo, hasta finales de agosto de 1968 las tensiones no fueron demasiado fuertes. El militante del interior estaba más preocupado por su día a día, más relacionado con las luchas del movimiento obrero que con los debates internacionales. Además, dados los continuos avances en las negociaciones, todo parecía entrever que la diplomacia acabaría triunfando.²⁸ Precisamente por eso, la invasión del 21 de agosto sorprendió notablemente a la militancia del PCE. El origen de esta sorpresa estriba en dos factores. Primero, por la forma y el medio mediante el cual tuvieron que enterarse. La traumática noticia les llegaba a través de las ondas de la emisora del partido, Radio España Independiente (REI), de manera realmente sobrevenida. Segundo, por el gran calado del mensaje que contenía el comunicado de la dirección del partido. Si bien la noticia mantenía la retórica de amistad con la URSS, al final, significaba contradecir a la mismísima Unión Soviética:

Nuestra emisora está en condiciones de comunicar que la dirección del PCE consecuente con la línea que ha venido manteniendo acerca de la necesidad de evitar un desenlace dramático de la crisis surgida por las discrepancias de apreciación sobre la evolución checoslovaca, no aprueba la intervención militar sobrevenida. Al mismo tiempo, proseguirá sus esfuerzos en busca de una solución política y de la unidad y entendimiento entre los países socialistas y del conjunto del movimiento comunista y obrero internacional.²⁹

Esta sencilla declaración oficial tendría unas repercusiones de larga duración trascendentales para la militancia comunista. Tradicionalmente, el análisis politológico circunscribe esta crisis a una confrontación ideológica entre el PCE y el PCUS. Sin embargo, esta perspectiva presenta una visión incompleta de las consecuencias de este fenómeno. Es necesario profundizar en el hondo impacto que produjo esta crisis entre la militancia y que, incluso, se podría circunscribir al terreno de las emociones. Asimismo, el empleo de la perspectiva historiográfica conocida como «desde abajo» permite analizar el impacto de este episodio poniendo el foco en la el plano social. Un acontecimiento que se convertiría a la larga en una «fecha bisagra» para la cultura militante del comunismo español. El historiador Rubén Vega advierte de la importancia del impacto de estos hechos, ya que «se trata, con toda probabilidad, de la primera ocasión en la que, pese a la clandestinidad, un debate que cuestiona la línea oficial del Partido se extiende al conjunto de la militancia».³⁰ La crisis de Checoslovaquia desencadenó la explosión de una tensión preexistente entre dos símbolos de la identidad comunista: la disciplina de partido y la adhesión incondicional a la Unión Soviética. Estos dos ejes identitarios estaban anclados profundamente en la mentalidad militante hasta que chocaron a finales del verano de 1968.³¹ Gracias a la consulta de los fondos territoriales y centrales del AHPCE existen suficientes indicios para afirmar que la mayoría de las personas que formaban parte del PCE manifestó, al menos inicialmente, su aprobación hacia la intervención militar: «Sobre los acontecimientos de Checoslovaquia las posiciones son unánimes, de acuerdo con la intervención [...] Y ese problema ha pesado mucho y pesa todavía».³²

Esta situación desencadenó una disidencia primitiva que manifestaba un estado de frustración generalizado entre la militancia, cuyo origen se encontraba en un

ataque proveniente del propio partido hacia uno de los elementos simbólicos más relevantes y aglutinantes: la URSS. El desasosiego se extendería rápidamente, generando a su paso un profundo malestar por el enroque del partido en su postura. Desde un punto de vista sociológico, entre los indignados destacaban los procedentes de sectores obreros, aunque también los había de otras clases sociales como profesionales o intelectuales.³³

Sin embargo, otro factor muy importante contribuyó a que se generara ese estado de opinión generalizado entre las bases. Los medios de comunicación española llevaron a cabo una notable campaña de propaganda dirigida contra la URSS. En este sentido, los comunistas del interior vivieron la peor parte. Esta propaganda repetía el argumento del «totalitarismo soviético» para explicar la intervención en Checoslovaquia. Lógicamente, la militancia, acostumbrada a este tipo de ataques constantes por parte del régimen, cerraba filas de forma automática contra este tipo de argumentarios. Por otra parte, la prensa franquista utilizó otras fuentes más innovadoras, como la difusión de la postura condenatoria del PCI.³⁴ Esta novedad contribuyó notablemente a enrarecer la situación y reforzar, aún más si cabe, la percepción de que la intervención era correcta. Desde esta perspectiva, pensar que era Carrillo el que se equivocaba era una contradicción importante en los términos de las reglas morales que guiaban su compromiso militante. Durante los meses que sucedieron a la invasión continuó esta pugna discursiva que buscaba influir directamente en su visión personal de los hechos. Por su parte, la Unión Soviética también desarrolló una campaña que trataba de legitimar la intervención militar. Las vías utilizadas fueron fundamentalmente dos: las emisiones de Radio Moscú en castellano y la difusión de folletos y libros que justificaban la invasión. El argumento utilizado era sencillo y fácilmente comprensible en Checoslovaquia habrían estado operando grupos contrarrevolucionarios, el PCCH había perdido el control de la situación y esto había justificado que el Tratado de Varsovia interviniera para salvaguardar el sistema socialista.³⁵ Además, esta narrativa del pasado guardaba muchas semejanzas con los argumentos expuestos para justificar la intervención en Hungría en 1956.³⁶ Por lo tanto, los comunistas españoles se enfrentaron a dos relatos antagónicos respecto a la crisis de Checoslovaquia. Por otro lado, la legitimidad de ambos emisores estaba clara y entraba directamente en contradicción. La permeabilidad de los argumentos soviéticos fue una cuestión que preocupó al equipo de Carrillo, quien entendía este asunto como una injerencia soviética respecto a las cuestiones internas del partido: «Por aquí

siguen enviando cantidades considerables de propaganda. Últimamente el famoso “libro blanco” que conoces, publicado por un “grupo de prensa de los periodistas soviéticos”, en realidad sin que nadie firme y afronte la responsabilidad. Los argumentos que se emplean son del tipo de los empleados en el artículo del 22 de Agosto en la “Pravda”, si cabe más exagerados».³⁷

El aparato del partido respondió con las dos principales armas con las cuales contaba: el uso del renombre de sus «cuadros» más veteranos y el sentido de la disciplina propio de la cultura comunista.³⁸ De esta manera, tuvieron que ser sus dirigentes más prestigiosos los que insistieran en llamar a la calma. Un ejemplo se puede ver en la carta de Mario Huerta a la dirección central: «Mi escasa experiencia con los pocos que hablé es que la comprensión es fácil a condición de no andar por las ramas a medias tintas, o con tapujos para no producir fuertes impresiones».³⁹ No obstante, esta crisis ponía de manifiesto la existencia de una importante divergencia de opiniones entre las bases y la dirección del PCE. Los orígenes de esta crisis interna son bastante complejos, pero se hace evidente que pivotan en torno a todas las conflictivas modificaciones de la política y el reflejo que esto tenía en la identidad comunista. Como bien señala Giaime Pala, para el grueso de la militancia del PCE el horizonte ideológico era más bien estrecho y su formación política se basaba en un bagaje doctrinal sencillo basado en los clásicos del marxismo-leninismo.⁴⁰ Tan es así que incluso las propias organizaciones del partido en el interior señalaban que los orígenes de esta crisis se basaban en una falta de interiorización de su nueva línea:

Consideramos que la resistencia manifestada por un gran número de camaradas a condenar la intervención, tan contradictoria con nuestra línea política y con toda la estrategia del movimiento comunista internacional, refleja el muy bajo nivel político de una gran parte de nuestra base y nuestros cuadros medios. Esa resistencia es indicio de la incomprensión y la aceptación superficial de todos nuestros materiales de estudio y de propaganda, en especial de los recientes libros de nuestro secretario general.⁴¹

A pesar de ello, el balance final se acabaría decantando del lado de la dirección

del PCE. Este resultado fue posible gracias a la disciplina existente en ese momento entre las personas que formaban parte de sus filas. En cambio, los informes internos muestran cómo esta crisis provocó una fuerte crispación entre la militancia y que un gran porcentaje se encontraba a favor de la intervención. Con todo, el sentido de disciplina garantizó que la crisis fuera poco a poco apagándose. Así lo explicaba Higinio Canga refiriéndose a sus intentos por conciliar ambas posturas, pese a estar a favor de la invasión:

Cuando plantean el problema de Checoslovaquia, dije yo: hombre tenéis que pensar un poco más lo que vais a decir, porque personalmente yo creo que la cuestión de Checoslovaquia es un poco compleja como para que la zanjemos así. Yo tengo una opinión, otros pueden tener otra. Mi opinión es esta: yo rogaría que antes de tomar una decisión que lo pensarais bien. Y entonces todos quedaron de acuerdo con lo que yo planteé [...] En esa reunión quedamos en que calma y a esperar los acontecimientos.⁴²

Se hace complicado calcular el impacto cuantitativo de esta crisis. Sin embargo, sí que se puede decir que tuvo una influencia cualitativa muy importante, cuya consecuencia directa fue el nacimiento de la primera ola disidente ortodoxa. Su huella se dejó sentir en la militancia del interior y también del exterior. Especialmente conflictiva fue la situación de las células del PCE en países socialistas. Aunque la mayoría de los comunistas que vivían en los países de Tratado de Varsovia estuvieron a favor de la intervención, otra parte no lo estuvo. Estos comunistas se vieron expuestos a una fuerte tensión al poder ser acusados de «antisoviéticos» por parte de las autoridades.⁴³ Los repatriados provenientes de la URSS, los antiguos «niños de la guerra», también desempeñaron un papel relevante, ya que se caracterizaron por su fidelidad absoluta hacia la Unión Soviética por encima de las coyunturas políticas.⁴⁴ Así lo recordaba en sus memorias el que fuera presidente de la Sociedad Cultural Pumarín (Gijón) y miembro del PCE en ese momento, José Leopoldo Portela:

Llega la reunión de la célula de partido en El Llano. Al ser una de las más activas, acudió un miembro del Comité Central, el camarada Ángel León.

¡Buena se armó allí! Nos encontrábamos doce camaradas, y cuando nos explicó que a Dubcek, Secretario General del Partido Comunista Checo, lo habían llevado esposado de Praga a Moscú, y que el trato que le habían dado era peor que el de la policía franquista, el camarada Juanín «El Ruso» se levantó y dijo:

—Yo no puedo aguantar más estas injurias. Así que, abandono la reunión, y desde este momento causa baja en el Partido.

Aquella discusión nos acaloró a todos de una forma exagerada. Poco faltó para que echásemos de allí al miembro del Comité. Sólo uno de los camaradas votó a favor de la postura del Comité Central.⁴⁵

Los debates llegaron también a uno de los emplazamientos donde se concentraban una parte nada desdeñable de comunistas en la España franquista: las cárceles. En este sentido, vale la pena detenerse en las memorias de Juan Rodríguez Ania, quien estuvo preso en Jaén durante la invasión. Este relato es especialmente relevante por encontrarse en dicha cárcel un nutrido colectivo de comunistas. Entre ellos destacaban dirigentes del movimiento obrero y algunos estudiantes.⁴⁶

A finales de agosto del 68 tuvo lugar un acontecimiento internacional que repercutiría en nuestra vida carcelaria, al menos en la mía. La invasión de Checoslovaquia por parte del Pacto de Varsovia suscitó, en el colectivo de presos comunistas, duros enfrentamientos dialécticos entre los partidarios de la invasión y los que la criticaban. Así pues, decidimos en votación enviar una extensa carta en la que manifestábamos nuestro apoyo a las fuerzas del Pacto de Varsovia, escrita en papel de fumar que me encargué de remitir al Comité Ejecutivo del P.C.E en París [...] La respuesta a nuestra carta llegaría casi dos meses más tarde a través de un escrito de Santiago Carrillo, en nombre de la dirección del partido, en la que fijaba la posición del P.C.E condenando.⁴⁷

Finalmente, la crispación inicial se irá suavizando poco a poco. La fidelidad al partido prevaleció por dos motivos. En primer lugar, la presión del contexto. En un momento de auge del movimiento obrero, los militantes prefirieron centrarse en su lucha diaria contra la dictadura. En segundo lugar, la falta de una perspectiva clara de futuro si decidían proseguir con el rumbo divergente. Por su carácter improvisado, esta disidencia primitiva no ofrecía en ese momento ningún proyecto alternativo claro, solo contradicciones y frustración. Este informe sobre la situación en Asturias en los días siguientes a la invasión resulta bastante representativo de las contradicciones que sufrieron los militantes de base en el interior de España:

Hay emocionantes casos expresivos del respecto y la autoridad del partido. Los cuarenta militantes de una mina que actúan de vanguardia en la presente huelga apreciaban con entusiasmo la intervención, entre sus razones estaban «No hay quien pueda con la U.S.»; «Cuando la U.S. lo hizo...», «No se puede perder un palmo de terreno», «La lástima es que no llegaron a Gibraltar», etc. Pero al enterarse que la Dirección del Partido no estaba de acuerdo decidieron callar y esperar. Esta ha sido la actitud de muchos buenos camaradas. En otros casos, esto es casi general, al iniciar el orden del día en las reuniones, el problema checo, pidieron que se retirase, en el orden del día porque conocen a través de otros la posición del P. y aunque subsista en ellos algunas dudas, posiblemente, consideraran que lo importante es discutir los problemas de aquí.⁴⁸

Este conflicto también tuvo otro importante escenario de batalla en los debates de la dirección del PCE. Antes del 21 de agosto el sector ortodoxo de la dirección del partido había rechazado la confrontación a la espera de la resolución pacífica del problema.⁴⁹ En la reunión del CE el 23 de julio de 1968 se ratificaron los documentos de Carrillo por unanimidad, como venía siendo costumbre, pero algunas voces manifestaban que no creían que fuera a haber una intervención y que no se podía aprobar una futura condena porque este hecho nunca llegaría a producirse.⁵⁰ Si ya la invasión pilló por sorpresa a los dirigentes más ortodoxos, la condena emitida por el partido los dejó completamente descolocados. Esta incredulidad se puede observar a través de dos cartas enviadas a Pasionaria el 27 de agosto de 1968. Una estaba escrita por Eduardo García (miembro del secretariado y responsable de organización) y la otra por

Agustín Gómez (miembro del CC y enlace con el PCE vasco). El objetivo de estas misivas era intentar que Pasionaria cambiara de opinión y lograr la anulación de la condena. Ambas misivas tenían por propósito generar una complicidad con Ibárruri ante la «venenosa campaña antisoviética». Es necesario tener en cuenta que Pasionaria era una autoridad moral en el PCE y encarnaba un referente de la ortodoxia marxista-leninista española, vinculada a la memoria orgánica y al «mito soviético».⁵¹ En su contenido, estas cartas señalaban a Carrillo como un único culpable de la situación en la que se encontraba el partido, pues este llevaba ya tiempo maniobrando contra el prestigio de la URSS: «En Santiago Carrillo hay una tentativa, que viene desde hace ya algún tiempo, de sembrar la desconfianza y la duda respecto al PCUS. Y en esta ocasión de los acontecimientos de Checoslovaquia esa tendencia se ha desencadenado con más fuerza todavía y es que la lógica no podía conducir a otra parte».⁵²

Por su parte, Agustín Gómez se centraba en argumentar que la postura tomada por el CE iba en contra del pensamiento mayoritario de los militantes. Según su opinión, difundir una posición tan importante sin consultar su opinión a la militancia era antidemocrático. Estos planteamientos posiblemente no careciesen de base, puesto que estos dos dirigentes formaban parte del aparato del partido en aquel momento. Dado que era el aparato quien controlaba y ejercía el contacto con el interior, es muy posible que tuvieran una información bastante fidedigna del sentir de la militancia. Gómez insistía en recalcar que «la aplastante mayoría está con la URSS y manifiestan un enorme descontento hacia las posiciones de nuestro partido en este asunto». Además, defendía que el «internacionalismo proletario» se impondría por encima de cualquier otra consideración, ya que los militantes «manifiestan abiertamente que entre el PCUS y la URSS por un lado y cualquiera otro que les condene se quedan del lado de la URSS». Además, las acusaciones formuladas por Gómez iban un paso más allá y ponían en cuestión la política de los últimos años. En esas líneas denunciaba la existencia de un omnipresente culto a Carrillo. También destacaba la falta de democracia interna, el débil trabajo ideológico y los continuos ataques a la URSS. Para finalizar, realizaba una desesperada petición a Pasionaria: «usted no puede estar en esta grave situación con los que han condenado al PCUS y a la URSS. Si usted rectifica la posición de desaprobación que has adaptado en el primer momento y apoyas a la URSS nuevamente harías un gran servicio a nuestro Partido, a nuestro pueblo y a la causa del socialismo».⁵³ Con

todo, estos argumentos no dejan de ser los de una minoría del CC. Sin embargo, muestran algunos indicios interesantes para tratar de comprender el sentir general del grueso de la militancia comunista española.

La máxima autoridad en los aspectos organizativos del PCE, Eduardo García, había escrito una carta a Pasionaria con un carácter más íntimo y personal. De entrada, narraba cómo había vivido las declaraciones de la REI de una forma verdaderamente traumática. Una auténtica sorpresa que consideraba «contada de la misma manera que en los medios franquistas y del imperialismo norteamericano». Además, aseguraba que con esta decisión la dirección se estaba separando de las bases, que apoyaban masivamente la posición soviética. Asimismo, también le recordaba a Ibárruri que la forma en la cual se había tomado la decisión habría sido «antiorgánica». No se habría convocado al grueso de los dirigentes en un intento por parte de Carrillo de manipular los tiempos. El desenlace de la carta guarda grandes vínculos con los principales arquetipos de la memoria orgánica del PCE y de la identidad comunista, los cuales pretendía resaltar para poner en contradicción con la línea actual y, especialmente, con la decisión de emitir una condena de la invasión de Checoslovaquia: «No se puede estar con la Unión Soviética y condenar a su Partido Comunista y a sus dirigentes. Eso es un juego innoble e impropio de comunistas. Tú y Pepe nos educasteis así. Y yo te lo agradezco en el alma».⁵⁴

Las cartas no sirvieron de nada, el Comité Ejecutivo publicó el 28 de agosto de 1968 un comunicado confirmando la condena. Este texto tendría una amplia difusión al ser publicado en Mundo Obrero posteriormente.⁵⁵ El CE se reunió en septiembre de ese año para debatir la cuestión en profundidad. En dicha reunión, el responsable de organización, Eduardo García, se opuso abiertamente al discurso planteado por Carrillo. En su intervención, García defendió el papel de la URSS como «piedra angular del socialismo en el mundo», a la vez que se manifestaba «decididamente y sin ninguna reserva al lado de los países que han intervenido. Era necesario hacerlo como 12 años antes en Hungría».⁵⁶ Su discurso estaba fundamentado en la existencia de una lucha global fruto de la lucha de clases internacional, de la que el «intento contrarrevolucionario en Checoslovaquia» sería tan solo la última pieza. En este punto también manifestaba que había sido equivocado apoyar el nuevo curso checoslovaco tan

solo sobre la base de las informaciones de algunos militantes residentes en Praga.⁵⁷ Otro punto de conflicto residía en la forma en la que se había tomado una decisión de este calado, mediante la decisión unilateral del Comité Ejecutivo. Por ese motivo, una activa minoría del CC reaccionó contra esta tendencia. Consideraban que se estaban adulterando los principios de no injerencia en las decisiones del campo socialista. Según su postura, el CE se había precipitado sin esperar a que se desarrollaran los acontecimientos. De tal manera que su posición –que además violaba los principios del internacionalismo proletario– condicionaba el futuro debate sobre la intervención de las tropas del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia. Así lo reflejaba Enrique Líster en sus memorias:

la decisión tomada un mes antes de la intervención fue empleada en las discusiones de Madrid y otros lugares para «convencer» a los camaradas que debía ser aprobada la declaración del CE del 28 de agosto. Este argumento se empleó, incluso, en nuestra reunión. Mendezona, tan ligero como siempre, dijo: «Se había previsto la contingencia de la intervención militar y cuál iba a ser nuestra posición». ¡Más claro, agua!⁵⁸

La crisis de Checoslovaquia continuó funcionando como un elemento de tensión interna utilizado por la dirección para reforzarse, pero no dejaba de ser también un problema que buena parte de sus bases se manifestaran a favor de la invasión. Por eso, la dirección necesitaba un acto de masas que sirviera como catarsis de su cohesión interna. Más de 700 militantes acudieron el 15 de septiembre de 1968 en Ivry (París) a un mitin, donde estaba claro que se hablaría de Checoslovaquia. La intervención de Carrillo fue recordada por los ortodoxos como una auténtica ostentación de cinismo y mal gusto, ya que fue especialmente crítico con la acción de los países del tratado de Varsovia.⁵⁹ Finalmente, el 18 de septiembre de ese año se celebró el plenario del CC. En esta reunión afloró abiertamente un movimiento disidente de cariz ortodoxo, un acto sin precedentes en la historia del partido.⁶⁰ Sin embargo, el «cierre de filas» de los miembros de este órgano para con su secretario general fue mayoritario. Esta situación parecía mostrar un mayor grado de disciplina en las altas esferas que en las organizaciones de base, donde la crítica estaba mucho más extendida. De hecho, los informes presentados en esa reunión mostraban una realidad

incómoda para Carrillo.

Las informaciones aportadas por los dirigentes de distintas partes del interior manifestaban que, al menos en un primer momento, la mayoría del partido había simpatizado con la intervención militar en Checoslovaquia. También se advertía una clara segmentación social. Mientras que la militancia de extracción obrera – perfil mayoritario en el PCE– estaba con la URSS, una minoría de intelectuales y universitarios mostraban unas críticas a la invasión aún más radicales que las del propio ejecutivo. Por ejemplo, «Jorge», delegado del partido venido de Zaragoza, relataba cómo la condena del PCE había sido recibida en «las masas» de su zona como «un ataque brutal y desorbitado». Incluso la clase obrera había identificado esta postura con la posición del régimen franquista. Esto estaría basado en el subjetivismo existente entre la clase obrera, que odiaba al imperialismo y cuyo mayor referente era Ernesto Guevara.⁶¹ Por su parte, Josep Serradell «Román» informaba de cómo se había vivido la crisis en el seno del PSUC. Según su testimonio, el partido catalán había tenido que discutir mucho su posición de condena, aunque la invasión no había afectado a su prestigio entre sus aliados. Gran parte de su militancia estaría a favor de la intervención o se resignaría a aceptar la condena para mantener la unidad. No obstante, las células de la Universidad habían hecho críticas que rozaban el antisovietismo.⁶² Otros militantes del PSUC, como «Blas», complementaron su información, aportando algunos datos, como que, por ejemplo, en Tarrasa, Sabadell y Lérida obreros y campesinos «estaban por la intervención».⁶³ Otro dirigente venido de Valencia reseñaba cómo en su tierra se daba una situación que él calificaba de extraña, ya que mientras todo el mundo estaba de acuerdo con el último trabajo de Carrillo, al mismo tiempo, todos estaban de acuerdo con la intervención en Checoslovaquia. Literalmente, porque «se pensaba que algo muy importante debía haber ocurrido».⁶⁴ Un caso similar había sucedido en Asturias, donde «Ramón» informaba que ellos se habían enterado por Radio Moscú y, en parte, por ese motivo la militancia estaba mayoritariamente a favor de la postura soviética.⁶⁵ Otro militante informaba de cómo las organizaciones de Toledo, Guadalajara, Segovia y Ciudad Real se habían mostrado a favor de la intervención, como respuesta a la propaganda del régimen franquista.⁶⁶ Agustín Hoyos, por su parte, hablaba de cómo tanto en Galicia como en Santander los militantes estaban esperando que aparecieran pruebas que justificasen la intervención. También se quejaba de que Radio Moscú difundía supuestos testimonios de comunistas españoles que estaban completamente a favor de la

acción del Tratado de Varsovia. Además, denunciaba que Eduardo García le había asegurado que otros miembros del CC estaban con sus posiciones y que contaban con el apoyo de los soviéticos.⁶⁷ La excepción parecía venir de Vizcaya, donde «Fernando» decía que toda la organización estaba a favor de las posiciones del partido.⁶⁸ Otro militante valenciano ponía la nota crítica al declarar que «era un reflejo de 30 años o más de esfuerzos del P(artido)» en defensa de la U(nión) S(oviética). Viejos camaradas que no quieren trabajar en la C.(omisión) O.(brera) que siguen esperando que sean los soviéticos los que nos traigan el socialismo».⁶⁹

Sin embargo, la postura tomada por Carrillo había quedado clara y no era posible volver atrás. El CC aprobó el informe elaborado por el secretario general por amplia mayoría: 66 votos a favor y solo 5 en contra (Eduardo García, Agustín Gómez, Jesús Saiz, José Bárzana y Luis Balaguer). Sin embargo, es necesario tener en cuenta que no todos los dirigentes, de los que pocos años más tarde engrosen las filas del comunismo ortodoxo, votaron en contra. Un caso muy representativo fue el de Enrique Líster, quien casualmente se encontraba con su familia en Praga durante la invasión.⁷⁰ Su postura, contraria a la invasión, estaba basada en un conocimiento detallado de las formas en las cuales se había producido la intervención militar, lo que le obligaba, pese a su sintonía con la URSS, a manifestarse públicamente en contra. De esta manera tan ambigua, lo expresaría en la reunión del Comité Central: «Estoy en contra de la intervención soviética en Checoslovaquia porque considero que no está justificada en este momento y, por tanto, ha sido un error. Como es natural, no estoy en contra de todas las intervenciones».⁷¹

Además, cinco miembros del CC rompieron con Carrillo y votaron en contra de la resolución del Comité Ejecutivo del 28 de agosto. El relato defendido por estos comunistas disidentes remitía directamente a los pilares de la identidad comunista. Como ya se ha explicado, un factor fundamental de esta identidad era el simbolismo que representaba la URSS. Precisamente por eso, los disidentes insistieron repetidamente en la necesidad de defender al campo socialista como un valor fundamental de su cultura política: «El campo socialista es una conquista de todos los comunistas, es nuestra mayor conquista y debemos hacer todo por reforzar tanto ese campo común como la ligazón con él». Sin embargo,

esta postura no estaba exenta de complicaciones. El hecho de estar confrontando con la dirección del partido al que habían venerado hasta hace muy poco generaba muchas contradicciones que tenían que superar. Sobre todo, porque la disidencia no era un valor positivo dentro del imaginario comunista. Por eso mismo, ellos insistían en que sus críticas nunca atacarían contra la unidad o los principios del PCE. Es decir, que se harían respetando los cauces del centralismo democrático. Esta contradicción resulta muy reveladora, pues para ellos era complicado conciliar ambas cuestiones de forma coherente. No hay que olvidar que en la cultura política comunista la defensa de la unidad orgánica y el monolitismo eran pilares centrales. La sola insinuación de que un militante estaba atentando contra la unidad del partido, trasladaba automáticamente a este a la categoría de los enemigos, de «los otros». En base a esa cosmovisión, Eduardo García manifestaba que sería incapaz de hacer una cosa así: «yo no he pensado nunca, no pienso, no pensaré jamás hacer nada, absolutamente nada que pudiera perjudicar la unidad de nuestro Partido Comunista».⁷²

Los debates en el CC y la rebeldía primitiva de las bases supusieron, siquiera, la primera batalla de un largo conflicto que recorrió el movimiento comunista español durante dos décadas. Esta crisis puso de manifiesto la existencia de tensiones latentes en el interior del PCE. Por primera vez en la historia del partido tuvo lugar un conflicto que afectó a todos los ámbitos de la organización. Como consecuencia, un sentimiento de impotencia y desasosiego afloró entre una militancia que, por vez primera, se veía obligada a escoger entre sus dos principales referentes: sus dirigentes y la URSS.

Por eso, la crisis de Checoslovaquia tuvo especial trascendencia desde el punto de vista de la memoria comunista. Hasta tal punto que se puede afirmar que la crisis de Checoslovaquia se transformó, siguiendo las tesis de Pierre Nora,⁷³ en un «acontecimiento monstruo» para la disidencia comunista ortodoxa. Un episodio con un impacto de larga duración que separaba dos percepciones distintas de la identidad comunista. Además, continuando con los postulados de Nora, también se puede afirmar que la crisis de Checoslovaquia se convirtió en un importante «lugar de memoria». En todo caso, lo que está claro es que este acontecimiento debe ser considerado como el mito fundacional de la disidencia ortodoxa en el comunismo español. Este mito fundacional cumplió un triple

propósito. En primer lugar, sirvió como un factor de legitimación, ya que muchos militantes habían estado en desacuerdo con la dirección. En segundo lugar, tenía un efecto movilizador, dado que este elemento fue el principal impulsor de la primera ola disidente. Y en tercer y último lugar, actuó como un elemento cohesionador para su causa, ya que funcionaba como un lugar común que reforzaba su identidad.

Este acontecimiento también tuvo otras importantes repercusiones relacionadas con narrativas del pasado. Por ejemplo, supuso un punto de inflexión con respecto a la memoria cosmopolita comunista, destruyendo la antigua mitificación hacía los dirigentes del PCE.⁷⁴ Además, en torno a este «acontecimiento monstruo» también se produjo un choque entre la memoria orgánica del PCE y la memoria viva de sus militantes. Para una parte de la militancia comunista este cambio de rumbo significó una crisis personal que afectaría a sus recuerdos y su memoria individual. Una experiencia traumática que para un sector de los comunistas españoles puso de relieve la necesidad de rebelarse contra la dirección del PCE. Por lo tanto, la crisis de Checoslovaquia también se construyó como una memoria traumática. Este tipo de rememoraciones cargadas de valores de la tradición comunista aportaron un mayor radicalismo simbólico a su memoria colectiva, donde la visión idealizada del campo socialista actuaba como refuerzo identitario.

Sin embargo, los límites de esta disidencia primitiva estaban condicionados por la propia cosmovisión militante. Precisamente por eso, los comunistas procuraron minimizar las críticas y no supieron organizar una respuesta colectiva para forzar un mayor debate sobre la postura del PCE y el nuevo rumbo de la organización. La aparente paz que logró la invocación a la disciplina interna fue tan solo temporal. Las discrepancias abiertas tras la crisis de Checoslovaquia, lejos de desaparecer, fueron el germen directo para la aparición de la primera ola disidente.⁷⁵ Para algunos militantes, su actitud crítica se convirtió en un estigma que acabaría con la trayectoria que durante años se habían esforzado por construir dentro de la organización. Como castigo a los que se resistían a dar su brazo a torcer, la dirección trató de marginarles, apartándoles de puestos de responsabilidad.⁷⁶ Sin embargo, la percepción global de los comunistas ortodoxos sobre este «acontecimiento monstruo» muestra una imagen poliédrica

de este. No todos los comunistas que más tarde adquirieron un mayor protagonismo en la disidencia ortodoxa consideran que el conflicto checoslovaco tuvo tanta importancia. Así, por ejemplo, Mario Huerta, exdirigente del PCPE en Asturias, cree que se trató de un acontecimiento histórico que no causó debates importantes sobre los problemas estructurales que atravesaba el PCE. En todo caso, lo cierto es que la nueva disidencia también se centraría en otros aspectos conflictivos como la nueva política de alianzas, el modelo de socialismo, la falta de democracia interna, el tacticismo y la moderación.⁷⁷ Sin embargo, como ya se ha explicado, las representaciones de este acontecimiento continuaron activas en la memoria de esta corriente como un lugar común de memoria del internacionalismo proletario. No obstante, la heterogeneidad interna también afectó a su percepción sobre la invasión, no todos aprobaban en un inicio esta acción. Pese a lo cual, Checoslovaquia siempre desempeñó un papel bastante relevante. Especialmente, para el caso de la primera ola disidente.⁷⁸

Solos contra todos

Resulta innegable que la crisis de Checoslovaquia tuvo gran importancia para la gestación de la primera ola. Se trató de un episodio que resquebrajó la disciplina de partido y permitió la aparición de una disidencia de matiz ortodoxo que recorrió la historia del comunismo español durante dos décadas. Fue, por lo tanto, el mito fundacional de esta corriente. Sin embargo, a corto plazo y por sí mismo, este acontecimiento tan solo produjo una «rebeldía primitiva» de su militancia que, por su falta de organización y objetivos, estuvo abocada al fracaso. Uno de los motivos estuvo en la falta de coordinación de los disidentes a nivel de base-dirección. Aunque en las bases una mayoría de militantes manifestaron sus discrepancias, no fue así en los órganos superiores, donde solo unos pocos dirigentes osaron contradecir a su secretario general. Esta distinta correlación de fuerzas marcó profundamente la forma de abordar el problema por parte de la dirección. Una vez finalizada la etapa inicial, llegó la respuesta del partido, que no era otra que la represión a los disidentes. Como se verá más adelante, serían las medidas disciplinarias hacia aquellos dirigentes más destacados las que empujaron a este movimiento hacia una segunda fase más activa.

Lo cierto es que para los cinco dirigentes del CC que habían votado en contra del informe de Santiago Carrillo y se habían mantenido en su defensa de la invasión, las perspectivas no eran muy halagüeñas. Manifestar públicamente sus críticas a la dirección del partido y mantenerlas era algo poco común en la historia de los partidos comunistas. En todo caso, las consecuencias de ese tipo de actitudes eran predecibles y solían ser bastante graves. Acostumbrados al monolitismo y la ausencia de divergencias, cualquier crítica era percibida como un ataque a la unidad del partido. Precisamente por eso, estos dirigentes, que hasta ese momento habían sido considerados como de lo más valioso de la militancia del PCE, se transformaron en otra cosa. Se convirtieron en elementos peligrosos, en personas en las cuales ya no se podía confiar. En definitiva, habían comenzado la transición del «nosotros», propio de la identidad colectiva comunista, al «los otros» asociado al conjunto de enemigos de la organización. Fruto de este proceso, el ambiente se fue enrareciendo en todo lo relacionado con estos

«camaradas» y como primera medida de profilaxis fueron apartados del núcleo de trabajo de la dirección del partido, lo que ya significaba una marginación muy importante y un estigma imborrable en su «orgullo militante».

Sin embargo, seguían siendo miembros del CC y las tensiones continuaron sucediéndose. Así, por ejemplo, tuvo lugar, nuevamente, un choque de visiones respecto a qué actitud tomar ante la reunión de noviembre de 1968 en Budapest. Este encuentro internacional resultaba muy importante, dado que debía servir como preparatoria de la Conferencia de los partidos comunistas y obreros que se iba a celebrar en junio de 1969 en Moscú. Tradicionalmente, estos conclave internacionales servían de instrumento de coordinación y puesta al día de los partidos comunistas, un sustitutivo de la internacional comunista, fruto de la cada vez mayor autonomía de los partidos.⁷⁹ No obstante, la invasión de Checoslovaquia había supuesto un duro golpe para el MCI y existía un debate abierto sobre si la conferencia debía celebrarse igualmente o, en vistas de la grave crisis de Checoslovaquia, lo mejor era suspenderla hasta que se solucionase. La conferencia preocupaba enormemente a la alta dirección del PCE. Carrillo temía que sirviese para legitimar la invasión y esperaba que, consiguiendo más plazo, los debates pudieran ser otros. Sin embargo, una vez más, Eduardo García daría la nota disonante. El antiguo responsable de organización del PCE opinaba que no debía ser aplazada ninguna discusión, sino todo lo contrario. Según su punto de vista, era necesario continuar sobre lo planificado antes de la crisis. Lo contrario sería justo lo que deseaba el imperialismo, un signo más de debilidad del campo socialista en la difícil coyuntura posterior a la invasión.⁸⁰ En este mismo contexto, paralelamente, los militantes del PCE del interior fueron normalizando su indignación, aunque para muchos la confianza en la dirección se había perdido para siempre. El PCE, por su parte, monitorizaba con detenimiento todos los movimientos de aquellos militantes que más se habían destacado en su oposición. En términos generales, los informes elaborados por los distintos territorios del interior eran bastante positivos, puesto que, aunque resaltaban que había militantes que aún se mostraban recelosos, se destacaba que estos manifestaban que «a pesar de todo insisten en que están con el P. y su política».⁸¹

Apartados del trabajo real que llevaba a cabo la organización, estos comunistas

ortodoxos acabarían rompiendo con uno de los principios básicos de su código moral, aquel que hasta hacía poco juraban que jamás romperían: la unidad del partido. Como ya se ha explicado, la cosmovisión militante existente hasta este momento en el PCE daba mucha importancia a la disciplina interna. Según los preceptos del centralismo democrático, una vez discutida una cuestión, la minoría debía siempre acatar y defender lo acordado por la mayoría. Sin embargo, Eduardo García y Agustín Gómez romperían con esa «regla de oro» de la organización. Ellos desarrollaron un conflictivo proceso por el cual disociaron a la dirección del PCE de la autoridad partidaria y, por tanto, se legitimaba su acción disidente. En todo caso, la etapa inicial de disidencia dentro del partido fue especialmente corta para esta primera avanzadilla de la primera ola. Tal es así que, ya en la primavera de 1969, Carrillo comenzó a acusarles de trabajo fraccional. En esta difícil coyuntura, con una correlación de fuerzas muy en su contra, ellos tratarían en vano de suavizar sus posiciones públicas. Hay que tener en cuenta que esta era su única opción, pues les resultaba imposible ganar cualquier votación en el CC y necesitaban tiempo para organizar una disidencia con alguna opción de ganar. No obstante, la errática conducta de estos dirigentes estuvo completamente alejada de una planificación inteligente de los pasos que se debía seguir. El mejor ejemplo de este comportamiento se encuentra en la súbita dimisión de Eduardo García de todos sus cargos en el Comité Ejecutivo y en el Secretariado. Es cierto que, de facto, García dejaba de ser voluntariamente el responsable de organización. Además, no se le incluía en los debates ni la toma de decisiones de ningún órgano central. No obstante, la decisión de dimitir, en vez de esperar que se le expulsara definitivamente, muestra falta de picardía y de olfato político, ya que podía haber presentado esta maniobra más fácilmente como una represión interna hacia los «auténticos comunistas». Su hijo ha valorado que esta decisión se debió en gran parte a su honradez y a su «orgullo de comunista». Según este análisis, García se habría visto desprovisto de la confianza de su secretario general, al mismo tiempo que se habría sentido herido por su marginación,⁸² con lo cual la dimisión vendría a ser una especie de «harakiri» político. Lo que probablemente no calculó Eduardo García era lo que podía pasar ante esa renuncia. Carrillo se vio beneficiado por el abandono de este dirigente, pues el CE decidió expulsarlo del CC basándose en un supuesto malentendido con la amplitud de su propuesta de dimisión.⁸³ Así que, en un corto periodo de tiempo, y sin presentar una batalla política, Eduardo García había pasado de ser la tercera persona más importante en el PCE a un simple militante. Además, todo había sido posible gracias a su torpeza política. Pese a que García no podía haber colaborado más en su propia defenestración, Carrillo no dudó en hacerle todos los desplantes posibles durante este proceso. Un ejemplo, se

encuentra en una carta de Eduardo García fechada el 13 de mayo de 1969. En ella, el antiguo dirigente le imploraba a Carrillo que se le pasase previamente el texto que se iba a publicar sobre su dimisión, tratando en vano de aparentar algún control sobre la inmolación de su imagen de dirigente que se estaba llevando a cabo. Esta petición, fácilmente realizable, nunca fue cumplida por parte de la dirección del PCE, de la cual Eduardo ya no formaba parte.

En el caso de Agustín Gómez, las acusaciones contra él contenían rasgos más previsibles, propias de los primeros pasos de una disidencia organizada. Concretamente, fue acusado de trabajo fraccional, es decir, de estar conspirando contra la dirección del partido. Al parecer, en uno de los varios sondeos que hicieron hacia militantes díscolos, tratando de tejer una red de disidentes, fue descubierto. En concreto, fue acusado de enviar un emisario a Euskadi para contactar con un militante que se había opuesto de forma notoria a la condena hecha por el PCE. Sin embargo, este militante priorizó la disciplina de partido sobre sus divergencias con la línea central. Sería precisamente este quien, supuestamente, le habría denunciado a la organización.⁸⁴ A partir de este punto, las cosas se complicaron mucho para ambos. Lejos de buscar algún tipo de conciliación, Carrillo no dio marcha atrás y acusó a ambos de cuestiones muy graves. Por una parte, declaraba que ya no contaban con su confianza política. Por otra, atacaba directamente su conexión con el capital simbólico de la URSS al expresar que ambos estaban haciendo «un flaco favor a la Unión Soviética». Lo cual es previsible que les hiriera especialmente, dada su debilidad por dicho país. Por lo tanto, acabaron siendo apartados de los órganos centrales del PCE en el pleno del CE de abril de 1969.⁸⁵ Ante su expulsión manifestaron su disconformidad con el envío de dos cartas, una fechada el 28 de junio y la otra el 8 de agosto, las dos firmadas como miembros de dichos órganos centrales. Ambas misivas son importantes para comprender cuáles fueron los fundamentos iniciales de esa disidencia ortodoxa.

Las divergencias de estos dos dirigentes se pueden agrupar en tres grandes bloques. El primero es el relacionado con los nuevos planteamientos en la política internacional del PCE. Según su punto de vista, tras la condena de la invasión de Checoslovaquia se había producido un giro de 180° y el PCE había desarrollado una política «antisoviética». Esta cuestión sería especialmente

peligrosa, porque atentaba contra las esencias de la identidad comunista y, además, aislaba al PCE del resto de partidos comunistas del mundo. El segundo bloque era en el cual atacaban lo que ellos consideraban como «carrillismo». Este elemento resulta especialmente importante, ya que no dejaba de ser una construcción simbólica de lo que ellos consideraban su antítesis. Por tanto, fue en el marco de este proceso cuando se produjo una fase clave para la consolidación de la identidad de los comunistas ortodoxos como grupo: la construcción simbólica de su enemigo, de «los otros». Las críticas al secretario general se basaban en dos factores. Creían que estaba acaparando demasiado poder y que operaba por encima de la organicidad interna para imponer su línea derechista. El tercer y último bloque, sin embargo, ponía de manifiesto cuestiones más de fondo sobre la política de alianzas del partido (Iglesia católica, monárquicos, ejército...). Esta crítica invalidaba por derechista todas las políticas que el PCE venía aplicando en los últimos diez años. Por eso, resulta especialmente relevante, ya que pone de manifiesto como lo que aparentemente se trataba de una disidencia por un hecho puntual –la crisis de Checoslovaquia– en realidad era una crítica global hacía la nueva política impulsada por Carrillo en la última década.⁸⁶

La respuesta no se hizo esperar y la dirección del PCE se esforzó por tensar las filas de su militancia ante lo que consideraban un ataque al partido en toda regla. En el Mundo Obrero de octubre de 1969 el CE publicaba un comunicado en el cual reafirmaban su posición ante la crisis checoslovaca como: «válida y plenamente justificada la posición tomada por el Comité Central».⁸⁷ En dicha declaración también se insistía en conectar los hechos de Checoslovaquia con un resurgimiento de los fantasmas del «estalinismo»: «El Comité Ejecutivo manifiesta su profunda inquietud ante planteamientos y acuerdos que parecen ir en sentido opuesto a las conclusiones del XX Congreso del PCUS y marcar un retroceso hacia métodos condenados justamente por el movimiento comunista internacional».⁸⁸

Esta preocupación sobre el nuevo rumbo del MCI tras agosto de 1968 se convirtió en un eje central de la política del PCE. Los distintos enfoques utilizados por los comunistas –cuando estaban en el poder y cuando no– mostraban profundas contradicciones difíciles de resolver. No obstante, la

documentación interna del partido muestra cómo los dirigentes del PCE insistieron en que sus críticas no traspasarían la línea roja del «antisovietismo». Al mismo tiempo, parecían muy preocupados por la supuesta incapacidad del campo socialista europeo por dar una batalla ideológica contra el imperialismo:

La amenaza del imperialismo se reduce a la llamada «subversión ideológica» en los países socialistas, es decir, teóricamente, al impacto que la propaganda imperialista pueda producir en esos países. Parece como si las ideas del imperialismo tuvieran más fuerza que las nuestras, cuando es todo lo contrario. En vez de plantearse seriamente la lucha ideológica contra el imperialismo, se plantea una lucha contra la «subversión», es decir, una lucha en la que intervienen los tribunales y las medidas administrativas, en vez de la lucha de las ideas [...] nuestra posición es muy firme, nosotros no romperemos, no haremos antisovietismo, pero de ninguna manera cederemos en las cuestiones que son fundamentales y de principio. Y en su día se nos hará justicia por los que hoy no nos entienden.⁸⁹

Además, ese Mundo Obrero de octubre también resultó muy importante por otro de sus textos. Se trataba de un artículo destinado a ganar la lucha interna que se estaba abriendo contra la disidencia ortodoxa. Bajo el título «Sobre un intento fraccional y escisionista», en sus líneas se acusaba a Eduardo García y Agustín Gómez de cargos muy graves. En primer lugar, se destacaba que no había mantenido la promesa de respetar la disciplina de partido que habían hecho tras las divergencias con el asunto de Checoslovaquia. Para ello se reproducían fragmentos de sus cartas a la dirección donde manifestaban que nunca atentarían contra la unidad del partido. Además, se resaltaba que su labor fraccional no solo atentaba contra la unidad del partido, sino que había puesto en peligro a los sacrificados militantes del interior de España. El objetivo de esta narrativa de los hechos no era otro que lograr despertar en su militancia un instinto defensivo que reforzara la adhesión ciega a su dirección. Es decir, una estrategia que buscaba convertir la propia acción disidente en el principal argumento legitimador de la dirección.

Aunque no se ha podido tener acceso a cómo experimentaron todo este proceso los propios disidentes, sí que se ha podido consultar en el AHPCE cómo fue viviendo esta etapa la dirección del PCE. Aun con las cautelas lógicas de comprender que eran parte interesada, estas descripciones sirven para tener una visión aproximada de cómo fueron los primeros pasos desarrollados para intentar extender la red de contactos de los disidentes:

Estos dos hombres siguen empeñados en su labor fraccional, y la cosa toma el giro peor que podía temerse. Eduardo ha escrito una nueva carta a los miembros del CC que, por su tono y contenido, es una ruptura abierta con el partido. Agustín parece que ha enviado un nuevo enlace propio a Euskadi. A París han llegado algunos camaradas portadores de las ideas de Eduardo y Agustín, ideas que tratan de propagar entre ciertos camaradas. Como ves, continúan su actividad típicamente fraccionista. La táctica que emplean es curiosa. Aquí se esfuerzan por acreditar la idea de que Dolores Ibárruri en Moscú está contra la política de París [...] en Moscú, en cambio van diciendo que Dolores Ibárruri está pidiendo un nuevo congreso y enfrentada con Santiago Carrillo. En realidad, aquí tienen el apoyo de un reducido grupo de camaradas, disgustados por unas u otras causas, que han encontrado en la «defensa de la Unión Soviética» una bandera estupenda para encubrir su ya vieja descomposición.⁹⁰

Lo primero que hicieron los disidentes en este primer periodo fue comenzar a desarrollar una primitiva red de contactos con militantes afines. Su acción durante esta etapa resulta ligeramente confusa y contradictoria. Al mismo tiempo que se ponía en marcha una oposición organizada, intentaban mantener un perfil bajo, en aras de pasar desapercibidos. No hay que olvidar que Eduardo García había sido el responsable de organización y, por lo tanto, poseía un buen conocimiento del interior del partido. Lógicamente, estos movimientos eran vigilados de cerca por el PCE, que recibía continuos avisos de sus organizaciones locales: «A la dirección de la mujer de un preso ha llegado el libelo de E. García que os adjuntamos. ¿Para cuándo el comunicado de expulsión? Hemos abordado con (7)⁹¹ la cuestión de E. García y está de acuerdo con las apreciaciones que nosotros hacíamos en la anterior y su inmediata expulsión».⁹²

En los meses finales de 1969 se incrementó notablemente la intensidad de sus acciones disidentes. Una buena muestra de ello se puede ver en el informe que el servicio de inteligencia de Carrillo pasó a conocimiento del CC. Según este documento, se había detectado que el 21 de septiembre de 1969 había tenido lugar una reunión en la frontera entre España y Francia. En ella Jesús Saiz, antiguo niño de la guerra, le había solicitado a su cuñada el contacto de varios militantes del interior, entre ellos dos asturianos repatriados de la URSS. Se trataba de Aladino Cuervo y Juanín el Ruso.⁹³ Este caso nos muestra las formas rudimentarias por las cuales se construía la red de contactos, partiendo muchas veces de la propia familia. En todo caso, muestra que en el punto de partida de esta red disidente el sector hispano-soviético tuvo un papel destacado.⁹⁴

Ese mismo mes de octubre, un escrito firmado por Eduardo García y Agustín Gómez fue distribuido intensamente entre los miembros del PCE. Su objetivo prioritario eran aquellas organizaciones donde se habían mostrado críticas a la dirección por su postura en la crisis de Checoslovaquia. El documento hacía un llamamiento público al conjunto de la militancia para que se rebelase contra Carrillo. En sus páginas, se criticaban los ataques vertidos contra Eduardo y Agustín en Mundo Obrero y se analizaba cuál era la situación en la que se encontraba el partido. Su denuncia proclamaba que se había impuesto una línea «antisoviética» que no se correspondía con el sentimiento de las bases del partido. Por lo tanto, caracterizaban como legítima su disidencia, al estar en peligro la supervivencia del PCE. Además insistían en que era la única manera de actuar, dado que no se permitía a las organizaciones debatir abiertamente este problema.

El documento ofrecía una narrativa de lo acontecido en Checoslovaquia distinta a la defendida por la dirección del partido. Una que apoyaba sin fisuras la línea mantenida por la URSS. Este relato se iniciaba manifestando su apoyo a los cambios en la dirección del Partido Comunista Checoslovaco y la purga de Antonín Novotny en 1968, «para acabar con los errores burocráticos del pasado». Sin embargo, también aclaraban que este proceso, aparentemente renovador, habría acabado degenerando en un movimiento

«contrarrevolucionario» gracias a la intervención del imperialismo europeo y estadounidense. Según su versión, esta cuestión habría sido conocida por Carrillo, pero este lo habría escondido a la militancia del PCE. Por lo tanto, Carrillo habría conducido al PCE al antisovietismo conscientemente. Además, todo el texto estaba repleto de críticas al secretario general y al conjunto de la dirección. Una estructura de la que, hasta hace escasos meses, ellos también formaban parte. Precisamente, uno de los focos de su denuncia era el estilo de vida acomodado que llevaban las personas encargadas del aparato del partido. Según su argumentario, habría sido el exilio lo que habría alejado a la dirección de los problemas reales del proletariado español:

La presión ideológica del enemigo de clase, nacional o internacional, presión que se ejerce ininterrumpidamente sobre todo el partido, sin excepción. Nos parece evidente que la prolongada emigración de muchos dirigentes, el apartamiento físico de la clase obrera y el pueblo, con la vida real, crea un clima más favorable para la penetración del virus del neocapitalismo, del revisionismo de derecha o de izquierda.⁹⁵

El documento continuaba con críticas hacía la táctica que había impulsado Carrillo durante los últimos años. Además, el texto suponía un salto cualitativo en el tono de sus críticas. En su contenido se hacía un llamamiento a «poner freno a los liquidadores», como llamaban a la dirección. Aun así, este texto iba firmado por ambos exdirigentes cuando aún eran militantes. Tras la publicación del comunicado en Mundo Obrero, su táctica se centró en la confrontación directa y en radicalizar su mensaje. Otro elemento muy importante a la hora de iniciar el movimiento disidente fue proyectar una cierta imagen de viabilidad e incluso de éxito. En este sentido, su relato proyectaba la imagen de que existían fuerzas suficientes para dar una lucha política en el seno del partido y que se podría conseguir la inmediata retirada de las sanciones a los militantes disidentes. Lo cual, en este punto, parecía como mínimo complicado. Para ello remarcaban sus contactos con la organización, la pervivencia de un malestar general y la incompatibilidad del nuevo rumbo del PCE con la identidad comunista y la memoria colectiva de los comunistas españoles.⁹⁶

Mientras tanto, otros cambios importantes se fueron produciendo en el seno del PCE. En este periodo tuvo lugar la conferencia de Partidos Comunistas y Obreros de junio de 1969 y se celebraron reuniones con el PCUS. Tras este tránsito, el PCE consolidó su orientación «independiente», distanciándose definitivamente en su búsqueda de una política de alianzas lo más amplia posible.⁹⁷ Precisamente por eso, la dirección del partido percibía este movimiento como una maniobra soviética, por lo que existía un gran recelo hacía la URSS. Según este punto de vista, la disidencia de Eduardo García y Agustín Gómez constituía un intento de debilitar al partido por parte de los dirigentes soviéticos, lo que era mucho más peligroso que la acción de unos pocos camaradas disidentes:

Como sabéis recientemente la prensa ha hecho mención a comentarios de REI sobre las relaciones de los países socialistas con el régimen franquista, y a propósito de todo ello se especula bastante con la tirantez de relaciones entre nosotros y el PECUS. Por ello sería deseable que del próximo encuentro salieran resultados positivos, si es que en verdad renuncian a los intentos escisionistas, crearnos dificultades activamente, lo que tenemos que hacer es no dormirnos.⁹⁸

En esta coyuntura, el final de estos dos dirigentes con décadas de militancia a sus espaldas era fácilmente predecible. Sin embargo, las formas utilizadas para su expulsión no dejan de sorprender por su rudeza. Una muestra de la importancia que revestía este asunto es que fueron automáticamente purgados de la dirección, sin tan siquiera reunirse el Comité Central. Para ello, los miembros del CC debían escribir una carta manifestando su opinión.⁹⁹ Aunque este método no parece el más democrático o transparente y desde luego no favorecía el debate, lo cierto es que era bastante habitual en esta época. En realidad, el procedimiento de consulta individual era parte de la táctica de Carrillo para controlar los debates y asegurarse de que no habría contratiempos que pudieran perjudicar el curso de los acontecimientos. Paradójicamente, este sistema fue el mismo que se utilizó para la expulsión de Fernando Claudín y Jorge Semprún en el conflicto de 1964-65, donde Eduardo García tuvo un papel importante como responsable de organización.¹⁰⁰

Tras la expulsión de Eduardo García y Agustín Gómez en diciembre de 1969, comenzó una nueva etapa en la primera ola. Esto supuso algunos cambios en cuanto a las formas de organización y la construcción del sujeto colectivo. Inicialmente, se constituyó una primera organización provisional de esta corriente en una plataforma que denominaron «Comisión de represaliados del Partido Comunista y la Unión de Juventudes Comunistas». Esta efímera estructura decía mucho de la forma en la cual se presentaban ante la militancia del PCE, es decir, como víctimas de la represión «carrillista». También tenía mucho que ver con su propia autopercepción, ya que ellos se veían a sí mismos como militantes honrados que habrían sufrido las injusticias de un secretario general despótico que trataba de destruir el PCE. El trabajo de esta comisión fue modesto y consistió en la edición de varios documentos sobre la situación en el partido, cuya distribución pretendía incidir en un futuro levantamiento de las bases del PCE contra su dirección.¹⁰¹ A lo largo de los primeros meses de 1970 la situación se fue tensando cada vez más, hasta tal punto que los llamamientos a la disciplina interna y a seguir los cauces orgánicos se acabarían convirtiendo en una tarea cotidiana de la dirección:

Todo lo que viene sucediendo tanto en el ámbito nacional como en el movimiento comunista internacional, demuestra la justeza de la línea política de nuestro partido. Puede ocurrir que algún camarada no vea así uno u otro aspecto de la misma. La unidad de los comunistas se logra en la práctica de la democracia interna del partido. Todos los militantes tienen el derecho y el deber de plantear y defender, exigiendo el máximo respeto para sus opiniones, sus puntos de vista, en el seno de las organizaciones a que pertenecen; Pero agotada la discusión, todos los camaradas estamos obligados a acatar la disciplina del partido. No podemos consentir que ningún comunista ataque la política del partido al margen de su organismo.¹⁰²

La labor de difusión de los textos de esta comisión llegó a adquirir notoriedad. No obstante, hay que tener en cuenta que el contexto era complejo, marcado por la clandestinidad dentro de la clandestinidad. Pese a esta difícil coyuntura, la comisión logró llegar a un sector notable de la militancia. Esto fue posible gracias, fundamentalmente, al papel de la emigración, que mantenía sólidos lazos con los comunistas del interior. Como se puede apreciar en esta carta de un

dirigente local a la organización central en el exilio, la preocupación del PCE por la proliferación de estos textos era notable:

Sería bueno que disminuyeran sus recursos económicos para que dejaran de enviar toda esa cantidad de cartas y otros papeluchos. Se conoce que en Bruselas encuentra muchas facilidades para sacar direcciones de los que por allí han pasado y que hoy se encuentran por estas tierras pues todos ellos o casi todos han recibido por correo de su mercancía.¹⁰³

Como ya se ha explicado, la reacción del PCE ante la continuidad de las acciones disidentes fue contundente. La estrategia utilizada por el aparato del partido trataba de unificar a la militancia bajo su mando. Por lo tanto, su objetivo era convencer a sus militantes de la necesidad de «cerrar filas» frente a los ataques «escisionistas» al partido. Se trató de un proceso en el cual se construyó una atmósfera de fuerte tensión que apelaba directamente a los comunistas a contribuir a salvar a su organización. De esta manera, se lograba tener un efecto cohesionador, a la vez que se censuraba la diversidad interna. El objetivo principal de toda esta campaña era desviar la atención del contenido de las críticas disidentes. Hasta tal punto que incluso se llegaba a afirmar que aquellos militantes que vertían críticas sobre el partido tenían los mismos intereses que la dictadura:

Las cartas difamatorias de Eduardo García y Agustín Gómez, en tanto que responde a desesperados intentos de fraccionar al Partido, toda su labor escisionista, son ajenos a los intereses de la revolución, del Partido y de la clase obrera. Esos intentos escisionistas solo son comunes a los intereses de la reacción, del franquismo que sueña desde su existencia con la división de nuestro Partido.¹⁰⁴

Sin embargo, la dirección central no se limitó solo a eso, sino que presentaba los avances en la lucha antifranquista como una confirmación irrefutable de lo acertado que estaba resultando el nuevo rumbo del partido. Por otra parte,

también se dedicaron muchos esfuerzos a tratar de presentar la ola disidente como algo ajeno al asunto de Checoslovaquia. Precisamente porque, aunque sobre el papel había quedado resuelto, en la realidad estaba mucho de estar superado. El prestigio de los países socialistas continuaba prácticamente intacto entre la mayoría de los militantes. Tan es así que, recelosos del relato ofrecido por la dirección del partido, trataban de buscar información mediante las radios de los países socialistas. Así lo reflejaba un informe interno: «no debemos subestimar la influencia que pueden tener las emisiones de Radio Praga, y otras radios, que seguirán haciendo campaña falsificando la realidad y que son escuchadas a veces por nuestros c[amara]das».¹⁰⁵ Otro tema que preocupaba a Carrillo era la información que como exresponsable de organización podía manejar Eduardo, precisamente por las dimensiones que este conflicto podía llegar a alcanzar:

De lo que se trata es de mostrar que el problema ya no es Checoslovaquia, sino la unidad del Partido, la existencia de una tentativa fraccional, escisionista, por parte de gentes que explotan lo de Checoslovaquia a fin de dividir al partido como los que no las comprenden, lo que sí tienen que comprender es que el Partido debe estar unido, mantener su disciplina, y que todo intento de división en estos momentos, cuando estamos en el periodo más álgido de la lucha contra la dictadura, es una traición a la clase obrera, al pueblo. Nosotros no sentimos ninguna alarma por estas actividades fraccionistas porque estamos convencidos de que el Partido las rechaza enérgicamente.

Pero no hay peligro pequeño ni enemigo pequeño cuando se trata de la unidad del partido. Y es lo cierto que estas gentes están enviando emisarios suyos a diversas provincias como nos han informado ya; que pueden seguir enviando por el hecho de que Eduardo, por haber sido responsable de organización, conoce direcciones y gentes. E incluso hay peligro de que la policía, utilizando el mismo juego, consiga sorprender a algún camarada.

No se trata de crear alarma, pero sí de levantar el espíritu de vigilancia y la indignación contra toda tentativa de división del Partido.¹⁰⁶

Tras dejar fuera del partido a García y Gómez, otros dirigentes comenzaron una nueva ofensiva. En este caso, fue encabezada por Enrique Lister, quien había mantenido un perfil muy bajo durante los anteriores conflictos. Precisamente por eso, lo primero que llama la atención es la falta de coordinación e, incluso, de empatía entre disidentes. Si bien las posturas de ambos sectores no eran idénticas, los dos compartían muchos elementos de análisis. Sin embargo, la táctica de Lister estaba también abocada al fracaso. El problema era que las personas que hubieran podido apoyar sus propuestas en los órganos centrales ya habían sido expulsados del PCE y, además, el clima de tensión interna que había generado Carrillo no daba, precisamente, mucho pie a consentir debates que reabrieran las polémicas sobre el rumbo del partido.¹⁰⁷ No obstante, es verdad que Lister y García no eran iguales. García era un personaje más bien gris y no era demasiado conocido entre la militancia. Sin embargo, Lister era una persona conocida y mitificada. Hasta el punto de que su figura constituía un claro ejemplo de «hombre-memoria», un liderazgo heroizado muy ligado a la memoria orgánica del PCE.¹⁰⁸ Sus posturas no eran parecidas ni siquiera en lo concerniente a la crisis de Checoslovaquia. Lister había votado en contra y Eduardo a favor. Los motivos de su condena hay que buscarlos en su propia historia personal. Lister no había sido un entusiasta de la intervención porque esta le había pillado a él y a su familia en Praga, donde había podido observar las consecuencias directas de la invasión. Aun así, poco más tarde criticaría el supuesto «antisovietismo» de Carrillo y la falta de democracia interna en el partido:

La diferencia, repito, entre mi posición y la de Carrillo y compañía radica que para mí el problema de Checoslovaquia es un problema en sí, que se termina donde se produjo. Por el contrario, para los carrillistas de todo tipo es la ocasión para sacarse la careta, entrar a fondo en el proceso de revisión del marxismo, de abandono a cara descubierta de los principios leninistas y de ataques cada vez más brutales contra los partidos y países, sobre todo la Unión Soviética, donde esos principios son respetados y aplicados.¹⁰⁹

Sin embargo, el planteamiento de Lister tenía una marca propia. Entre su

argumentario destacaban las críticas a la historia personal de Carrillo, las cuales se remontaban atrás en el tiempo. Además, su leitmotiv fue el de la búsqueda de la celebración de un VIII Congreso extraordinario. Líster denunciaba que Carrillo estaba secuestrando al partido y que el centralismo democrático no se cumplía; por lo tanto, era necesario un congreso. En este evento, según su visión, la voz de los militantes transformaría el rumbo que había tomado el PCE, para volver a la normalidad. El contexto no era muy proclive a ese tipo de reivindicaciones. Por eso, su trayectoria disidente dentro del partido fue verdaderamente breve, en septiembre de 1970 fue expulsado. Los detalles de su expulsión fueron bastante anómalos. Esta sanción sucedió en una reunión del CC muy turbulenta. Parece ser que Carrillo había ampliado de manera unilateral el pleno con militantes del interior, lo cual hacía que las dimensiones del público fueran mayores que las normales. Por si esto fuera poco, el trato que se le dio a Líster fue bastante brusco. Carrillo no aceptó que se tratara en el orden del día su propuesta del Congreso extraordinario. Tras una fuerte discusión, Líster trató de abandonar la reunión, cuestión que le fue denegada. El bizarro desenlace de este conflicto ofrecía la triste imagen del veterano comunista, antaño general de cuatro ejércitos, retenido durante varias horas hasta que acabó la reunión. Como colofón, estas tensiones se saldaron con la expulsión tanto del propio Líster como de Celestino Uriarte, José Bárzana, Luis Saiz y Luis Balaguer.¹¹⁰ La errática trayectoria de estos primeros pasos muestra que el grado de improvisación de sus participantes fue bastante alta. La tesis de la conspiración soviética que habría fracasado frente a la madurez de la militancia del PCE cae por su propio peso. Sin embargo, la realidad parece haber destacado por la existencia de muchos claroscuros, donde la inexperiencia en este tipo de conspiraciones dio lugar a un fracaso con respecto a sus objetivos iniciales. No fue un levantamiento rápido y efectivo. La disidencia ortodoxa iniciaba una guerra de posiciones cuyo objetivo era el desgaste de la dirección del PCE.

«Escrito en rojo»: el pce (VIII Congreso)

La primera ola de la disidencia ortodoxa tuvo unas características muy complejas que le confirieron una singularidad propia. Factores como, por ejemplo, el hecho de haber sido pionera en este tipo de disidencias o de estar inspirada en una auténtica «rebelión primitiva» tuvieron un impacto importante. Sin embargo, el estudio de las fases de esta ola puede servir para comprender mejor las etapas del proceso de construcción de la identidad de un nuevo grupo político, como fue el caso de los comunistas ortodoxos. El primer período tuvo lugar tras la crisis de Checoslovaquia, cuando se produjo el estallido de un fuerte descontento militante. Esta fase continuaría con los intentos de algunos dirigentes de tejer una red de contactos y de capitalizar ese malestar hacia la generación de un movimiento organizado. Estas dos etapas tuvieron lugar dentro del PCE con el objetivo de cambiar al partido desde su interior. Más tarde, comenzaría una tercera fase en la cual la táctica cambiaría notablemente. Ya no se trataba de cambiar el partido desde dentro, sino construir otro partido fuera de las estructuras organizativas del PCE. Esta fase llevaba consigo transformaciones importantes en la identidad que afectarían a aspectos tan relevantes de su cultura política como la construcción de una memoria colectiva propia o la aparición de distintos modelos de militancia.

Uno de los primeros retos a los que se vieron sometidos estos comunistas fue decidir cómo debían organizarse. La cuestión no era baladí, tras su expulsión o abandono voluntario del PCE les esperaba un futuro incierto, lejos del partido al que habían sacrificado sus vidas durante décadas. Por una parte, existía un sentimiento colectivo de ilusión, fruto de la incorporación a un movimiento en el cual existían afinidades políticas y culturales. Además, el proceso de expulsiones también había generado un espíritu de rabia e indignación colectiva que actuó como un elemento cohesionador entre este grupo de personas. No obstante, el miedo a lo desconocido, a estar cometiendo una grave equivocación, también tenía lugar en un segundo plano más personal.¹¹¹ La primera forma de organización tuvo un carácter muy informal. Se trataba de una plataforma de pequeñas dimensiones organizada en torno a Eduardo García, que vivía en París y a Agustín Gómez, que residía en Moscú. Este colectivo desarrolló un

embrionario trabajo para lo que después sería el futuro PCE (VIII Congreso). Sus principales esfuerzos se dedicaron a elaborar diversos pasquines y panfletos, donde criticaban el proceso de expulsiones y la línea llevada a cabo por Carrillo. Su intención era poder influir en el debate que creían tendría lugar en todas las estructuras del PCE.¹¹² Sin embargo, aunque su trabajo no fue menor, su capacidad de acción fue limitada. Su principal actividad estaba enfocada a contactar con aquellos militantes que habían tenido conflictos o disidencias previamente y se encontraban expulsados o desconectados del PCE y de los que, como responsable de organización, Eduardo García tenía conocimiento. Así lo recuerda, por ejemplo, Lidia Falcón, quien había sido apartada del PSUC por su postura respecto a la crisis checoslovaca:

Un día de otoño de 1969 recibí en casa un sobre con matasellos de Toulouse. Dentro se hallaba un largo informe sobre los acontecimientos de Praga. En él se daban datos sobre todo aquello que yo ansiaba conocer [...] Al mismo tiempo se denunciaba, como nunca se había hecho antes en los documentos del PCE, la estrategia de Carrillo para acabar con el comunismo en el partido, imponer un programa socialdemócrata y establecer una estrategia de colaboración y pactos con la democracia cristiana. A este esclarecedor análisis se unía una estremecedora denuncia de los errores y hasta crímenes que tanto Carrillo como otros de sus fieles colaboradores habían cometido [...] En definitiva, mucho de lo que yo quería saber y había intentado conocer se encontraba en aquellos papeles que firmaba una comisión disidente del PCE.¹¹³

De esta primera comisión se pasó a otra forma de organización más elaborada y con un mayor simbolismo. La transformación de sus estructuras tuvo lugar tras la expulsión de Líster y los otros cuatro miembros del CC. En términos generales, se produjo un cambio sustancial respecto a la orientación organizativa y su autopercepción. Un perfecto indicador de esta cuestión fue la edición de una versión de Mundo Obrero cuya cabecera estaba impresa en rojo. El primer número del portavoz de los disidentes ortodoxos del PCE vio la luz en septiembre de 1970. El editorial de este primer ejemplar era no solo una declaración de intenciones, sino también una presentación introspectiva de este colectivo disidente:

Nosotros somos el órgano central del Partido Comunista de España. Carrillo creía que le dejaríamos a él, el nombre glorioso de nuestro partido. En eso, como en otras muchas cosas se ha equivocado. El Partido Comunista de España es nuestro; es de todos sus militantes, es de aquellos que dieron la vida por la victoria de sus grandes ideales. Los comunistas y las masas juzgarán a unos y otros. Verán quienes son fieles a la ideología del proletariado, al marxismo-leninismo y al internacionalismo proletario; quienes orientan su actividad práctica con esa ideología y poniendo en primer plano los intereses de la clase obrera, la fuerza dirigente de la revolución socialista; quiénes son componente orgánico-no formal del movimiento comunista internacional.¹¹⁴

Además, este primer número también pretendía ser una muestra de fuerza. Su cuidada edición y la buena calidad de los materiales transmitían una imagen de continuidad respecto al PCE que ofrecía mayor credibilidad. Especialmente, si se compara con las artesanales publicaciones clandestinas que elaboraba la izquierda revolucionaria de la época.¹¹⁵ No fue solo la estética, también existían otros factores importantes que reforzaban su legitimidad. Por ejemplo, en sus páginas se ofrecían muchos testimonios en los cuales los comunistas españoles de distintas partes del mundo ofrecían su apoyo a los disidentes. En este sentido, se reproducían muchos comunicados y cartas en las cuales diversos militantes manifestaban su insubordinación a Carrillo. La intencionalidad que se ocultaba tras la reproducción de este tipo de contenidos era atraer a otros potenciales disidentes. Muchos lectores podían verse reconocidos con este tipo de declaraciones. En definitiva, de lo que se trataba era de construir un relato en el cual su proyecto fuese viable y tuviese oportunidades de recuperar el PCE. Sin embargo, los contactos en esta primera fase no podían ser muy numerosos. Probablemente, su militancia no alcanzaría más que a unos escasos centenares de militantes, sobre todo en países socialistas.¹¹⁶ Aunque sí que es cierto que ya existían relaciones con diversos grupos del interior que serían la base de la futura estructura del PCE (VIII) en España. Entre ellos destacarían el colectivo de repatriados de la URSS, militantes obreros y veteranos del partido.¹¹⁷ Las críticas expuestas en Mundo Obrero (cabecera roja) trataban de mostrar que existía un descontento en bastantes organizaciones del PCE con muchos más temas que el del asunto de Checoslovaquia:

Los comunistas asturianos están frente al carrillismo en lo de Checoslovaquia, en lo de las expulsiones, en la actitud hacia la Unión Soviética, en lo que se refiere a las formas de lucha obrera, en el problema de las alianzas, hacen duras y justificadas críticas a toda la orientación política del grupo de Carrillo [...] Pese a todas estas dificultades paso a paso, la verdad de lo que pasa en el partido se va abriendo camino y cada vez son más los camaradas que en Asturias se plantean la tarea de levantar al Partido.¹¹⁸

El PCE, por su parte, continuaba a la expectativa de ver las dimensiones del golpe. Para ello había estado controlando a todos aquellos militantes que se

mostraban críticos con la línea de Carrillo en política exterior e interior, tratando de marginarlos al máximo y haciendo un seguimiento de lo que decían y hacían:

Aquí, aunque sin mucho entusiasmo, siguen los mismos que ya en otra ocasión os dijimos; en torno al cual actúa un elemento que había sido un activo de (16). Este es un elemento intrigante y ambicioso, no dando la cara a los c[amara]das. Que él sabe que le van a desplazar, pero se arrastra a los que considera más débiles tratando de llevarlos a su mismo terreno, pero sin ningún éxito. El (17) ha desenmascarado la labor de estos elementos y ha prevenido a todos los militantes de los fines que persiguen, aislándolos.¹¹⁹

Otra transformación central para la consolidación de su subcultura política fue la forma de identificarse. El complejo proceso de construcción de una imagen pública. Como ya se ha comentado, estos comunistas se veían a sí mismos como los defensores de los verdaderos valores del partido que el «carrillismo» estaba tratando de destruir. Por lo tanto, sus críticas se centraron en atacar al único elemento que consideraban ajeno a esa cultura política: los actuales dirigentes del PCE. La fijación en este sujeto estaba vinculada con la construcción de la figura de los «traidores» como antítesis de ellos mismos. Esta fue la manera en que intentaron resolver la fuerte contradicción que para los militantes suponía tener que elegir entre acatar la disciplina de partido o sumarse a las filas de la disidencia. En todo caso, ellos decidieron autodenominarse también como PCE conscientes de que existía otro PCE y de la confusión que esto generaba. Sin embargo, esta decisión venía determinada por la necesidad de reforzar su autoafirmación y tratar de arrebatarse a Carrillo la legitimidad de esas siglas:

Hay motivos y razones para ser optimistas y confiar en que existan fuerzas sanas suficientes en el partido para restablecer la democracia interna y celebrar nuestro VIII Congreso, donde se corrijan las deformaciones de los métodos de dirección, se acabe para siempre con la autocracia y el partido no pierda lo que siempre fue en él tradicional: su fidelidad a los principios del marxismo-leninismo, su internacionalismo proletario y su combatividad revolucionaria.¹²⁰

Por su parte, el PCE continuó viendo con alguna preocupación el avance de los ortodoxos. La difusión de estas nuevas ideas que incluían la denuncia del «carrillismo» como una desviación del comunismo no parecía agradar especialmente al secretario general. Por eso, el propio Carrillo se esforzaba por desmentir estas acusaciones y presentar su política como una liberación frente a la tutela soviética: «En el Partido no hay “carrillistas”, sino comunistas, marxistas-leninistas. Difícilmente puede haber más democracia en un partido clandestino. Se trata de ver si queremos un Partido independiente, con voluntad propia, o volver “a la época de a incondicionalidad” y convertirnos en caja de resonancia o agencia de propagandistas de tal o cual Partido».¹²¹ Algunos comités provinciales, como el caso del asturiano, continuaron con sus ataques a los disidentes. Según su opinión, se trataba de una operación que solo podía beneficiar al mismísimo Franco, ya que «contiene una difamación del Partido que no creemos que la propaganda franquista haya superado jamás». Además, también insistían en defenderse de las acusaciones que pretendían presentarles como contrarios al legado soviético: «afirmamos que estamos y estaremos siempre con Lenin. Creemos que mantener con franqueza y con firmeza nuestras posturas dentro del Movimiento Comunista Internacional no es antisoviético». Otro argumento que el PCE divulgó dentro de su propaganda fue la apelación a la modernidad. El PCE debía renovarse y ser un partido moderno, acorde a los tiempos que les tocaba vivir. Mientras que los ortodoxos estarían «caducos» y vivirían en el pasado. El aparato repitió abundantemente esta idea, incluso aseguraba que lucharía contra todos aquellos que se les había «parado el reloj en 1936, sean franquistas o se crean comunistas».¹²²

La nueva cabecera de la prensa ortodoxa fue utilizada como una importante herramienta para la difusión del nuevo movimiento disidente. En las páginas del Mundo Obrero (cabecera roja), no solo se escribían artículos denunciando al PCE o reivindicando aspectos teóricos del marxismo-leninismo. Los redactores del periódico también tuvieron mucho interés en ir reflejando las distintas luchas obreras que se iban sucediendo en el interior de España. Las crónicas de estos conflictos los describían como parte de un auge exponencial de la lucha de clases que amenazaba con terminar con la dictadura. Sin embargo, como no podía ser de otra manera, estas crónicas aparecían siempre acompañadas de reflexiones llamando a reforzar el partido ortodoxo, porque según su cosmovisión: «sin ese Partido la clase obrera no puede marchar hacia adelante».¹²³ Durante este primer periodo, extender el partido se convirtió en una

auténtica prioridad. Los comunistas ortodoxos se volcaron en acercarse a la militancia de todas las organizaciones del PCE para explicarles su visión de los problemas que atravesaba el comunismo español, lo cual como ya hemos visto, generó importantes tensiones y roces con el PCE. El trabajo de proselitismo y propaganda se realizó en todos aquellos lugares donde había comunistas españoles, tanto entre la emigración como en el interior. Los éxitos iniciales fueron más bien discretos, aunque es verdad que lograron captar simpatizantes en muchas organizaciones del partido de Carrillo. Un lugar donde obtuvieron un mayor éxito fue en los países del bloque socialista. En estas repúblicas existió una mayor sensibilidad y empatía hacia su disidencia y por eso cosecharon bastantes éxitos. Aunque no se puede decir que arrasaran por completo, sí que es verdad que lograron alguna conquista. Muchas de las secciones del PCE en los países del este (RDA, URSS, Polonia, Hungría, etc.) quedaron diezmadas por la acción «anticarrillista» de García y Líster.¹²⁴

Lógicamente, el trabajo disidente en el interior fue más complicado debido a la situación de clandestinidad a la que obligaba la dictadura. La forma de trabajo se orientaba desde los focos de la emigración en países como Francia o Bélgica. Allí lograban captar a comunistas emigrados, que aprovechaban sus viajes de vacaciones para realizar contactos y extender la organización. Toda esta situación exasperaba especialmente al PCE: «Como ya sabéis por aquí circula en cantidad la basura de Líster y cía. Unos llegan por correo desde Bélgica y Francia y otros se meten en buzones».¹²⁵ Sin embargo, los pequeños éxitos no parecían corresponder con las amplias expectativas que podían haberse creado muchos dirigentes y militantes. El levantamiento contra Carrillo no acababa de generalizarse y después de los éxitos en el este, las adhesiones llegaban con cuentagotas. Algunas cartas, supuestamente mandadas a la redacción del periódico, mostraban un cierto grado de desesperación ante la inmovilidad de sus «camaradas»:

Nos hemos quedado parados, tenemos miedo. Aceptamos todo lo que dice Carrillo sin importarnos que haya renegado de los principios revolucionarios, que confunda los intereses de la burguesía con los del proletariado, que no distinga entre ideología y teoría científica. Unos camaradas han dado un paso al frente, se han separado del pelotón carrillil [sic]. ¿Si estamos de acuerdo con sus

razones por qué no nos situamos a su lado? ¿No nos interesa el problema?
¿Somos comunistas o seguidistas?¹²⁶

Sin embargo, durante el primer año de existencia se logró asentar la organización e incluso extender sus contactos de manera importante. No obstante, faltaba un nuevo golpe de efecto y para eso la dirección de este grupo fue dando los pasos para llevar a cabo su objetivo principal: la celebración de un autoproclamado VIII Congreso del PCE. Un evento que debía servir para legitimarles en tres frentes. El primero, ante su propia militancia. Este congreso debía ser un acto capaz de cohesionarles y reforzar sus convicciones ante la lucha que quedaba por delante. El segundo, ante los comunistas que continuaban en las filas del PCE. Se trataba de construir una imagen sólida que diera garantías de que el sacrificio era menor que la posible recompensa. Y el tercero, ante los partidos comunistas del bloque oriental, especialmente el PCUS. Conseguir el reconocimiento público de este partido era un objetivo muy importante y para ello era necesario convencerles de que la mayoría estaba de su lado. Construir la imagen de un congreso exitoso donde los comunistas españoles, entre ellos varios dirigentes de reconocido prestigio, se unieran frente a Carrillo, era importantísimo. Sobre todo, porque el congreso era presentado como un importante acontecimiento en el que se iban a enmendar de forma colectiva los errores y «crímenes» del «despotismo carrillista». Por eso, como ya se ha explicado, se insistía en que sus militantes debían hacer una ardua labor voluntarista para tratar de atraer al mayor número posible de comunistas a su proyecto. Además, era necesario insistir en la necesidad de recuperar a aquellas personas que, aun siendo comunistas, se encontraban en sus casas apartados de la militancia activa:

Si el Partido, el glorioso partido comunista de España es el heredero del marxismo-leninismo y es capaz de purificarse a sí mismo, embarcándose en una tarea dolorosa pero positiva, debe orientarse también a un trabajo difícil y urgente: la recuperación de los camaradas que injustamente fueron separados de él o que ellos mismos se alejaron sin dejar de ser comunistas.¹²⁷

Por otra parte, es necesario recordar que la relación con los partidos comunistas

en el poder durante esta etapa fue muy compleja. El PCUS mantuvo una posición complicada en la cual trató de distanciarse públicamente de los disidentes españoles. Incluso no parece muy claro que el propio PCUS estuviera a favor de su estrategia. Al fin y al cabo, la celebración de un VIII Congreso suponía la ruptura definitiva con el PCE y la formación de un nuevo partido. Inevitablemente, este movimiento era visto por los soviéticos como una división del comunismo español, lo que debilitaba su fuerza. Probablemente, los soviéticos hubieran preferido que los ortodoxos continuaran dentro de las estructuras del partido condicionando las acciones de Carrillo. El apoyo a una discreta disidencia interna no podía comprometerles de la manera que sí lo hacía la construcción de un nuevo partido. Incluso, según los testimonios consultados, se pusieron ciertas trabas en cuanto a la financiación del nuevo partido.¹²⁸

Con todo, el trabajo para la celebración del VIII Congreso continuaba su marcha. Una comisión se encargó del proceso de elaboración de los documentos congresuales. En ellos se ponía en tela de juicio la línea política de los últimos años en el PCE. También se plasmaba su táctica y estrategia de cara al futuro. Aunque a primera vista pudiera parecer que suponía un continuismo con los postulados clásicos del PCE, esto no fue exactamente así. La combatividad rodeaba muchas de las propuestas políticas. Finalmente, la comisión de dirección se encerró durante ocho días para el debate de los documentos. El lugar escogido, a las afueras de Praga, mostraba la sintonía con el PCCH. Lidia Falcón, asistente a esta reunión, recordaba la impresión que le causaba estar rodeada de veteranos militantes de la talla de Líster. También se quejaba de las formas escogidas por estos dirigentes: «En el trato asiduo que sostuve con los promotores de aquel movimiento de renovación del partido, pude enterarme de lo mal que aceptaban cualquier discusión u objeción a sus análisis y decisiones [...] Se trataba de aceptar en bloque todo lo que dijeran los líderes o nuevamente sentirme excluida del proyecto. Ante tal disyuntiva decidí seguir adelante con él».¹²⁹

Además, los materiales para la elaboración de los documentos congresuales habían sido facilitados con poca antelación y la dirección se encargó de marcar férreamente los ritmos de trabajo. De tal manera que las conclusiones no guardaron grandes contrastes con las tesis propuestas. Líster y García tenían muy

claro qué línea debían seguir.¹³⁰ El proceso culminó con la celebración del congreso en París a principios de 1971. Este evento fue presentado como el auténtico VIII Congreso del PCE llevado a cabo por sus «fuerzas sanas». Es decir, por aquellos sectores conscientes de lo que suponían las políticas de Carrillo y que no habían sucumbido a la «enfermedad del carrillismo». En estos documentos destacan proclamas clásicas en la cultura política comunista. En primer lugar, se explicitaba la adhesión a los países del campo socialista y se saludaba, especialmente, el nuevo rumbo tomado en Checoslovaquia tras la entrada de los tanques de las tropas del Tratado de Varsovia. También se puede apreciar el proceso por el cual trataban de autolegitimarse como los verdaderos continuadores de la historia del PCE, apelando de forma constante a lugares comunes de su memoria colectiva. La definición de sus enemigos quedaba nuevamente perfilada al considerar al PCE oficial como una «plataforma antimarxista y antileninista de Santiago Carrillo y su grupo».¹³¹ También se encontraba entre sus acuerdos la creación de una comisión para el esclarecimiento de la historia del partido, con el objetivo de rehabilitar públicamente a toda la militancia injustamente expulsada. En cuanto a su línea política, se condenaba a la «alianza de las fuerzas del trabajo y la cultura» por «reformista». Como alternativa, recuperaban la importancia de la tradicional «alianza obrero-campesina» y apostaban por la creación de un frente antifranquista y antimonopolista. Todo esto estaba impregnado de los grandes elementos simbólicos de la cultura política comunista: la lucha de clases y el frente popular. Otro factor de divergencia con Carrillo era su concepción de la articulación europea. Tanto era así que se consideraba al Mercado Común Europeo como una «organización supranacional de los monopolios destinada a aumentar la explotación de los trabajadores». Su estrategia en el movimiento obrero pasaba por apoyar la lucha de las Comisiones Obreras como una herramienta para construir la unidad obrera. Además, respecto a la futura forma de gobierno, ellos defendían la república democrática como única salida para asegurar las transformaciones democráticas y revolucionarias que el país necesitaba.¹³²

Tras la celebración de este congreso trató de darse un nuevo impulso al proselitismo. En este sentido, llaman la atención algunos de los rasgos característicos de su perfil de militancia. Se trataba de un «militante de resistencia» acostumbrado a un trabajo político en una situación muy dura y a la realización de enormes sacrificios. Los años de exilio, represión y clandestinidad

dieron lugar a una cultura política con unos rasgos muy específicos. Aunque su visión de la militancia estaba muy ligada a la disciplina, este tipo de militante podía, llegado el momento, incluso romper con el partido gracias a la percepción de que su principal lealtad se debía con su código moral. De esta manera, este tipo de activistas podía llegar a tener una praxis tremendamente versátil. En primer lugar, estaría dispuesto a organizar una disidencia dentro del PCE, con el riesgo que ello conllevaba. Una vez derrotada esta táctica, trataría de construir otra estructura de forma autónoma para más tarde «buscar al partido». Precisamente por eso, el recién constituido PCE, (VIII Congreso) realizó un llamamiento a los y las comunistas para que se encuadrasen en células. Sin embargo, debido a la precariedad organizativa, debían de ser ellos mismos quienes dieran el paso y construyeran el partido desde abajo. La iniciativa debía organizarse de forma autónoma para, más tarde, entrar en contacto con la dirección en Francia. De esta manera lo describía el responsable de organización Agustín Gómez:

Para formar una célula del Partido y un comité de célula en una empresa, barriada, pueblo Universidad, cuartel, los militantes que están de acuerdo con el VIII Congreso y con sus documentos y decisiones no deben esperar recibir orientaciones e instrucciones de los organismos superiores, sino que deben constituirse inmediatamente en célula y elegir un comité. Al mismo tiempo, los militantes deben esforzarse por entrar en contacto con la dirección del Partido utilizando para ello formas y conductos conocidos.¹³³

Gracias a este llamamiento comenzaron a estructurarse las distintas organizaciones del PCE (VIII Congreso) en 1971. Para la llegada del verano ya existían varios comités de zona que desarrollaron distintas actividades de propaganda llamando a «desenmascarar a los carrillistas» y a regenerar el PCE.¹³⁴ Además, durante esta etapa tuvo lugar un «efecto boomerang». Gracias a que la dirección del PCE impuso un «cordón sanitario» ante cualquiera que planteara algo relacionado con los «escisionistas», algunas personas expulsadas acabaron integrándose en las filas del PCE (VIII Congreso). Este sería el caso del comunista asturiano Pedro Sanjurjo, Pieycha:

La totalidad de los militantes venidos de la URSS clamaban contra Carrillo y comencé entonces a discutir lo ocurrido con todo el que podía. No había tomado decisión alguna sobre qué postura adoptar. El Comité Local de Gijón, sin haber reunido a todos sus miembros, al menos faltaba BRAGA, tomó la decisión de apartarme de la organización bajo la acusación de labor fraccional [...] El cabreo fue mayúsculo pues entendía que el discutir sobre los informes del VIII Congreso no podía ser reprochable, así que ayudaron a que diera el paso de integrarme con los camaradas «prosoviéticos» que habían celebrado el congreso.¹³⁵

Desde fechas tempranas, el PCE (VIII) contó con presencia en la URSS, RDA, Polonia, Hungría, Bulgaria y Cuba. También tenía fuerza en algunos lugares de la emigración como Bélgica, Suiza, Francia o Argentina, y existían contactos con los disidentes mexicanos que se estaban organizando de forma independiente. En el caso del interior, su presencia se reducía a organizaciones en Asturias, País Vasco, Madrid, Cataluña y Aragón. De entre estas últimas, la más importante era la asturiana. Desde su adhesión en 1971, fue el propio Pedro Sanjurjo el encargado de extender y consolidar la organización. Sin embargo, este joven dirigente actuaba bajo las indicaciones del veterano comunista y líder sindical en Duro Felguera, Higinio Canga.

El estudio de caso asturiano de esta organización es un buen ejemplo de la consolidación del partido en una zona del interior. Su composición sociológica no era muy diversa. El grueso de sus miembros era de extracción obrera y, en la mayoría de casos, estaba formado por antiguos militantes del PCE y la UJCE, cuyo trabajo era fundamentalmente sindical. Los primeros núcleos desde donde el partido fue creciendo estuvieron en las zonas industriales de Gijón y de la cuenca del Nalón. En esta última zona, ya a principios de septiembre, estaba constituido un Comité Local. Este comité se proponía difundir los escritos de Lenin, a su parecer condición necesaria para ampliar la formación de los militantes y desenmascarar a «tiranos, acomodados y burgueses».¹³⁶ Los primeros contactos se realizaron con militantes que Canga había conocido en la cárcel. También se sumaron al proyecto veteranos sindicalistas con un trabajo en el sindicato vertical y un gran respaldo entre sus compañeros como el caso de «Sionín» de Duro Felguera o «Fidel» de UNINSA. Otro sector importante en su

composición fueron los repatriados de la URSS, como los casos de Aladino Cuervo, Andrés Ros o Juan Fernández «el ruso». Al poco tiempo también se incorporaron otros militantes con una larga trayectoria, como «el madreñeru» de la fábrica de loza en Gijón y «el zapateru» de La Felguera, que llegaría a ser el responsable de propaganda en la zona. Otros militantes eran más veteranos, como el mierense Luis Álvarez, de mucho prestigio entre los mineros pensionistas. En algunos de estos casos, las incorporaciones no se hacían de forma individual, sino familiar. Como, por ejemplo, el caso del dirigente minero Juan Bonilla (responsable político del Nalón), cuya familia al completo se había pasado a las filas del PCE (VIII Congreso).¹³⁷ Una buena fuente para alcanzar a tener una visión más amplia de los perfiles militantes se puede encontrar en la sección de necrológicas del periódico del partido. Así, por ejemplo, en las páginas de Mundo Obrero (cabecera roja) se difundió la noticia del temprano fallecimiento de Carlos Villoria (43 años). Este militante era minero del Pozo Santa Bárbara y había ingresado en el PCE a finales de los años cincuenta. Más tarde había desarrollado un importante trabajo sindical y había sufrido las consecuencias de la represión, siendo torturado en el transcurso de la huelga de 1962. Posteriormente, se había exiliado en Bélgica, donde había encontrado trabajo en una fábrica. Sin embargo, tras la ruptura en el PCE acabaría retornando a Asturias con el objetivo de contribuir en la construcción del nuevo partido.¹³⁸

Aunque los motivos que provocaron la disidencia fueron varios, uno destacó por encima de los demás. Lo relacionado con las críticas a la URSS fue lo que tuvo más influencia para la consolidación de la primera ola. Este cambio en el trato del PCE a la Unión Soviética motivaría el florecimiento de una visión crítica más amplia sobre la línea política y la estrategia global de los comunistas. Como ya hemos visto, la ruptura con el mito de la URSS como factor de movilización puso de manifiesto que existía un amplio sector obrero que recelaba con la nueva línea y que la había asumido por disciplina. Por su fuerte simbolismo, resulta especialmente interesante la incesante búsqueda de contacto de estos comunistas con la cultura soviética. Un caso bastante conocido eran los contactos de estos ortodoxos con marineros soviéticos cuyos barcos recababan en puertos españoles desde comienzos de los años setenta. En el marco de estas experiencias se construyeron interesantes redes culturales que contribuyeron a consolidar el mito soviético. Por una parte, estos comunistas ejercían de anfitriones, asesorándoles en la compra de productos y enseñándoles la ciudad. A su vez, ellos les

correspondían con material propagandístico para que realizaran sus labores de proselitismo. Se trataba de un material difícil de conseguir y muy codiciado por estos militantes, como libros de la prohibidísima Editorial Progreso o revistas del tipo Unión Soviética.¹³⁹

Con la existencia de un partido ortodoxo, que competía directamente con el PCE hasta por el nombre, las tensiones continuaron creciendo. A la altura de 1971, el PCE buscaba deshacerse de estos disidentes incómodos de uno en uno, negando cualquier opción de militancia crítica en su seno. Además, continuaban propagando constantes insinuaciones sobre la posible connivencia policial de este partido o de los oscuros objetivos de su causa:

Para sumar más voces al coro de la reacción, los Líster reclutaron sus adeptos entre insidiadores [...] y terminarán confraternizando con toda la suerte de chivatos que la policía orientará para formar grupos de «verdaderos comunistas». Es posible que algunos de los que desde hace tiempo se hundieron en la charca resuciten ahora adoptando posiciones revolucionarias, porque para calumniar al Partido no tropezarán con el aparato policiaco.¹⁴⁰

La acción política cotidiana del PCE (VIII Congreso) no difería en nada de los demás grupos de la oposición antifranquista que operaban en el interior de España. Así, por ejemplo, en septiembre de 1971, Mundo Obrero (cabecera roja) destacaba la reunión mantenida por comunistas de Madrid, que se adherían al VIII Congreso. En el acta de la recién constituida célula Jorge Dimitrov insistía en reafirmar su ruptura con la «fracción encabezada por Dolores Ibárruri y Santiago Carrillo», a la vez que se condenaban sus análisis:

Aquí, en el interior de España, hemos podido ver la demagogia de Carrillo y de su seguidora Dolores Ibárruri al escuchar los discursos que pronunciaron en París y que han grabado en cinta magnetofónica. En esos discursos han hecho cánticos triunfalistas para engañar al mundo que vive fuera de nuestras fronteras. He aquí algunas de sus mentiras: Que al franquismo le quedan cuatro días de

existencia; que las fuerzas de oposición están formadas por muchos oficiales y algunos altos jefes del Ejército franquista; que hay un potente partido comunista.¹⁴¹

También se reproducía el saludo de un grupo de comunistas de Málaga que opinaba que: «es imprescindible derrotar totalmente al carrillismo, enemigo irreconciliable del socialismo y del comunismo».¹⁴² Asimismo, escribían al Mundo Obrero (cabecera roja) los militantes de una célula afincada en Euskadi y compuesta por comunistas vascos y extremeños. En su carta, además de declarar su simpatía por el nuevo partido, se puede apreciar la importancia que la memoria revestía en la identidad de la militancia comunista:

Nosotros consideramos que la situación por la que atraviesa nuestro Partido en estos momentos es la más difícil desde su fundación, el 15 de abril de 1920, y que su historia y procesos deben saberlo todos los comunistas españoles [...] Nuestros caídos nos vigilan desde la tumba y nos están juzgando porque ellos son parte integrante de la gran obra revolucionaria y a nosotros nos legaron seguirla como nosotros se la legaremos a otros para culminarla.¹⁴³

Sin embargo, no todo se quedaba en el terreno interno. El partido también llevaba a cabo algunas acciones dentro de España, aunque circunscritas sobre todo a Asturias, donde tenía una militancia más activa. En ese sentido, destacaba la campaña contra la visita de Franco a Gijón, con la colocación de letreros que decían «Franco asesino, libertad para los presos políticos», la participación en un encierro de pensionistas o el boicot a las elecciones de procuradores.¹⁴⁴ Además, llevando a la práctica los postulados del VIII Congreso, se anunciaba la creación del Frente Democrático Revolucionario (FDR), cuyo objetivo era lograr la unidad de acción con otras fuerzas políticas, a la vez que tejer una red de alianzas más obrerista y alternativa a la del PCE. Su primera aparición fue para denunciar la brutal represión franquista contra los pensionistas encerrados en algunas iglesias asturianas. Ante estos hechos, realizaban un llamamiento a la movilización. El objetivo debía ser iniciar un fuerte movimiento huelguístico que acabara desembocando en una huelga general.¹⁴⁵ Además, las páginas de

Mundo Obrero (cabecera roja) se llenaron de crónicas y artículos sobre huelgas y conflictos laborales. El periódico servía como un canal de información que lograba difundir las distintas luchas que ocurrían en el interior a lugares tan lejanos como Bruselas o Moscú. Este periódico también funcionaba como uno de los principales vínculos entre la dirección del partido y sus militantes o simpatizantes. La llegada cada quince días o cada mes de la prensa del partido servía para renovar el contacto dentro de la red clandestina e impulsar nuevamente la ilusión colectiva gracias a las informaciones que allí se relataban sobre avances en su lucha. La prensa no solo se consumía de forma individual, su objetivo era ser leída por cuantas más personas fuera posible. Era un formato que pasaba de mano en mano, pese a que en el interior de España su consumo fuera perseguido. Por supuesto, en las páginas de Mundo Obrero (cabecera roja) se aseguraba la cada vez mayor popularidad entre los trabajadores de esta cabecera: «la lectura y comentario de sus artículos abre perspectivas insospechadas de claridad revolucionaria [...] Mundo Obrero Rojo es y seguirá siendo, el faro luminoso que ilumine su andar tras la gran victoria de las fuerzas del trabajo».¹⁴⁶

La organización del partido dedicaba sus esfuerzos a hacer todo lo posible para ayudar a sus «camaradas» del interior, conscientes de que, en última instancia, eran ellos quienes se jugaban la vida luchando contra Franco. Una muestra de ello fue la recaudación de una notable cantidad de dinero en 1972 por el PCE (VIII Congreso) de París, entre cuyos militantes destacaban los exiliados y emigrantes. Ese dinero fue enviado a la frontera vasca, donde, al más puro estilo de la clandestinidad, fue entregado a un miembro de la organización asturiana. Una vez más, el ejemplo asturiano sirve para ilustrar el funcionamiento cotidiano de esta organización. Con este dinero fue adquirida una multicopista destinada a las labores de «agit-prop». Se trataba de una poderosísima herramienta para el trabajo clandestino, capaz de reproducir manualmente miles de copias de panfletos y otro tipo de materiales. Por su peligrosidad, inicialmente esta multicopista se situó en el pueblo de los abuelos de Pedro Sanjurjo, Riofabar (Piloña). Sin embargo, resultaba demasiado arriesgado recorrer tanta distancia con estos materiales clandestinos. Por suerte, a los pocos meses un militante en la emigración holandesa entregó a la organización las llaves de su piso en Gijón. Allí se estableció el equipo de propaganda tras realizar una obra para construir una habitación oculta. Durante años este espacio se convirtió en la sede clandestina del partido y la vivienda de su dirigente en Asturias Pedro

Sanjurjo.¹⁴⁷ En términos generales, durante esta primera etapa de 1970-1972 el partido, pese a tener unas dimensiones modestas, mostraba un buen nivel de crecimiento organizativo. Sobre todo, se puede observar cómo se produjo una consolidación de su capacidad logística y el fortalecimiento de sus redes de contactos. Sin embargo, las formas de organización continuaban siendo un poco precarias, el impulso de la actividad celular se realizó con lentitud. Por ejemplo, en el caso de la organización asturiana, la forma de trabajo consistía en la centralización de casi todas las tareas de dirección designada por el CC en una sola persona, Pedro Sanjurjo, lo cual no era lo más acorde con el centralismo democrático.¹⁴⁸

Durante este periodo, tuvieron lugar algunas contradicciones importantes entre el PCE y los países socialistas que afectaron de distintas maneras a los comunistas ortodoxos. Un tema especialmente espinoso fue la polémica en torno a la importación de carbón de la República Popular Polaca en plena huelga de los mineros asturianos o la represión hacia los trabajadores de este mismo país.¹⁴⁹ El PCE fue radicalizando sus posturas con el paso de los días. En un primer momento solo exigían que el POUP desmintiera tajantemente (si es que era falso) que varios barcos estaban exportando carbón a la España franquista. Además, también destacaban que Polonia como país socialista debía tomar medidas activas de solidaridad con los mineros asturianos.¹⁵⁰ Pero, a medida que se fue aclarando la cuestión del carbón polaco, el PCE comenzó a denunciarlo de forma mucho menos sutil.

Sin embargo, para los comunistas agrupados en el VIII Congreso estas acusaciones no eran más que «provocaciones». Por eso, según su narrativa partidaria, la mayoría de los mineros y la población trabajadora asturiana estaba indignada con lo que consideraban ataques por parte de los «carrillistas, especulando con eso del carbón polaco». Es interesante detenerse mínimamente a analizar el argumentario utilizado para defender a Polonia en este caso. En primer lugar, apelaban a la coexistencia pacífica, por la cual era importante incentivar los contactos entre países de distinto signo político. Por lo tanto, ellos consideraban que se trataba de un ataque sin argumento, pues no se podía hacer «la revolución mundial sobre la base del cese de comercio entre países». En segundo lugar, esgrimían la autoridad de la memoria y la continuidad con la

historia del partido, ¿si antes no había problema por qué ahora sí? Y es que, según ellos, las acusaciones contra Polonia por la llegada de barcos de carbón que «a veces coinciden con huelgas de los mineros, se remonta a 1962». Fue en ese momento cuando según el PCE (VIII) habría habido un fuerte debate con miembros del FLP en la cárcel de Carabanchel por este mismo problema. Según su argumentario, en aquel caso concreto y en otros conflictos similares que se dieron hasta 1970, se habría obrado correctamente: «nadie buscaba chivos expiatorios en los barcos polacos». Para ellos, el problema no era ese. Lo que era necesario impulsar era la solidaridad activa de la gran metalurgia asturiana concentrada en Mieres, Langreo, Gijón y Avilés. De esta forma, se arrastraría a otros campos de la producción a la huelga, incluido el portuario. Y como colofón, se vería que los barcos polacos o americanos «no tienen ninguna incidencia en la huelga minera» y que «“el problema” del carbón polaco es una maniobra antisoviética y antisocialista».¹⁵¹

Otro aspecto importante tuvo que ver con los intentos del partido de traspasar su tradicional hermetismo obrero y llegar a otras clases sociales, especialmente el campesinado. Este intento de expandirse a zonas agrarias respondía a los planteamientos del VIII Congreso, en los cuales se insistía en la necesidad de reforzar la alianza obrero-campesina.¹⁵² El partido solía incluir la situación del campesinado frecuentemente entre sus análisis de la realidad española, destacando que «la miseria y el desequilibrio entre la ciudad y el campo se acentúa más cada año».¹⁵³ Además, aunque no se daban datos concretos del trabajo realizado, sí que se informaba de avances en la elaboración de propuestas políticas redactadas por supuestos dirigentes campesinos.¹⁵⁴ Incluso, a finales de 1972 la resolución del V Pleno del CC volvía a insistir en la necesidad de continuar organizando a los campesinos:

Es necesario que los campesinos se unan y luchen, aprovechando todas las posibilidades legales y extra legales, pero, sobre todo, creando sus propias formas de organización, a partir de sus localidades respectivas. Los campesinos sólo pueden conquistar sus reivindicaciones aliados a los obreros industriales. La clase obrera y su Partido Comunista deben hacer mayores esfuerzos para que la alianza obrero-campesina se convierta en una realidad.¹⁵⁵

El partido llegó a tener presencia en algunas áreas rurales. Por ejemplo, en la zona campesina de Vegas Altas del Guadiana en Extremadura. En las páginas de Mundo Obrero (cabecera roja) se puede observar algunas informaciones sobre el trabajo desarrollado en este sector. Por ejemplo, en junio de 1972 un militante de la organización publicaba un llamamiento a los campesinos de la zona:

Yo hago un llamamiento a los campesinos de todos los pueblos nuevos para que nos unamos frente al gran monopolio agrario del Estado capitalista de Franco (I.N.C) para que las tierras pasen a ser administradas por nosotros que las cultivamos, siendo los dueños de las cosechas, que alcancemos vendiéndolas donde nos de la gana, fuera totalmente de la tutela del patrón Instituto. Agrupémonos todos en grandes cooperativas agrícolas o Colectividades y desmonopolicemos la tierra y colectivicemos nuestras conciencias de campesinos, de proletarios y de clase.¹⁵⁶

Sin embargo, el único caso conocido con más detalle donde sí se realizó un mayor trabajo con el campesinado tuvo lugar en Asturias. En diciembre de 1971 apareció la primera noticia en Mundo Obrero (cabecera roja) sobre la dramática situación en el campo. En sus líneas se explicaba el empobrecimiento del pequeño propietario y la presión de la oligarquía local gracias al apoyo del régimen franquista.¹⁵⁷ Para acabar con esta situación, realizaban un llamamiento a la militancia obrera con orígenes rurales, debían ayudar a los campesinos a formar células comunistas. De esta manera, se forjaría la alianza obrero-campesina, base del Frente Democrático Revolucionario y de la revolución socialista en España.¹⁵⁸ Aunque no deje de resultar un caso anómalo, es interesante el proceso de construcción de unas pocas células comunistas en el concejo rural de Piloña (Asturias). Todo comenzó a partir de un contacto de la cárcel de Higinio Canga. Pronto, consiguieron conectar con más comunistas de la zona. Se trataba de militantes desconectados que les manifestaron sus críticas por la marginación a la que les sometía el PCE. Así que comenzaron a repartir profusamente por estos pueblos el Mundo Obrero (cabecera roja), cosechando buenas críticas ante unos militantes muy aislados y «desconocedores de la situación que atravesaba nuestro partido, a partir de los acontecimientos de

Checoslovaquia».¹⁵⁹ Tras varios roces con los enlaces de la dirección provincial del PCE, convocaron una reunión en día de mercado y, tras un acalorado debate sobre el nuevo rumbo del PCE, decidieron pasarse en bloque al PCE (VIII Congreso).¹⁶⁰ En mayo de 1972 se constituyó un Comité Comarcal.¹⁶¹ Sin embargo, los comienzos no fueron fáciles, pues debían soportar las limitaciones del propio medio geográfico y un entorno social receloso con los comunistas. Las páginas del periódico denunciaron profusamente la situación de los campesinos. Desde la lucha contra la pérdida de montes comunales por la política forestal del franquismo que atentaba contra la ganadería de subsistencia¹⁶², hasta los precios de la leche, que mantenían en la miseria a las caserías asturianas. Todo ello enfrascado dentro de un combate más amplio por la reforma agraria destinada a elevar el precario nivel de los trabajadores del campo «en los marcos de la fase antimonopolística y popular de la revolución española».¹⁶³ A finales de 1972 casi nadie podía presagiar la crisis cismática que se cerniría sobre los comunistas ortodoxos en poco tiempo. Hasta ese momento, la tendencia general del PCE (VIII Congreso) era de crecimiento y el partido, aunque modesto, parecía que se empezaba a consolidar en el panorama político del antifranquismo. La primera ola disidente no había conseguido su principal objetivo, destituir a Carrillo, pero resistía tenazmente. El desconocimiento de sus fuerzas reales y el miedo a que los soviéticos decidieran finalmente apoyarlos continuaba preocupando al PCE. Además, el PCE (VIII Congreso) poco a poco iba ganando adeptos en el interior, lo que se sumaba al apoyo que ya tenía entre los españoles que residían en los países socialistas. Sin embargo, esta situación pronto cambió, produciéndose una grave crisis interna cuyos orígenes se remontaban hasta 1968. De esta manera, aparecieron grandes roces en el Comité Central que acabaron paralizando el proceso ascendente y rompiendo la organización por la mitad. Los motivos de este dramático desenlace fueron varios. Sin embargo, se puede decir que estuvieron fuertemente condicionados por la división del partido en dos corrientes representadas por Líster y García respectivamente. La confrontación entre ambas tendencias se fue agudizando hasta que se consumó la ruptura orgánica a principios de 1973. Aunque el choque estuvo fuertemente condicionado por los protagonismos de estos dos líderes, existieron otros problemas que es necesario explicar con más detenimiento. Ambos dirigentes representaban modelos de partido distintos, cuyos matices comenzaron a resultar importantes a medida que transcurría el tiempo y era necesario decidir qué rumbo debía tomar el PCE (VIII Congreso). Principalmente, las diferencias pueden agruparse en torno a cuatro cuestiones: el grado de protagonismo de los países del campo socialista en la línea del partido, la extensión hacía otros sectores no proletarios, la relación con otros grupos

comunistas y el rumbo organizativo que debía tomarse.

El primer punto de fricción resultó capital, pues estaba directamente relacionado con el papel que la Unión Soviética debía representar para el partido. Si bien ninguna de las partes renegaba de la URSS, el debate estaba en el grado de dogmatismo que revestía la adhesión. Por una parte, la línea encabezada por E. García planteaba un completo seguidismo respecto de la Unión Soviética. Es decir, que hiciera lo que hiciera este país no existía posibilidad de crítica alguna, pues la crítica era signo de «antisovietismo». Sin embargo, esta cuestión no era vista de la misma manera por todo el CC. Líster defendía la solidaridad con todo el campo socialista, pero con algunos matices. Como, por ejemplo, evitar una excesiva dependencia del PCUS y, sobre todo, tratar de mantener una cierta independencia en aquellos aspectos que pudieran interferir en la lucha antifranquista.¹⁶⁴ Este aspecto ya había quedado patente durante el debate en el CC del PCE sobre los sucesos de Checoslovaquia, cuando Líster condenó la intervención mientras García se opuso activamente. Incluso, con el propio proceso de expulsión de E. García y A. Gómez. En esa ocasión, Líster también trató de mantenerse neutral pese a condenar el «giro antisoviético de Carrillo». Evidentemente, estas diferencias y roces del pasado inmediato tendrían mucho peso para el conflicto posterior.

El segundo de los puntos conflictivos estaba relacionado con la extensión del partido a otros sectores sociales. Enrique Líster se quejaba de que existía por parte de E. García una prudencia extrema a la hora de impulsar las distintas ramas del partido (juventud, mujeres, propaganda, Mundo Obrero). Es decir, que se negaba a que el partido pudiera crecer realmente y se acercase a muchos otros sectores que estaban potencialmente contra Franco. Sin embargo, Eduardo García contestaba a esas acusaciones alegando que esta diversificación solo serviría para crear estructuras fantasmas. O, dicho de otra manera, que se convertirían en estructuras sin un contenido real, ya que, dadas sus fuerzas en ese momento, no tendrían contacto alguno con España.¹⁶⁵ El tercer elemento de discordia eran las relaciones con otras organizaciones comunistas «izquierdistas». Ambos sectores tuvieron distintas posiciones en lo que respecta a qué tipo de vínculos debían tener con las demás organizaciones comunistas. Una vez más, el centro del debate se orientaba en torno al diferente nivel de

dogmatismo de las dos líneas. Por ejemplo, Líster defendía la necesidad de abandonar el sectarismo y realizar un cierto acercamiento a los demás grupos «en aras de un trabajo común contra el franquismo». Sin embargo, García mantenía un discurso mucho más duro, vinculado a una reafirmación identitaria como forma de cohesión de grupo. Por lo tanto, para él la prioridad era no tener ninguna relación con estas organizaciones. Es más, en el marco del conflicto chino-soviético, este había llegado a defender la necesidad de «combatir el maoísmo, desviación muy peligrosa del marxismo-leninismo, tanto en el terreno nacional como internacional».¹⁶⁶ Por último, estaba el cuarto factor de desacuerdo entre las dos partes, que tenía que ver con los objetivos finales del proyecto político y también con la autopercepción de estos comunistas. En definitiva, el conflicto afectaba al principal vector de la lucha disidente: la identidad comunista. Por eso, Líster planteaba que el proyecto de García para el PCE (VIII Congreso) era convertirse tan solo en un grupo de presión política, cuyo objetivo era poder influir en la línea del PCE. Todo esto con la intención de corregir las desviaciones en su seno para poder reintegrarse en el partido al cual habían dedicado décadas de su vida. Sin embargo, en este caso el viejo general era mucho más pragmático y realista. Consciente de que habían perdido en sus objetivos iniciales, el partido tenía que ir desarrollándose y adquiriendo ciertos rasgos que les diferenciaban en la sopa de siglas de la izquierda revolucionaria española. Según su parecer, lo contrario sería una «traición» a los postulados del VIII Congreso.¹⁶⁷

Esta crisis supuso un impacto muy negativo para el futuro de la primera ola disidente. Una primera desilusión para una militancia que ya se había enmarcado en una ruptura dolorosa con el abandono del PCE. Lo que comenzó como una serie de pequeñas confrontaciones en el marco de los debates de los órganos centrales, acabó derivando en una ruptura abierta. El choque de dos tácticas políticas distintas tendría que haberse mantenido en un marco estrictamente político, pero no fue así. Al final, esta crisis se vio empañada por un cruce de fuertes acusaciones entre los dos sectores. Una violencia política que incluso llegó a la confrontación física. Las amenazas de muerte, las palizas, los intentos de atropello o incluso el uso de armas constituyeron la cara oculta de este conflicto.¹⁶⁸ La pugna por el reconocimiento en comunidades muy pequeñas como las de la emigración facilitó la radicalización de la crisis. La búsqueda de legitimidad se circunscribía ahora entre los militantes del PCE (VIII Congreso) que debían nuevamente elegir con qué sector se alineaban. Una vez más, el

mimetismo y la reivindicación a ultranza de la identidad comunista dificultaron que los dos grupos se diferenciaron. Precisamente por eso, el principal elemento de enganche, más allá de los argumentos, fueron los liderazgos carismáticos. Tanto Líster como García habían conseguido reunir a un importante grupo de seguidores que, en muchos casos, idealizaban a estos dirigentes. Por lo que, al final, era la confianza personal en estos líderes lo que servía a los militantes como verdadero aval para adherirse a las posturas de uno u otro.

La ruptura prosiguió con la aparición de dos versiones de Mundo Obrero (cabecera roja) que eran idénticas en todo, excepto por su contenido. En sus páginas se podían encontrar un gran número de duras acusaciones contra las personas que hasta hace poco habían sido sus «camaradas». Ambas cabeceras reprodujeron los elementos básicos de la definición del enemigo en la cultura política comunista. Por eso hablaban sobre el culto a la personalidad, el trabajo fraccional, las conductas «dogmático-sectarias» y la falta de respeto al centralismo democrático.¹⁶⁹ En cuanto a la cuestión de las proporciones en los órganos centrales, parece ser que Líster estaba en minoría. Sin embargo, el problema radicaba en que sí tenía mayoría en el Comité Ejecutivo, lo cual lo complicaba. No obstante, al final, como era el Comité Central quien debía resolver de forma definitiva el problema, acabó siendo expulsado junto con sus seguidores.¹⁷⁰ A pesar de ello, como parte de la formación de su memoria orgánica, cada grupo construyó una narrativa del pasado de forma antagónica. Según sendos relatos, una vez consumada la ruptura, los dos grupos habrían convocado reuniones de dos direcciones centrales paralelas. Y una vez allí, cada grupo habría procedido a la catártica escenificación de la expulsión de sus enemigos in absentia. Por lo cual, en la reunión oficial del CC, se expulsó a Líster, y en la otra se condenaron las actitudes del grupo de García, que supuestamente se había autoexcluido de la convocatoria.

Tras el estallido del conflicto, ambas partes se apresuraron a tratar de buscar apoyos entre las bases del partido. Sin embargo, Líster lo tenía más difícil al haber quedado apartado de la organización. Eduardo García, quien controlaba los resortes del partido, trasladó por carta a los dirigentes de cada territorio el problema. Sin embargo, esto no fue inicialmente explicado al conjunto de la militancia en aras de no producir una ruptura en la organización. Poco más tarde,

fue el propio García el que acudió clandestinamente a visitar a los distintos comités. La excusa utilizada había sido la necesidad de planificar futuras acciones del partido y su reforzamiento. Sin embargo, el objetivo era evaluar el daño que estaba haciendo la escisión de Líster. Estas formas tan calculadas de tratar el problema no terminaron de gustar a todos sus militantes. Así, por ejemplo, Eduardo se alojó en la casa de Antonio Portela cuando visitó Asturias, a quien decepcionó su actitud y decidió por este motivo abandonar el partido:

Al día siguiente de marcharse Eduardo se me acerca a mí Pedro Sanjurjo y me propone una reunión para tratar sobre la ruptura del camarada Enrique Líster con el VIII Congreso. Lo que me dijo, me dejó frío. Resulta que habíamos estado reunidos tres días con el camarada Eduardo García y no nos había mencionado absolutamente nada. Y justamente tras su marcha salió el tema. Se pretendía vincularnos con el grupo de Eduardo sin consulta alguna. Yo aquello no podía admitirlo, por lo que tomé la determinación de dejar la militancia.¹⁷¹

Todo este proceso de crisis interna puede parecer que guarda ciertos paralelismos con la anterior crisis en el PCE. Según esta lógica, al final todo se reduciría al choque entre dos visiones, una más moderada y otra más radical, cuyo resultado final fue la escisión. Sin embargo, esto no es exactamente así. Se trata de procesos mucho más complejos en los que se debe de reflexionar más allá de los propios discursos de los protagonistas. Si bien existen paralelismos en cuanto a las formas reproducidas en ambos conflictos, no se da la misma circunstancia en cuanto al contenido. En cuanto a las formas, ambas partes vuelven a plantear que la dirección se ha convertido en una «fracción» debido a sus planteamientos «revisionistas» o «antidemocráticos». Por lo tanto, estas actitudes van en contra de los principios del partido y, de esta manera, pierden su autoridad. Además, la solución para resolver este problema es la misma: la celebración de un congreso extraordinario. Sin embargo, en esta ocasión no existió un descontento previo de las bases, ni una «rebelión primitiva» de estas. Sencillamente, lo que se produjo fue un conflicto entre dirigentes que se trasladaría al grueso de la militancia gracias a la influencia de los liderazgos carismáticos. Sin embargo, en la memoria de la militancia ortodoxa esta crisis no es recordada como una fase necesaria, sino en todo caso como un problema que debilitó su trayectoria. De esta manera, comenzó una nueva etapa en la historia de la primera ola disidente,

caracterizada por la atomización. El siguiente paso sería la formación de un nuevo partido. La lógica del proyecto de Líster daría lugar a la creación del Partido Comunista Obrero Español (PCOE). A su vez el PCE (VIII Congreso) celebró ese mismo año de 1973 un nuevo congreso, donde adquirió la denominación que usó hasta su desaparición: PCE (VIII-IX Congresos).

LA ATOMIZACIÓN, PRIMER OBSTÁCULO

El Partido del general: Partido Comunista Obrero Español

Tras la expulsión de Enrique Lister y sus seguidores del PCE (VIII Congreso) comenzó una nueva etapa, donde iniciaron un camino en solitario, fragmentando aún más a esta pequeña corriente. En ella su principal objetivo no fue otro que llevar a cabo las ideas propuestas por Lister en el seno del anterior partido. El balance de cuentas a nivel cuantitativo no acabó siendo positivo para el grupo de Lister. La mayoría de los militantes del PCE (VIII Congreso) no secundaron el rumbo del general y continuaron con García y Gómez, aunque el proyecto quedó seriamente dañado. Todo el proceso escisionista erosionó la dinámica que llevaba la primera ola. La aparición el 25 de enero de 1973 de un nuevo Mundo Obrero (cabecera roja) editado en Bélgica por la línea de Lister generó aún más confusión.¹⁷² Las páginas del nuevo periódico mostraban una estética idéntica a la anteriormente utilizada por el PCE (VIII). Durante los primeros números, la mayoría de los artículos eran resoluciones de organizaciones que apoyaban a Lister y textos críticos con García y Gómez.¹⁷³ Sin embargo, al poco tiempo el periódico volvió a proporcionar información sobre lo que acontecía en el interior, como las huelgas mineras o la represión al movimiento obrero.¹⁷⁴ Un cambio importante fue la fundación en febrero de 1973 de la Federación de Jóvenes Comunistas de España (FJCE), que serían de facto las juventudes del partido.¹⁷⁵ La FJCE tenía una imagen más moderna y plural, apostando por unir a toda la juventud en la lucha por solucionar sus problemas y acabar con el franquismo. Incluso a nivel organizativo se pueden observar ciertos guiños juveniles. Por ejemplo, la FJCE no tenía un CC, sino un «Comité Coordinador» y su unidad básica no eran las células sino los «círculos».¹⁷⁶ Desde el mismo mes de febrero, la FJCE comenzó a difundir Lucha juvenil, su portavoz. En esta publicación destinada a los más jóvenes destacaban las noticias relacionadas con el estudiantado y las movilizaciones universitarias. También se reflejaba en sus páginas la preocupación ante la represión desatada por el régimen o las luchas contra el imperialismo en todo el mundo. La cabecera tenía un enfoque más sencillo e incluso tocaba cuestiones que normalmente resultaban temas tabú. Sin embargo, la FJCE consideraba necesario explicar a la juventud ese tipo de cuestiones. Como, por ejemplo, la problemática del «terrorismo» y la «lucha armada», muy de actualidad en aquel contexto por las acciones de ETA:

Valoramos los atentados según el carácter de los mismos. Durante la lucha guerrillera en nuestro país tuvieron lugar numerosos atentados siendo ellos parte de la lucha armada librada por los mejores luchadores de nuestro pueblo. Si algo tenemos que lamentar es que la lista de esos atentados no fuera más larga de lo que lo fue, pues mayores serían las pérdidas del enemigo. Los comunistas no estamos en contra de que se castigue a un verdugo que se dedica a torturar a los revolucionarios en los locales de la B.P.S. El castigar a esos verdugos es una necesidad profiláctica para hacerles comprender a los que aspiran a hacer carrera martirizando a nuestros hermanos de lucha, que donde las dan las toman...Pero estamos en contra del atentado y terrorismo individual como forma de lucha.¹⁷⁷

Esa forma de hablar abiertamente de la lucha armada ya se encontraba en sus primeros documentos. Por ejemplo, en 1973 cuando se aprobó el primer programa político del PCOE. En este importante texto de la organización se abogaba por una revolución antimonopolista y popular, como una corta etapa previa al socialismo. La herramienta utilizada por el pueblo para llevar a cabo esta revolución era, una vez más, el Frente Democrático y Revolucionario. Sin embargo, en el PCOE tenían muy claro el rumbo para conseguir vencer y lograr un gobierno popular:

Las fuerzas revolucionarias tendrán que dominar toda la gama de formas de lucha, tanto pacífica como armada. El Partido Comunista Obrero Español debe estar preparado para todo género de eventualidades [...] la insurrección armada, la guerra civil, el movimiento guerrillero, la guerra contra las agresiones imperialistas, etc. El PCOE hará los máximos esfuerzos para que la caída de la dictadura franquista se produzca sin guerra civil; pero esta perspectiva no depende de él exclusivamente.¹⁷⁸

La nueva línea pretendía romper con los aspectos más inmovilistas de la anterior etapa. No obstante, su intención era no presentar estos cambios como una ruptura del VIII congreso, sino como una superación en clave de mejora. En junio de 1973 tuvo lugar la celebración del primer congreso del nuevo PCOE, el partido de Líster. En este evento fundacional participaron 65 militantes. Su

origen era bastante variado. Por una parte, el grueso de su militancia provenía del exilio (Bélgica, Francia, Hungría, Polonia y la URSS). Por otra, también acudieron algunos militantes del interior, concretamente, de Madrid, Andalucía, y Cataluña. El congreso escenificó una serie de rupturas simbólicas con el pasado, importantes para la construcción identitaria de este grupo. Por eso la primera decisión que tomaron fue la ratificación de expulsión de Eduardo García y Agustín Gómez. Sin embargo, esta decisión tan solo formó parte de una calculada puesta en escena. No tenía ningún efecto real e incluso, ya había sido tomada anteriormente por su recién creado Comité Central. Además, este congreso resultó innovador por otros motivos. El modelo de partido defendido por Líster suponía ciertas novedades respecto al PCE (VIII Congreso), al menos teóricamente. Un ejemplo de ello fue la presentación de su sección juvenil: la Federación de Jóvenes Comunistas de España (FJCE). Estos jóvenes comunistas, muchos de ellos hijos de veteranos militantes, también estuvieron presentes y participaron activamente en el debate. Otra cuestión importante que se pretendía recuperar, haciendo de paso una apelación a la memoria, era el reconocimiento explícito de la plurinacionalidad.¹⁷⁹ Frente al centralismo de la etapa anterior, el nuevo PCOE reivindicaba una mayor autonomía y reconocimiento para los comunistas de las nacionalidades históricas. En este sentido, destaca la aparición de un saludo al congreso firmado por un autodenominado Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC), cuyas siglas eran copiadas directamente del referente catalán del partido oficial. En dicho mensaje se ponía de manifiesto el malestar que había existido respecto al centralismo y la cuestión nacional catalana en el PCE (VIII Congreso): «Siempre fuimos considerados por García y Gómez como una radio más del PCE, tratando siempre de disminuir nuestra personalidad e ignorar la existencia del PSU de Cataluña. Fuimos calificados de nacionalistas por pedir que la hoja de “Treball” fuera en catalán».¹⁸⁰

Otra de las cuestiones que resultaron novedosas frente a la etapa anterior fue la presencia de la Organización de Mujeres Democráticas de España (OMDE). Este grupo era en realidad una organización satélite del propio PCOE creado para realizar trabajo entre las mujeres de forma similar a la táctica del PCE con el Movimiento Democrático de Mujeres (MDM).¹⁸¹ Sus dimensiones debieron de ser bastante limitadas, si tenemos en cuenta que este partido estaba compuesto fundamentalmente por hombres. En todo caso, la OMDE estuvo presente en este cónclave como una declaración de intenciones de lo que sería la nueva política del PCOE:

La Organización de Mujeres de España acaba de constituirse y todavía no ha tomado el cuerpo y la fuerza que nosotras deseamos. Pero estad seguros, delegados del Congreso, que las mujeres comunistas contribuiremos en todo lo que esté a nuestro alcance para hacer una fuerte Organización de Mujeres Democráticas capaz de organizar a las mujeres españolas y de realizar entre ellas una labor de esclarecimiento de los problemas con que nos tropezamos cada día en la producción, en la familia y en la sociedad [...] Una de nuestras aspiraciones es la de estar representadas en el Movimiento Mundial de Mujeres y de aportar a él la contribución que estamos obligadas a hacer en cumplimiento de nuestros deberes internacionalistas.¹⁸²

Sin embargo, no cabe duda de que la transformación más importante tenía un cariz global. El PCOE nacía sobre el papel como un proyecto rupturista y renovador que pretendía distanciarse definitivamente de las siglas que controlaba Santiago Carrillo. La muestra más simbólica de esta importante transformación fue el cambio en la denominación, pasando del PCE al PCOE. Esto ocultaba una importante transformación en la cosmovisión militante ya que, al fin y al cabo, suponía asumir que su estrategia anterior había fracasado. Ya no podían reclamarse como el verdadero PCE, porque el proyecto había quedado estancado y la mayoría continuaba reconociendo a Carrillo como su secretario general. Sin embargo, reconocerlo no suponía renunciar a la memoria colectiva de los comunistas españoles. Para dejar esto claro, recuperaban el nombre de un partido histórico que formaba parte del tronco del legado del PCE. Además, a nivel político trataron de actualizarse, mostrando una mayor comprensión sobre la cambiante realidad que se vivía en el interior de España y a nivel mundial. De esta manera, se diferenciarían, tanto de los distintos partidos de la izquierda radical, como del partido de Carrillo. Con todo, no renunciaban a reivindicarse de la memoria histórica del PCE:

El cambio de nombre ayudará a encuadrarnos en el movimiento comunista internacional y a fortalecer nuestros vínculos con los partidos hermanos. El Partido Comunista Obrero Español no rompe con las tradiciones revolucionarias del movimiento obrero español y del Partido Comunista de España; es el puente

que vuelve a enlazar con el partido de los años de la revolución democrático-burguesa de 1931, del Frente Popular de 1936, de la guerra nacional revolucionaria del pueblo español contra el fascismo, del período de la clandestinidad y de las guerrillas, del Partido por el que dieron sus energías y su vida legiones de revolucionarios.¹⁸³

Uno de los principales objetivos que se marcaba este grupo con la creación del nuevo PCOE era tratar de aglutinar a todos los comunistas que se oponían al «carrillismo» en un solo partido comunista:

No se trataba de crear un partido alternativo. Se trataba de crear un polo para retener a todos aquellos elementos que nosotros considerábamos marxista-leninistas, bueno «sanos», en el partido, de que no se dispersaran y ahí Líster fue rotundo, ¿de acuerdo? Las puertas del PCOE están abiertas a todos los elementos de izquierda y de extrema-izquierda, están cerrados únicamente a los elementos de derecha. Todos los otros tienen cabida en el PCOE.¹⁸⁴

Desde épocas muy tempranas, el PCOE puso sus esperanzas en los avances que algunos partidos comunistas estaban consiguiendo en el panorama internacional. Por eso, rápidamente, declaró su entusiasmo por la línea del Partido Comunista Portugués. Precisamente, fue en esta primera etapa cuando el prestigio del PCP en el movimiento comunista y sus buenas relaciones con el PCUS atrajeron las miradas de los militantes del PCOE hacia el partido portugués. Un ejemplo representativo de este tipo de dinámicas tuvo lugar cuando en 1973 Álvaro Cunhal fue condecorado con la prestigiosa «Orden de la Revolución de Octubre».¹⁸⁵ Esto motivó que Enrique Líster le felicitara en nombre del Comité Central del PCOE, siendo publicado en la portada de su periódico. En esta carta utilizaba varios de los elementos identitarios que ya se han señalado anteriormente. Además, realizaba llamamientos a la confraternización de los comunistas ibéricos. Entre las loas a la heroicidad y al sacrificio de los comunistas lusos, se señalaba especialmente el papel individual que el propio Cunhal había prestado a la causa antifranquista en sus años de joven militante.¹⁸⁶ Sin embargo, sería con la llegada de la Revolución de los Claveles cuando el

PCP se convertiría en uno de los principales referentes para este partido. Tanto es así, que la portada de su edición de Mundo Obrero (cabecera roja) de mayo de 1974 abría bajo el titular de «¡Viva Portugal democrático!». Según el PCOE esta revolución era una lección muy importante para los comunistas españoles, ya que marcaba el camino que seguir.¹⁸⁷ Además, se reproducía una nueva carta de Líster a Cunhal donde felicitaba al que consideraba su camarada por los éxitos del partido y de todos los portugueses.¹⁸⁸ Sin embargo, la crisis que atravesó la revolución portuguesa también preocupó mucho al PCOE. Esta preocupación por la situación en el país luso se transformó en impotencia, ya que los militantes del PCOE poco podían hacer desde el otro lado de la frontera. Así lo reflejaba una carta que militantes sevillanos del PCOE enviaron a Vasco Gonçalves, alertándole de la posibilidad de que Portugal se convirtiera en el «Chile de Europa».¹⁸⁹ El desasosiego no desapareció tras el 25 de noviembre de 1975, fecha que marcaría oficialmente el fin de la revolución portuguesa. La preocupación por lo que ocurría en el país vecino se centraba en poder mantener las conquistas que la revolución había conseguido y, sobre todo, evitar un golpe de Estado que supusiera una vuelta al pasado.¹⁹⁰

De las organizaciones que pertenecen a la primera ola disidente, el PCOE fue la más longeva. El partido existió desde 1973 hasta 1986 en su primera etapa y de 1986 al año 2000 en la segunda.¹⁹¹ La composición sociológica de este partido era bastante homogénea. La mayoría de su militancia estaba formada por personas de clase obrera con una media superior a los cincuenta años. Sin embargo, también había militantes más jóvenes y con un perfil intelectual. Ese fue el caso de Alejandro Fernández, responsable de la organización asturiana. Alejandro era un joven trabajador de banca, miembro del Comité Ejecutivo y responsable político de la organización regional.¹⁹² Sin embargo, el desarrollo organizativo del PCOE fue menor que el de los demás partidos de esta ola, con escasos centenares de miembros. Esto no quita para que con los años lograra una implantación respetable en algunos territorios. Para comienzos de la Transición el partido ya tenía organización consolidada en Andalucía, Cataluña y Asturias. A ellas se unían otros núcleos más reducidos en Madrid, Valencia, Euskadi, Galicia, Castilla-La Mancha, Castilla y León, Extremadura, Murcia, Tenerife, Aragón, Navarra y Baleares.¹⁹³ Además, mantuvo estructuras en el exilio, especialmente en París y Bruselas, pero también en la URSS, Cuba, la RDA y Hungría. En Cataluña se constituyó el Partit Comunista Obrer de Catalunya (PCOC), que elaboraba su propio periódico, Endavant, desde finales de 1974. En

sus páginas se mezclaban artículos en castellano y catalán. La defensa del idioma y la cultura catalana era para los comunistas del PCOC una prioridad, estaban seguros de que el pueblo catalán conquistaría su reconocimiento.¹⁹⁴ La existencia de un partido autónomo ligado al PCOE no dejaba de ser un intento de continuar con la tradición del PCE/PSUC. Con todo, el nuevo PCOE no tuvo en sus inicios mucho arraigo en el interior. Por esa razón, varios emisarios aprovecharon sus vacaciones para hacer contactos políticos. Ese fue el caso de Ramón Bada desde Bélgica, y de José Molina o Robustiano Fernández, Tano, ambos desde Alemania.¹⁹⁵ El uso de enviados de otros territorios, incluso de la emigración, era descrito en la jerga militante como «paracaidismo». Este «paracaidismo» de militantes del PCOE, a su vez, era duramente criticado desde las filas del PCE (VIII-IX Congresos) de Eduardo García. Para ellos, lo peor de estos enviados era que «presentaban a su grupo como campeón de las gestiones a favor de la unidad de los comunistas».¹⁹⁶

Sin embargo, el aislamiento fue uno de los principales rasgos del PCOE durante toda su historia. La praxis política de esta organización se caracterizó en muchos casos por las continuas polémicas desatadas por Líster. Destacaban aquellas que con un tono brusco acusaban a Carrillo de diversos crímenes.¹⁹⁷ También hubo fuertes críticas públicas hacia los demás grupos comunistas. Incluso, utilizando argumentos casi siempre personales, lo que no benefició precisamente a su causa.¹⁹⁸ Un buen ejemplo de esto fue el intento de unificación a finales de 1976 con la OPI. El acercamiento acabaría siendo abortado de forma brusca. Existieron varios motivos para la ruptura de dicho proceso. En primer lugar, Líster difundió a la prensa el acuerdo de manera sorpresiva y unilateral desde Bruselas, lo que podía poner en peligro a los militantes clandestinos de la OPI.¹⁹⁹ El segundo motivo se encontraba en las formas empleadas por el dirigente del PCOE. Su anuncio se realizó mezclado con fuertes insultos a Carrillo, lo que sorprendió bastante a una militancia universitaria acostumbrada a otra forma de actuar en política.²⁰⁰ Por su parte, el PCOE, que parece que se había tomado mucho más en serio la unificación con la OPI, mostró mucho malestar por la forma en que había terminado el proceso. En 1978 publicó algunos documentos internos para tratar de legitimar su postura frente a los procesos unitarios fallidos en los que había participado. Según su relato, había sido la OPI la que había faltado a su palabra, pues ya habían firmado varios documentos conjuntos e incluso en un mitin público en Bruselas se había anunciado que la unificación se produciría bajo la sigla de PCOE en unos pocos meses. Según el PCOE, la

actitud claudicante de la OPI se debía a dos motivos. El primero de ellos era de índole teórica. En su opinión, la OPI presentaba una gran confusión ideológica con respecto a la noción de bloque histórico gramsciano, que «se inspiraban más en el eurocomunismo que en el marxismo-leninismo». La segunda tenía que ver con la concepción de grupo de presión existente en la OPI, que no renunciaría a cambiar el PCE desde dentro. Sin embargo, pese a la ruptura, a mediados de marzo de 1977 los dirigentes de la OPI volvieron a dirigirse al PCOE con la intención de unificarse de cara a poder presentarse a las elecciones, cuestión que para el partido de Líster significaba un alto grado de oportunismo y, precisamente por eso, esta vez fueron ellos los que rechazaron la integración en esos términos.²⁰¹

El PCOE encaró el proceso de agotamiento político del Franquismo y el comienzo de la Transición anclado a una dinámica de resistencia. Entre la denuncia constante del «entreguismo» del PCE y el intento de integrarse en los organismos unitarios de la unidad antifranquista. En septiembre de 1974 el PCOE denunciaba abiertamente a la Junta Democrática como una «nueva maniobra carrillista» creada «de espaldas al consenso popular». Al mismo tiempo, el partido recalcaba la necesidad de que todas las fuerzas antifranquistas, al menos las que consideraban que realmente trabajaban por terminar con el franquismo, desarrollaran un trabajo conjunto y unitario.²⁰² Ante la aproximación de la muerte de Franco, el PCOE fue tejiendo redes y alianzas con algunos grupos, especialmente en la emigración en Francia y Bélgica. Una buena muestra de ello fue el comunicado conjunto firmado por el PCOE y el FRAP en Lieja (Bélgica) anunciando la creación de un comité para coordinar a todas las fuerzas democráticas y revolucionarias que se oponían al continuismo monárquico.²⁰³ El PCOE buscaba integrar en estos comités prioritariamente a los grupos socialistas, aunque también a sectores del FRAP, nacionalistas revolucionarios o incluso libertarios. Esta dinámica de impulsar comités unitarios de índole antifascista y republicana se amplió a otros lugares. A comienzos de 1975 se creaba en París un autodenominado Comité Antifascista de Unión Popular (CAUP) integrado por el PSOE, ARDE, FRAP y PCOE. Para el partido de Líster este era un primer paso que debía ser seguido de la creación de organismos unitarios de estas características en el interior de España.²⁰⁴

Sin embargo, la tan ansiada coordinación general en el interior nunca llegó. Lo más que consiguió el partido fue participar en algunos otros actos unitarios durante ese año. Por ejemplo, el 13 abril de 1975 se celebró en Vénisseux (Francia) un mitin con motivo de la celebración del 44.º aniversario de la proclamación de la Segunda República. El acto estuvo impulsado por el Comité Antifascista de Unidad Popular, del que formaban parte PSOE, UGT, FRAP y PCOE.²⁰⁵ También el 17 de mayo se convocó en Bruselas una manifestación unitaria contra la represión en España, firmada por muchas organizaciones de emigrantes, entre otros por PSOE, CNT, MCE y PCOE.²⁰⁶ Además, el 15 de junio otra manifestación tuvo lugar en Bruselas bajo el lema «Unidos contra la represión», esta vez en rechazo al estado de excepción en Euskadi, las torturas y las peticiones de pena de muerte para numerosos antifranquistas.²⁰⁷ El auge de las movilizaciones entre la emigración española en Bruselas y la sintonía de muchas organizaciones propició la creación de una «Plataforma de lucha de Bruselas». Esta plataforma contaba con nueve puntos básicos, entre los que se encontraban cuestiones como luchar contra el «continuismo monárquico», a favor del derecho a la autodeterminación, contra la represión franquista o a favor de fomentar la solidaridad con los trabajadores belgas.²⁰⁸ La situación resultaba más complicada en el interior, donde sus escasas fuerzas, unidas al sectarismo de otros grupos ortodoxos, dificultaba mucho su táctica unitaria. Sin embargo, sí que participó en algunas acciones como, por ejemplo, la manifestación convocada en Sevilla el 25 de septiembre de 1975 por JS, LCR-ETA VI, MCE, ORT y PSOE-UGT.²⁰⁹

Con todo, el PCOE quiso sacar músculo ante la inminente muerte de Franco organizando un importante mitin en la Mutualité de París el 16 de noviembre.²¹⁰ Este acto pretendía servir de elemento cohesionador para su militancia, al mismo tiempo que era una forma efectiva de propagar su política de alianzas en torno al Frente Democrático Revolucionario. La crónica del acto describe a los asistentes (unos 1000) como un público de «obreros donde se confundían en una misma medida, adultos y jóvenes, mujeres y muchachas». De esta forma, el PCOE apelaba tanto a los «veteranos del 7 de noviembre» como a una joven generación para la cual Líster no era el jefe del V Regimiento, sino el secretario general del PCOE. El mitin también guardaba muchos elementos simbólicos constitutivos de la memoria comunista vinculada a la resistencia antifranquista y republicana. Así, por ejemplo, el encargado de realizar la apertura del evento fue Luis Fernández (general jefe de la Agrupación de Guerrilleros españoles F.F.I), quien

cargó contra la reconciliación con los franquistas: «Ahora que cruje y se tambalea el edificio franquista hablan de amnistía para los vencidos y sobre todo para los vencedores, para los que vencieron ayer». El resto de intervinientes fueron: un representante de la FJCE, del PCOC, de la UME y el propio Líster en representación del PCOE. La mayoría de las participaciones insistían en la importancia del momento que se abría con la muerte de Franco y en la necesidad de evitar a toda costa que se produjera una continuación del régimen bajo la corona de Juan Carlos I.²¹¹

Sin embargo, lo más llamativo es que, de forma paralela al impulso público del FDR, el PCOE exploró otra vía. El 7 de noviembre de 1975, el Comité Ejecutivo hacía público un documento en el cual, aparte de reiterar que el partido rechazaría cualquier solución monárquica, solicitaba su integración en la Plataforma de Coordinación Democrática. El documento también insistía en que el PCOE siempre había buscado construir alianzas con la izquierda tradicional y con la nueva izquierda, pero especialmente con el PSOE. Para justificarlo, citaba un extracto del pleno del CC de abril de 1974 donde se decía que, de todas las fuerzas de izquierda, era con el PSOE con quien el PCOE tenía una mayor afinidad. La propuesta política del partido se fundamentaba en la constitución de un gobierno provisional de coalición democrática, órgano rector en la transición hacia la República Democrática. Este gobierno debía llevar a cabo un programa mínimo que incluía aspectos como la liberación de los presos políticos, el reconocimiento de las nacionalidades históricas, la mejora de las condiciones de vida de la clase obrera o la observancia de los compromisos internacionales contraídos por España, siempre y cuando no hipotecaran la soberanía nacional.²¹²

Sin embargo, durante esta etapa el partido se mantuvo en una situación de escasa actividad y en un notable aislamiento respecto al resto de fuerzas antifranquistas. Tras este punto, se internó en una época de mayor encierro en sí mismo. Pese al prestigio histórico de Enrique Líster Forján, el partido no acababa de despegar. Desde finales de 1976 la principal actividad del PCOE se desarrolló en torno a la demanda de que Líster obtuviera un pasaporte por parte del Gobierno español para poder retornar. Como de costumbre, en esta ocasión el viejo general también desafió a las autoridades: «aprovecho esta ocasión, porque creo que es buena, para pedir mi pasaporte, pero no como amnistiado. A mí no hay que

amnistiarme de nada, porque yo no he cometido ningún delito. Si se me quiere juzgar, que se me dé el pasaporte, voy a España y que se me juzgue. A ver si hay un tribunal capaz de condenarme por haber combatido durante tres años en los frentes de batalla».²¹³

Los distintos comités regionales del PCOE llevaron a cabo una importante campaña para reclamar el fin de la dictadura y la vuelta de Líster. Así, por ejemplo, la organización asturiana lanzaba un panfleto en el verano de 1977 denunciando que este hecho ponía de manifiesto la situación antidemocrática que se estaba viviendo en España pese a la muerte del dictador. Además, denunciaban cómo gran parte de los partidos de izquierda seguían sin legalizar e incluso no se les había permitido presentarse con sus siglas a las elecciones generales. También se revelaba que no se había liberado a todos los presos políticos y no se permitía retornar a muchos exiliados. Para terminar, concluían:

El Comité Regional del Partido Comunista Obrero Español, alza su más airada y enérgica protesta, contra la arbitraria medida del gobierno y pide la entrega inmediata del pasaporte a Enrique Líster invita a los dirigentes políticos y Partidos Democráticos en general, a que se adhieran a esta justa petición y unan su voz a la exigencia de que Líster sea autorizado a entrar en España, después de 40 años de emigración.²¹⁴

El partido sufrió un paulatino aislamiento frente a los procesos de convergencia del antifranquismo y manifestó una falta de sintonía con el resto de las organizaciones situadas «a la izquierda del PCE». Esta circunstancia se puede observar con motivo de su posición respecto a las elecciones de junio de 1977, de cariz abstencionista. Según los análisis del PCOE, la situación en España se había ido agravando hasta el punto de que las fuerzas de «oposición habían ido vendiendo trozo a trozo los intereses de los trabajadores a cambio de su propia legalidad». Para el partido del general, las elecciones de junio de 1977 eran la consecuencia lógica de la reforma política de Adolfo Suárez, ante la que ya habían pedido la abstención en el referéndum de 1976. Además, también denunciaban la falta de garantías democráticas en manos de un gobierno

franquista. El aumento de la represión demostraría que era necesario no apoyar lo que consideraban una «farsa electoral». Según su análisis el principal problema residía en que la izquierda no había sido consecuente con lo que planteaba en diciembre de 1976 y por eso no se estaba en condiciones de boicotear las elecciones y tumbar al Gobierno.²¹⁵ El partido vivió en una situación de clandestinidad hasta, prácticamente, la obtención del pasaporte de Líster. Carmen López, dirigente del PCOE y cónyuge de Líster, realizó una gira por toda España demandando la emisión del pasaporte. En sus declaraciones explicaba cuáles eran sus diferencias con respecto al PCE. Según su testimonio, las divergencias principales se dieron porque «se había convertido en un partido desclasado, que ha renegado de los principios comunistas. E incluso dejan de levantar el puño y ha pasado a ser un partido al servicio de la burguesía, no al de la clase obrera». ²¹⁶ Finalmente, se produjo la legalización del PCOE y Líster pudo retornar al país en noviembre de 1977.²¹⁷

A partir de este momento, se abrió una nueva etapa para el partido caracterizada por un mayor dinamismo y un crecimiento de su actividad. Por ejemplo, a principios de 1978 tuvo lugar la conferencia del PCOE en Madrid, y llegó a reunir a más de un centenar de delegados. Pese a que este cónclave se marcó algunos objetivos bastante ambiciosos, el partido continuaba en algunas zonas en un estado embrionario. Un ejemplo se puede ver en cómo un militante de Vallecas (Madrid) explicaba su plan de trabajo para ese año: «como no podemos contar con un local propio de la Organización, hemos decidido celebrar una serie de reuniones en nuestras propias casas, de forma rotativa. A estas reuniones invitaremos a personas del barrio; así difundiremos nuestra línea política y las alternativas que defiende el partido». ²¹⁸ Por su parte en Andalucía el partido contaba con una mayor implantación.²¹⁹ Destacaba su organización en Sevilla, compuesta por varias células de obreros y veteranos. El líder regional era Manuel Góngora, un joven empleado que contaba con una importante trayectoria militante dentro del movimiento obrero.²²⁰ También destacaban sus células en Málaga y Nerja, esta última especialmente activa.²²¹ El partido llevaba a cabo un importante trabajo en el plano laboral y vecinal. Sin embargo, Góngora se quejaba de la existencia de una campaña continua contra su partido. En la denuncia del joven dirigente del PCOE andaluz se puede apreciar la conflictividad que envolvía la identidad del partido:

El PCOE ha sido objeto de una difamante campaña proyectada a desacreditarlo, epítetos como «stalinistas», «ortodoxos», «dogmáticos» y argumentaciones como «veteranos al servicio de Moscú» son los piropos más inofensivos que la prensa española y sus voceros oportunistas nos han dedicado. El peculiar daño que infieren tales propagandas estriba en que infunden en las masas obreras la desconfianza en los revolucionarios y las desvía de sus auténticos objetivos de clase.²²²

Por su parte, en Asturias este periodo fue de crecimiento para el PCOE, que llegó a inaugurar un local en Oviedo que estuvo abierto algo más de un año, aunque era en Gijón donde concentraban casi toda su militancia en tres células. El PCOE también tenía en este territorio otras células en Mieres y en Pola de Siero, contando con militantes más jóvenes que provenían del grupo de teatro «La Careta».²²³ Frente al referéndum de la constitución de diciembre de 1978, el partido realizó un llamamiento a la abstención. Además, llegó a formar parte del Frente Asturiano Comunista por la Abstención (FUCA) junto con OCE (BR), PCTA y PCE (VIII-IX). Sin embargo, su participación en esta experiencia unitaria acabaría mal porque existieron ciertos roces y diferentes análisis de la campaña.²²⁴ Este no fue el único esfuerzo que realizaron en esas fechas para conseguir la unidad de las fuerzas de la izquierda revolucionaria. El PCOE propuso en 1978 la creación de una federación de partidos y agrupaciones que coordinase el trabajo de todos los grupos. Eso sí, se referían solo a aquellas organizaciones que proclamaban «el marxismo-leninismo como guía para la acción». La intención de esta novedosa propuesta era que se impulsase el trabajo común y, de esta manera, contribuir a mitigar la atomización de las organizaciones que se reivindicaban del marxismo-leninismo, ofreciendo una imagen de unidad.²²⁵ Esta propuesta, que a primera vista podría parecer irrelevante, ponía de manifiesto la existencia en el PCOE de una creciente preocupación por su aislamiento. Incluso intentaron impulsar un cierto acercamiento al resto de organizaciones de la izquierda comunista, aunque sin muchos éxitos. Estas propuestas tienen sus orígenes en dos preocupaciones del partido. En primer lugar, el PCOE buscaba acabar con su marginación participando en diversos movimientos sociales y de oposición antifranquista. Además, también necesitaba influir en los comunistas que se oponían a las políticas moderadas del PCE, necesitaba convertirse en un referente de la ortodoxia comunista. Esta táctica ayudó a construir puentes con otras organizaciones en el contexto del surgimiento del eurocomunismo. Para el

PCOE, el eurocomunismo era un tipo de oportunismo que no aportaba nada nuevo en el plano teórico, solo servía para alejar la revolución socialista de Europa occidental, desfigurar la fisonomía clásica de las fuerzas de izquierda y dar ventaja a la derecha para que pudiera prolongar el sistema de dominación del capitalismo monopolista de Estado.²²⁶ Al mismo tiempo, el partido también desarrolló una línea sindical propia y bastante diferenciada de la del resto de organizaciones ortodoxas. Frente a la predominancia histórica del trabajo de los comunistas en CC. OO., el PCOE proponía adaptarse a cada contexto. En el IV Pleno de su CC de junio de 1976 se acordó la tesis de que era necesario apostar por la creación de una central sindical única. Como el partido valoraba que esa central aún no existía, hacía un llamamiento a la unidad de acción de los distintos sindicatos de clase. Sin embargo, al tiempo advertían de que no se proponía crear ningún sindicato que contribuyera aún más a la desunión sindical, concluyendo que «los militantes del PCOE deben pues, actuar en Comisiones Obreras, UGT y otras sindicales, siguiendo el viejo principio leninista de que “los comunistas deben estar allí donde están las masas”». ²²⁷ Además, también defendían la presentación de candidaturas abiertas a las elecciones sindicales. Esto llevaría, ya entrados los años ochenta, al impulso de la Coordinadora Unitaria de Trabajadores (CUT) que bajo el paraguas de la lucha autónoma y unitaria de los trabajadores, en la práctica funcionaría como el frente sindical del PCOE. ²²⁸

El PCOE también modificaría sus posturas en otros ámbitos estratégicos, como el electoral. En poco tiempo, los análisis del partido sobre la cuestión electoral sufrieron un cambio de 180°. Por esta razón, frente a sus anteriores posturas abstencionistas, a finales de la década de los setenta llamaba a participar en casi todas las citas electorales. Sin embargo, no siempre contaba con las fuerzas necesarias para presentarse. El giro se manifestó en la convocatoria de elecciones generales de 1979. En esa ocasión el partido apostó por pedir el voto para el PSOE. Los argumentos utilizados tenían un fondo muy pragmático y posibilista. Llamaban a votar al PSOE por ser «un voto útil que podía frenar a la derecha». No obstante, recalcan que no compartían todo su programa y que, además, eran conscientes de los límites de lo que podía llegar a hacer este partido en el poder: «El PCOE no deja de señalar las grandes diferencias que le separan del PSOE, tanto a nivel ideológico y político, como táctico y estratégico. La línea del PSOE no lleva al socialismo, pero sí puede ser útil en esta etapa para profundizar la democracia y propiciar la depuración de los elementos

franquistas en los aparatos del Estado». ²²⁹ La única excepción se produjo en las Islas Baleares fruto de los intentos de converger con otras fuerzas de izquierda. Allí el PCOE se presentó a las elecciones junto al Partit dels Treballadors de les Illes bajo una coalición al senado. ²³⁰

Poco después, en abril de 1979, tuvieron lugar las primeras elecciones municipales. En este caso el partido sí se volcó, intentando legalizar listas electorales a los comicios allí donde tenía presencia. ²³¹ Destaca la presentación de candidaturas en núcleos pequeños como Marazambroz (Toledo), Picaña (Valencia) o Castelldefels (Cataluña). ²³² Un ejemplo del despliegue de la organización con la cita electoral se puede ver especialmente en el caso de Madrid, donde el partido presentó a Líster como cabeza de lista. ²³³ En otros casos el PCOE participaba en listas en las cuales iban militantes de otros partidos de la izquierda revolucionaria e independientes. El episodio más pintoresco fue el de Montcada i Reixac, donde elaboraron una lista conjunta LCR y PCOC. ²³⁴ Sin embargo, esto no siempre era posible, y en aquellos lugares donde no pudo hacerlo, optó por apoyar algunas listas de convergencia de la izquierda. Por ejemplo, en el caso de Gijón, el PCOE pidió el voto para la «Candidatura Gijonesa para un Ayuntamiento Popular, conscientes de que los votos de la izquierda deben de ir lo más unidos posible y de que es la preferida candidatura el mejor móvil a través del cual los trabajadores pueden llevar su voz y sus reivindicaciones al Ayuntamiento». ²³⁵

En lo que respecta a las relaciones con los países socialistas, el PCOE fue más discreto que su predecesor y otros partidos de la primera ola. Aunque el «mito soviético» continuaba muy presente en la identidad del partido, el PCOE moderó algunas cuestiones, buscando cierta autonomía política. Como parte de la personalidad del propio Enrique Líster, la identidad del partido destacaría por recalcar las diferencias estratégicas e ideológicas que le separaban del PCE, a la vez que su cosmovisión militante tenía como punto fuerte el verse a sí mismos como una avanzadilla en España del comunismo mundial como parte del movimiento comunista mundial.²³⁶ Sin embargo, el propio Líster había condenado en su momento la intervención militar en Checoslovaquia y esta cuestión resultaba un tanto confusa en el interior del partido.²³⁷ Checoslovaquia apenas aparecía en las publicaciones y los discursos y si lo hacía era para definir esta crisis como el «acontecimiento monstruo» en el cual Carrillo había mostrado sus verdaderas intenciones. No obstante, esta cuestión estaba muy presente en el imaginario colectivo de sus militantes. Un buen ejemplo de ello fue la dura carta que dirigió, a comienzos de 1975, un grupo de militantes del PCOE a Radio Praga. En ella estos comunistas se mostraban indignados porque en las alocuciones de la radio checoslovaca, que se escuchaban con asiduidad en España, se anunciase como algo positivo la creación por parte del PCE de la Junta democrática. En esta ocasión los militantes del PCOE se preguntaban si «no existe todavía en RADIO-PRAGA algún o algunos nostálgicos de las semanas de la “Primavera de Praga”». ²³⁸ Es necesario tener en cuenta que el partido de Carrillo no reconocía al PCCH y atacaba públicamente el nuevo rumbo del país. Una muestra se puede ver en el revuelo que se armó en las filas ortodoxas cuando el PCE apoyó a los disidentes de la Carta 77.²³⁹ Disidentes que, para los comunistas ortodoxos, no eran más que «simples agentes del imperialismo (inconscientes, claro está) utilizados en momentos precisos, para desacreditar a los regímenes socialistas y desviar la atención de los trabajadores de los países capitalistas en momentos en que se vislumbran grandes cambios sociales».²⁴⁰

Con todo, lo que sí se puede apreciar en las publicaciones del PCOE es que Checoslovaquia apenas aparece nombrada. Esta circunstancia hace más extraño que fuera la propia embajada en Madrid de dicho país la que se pondría en contacto con el partido. Este país invitó oficialmente a Líster en 1979 para tantear las posibilidades de que se produjera un proceso de unificación de los

partidos leninistas en España. El viaje tuvo todo el protocolo que se podía esperar en una visita oficial. Incluso se reconoció el simbolismo del propio Líster para la memoria comunista y su narrativa antifascista. El general fue condecorado con la medalla al mérito en la lucha contra el fascismo que otorgaba una asociación de excombatientes checoslovaca.²⁴¹ Dicha medalla fue la excusa con la que el PCCH quiso agasajar al histórico dirigente. No obstante, lo que el partido centroeuropeo buscaba en realidad era obtener información. Quería saber cuáles eran las posibilidades inmediatas de la unificación de los grupos ortodoxos en un intento de rivalizar con el PCE eurocomunista. Por su parte, el principal objetivo de Líster era obtener un reconocimiento oficial. Lo que no supuso un problema para los checoslovacos, que lo reconocieron como secretario general del PCOE, cuestión que vendió como un gran logro a su militancia.²⁴² Sin embargo, el partido checoslovaco no consiguió su meta. La tozudez de Líster estuvo por encima del respeto a los países socialistas. El general se negó tajantemente a unificarse con el PCT y el PCE (VIII-IX Congresos).²⁴³ Sin embargo, la militancia de su partido sí que observó en silencio los altos costes de la personalidad independiente del general. Sobre todo porque, aparte del apoyo político, Checoslovaquia podría haber llegado a convertirse en una poderosa fuente de financiación. Aunque, claro está, aceptar esta cobertura habría tenido un alto coste para su autonomía.²⁴⁴

Resulta importante resaltar que la imagen del PCOE era indisociable de la figura de Líster. De hecho, esta organización era conocida como «el partido de Líster». Un partido hecho a la imagen y semejanza de su líder, que actuaba como su principal reclamo. De ahí que muchos de sus mítines congregaran cientos de personas, con gran interés por escuchar a esa figura histórica.²⁴⁵ Tanto en la propaganda política como en la construcción de su memoria orgánica, la centralidad del discurso estaba dominada por el simbolismo que rodeaba a la figura de Líster como héroe comunista. La memoria de este dirigente estaba construida en torno a la figura del abnegado combatiente comunista. Un luchador durante toda una vida de sacrificio entregado al partido que había intentado ser acallado por Carrillo, se había rebelado contra las injusticias y había dicho «¡basta!», aunque eso supusiera un sacrificio para su vida personal.²⁴⁶ Como ya se ha explicado, el antiguo general constituía el perfecto arquetipo de «hombre-memoria», puesto que su figura estaba enraizada con la memoria de los comunistas españoles por su papel en la Guerra Civil y la resistencia antifranquista. Dentro de este relato, construido como parte de su

memoria orgánica, Líster era presentado como la antítesis de Carrillo, el enemigo por excelencia de los comunistas ortodoxos:

Al finalizar la contienda de España, Enrique Líster no se quedó cruzado de brazos en el exilio ni vivió cómodamente en hoteles de lujo a expensas de gobiernos amigos como lo hicieron otros líderes «comunistas», entre ellos el tráfuga de Santiago Carrillo. Líster continuó luchando con las armas en la mano para coadyuvar a destruir a los enemigos de la libertad y la democracia donde quiera que ellos estuvieran. Líster no era hombre de ocios y titubeos. Por encima de todo, su comunismo ha sido siempre sincero y honesto, sin dobleces ni especulaciones malévolas. Sin claudicaciones de ninguna clase y debía hacer honor a sus sentimientos, a sus ideales. Ha sido y es hombre de bien, de acción permanente, de lucha incesante contra el capitalismo y la burguesía fascistoide que se cobija entre las sotanas oscurantistas [...] La limpieza ideológica de Líster es bien conocida en España desde antes de la guerra civil. Muchas personas que no sustentan sus ideas progresistas lo respetan y lo admiran sin reservas por su rectitud y su don de gentes: por su lealtad a la causa comunista que abrazó desde muy joven a Marx y a Lenin.²⁴⁷

El ejercicio del liderazgo carismático por parte de Líster fue el factor que logró cohesionar a la militancia en el PCOE. Por eso era muy frecuente que se publicaran entrevistas a Líster en el periódico o reflexiones suyas en clave de memoria.²⁴⁸ Este elemento estaba muy presente en la identidad colectiva del partido, existiendo un notable culto a la personalidad de su secretario general junto a una omnipresencia de los elementos clásicos de la identidad y la memoria comunista.²⁴⁹ Aunque en mayor o menor medida, esto fue un fenómeno reconocible en todos los partidos comunistas, el caso del PCOE tiene su singularidad por ser un fenómeno tardío y por darse en unas estructuras partidarias marginales. De ahí, la existencia de un sentimiento de adhesión incondicional y la construcción del fenómeno del «listerianismo». Por tanto, la identidad de los militantes del PCOE estaba directamente ligada a la imagen heroizada de Líster, la memoria transnacional del comunismo, y la memoria colectiva de los comunistas españoles ligada a la Guerra Civil y la resistencia antifranquista. Ese «aura» que rodeaba al general le otorgaba autoridad para opinar a contracorriente con algunos temas considerados tabú en el MCI como,

por ejemplo, la cuestión de Stalin.²⁵⁰ De la misma manera, para muchos comunistas que se incorporaban al PCOE, tener la oportunidad de trabajar con una figura de este calibre era considerado un auténtico honor y una experiencia única:

No tardé mucho en darme cuenta de que estaba ante un hombre extraordinario, un líder político de altura, con un torrente de voz que armonizaba con gran capacidad de síntesis en cada una de sus disertaciones políticas; tal destreza le venía dada como consecuencia de su práctica y profunda convicción comunista, endurecida en miles de batallas políticas e ideológicas y, cuando fue necesario, en batallas armadas en defensa de la legalidad republicana en España. Y en el campo internacional, en la lucha contra el fascismo mundial, y más tarde por su experiencia durante 25 años como miembro del Consejo Mundial de la Paz y responsable del PCE de las relaciones con los partidos comunistas a nivel internacional.²⁵¹

Entre finales de los años setenta y principios de la década de los ochenta, el PCOE arrastró unas dinámicas organizativas muy complicadas. En septiembre de 1977 salía publicado el primer número de Unidad y lucha, su nuevo órgano de expresión que venía a sustituir a Mundo Obrero (cabecera roja). Las razones alegadas para tal cambio eran dobles. En primer lugar, la recién estrenada legalidad del PCOE hacía «jurídicamente desaconsejable» que su periódico se llamara igual que el del PCE. Y en segundo lugar, se encontraba una razón relacionada con la propia identidad del partido, que ya desde su creación había buscado diferenciarse del PCE y construir sus propios símbolos: «el nombre de “Mundo Obrero” ha sido desprestigiado por el carrillismo de la misma forma que desprestigió el “Partido Comunista de España” al hacer del partido que aún ostenta este nombre un partido reformista, revisionista, que ha renunciado a la revolución socialista y a la lucha de clases para integrarse en los mecanismos del poder de la burguesía».²⁵²

Su principal objetivo tras la vuelta de Lister y la legalización fue la celebración de un nuevo congreso. El IV Pleno del CC de mayo de 1976 había acordado

convocar un pleno extraordinario del partido y elaborar un proyecto de tesis. Sin embargo, el congreso se fue posponiendo debido a «el deseo profundamente sentido por todo el partido de celebrar en Madrid el primer congreso legal, lo más representativo y numeroso posible, que mostrara el verdadero rostro del Partido Comunista Obrero Español, libre de las deformaciones de nuestros detractores para desfigurarlo ante la opinión pública de nuestro país».²⁵³ Finalmente, el X congreso se celebró en el Hotel Sideral de Madrid en enero de 1978. El propio Líster definiría posteriormente este evento como un «congreso de euforia. El Congreso del encuentro de los de dentro y los de fuera».²⁵⁴ La presencia de los elementos simbólicos de la cultura política comunista fue muy relevante. La mesa del congreso estuvo presidida por dos grandes retratos colocados a cada extremo. Por una parte, se encontraba uno de Lenin, considerado como el principal líder comunista de ámbito internacional. Por otra, un gran retrato de José Díaz simbolizaba la época dorada del comunismo español. Ambos retratos se encontraban al lado de dos banderas colocadas igualmente en cada extremo, la comunista y la republicana.²⁵⁵ Todos estos símbolos representaban la dualidad de la cultura comunista entre lo internacional y lo nacional. Al mismo tiempo, eran importantes factores de su memoria colectiva, vinculada al «mito soviético» y la memoria de la resistencia republicana. Según las propias informaciones del PCOE, a esta reunión habrían acudido: «385 delegados, representando a 436 organizaciones, entre las que figuran algunas de la emigración en Europa y América, que agrupan 11.356 militantes. Han asistido, asimismo, 185 invitados».²⁵⁶ Aunque las cifras totales estaban claramente abultadas. El evento fue planteado como el inicio de una nueva etapa donde el PCOE debía convertirse en el núcleo en torno al cual debía generarse la «reconstrucción de un solo y único partido marxista-leninista amplio, combativo y consciente».²⁵⁷ Además, también se daban algunas indicaciones de ámbito organizativo, donde debían hacerse grandes transformaciones para la nueva etapa en legalidad:

Hay que romper las ataduras que nos ligan aún con la pasada clandestinidad. Debemos imprimir gran dinamismo a nuestras organizaciones. Han de tener agilidad para abordar, estudiar y resolver los problemas de orden político, de organización y propaganda, de educación y económicos. Perdonarme que os diga que es preciso hablar menos entre nosotros y hacer más. Poner fin a las discusiones bizantinas. Las reuniones no deben ser interminables, que acaban por cansar a los asistentes. En ellas no puede haber un recargado orden del día.

Todos los problemas no pueden examinarse a la vez. Recordad que el que mucho abarca poco aprieta. Además, hay que levantar actas de las reuniones y aprobar resoluciones para poder controlar después el cumplimiento de los acuerdos. Y no olvidados, es necesario acabar dentro del partido con el espíritu de grupo, con la peña de amigos, e imponer en todos los niveles el espíritu del partido.²⁵⁸

Sin embargo, tan solo dos años después del X Congreso, la dirección del PCOE se vio obligada a realizar un nuevo congreso extraordinario fruto de varios problemas internos. Las razones del adelanto eran, por tanto, no de índole política, sino organizativa. Durante este periodo de dos años fueron varios los militantes expulsados de la organización por causas diversas. Aunque, especialmente por lo que Líster concebía como «ataques antipartido» y que no eran otra cosa que intentos de llegar a acuerdos de cara a una posible unificación de todos los comunistas ortodoxos en una sola organización. Una cuestión especialmente sensible dentro de la «vigilancia revolucionaria» a la que Líster sometía a toda la militancia de la organización y que era considerada una alta traición. En este sentido, por ejemplo, se puede reseñar la expulsión de varios militantes del PCOC que intentaron un acercamiento al PCT y que fueron descritos por su antiguo partido como «impostores», «oportunistas» y «confusionistas».²⁵⁹ Otra crisis bastante grave tuvo lugar en Valencia en mayo de 1979. En este caso se saldó con la expulsión del responsable de la organización valenciana, Adriano Iglesias, junto a otros seis miembros del Comité del País Valenciano. Una vez más, el partido trasladaba al conjunto de su militancia un relato muy alarmista sobre lo sucedido:

Esta amarga experiencia de Valencia debe servirnos a todos. Los que están en contra de la existencia de un partido comunista verdaderamente revolucionario no paran mientras en su lucha contra nuestro partido, no vacilan en recurrir a las formas y métodos más viles. Una de ellas consiste justamente, como el caso de Iglesias lo evidencia, en intentar infiltrar so pretexto de una falsa política unitaria, a hombres cuyo cometido estriba en ir sembrando solapadamente descontento, confusión, conceptos erróneos, para tratar de enfrentar a los militantes entre sí, a las organizaciones contra la dirección. Es deber de todo el partido, de cada militante y cada organización, dar la debida respuesta a los actos y los libelos del provocador Adriano Iglesias.²⁶⁰

Lejos de desaparecer, los problemas internos continuaron en el PCOE, esta vez en la emigración. A finales de 1979 fueron expulsados varios militantes de la organización de París, entre ellos José Manzanero Marín.²⁶¹ El origen de estas expulsiones estaba relacionado con la existencia de contactos con otras organizaciones con el objetivo de tantear las posibilidades de una unificación. En este caso, la forma escogida para desprestigiar a esta persona fue la de acusarle de no cumplir el perfil de buen militante. Se le recriminaba que, desde un punto de vista ético, su vida personal contradecía los valores que debían caracterizar a un militante del PCOE:

Él cuenta con poderosos medios económicos que puede emplearlos para tan sucia labor. Este triste personaje llegó a Francia en 1949, desde los primeros tiempos se dedicó a negocios de construcción en los que durante más de 20 años se dedicó a explotar a españoles y portugueses que entraban en Francia clandestinamente y esa brutal explotación le permitió comprar casas y tierras y acumular fortuna. Y así desde un tranquilo lugar de Francia donde vive en plan de gran señor escribe sus porquerías contra los que no hemos salido de España o hemos regresado o siguen fuera, pero ayudando dignamente al Partido Comunista Español que está aquí en España y desde aquí se dirige, lo que este señor y algunos ricachos tienen la fea costumbre de olvidar.²⁶²

El 24 y 25 de mayo de 1980 se celebró un nuevo congreso. Esta vez el evento fue mucho más modesto que el celebrado dos años antes. Casualmente, las páginas de Unidad y lucha no hicieron una gran crónica, ni se publicaron fotografías.²⁶³ El informe presentado por Líster al XI Congreso Extraordinario resulta un documento muy revelador de los problemas internos que atravesó el partido en esos dos años y también de la particular idiosincrasia del trabajo político del general. En sus páginas se describe el mal resultado que había dado la elección del anterior CC al querer representar todas las sensibilidades del partido desde un punto de vista sociológico, generacional y migratorio. También relataba los problemas surgidos con quienes denominaba como «señores feudales» y «barones». En esta narrativa del pasado reciente se destacaba de forma ambigua que estas personas estaban «ligadas con ciertas organizaciones y

servicios», en clara alusión a supuestas intervenciones de los servicios secretos de los países socialistas. En opinión de Líster: «para estos caciques, el PCOE no era más que una tapadera y el nombre de Líster, una tarjeta de garantía».²⁶⁴ El líder del PCOE creía que un sector de las personas que se acercaban al partido trataba de aprovecharse de su condición de «héroe» y «hombre-memoria» del comunismo español. Aunque el informe no ofrecía un estado general de la militancia, sí se hacía del Comité Central. El balance de la composición del CC ofrecía unas cifras bastante preocupantes que evidenciaban una importante descomposición interna, pese a que el propio Líster opinaba que «no es una cifra alarmante». De los 52 miembros que pasaron por este órgano en esos dos años, 47 elegidos en el congreso y 5 cooptados posteriormente, 19 ya no formaban parte de este. De esos 19, 5 habían sido expulsados, 6 habían presentado su dimisión, 7 se habían autoexcluido y uno había fallecido.²⁶⁵ Políticamente, el congreso no supuso ninguna aportación relevante. Es más, de alguna manera se sancionaron los anteriores documentos del X Congreso, a la par que se aprovechó para realizar cambios menores y actualizar algunas cuestiones que habían quedado obsoletas. Fruto de los documentos se elaboró el programa del partido.²⁶⁶ El congreso no supuso un freno a la sangría de militantes, pues en enero de 1981 el periódico del PCOE informaba la expulsión de Ramón Bada, militante de la organización de Bélgica, por motivos similares a los de anteriores expulsiones.²⁶⁷

Sin embargo, no deja de llamar la atención que, pese a la radicalidad con que Líster calificaba cualquier contacto con militantes de otra organización, el PCOE hiciera exactamente lo mismo a la inversa en cuanto tenía ocasión. Y es que también se produjo trasfuguismo de otros grupos al PCOE. Un ejemplo de ello se encuentra en la «Conferencia Nacional por la reunificación de los comunistas en un solo partido marxista-leninista» celebrada en Madrid el 12 y 13 de septiembre de 1981 en Madrid. En este evento se produjo una gran puesta en escena y fue seguido con una gran crónica en el periódico acompañado de abundantes fotografías. El relato del partido de Líster hablaba de una supuesta integración del PCE (VIII-IX Congresos) en el PCOE. Sin embargo, lo que el PCOE no explicaba era que ese partido ya no existía y que se trataba de un reducido grupo de antiguos militantes que se habían negado a integrarse en el PCEU por considerar al sector proveniente del PCT como herético.²⁶⁸

Lo que sí que cambió fue el escenario general en el cual se movía el PCOE por la irrupción de una nueva ola disidente. La llegada de nuevas fuerzas a esta corriente era, objetivamente, una oportunidad para desbloquear la situación de aislamiento en la cual se encontraba el partido. La crisis que vivía el PCE a comienzos de los años ochenta trajo algunas alegrías para el partido de Líster. Por ejemplo, la entrada de exmilitantes del PCE en Villaverde o la adhesión de prácticamente toda la agrupación del PCE en Talavera de la Reina.²⁶⁹ También la izquierda revolucionaria atravesaba una importante crisis que incluyó la disolución de algunos partidos, lo que dejó huérfanos a muchos militantes. El prestigio del general Líster provocó que algunas de estas personas pasaran a militar en sus filas. Este sería el caso de 30 antiguos militantes del PTE en la fábrica de SEAT:

El grupo de SEAT [...] me responsabilizo para que explorara los diferentes programas de partidos de izquierdas marxista-leninistas al objeto de volver a la militancia activa en el partido cuyo programa y estatutos coincidieran más con la idea político-social que deseábamos para nuestro país [...] decidimos militar en las filas del Partido Comunista Obrero Español (PCOE), en Cataluña PCOC, que lideraba el general Enrique Líster, por ser el que nos pareció que se acercaba más a nuestro proyecto [...] nuestra incorporación significó engrosar una vía de fogosidad y reiteración del acerbo comunista de los militantes de aquel partido, más aún, viniendo de una empresa con el prestigio de lucha de la SEAT.²⁷⁰

Además, desde mediados de 1980 el PCOE comenzó a participar en las reuniones unitarias en las que también participaban el PCEU, la Coordinadora de leninistas del PCE y Células Comunistas. Sin embargo, esto no significa que la visión de todos estos grupos sobre el proceso de unificación fuese similar. Frente a las prisas de algunos partidos, el PCOE insistía en elaborar un proceso de unificación lento y progresivo, que construyera un único partido bajo pilares sólidos: «el movimiento comunista español necesita algo más amplio, consecuente y provisto de perspectiva histórica».²⁷¹ Sin embargo, su sectarismo y el liderazgo problemático de Líster tendían a favorecer un cierto rechazo de los otros grupos hacia este partido. Además, el PCOE insistía en plantear que, al ser el partido más fuerte y consolidado, la unificación debería realizarse en torno a

ellos.²⁷² Precisamente por eso, las demás organizaciones desconfiaban profundamente de los métodos y las formas empleados por este partido. Otro elemento problemático eran las críticas que el PCOE/PCOC vertía constantemente contra la tercera ola disidente. Tras la crisis del V congreso del PSUC, el CE del PCOC afirmaba:

Si estos fueran comunistas de verdad, en Catalunya está el PCOC como en España está el PCOE, que son los auténticos partidos comunistas, vendrían a reforzarlo, pero no, crean su tinglado, ¿por qué? Por personalismos y protagonismos de algunas personas que no rompen con los eurocomunistas por principios ideológicos, si no por métodos [...] con el tiempo este nuevo partido se irá descomponiendo también, ya que para su formación no se parte de una discusión y una aceptación de principios, sino de amalgama de intereses de personas y personajes en forma de agencia de la embajada de un determinado país y todo esto acabará en un enfrentamiento entre ellos.²⁷³

No obstante, tras la muerte de Eduardo García en 1981, se produjo un acercamiento hacia el PCEU, que tuvo como máxima expresión la coalición electoral PCOE-PCEU en las elecciones autonómicas de 1983.²⁷⁴ Además, en febrero de 1983 el PCOE dio un paso importante al firmar la constitución de la Comisión Unitaria Comunista junto al PCEU, el MRPCE y las células del PCE. El objetivo de dicha comisión era superar la dispersión de los comunistas para comenzar un proceso de unificación de los marxista-leninistas en un solo partido comunista que pudiera «ocupar el vacío dejado en el espectro político por el PCE».²⁷⁵ Sin embargo, su participación en el proceso unitario pronto se vio envuelta en importantes complicaciones. Como parte de la apertura de un proceso unitario más amplio se preparó una reunión para el 25 de junio de 1983 de la CUC con el MRUPC y el PCC. Sin embargo, el PCC vetó la participación del PCOC al querer ser el único partido catalán presente. Esto a su vez motivó que el PCOE tampoco acudiera a la reunión y rechazara participar en la recién creada CEUC, que daría lugar a la formación del Partido Comunista en enero de 1984.²⁷⁶ La formación de dicho partido era, en opinión del PCOE, un error. Calificaban este paso como muy negativo por la confusión que este había sembrado entre el movimiento obrero. Su origen estaría en la «aparatosidad con la que ha tenido lugar el congreso, en suntuosos locales, el espectáculo

publicitario montado todo tren, los autobuses a todo trapo, las numerosas representaciones extranjeras y los observadores de los partidos comunistas [...] para lo que ha sido preciso abundante dinero».²⁷⁷

De forma paralela, el partido atravesaba otros importantes problemas de índole organizativo y, sobre todo, económicos. La falta de ingresos hizo que el PCOE adquiriera importantes deudas, lo que provocaba que el periódico saliera de forma muy irregular y el partido no pudiera elaborar materiales.²⁷⁸ Esa situación provocó que la propia supervivencia de su único liberado, Enrique Líster, se fuera haciendo cada vez más precaria. Varios militantes recuerdan la pobreza en la cual vivía el general, al cual el partido solo podía asignarle un «sueldo raquítico». Por eso, cuando los militantes iban a verle a su casa, le llevaban comida e incluso sábanas. Según su testimonio, la situación era tan grave que «muchos meses Líster tenía que decidir si salía el periódico o comía y lo que hacía era sacar el periódico».²⁷⁹ Los problemas económicos llegaron hasta un punto en que el general tuvo que lanzar una desesperada campaña económica de préstamos que el partido devolvería años después, en 1987.²⁸⁰ En todos los números de Unidad y lucha se insistía constantemente en la cuestión financiera con llamamientos, informes y publicaciones de listas con lo que había recaudado cada organización. El general apelaba a los valores del militante comunista: esfuerzo, sacrificio y perseverancia. La insistencia en esta cuestión era tal que daba la impresión de que la labor prioritaria del militante del PCOE era convertirse en un recaudador. Los informes publicados, sonrojaban a unas determinadas organizaciones mientras ensalzaban a las que más recaudaban como modelos que seguir:

No, no está bien aprovecharse del esfuerzo y del nombre del Partido para hacer su pequeño «ranchito» aparte. Conocemos casos, por ejemplo, donde se aprovecha el nombre del PCOE para fiestas, pero para la ayuda al Partido no se da una peseta de lo que se saca en esas fiestas. Claro que se trata de casos aislados, pues el espíritu que reina en el partido es todo lo contrario, llegándose a casos como el de la organización que el año pasado entregaron medio millón de pesetas sacados en ocho días de trabajo en un «chiringuito», y este año ya mandó otro medio millón de un préstamo que piensan pagar con lo que ganen en el «chiringuito» de este año. Y tenemos esos magníficos ejemplos de los

compañeros de Málaga, Nerja, Sevilla, Catalunya. Etc., que se dedican a hacer toda una serie de trabajos, de «sábados rojos» como le llaman, para recaudar ayudas para el Partido.²⁸¹

En este contexto de crisis económica y agotamiento político del proyecto del PCOE, que languidecía a la sombra del PCPE, se produjo un viraje muy brusco de Líster. El general había mantenido algunos contactos con Gerardo Iglesias a principios de 1986, quien estaba interesado en integrar al PCOE en el PCE, en el contexto de rivalidad con el PCPE y el PTE-UC. Finalmente, este aceptó la propuesta de integrarse en el PCE. Las razones del cambio han de buscarse en la propia trayectoria de Líster. El antiguo general estaba muy próximo a convertirse en octogenario cuando atravesaba sus momentos más duros, arruinado y políticamente marginado. La integración en el PCE le aseguraba una pensión, un coche oficial y un despacho. Y lo más importante, el reconocimiento de miles de comunistas.²⁸² El proceso para llevar a cabo la autodisolución no estuvo ausente de polémicas. Nueve miembros del CC se opusieron y a algunas organizaciones se les vetó participar en el último congreso del partido. Finalmente, el XIII Congreso del PCOE se celebró los días 18, 19 y 20 de abril de 1986 únicamente con el objetivo de debatir el informe político de Enrique Líster. En este texto se reconocía el fracaso de los objetivos del PCOE como partido tras 16 años de existencia. Además, se insistía en recalcar las transformaciones positivas vividas en el PCE durante el último periodo gracias a las aportaciones de Gerardo Iglesias. Según este relato, en el PCE por fin se garantizaba «la diversidad de opiniones la confrontación de ideas y la normalización de discrepancias». Por otra parte, valoraba que las condiciones de 1986 nada tenían que ver con las de 1970, siendo la unidad de los comunistas en ese momento una prioridad. En esta narrativa la integración en el PCE se planteaba como «una vuelta a casa» y, ante todo, la única opción viable:

Los comunistas españoles nos encontramos hoy ante la disyuntiva siguiente: nos unimos o corremos el peligro de transformarnos en un movimiento marginal con pequeña incidencia en la ciudadanía y sin representación en las instituciones democráticas. Ante el «ser o no ser» del movimiento comunista español, nuestro Comité Central optó por la reunificación en el marco de un solo partido.²⁸³

De forma paralela, se publicaba un documento bajo el título Por qué no hemos ingresado en el Partido Comunista de España. Estaba firmado por diez miembros del CC y las organizaciones de Sevilla, Valencia, Asturias, Cantabria, Suecia y Cataluña. En sus páginas se realizaba un recorrido crítico por la evolución ideológica del PCE, calificándolo como: «Un partido sin identidad ideológica, con un espacio político cada vez más reducido y sin más perspectiva real que la de instalarse cómodamente en la democracia burguesa, para desempeñar en ella un papel absolutamente secundario e irrelevante».²⁸⁴ En su opinión, la identidad del PCOE nada tenía que ver con la del PCE de Iglesias. Además, denunciaba las irregularidades que se escondían detrás de la decisión unilateral de Líster. Les habían negado la posibilidad de discutir en profundidad una decisión tan importante, excluyéndoles de la participación del Congreso, por haber manifestado en los órganos superiores su desacuerdo con esta propuesta. Por último, realizaban una advertencia destinada a los militantes del PCPE: «El alcance de la operación desencadenada por los dirigentes del Partido Comunista de España no se circunscribe exclusivamente al P.C.O.E. Necesitan darle mayor amplitud. Estamos convencidos que una parte de los dirigentes del P.C.P.E están participando conscientemente en la trama».²⁸⁵

Lejos de abandonar, estos militantes disidentes continuaron utilizando sus siglas, prolongando la vida del PCOE durante años. En junio publicaron un nuevo número de Unidad y lucha que llevaba en portada el explícito titular: «El partido de Líster ha muerto, el P.C.O.E está vivo». Una vez más, los argumentos para esta disidencia se basaban en un razonamiento muy similar a los de anteriores rupturas. Ellos se habrían opuesto a la unificación con el PCE por contradecir los puntos que el PCOE defendía, sobre los cuales se habría negado a integrarse en el PCPE. Sin embargo, Líster habría utilizado «una mayoría domesticada en el CC para utilizar formas brutales de represión contra los disidentes». Además, se habría dedicado a «infamarlos con argumentos pueriles» para intentar ocultar que sus posiciones se basaban en los principios que había sustentado el PCOE durante los 15 años de su existencia y que él había defendido hasta ese momento.²⁸⁶

Aunque el partido continuó oficialmente existiendo, su nivel de implantación y su actividad política disminuyeron a mínimos históricos. Continuaron publicando el periódico de forma más o menos irregular y realizando pequeños actos. Sin embargo, jamás lograron reponerse de esta crisis, que llevó a la mayoría de sus militantes a reintegrarse en el PCE. Su línea política también sufrió una ligera radicalización, como forma de construir una identidad propia en el reducido espacio que existía a la izquierda del PCE y el PCPE. Fruto de esto se produjo un cierto acercamiento al PCE(r)²⁸⁷ e incluso alguna posible infiltración de algunos militantes en el seno del partido.²⁸⁸ Por otra parte, el paso de Líster al PCE forma un momento importante de la memoria viva del partido. Un acontecimiento traumático que es narrado de forma muy distinta en función del bando escogido en su momento por los entrevistados. Para los que decidieron seguir al general, esta propuesta, aunque arriesgada, era la única posible y su fracaso se debió a que una minoría decidió oponerse, dividiendo al partido.²⁸⁹ Para los que se resistieron a entrar, este traumático final funcionó como un catalizador que les hizo valorar críticamente toda la historia del PCOE y, especialmente, el papel desempeñado en este por Líster. La figura del histórico dirigente, antaño muy valorada, se convertía de esta manera en un personaje despótico y caprichoso que habría utilizado el partido como su herramienta personal.²⁹⁰

La esencia de los principios: El PCE (VIII-IX Congresos)

La otra principal organización de la primera ola disidente fue el PCE (VIII-IX Congresos). Este partido se convertiría en defensor de lo que había sido el PCE (VIII Congreso) durante los primeros años, aunque el PCOE también reivindicaba el legado de dicho congreso. Continuador en cuanto a la propia sigla, que únicamente añadió un congreso más, el IX, pero también en cuanto a su imagen y su identidad. E incluso se podría decir que esta formación fue la máxima representante de los principales valores de esta ola. Lo cierto es que, tras la expulsión de los partidarios de Líster a principios de 1973, el PCE (VIII Congreso) sufrió solo una pérdida leve de militantes.²⁹¹ No obstante, sí atravesó un cierto periodo de crisis política y organizativa, fruto de la conformación del nuevo PCOE.²⁹² Sin embargo, se hace necesario resaltar que, pese a este y otros problemas, el PCE (VIII-IX Congresos) fue muy importante para el comunismo ortodoxo en su conjunto. Durante todo el tardofranquismo y la Transición fue el partido que tuvo mayor número de militantes. Además, su presencia en el movimiento obrero fue mayor que la de otras organizaciones. En términos globales, este partido se convirtió durante su existencia en todo un referente de la ortodoxia de los comunistas españoles, lo que ellos mismos calificaron como «las fuerzas sanas». Esta imagen pública alimentó una visión ciertamente mitificada de este partido. Su identidad estaba anclada en un fuerte simbolismo, construido a contracorriente de la propia evolución del PCE. Es decir, el de una cultura de resistencia basada en los valores clásicos comunistas. Esta construcción colectiva del «nosotros» se proyectaba frente al duelo sufrido por un sector de la militancia comunista ante la transformación de la identidad del PCE en manos de Carrillo. De esta manera, se construyó la percepción colectiva de este partido que, incluso, se puede encontrar en alguna obra literaria reciente, como el caso de *Mientras caí la noche*:

per esos tiempos había una parte minoritario, pero significativo de la militancia que nun entraba pela estratexa posibilista de Carrillo y la dirección del Partido, d'aceptar la monarquía y la bandera roxigualda. Había bien de camaraes descontentos, muchos d'ellos fieles a les tesis de Líster y qu'acabaron entamando una escisión del Partido, el PCE-VIII y IX Congresu. Ente ellos

había dalguién tan significau como Juan Ambou.²⁹³

Otro rasgo distintivo del PCE (VIII-IX Congresos) fue la omnipresencia del legado soviético en su memoria orgánica. Este capital simbólico estuvo muy presente en todas las manifestaciones de su cultura política. Su concepción del campo socialista, marcada por altos niveles de idealización, contrastaba frente al resto de organizaciones comunistas ortodoxas por su alto grado de intensidad. De hecho, como ya se ha explicado, este partido destacó por ser el único que asumió plenamente y, además con orgullo, el concepto de «prosoviético». De esta manera, le dieron a un término tan controvertido un sentido identitario positivo del cual enorgullecerse.

Durante 1973, el trabajo de la organización continuó desarrollándose, encaminado a un periodo de mayor estabilidad y fortalecimiento. Su praxis estuvo marcada por los mismos planteamientos político-ideológicos y una mayor presencia en los distintos frentes de lucha contra la dictadura, aunque su implantación en el interior estaba limitada a unas pocas áreas. En Cataluña el partido mantenía células en la comarca Girabau y en Barcelona, donde ya desde muy temprano se alinearon con las tesis de Eduardo García.²⁹⁴ También en la emigración se consolidaron los núcleos existentes, especialmente el de Suiza.²⁹⁵ De entre todos los países socialistas, destacaba su organización en la URSS. Este territorio albergaba un mayor número de adherentes, ya que la ruptura con Líster no había logrado quitarle un número significativo de militantes.²⁹⁶ Con motivo del segundo aniversario de la celebración del VIII Congreso, el partido hacía un análisis de su implantación en el interior de España. El balance realizado contenía un tono muy propagandístico que no refleja la realidad, que su presencia en el interior aún era muy reducida y precaria:

Hoy ya son varios millares los comunistas organizados que siguiendo la línea del VIII Congreso luchan abnegadamente en España y en Francia, en la URSS y en Bélgica, en la RDA y en Suiza, en Bulgaria y en Holanda, en Cuba y en otros países [...] El partido está presente en los centros obreros fundamentales del país, en decenas de grandes empresas industriales. En Madrid, Asturias, Vizcaya

y Guipúzcoa han sido constituidos Comités provinciales. En Barcelona el Comité Local. Se han formado células de campesinos en Asturias, Toledo, Huelva y en otras provincias.²⁹⁷

Sin embargo, la actividad de los militantes de muchos de estos territorios era muy cauta y el partido desarrollaba un trabajo poco dinámico. El caso de Asturias destaca por contar con un trabajo continuado y una cierta implantación. Su militancia en este territorio estaba compuesta por veteranos militantes del PCE y jóvenes dirigentes provenientes del movimiento obrero. Una muestra de esa implantación la ejemplifica la existencia de células en importantes centros obreros como Duro-Felguera.²⁹⁸ Además, también este año se comenzó a editar en agosto el primer número de Verdad (cabecera roja) con una tirada inicial de 200 ejemplares.²⁹⁹ El ligero repunte de la lucha de clases en España, unido a las expulsiones producidas en el PCE, impulsarán un leve fortalecimiento del partido en aquellas zonas de España con un potente movimiento obrero. La sección de «vida de partido» existente en su versión de Mundo Obrero (cabecera roja) ofrece un perfil claro de su militancia. Se trataba de «militantes de resistencia», entre los cuales destacaban valores como el obrerismo, el internacionalismo, el sacrificio o la combatividad:

Algunos de nosotros no habíamos militado nunca en ningún partido político. Por el contrario, dos de los que formamos esta célula militábamos en la agrupación del grupo derechista y antisoviético de Santiago Carrillo [...] Hemos decidido agruparnos con los obreros, con los que están luchando con un auténtico espíritu revolucionario en el único y glorioso Partido Comunista de España [...] Camaradas, nos esforzaremos por llevar la política del Partido a nuestros compañeros, por reclutar de entre ellos a los más combativos y conscientes y por superarnos nosotros mismos.³⁰⁰

Sin embargo, el mimetismo de este partido con el PCE continuaba siendo muy acusado. Costaba encontrar diferencias, puesto que acostumbraban a imitar la estética clásica utilizada por el PCE, del cual se reivindicaban como herederos. Las tensiones derivadas de tener un nombre muy similar y pretender ocupar el

mismo espacio político tuvieron múltiples repercusiones, incluso en el ámbito internacional. Una buena muestra de estos conflictos entre la identidad de los dos partidos fue el conflicto surgido en el X Festival Mundial de la Juventud Democrática celebrado en la RDA en 1973:³⁰¹

En aquellos momentos eran más frecuentes de lo que podría parecer enfrentamientos entre militantes de ambas organizaciones del PCE. Con ocasión de una concentración en la República Democrática Alemana de las Juventudes Comunistas a nivel internacional, los jóvenes carrillistas trataron de evitar la participación de nuestra delegación, formada por más de una veintena de jóvenes. Fueron parados por la policía en la estación de entrada a la RDA. Llevaban puesto el uniforme de las Juventudes Comunistas de España. Disponían de un teléfono de nuestra organización en este país y pronto se presentó GORRILLA, un madrileño que había sido general de brigada en el QUINTO REGIMIENTO de LÍSTER. El Partido Comunista Alemán autorizó de inmediato la participación en el desfile de nuestros jóvenes, por lo que aparecieron las dos delegaciones.³⁰²

El partido trató de evitar su propio aislamiento y generar dinámicas de solidaridad obrera y antirrepresiva allí donde tenían presencia. En Madrid el PCE (VIII-IX) realizó un llamamiento a las demás fuerzas antifranquistas para unir fuerzas en la denuncia de los crímenes franquistas.³⁰³ Tras la huelga general de Pamplona, la dirección central insistía en la necesidad de que la clase obrera «combatiera con un solo puño» y estuviera unida para aguantar los golpes de la represión.³⁰⁴ También en Guipúzcoa el partido llevaba a cabo labores de solidaridad con el movimiento obrero con motivo de las movilizaciones producidas por huelga de CAF de Besain. O incluso en Villanueva del Río y Minas (Sevilla) con motivo del despido de 400 trabajadores tras el cierre de la mina por decisión patronal.³⁰⁵ Un caso aparte, por su complejidad, es el de Asturias, donde el partido apoyó la iniciativa del Fondo Unitario de Solidaridad Obrera de Asturias (FUSOA).³⁰⁶ Resulta interesante analizar la metodología empleada por su militancia en este tipo de labores solidarias. En este caso, los distintos trabajadores integrados en el PCE (VIII-IX Congresos) hacían colecta entre sus compañeros en los centros de trabajo, obteniendo importantes cuantías que luego se repartían a las familias de presos, despedidos o recién salidos de la

cárcel.³⁰⁷ En sus comunicados se hacía hincapié en la necesidad de desarrollar un trabajo unitario, ya que según sus propias palabras: «todos juntos somos muchos más fuertes que andando cada uno por su lado».³⁰⁸ Sin embargo, este espíritu unitario no evitó que se desarrollaran choques con el PCE. El partido de Carrillo vetaba su incorporación a los organismos unitarios aduciendo que solo existía un partido con esas siglas.³⁰⁹ Además, los militantes del PCE (VIII-IX Congresos) también denunciaban que se excluía deliberadamente de las ayudas a trabajadores que habían tenido discrepancias con el PCE.³¹⁰

Dentro del partido tenía especial peso su secretario general, Eduardo García, quien estaba liberado y se dedicaba por entero al trabajo en la organización.³¹¹ Precisamente, era Eduardo García quien recomendaba moderar las críticas a los organismos unitarios, a la vez que trataba de calmar los ánimos. García argumentaba que, aunque sus militantes tenían razones para estar molestos por los desplantes del PCE, se hacía necesario suavizar las formas. Estas quejas podían no ser comprendidas por los trabajadores y, en todo caso, su partido nunca debía aparecer como el culpable de la ruptura con los organismos unitarios. Para García, solo la «paciencia y actitud política» podría ganarse la confianza de nuevos trabajadores que verían que no caían en superficialidades cuando se trataba de la unidad antirrepresiva.³¹² Sin embargo, lejos de solucionarse, la situación continuó siendo muy tensa debido a «la mano negra del PCE».³¹³ No obstante, es necesario aclarar que, pese a estos problemas, la actitud general era siempre elogiosa y los militantes se esforzaban por recaudar todo el dinero posible, en un claro intento por hacerse valer frente al resto de organizaciones antifranquistas. El trabajo en este frente se componía de unas dinámicas de ida y vuelta, que muestran los vínculos existentes entre el interior y el exterior de España. Los militantes que vivían en el exilio presentaban una gran preocupación por la lucha que se desarrollaba en España y trataban de contribuir en la medida de sus posibilidades a la lucha contra Franco. Por ejemplo, la organización del PCE (VIII-IX) en la RDA demandaba en 1973 direcciones donde enviar dinero y «paquetes con artículos de buena calidad».³¹⁴ Incluso se llegó a crear un comité de solidaridad con el pueblo español que, junto a otros organismos oficiales, como los sindicatos o los antiguos combatientes de las Brigadas Internacionales, contribuían económica y moralmente a la causa antifranquista.³¹⁵ También en esta ocasión hubo problemas. En este caso, derivados de que algunos de estos represaliados no notificaron que les había llegado la ayuda y, además, demandaban la de los organismos unitarios.³¹⁶

En noviembre de 1973 tuvo lugar su IX Congreso, el primero desde la escisión de Líster. Fue en este importante evento para el partido donde adquirió la denominación final de PCE (VIII y IX Congresos), que hacía referencia a los dos congresos celebrados fuera del PCE. El uso de este nombre era concebido como provisional. Su utilización se planteaba «hasta que el grupo revisionista no sea derrotado y mientras siga usurpando el nombre del Partido de los comunistas españoles».³¹⁷ En las páginas de sus documentos programáticos también se encuentran importantes claves en lo relativo a su autopercepción y a su memoria histórica:

Frente a los renegados, traidores, liquidacionistas, antisoviéticos y capituladores de toda ralea, en todos los momentos difíciles y cruciales de la historia del Partido, los comunistas españoles, con su comportamiento digno, heroico, firme y revolucionario, han merecido el honroso título de combatientes avanzados de la clase obrera de nuestro país, han demostrado su fidelidad al pueblo trabajador y su patriotismo [...] Los comunistas españoles, y particularmente los jóvenes, nos sentimos orgullosos de pertenecer a un tal Partido y nos esforzamos por ser leales continuadores de la obra de sus fundadores, de José Díaz y otros dirigentes preclaros del Partido Comunista de España, de todos los que nos precedieron en la lucha y, en especial, de los que ofrendaron su vida en aras de la gran causa del Partido.³¹⁸

Pero, sin duda, lo más importante se encontraba en sus planteamientos programáticos. En ellos destacaba una cosmovisión en la cual todo estaba impregnado por una confrontación mundial entre dos sistemas socioeconómicos antagónicos: el capitalismo y el socialismo. Además, para ellos, en la coyuntura de 1973 se estaba produciendo un declive del primero y un «avance imparable» del segundo. Era en este contexto concreto en el cual ellos llamaban a continuar en la línea marxista-leninista ortodoxa. Esto incluía una incondicional adhesión a la Unión Soviética que era entendida como un factor de primer orden: «El Partido Comunista de España se guía constantemente y en todas las circunstancias, por el principio, siempre comprobado como justo, de que la actitud hacia la URSS y el PCUS es la piedra de toque del internacionalismo

proletario, principio fundamental, determinante, del marxismo-leninismo».³¹⁹

En los documentos de este IX Congreso, el partido de Eduardo García también desarrollaba un análisis de la situación en la que se encontraba España bajo la dictadura. El régimen franquista era caracterizado como un país fascista con un sistema económico capitalista intermedio entre los altamente desarrollados y los subdesarrollados. Además, la contradicción básica de la sociedad española era la que existía entre el capital y el trabajo que, a su vez, sería la expresión concreta de la contradicción fundamental entre capitalismo y socialismo a escala mundial.³²⁰ Por lo tanto, para su destrucción sería necesaria una etapa rupturista intermedia de carácter democrático y antimonopolístico. Esta formaría una primera fase en la lucha hacia el socialismo y el comunismo. Su táctica principal para derrocar a la dictadura se basaba en la necesidad de realizar una unión de las fuerzas democráticas y populares, donde el partido tuviera un papel relevante. Para ello, establecieron unos puntos mínimos (amnistía, derecho a huelga, autodeterminación de los pueblos, convocatoria de cortes constituyentes democráticas) que servían como base de esa futura alianza antifranquista.³²¹ El PCE (VIII-IX) volvía a hablar, de la misma manera que también lo había hecho el PCOE, de la necesidad de construir un instrumento similar al FDR:

La tarea política más importante que se plantea hoy ante el Partido Comunista de España es la de unir en un torrente único y arrollador a todas las fuerzas que están contra la dictadura fascista y por la victoria de la República Democrática. A fin de lograr este objetivo, el Partido Comunista de España propone a todas esas fuerzas sociales y a sus partidos y organizaciones políticas la constitución de un Frente Revolucionario democrático y antimonopolista.³²²

Pese a la existencia de una retórica unitaria sobre el papel, la práctica diaria de este partido solía ser mucho más sectaria. Comenzando por no reconocer más PCE que ellos mismos. Esta praxis era, a fin de cuentas, un tanto «suicida», ya que agudizaba el sectarismo del PCE de Carrillo y les hacía permanecer bastante aislados. Si se hace un repaso sobre las actividades que realizaban las organizaciones, nos encontramos con que estas se basaban en dos tipos de

acciones. Por una parte, la agitación y propaganda con materiales diversos, pero sobre todo el reparto de panfletos y la venta del periódico. Y por otra, la discusión de los materiales provenientes del CC (resoluciones, documentos congresuales, etc.).³²³ Esta tendencia general, nuevamente, contaba con una excepción: el caso asturiano. Allí, en noviembre de 1974 se creó el Comité Coordinador de Solidaridad y Lucha de Asturias. Este organismo unitario agrupaba a PSOE-UGT-JSE, CNT, CRAS, LCR-ETA (IV), MCE, ORT y al propio partido (que firmaba directamente como PCE).³²⁴ Este comité era un organismo unitario y abierto a la participación, creado con el único objetivo de coordinar las diferentes luchas del pueblo asturiano. Además, estaba basado en unos puntos muy sencillos:

1.º Contra la carestía de la vida y el paro.

2.º Por una mejora general de las condiciones de vida y trabajo de las masas obreras y populares.

3.º Contra la represión, contra los despidos, detenciones y torturas [...]. 4.º Por las libertades políticas y sindicales para la clase obrera [...].

5.º Por la libertad de los presos políticos encarcelados por luchar contra el régimen franquista.

6.º Contra la dictadura franquista y su continuación en la monarquía juancarlista.

325

Sin embargo, este organismo unitario solo estuvo funcionando algo menos de un año. Pese a eso, desarrolló una buena cantidad de trabajo. Apoyó las

reivindicaciones de los pensionistas, denunció la situación de los presos políticos, realizó acciones solidarias con la huelga general del País Vasco a finales de 1974, desarrolló acciones dentro de las jornadas de lucha de CC. OO. de febrero de 1975 y denunció la represión a Euskadi en el verano de ese año.³²⁶ Esta iniciativa supuso la existencia de una pequeña experiencia de unidad antifranquista, aunque reducida a Asturias. No obstante, resultaba evidente que estaba coja sin la presencia del PCE y CC. OO., que se negaban a integrarse. El motivo aducido por esta organización se encontraba, una vez más, en la cuestión nominal. El PCE (VIII-IX Congresos) estaba firmando como PCE todos los comunicados. Esto producía cierta exasperación en el verdadero PCE, que exigía como requisito la exclusión del partido de Eduardo García de la plataforma o, al menos, que este modificara su nombre. Aunque el partido ortodoxo accedió finalmente a modificar su firma, el PCE continuó negándose. En el fondo, esta postura beneficiaba al PCE (VIII-IX Congresos), que buscaba rodearse de otras fuerzas antifranquistas, especialmente de los socialistas. Al mismo tiempo, esto les servía para tener otro motivo con el que denunciar la «traición carrillista»:

¿Cómo se puede explicar y menos justificar que nosotros seamos el obstáculo insalvable que les impide entrar en la coalición de izquierdas? Para la estrategia carrillista de pactos con la derecha, la alianza de la izquierda es incompatible. Los santones carrillistas pretenden concertar un pacto entre el proletariado y la oligarquía contra no se sabe que imaginario enemigo.³²⁷

El trabajo político de esta plataforma unitaria llegó a un callejón sin salida tras las directrices centrales de las organizaciones que la componían. Por una parte, el PCE constituyó la Junta Democrática y, por otro, el PSOE impulsó la plataforma de Convergencia Democrática. A principios de 1976, se produjo la unificación de ambas estructuras en Coordinación Democrática, comúnmente conocida como «la Platajunta». Ante esa situación, el CC del PCE (VIII-IX Congresos) decidió que el partido solicitara formar parte de esta como observador. Esta decisión, mucho más conciliadora de lo habitual, produjo el descontento de un importante sector de su militancia, que entendía este gesto como un cambio brusco de su línea de trabajo.³²⁸ Al final, se impuso el pragmatismo, sobre todo, de cara a no quedarse aislado ante el incierto futuro que se cernía tras la muerte de Franco. Además, también se buscaba aparecer

junto a los socialistas: «La opción de formar parte de este organismo unitario obedece a la necesidad de que nuestra sigla apareciera con la del PSOE como ayuda para conseguir el reconocimiento oficial del PCUS, que seguía sin decidirse a romper con la facción de Carrillo.³²⁹ Sin embargo, este camino podía plantear a su militancia algunas contradicciones ya que, al fin y al cabo, estaban haciendo lo mismo que habían criticado previamente. Esto obligó al partido a elaborar un relato en el cual su identidad ortodoxa aparecía como la principal baza para garantizar que el partido no estaba renunciando a nada con esta medida:

El PCE (Congresos VIII y IX) ha pedido el ingreso en Coordinación Democrática. Allí hay partidos que representan a sectores burgueses y pequeñoburgueses. El programa, limitado, de C.D tiene interés para la clase obrera. Nuestro deseo sería que la C.D diera a su actividad mayor impulso y a su programa mayor contenido popular, es decir, antimonopolista. Y por eso trabajaremos, dentro y fuera de la CD [...] los partidos obreros no deben hacer concesiones de principios en aras de la unidad con los partidos burgueses o pequeñoburgueses. Y aquí reside la diferencia entre la posición del PCE (Congresos VIII y IX) y la posición del PCE de Carrillo. Este, buscando la unidad con otras fuerzas renuncia a todo o casi todo. Nosotros no renunciamos a nada importante, sino que subordinamos todo a la lucha y los intereses vitales de la clase obrera.³³⁰

Un importante acontecimiento internacional sacudió la vida del partido cuando en el país vecino estalló la Revolución de los Claveles, el 25 de abril de 1974. Sin embargo, el giro de los acontecimientos en Portugal durante 1975 provocó mucha inquietud en el partido. En estas fechas, el PCE (VIII-IX) editó un documento bajo el título «Lo que Portugal enseña a España», donde se analizaba extensamente la evolución del proceso revolucionario. En este texto se hacía hincapié en las posibles consecuencias para la lucha antifranquista: «si la revolución fracasara en Portugal el golpe para las fuerzas democráticas españolas sería terrible». Además, se criticaba intensamente el discurso de Carrillo y se llamaba a apoyar al PCP, de quien decían «está dispuesto a combatir por la Revolución Portuguesa, recurriendo a todas las formas de lucha que sean necesarias».³³¹ La solidaridad era crucial en esta coyuntura, «El apoyo

ha de ser total, eficaz, combativo. Tal y como nos enseñó Lenin. La solidaridad del movimiento comunista con el PCP y la Revolución Portuguesa es la condición primera para que las más amplias masas populares del mundo hagan suya la causa de Portugal [...] Mañana podría ser tarde».³³² Por si fuera poco, en este documento quedaba patente su compromiso hasta las últimas consecuencias con la causa de sus vecinos y camaradas, «si fuerzas militares extranjeras intervienen contra Portugal, los portugueses se defenderán. Y en ayuda de los portugueses vendrían otros, entre ellos nosotros, los comunistas españoles auténticos».³³³

Como ya se ha explicado, la «identidad de resistencia» de los comunistas ortodoxos actuaba en la militancia como un elemento cohesionador. Ayudaba a consolidar el simbolismo colectivo del «nosotros» frente al resto de culturas políticas del antifranquismo. Sin embargo, la construcción del sujeto antagónico, entendido como «los otros» o «ellos», a menudo también trajo consigo consecuencias indeseadas. La más importante tenía que ver con las prioridades del partido. En el caso del PCE (VIII-IX Congresos) esto estaba claro. Bajo la directriz de «desenmascarar al carrillismo» el partido dedicaba casi todos los esfuerzos a criticar constantemente todas las políticas del PCE. Para algunos militantes, esto les hacía dejar en un segundo plano lo verdaderamente importante: «En el partido nun taba yo mui d'acuerdu nel sentio de que criticaren tanto al otro, a veces traíen más hojas contra Carrillo, el carrillismo y el revisionismo, que contra el propiu franquismo».³³⁴

El partido de Eduardo García y Agustín Gómez era un partido imbuido de una cultura política muy obrerista. Por eso, siempre priorizaban trabajar en el seno del movimiento obrero, aunque esto no siempre fuera sencillo para ellos. En opinión de Rubén Vega, su estrategia en el plano sindical se caracterizaba por «una acción excesivamente confinada en el ámbito de las empresas donde estaban presentes, donde tienden a reproducir los esquemas del PCE a pesar de la hostilidad reinante entre ambas organizaciones».³³⁵ Sin embargo, un análisis más profundo de su trabajo en el plano sindical muestra una mayor complejidad. Se pueden establecer dos etapas diferentes en su lucha sindical. La primera, abarcaría desde su nacimiento en 1971 como PCE (VIII) hasta aproximadamente 1976. Fue en esta etapa cuando desarrollaron una estrategia como la que

describe Rubén Vega. Estos años estuvieron marcados por la total desconfianza hacia las estructuras coordinadoras de las comisiones obreras por estar controladas por el PCE. Por eso, desarrollaban trabajo en las comisiones de base de aquellos centros de trabajo donde tenían presencia y difundían las acciones de aquellas comisiones controladas por independientes y obreros simpatizantes con su línea. Todo esto acompañado de la crítica constante a la influencia que el PCE tenía en la mayoría del movimiento obrero organizado.³³⁶ Por ejemplo, los análisis que manejaba el partido a la altura de 1972 se basaban en que las comisiones obreras ya no existían como antaño. Denunciaban las estructuras fantasmas, que no eran totalmente representativas y de base, debido a la manipulación del PCE:

Hubo un tiempo en que estas Comisiones Obreras lo polarizaban todo. De su representatividad no creemos quepa el menor átomo de duda. No referimos a la representatividad de aquellas Comisiones nacidas en el mismo terreno de la acción, elegidas en su mayoría por la participación directa de los trabajadores, con una concepción clara de su papel y perfectamente enraizadas con las masas. Pero desde entonces han pasado muchas cosas. Tantas, que hoy nos atrevemos a decir que de aquellas Comisiones Obreras no queda otra cosa que el recuerdo [...] Si de verdad las Comisiones Obreras andan cojas, se hará necesario poner un remedio a esa cojera. Un remedio que, a nuestro juicio, no puede venir de sus «enterradores» los carrillistas. Habrá que decirles también que de monopolios ya tenemos bastantes con los que nos ofrece la dictadura franquista. Que las Comisiones Obreras nacieron para ser un arma de coordinación. Que dichas Comisiones no pueden ser nombradas a dedo. Que en ellas han de tener cabida los más combativos, los más consecuentemente fieles a los intereses de clase, independientemente de su condición política. Que, para ser verdaderamente representativas, han de salir de los mismos lugares de trabajo.³³⁷

Esta postura tan divergente llevaba al partido a intervenir en muchos de los conflictos desde fuera y de forma muy crítica con las acciones que tomaba CC. OO.³³⁸ De hecho, en muchos lugares el PCE (VIII-IX Congresos) consideraba a las comisiones como meras correas de transmisión del PCE. Por lo tanto, a sus ojos no representaban a las bases obreras, ni a los intereses generales de los trabajadores. En 1973 las páginas de Verdad (cabecera roja) dejaban clara su

posición al respecto:

El VIII CONGRESO remarcó el apoyo del Partido a dicho movimiento. Ahora bien, en las condiciones concretas de nuestra provincia, la agrupación derechista de Carrillo se apropió de todos los bienes materiales de las Comisiones Obreras y niega su uso a todas aquellas comisiones que discrepen con las posiciones políticas de su agrupación. Pretenden representar al movimiento de CC.OO. de Asturias con su grupo de funcionarios de la agrupación. Y de hecho solo consiguen que haya comisiones sobre el papel, desacreditando cada vez más a las mismas. El Partido Comunista de España, solo apoyará aquellas CC.OO. que sean representativas, radicadas en los centros de trabajo que lleven en la práctica su INDEPENDENCIA de cualquier agrupación política. Que sean DEMOCRÁTICAS y UNITARIAS manteniendo una actividad crítica sobre todos aquellos que traten de usurpar el nombre de tan glorioso movimiento.³³⁹

Sin embargo, en 1975 tuvieron lugar importantes luchas del movimiento obrero, al mismo tiempo que aumentaba la conflictividad sociopolítica tras la muerte del dictador.³⁴⁰ En este contexto concreto, la postura del PCE (VIII-IX Congresos) fue moderándose debido al fortalecimiento de CC. OO., que cada vez contaba con una mayor capacidad de acción.³⁴¹ La segunda etapa sindical del PCE (VIII-IX Congresos) estuvo determinada por la transformación de CC. OO. y comenzó tras la Asamblea de Barcelona el 11 de julio de 1976 y los primeros congresos regionales de CC. OO. a comienzos de 1977. Durante este periodo, que va de 1976 a 1980, trataron de rectificar su táctica sindical y organizar el trabajo en el seno de CC. OO.³⁴² Su línea destacaba por el apoyo total a las Comisiones Obreras, resaltando la necesidad de que los militantes las impulsasen donde estas aun no existían. Además, la aspiración del partido era que las CC. OO. fuesen el núcleo dinamizador de un futuro sindicato unitario de clase. Sin embargo, esto no evitó que existieran conflictos y críticas hacia otras organizaciones, especialmente con la dirección del PCE. En sintonía con su cosmovisión, el secretario general del partido llamaba en 1976 a «combatir en el seno de CC. OO. a los que se atribuyen posturas de líder y defienden las posturas de los revisionistas de derecha o “izquierda”, a esos que reniegan del internacionalismo proletario, que denigran a la URSS».³⁴³ Estas directrices generales tenían por objeto consolidar en sus militantes los elementos constitutivos de su identidad,

más que a desarrollar un trabajo político concreto. Sin embargo, cuando se trataba de mandatos precisos de lo que debían y no debían hacer los miembros del partido en el seno de CC. OO., las cosas cambiaban. Un ejemplo lo encontramos en la presencia de dos militantes del partido en la comisión de los veinticuatro durante la huelga de la construcción en Barcelona, a principios de 1977.³⁴⁴ Para el caso asturiano, su presencia era importante en centros de trabajo con cientos de trabajadores como, por ejemplo, Duro Felguera, ENSIDESA, HUNOSA, Central Eléctrica, Constructora Gijonesa, Dique-Musel, etc. Además, también contaban con un número apreciable de personas en el sector de la construcción y de servicios.³⁴⁵ En todos estos lugares, aunque de manera desigual, desarrollaban una labor en el seno de CC. OO.³⁴⁶ A medida que avanzó la Transición el PCE (VIII-IX Congresos) fue adaptando su discurso anti-PCE respecto a CC. OO., apostando decididamente por trabajar en su seno a todos los niveles:

Necesitamos hacer todos los esfuerzos necesarios para participar activamente en las CC.OO. Nuestros camaradas, defendiendo dentro de ellas las ideas del P., sin sectarismo y sin abandonos de ningún tipo, encontrarán a los trabajadores más conscientes, más revolucionarios. La manera de reforzar los vínculos con los trabajadores es el trabajo político en las fábricas y en las CC.OO. Si algún camarada nuestro se encuentra en la UGT o en otras organizaciones sindicales debe defender la unidad sindical, abiertamente, claramente. Debe defender la línea de CC.OO. sobre el futuro sindical, completando, naturalmente, esa línea con otros planteamientos que hemos hecho nosotros (internacionalismo proletario, carácter revolucionario de la Central Sindical Obrera, etc.). Donde existan problemas dentro de las CC.OO. debemos mantener una posición unitaria, sin dejarnos llevar por los elementos revisionistas de derecha o de «izquierda». Las CC.OO. son de los trabajadores y para los trabajadores. Dentro de ellas caben diferentes tendencias políticas. Hay que respetar la democracia obrera. Los órganos de las CC.OO. han de ser representativos. Las formas de lucha de las CC.OO. han de ser decididas por los propios trabajadores.³⁴⁷

Sin embargo, pese al cambio de rumbo del partido ortodoxo, el PCE no estaba dispuesto a permitir la presencia de otras fuerzas que se reclamaran del comunismo. Durante los años de la Transición, el PCE (VIII-IX) denunció varios

conflictos en toda España por su marginación en el seno de CC. OO.³⁴⁸ Una descripción de este tipo de dinámicas aparecía en la denuncia del «camarada Ceñera», secretario sindical del partido en Asturias y miembro del Consejo General de la Minería de CC. OO.:

Estas actuaciones antidemocráticas, dirigidas ahora contra los dirigentes obreros de nuestro Partido, y detectadas anteriormente contra compañeros de Unidad Regionalista y MC, sólo ayudan a desprestigiar la Confederación Sindical de CC.OO., y a romper su unidad. Los puestos de dirección en la Confederación no pueden estar reservados para los militantes de un partido político determinado, ni en función de su militancia a dicho partido, como parece desprenderse del cese reciente de un dirigente de CC.OO. de la zona del Nalón. Las direcciones y representaciones deben estar en manos de los compañeros más activos y representativos de la clase trabajadora.³⁴⁹

En cuanto a las cuestiones organizativas, el PCE (VIII-IX Congresos) también atravesó distintas etapas. Entre 1973 y 1977 conoció una lenta consolidación en el interior, con la extensión a nuevos territorios. La entrada en la nueva etapa de la Transición supuso un reto para este partido que, aunque logró crecimiento en sectores como el juvenil, comenzó un periodo de problemas internos y divisiones. No podemos saber las cifras reales que alcanzó la militancia. Sin embargo, sí conocemos las de Asturias, donde a finales de 1977 el partido contaba con la nada desdeñable cifra de algo más de 300 militantes.³⁵⁰ Las zonas donde realizaban actividad política y tenían presencia eran: Gijón, Oviedo, Avilés, Mieres, Pola de Siero, El Berrón, Nava, Piloña, Lada, Ciaño, El Entrego, Sama y la Felguera. Además, contaba con tres sedes «clandestinas» hasta su legalización en Gijón, Sama y la Felguera.³⁵¹ El partido también conoció algunas escisiones y abandonos colectivos, como la sufrida en Asturias cuando unos 25 militantes escindidos del PCE (VIII-IX Congresos) participaron en la creación del PCTA.³⁵²

Por otra parte, la organización interna siempre estuvo dividida en dos tendencias. Por eso es posible hablar de la convivencia de dos percepciones dentro de este,

lo que acabó explotando en plena Transición. Los militantes ligados a Eduardo García eran mayoritariamente pertenecientes a una generación que había experimentado en sus carnes la represión más dura y el trauma del exilio. Esta tendencia resultaba mayoritaria y era sumamente recelosa con respecto a las cuestiones de seguridad y las acciones públicas del partido.³⁵³ Por otra parte, una nueva generación de jóvenes se fue incorporando a la organización fruto de las crisis que iba padeciendo el PCE. Este sector de militantes, en su mayoría pertenecientes a la clase obrera, imprimía un fuerte activismo y combatividad a su subcultura política. Esta contradicción entre los dos estilos de trabajo explotó durante los primeros años de la Transición. En este periodo existió una dura pugna sobre la «salida a la superficie» del partido. La inestabilidad de aquellos primeros meses de posfranquismo no ofrecía muchas garantías sobre el futuro de la democracia española o, al menos, eso pensaban los dirigentes del partido. Por lo tanto, la organización debía continuar en la más estricta clandestinidad hasta haber conquistado la legalidad. Estas divergencias fueron en aumento hasta que el problema se convirtió en una pequeña crisis interna.³⁵⁴ Normalmente, se ha proyectado la imagen del PCE (VIII-IX Congresos) como un grupo de viejos veteranos sin actividad alguna y esto no fue así en todas las ocasiones. En muchos casos, los militantes de esta organización desarrollaron una frenética actividad propagandística y agitadora, muy similar al del resto de organizaciones de la izquierda radical. La militancia se convirtió para muchos de sus miembros en la actividad central de sus vidas, con la cual adquirieron un compromiso que, en algunos casos, los llevó a comisaría o a la cárcel. Al igual que otros partidos, su militancia no era numéricamente muy amplia. Sin embargo, el déficit numérico era contrarrestado con un torrente de voluntarismo que fabricaba la ilusión de que sus fuerzas eran mayores de lo que en realidad eran.³⁵⁵

Como ya se ha explicado, las dinámicas de sociabilidad militante de este partido fueron especialmente fuertes con respecto al trabajo político relacionado con los países del campo socialista. De esta manera, uno de los principales frentes de carácter cultural e internacionalista que impulsó el PCE (VIII-IX Congresos) fue el de la solidaridad con la Unión Soviética. Esto fue posible gracias a un sustrato sociológico donde abundaban los repatriados de la URSS y a la intervención de Eduardo García directamente con las autoridades soviéticas. Finalmente, pudo constituirse ADAMHIS a mediados de 1977, lo que procuró un espacio donde socializar y desarrollar su actividad. Entre los principios que guiaban su acción se destacaba la «amistad, una realidad entre el pueblo español y el pueblo

soviético que la dictadura franquista no pudo romper y divulgar los logros del pueblo soviético en la construcción del comunismo». ³⁵⁶ En sus locales se realizaron numerosos coloquios y charlas sobre una gran variedad de aspectos de la vida en la URSS. Estas temáticas eran poco conocidas por el público general y muy demandadas por la militancia ortodoxa, ansiosa por conocer cuanta más información mejor sobre lo que ocurría en la URSS. Otras actividades desarrolladas consistían en los agasajamientos a marineros soviéticos, a quienes se les organizaba fiestas en las sedes. También se impartían clases de ruso o se organizaban viajes a la Unión Soviética. ³⁵⁷

Lo cierto es que gracias al prestigio que tenía el país de los sóviets se lograría atraer a algunos comunistas que se encontraban descontentos con el PCE, y para quienes el referente soviético seguía siendo el principal aglutinador de lo que significaba ser comunista. Por supuesto, esto no guardaba relación con el hecho de que las relaciones con los países socialistas continuaran siendo muy problemáticas. ³⁵⁸ Un caso bastante flagrante ocurrió en Madrid a finales de 1978. Allí, a petición de la propia asociación, en concreto del exaviador Leopoldo Morquillas, fue propuesta la realización de una charla sobre la vida en una empresa socialista. Sin embargo, cuando se enteraron los miembros de la embajada soviética intentaron impedirlo:

Es una actitud difícil de comprender. No se trataba de nosotros, repito sino de ADAMIHS, que es una organización legalizada. A veces da la impresión de que S. (antiago) C. (arrillo) tiene sus propios amigos en estos sitios. Claro L. (eopoldo) M. (orquillas) no habló. Pero el acto que ya estaba convocado se celebró [...] Y resultó muy bien. La sala estaba llena hasta los topes. Creo que les hemos dado una lección a estos prudentísimos amigos. ³⁵⁹

La conquista de las libertades civiles no trajo excesivos cambios para el PCE (VIII-IX Congresos), al menos no de forma inmediata. El partido tardó bastante en conseguir la legalización, de ahí que no participasen en las elecciones generales de 1977. Tampoco optaron por presentarse con otro nombre o con una agrupación de electores como hicieron otros partidos obreros y republicanos que

continuaban siendo ilegales a ojos del Estado.³⁶⁰ Además, su visión de la coyuntura política continuaba siendo muy crítica. El partido pidió la abstención en estos comicios ya que, según su criterio, aún no existían plenas garantías democráticas. Para que esto fuera posible debían cumplirse una serie de requisitos mínimos: amnistía total para los presos políticos, la legalización de todos los partidos de izquierda, la disolución de los cuerpos represivos franquistas, etc. Pese a estas directrices centrales, se hizo una excepción en el territorio donde el partido tenía una mayor implantación y había venido desarrollando un trabajo unitario durante mayor tiempo. En Asturias, se impulsaría la candidatura de Unidad Regionalista junto a otras fuerzas de izquierda.³⁶¹

Sin embargo, la campaña electoral de 1977 dejó tras de sí un resultado agri dulce. Muchos militantes se esforzaron por contribuir activamente en las labores de propaganda e infraestructura, para unos exiguos resultados electorales que les dejaron sin representación electoral. El partido aportó para la campaña a una de sus figuras relevantes del exilio latinoamericano, el histórico dirigente Juan Ambou. Este miembro del CC de orígenes asturianos afincado en México intervino en varios mítines de la candidatura, aunque para el público general no era una personalidad conocida.³⁶² El PCE (VIII-IX Congresos) se enfrentaba a todo un reto interno con esta campaña. Siendo un partido comunista ortodoxo, estaba desdibujando su identidad dentro de un marco unitario y esto podía no gustar a una militancia acostumbrada a unas omnipresentes prácticas basadas en su reafirmación cultural. Para tratar de solventar los recelos que podía despertar UR entre el electorado comunista y, al mismo tiempo, contentar a su militancia, el partido sacó su propia propaganda. En ella se utilizaba iconografía soviética al tiempo que se llamaba al voto de una candidatura que caracterizaban como «auténticamente democrática y antifascista».³⁶³ Esta postura ahondó aún más las tensiones existentes entre los dos sectores del partido e incluso algunos simpatizantes optaron por votar al PCE.³⁶⁴

Algunos camaradas y simpatizantes no llegaron a comprender la postura del Comité Provincial de respaldo a la «Unidad Regionalista» y, de hecho, se insolidarizaron con dicha candidatura. Pero todo hay que decirlo, en principio, porque después de tantos años de terror fascista, su deseo manifiesto era el de

votar comunista, y en la regionalista se destacó excesivamente el folklore, un bablismo impositivo, así como atisbos de protagonismos por parte de otros grupos. También faltó comprensión para con las diferentes formas de respaldo a la candidatura, algunos de cuyos componentes hicieron pública su alergia a las banderas rojas, en un intento según parece, de atraerse votos de sectores conservadores.³⁶⁵

Un acontecimiento marcó el fin de ciclo respecto a la primera etapa de clandestinidad. Este sería la celebración en El Entrego (Asturias) de una asamblea estatal de la JCE (VIII-IX Congresos) a principios de agosto de 1977. El evento, impulsado por los sectores más jóvenes y activistas, formaba parte de una estrategia que buscaba sacar al partido de la clandestinidad. Ya no solo por las temáticas tratadas en esta, sino porque por primera vez se juntaba un grupo notable de jóvenes comunistas provenientes de todas las partes de España que abiertamente hacían ostentación de la simbología de los Congresos VIII y IX, pese a su situación de abierta ilegalidad y a la clandestinidad en que aún vivía el partido. El principal impulsor de este encuentro fue Pedro Sanjurjo. Allí se congregaron también destacados dirigentes como Eduardo García o la secretaria política de las juventudes, Alicia Gutiérrez.³⁶⁶ La cita fue aprovechada para tratar de buscar el apoyo del CC a las políticas de apertura y salida de la clandestinidad desarrolladas por un sector del partido consciente de la competencia de los demás partidos de la izquierda revolucionaria.³⁶⁷

Desgraciadamente, resulta difícil calcular cuál era la composición sociológica de PCE (VIII-IX Congresos) de forma fehaciente debido a la inexistencia de unos archivos donde fuera posible consultar sus fichas de militancia o las estadísticas recogidas por el partido. No obstante, sí existen algunos indicios que permiten hablar de una predominancia obrera entre sus filas. Por ejemplo, tras el X Congreso la composición de su dirección era de cincuenta y seis personas. De ellas, dieciocho eran obreros industriales en activo, dos técnicos de industria, cinco trabajaban por su cuenta, ocho eran intelectuales y trece eran trabajadores jubilados. De los militantes trabajadores, varios eran de origen campesino. Además, veintidós habían estado encarcelados durante el Franquismo, habiendo sido diez de ellos condenados a muerte. Por último, de los cincuenta y seis miembros del CC, tan solo seis eran mujeres.³⁶⁸ Otro ejemplo a escala menor lo

encontramos en el Comité Provincial de Asturias elegido en 1977: Pedro Sanjurjo (radio-técnico), Faustino Ceñera (minero), Nicanor Fernández Taberna (minero), César Díaz (metalúrgico), Juan Carpio Bonilla (pensionista), Rafael García (delineante), José Bárzana (maestro).³⁶⁹

Otro aspecto importante para la cohesión del colectivo humano de sus militantes fue el papel de los liderazgos carismáticos. A nivel teórico, el PCE (VIII-IX Congresos) rechazó durante toda su historia el culto a la personalidad:

el culto a la personalidad fue un episodio lamentable, y, en ciertos casos, amargo que ha sido superado lógicamente porque lo rechaza la propia esencia del socialismo. Hoy eso pertenece al pasado. La propia reacción sana y consciente de los revolucionarios del mundo entero, empezando por la URSS y su histórico XX Congreso, pusieron punto y final a esta calamidad.³⁷⁰

Sin embargo, sus dirigentes gozaron de una gran admiración y se construyó sobre ellos una imagen de liderazgo carismático fundamentado en sus principios ideológicos e identitarios. Las dos principales figuras públicas del partido fueron Eduardo García, secretario general, y Agustín Gómez, responsable de organización. Este último falleció en 1975, cuatro días antes que Franco. Tras su muerte, Agustín Gómez Pagola se convirtió en un líder venerado y convertido en un símbolo comunista que pasó a formar parte central de la memoria orgánica del partido.³⁷¹ Dentro de esta narrativa destacan elementos como la perseverancia, la combatividad o el sacrificio. El comunicado emitido por las más altas instancias del PCE (VIII-IX) y la juventud tras su muerte mostraba una visión heroizada de la biografía de este comunista donde se resaltaba su vida dedicada al partido, su contribución a la sociedad soviética o la resistencia a las torturas franquistas. Incluso se dedicaba un apartado a ensalzar su labor como buen padre y esposo.³⁷² Además, su lucha no debía caer en saco roto y el partido se proponía convertir el símbolo de Gómez en una escuela de comunistas para futuras generaciones.³⁷³ De esta manera, el exdirigente se convirtió en un modelo de buen militante para el grupo: «fue un hombre ejemplar, nos mostró lo que será el hombre de la sociedad por la que luchamos. Fue un comunista de

verdad». ³⁷⁴ Además, su pasado deportista fue enfatizado como representante de estos valores que más tarde trasladaría a su militancia comunista. La figura de Agustín Gómez apareció en todos los aniversarios de su muerte e, incluso, se le dedicaron varios poemas en los periódicos del partido y la juventud. ³⁷⁵ Su silueta comenzó a ser reproducida en la propaganda del partido al lado de la de José Díaz, como uno de los principales dirigentes del comunismo español, incluso se editó una pegatina con el lema «Camarada Agustín Gómez, Tu causa ¡Triunfará!». La verdad es que externamente fueron pocas las muestras de la heroización de sus dirigentes en vida. Eduardo García entraba clandestinamente en el país con mucha frecuencia, lo que le hacía ser extremadamente prudente con su imagen pública. Por lo que su retrato no era reproducido en ninguna propaganda del partido. Es más, según Pedro Sanjurjo, se negaba incluso a sacarse fotos con los camaradas, como, por ejemplo, cuando en octubre de 1977 fueron a solicitar la legalización del partido. ³⁷⁶

Sin embargo, en enero de 1978 se publicó por primera vez su foto y, además, en la portada del periódico. El motivo era anunciar la celebración clandestina del X Congreso. ³⁷⁷ No obstante, eso no quita para que internamente hubiera una gran devoción y respeto por la figura de estos dos líderes del partido que se manifestaba de distintas maneras. En abril de 1978 el Comité de Asturias escribía una carta firmada por todos sus miembros a Eduardo para felicitarle por su reciente obtención de dos medallas soviéticas: «Estas distinciones de las que has sido objeto nos llenan de orgullo [...] nos estimula a continuar el camino por el triunfo del socialismo, que es nuestra causa común». ³⁷⁸ Otro ejemplo más se puede ver en la felicitación colectiva de la organización de la URSS a Eduardo con motivo de su sesenta cumpleaños:

Este aniversario tuyo tiene un significado especial para todos nosotros por las enseñanzas que nos presta tu vida ejemplar de comunista y revolucionario de temple leninista [...] Tu aportación a esta obra, querido camarada, ha sido inconmensurable y te ha granjeado el cariño, la estimación y la confianza de todos nosotros [...] nos sentimos orgullosos de tener un Primer Secretario de tu temple y firmeza. ³⁷⁹

Una buena parte de esta veneración hacía Eduardo se manifestaba en cuestiones cotidianas como en 1979, cuando un dirigente catalán hacía una petición al partido que muestra la importancia de la figura de su secretario general para los militantes: «Tenemos un camarada de Sabadell, muy enfermo, es el camarada Juan. Si os fuera posible, enviarle un saludo de vuestra parte, de pronto restablecimiento. Si Eduardo no pudiera hacer el texto, lo puede hacer otro camarada y lo pasáis a nuestro camarada primer Secretario para que lo firme. Esto tiene también su importancia».³⁸⁰

Durante sus siete años de existencia, el PCE (VIII-IX Congresos) desarrolló los elementos propios de su subcultura política. El partido logró hacerse con una marca propia caracterizada por el mimetismo con el PCE y la utilización de arquetipos propios del imaginario soviético. En cuanto a la iconografía y el simbolismo de este partido, sus manifestaciones se mantuvieron siempre en un plano muy clásico. Los colores predominantes en su propaganda eran el rojo y el blanco. Además, destacaba la reproducción de los bustos de Marx, Engels y Lenin. También era muy frecuente la reproducción de la efigie de Ernesto Guevara, José Díaz o incluso la de Ho chi Minh. Por supuesto, el símbolo comunista (la hoz y el martillo) aparecían siempre de forma predominante y acompañado de la estrella roja de cinco puntas. La bandera republicana también era frecuentemente utilizada, al igual que la bandera roja, los puños o la recreación de lo que estos comunistas entendían por «las masas».³⁸¹ Estas imágenes estaban acompañadas de algunos elementos de su discurso codificado. De tal manera que un elemento central de su propaganda era su ideología marxista-leninista, la cual configuraba un vocabulario propio lleno de conceptos dirigidos a su militancia. A menudo los eslóganes que reproducían en pegatinas y carteles eran sencillos y algo rudos: «¡Viva la República Democrática!», «¡Por el socialismo y el comunismo!», «Unidad Comunista» «¡Viva el Primero de Mayo!».³⁸²

La intencionalidad de estos mensajes cortos y contundentes era atraer hacia su organización a aquellos sectores proclives a simpatizar con su causa. Igualmente, en las páginas de su periódico escasearon las ilustraciones, siendo, en todo caso, propias de la iconografía soviética. Sin embargo, es necesario resaltar el cambio de rumbo que supuso la incorporación de Roberto Marcano al aparato gráfico de

Mundo Obrero (cabecera roja). Este dibujante era un antiguo niño de la guerra y fue famoso en España por ser el dibujante de la Familia Telerín y de la versión animada de Don Quijote de la Mancha producida en 1979.³⁸³ La primera ilustración de este autor apareció en la cabecera ortodoxa de forma tardía, en enero de 1979, pero desde entonces fueron frecuentes varios de sus dibujos en cada número.³⁸⁴

La cultura comunista formaba parte fundamental de la identidad militante. Estos dos elementos se relacionaban bidireccionalmente, ya que la agitación era también un acto de reafirmación del grupo. Por eso adquiría tanta relevancia en importantes momentos de la socialización, como actos públicos (mítines, puestos de propaganda, repartos, etc.) o manifestaciones, portando retratos de Lenin o pancartas con consignas comunistas ortodoxas. Por ejemplo, respecto a la manifestación del 1.º de mayo en Madrid en 1979, Eduardo García escribía a otro dirigente:

Iremos juntos el PCT, las Células y el PCE (VIII-IX Congresos). Creemos que nuestro grupo superará en mucho los MIL manifestantes. Se han preparado tres grandes pancartas de diez metros o más con las consignas centrales del 1º de Mayo y firmadas por las tres formaciones. Después cada formación llevará la suya propia. Nosotros hemos preparado una exigiendo la legalización. Además, nuestro artista, ha hecho dos retratos de grandes dimensiones (2 metros por 1,5 metros) de Lenin y de José Díaz. Cada retrato lo llevarán entre cuatro manifestantes. Causarán sensación. Tenemos también unas pegatinas (ya os enviaremos algunas). Mañana será un día memorable.³⁸⁵

Otro importante momento de la vida partidaria fue la celebración de su X Congreso. Este evento fue llevado a cabo a mediados de enero de 1978 en total clandestinidad, dada la denegación del Ministerio del Interior del permiso para realizar una reunión interna.³⁸⁶ La dirección del PCE (VII-IX Congresos) envió varios mensajes internacionales a distintos partidos con la intención de invitarlos a enviar un saludo. Obtuvieron pocas respuestas, el PCP y el PCUS contestaron que, pese a su total apoyo ideológico al PCE (VIII-IX Congresos), la situación no era propicia para dar una muestra pública de apoyo. Algo más de suerte tuvieron con las delegaciones diplomáticas de Bulgaria, Checoslovaquia y la URSS, que sí enviaron un escueto saludo. El nuevo CC fue renovado con la inclusión de varios militantes provenientes del interior.³⁸⁷

En 1978 el partido conoció una agudización de los problemas internos. Sin embargo, continuó con un trabajo estable en aquellos frentes donde participaba, gozando de cierto prestigio entre algunos sectores de la clase obrera. En febrero de 1978 Eduardo García declaraba a la prensa que el PCE (VIII-IX Congresos) apoyaba el proceso de construcción autonómico, pues deseaba que el ejercicio de la democracia fuera total, pero llamaba la atención especialmente sobre la existencia de una burguesía periférica que explotaba igualmente a los trabajadores. En su opinión, las autonomías debían servir «para que los trabajadores vivan mejor y estén en condiciones de defenderse más eficazmente con los que les explotan y oprimen».³⁸⁸ Otro acontecimiento importante de 1978 fue el abandono del leninismo y la crisis vivida en el seno del PCE. Este trance fue recogido con especial detenimiento en las páginas de Mundo Obrero (cabecera roja), que veía en ello una confirmación de sus premoniciones sobre el desastre que iba a suponer la línea eurocomunista para el PCE.³⁸⁹ Para el PCE (VIII-IX) el eurocomunismo era un fenómeno muy negativo. Una corriente reaccionaria que pretendía la división del movimiento comunista internacional con el objetivo de destruirlo y, por tanto, negaba los principios marxistas del internacionalismo proletario.³⁹⁰ Aunque el partido intensificó su trabajo, este se mantuvo relativamente al margen de toda la crisis que arrastró el PCE tras su IX Congreso. Lo que no quería decir que no fuera un tema de gran preocupación para este partido que se manifestará periódicamente en las páginas de su órgano de expresión.³⁹¹ Además, el PCE (VIII-IX Congresos) trató de establecer contacto con todos aquellos comunistas que se fueron organizando fuera de las filas del PCE de Santiago Carrillo.³⁹²

Este año también se experimentaron algunos acercamientos a otras fuerzas comunistas. Por ejemplo, frente al referéndum constitucional, el partido formó parte del FUCA como parte de su política abstencionista. Incluso, en la parte final de la campaña tuvo lugar un mitin en el palacio de los deportes de Gijón en el que intervino Eduardo García.³⁹³ Una vez más, el ejemplo asturiano se presentaba ante el resto de la organización como un modelo que había que seguir:

Nos congratulamos en haber contribuido, en tanto que partido, a los buenos resultados de la abstención activa y consciente. Como han contribuido también los compañeros del MC, del PCT, de la OCE (BR), de las células de base del PCE y de otros grupos de izquierda. Y en este sentido tiene considerable importancia el resultado de Asturias, donde la voz del Frente Unitario Comunista por la Abstención (formado por el PCT, la OCE (BR) y el PCE (VIII y IX Congresos) ha logrado convencer, junto a los compañeros del Movimiento Comunista, a una enorme cantidad de trabajadores que se han negado a dar su voto al gobierno y los reformistas. Por eso decimos que la experiencia del FUCA debe y puede tener prolongaciones para otras batallas.³⁹⁴

En 1979 comenzaron a mostrarse las limitaciones del proyecto del PCE (VIII-IX Congresos), que se había propuesto contribuir a la unidad de los comunistas a cualquier precio. A finales del año anterior, coincidiendo con el sexagésimo primer aniversario de la Revolución de Octubre, comenzaron los contactos con Células Comunistas. Pese a elaborar algunos comunicados conjuntos y a realizar actos públicos conjuntos, la unidad no fue posible.³⁹⁵ En esta etapa se dieron por cerradas las crisis anteriores y se trató de impulsar el trabajo unitario, pensando ya en la consolidación del nuevo régimen. Además, tras una larga batalla legal que llegó hasta el Tribunal Supremo, en junio de 1979 el partido consiguió su legalización.³⁹⁶ El PCE (VIII-IX Congresos) llevaba desde octubre de 1977 demandando su legalización y denunciando la anomalía democrática que esto suponía.³⁹⁷ Este paso fue interiorizado por su militancia como un gran éxito, sobre todo por no haber renunciado a nada en sus estatutos.³⁹⁸ Durante este periodo también se llamó a intensificar la lucha sindical y la solidaridad con

Vietnam en el contexto de la invasión China.³⁹⁹ Este último aspecto internacional motivó el impulso de una gran campaña denunciando el imperialismo chino y apelando a la solidaridad con el Vietnam socialista.⁴⁰⁰ En Barcelona se creó un Comité de Solidaridad Pro-Vietnam que llevó a cabo bastantes actos, como la proyección de la película Ho-Chi Minh, que contó posteriormente con un interesante debate.⁴⁰¹ Por otra parte, en México el partido envió una carta al embajador vietnamita mostrando su solidaridad y otra al embajador chino recriminándole la invasión.⁴⁰² Además, en Madrid se llevó a cabo un acto en el cine Quevedo que juntó a más de 1500 personas. En Éibar también se realizó otro acto que contó con la presencia de algunos elementos críticos:

En el acto se encontraban un grupo de abertzales de izquierdas y algunos maoístas. A los nacionalistas de izquierda les respondí a las preguntas que hicieron y les gustó. Nos compraron el M.O y quedaron un buen rato con nosotros, pero con los maoístas, naturalmente, no ocurrió lo mismo pues hubo necesidad de zumarles por su antisovietismo. Estos maoístas se marcharon con el rabo entre las piernas.⁴⁰³

Pero lo realmente importante de estos últimos años fue la puesta en marcha de una dinámica unitaria con el PCT encaminada a la unificación de ambos partidos. Todo comenzó con el impulso de una coalición electoral bajo el nombre de Frente Unitario Comunista, que fue rechazada por la Junta Electoral Central. Como el partido aún no era legal, en las elecciones del 1 de marzo de 1979 decidieron concurrir bajo una coalición de unidad comunista con las siglas del PCT. Esta coalición contaba con el apoyo de las Células Comunistas y ortodoxos independientes. Sin embargo, en Canarias el PCE (VIII-IX Congresos) apoyaba la candidatura de Unión del Pueblo Canario.⁴⁰⁴ En su propaganda se hablaba de que votar PCT era votar «a hombres y mujeres de claro historial comunista, a dirigentes sindicales de CC.OO. que se han opuesto resueltamente a los pactos sociales en defensa de los trabajadores; a jóvenes y mayores que desean acabar con la hipocresía del consenso y darle el protagonismo que necesitan los trabajadores».⁴⁰⁵ Tras la obtención de más de 55.000 votos, ambos partidos interpretaban que estos eran «un imperioso mandato [...] para el logro de la unificación en un solo Partido Comunista de todos los que no hemos abandonado el leninismo».⁴⁰⁶ Este conjunto de actividades era visto desde el exilio con

mucha ilusión, como así lo atestigua el relato de agradecimiento que construye, en una carta a Eduardo García, un militante residente en París:

Lo primero que creo que está en mi deber es de felicitaros, a ti y a todos los demás camaradas, (y esto en nombre de todos los del Exterior), por la formidable labor desarrollada por el Partido propugnando por la unidad de la Izquierda, y en su defecto, por la unidad de las fuerzas más afines y la constitución de candidaturas que nos han permitido, no solamente valorar nuestras posiciones y los esfuerzos realizados sino también llevar a grandes masas de nuestro país la información de todo cuanto nosotros representamos y defendemos. Lo que ha permitido, muy naturalmente, el reforzar nuestras organizaciones ya existentes y el implantar nuestro Partido en múltiples lugares donde todavía no se había constituido. Y todo esto en medio de las dificultades de toda índole con que habéis tenido que enfrentaros y el boicot de que nuestra Partido ha sido objeto de parte de cuanto huele a reacción y a oportunismo. Los resultados obtenidos no son contundentes, pero son prometedores. El marxismo-leninismo nos enseña a interpretarlos en todo su valor.⁴⁰⁷

Sin embargo, el proceso de unificación con el PCT demostró ser un camino no exento de complicaciones. Pese a que los dos partidos buscaban en abstracto la unificación de los comunistas, las distancias entre ambos en ocasiones parecieron insalvables. Para el mes de mayo de 1979 Eduardo García informaba a varios dirigentes alicantinos del avance de las conversaciones:

seguimos las discusiones con estos camaradas. Hay muchas cosas en las que nos ponemos de acuerdo, pero hay otras en las que el acuerdo no se ha logrado. Esto quiere decir que el final de la discusión no se ve aún. Nosotros estamos dispuestos a continuar. Y creo que los camaradas del PCT también lo están. Ni que decir tiene que mientras tanto la unidad de acción es posible y necesaria.⁴⁰⁸

No obstante, la tarea no era sencilla y, por eso, el partido creó una comisión encargada de supervisar el proceso de unificación con el PCT.⁴⁰⁹ Uno de los

primeros problemas surgió cuando el PCT se negó a celebrar el aniversario de la fundación del PCE con el PCE (VIII-IX), por diferencias de interpretación sobre el legado del partido y su autopercepción como continuadores orgánicos del PCE de 1921.⁴¹⁰ El 2 de septiembre de 1979 la dirección del partido difundía a los comités inferiores un informe sobre el avance del proceso de unidad con el PCT desde el 3 de abril. En sus páginas se relataban varios problemas surgidos entre ambas organizaciones. Los dirigentes del PCE (VIII-IX Congresos) denunciaban varios desmanes por parte del PCT, quien habría acusado al partido de «estalinista» y de que sus propuestas les convertirían en «meros propagandistas de los países del Este». Pese a estos y otros conflictos, el partido hacía un llamamiento a su militancia a facilitar un trato cordial con el PCT.⁴¹¹

En este proceso de unificación Checoslovaquia tuvo un papel muy importante.⁴¹² Los comunistas del PCE (VIII-IX) fueron invitados a este país para tratar esta cuestión.⁴¹³ En una carta se detallaba que a finales de mayo había tenido lugar una nueva reunión con «los checos», así como que el agregado cultural de la embajada asistió a una rueda de prensa el 17 de abril en protesta por la no legalización del PCE (VIII-IX).⁴¹⁴ El viaje del PCT a Checoslovaquia tuvo consecuencias inmediatas en el acercamiento entre ambos partidos.⁴¹⁵

Aprovechando las circunstancias, García propuso al PCT elaborar un documento conjunto que mostrara su solidaridad con Checoslovaquia y en la que quedara claramente expuesto que ambos partidos aprobaban «la acción internacionalista de hace 11 años».⁴¹⁶ Como era predecible, no fue una buena idea, dado que sus análisis sobre tales acontecimientos eran muy distintos. El PCT se negó a firmarlo, pues en su opinión: «el principal problema que había en Checoslovaquia era el del “stalinismo”».⁴¹⁷ Por fin, a principios de septiembre García fue invitado a visitar el país centroeuropeo.⁴¹⁸ Finalmente, pasó unos días en Checoslovaquia a mediados de octubre. El viaje siguió un protocolo típico de este tipo de visitas oficiales. Hospedados en una lujosa habitación de un hotel del PCCH, recibieron un trato propio de un partido oficial: reuniones con el CC y organizaciones provinciales, entrevista con el Comité Federal de Antiguos Combatientes para la recepción de una medalla (la misma que otorgaron a Líster), visita a fábricas y cooperativas, participación en Radio Praga, excursiones a lugares históricos, ópera y el espectáculo Linterna Mágica, etc.⁴¹⁹

Por fin, los comunistas ortodoxos se sintieron directamente respaldados por un «partido hermano»: «Sobre nuestra línea ellos han manifestado su total acuerdo. Sobre la unificación han señalado la importancia que tendría lograrla para golpear al carrillismo y para el reconocimiento oficial, estando de acuerdo en que debe ser una unificación en base a principios: sobre el carrillismo están dispuestos a combatirlo sin la menor vacilación».⁴²⁰ Parece claro que los checoslovacos presionaban para orientar una posible unificación entre los dos partidos.⁴²¹ En marzo de 1980 el partido señalaba que ya se encontraban en la recta final del proceso de unidad, gracias a la «generosidad recíproca» de ambos partidos y a su altura de miras: «situamos en primer plano nuestra voluntad unificadora, nuestra identidad ideológica y nuestro sentido histórico».⁴²² Tan solo dos meses después, el PCE (VIII-IX Congresos) dejaría de existir como tal tras siete años de existencia, nueve si contamos su etapa como PCE (VIII Congreso).

■

¹ [Este epígrafe ha sido desarrollado a partir del estudio sintetizado en Eduardo Abad: «El Otoño de Praga...».](#)

² [Giaime Pala y Tommaso Nencioni: El inicio..., p. 10.](#)

³ [Alexander Dubček: La vía Checoeslovaca al socialismo, Barcelona, Ariel, 1968.](#)

⁴ [David Priestland: Bandera roja: historia política y cultural del Comunismo, Barcelona, Crítica, 2010, pp. 499-502; Eric J. Hobsbawm: Historia del siglo XX, Barcelona, Crítica, 1995, pp. 397-399.](#)

⁵ [Maud Anne Bracke: «1968», en Stephen A. Smith: The Oxford Handbook of](#)

the History of Communism, Oxford, Oxford University Press, 2014, pp. 156-170.

⁶ Un buen ejemplo se puede ver en Jesús Sánchez Rodríguez: Teoría y práctica democrática en el PCE 1956-1982, tesis doctoral, UNED, 2001.

⁷ Se puede ver un estado de la cuestión en María Dolores Ferrero Blanco: «La “primavera de Praga” ¿Reforma o revolución?», en Carlos Flores: Estudios sobre la Europa Oriental, Publicacions de la Universitat de Valencia, 2002, pp. 249-268.

⁸ Guy Hermet: Los comunistas de España, París, Ruedo Ibérico, 1972, pp. 48-53.

⁹ Giaime Pala y Tommaso Nencioni: El inicio..., p. 199.

¹⁰ Maud Anne Bracke: Which Socialism,...; Giaime Pala: «Madrid-Barcelona-Roma-Moscou El PCE, l'eurocomunisme i la crisi del PSUC (1968-1978)», Recerques, Historia, economía i cultura 60, 2011, pp. 151-177; Andrea Donofrio: El fracaso del eurocomunismo: razones y reflexiones sobre el giro del movimiento comunista en occidente (1975-1982), tesis doctoral, Madrid, UCM, 2012; Juan Andrade Blanco: «Con su propia voz. Los militantes de base ante el cambio ideológico del PCE y el PSOE en la etapa central de la transición española», Historia social 73, 2012, pp. 123-143.

¹¹ Emanuele Treglia: «La elección de la vía nacional. La Primavera de Praga y la evolución política del PCE», Historia del Presente 16, 2010, pp. 83-96; «El PCE y el movimiento comunista internacional (1969-1977)», Cuadernos de Historia Contemporánea 37, 2015, pp. 225-255; «La Revolución de Octubre y su devenir

histórico en el discurso del PCE: de la desestalinización a la Perestroika», Nuestra Historia 4, 2017, pp. 107-122.

¹² Carme Molinero y Pére Ysás: De la hegemonía..., pp. 48-49.

¹³ Esto es incluso defendido por sectores críticos con el comunismo y anticomunistas. Véase Massimo L. Salvador: L'utopia caduta. Storia del pensiero comunista da Lenin a Gorbaciov, Roma / Bari, 1992, pp. 687 y 703-704. Manuel Azcárate: Crisis del eurocomunismo..., p. 4.

¹⁴ Emanuele Treglia: «El PCE y el movimiento...», p. 228.

¹⁵ Manuel Azcárate: Crisis del..., p. 47.

¹⁶ «Sobre el reemplazamiento del camarada Jruschov», Mundo Obrero 18, octubre de 1964.

¹⁷ Este término fue acuñado en el XXII Congreso del PCUS, señalando el final de la lucha de clases en el seno de la sociedad soviética. Para el PCUS, que dejaba de ser un partido oficialmente obrero, ya no tenía sentido continuar con la etapa de dictadura del proletariado al no existir burguesía en la URSS, era necesario construir una etapa avanzada hacia la sociedad comunista. «Exposición hecha por el camarada Santiago CARRILLO antes una reunión de jóvenes miembros del Partido, a finales de junio de 1963», Nuestra Bandera 37, julio de 1963, p. 67.

¹⁸ «Declaraciones de Santiago Carrillo a Nuestra Bandera», Nuestra Bandera 47-48 de febrero-marzo de 1966, p. 18.

¹⁹ Ardatoskij: «España intranquila», Izvestija, 20 de diciembre de 1967.

²⁰ Gregorio Morán: Miseria y grandeza..., p. 762.

²¹ «No, camarada Ardatovski», Mundo Obrero, 2.ª quincena de diciembre de 1968.

²² «La gran amistad entre el PC de España y el PC de la Unión Soviética», Mundo Obrero, 1.ª quincena, enero de 1968.

²³ Giaime Pala y Tommaso Nencioni: El inicio del fin..., p. 140.

²⁴ Santiago Álvarez: «La renovación en Checoslovaquia», Mundo Obrero, 17 de mayo de 1968.

²⁵ Guy Hermet: Los comunistas..., p. 48.

²⁶ Testimonio de Higinio Canga, carpeta B 29/8, Fondo Tino Brugos, AFOHSA.

²⁷ Testimonio de Lidia Falcón, Gijón, 10 de octubre de 2013.

²⁸ Luis Zaragoza: Las flores y los tanques. Un regreso a la Primavera de Praga, Madrid, Cátedra, 2018, pp. 207-234.

²⁹ «Comunicado de la dirección del PCE», 23-08-1968, Fondo Radio España Independiente, AHPCE.

³⁰ Rubén Vega: «El PCE asturiano en el tardofranquismo y la transición», en Francisco Erice Sebares (coord.): Los comunistas en Asturias 1920-1982, Oviedo, Trea, 1996, p. 188.

³¹ Ibíd.

³² «Carta de Asturias», octubre 1968, jacq. 273, Asturias, Fondo Nacionalidades y regiones, AHPCE.

³³ José Leopoldo Portela Gondar: Memorias de José Leopoldo Portela Gondar, A Coruña, Hércules ediciones, 2007, p. 126.

³⁴ «El Partido Comunista Italiano condena la decisión soviética contra Checoslovaquia», Voluntad, 22 de agosto de 1968.

³⁵ Luis Zaragoza: Las flores..., pp. 378-379.

³⁶ [Francisco Erice: «El Partido Comunista de España, el giro de 1956 y la lectura selectiva del XX Congreso», Nuestra Historia 2, 2016, pp. 77-82.](#)

³⁷ [«Discusión sobre lo de Checoslovaquia», octubre 1968, jacq. 297, Asturias, Fondo Nacionalidades y Regiones, AHPCE.](#)

³⁸ [Giaime Pala y Tommaso Nencioni: El inicio..., p. 196.](#)

³⁹ [«Carta de Asturias», octubre 1968, jacq. 273, Asturias, Fondo Nacionalidades y Regiones, AHPCE.](#)

⁴⁰ [Giaime Pala y Tommaso Nencioni: El inicio..., p. 185.](#)

⁴¹ [«Resolución del Comité Provincial de Asturias sobre la intervención en Checoslovaquia de las tropas del Pacto de Varsovia», octubre 1968, jacq. 274, Asturias, Fondo Nacionalidades y Regiones, AHPCE.](#)

⁴² [Testimonio de Higinio Canga, carpeta B 29/8, Fondo Tino Brugos, AFOHSA.](#)

⁴³ [Testimonio de Araceli Ruíz, Gijón, 6 de septiembre de 2016.](#)

⁴⁴ [Valentín Brugos: «La izquierda revolucionaria en Asturias: Los diferentes intentos de construcción de un proyecto alternativo al PCE» en Francisco Erice \(coord.\): Los comunistas..., p. 462.](#)

⁴⁵ José Leopoldo Portela Gondar: Memorias de José Leopoldo..., p. 126.

⁴⁶ Rubén Vega y Carlos Gordon: Juan Muñiz Zapico 'Juanín', Oviedo, KRK, 2007, p. 71.

⁴⁷ Juan Fernández Ania: La lucha por la democracia en Oviedo, Oviedo, Autoedición, 1993, p. 26.

⁴⁸ «Informe de Asturias 21-10-1968», jacq. 275, Asturias, Fondo Nacionalidades y Regiones, AHPCE.

⁴⁹ Giaime Pala y Tommaso Nencioni: El inicio..., p. 141.

⁵⁰ «Apuntes tomados en la reunión del C.E con los miembros del C.C presentes en París», 23 de julio de 1968, Fondo PCE, carpeta 49, AHPCE.

⁵¹ Testimonio de Eduardo García Melendo, Madrid, 20 de junio de 2017.

⁵² «Carta de Agustín Gómez a Dolores Ibárruri», caja 108, Fondo Divergencias, AHPCE.

⁵³ «Carta de Agustí Gómez a Dolores Ibárruri», caja 108, Fondo Divergencias,

AHPCE.

⁵⁴ «Carta de Eduardo García a Dolores Ibárruri», caja 108, Fondo Divergencias, AHPCE.

⁵⁵ «Declaración del PC de España sobre los acontecimientos de Checoslovaquia», Mundo Obrero, 15 de septiembre de 1968.

⁵⁶ «Reunión del Comité Central», DVD cinta 60, parte 2.^a, Fondo PCE, AHPCE.

⁵⁷ Ibíd.

⁵⁸ Enrique Líster Forján: Así destruyó..., p. 186.

⁵⁹ Enrique Líster López: Praga, agosto 1968. Páginas de un diario personal, Guadalajara, Silente Ediciones, 2008. pp. 283-284. «Intervención de Agustín Gómez al Comité Central», 19-9-1968, Fondo divergencias, caja, 108, carp. 3, AHPCE.

⁶⁰ Gregorio Morán: Miseria y grandeza..., p. 451.

⁶¹ «Apuntes tomados en ocasión de una reunión del Comité Central del 18 septiembre 1968», carp. 49, Fondo Divergencias, AHPCE, pp. 7-9.

⁶² «Apuntes tomados...», pp. 9-13.

⁶³ «Apuntes tomados...», pp. 15-16.

⁶⁴ «Apuntes tomados...», p. 17.

⁶⁵ «Apuntes tomados...», pp. 29-30.

⁶⁶ «Apuntes tomados...», pp. 30-30.

⁶⁷ «Apuntes tomados...», pp. 32-33.

⁶⁸ «Apuntes tomados...», p. 35.

⁶⁹ «Apuntes tomados...», p. 36.

⁷⁰ Para conocer bien cómo actuó Líster ante la invasión, véase el diario escrito durante aquellos días por su hijo: Enrique Líster López: Praga, agosto...

⁷¹ Enrique Líster Forján: Así destruyó..., p. 178.

⁷² «Primer punto del orden del día. Resolución y algunas declaraciones de voto», septiembre 1968, caja 108, Fondo divergencias, AHPCE.

⁷³ Pierre Nora: «Le retour de l'événement», en Jacques Le Goff y Pierre Nora (dirs.): Faire del'histoire 1, París, Gallimard, 1974, pp. 210-228. Pierre Nora: «L'événement monstre», Communications 18, 1972, p. 163.

⁷⁴ Líster Forjan: Así destruyó..., p. 186.

⁷⁵ Valentín Brugos: «La izquierda revolucionaria...», p. 481.

⁷⁶ Testimonio de Higinio Canga, carpeta B 29/8, Fondo Tino Brugos, AFOHSA.

⁷⁷ Testimonio de Mario Huerta, Gijón, 4 de junio de 2015.

⁷⁸ Esta tesis puede leerse de forma más desarrollada en Eduardo Abad García: «El otoño de Praga...».

⁷⁹ Lilly Marcou: El movimiento comunista internacional desde 1945, Barcelona, Siglo XXI, 1981.

⁸⁰ «Carta de Eduardo García al CE. del PCE, 8-11-1968», caja 108, Fondo

divergencias, AHPCE.

⁸¹ «Discusión sobre lo de Checoslovaquia», octubre 1968, jacq. 297, Asturias, Fondo Nacionalidades y Regiones, AHPCE.

⁸² Testimonio de Eduardo García Melendo, Madrid, 20 de junio de 2017.

⁸³ Eduardo García presentó la dimisión «de todos los cargos» y el CE lo echó del Comité Central aduciendo que ser de ese órgano era parte de lo que implicaba «todos los cargos». Véase «Carta interna los miembros del CC del PCE», carpeta 49, caja 108, Fondo Divergencias, AHPCE.

⁸⁴ «Carta interna a los miembros del CC del PCE», carpeta 49, caja 108, Fondo Divergencias, AHPCE.

⁸⁵ Jesús Sánchez Rodríguez: Teoría y práctica democrática..., p. 144.

⁸⁶ Giaime Pala y Tomaso Nencioni: «La nueva orientación de 1968. El PCE-PSUC ante la primavera de Praga», en Giaime Pala y Tomaso Nencioni (eds.): El inicio del fin..., p. 157.

⁸⁷ «Declaración del Comité Ejecutivo», Mundo Obrero 17, 7 de octubre de 1969.

⁸⁸ Ibíd.

⁸⁹ «De una entrevista con Waldeck y otros camaradas franceses en relación con su viaje a Moscú», diciembre 1968, Jacq 299-300, Asturias, Fondo Nacionalidades y Regiones, AHPCE.

⁹⁰ «Sobre la dimisión de Eduardo García», 3 de julio de 1969, jacq. 305, Asturias, Fondo Nacionalidades y Regiones, AHPCE.

⁹¹ Algunos documentos del AHPCE lamentablemente se encuentran cifrados y no se conservan las claves.

⁹² «Carta de (9) a (1)», noviembre 1969, jacq. 315, Asturias, Fondo Nacionalidades y Regiones, AHPCE.

⁹³ «Viaje de Jesús Saiz a la frontera para hablar con su cuñada», 21-9-1969, caja 108, Fondo Divergencias, AHPCE.

⁹⁴ Giaime Pala y Tommaso Nencioni: El inicio..., pp. 157-158.

⁹⁵ «A los miembros del Partido Comunista de España», Fondo Pedro Sanjurjo, caja n.º 3, AHUO.

⁹⁶ Ibíd.

⁹⁷ «Sobre los países socialistas», julio 1969, jacq 305, Asturias, Fondo Nacionalidades y Regiones, AHPCE.

⁹⁸ «Otros temas», noviembre 1969, jacq 315, Asturias, Fondo Nacionalidades y Regiones, AHPCE.

⁹⁹ Gregorio Morán: Miseria y grandeza..., p. 452.

¹⁰⁰ Giaime Pala y Tomaso Nencioni: «La nueva orientación...», p. 158.

¹⁰¹ Enrique Líster Forján: Así destruyó..., p. 195.

¹⁰² «Carta del camarada Inganzo», Verdad, marzo de 1970.

¹⁰³ «Carta a unos “primos”», febrero 1970, jacq. 322, Asturias, Fondo Nacionalidades y Regiones, AHPCE.

¹⁰⁴ «Carta del comité provincial sobre las actividades escisionistas de Eduardo García y Agustín Gómez», abril de 1970, jacq. 327, Asturias, Fondo Nacionalidades y Regiones, AHPCE.

¹⁰⁵ «Carta a Asturias», noviembre de 1969, Jacq 337, Asturias, Fondo Nacionalidades y Regiones, AHPCE.

¹⁰⁶ «Carta a Asturias», octubre 1969, jacq. 336, Asturias, Fondo Nacionalidades y Regiones, AHPCE.

¹⁰⁷ Giaime Pala y Tommaso Nencioni: «La nueva orientación...», p. 164.

¹⁰⁸ Este concepto fue acuñado por el historiador Pierre Nora para hacer referencia a la evocación memorialística de algunas personalidades y está directamente relacionado con su propuesta de “Lieux de memorie”. Pierre Nora: «La aventura de Les lieux de memorie», Ayer 32, 1998, p. 20.

¹⁰⁹ Enrique Líster Forján: Así destruyó..., pp. 193-194.

¹¹⁰ Gregorio Morán: Miseria y grandeza..., p. 452.

¹¹¹ Testimonio de Eduardo García Melendo, Madrid, 20 de junio de 2017.

¹¹² Enrique Líster Rorján: Así destruyó..., p. 195.

¹¹³ Lidia Falcón: Memorias políticas (1959-1999), Madrid, Vindicación Feminista, 2003, pp. 169-170.

¹¹⁴ «“MUNDO OBRERO” al servicio de la clase obrera y del pueblo español,

luchador de la causa de la democracia y el socialismo», en Mundo Obrero (cabecera roja) 1, septiembre de 1970.

¹¹⁵ En muchas ocasiones la prensa de la izquierda radical que se editaba en el interior de España en situaciones de clandestinidad tenía un carácter más rudimentario. Sin embargo, la de los ortodoxos, al tratarse de ediciones hechas en imprenta, tenía una calidad excelente. Por eso destacaba la calidad del papel utilizado y el diseño.

¹¹⁶ Testimonio de Lidia Falcón, Gijón, 10 de octubre de 2013.

¹¹⁷ Testimonio de Pedro Sanjurjo, Gijón, 15 de mayo de 2015.

¹¹⁸ «Los comunistas asturianos frente al carrillismo», Mundo obrero (cabecera roja) 1, septiembre de 1970.

¹¹⁹ «Carta de (26)», noviembre de 1970, jacq. 355, Asturias, Fondo Nacionalidades y Regiones, AHPCE.

¹²⁰ «Comunicado», Mundo Obrero (cabecera roja) 2, octubre de 1970.

¹²¹ «Carta interna a las organizaciones y militantes del Partido sobre el caso Enrique Lister», noviembre de 1970, caja 108, Fondo Divergencias, AHPCE.

¹²² «¿Quiénes son en realidad los antisoviéticos?», Verdad, octubre de 1970.

¹²³ «La lucha obrera se extiende y se organiza más y mejor», Mundo Obrero (cabecera roja) 2, octubre de 1970.

¹²⁴ Buena muestra de ello son el «Comunicado del PCE en Berlín (R.D.A)» o «Hungria: reunión plenaria del PCE», aparecidos en Mundo Obrero (cabecera roja) 2.

¹²⁵ «Carta de (26)», jacq. 355, Asturias, Fondo Nacionalidades y Regiones, AHPCE.

¹²⁶ «De un camarada que milita en una organización controlada por los carrillistas», Mundo Obrero (cabecera roja) 7, abril de 1971.

¹²⁷ «Un grupo de comunistas barceloneses ofrece su aportación para el esclarecimiento de la grave situación del partido», Mundo Obrero (cabecera roja) 4, diciembre de 1970.

¹²⁸ Testimonio de Pedro Sanjurjo, Fondo Tino Brugos, AFOHSA.

¹²⁹ Lidia Falcón: Memorias políticas..., p. 173.

¹³⁰ Ibíd., pp. 188-192.

¹³¹ «Algunos acuerdos del VIII Congreso del Partido Comunista de España», Mundo Obrero (cabecera roja) 8, mayo de 1971.

¹³² Nuestra Bandera (cabecera roja) 3, agosto de 1971.

¹³³ «Todo militante debe estar organizado en una Célula», Mundo Obrero (cabecera roja) 10, junio de 1971.

¹³⁴ «Asturias: los comunistas de Gijón y el VIII Congreso», en Mundo Obrero (cabecera roja) 15, septiembre de 1971.

¹³⁵ Pedro Sanjurjo: Memorias de Pedro Sanjurjo García “Pieycha”. De la lucha antifranquista al arte, Gijón, FAMYR, 2015, p. 76.

¹³⁶ «Asturias», Mundo Obrero (cabecera roja) 17, segunda quincena, octubre de 1971.

¹³⁷ Testimonio de Pedro Sanjurjo, Gijón, 15 de mayo de 2015.

¹³⁸ «En recuerdo de los camaradas Carlos Villoria y José Carmona recientemente fallecidos», Mundo Obrero (cabecera roja) 16, primera quincena, octubre de 1971.

¹³⁹ [Pedro Sanjurjo: Memorias de Pedro Sanjurjo..., p. 80.](#)

¹⁴⁰ [«Carta de Asturias», jacq. 357, noviembre de 1970, Asturias, Fondo Nacionalidades y Regiones, AHPCE.](#)

¹⁴¹ [«Acta de una reunión de comunistas madrileños», Mundo Obrero \(cabecera roja\) 15, septiembre de 1971.](#)

¹⁴² [«Málaga. Saludo al VIII Congreso del PCE», Mundo Obrero \(cabecera roja\) 15, septiembre de 1971.](#)

¹⁴³ [«Voz del Partido. País Vasco», Mundo Obrero \(cabecera roja\) 16, primera quincena, octubre de 1971.](#)

¹⁴⁴ [«En Asturias», Mundo Obrero \(cabecera roja\) 16, primera quincena, octubre de 1971.](#)

¹⁴⁵ [«Asturias: llamamiento del Frente Democrático Revolucionario», Mundo Obrero \(cabecera roja\) 17, segunda quincena, octubre de 1971.](#)

¹⁴⁶ [«Mundo Obrero Rojo sigue cosechando éxitos en Asturias», Mundo Obrero \(cabecera roja\) 18, primera quincena, noviembre de 1971.](#)

¹⁴⁷ [Pedro Sanjurjo: Memorias de Pedro Sanjurjo..., pp. 76-77.](#)

¹⁴⁸ Testimonio de Francisco Cañizares, telefónico, 14 de julio de 2017.

¹⁴⁹ «Los sucesos de Polonia y el régimen franquista», Verdad, febrero de 1971.

¹⁵⁰ «Carta de nuestro C.E al C.C del Partido Obrero Unificado Polaco», Mundo Obrero 2, 23 de enero 1970.

¹⁵¹ «Los mineros asturianos salen al paso de una provocación antisocialista de los carrillistas», Mundo Obrero (cabecera roja) 11, primera quincena, enero de 1972.

¹⁵² «Proyecto de tesis para el VIII Congreso del Partido comunista de España», Nuestra Bandera (cabecera roja) 1, enero de 1971, p. 58.

¹⁵³ «Resolución política del Comité Central del Partido Comunista de España», Mundo Obrero (cabecera roja) 14, agosto de 1971.

¹⁵⁴ «El Partido Comunista y los campesinos», Mundo Obrero (cabecera roja) 2, febrero de 1971. «Sigue la ofensiva del régimen contra los campesinos trabajadores», Mundo Obrero (cabecera roja) 39, julio de 1972.

¹⁵⁵ «Resolución política del V Pleno del Comité Central del Partido Comunista de España», Mundo Obrero (cabecera roja) 44, octubre de 1972.

¹⁵⁶ «Como denigran la profesión algunos Peritos y Médicos rurales», Mundo Obrero (cabecera roja) 38, junio de 1972.

¹⁵⁷ «Asturias: la situación en el concejo de Piloña», Mundo Obrero (cabecera roja) 21, segunda quincena, diciembre de 1971.

¹⁵⁸ «Con la ayuda de los obreros comunistas por una fuerte organización del Partido en el campo», Mundo Obrero (cabecera roja) 4, segunda quincena, febrero de 1972.

¹⁵⁹ «Comunicado del Comité Comarcal de una zona campesina de Asturias», Mundo Obrero (cabecera roja) 11, primera quincena, junio de 1972.

¹⁶⁰ Pedro Sanjurjo: Memorias de Pedro Sanjurjo..., p. 78.

¹⁶¹ Testimonio de Pedro Sanjurjo, Gijón, 15 de mayo de 2015.

¹⁶² «Asturias: los campesinos responden con su lucha a los atropellos de los terratenientes y el régimen», Mundo Obrero (cabecera roja) 7, primera quincena, abril de 1972.

¹⁶³ «Proyecto de programa del Partido Comunista de España», Mundo Obrero (cabecera roja) 10, segunda quincena, mayo de 1972.

¹⁶⁴ «Comunicado del CC del PCE», Mundo Obrero (cabecera rojafracción Líster) 1, enero de 1973.

¹⁶⁵ «Carta del 20-12-1972 de Eduardo García a la organización asturiana», Fondo P. Sanjurjo, caja n.º 3, AHUO.

¹⁶⁶ *Ibíd.*

¹⁶⁷ «Comunicado del CC del PCE», Mundo Obrero (cabecera roja-fracción Líster) 1, enero de 1973.

¹⁶⁸ Testimonios de Pedro Sanjurjo, Gijón, 4 de septiembre de 2015; Alejandro Fernández, Gijón, 16 y 17 de enero de 2017.

¹⁶⁹ Nuestra Bandera, revista teórica y política del Partido Comunista Obrero español 7, julio de 1973.

¹⁷⁰ Testimonio de Higinio Canga, carpeta B 29/8, Fondo Tino Brugos, AFOHSA.

¹⁷¹ José Leopoldo Portela: Memorias de José Leopoldo..., p. 160.

¹⁷² «Comunicado del Comité Provincial de Asturias del Partido Comunista de España», Mundo Obrero (cabecera roja) 2, primera quincena, febrero de 1973.

¹⁷³ Esto se puede ver en sus dos ediciones de Mundo Obrero (cabecera roja), exactamente idénticas.

¹⁷⁴ «Asturias los mineros exigen (sic) mejores salarios», Mundo Obrero (cabecera rojafracción Líster) 3, segunda quincena, febrero de 1973.

¹⁷⁵ «Llamamiento de la Federación de Jóvenes Comunistas de España», Lucha Juvenil 2, marzo de 1973.

¹⁷⁶ Estatutos de la FJCE, FJCE, S/F.

¹⁷⁷ «Sobre los atentados y el “terrorismo”», Lucha Juvenil 1, febrero de 1973.

¹⁷⁸ Programa y estatutos del Partido Comunista Obrero Español, PCOE, 1973, p. 34.

¹⁷⁹ Con este gesto se pretendía unir al PCOE con el PCE de la Guerra Civil, donde se reconocía la autonomía del PSUC al tiempo que se respetaba la idiosincrasia vasca o gallega. Para más información sobre los comunistas y la cuestión nacional en España, véase Diego Díaz Alons: Disputar las banderas. Los comunistas, España y las cuestiones nacionales (1921-1982), Gijón, Trea, 2019.

¹⁸⁰ «Saludo fraternal del Partido Socialista Unificado de Cataluña», Nuestra

Bandera, revista teórica y política del Partido Comunista Obrero español 7, julio de 1973.

¹⁸¹ Para más información sobre la política del PCE y el MDM, véase Francisco Arriero Ranz: El movimiento Democrático de Mujeres: De la lucha contra Franco al feminismo (1965-1985), Madrid, La Catarata, 2016.

¹⁸² «Saludo de la Organización de Mujeres Democráticas de España», Nuestra Bandera, revista teórica y política del Partido Comunista Obrero español 7, julio de 1973.

¹⁸³ «Resolución política del congreso extraordinario del PCOE», Nuestra Bandera, revista teórica y política del Partido Comunista Obrero español 7, julio de 1973.

¹⁸⁴ «Testimonio de Enrique Líster López» aparecido en Margarita Ledo: Liste, pronunciado Líster, documental en DVD, Galicia, Nós, 2007, en línea: <<https://www.youtube.com/watch?v=MKetTralpik>> (consulta: 05/10/2016).

¹⁸⁵ Joao Madeira, «O PCP e o movimento comunista internacional», Janus: Anuário de Relações Internacionais, OBSERVARE. Universidade Autónoma de Lisboa, 2000, p. 18.

¹⁸⁶ «Al camarada Álvaro Cunhal», Mundo Obrero (cabecera roja) 12, PCOE, noviembre de 1973.

¹⁸⁷ «¡Viva Portugal democrático!», Mundo Obrero (cabecera roja) 64, PCOE, segunda quincena, mayo de 1974, PCOE.

¹⁸⁸ Enrique Líster: «Al Secretario General del Partido Comunista Portugués Camarada ALVARO CUNHAL», Mundo Obrero (cabecera roja) 64, segunda quincena, mayo de 1974, PCOE.

¹⁸⁹ «Carta de un grupo de veteranos dirigida al Primer Ministro de la República de Portugal en la que muestran su apoyo a la revolución portuguesa», 22-8-1975, sig. 1260.1/6, Correspondencia, Comité Provincial de Sevilla del Partido Comunista Obrero Español, AHCCOO-A.

¹⁹⁰ «Cortar la ruta al fascismo en Portugal», Mundo Obrero (cabecera roja) 81, PCOE, 81, enero de 1976.

¹⁹¹ En 1986 Líster y la mayoría de la organización se integraron en el PCE, pero una minoría prosiguió con las mismas siglas hasta unificarse con el PCPE en el año 2000.

¹⁹² Testimonio de Alejandro Fernández, Gijón, 11 de enero de 2017.

¹⁹³ Víctor Peña: «“¡Por la República Democrática!”...», p. 69.

¹⁹⁴ «El partit, la llengua i la nostra cultura», Endavant 4, mayo de 1975.

¹⁹⁵ [Valentín Brugos: «La izquierda revolucionaria...», p. 484.](#)

¹⁹⁶ [«La unidad de los comunistas sobre la base de los principios», Verdad \(cabecera roja\) 11, agosto de 1974.](#)

¹⁹⁷ [«Líster: “Carrillo, gángster de la política”», El País, 8 de noviembre de 1977. «Yo acuso a Carrillo», Pueblo, 5 de noviembre de 1976.](#)

¹⁹⁸ [Testimonio de José Manuel Álvarez, Pravia, Oviedo, 12 de marzo de 2014.](#)

¹⁹⁹ [«Un grupo de “carrillistas” se integra en la facción de Líster», Pueblo, 2 de noviembre de 1976.](#)

²⁰⁰ [«No hay fusión entre la OPI y el PCOE», Informaciones, 11 de noviembre de 1976.](#)

²⁰¹ [Por un partido de tipo leninista. Documentos relativos a la unificación de los comunistas, PCOE, 1978, pp. 10-12.](#)

²⁰² [«Una nueva maniobra carrillista», Mundo Obrero \(cabecera roja\) 68, septiembre de 1974, PCOE.](#)

²⁰³ [«Ese es el camino», Mundo Obrero \(cabecera roja\) 68, septiembre de 1974, PCOE.](#)

²⁰⁴ «Se constituye en París el Comité Antifascista Unitario», Mundo Obrero (cabecera roja) 71, enero de 1975, PCOE.

²⁰⁵ «Acto de unión popular conmemorativo de la República Española», Mundo Obrero (cabecera roja) 74, abril de 1975, PCOE.

²⁰⁶ «Bruselas: Importante manifestación», Mundo Obrero (cabecera roja) 75, mayo de 1975, PCOE.

²⁰⁷ «Desde Bélgica», Mundo Obrero (cabecera roja) 76, junio de 1975, PCOE.

²⁰⁸ «Plataforma de lucha unitaria en Bruselas», Mundo Obrero (cabecera roja) 77, septiembre de 1975, PCOE.

²⁰⁹ Víctor Peña: «“¡Por la República!”...», p. 74.

²¹⁰ «Frente Democrático y Revolucionario. Gran Mitin», Mundo Obrero (cabecera roja) 79, noviembre de 1975, PCOE.

²¹¹ «Gran mitin en la Mutualité», Mundo Obrero (cabecera roja) 80, diciembre de 1975, PCOE.

²¹² «Contra la monarquía juancarlista, contra toda continuidad del régimen franquista. Por la libertad y la república democrática», Mundo Obrero (cabecera roja) 79, noviembre de 1975, PCOE.

²¹³ «Habla Líster», Pueblo, 26 de noviembre de 1976.

²¹⁴ «Al pueblo asturiano y demás trabajadores en general. ¿Por qué se sigue negando el pasaporte a Enrique Líster?», Cte. Provincial de Asturias del PCOE, sin fecha, Archivo Personal de Rubén Díaz.

²¹⁵ «A todos los trabajadores», Cte. Provincial de Asturias del PCOE y Coordinadora regional de Asturias de la FJCE, sin fecha, pero de junio de 1977, Archivo Personal de Rubén Díaz.

²¹⁶ «Rueda de prensa de la esposa de Líster», El Comercio, 9 de octubre de 1977.

²¹⁷ «Concedido el pasaporte a Líster y legalizado su partido, el PCOE», El País, 1 de noviembre de 1977.

²¹⁸ «Conferencia de la organización de Madrid», Unidad y lucha 6, marzo de 1978.

²¹⁹ El Archivo de CC. OO. Andalucía guarda una buena colección de materiales proveniente del Comité regional de Andalucía del PCOE.

²²⁰ Testimonio de Manuel Góngora, 11 de diciembre de 2017, Sevilla.

²²¹ Testimonios de Alfonso Mena López y Manuel Calderón, Nerja, 18 de diciembre de 2017.

²²² «Andalucía. Estado crítico», Unidad y lucha 6, marzo de 1978.

²²³ Valentín Brugos: «La izquierda revolucionaria...», p. 491.

²²⁴ «Comunicado del PCOE», 20 de diciembre de 1978, Archivo Personal de Rubén Díaz.

²²⁵ Por un partido de tipo leninista. Documentos relativos a la unificación de los comunistas, Madrid, PCOE, 1978, Madrid, p. 15.

²²⁶ Programa del Partido Comunista Obrero Español, Madrid, PCOE, 1980, p. 78.

²²⁷ Enrique Líster: Por una democracia..., pp. 46-47.

²²⁸ «¿Qué es la C.U.T?», Unidad y lucha 140, julio de 1985.

²²⁹ «Ante las lecciones generales el PCOE recomienda el voto útil a favor del

PSOE», Cte. Ejecutivo del PCOE, 14 de enero de 1979, Archivo Personal de Rubén Díaz.

²³⁰ «Baleares, la excepción», Unidad y lucha 15, febrero de 1979.

²³¹ «Ante las elecciones municipales del 3 de abril», Unidad y lucha 16, marzo de 1979.

²³² «¡Por unos ayuntamientos democráticos!», Unidad y lucha 16, marzo de 1979.

²³³ «Alternativa municipal democrática para Madrid», Unidad y lucha 15, febrero de 1979.

²³⁴ «¡Vota las candidaturas del PCOE!», Unidad y lucha 16, marzo de 1979.

²³⁵ «Comunicado del Comité local de Gijón del PCOE y la FJCE», sin fecha, Archivo Personal de Rubén Díaz.

²³⁶ Posición del Partido Comunista Obrero Español ante algunos problemas actuales del movimiento comunista internacional, PCOE, 1974.

²³⁷ Esta cuestión que se reproduce a continuación se puede ver de forma monográfica en Eduardo Abad: «El otoño de Praga...».

²³⁸ «A la dirección de Radio Praga», Mundo obrero (cabecera roja) 72, febrero de 1975, PCOE.

²³⁹ «Antítesis de la democracia socialista», Mundo Obrero (cabecera roja) 5, febrero de 1977, PCOE.

²⁴⁰ «El fenómeno de los ‘disidentes’», Mundo Obrero (cabecera roja) 90, enero de 1977, PCOE.

²⁴¹ «Enrique Líster, condecorado en la CSSR», Unidad y Lucha 17, junio-julio de 1979.

²⁴² Testimonios de Alfonso Mena López y Manuel Calderón, Nerja, 18 de diciembre de 2017.

²⁴³ Testimonio de Manuel Góngora, Sevilla, 11 de diciembre de 2017.

²⁴⁴ Testimonio de Alejandro Fernández, Gijón, 11 de enero de 2017.

²⁴⁵ Ibíd., «Líster en Galicia; su tierra natal», Unidad y lucha 3, diciembre de 1977.

²⁴⁶ Esta narrativa del pasado está presente en los distintos libros de memorias que publicó el general a lo largo de su vida: Memorias de un luchador. Los primeros combates, ¡Basta! Una aportación a la lucha por la recuperación del partido o su último libro: Así destruyó Carrillo el PCE.

²⁴⁷ «Homenaje a la honestidad ideológica comunista de Líster I», Unidad y lucha 1, enero-febrero de 1983.

²⁴⁸ Por poner solo algunos ejemplos: «Declaraciones de Enrique Líster», Mundo Obrero (cabecera roja) 92, marzo de 1977, PCOE. Enrique Líster: «Nuestro partido se está forjando en la lucha diaria», Unidad y lucha 11, septiembre de 1978. «Enrique Líster contesta a una serie de interrogantes de actualidad», Unidad y lucha 28, marzo-abril de 1981. «Carta de Enrique Líster. A los comités y militantes del Partido Comunista Obrero Español», Unidad y lucha, suplemento 0, diciembre 1985.

²⁴⁹ «En el 70 aniversario de camarada Enrique Líster, Un saludo del Comité Central», Mundo Obrero 4, abril de 1977, PCOE. «Homenaje a Julián Grimau y a todas las víctimas del fascismo en el 70 aniversario de su asesinato», Unidad y lucha 34, marzo-abril de 1982. «En el centenario de Jorge Dimitrov», Unidad y lucha 36, junio-julio de 1982.

²⁵⁰ «Recuerdo a Stalin», Unidad y lucha 16, marzo de 1979. Enrique Líster: «Sobre Stalin y los “estalinistas”», Unidad y lucha 20, diciembre de 1979. Enrique Líster: «Stalin y España», Unidad y lucha 21, enero de 1980.

²⁵¹ Antonio Mayo: Algunos otros Alias de la Militancia Roja (memorias), Memorial Democrático Trabajadores de SEAT, Barcelona, 2009, p. 341.

²⁵² «El mismo combate. La misma causa», Unidad y lucha 1, septiembre de 1977.

²⁵³ Enrique Líster: Por una democracia popular. Informe político X congreso, Madrid, PCOE, 1978, p. 5.

²⁵⁴ Enrique Líster: Informe del Comité Central, 24 de mayo de 1980, p. 1.

²⁵⁵ «X congreso reunido», Unidad y lucha 4, enero de 1978.

²⁵⁶ «Nuestro X congreso», Unidad y Lucha 5, febrero de 1978.

²⁵⁷ Enrique Líster: Por una democracia..., p. 56.

²⁵⁸ Ibíd, pp. 57-58.

²⁵⁹ «Cómo los oportunistas comprenden la unificación de los comunistas españoles», Unidad y lucha 13, noviembre de 1978.

²⁶⁰ «Un provocador, expulsado (comunicación a todo el partido)», Unidad y lucha 17, junio/julio de 1979.

²⁶¹ «Resoluciones de la conferencia del Sena», Unidad y lucha 21, enero de 1980.

²⁶² «Provocadores en acción», Unidad y lucha 22, marzo de 1980.

²⁶³ «Viva el congreso extraordinario», Unidad y lucha 24, junio de 1980.

²⁶⁴ Enrique Líster: Informe del Comité Central, 24 de mayo de 1980, p. 1.

²⁶⁵ Ibíd., pp. 4-7.

²⁶⁶ Programa del Partido Comunista Obrero Español, PCOE, 1980, p. 3

²⁶⁷ «Expulsión del PCOE de un provocador», Unidad y lucha 27, enero de 1981.

²⁶⁸ «Conferencia nacional por la reunificación de los comunistas en un solo partido marxista-leninista», Unidad y lucha 30, octubre de 1981.

²⁶⁹ «Militantes comunistas de Villaverde se incorporan al PCOE», Unidad y lucha 33, febrero de 1982. «La organización del PCE de Talavera de la Reina se pasa al PCOE», Unidad y lucha 37, octubre de 1982.

²⁷⁰ Antonio Mayo: Algunos otros Alias..., p. 341.

²⁷¹ «Carta informativa interna a todas las organizaciones», Madrid, PCOE, 10 de julio de 1980, Archivo Personal de Manuel Calderón.

²⁷² «La alternativa al carrillismo, un partido marxista-leninista que ya existe, el PCOE», Unidad y lucha 33, febrero de 1982.

²⁷³ «La descomposición del PSUC», Unidad y lucha 33, febrero de 1982.

²⁷⁴ «Concentración de políticos descolgados en las candidaturas regionales de Madrid», El País, 16 de abril de 1983.

²⁷⁵ «Hacia la unidad de los comunistas. Comunicado», Unidad y lucha 2, segunda época, marzo de 1983.

²⁷⁶ «Declaración del Comité Ejecutivo del PCOE sobre la unificación de los comunistas en un solo y único partido MARXISTA-LENINISTA», Unidad y lucha 2, segunda época, marzo de 1983.

²⁷⁷ «Declaración Política del VII Pleno ampliado del Comité Central del PCOE sobre la celebración del Congreso de los “unificadores”», Unidad y lucha 2, segunda época, febrero de 1984.

²⁷⁸ «El oro del PCOE», Unidad y lucha 8 y 9, segunda época, octubre-noviembre de 1983.

²⁷⁹ Testimonios de: Alfonso Mena López y Manuel Calderón, Nerja, 18 de diciembre de 2017; Manuel Góngora, 11 de diciembre de 2017, Sevilla.

²⁸⁰ «En marcha la campaña económica», Unidad y lucha 120, enero de 1984.

²⁸¹ «Ganemos la campaña económica», Unidad y lucha 140, julio de 1985.

²⁸² Testimonios de Alfonso Mena López y Manuel Calderón, Nerja, 18 de diciembre de 2017.

²⁸³ Enrique Líster Forjan: «Por la unificación de los comunistas en el P.C.E. Informe político presentado al XIII Congreso Extraordinario del P.C.O.E», Madrid, PCOE, 13 de abril de 1986, p. 4, Archivo Personal de Manuel Calderón.

²⁸⁴ Por qué no hemos ingresado en el Partido Comunista de España, Madrid, abril de 1986, p. 4.

²⁸⁵ *Ibíd.*

²⁸⁶ «El Partido de Líster ha muerto, el P.C.O.E está vivo», Unidad y lucha 142, junio y julio de 1986.

²⁸⁷ «La resistencia en las cárceles», Unidad y lucha 153, noviembre de 1989.

²⁸⁸ Testimonio de Alejandro Fernández, Gijón, 11 de enero de 2017.

²⁸⁹ Testimonios de Alfonso Mena López y Manuel Calderón, Nerja, 18 de diciembre de 2017.

²⁹⁰ Testimonios de Alejandro Fernández, Gijón, 11 de enero de 2017; Manuel Góngora, Sevilla, 11 de diciembre de 2017.

²⁹¹ Donde más se dejó sentir esta escisión fue en los países de la emigración. Especialmente en Francia y en Bélgica. En los países del Este de Europa también existió una separación de sus efectivos, sobre todo en la URSS, RDA y Hungría. Sin embargo, en el interior apenas se dejó sentir. Por ejemplo, el caso de Asturias fue muy reducido: «Asturias: los comités locales y comarcales del Partido Comunista de España condenan la fracción», Mundo Obrero (cabecera roja) 4, marzo de 1973, PCE (VIII-IX Congresos).

²⁹² Testimonio de Pedro Sanjurjo, Gijón, 15 de mayo de 2015.

²⁹³ Pablo Antón Marín Estrada: Mientras cai la nueche, Oviedo, Trabe, 2010, pp. 46-47.

²⁹⁴ «La comarca “Girabau” contra la fracción», Mundo Obrero (cabecera roja) 49, febrero de 1973; «Los comunistas de Barcelona condenan al grupo fraccional de Líster», Mundo Obrero (cabecera roja) 49, febrero de 1973.

²⁹⁵ «Resolución de la célula “30 de mayo” del PCE de Suiza», Mundo Obrero (cabecera roja) 51, marzo de 1973.

²⁹⁶ «Se celebró la VI Conferencia de la organización del Partido Comunista de España en la URSS», Mundo Obrero (cabecera roja) 53, mayo de 1973.

²⁹⁷ «En el 2º aniversario del VIII Congreso del Partido Comunista de España», Mundo Obrero (cabecera roja) 52, abril de 1973.

²⁹⁸ Testimonio de Higinio Canga, carpeta B 29/8, Fondo Tino Brugos, AFOHSA.

²⁹⁹ Testimonio de Pedro Sanjurjo, Gijón, 15 de mayo de 2015.

³⁰⁰ «Vida de Partido», Mundo Obrero (cabecera roja) 8, julio de 1973.

³⁰¹ «Rotundo éxito del X Festival mundial de la juventud», Mundo Obrero (cabecera roja) 9, agosto de 1973.

³⁰² Pedro Sanjurjo: Memorias de Pedro Sanjurjo..., p. 83.

³⁰³ «Los verdugos de Julián Grimau, se ceban torturando a los detenidos del primero de mayo», Mundo Obrero (cabecera roja) 53, mayo de 1973.

³⁰⁴ «Enseñanzas de la huelga general de Pamplona», Mundo Obrero (cabecera roja) 55, julio de 1973.

³⁰⁵ «Arrecian las luchas de la clase obrera», Mundo Obrero (cabecera roja) 55, julio de 1973.

³⁰⁶ «Un paso importante hacia la unidad obrera de Asturias», Mundo Obrero (cabecera roja) 3, primera quincena, febrero de 1972.

³⁰⁷ Testimonio de Mario Huerta, Gijón, 4 de junio de 2015.

³⁰⁸ «La gran fuerza de la unidad», Mundo Obrero (cabecera roja) 5, primera quincena, marzo de 1972.

³⁰⁹ «Aclaración sobre las hojas de control de FUSOA», Verdad (cabecera roja) 6, febrero de 1974.

³¹⁰ «Con F.U.S.O.A...! Adelante!», Verdad (cabecera roja) 1, agosto de 1973.

³¹¹ Testimonio de Eduardo García Melendo, Madrid, 20 de junio de 2017.

³¹² «Correspondencia con Eduardo García,» 25-1-1973, caja n.º 3, Fondo Pedro Sanjurjo, AHUO.

³¹³ «Un nuevo acto anti-unitario», Verdad (cabecera roja) 11, agosto de 1974.

³¹⁴ «Carta de Eduardo García», 4-3-1976, caja n.º 3, Fondo Pedro Sanjurjo, AHUO.

³¹⁵ «¡Crece la solidaridad moral y material con las víctimas del Franquismo!», Mundo Obrero (cabecera roja) 54, junio de 1973.

³¹⁶ Testimonio de Pedro Sanjurjo, Gijón, 15 de mayo de 2015.

³¹⁷ «Comunicado del Partido Comunista de España», Mundo Obrero (cabecera roja) 59, noviembre de 1973.

³¹⁸ Programa del Partido Comunista de España-Aprobado por su IX Congreso, PCE (VIII-IX Congresos), noviembre de 1973 pp. 20-21.

³¹⁹ Ibíd., p. 23.

³²⁰ Ibíd., p. 14.

³²¹ Ibíd., pp. 31-32.

³²² Ibíd., p. 29.

³²³ «Actividades de nuestras organizaciones», Mundo Obrero (cabecera roja) 60, diciembre de 1973.

³²⁴ «A la opinión pública», Verdad (cabecera roja) 13, noviembre de 1974.

³²⁵ «Comité coordinador de solidaridad y lucha de Asturias», Asturias, 1974, Archivo Personal de Rubén Díaz.

³²⁶ Valentín Brugos: «La izquierda revolucionaria...», p. 487.

³²⁷ «Editorial», Verdad (cabecera roja) 15, enero de 1975.

³²⁸ Testimonio de Pedro Sanjurjo, Gijón, 15 de mayo de 2015.

³²⁹ Pedro Sanjurjo: Memorias de Pedro Sanjurjo..., p. 82.

³³⁰ «Somos las fuerzas sanas del comunismo», Asturias Semanal 380, 4-10 de diciembre de 1976.

³³¹ «Lo que Portugal enseña a España», 1975, caja n.º 5, Fondo Pedro Sanjurjo, AHUO.

³³² Ibíd.

³³³ Ibíd.

³³⁴ Testimonio de Vicente Rodríguez Terente, Gijón, 10 de marzo de 2014.

³³⁵ Rubén Vega: CC. OO. de Asturias en la transición y la democracia, Oviedo, Graf. Careaga, 1995, pp. 86-87.

³³⁶ Testimonios de Pedro Sanjurjo, Gijón, 15 de mayo de 2015; Mario Huerta, Gijón, 4 de junio de 2015; Rubén Díaz Cueto, Gijón, 11 de marzo de 2014.

³³⁷ «Luchas y experiencias de la clase obrera: ¿existen o no existen las Comisiones Obreras?», Mundo Obrero (cabecera roja) 5, primera quincena, marzo de 1972.

³³⁸ Una muestra de esas visiones críticas se puede encontrar en los siguientes artículos de Verdad (cabecera roja): «Nadie engañó a nadie», 1, agosto de 1973. «La solución está en las Comisiones Obreras», 8, abril de 1974. «Firma del convenio colectivo en Constructora Gijonesa», 10, junio de 1974.

³³⁹ «Puntualizaciones», Verdad (cabecera roja) 1, agosto de 1973.

³⁴⁰ Rubén Vega: CC. OO. de Asturias en..., p. 49.

³⁴¹ Rubén Vega: «El antifranquismo asturiano entre el final de la dictadura y el cambio de régimen», en Rubén Vega (coord.): El movimiento obrero en Asturias durante el franquismo 1937-1977, Oviedo, KRK, 2013, p. 465.

³⁴² Testimonio de Rubén Díaz Cueto, Gijón, 11 de marzo de 2014.

³⁴³ Eduardo García: «Carta del 4 de Marzo de 1976», caja n.º 3, Fondo P. Sanjurjo, AHUO.

³⁴⁴ José Fernando Mota Muñoz: «La huelga de los 21 días de 1977. Conflictividad en la construcción de Barcelona durante la transición», Historia, trabajo y sociedad 1, 2010, p. 50.

³⁴⁵ «Encuesta realizada al Comité de Asturias del PCE», 1977, caja n.º 3, Fondo Pedro Sanjurjo, AHUO.

³⁴⁶ Ibíd.

³⁴⁷ «A los CP del PCE (VIII-IX) en Madrid y Asturias», 1976, caja n.º 3, Fondo Pedro Sanjurjo, AHUO.

³⁴⁸ «Sobre las elecciones sindicales», Mundo Obrero (cabecera roja) 109, enero

de 1978. «Un primer balance de las elecciones sindicales», Mundo Obrero (cabecera roja) 111, febrero-marzo de 1978.

³⁴⁹ «Reunión sindical», Verdad (cabecera roja) 28, diciembre de 1977.

³⁵⁰ Testimonio de Pedro Sanjurjo, Gijón, 15 de mayo de 2015.

³⁵¹ «Encuesta realizada al Comité de Asturias del PCE», 1977, caja n.º 3, Fondo Pedro Sanjurjo, AHUO.

³⁵² Testimonio de José Manuel Álvarez, Pravia, 12 de marzo de 2014.

³⁵³ Pedro Sanjurjo: Memorias de Pedro Sanjurjo..., p. 84.

³⁵⁴ Testimonio de Pedro Sanjurjo, Gijón, 15 de mayo de 2015.

³⁵⁵ Testimonio de Vicente Rodríguez Terente, Gijón, 10 de marzo 2014.

³⁵⁶ «Amistad», Juventud 2, febrero de 1978.

³⁵⁷ Testimonio de Mario Huerta, Gijón, 4 de junio de 2015; Andrés Huerta, Gijón, 1 de junio de 2015; Celestino Cueto, Gijón, 2 de junio de 2015; y Pedro Sanjurjo, Gijón, 15 de mayo de 2015.

³⁵⁸ [Pedro Sanjurjo: Memorias de Pedro Sanjurjo..., pp. 95-96.](#)

³⁵⁹ [«Carta al camarada Sánchez», Madrid, 4 de enero de 1979, Archivo de Eduardo García López.](#)

³⁶⁰ [Valentín Brugos: «La izquierda revolucionaria...», p. 492.](#)

³⁶¹ [Eduardo Abad García: «Votai a Asturias. El nacimientu fai cuarenta años de la izquierda asturianista», Atlántica XXII 51, julio de 2017, pp. 51-53.](#)

³⁶² [Testimonio de Xosé Lluís Carmona, Gijón, 28 de enero de 2014.](#)

³⁶³ [«Ante las próximas elecciones», s/f, caja n.º 3, Fondo Pedro Sanjurjo, AHUO.](#)

³⁶⁴ [Testimonio de Pedro Sanjurjo, Gijón, 15 de mayo de 2015.](#)

³⁶⁵ [«Puntualizando», Verdad \(cabecera roja\) 26, junio de 1977.](#)

³⁶⁶ [«Asturias: gran asamblea de la juventud comunista de España», Mundo Obrero \(cabecera roja\) 9, septiembre de 1977.](#)

³⁶⁷ «Resolución del Comité Provincial de nuestro Partido en Asturias», Mundo Obrero (cabecera roja) 9, septiembre de 1977. Pedro Sanjurjo: Memorias de Pedro Sanjurjo..., p. 78.

³⁶⁸ «Algunos datos sobre los órganos de dirección del P.C.E (VIII-IX)», Mundo Obrero (cabecera roja) 115, 20 de mayo de 1978.

³⁶⁹ «Encuesta realizada al Comité de Asturias del PCE», 1977, caja n.º 3, Fondo Pedro Sanjurjo, AHUO.

³⁷⁰ Luis Pérez: El comunismo carpetóvetónico de Sánchez Montero al calor del antisovietismo, febrero de 1977, PCE (VIII y IX Congresos), p. 14.

³⁷¹ «Junto a la tumba de Agustín Gómez», Estrella Roja 24, julio-agosto de 1977.

³⁷² «Ceso de latir el corazón de un gran dirigente comunista y obrero, de nuestro entrañable camarada Agustín Gómez», 21 de noviembre de 1975, caja n.º 3, Fondo Pedro Sanjurjo, AHUO.

³⁷³ «Hace dos años murió Agustín Gómez», Mundo Obrero (cabecera roja) 107, noviembre de 1977.

³⁷⁴ «En recuerdo de Agustín Gómez», Mundo Obrero (cabecera roja) 122, enero de 1979.

³⁷⁵ [Por señalar un par de ejemplos: Fermín Lizcano: «Camarada Agustín», Estrella Roja 21, noviembre de 1976. V., «Al camarada Agustín Gómez», Verdad \(cabecera roja\) 22, febrero-marzo de 1976.](#)

³⁷⁶ [Pedro Sanjurjo: Memorias de Pedro Sanjurjo..., p. 86.](#)

³⁷⁷ [«Documento final del X Congreso del Partido Comunista de España \(VIII-IX\)», Mundo Obrero \(cabecera roja\) 110, extraordinario, enero de 1978.](#)

³⁷⁸ [«Carta del Comité regional de Asturias del P.C.E \(VIII-IX Congresos\)», 15 de abril de 1978, Sama, Archivo Personal de Eduardo García López.](#)

³⁷⁹ [«Al primer Secretario del Partido comunista de España \(Congresos VIII y IX\) camarada Eduardo García», s/f, Archivo Personal de Eduardo García López.](#)

³⁸⁰ [«Carta de Jaime a la redacción de Mundo Obrero», 8-5-1979, Barcelona, Archivo Personal de Eduardo García López.](#)

³⁸¹ [«Carteles: del Congreso VIII y IX del Partido Comunista de España», caja n.º 8, Fondo Pedro Sanjurjo, AHUO.](#)

³⁸² [Una buena muestra de la propaganda de esta organización se puede encontrar en la colección de pegatinas de Miguel Sánchez, que recoge 49 modelos entre 1976 y 1980, en línea: <<http://www.pegatinasmiguel.com/coleccion/index.php?album=COMUNISMO/PCE%20VIII-IX>> \(consulta: 12/01/2020\).](#)

³⁸³ Una semblanza biográfica de Roberto Marcano sobre sus orígenes y su papel en la Familia Telerín se puede ver en «Conversaciones con la Historia: Roberto Marcano Maguna Celaya», TMEX, 2014, en línea: <<https://www.tmex.es/conversaciones-con-la-historia-roberto-marcano-magunacelaya/>> (consulta: 12/01/2020).

³⁸⁴ En el primero número de 1979 aparecía en portada una felicitación del nuevo año en nombre del partido, así como otra ilustración de cuatro hombres junto a cuatro banderas que representaban a un andaluz, un vasco, un catalán y un castellano. «El proceso autonomista catalán», Mundo Obrero (cabecera roja) 122, enero de 1979. En otros números también se reproducían composiciones típicas del realismo socialista, aunque en ocasiones sus creaciones eran más innovadoras. Como, por ejemplo, una en la cual se puede ver una vaca que simboliza la economía capitalista amamantando a tres gordos bebés que simbolizan a Estados Unidos, Japón y el Mercado Común, mientras la CEOE observa la dantesca escena. «La trilateral», Mundo Obrero (cabecera roja) 126, mayo de 1979.

³⁸⁵ «A Paco, Antonio y demás camaradas de la delegación del CC en el exterior», 30 de abril de 1979, Madrid, Archivo Personal de Eduardo García López.

³⁸⁶ «Notas manuscritas de P. Sanjurjo en el X Congreso», caja n.º1, Fondo Pedro Sanjurjo, AHUO.

³⁸⁷ Ibíd.

³⁸⁸ «Declaración de Eduardo García a la prensa asturiana», Mundo Obrero (cabecera roja) 3, febrero-marzo de 1978.

³⁸⁹ «Vicente Álvarez Areces del C.R de Asturias del PCE (de Carrillo), pone al descubierto la crisis de su Partido», Mundo Obrero (cabecera roja) 5, 10 de abril de 1978.

³⁹⁰ «Fragmentos del informe del CC al X Congreso», Mundo Obrero (cabecera roja) 2 (110), extraordinario, enero de 1978.

³⁹¹ «La crisis en el partido de Carrillo», Mundo Obrero (cabecera roja) 113, abril de 1978. «Carrillo Maniobra», Mundo Obrero (cabecera roja) 121, diciembre de 1978.

³⁹² «Reunión de militantes del PCE que se oponen al carrillismo», Mundo Obrero (cabecera roja) 117, julio de 1978.

³⁹³ «Ante el referéndum constitucional, campaña por la abstención», Mundo Obrero (cabecera roja)13, diciembre de 1978.

³⁹⁴ «Lo que demuestra el referéndum», Mundo Obrero (cabecera roja) 121, diciembre de 1978.

³⁹⁵ «Por la unidad de los comunistas», Mundo Obrero (cabecera roja) 121, diciembre de 1978.

³⁹⁶ «¡Por fin! El Partido Comunista de España –VIII y IX Congresos– ha sido

inscrito en el registro de asociaciones», Mundo Obrero (cabecera roja) 128, julio-agosto de 1979.

³⁹⁷ «Sin libertad para el PCE (VIII-IX) y otros partidos democráticos en no habrá libertad en España», Mundo Obrero (cabecera roja) 111, febrero-marzo de 1978, PCE (VIII-IX Congresos). «Antidemocrática decisión», Mundo Obrero (cabecera roja) 117, julio de 1978.

«La legalización del PCE (VIII y IX Congresos) cuestión de honor para los partidarios de la democracia», Mundo Obrero (cabecera roja) 118, septiembre de 1978.

³⁹⁸ José Lozano Morales: «A la opinión pública», Yecla, julio de 1979, Archivo Personal de Eduardo García López. «Carta a Antonio», Munchenstein, 8 de junio de 1979, Archivo Personal de Eduardo García López.

³⁹⁹ «II Conferencia regional del PCE (VIII-IX) en Asturias», Mundo Obrero (cabecera roja) 126, mayo de 1979.

⁴⁰⁰ «¡Con Vietnam!» y «Gran acto de solidaridad con Vietnam en Madrid» en Mundo Obrero (cabecera roja) 124, marzo de 1979.

⁴⁰¹ «Carta de Jaime a la redacción de Mundo Obrero», 8 de mayo de 1979, Barcelona, Archivo de Eduardo García López.

⁴⁰² «Carta al embajador de Vietnam», 24 de febrero de 1979, México, y «Carta al

embajador de China», 24 de febrero de 1979, México, Archivo Personal de Eduardo García López.

⁴⁰³ «Carta a Antonio», Madrid, 27 de marzo de 1979, Archivo Personal de Eduardo García López.

⁴⁰⁴ «En relación con las elecciones», Mundo Obrero (cabecera roja) 123, febrero de 1979.

⁴⁰⁵ «Una alternativa unitaria», PCT, 1979.

⁴⁰⁶ «Comunicado conjunto», Mundo Obrero (cabecera roja) 124, marzo de 1979.

⁴⁰⁷ «Carta de Paco», 1 de abril de 1979, París, Archivo Personal de Eduardo García López.

⁴⁰⁸ «Carta a Pedro y Modesto», 29 de mayo de 1979, Madrid, Archivo Personal de Eduardo García López.

⁴⁰⁹ «A Paco, Antonio y demás camaradas de la delegación del CC en el exterior», 30 de abril de 1979, Madrid, Archivo Personal de Eduardo García López.

⁴¹⁰ «Carta a José Lozano Morales», Madrid, 29 de abril de 1979, Archivo Personal de Eduardo García López.

⁴¹¹ El Secretariado del Comité Central del PCE (Congresos VIII-IX), «Informe del proceso de unidad de las elecciones municipales (3 de abril de 1979) hasta el día de hoy», 2 de septiembre de 1979, Archivo Personal de Eduardo García López.

⁴¹² Esta cuestión que se reproduce a continuación se puede ver de forma monográfica en Eduardo Abad: «El otoño de Praga...».

⁴¹³ «Carta a Sánchez», 4 de enero de 1979, Archivo de Eduardo García.

⁴¹⁴ «Carta a Félix Valero», 25 de mayo de 1979, Archivo de Eduardo García.

⁴¹⁵ «De las elecciones municipales hasta hoy», Secretariado del PCE (VIII-IX), 2 de septiembre de 1979, Archivo Personal de Eduardo García.

⁴¹⁶ Ibíd.

⁴¹⁷ «Carta a Ambou», 17 de septiembre de 1979, Archivo Personal de Eduardo García.

⁴¹⁸ «Carta a José Sánchez», s/f, Archivo de Eduardo García.

⁴¹⁹ «Carta a los camaradas Paco y Antonio», 24 de octubre de 1979, Archivo Personal de Eduardo García.

⁴²⁰ Ibíd.

⁴²¹ Ibíd.

⁴²² «En la recta final de la unidad», Mundo Obrero (cabecera roja) 135, marzo de 1980.

II. LA SEGUNDA OLA DISIDENTE

LA OPOSICIÓN AL VIII CONGRESO DEL PCE

Dentro de la cultura política comunista, la celebración de un congreso del partido era vivido por la organización como un evento central y extraordinario.¹ Un ritual organizativo que debía celebrarse periódicamente y marcaba el paso de una vieja etapa que concluía a una nueva etapa que comenzaba. Por lo tanto, se trataba de un acontecimiento de mucha trascendencia orgánica, un auténtico rito de paso colectivo. Sin embargo, durante mucho tiempo este evento estuvo ausente de la vida política de los comunistas españoles, fruto de las duras condiciones de la represión franquista. Desde 1932 hasta 1954 no se convocó ningún congreso, pues el V debía tener lugar en 1936, pero la sublevación militar lo desaconsejó. José Sandoval recuerda en sus memorias el orgullo que le produjo poder ser delegado en el V congreso y también las fuertes medidas de seguridad adoptadas por la organización: «Así y todo se dio la noticia de su celebración tres meses más tarde, cambiando incluso la fecha en que había tenido lugar, para mejor protección de los delegados que habían llegado de España y mayor despiste de los sabuesos franquistas».² Los congresos estaban estrechamente vinculados con el futuro de la organización, lo que solía enfocarse colectivamente con ilusión y esperanza. De esta manera recordaba Higinio Canga el recibimiento de la celebración del V Congreso del PCE en 1956, el primero tras la guerra, a través de las páginas de Mundo Obrero: «Los comentarios que, entre unos y otros, levantaba la celebración del mismo, eran optimistas. Veían en sus deliberaciones la confirmación de que estábamos en la mejor línea de “salida”, para lanzarnos a la conquista de nuevas posiciones que solo podrían conducir al derrocamiento de la odiada dictadura...».³

Sin embargo, los congresos también eran indicadores del paso del tiempo, lo que dentro de la cultura política comunista se asociaba con la noción militante de la historia de la organización. En la cosmovisión comunista era muy importante la noción de progreso como parte de una concepción más profunda de «sentido histórico».⁴ Por eso, las narrativas orgánicas insistían en construir un relato épico de la memoria inmediata en el cual el partido avanzaba de forma constante en su lucha hacía los objetivos marcados a pesar de los continuos problemas que sus enemigos generaban a su paso.⁵ En este tipo de narrativas oficiales, el congreso

era concebido también como un momento decisivo por la importancia que revestía para su proyecto político y para toda su comunidad militante. Y es que, más allá del relato, esos momentos concretos tenían a la larga una influencia decisiva en la militancia. Por una parte, eran la máxima expresión de la democracia partidaria: donde se reunían los delegados elegidos democráticamente por la organización para poner en común las enmiendas a los documentos y elegir a su nueva dirección. Por otra, se trataba de un cónclave donde también se decidía la línea política del partido, lo que iba a tener una influencia directa en la vida de sus militantes durante los próximos años. Todo esto estaba, además, íntimamente relacionado con la vertebración de la comunidad militante a través de la interiorización de las reglas del centralismo democrático como uno de los rasgos diferenciadores de su identidad.

Durante la dictadura franquista el PCE desarrollaba su actividad organizativa en la más estricta clandestinidad.⁶ Eso obligaba a adaptar las condiciones del centralismo democrático para garantizar la supervivencia de la organización frente a la represión del régimen, quien, entre otras cosas, podía detener a su vuelta a los miembros del interior que habían acudido a los congresos celebrados fuera de España.⁷ La metodología empleada normalmente para la elaboración de los documentos congresuales consistía en la formación de comisiones, el debate entre miembros del CC y la participación indirecta de la militancia. Para que esto último fuera posible sin que los militantes siquiera supieran que se iba a celebrar el congreso, solía comprobarse el sentir de la organización al calor de los documentos y resoluciones que iba publicando la dirección y que estaban, de alguna manera, relacionados con los documentos finales. Aunque a todas luces no era la forma más democrática de participación, así lo justificaba Fernando Claudín con respecto a los pormenores que tuvieron lugar para la celebración del VI Congreso en 1960:

Si hubiéramos sometido abiertamente a la discusión del Partido un proyecto de Programa como tal, inmediatamente se hubiera pensado, en el Partido y fuera de él, incluida la policía, que estábamos preparando el Congreso y éste no hubiera podido celebrarse. El XX aniversario del fin de la guerra civil nos proporcionó una buena oportunidad para cubrir nuestros objetivos. Así, el Partido, aunque no ha podido discutir un proyecto formal de Programa, ha tenido la posibilidad de

opinar sobre las tesis y medidas que constituyen el cuerpo central del proyecto que el Comité Central presenta hoy a vuestro examen. De esta manera hemos procurado asegurar el procedimiento más democrático que cabía, dentro de nuestra rigurosa clandestinidad, a la elaboración de un documento de tan gran importancia para el Partido como es su Programa.⁸

Tan solo cuatro años más tarde el propio Claudín reflexionaría de forma bien distinta sobre el ejercicio de la democracia interna en el PCE. El dirigente comunista denunció la ausencia de cauces de participación en el seno del partido en el contexto de las divergencias que Semprún y él manifestaron en 1964 respecto a la línea y los métodos del PCE.⁹ Los orígenes de esta situación, más allá de los condicionamientos de la clandestinidad, también habría que buscarlos en algunos factores históricos:

La casi totalidad de su existencia el Partido la ha pasado en la ilegalidad o semilegalidad, o en condiciones de guerra civil y preguerra civil. No es necesario decir que la ilegalidad es un gran obstáculo para la aplicación de ciertos aspectos de la democracia interna. Por su parte la guerra civil y la lucha guerrillera marcaron profundamente a muchos militantes de las generaciones que hoy juegan el principal papel dirigente en el Partido, inculcando métodos militares de dirección de los que no todos se han liberado completamente.¹⁰

Dentro de esta situación de estricta clandestinidad, el PCE celebró cuatro congresos en total. Es decir, que en los largos cuarenta años de dictadura este evento central de la vida partidaria tuvo lugar tan solo en cuatro ocasiones. Sin embargo, de todos los congresos celebrados, el VIII (París, 1972) fue el único que tendría amplias repercusiones disidentes. Su celebración puede ser considerada como la «zona cero» de la segunda ola. No deja de ser paradójico que una de las principales demandas de la primera ola ortodoxa, la celebración del tan mencionado VIII Congreso, fuera al mismo tiempo el desencadenante de la segunda. Sin embargo, cabe preguntarse por qué los anteriores congresos no habían producido ningún movimiento divergente considerable. El origen de la sumisión a los cambios producidos en el PCE hasta el VIII Congreso hay que

buscarla en la hegemonía de una cosmovisión militante de resistencia. En este imaginario colectivo la disciplina de partido era un valor de primer orden, muy por encima del espíritu crítico. Esto cambiará radicalmente con la incorporación de nuevas generaciones de militantes con un perfil más diverso, una trayectoria cultural más profunda y una cosmovisión de la militancia más abierta.

Estos cambios se insertaban dentro de la línea política que el partido había comenzado a desarrollar muy activamente en 1967 y que afectaban directamente tanto al modelo de organización como a la táctica seguida para acabar con la dictadura franquista.¹¹ Esta paulatina modificación del rumbo es fácilmente rastreable a través de las diversas publicaciones que Carrillo fue editando durante esos años. Precisamente, de 1967 era su libro Nuevos enfoques a los problemas de hoy, donde desarrollaba su propuesta de táctica de alianzas, la cual incluía un llamamiento a aquellos sectores «evolucionistas» del régimen, diferenciándolos de los «ultras».¹² Del mismo año también data Un futuro para España, en el cual la dirección del PCE presentaba su propuesta de la «Alianza de fuerzas del trabajo y la cultura».¹³ Esta propuesta exageraba la importancia de la intelectualidad progresista en la lucha contra Franco, sin embargo, pretendía recoger la nueva realidad española, en la cual se estaba produciendo un aumento de la inquietud de estos sectores sociales.¹⁴ No obstante, esta propuesta se distanciaba de la política de alianzas clásicas postuladas por los comunistas. Estos dos libros incluso tienen su antecedente en Después de Franco, ¿Qué?, publicado en 1965. Era en esta adaptación del informe que Carrillo presentó al VII Congreso del PCE donde se formulaba por vez primera la famosa fase de la «democracia política y social». Esta etapa era concebida como una fase intermedia e inmediata al derrumbe del Franquismo que tendría un carácter antimonopolista. Por su ambigüedad, algunos comunistas entendieron que suponía, de facto, la aparición de un paso más en la escalada de los periodos distintos que la clase obrera debía dar hasta llegar a la meta final: el comunismo.¹⁵

Continuando con esta tendencia, en 1969 la dirección del PCE formuló, por primera vez, la política del «Pacto para la libertad». Esta nueva propuesta continuaba la línea impulsada a mediados de los sesenta, pero iba un paso más allá respecto a su ambigüedad. En esta ocasión, el partido lanzaba un

llamamiento a ciertos sectores del régimen a los que consideraba «centristas» y a la burguesía del país. «El Partido Comunista invita a todas esas fuerzas sin discriminación alguna, a entrar en contacto, a examinar en común las posibilidades de establecer un pacto para la libertad».¹⁶

En todo caso, siete años después de la celebración del VII Congreso, finalmente, tuvo lugar en julio de 1972 la realización del VIII congreso a las afueras de París. Este fue el último que se realizó en la clandestinidad, pues el posterior IX Congreso se celebró públicamente en Madrid durante 1978. El objetivo por parte de Carrillo era asegurar el fortalecimiento de los nuevos cuadros del partido cooptados tras la expulsión de los ortodoxos y trazar una táctica efectiva para la consolidación de un nuevo rumbo político en la línea del Partido Comunista Italiano.¹⁷ Así mismo, el congreso también se convirtió en un momento importante para la organización, que de esta forma confirmaba el heterodoxo rumbo impulsado por Carrillo desde hacía unos años. Entre las nuevas propuestas destacan varias cuestiones clave. Por una parte, la ratificación de una política de alianzas muy amplia en nombre del «Pacto para la libertad», dispuesta a sacrificar los aspectos más transformadores de su política antifranquista en aras de la confluencia con la burguesía y sectores franquistas para asegurar una salida democrática a la dictadura: «el centrismo puede contribuir a minar aquellas instituciones y leyes, a abrir ciertas brechas en el búnker». Además, consideraban que, aunque era necesario ser críticos con todos los sectores del régimen, también era necesario mantener la mano abierta hacia ese sector franquista más heterodoxo «sin cerrarse al mismo tiempo al diálogo para impulsarle, de ambas formas, a dar pasos adelante frente a la dictadura».¹⁸

Dentro de estas dinámicas destaca también la incorporación del PCE al bloque que defendía la necesidad de que España se adhiriera al Mercado Común Europeo. Esta posición suponía un cambio de postura respecto a lo que había sido la actitud tradicional de los comunistas españoles ante el proceso de integración europeo. En los documentos del VI Congreso se mostraba la negativa a que España se integrara en organismos «auspiciados por los monopolios europeos y norteamericanos».¹⁹ Sin embargo, aunque oficialmente esta postura continuó durante estos años, comenzaron a deslizarse ciertas posiciones ambiguas de forma posterior a 1962. En ese año tuvo lugar el

conocido como «contubernio de Múnich», que llevaría al PCE a tratar de acercarse a sectores liberales contrarios al régimen.²⁰ El VII Congreso (1965) fue mucho más ambiguo con respecto a esta cuestión en concreto, pues, aunque no se afirmaba con rotundidad, se abría la posibilidad de, que tras la muerte de Franco, un gobierno antioligárquico «podría abordar el estudio de las condiciones de una posible asociación con los organismos económicos europeos».²¹ Además, a finales de los años sesenta el partido ya había manifestado públicamente su postura a favor de la integración en el Mercado Común Europeo, al entender que la confluencia con la «Europa democrática» solo podría tener consecuencias progresistas para España.²² Sin embargo, fue en el VIII Congreso cuando por primera vez unos documentos congresuales incluyeron explícitamente la postura favorable del PCE a que España entrara en el Mercado Común Europeo, eso sí, solo tras la conquista de un sistema democrático en España. Este cambio respondía en buena medida a la necesidad de hacer concesiones a las fuerzas burguesas de la oposición, con la intención de evitar una marginación del PCE en el posfranquismo: «el M.C.E. no es hoy un problema que pueda dividir y enfrentar entre sí a las fuerzas democráticas de nuestro país, que estorbe la búsqueda de un acuerdo para acabar con la dictadura».²³ Aunque también es verdad que en el imaginario del PCE de aquella época no se conformaban con la versión existente del Mercado Común. La dirección del partido apostaba por la posibilidad de reformar las estructuras europeas y convertir la «Europa de los monopolios» en una «Europa socialista».²⁴

El contexto en el cual se produjo este VIII Congreso fue mucho más convulso que los anteriores. Por una parte, la primera ola disidente había sido expulsada de las estructuras del partido, lo que dejaba vía libre a la dirección para realizar los cambios políticos que estimaran necesarios sin encontrarse mucha oposición. Sin embargo, la primera ola también había generado un aumento de la vigilancia interna y la persecución de las posturas disidentes, lo que no facilitaba un clima propicio para el debate o la confrontación de opiniones. Además, el contexto general de la izquierda también había ido cambiando. En 1972, el abanico de la izquierda revolucionaria era mucho más amplio y existían innumerables grupos y partidos que se reclamaban del comunismo al mismo tiempo que criticaban las posturas del PCE.²⁵ Aunque para los militantes forjados en la cultura de la resistencia todos estos grupos no eran más que «izquierdistas»,²⁶ su influencia en las nuevas generaciones se hizo notar. Especialmente, entre los de origen

universitario o entre profesionales liberales que habían sufrido un proceso de radicalización y que, incluso, en muchos casos habían pasado previamente por alguno de estos grupos de la izquierda revolucionaria.²⁷

Para comprender la idiosincrasia de esta nueva ola disidente se hace necesario analizar la situación previa a la celebración de este congreso en julio de 1972. Antes de la celebración ya existía un ligero malestar entre algunos sectores del partido, especialmente entre profesionales e intelectuales. La incorporación de militantes provenientes de nuevos nichos sociológicos permitió la construcción de una mayor diversidad en la composición del PCE, reforzada por la presencia de un importante núcleo de intelectuales, aunque esto a la larga también produjera roces importantes en el interior de la organización.²⁸ El perfil de una parte de estas nuevas incorporaciones tenía componentes perturbadores para la dirección del PCE, ya que se trataba de un militante muy crítico, que se alejaba radicalmente del modelo de resistencia típico de las generaciones que habían conocido la guerra. Así, por ejemplo, el abogado laboralista Héctor Maravall, a comienzos de su veintena, ya contaba con una interesante trayectoria de lucha. Se inició en 1967 en el Frente de Liberación Popular (FLP), para ingresar brevemente en el PCE (i) y acabar integrándose en el PCE dentro de la promoción Lenin de 1970.²⁹ Por su parte, Carlos Delgado había adquirido su formación marxista de forma autodidacta, fruto de una gran curiosidad y un espíritu crítico respecto a la realidad que le rodeaba. Su trayectoria militante había sido hasta ese momento bastante escasa, únicamente había formado parte de la asociación España-Vietnam en la Universidad y después fue miembro fundador de CC. OO. en Artes Gráficas de Madrid. Como dirigente de este movimiento sociopolítico, estaba en contacto diario con miembros del PCE, especialmente con periodistas, y luego se integró en el PCE con la intención de cambiarlo desde dentro:

Yo me doy cuenta de que había un desfase entre la lucha de Comisiones Obreras y la del PCE [...] me lo habían pedido varias veces y me integro en el PCE. Y me integro en el PCE con la estúpida ilusión de introducir un debate sobre los procedimientos, los caminos, la táctica y la estrategia que debería desarrollar el partido comunista como el instrumento más poderoso de lucha antifranquista, que lo era sin ninguna duda –eso ya lo sabía yo sin entrar, además– pero que no

veía que estuviera dando una salida, una perspectiva de lo que yo pensaba que era lo más adecuado y por eso me integro. En el fondo me integro como un disidente.³⁰

Sin embargo, la irrupción de este nuevo perfil de militante crítico no conllevaba la coordinación de este tipo de visiones, cuestión muy complicada en la clandestinidad. Lo que sí había era algunos grupos en los cuales se manifestaban pequeñas divergencias con la línea oficial del PCE y, sobre todo, problemas derivados directamente de cuestiones locales. De tal manera que, en algunos territorios como Madrid, Valencia, Asturias o Canarias, ya existía un sustrato que permitiría la gestación de un movimiento disidente.³¹ Por supuesto, los niveles de crítica iniciales no revestían ninguna radicalidad; se trataba de matices o de pequeños recelos frente a lo que era visto como una moderación en la línea del partido, ante lo que se concebía como el comienzo del agotamiento del régimen.³² Incluso a nivel individual, muchos de estos militantes comunistas pudieron experimentar cómo sus experiencias y la realidad que los rodeaba les hacía estar en desacuerdo con algunas cuestiones. Por ejemplo, Pepe Gálvez, militante del PCE en Valencia, se dio cuenta durante su servicio militar en Melilla de que el PCE estaba minusvalorando la capacidad real del Ejército como poder del Estado y eso le hizo reflexionar sobre la línea de su partido.³³

Los orígenes de estas discrepancias con el VIII Congreso del PCE fueron, por tanto, múltiples. De esta manera, distintos conflictos localizados en áreas muy específicas fueron convergiendo hasta convertirse en una ola disidente. Estas divergencias carecían de la fuerza de una enmienda a la totalidad y, en muchos casos, no dejaban de ser el reflejo del estado de ánimo de una nueva generación de militantes comunistas que veía con recelo los nuevos discursos del partido. En este sentido, tuvo importancia la publicación, en junio de 1972, del primer número del portavoz de la organización de Artes Gráficas del PCE en Madrid, *La voz gráfica*. Esta nueva cabecera estaba dirigida por Carlos Delgado y otros futuros cuadros de la OPI.³⁴ En sus páginas no se confrontaba la línea presentada por el PCE directamente, aunque sí se manifestaba una visión mucho más combativa en la cual, por ejemplo, se presentaban las movilizaciones obreras de Ferrol como una «Huelga General Revolucionaria» donde los antagonismos de clase habrían quedado de manifiesto:

La huelga (sic) del Ferrol ha demostrado que la clase obrera es la única que puede aglutinar en torno a sí a las más amplias capas populares, que siendo la clase más avanzada y la única revolucionaria hasta el fin, debe [...] ampliar el marco de su lucha de clases hasta abarcar no sólo las tareas que la actual lucha por las libertades plantea, sino también por las tareas que la revolución socialista ha de seguir [...] Y por el contrario ¿Qué ha hecho la llamada oposición burguesa? ¿Qué han hecho los destacamentos liberales de la burguesía? Una vez más han demostrado su cara inconsecuente y egoísta.³⁵

El segundo número de La voz gráfica fue publicado en agosto de ese mismo año, prácticamente coincidiendo con la celebración del VIII Congreso del PCE. Aunque muchos militantes se enterarán posteriormente de que este congreso había tenido lugar. En todo caso, este nuevo número volvía a manifestar la presencia de un simbolismo ideológico y una visión crítica. Incluso se apreciaba un mayor radicalismo, que puede calificarse de salto cualitativo, respecto al tono de las críticas a la dirección del partido. Son varios los temas en los cuales se puede apreciar una divergencia muy fuerte con la línea oficial. En primer lugar, las apreciaciones sobre la situación del movimiento obrero eran muy críticas. Por ejemplo, en cuanto a la crisis de CC. OO. en artes gráficas, en sus páginas se podía leer que se debía a los intentos de recuperar «por la vía del legalismo, por la vía de la despolitización, por la vía de la liquidación del carácter revolucionario del movimiento obrero».³⁶ En segundo lugar, la cultura política parecía más cercana al simbolismo de la izquierda radical que a la del propio PCE. Por ejemplo, se insistía mucho en aspectos de la ideología y la formación marxista-leninista: «si se quiere actuar como comunista, se hace inexcusable el estudio, la discusión, el aprendizaje de la ciencia del comunismo, la teoría marxistaleninista».³⁷ Eso no era todo, en otro artículo se describía al partido comunista como una herramienta de la clase obrera para su emancipación total que, al mismo tiempo, se debía al mandato de la propia clase obrera:

La necesidad y posibilidad de dirección del movimiento obrero por el P.C se realiza cuando las masas comprenden y aceptan las enseñanzas del P.C mediante la explicación continua de esto, contada con la práctica de las masas. La

dirección del P.C se ejerce en base a los principios de democracia obrera que mantienen las organizaciones de masas.³⁸

Estas divergencias políticas fueron poco a poco consolidándose en algunos de estos sectores críticos. En este punto comenzaría a profundizarse la crítica de una forma más global. Por ejemplo, la proclamación del Pacto por la Libertad, que planteaba la continuidad de la línea emanada en los anteriores congresos, ya no era vista con buenos ojos. Por lo tanto, las divergencias comenzaron a extenderse e, incluso, se llegaría a poner en duda las «bondades» de política de la Reconciliación Nacional. Todos estos aspectos polémicos estaban produciendo una fuerte discusión política entre algunos grupos de intelectuales y profesionales del PCE. A través de relaciones personales de amigos y conocidos, muchos de ellos contactos de la época universitaria, se fue construyendo una red de comunistas no conformes con las posturas aprobadas en el VIII Congreso.³⁹ Estos militantes comenzaron a denunciar que: «la única y legal interpretación de la ambigüedad política de Pacto por la Libertad fue a partir de ese momento la proclamada y aclamada en el VIII congreso».⁴⁰ En dicho pacto se profundizaban aspectos políticos que ya venían planteados desde mediados de los años cincuenta, aunque estos no fueran necesariamente interiorizados de la misma manera por toda la militancia. Sin embargo, el congreso supuso un lugar de desencuentro con la línea del partido. Por ejemplo, con respecto a la defensa de la entrada de España en el Mercado Común Europeo, que el PCE defendía apelando a un supuesto interés nacional.⁴¹

Paralelamente a la acción disidente de Artes Gráficas, otros grupos también fueron manifestando sus críticas. Algunas denunciaban ciertos aspectos rígidos de la propia praxis militante, lo que en su opinión suponía una merma democrática. Durante el verano de 1972, el Comité Universitario del PCE de Madrid se tuvo que enfrentar a un hecho inaudito en su quehacer diario. Por su organización estaba circulando profusamente un extenso documento que criticaba la forma de funcionamiento del partido y reclamaba una mayor democracia interna para garantizar la participación colectiva de sus miembros. Los autores de dicho documento fueron los universitarios José María Elizalde y Jaime Aznar, quienes lograron despertar el interés de sus compañeros de militancia, que fotocopiaban por su propia cuenta el documento para hacerlo

llegar a terceras personas.⁴²

La celebración del VIII Congreso se convirtió en otro momento importante en los orígenes de esta segunda ola. Como ya se ha explicado, los congresos del PCE solían desarrollarse envueltos en mucho secretismo y consistían en reuniones ampliadas del CC que al final sancionaban las propuestas de la dirección, más que propiciar un auténtico debate político. Tradicionalmente, la militancia del «modelo de resistencia» veía con buenos ojos esta metodología ya que formaba parte de sus pilares identitarios: sacrificio, disciplina, etc. Sin embargo, la llegada de un nuevo modelo de militante crítico al PCE trajo importantes cambios en este sentido.

En el verano de 1972 se había celebrado un nuevo congreso del PCE. Sin embargo, este evento había tenido lugar sin que los afiliados supieran previamente de su existencia. Nada más conocerse la celebración, estos núcleos críticos comenzaron a denunciar que el proceso precongresual había estado plagado de irregularidades. Sus críticas se centraban en la falta de transparencia respecto a la información, a su participación colectiva en el debate de los documentos y a la elección de los delegados. Además, aunque la dirección trató de ocultarlo durante un tiempo, las redes informales de socialización militante hicieron que en Madrid y otros territorios se conociera muy pronto la noticia.⁴³ Lo cierto es que la dirección del PCE oficialmente mantuvo en la ignorancia a las bases del partido hasta que el congreso ya se había celebrado. Una vez más fue la REI la que primero informó escuetamente de la celebración, lo que generaba más preguntas que respuestas.⁴⁴ Para tener más información, los militantes habrían de esperar a la llegada del primer Mundo Obrero de octubre de 1972, que fue dedicado en exclusiva al congreso. En su portada se anunciaba:

Se ha celebrado el VIII Congreso del Partido Comunista de España. La noticia cae así, inesperadamente, por exigencias de nuestra situación. No pudo hacerse ningún anuncio previo, ninguna discusión concreta en torno a las tesis elaboradas de antemano. Es una de las servidumbres impuestas por la ilegalidad que estamos deseando superar. Pero fue el Congreso más representativo, pese a

todo, que ha hecho nuestro Partido [...] Y los problemas tratados venían siendo ampliamente discutidos en todo el Partido en los últimos tiempos, aun sin tesis y sin referencias concretas al VIII Congreso.⁴⁵

Sin embargo, estas explicaciones no convencieron a muchos militantes, más bien todo lo contrario. Muchos de los críticos denunciaban que estas formas poco o nada tenían que ver con la democracia que decía defender el partido. Incluso algunas de las personas elegidas por la dirección para participar en este se enteraron una vez allí de que se iba a celebrar este importante cónclave en la vida de la organización. Esta situación llevaría con el tiempo a un sector de disidentes a criticar muy duramente las formas del congreso. Así lo explicaba Carlos Martínez, dirigente de la OPI en Valencia:

Para comenzar, el VIII Congreso nos parecía ilegal, por la misma manera en que fue convocado. ¿Un ejemplo? Muchos de los delegados del Congreso se enteraron de que aquello era, efectivamente, un Congreso cuando la cosa ya estaba en marcha. Y todavía más. Porque un material como Hacía la Libertad, que es la tesis que presentó el Secretario General al Comité Central y que contaba con más de cien páginas, fue aprobado en una tarde y fue presentada al día siguiente del Congreso...⁴⁶

La justificación de esta postura por parte de la organización se basaba en la necesidad de extremar las precauciones ante una situación de clandestinidad. Sin embargo, esto también implicaba la censura de cualquier contestación interna dentro del partido y configuraba un escenario final de déficit democrático.⁴⁷ Como consecuencia, los sectores disidentes empezaron a organizarse. A finales de noviembre comenzó a circular de forma restringida un manifiesto titulado Crítica y Unidad Comunista. En sus páginas se hacía una condena expresa del VIII Congreso. Este manifiesto impugnaba algunos aspectos políticos de la nueva línea del PCE. Sin embargo, la mayor parte de las críticas se dirigían hacia los aspectos organizativos. Aquellos que habían impedido a la militancia participar con una representación efectiva por medio de delegados:

Lo que hace legítimo a un Congreso es que todos los militantes estén representados EFECTIVAMENTE en él por medio de sus delegados que han de representar a los militantes en el Congreso, los órganos superiores deben hacerlo PRECISAMENTE de entre los camaradas a quienes los mismos militantes, de poder votar, hubiesen elegido. Y claro está que tuviesen la misma opinión sobre los distintos del Partido y fuesen capaces de plantear y defender esa opinión ante el Congreso. Al elegirse así los delegados al Congreso, en él hubieran estado representadas y hubieran contendido entre sí las distintas opiniones legítimas que existen en el Partido, y cada una de ellas hubiese estado representada en proporción a su fuerza real en el Partido.⁴⁸

Contra estas duras acusaciones, la dirección del partido tomó varias medidas. Por una parte, decidió sancionar a los líderes más destacados de esta disidencia. También trató de convencer a sus militantes de las bondades de sus nuevas posiciones políticas. Así, por ejemplo, el primer número de Mundo Obrero de 1973 advertía sobre los peligros que conllevaba ser excesivamente crítico:

Otra actitud llevaría abandonar simplemente el campo al enemigo. En ciertos casos conduce también a dispersar las fuerzas, a multiplicar las cabezas de ratón, como sucede a aquellos que, negándose a aceptar lo que llaman «dictadura de los dirigentes», levantan su propio tinglado, establecen su propia dictadura y campan como auténticos dictadores a la cabeza de insignificantes grupúsculos, creando así mayor confusión.⁴⁹

Sin embargo, estos nuevos sectores críticos poco o nada tenían que ver con aquellas otras fuerzas leninistas, las de la primera ola disidente, quienes habían organizado por su propia cuenta un VIII Congreso en 1971. La segunda ola, cuyo origen estaba en la celebración del VIII Congreso oficial, tuvo unas motivaciones distintas gracias a su composición sociológica. Aunque el detonante para esa disidencia fue el congreso del partido, también existía descontento previo entre varios sectores de la militancia del PCE. De esta manera, el congreso se convertiría en el detonante que aglutinó el descontento que se había ido gestando durante varios años.⁵⁰

Prosiguiendo con el aumento de la actividad disidente dentro de estos núcleos de profesionales, en diciembre de 1972 se publicó un nuevo número de La voz gráfica de veintiuna páginas. En esta ocasión, el portavoz del Comité de Artes Gráficas del PCE estaba dedicado de forma monográfica al VIII Congreso del partido. En su portada se publicaba un amplio artículo en el que se ofrecía una interpretación muy particular de algunas de las conclusiones del citado cónclave. Por ejemplo, se acusaba a la burguesía de haberse convertido en antifranquista tan solo por ser «profundamente antiobrera» y buscar su propia supervivencia. En consecuencia, la tarea de los comunistas en esta coyuntura debía ser:

alterar a nuestro favor la relación de fuerzas burguesía/proletariado; se trata de dar un gran salto hacia adelante en el camino de la revolución socialista [...] aglutinar alrededor de la clase obrera las fuerzas sociales que nos permitan dar al franquismo la salida que corresponde a nuestros intereses. Para cumplir esta misión el VIII Congreso ofrece a la clase obrera a las fuerzas populares y a todo el país su política. Los comunistas gráficos llamamos a los trabajadores de Prensa y A.G a discutir entre si con su partido y con el resto de los trabajadores esta política.⁵¹

Además, este número monográfico mostraba otros planteamientos importantes de los sectores disidentes relacionados con una visión bastante naif de las posibilidades de debate interno que ofrecían las estructuras del PCE. Según sus propias palabras, esta cabecera se proponía convertirse en una tribuna abierta para el debate sobre las conclusiones del VIII Congreso. Aunque se justificaba la escasa asistencia a este, se defendía la necesidad de iniciar una discusión posterior que no solo abarcara a sus militantes sino a todos los trabajadores.⁵² Por otra parte, en un comunicado del propio Comité de Artes Gráficas se hacía un pequeño recorrido por la situación:

Por iniciativa de los propios camaradas, se han organizado reuniones extraordinarias para estudiar los elementos teóricos más directamente implicados en ella, por ejemplo, el «centralismo democrático». En otras, se han elaborado

documentos matizando y discutiendo nuestra resolución, aunque reafirmando sus conclusiones finales. Esto nos parece el camino correcto para salir de la situación de despolitización en que actualmente se encuentra gran parte de nuestro partido. Sin embargo, en algunos camaradas ha prevalecido los viejos métodos y la discusión se ha soslayado escudándose en subterfugios formales. El más socorrido es que no podía discutirse las conclusiones del Congreso mientras no tuviéramos en nuestras manos todos los documentos [...] Este viejo defecto traído normalmente aparejado el viejo perjuicio estalinista de considerar la discusión política como un mero proceso formal [...] Contrariamente, nuestros propios principios marxistaleninistas nos enseñan a considerar la discusión como un proceso en el que, al enfrentarse abiertamente posturas diferentes, se posibilita y enriquece la relación dialéctica del partido con la realidad que pretende transformar.⁵³

Además, el periódico reconocía que la militancia de base aún no tenía en sus manos todos los documentos del congreso. Por eso se permitían elaborar un documento político donde analizaban la realidad española según lo que ellos mismos entendían que planteaba el PCE. El análisis propuesto en las páginas de La Voz Gráfica se centraba en que en España existía un capitalismo monopolista de Estado con una base de capitalismo subdesarrollado. Por ello, era necesario acabar con el franquismo mediante una salida revolucionaria antimonopolística y antioligárquica, aglutinando a la pequeña y media burguesía en torno a la clase obrera para llegar al socialismo gracias a un programa popular. Además, el proletariado debía fijar la consolidación de un bloque popular cuya alternativa de poder sería la fórmula de un gobierno provisional revolucionario, el cual lograría crear las condiciones de una democracia y libertades auténticas.⁵⁴ La reacción del PCE no se hizo esperar. La dirección provincial de Madrid prohibió su difusión «bajo pena de expulsión» y «el Comité responsable fue puesto en cuarentena hasta que se vio obligado a dimitir».⁵⁵ Para estas redes disidentes, estas medidas no hicieron sino reafirmar sus posiciones y radicalizar sus posturas. Sin embargo, «pese a la ingenuidad de algunos de sus planteamientos»,⁵⁶ la política de la dirección fue bastante dura, «prohibiendo la circulación del periódico, sin una sola respuesta razonada, sin polémicas, se trató de acallar la voz de la crítica».⁵⁷

Con todo, los vínculos existentes entre los disidentes eran muy precarios. Además, su posición era un tanto compleja. Aunque aceptaban la línea de su partido, compartían una cosmovisión más radicalizada de la lucha revolucionaria. En opinión de Héctor Maravall, ellos exhibían un «poso de extrema izquierda» y estaban «muy al día de todo lo publicado en marxismo revolucionario, desde economía hasta teorías sobre la toma del poder».⁵⁸ Estas redes se basaban en una afinidad política y, sobre todo, en una sociabilidad muy vinculada al trabajo en CC. OO. o en los colegios de profesionales. Así, por ejemplo, Carlos Delgado afirma que cuando él se incorporó a la militancia del PCE, también lo hizo a un debate que ya existía previamente entre sectores de profesionales sobre el rumbo del partido.⁵⁹ El aglutinante político fue el rechazo a las conclusiones y el modo de realización del VIII Congreso, ya que, según su visión, fue en este momento cuando se empezó a consolidar una línea más «reformista» y se produjo el abandono de los acuerdos tomados en el VII Congreso. Sin embargo, muchos de los testimonios insisten en que antes de eso ya se había generalizado en estos ambientes un creciente espíritu crítico. Por ejemplo, Héctor Maravall señala que en el sector de abogados del PCE ya existía un caldo de cultivo previo, que venía del descontento con que el partido hubiera decidido que la defensa del caso 1001 lo asumieran Gil Robles y Ruiz Giménez. También señala cómo el despacho en el cual trabajaba se había convertido en un espacio de socialización de militantes críticos y disidentes:

El despacho era un lugar donde la gente venía, hablaba, comenzaba a... Venía mucha gente como si fuera un centro social. No te digo a echar la tarde, porque nosotros estábamos trabajando y recibiendo gente, pero había gente que se pasaba casi todas las semanas o más por el despacho. Pues para tomar unas cañas y hablar a la salida o comentar de política. Y se iban generando esas complicidades, por así decirlo y después cuando ya sabes lo del octavo congreso, ya se difunde, pues eso ya se acelera.⁶⁰

Aunque los orígenes de la disidencia al VIII Congreso se dieron en varias partes de España, uno de los más importantes centros de su actividad se situó en Madrid. Al principio tan solo se trataba de un grupo de militantes descontentos que se reunía para discutir sobre el «Pacto por la libertad» y las conclusiones del VIII Congreso. Estas reuniones no sobrepasaban las quince personas y los

asistentes decían representar en total a unas cien.⁶¹ Su impulso estaba concentrado en torno a la organización de Artes Gráficas de Madrid, que lideraban Carlos Delgado y Fernando López Agudín. También destacaban economistas como Antonio Gallifa y Ricardo Lovelace, o los abogados encabezados por Javier Sauquillo y Héctor Maravall.⁶² Por último, estaban los arquitectos, universitarios y personalidades sueltas, pero siempre con un perfil culturalmente superior a la media. Muchas de estas personas tenían sus orígenes militantes en las células de la Universidad.⁶³ El principal factor que unía a estos disidentes era su común rechazo a las conclusiones del VIII Congreso. Carlos Delgado señala la importancia que tuvieron los abogados laboristas como enlace con los distintos sectores a través de CC. OO.:

Se conocía porque eran sectores. Si tú estás en la organización de los abogados del PCE, ¿los conoces todo o no? Más o menos. Yo cuando aparezco allí soy Comisiones Obreras de artes gráficas y soy un intelectual, no soy un obrero, ¡que cojones! Eso es mentira, no soy ningún obrero. Soy un intelectual currante. Lo que pasa es que los contactos se establecen entre amigo de amigo, porque además es algo que surge en varios sectores [...] Yo sé que una vez me dicen, venga vamos a una reunión. Y allí estaba Paco Sauquillo, estaba Gallifa, estaban los médicos... Estaban gente significada que yo los conocía, porque al final amigo mío, todo era clandestinidad, pero de clandestinidad nada.⁶⁴

Del primitivo descontento inicial, el grupo pasó a plantear críticas más globales a la política del PCE, aunque siempre situándose dentro de las estructuras del partido. En este momento, lo que existía era un descontento que se pensaba que era canalizable por medio del debate y la crítica. Sin embargo, sus planteamientos fueron chocando cada vez más frontalmente con lo que para ellos proponía este congreso, que no dejaba de ser la línea oficial del PCE. Según su análisis, las propuestas aprobadas en sus documentos no erosionaban la estructura económica de la burguesía, dejando intacto el sistema capitalista tras derrocar a la dictadura, ya que se pospondría todo a la convocatoria de unas cortes constituyentes. Por lo tanto, la conclusión a la que llegaban no podía ser más negativa: el objetivo de Carrillo era levantar la bandera de la «libertad política pura», no para aliarse con el proletariado sino para aislarlo y manejarlo a su provecho.⁶⁵

Mientras tanto, de forma paralela un gran conflicto estaba sacudiendo la organización valenciana del PCE. Un grupo importante del Comité Provincial se había autoproclamado como «minoría de izquierdas» y había manifestado públicamente sus críticas, mediante la elaboración de un documento colectivo. En esencia, era una crítica a varios aspectos de su nueva línea política oficial recientemente aprobada en el VIII Congreso. De la siguiente manera narraba Carlos Martínez, dirigente de la OPI valenciana, el proceso de surgimiento de la disidencia entre un colectivo de militantes de la organización del PCE en la que militaba:

El verano de 1972 se celebró el VIII Congreso del PCE. Muchos militantes confiaban en la corrección de determinadas desviaciones políticas que, desde hace tiempo, venían observando en la dirección del PCE. A medida que se iban conociendo las resoluciones del Congreso, nos dábamos cuenta que este suponía la apertura de un camino de claudicaciones que, como lo ha demostrado el tiempo, nada más que llevaba al abandono de los principios del leninismo y a la aceptación de una salida a la Dictadura que no tocaba a los inmensos beneficios de los monopolios, los únicos sostenedores del régimen del general Franco. Dado que no va a haber discusión previa a la realización del Congreso, nosotros vamos a tratar de hacerla, aunque fuera a posteriori.⁶⁶

Como consecuencia directa de esa inquietud y malestar, se organizaron varias reuniones para debatir la documentación que iba llegando sobre el VIII Congreso. Algunas de esas reuniones se hicieron de forma muy temprana. Así, por ejemplo, el Comité de Zona M. de Valencia lanzaba prematuramente un documento, que resumía las conclusiones de los debates llevados en su seno, titulado «Crítica al informe y a la resolución del VIII Congreso».⁶⁷ El texto ilustra una síntesis de las posturas iniciales de los disidentes valencianos. Su contenido puede dividirse en dos bloques; el primero criticaba cuestiones de carácter organizativo y el segundo, cuestiones de fondo político.

En el inicio del documento, sus promotores manifestaban ser conscientes de que

les faltaba información sobre el contenido del congreso; ello no impedía que elevaran una serie de críticas sobre aspectos con los cuales discrepaban. En primer lugar, no estaban de acuerdo con el triunfalismo que rezumaba la resolución. Además, opinaban que, frente a la hipotética existencia de críticas al documento, el texto directamente «insulta, con lo cual parece querer invalidarse cualquier crítica posterior».⁶⁸ En relación con esta cuestión, también manifestaban:

no estamos de acuerdo en que no se haya consultado a la base. No hacía falta exponer las razones de la consulta ni que se iba a celebrar un C. (ongreso), pensamos que actualmente se cuenta con otros medios de consulta a la base. Simplemente habría bastado someter a discusión en toda la organización los puntos más clave de nuestra política.⁶⁹

Respecto al uso de la unanimidad por parte de la dirección para justificar la validez del informe, opinaban que «si la unanimidad se debe a la votación en bloque del informe la rechazamos porque no es una forma correcta de votación, ya que no permite divergencias sobre algún punto concreto».⁷⁰ Este comité tampoco veía clara la reelección de todos los militantes que se encontraban en la cárcel y demandaba una explicación sobre este punto en concreto. Además, consideraba que la resolución no era lo suficientemente amplia para utilizarla en la «discusión con las masas».

El otro bloque de cuestiones rechazadas era de contenido más político. Existían cuatro aspectos que causaban una gran desazón entre estos comunistas y sobre los que tenían una opinión divergente: Mercado Común, «centrismo», Pacto por la Libertad y Huelga Nacional. La primera cuestión, y a la que se ponían más objeciones, era la relacionada con el MCE. En su opinión, el cambio de postura obedecía a la política de pactos y no era presentada desde una «perspectiva obrera». Por eso les parecía precipitado pronunciarse a favor de la adhesión al Mercado Común «sin dar alternativas claras». Además, resaltaban que este tema no había sido «discutido con las masas» y tampoco se tenía clara la estrategia global de la clase obrera europea. Por otra parte, afirmaban que, si la adhesión

era inevitable, al menos la clase obrera tendría que imponer algunas condiciones a la burguesía y criticaban el concepto de interés nacional por «ambiguo». Por último, consideraban utópico que el partido planteara que era posible convertir la Europa de los monopolios en la Europa socialista sin dar pistas sobre cómo iba a hacerlo.⁷¹

En lo que respecto a la cuestión del «centrismo», existían muchas dudas sobre cómo enfocar esta cuestión con los trabajadores. Sin embargo, en cuanto al Pacto por la Libertad estaban de acuerdo con él, aunque con ciertos matices. Por ejemplo, consideraban que sería peligroso que el partido dedicara todos los esfuerzos en construir un pacto por arriba, que no tuviera suficientemente en cuenta a la clase obrera. Por último, respecto a la Huelga Nacional pensaban que se dejaba demasiado papel a la espontaneidad y que hacía falta más organización, como evidenciaba la falta de solidaridad activa con los conflictos de Vigo y Ferrol.⁷² El origen del despertar disidente hay que buscarlo también en causas endógenas, fruto de problemas locales. En Valencia, al igual que en Madrid, la base de esta disidencia tiene un perfil muy determinado: profesionales y estudiantes universitarios. En el caso valenciano, el surgimiento de este movimiento fue especialmente fuerte en la organización del PCE en la Universidad de Valencia, donde llegó a ser mayoritario:

La razón ideológica que nos mueve a crear la OPI del PCE es el acuerdo de la dirección del partido en aceptar la incorporación del Mercado Común Europeo (MCE) en el Pacto por la Libertad. Con perspectiva histórica era un acierto, algo necesario. Para los estudiantes de la época, muchos de nosotros de Económicas, la aceptación del Mercado Común Europeo por parte de la dirección suponía aceptar como buena lo que era la Europa de los mercaderes, del capital, y no de los pueblos ni de la democracia económica. Creíamos que el partido se derechizaba.

Había otra razón, esta en clave interna, que afectaba a cómo se dirigía el partido desde la dirección provincial de Valencia, que entonces dirigía Antonio Palomares. La dirección era, para la mayoría de los estudiantes comunistas, una

estructura jerarquizada, formada en el exilio y la emigración, no acostumbrada a la discrepancia interna, y que exacerbaba los problemas, creando gran descontento. La dirección la singularizábamos en Palomares, más habituado a una disciplina de consigna, y formado en el exilio de París. Los estudiantes estábamos acostumbrados a la crítica, el debate en las asambleas, a discrepar y debatir. Era nuestra dinámica cotidiana. Eso no lo aceptaba la dirección. Así, la aceptación del Mercado Común Europeo y las discrepancias internas con la dirección provincial, provocarían la escisión, lo que supuso un «mazazo» para el PCE en la Universidad en 1972-73.⁷³

También en la organización de Alicante el VIII Congreso fue motivo de algunos debates y disidencias. Por ejemplo, José María Giménez acabó dimitiendo del Comité Provincial al considerar que no existía suficiente democracia interna. Por el mismo motivo, también protestaron otro miembro del comité y la célula de estudiantes al completo.⁷⁴ La respuesta de la dirección del partido fue tajante e inmediata. Los documentos del VIII Congreso no eran materiales sobre los que cada uno pudiera «decir lo que se le antoje» y encima esperar que fuera publicado. Al final, los dirigentes más veteranos, ligados al modelo de «militancia de resistencia», tenían una concepción de la disciplina muy férrea que se sintetiza a la perfección en las conclusiones de la carta que un dirigente provincial elevaba a la dirección central: «todas esas ideas burguesas y pequeñoburguesas sobre la democracia son chorradas».⁷⁵

Lógicamente, la dirección del Comité Provincial trasladó al Comité Ejecutivo la resolución de un problema que comenzaba a tener unas dimensiones demasiado grandes y amenazaba con romper el monolitismo del partido en Valencia desde finales de 1972, gracias a la presión de los estudiantes.⁷⁶ El conflicto se fue radicalizando ante la negativa de la dirección de abrir el debate y los disidentes comenzaron a publicar documentos críticos con todo el proceso.⁷⁷ En lo que concierne exclusivamente al VIII Congreso, hay ciertas cuestiones que resulta muy relevante destacar. En el primer documento de la minoría de izquierda del Comité Provincial de Valencia se señalaban diversas críticas de carácter político y organizativo. En lo político, junto a la denuncia de posturas como las del MCE o la orientación del Pacto por la Libertad, aparecían otras nuevas sobre el problema del poder, la relación con otros grupos de la izquierda revolucionaria o

la cuestión nacional valenciana. Incluso, aunque no se trata directamente, sí aparecía una visión muy crítica de los países del socialismo real:

Las deformaciones estalinistas de los países socialistas han sustituyendo al estado (sic) soviético, estado (sic) que incorpora a obreros y campesinos a las tareas de gobierno), por la maquinaria burocrática; Pero la solución no es el parlamentarismo ni el pluripartidismo en el sentido burgués, sino el pluripartidismo en el seno de los órganos de poder de las masas, que estos vuelvan a ser estructura fundamental del estado (sic) socialista, única forma de ejercer la dictadura del proletariado, la democracia más avanzada, porque repetimos, incorpora a las masas a las tareas del estado (sic).⁷⁸

En las cuestiones organizativas, se insistía en la falta de democracia interna. Se demandaba que sus críticas pudieran ser expuestas en una página del órgano provincial y que los miembros críticos del Comité pudieran incorporarse a los debates en sus células, dado que habían sido apartados de la discusión de los documentos del VIII Congreso por el CE. Además, se denunciaban las «oscuras intenciones» que la dirección buscaba con este congreso. Por ejemplo, se resaltaba que:

El VIII C (congreso). solo ha pretendido dar a la oligarquía la impresión de un gran p. de masas unido y monolítico del que no se puede prescindir a la hora de trazar el futuro de España. Por eso que [...] camaradas más críticos e incluso miembros del Comité Central y de C.P no hayan sido convocados aunque tuvieran puestos clave en la lucha en el país. Y también es esta misma la razón de la votación en bloque y de la no discusión por puntos.⁷⁹

Al mismo tiempo, la disidencia al VIII Congreso también estalló en otras organizaciones del PCE. Este fue el caso de Canarias, donde ya se habían producido ciertos problemas internos en el seno del comunismo local tras la disolución de la organización unitaria Canarias Libre a principios de los años sesenta.⁸⁰ Como en el resto de los territorios, en Canarias los encargados de

impulsar esta segunda ola disidente también fueron profesionales como el abogado laboralista Fernando Sagaseta y estudiantes universitarios como Julián Ayala. Así lo recordaba este último en 2017:

El año 1973 fue precisamente el de mi ruptura definitiva con el PCE, por discrepancias con las políticas trazadas en su VIII Congreso. No me fui solo. Conmigo se escindió casi la totalidad de la organización universitaria, que pasó a engrosar el primer núcleo de la OPI, la Oposición de Izquierdas del PCE, en cuya fundación a escala del Estado habíamos participado, como representantes de los comunistas disidentes canarios, Fernando Sagaseta y yo.⁸¹

En el caso asturiano, no existen indicios que atestigüen que existió una disidencia fruto del VIII Congreso a finales de 1972 y principios de 1973. El que más tarde sería el principal dirigente de OPI en Asturias, José Manuel Álvarez Pravia, se encontraba desde 1969 en la cárcel de Carabanchel. Allí comenzó a desarrollar divergencias cada vez mayores con el, gracias a la socialización con un grupo importante de militantes del PCE en la cárcel. Fruto de estas divergencias, llegaron incluso a pedir explicaciones, a través de los abogados, a la dirección del partido sobre el «Pacto para la libertad». Más tarde, comenzó a estar en desacuerdo con la eliminación de otras cuestiones como la «dictadura del proletariado» y otros factores que tradicionalmente se habían considerado como pilares de la identidad comunista.⁸² En todo caso, la formación de una corriente organizada de disidencia tuvo que esperar a su salida de la cárcel y a la realización del servicio militar obligatorio, lo que retrasó a Asturias en comparación con otros territorios.⁸³

Lejos de solucionarse, los problemas continuaron aumentando para el PCE. Héctor Maravall sostiene que la dirección estaba muy desconcertada, pues ellos no tenían el «típico perfil prosoviético», sino que eran intelectuales en los que el «mito soviético» no tenía apenas importancia.⁸⁴ Además, esta rebelión surgía, precisamente, en un nicho sociológico que el partido se había asegurado de privilegiar, dándole mucha atención y potenciando su importancia.⁸⁵ De manera casi inevitable, los distintos grupos disidentes comenzaron a coordinarse,

nuevamente, gracias a contactos previos y a afinidades personales.

CAMBIAR EL PARTIDO DESDE DENTRO. EL PROYECTO DE LA OPI

La formación de la Oposición de Izquierdas del PCE, conocida popularmente como OPI, tuvo lugar en 1973. Sin embargo, la fecha exacta de su constitución ha sido motivo de varias especulaciones, al tratarse inicialmente de un grupo con unas características organizativas un tanto informales.⁸⁶ Como ya se ha explicado, el origen de esta tendencia estuvo en el rechazo a las conclusiones y modo de realización del VIII Congreso del PCE entre sectores profesionales y universitarios. Los orígenes de la OPI como organización tienen lugar en el primer trimestre de 1973. Fue hacia finales de enero de ese año cuando se produjeron las primeras reuniones informales de militantes que trataban de coordinar ese descontento que había producido el VIII Congreso entre profesionales y universitarios. Para lograr extender la red de disidentes, se utilizaron contactos personales, también las propias estructuras del partido y sobre todo de CC. OO. Además, se trató también de expandir su movimiento mediante viajes o incluso aprovechando los desplazamientos a los que como jóvenes se veían obligados en el servicio militar obligatorio. De esta manera, lograron difundir sus planteamientos opositores y expandir su crítica por otros territorios. Desde un punto de vista sociológico, sus filas estaban compuestas mayoritariamente por estudiantes universitarios, profesionales e intelectuales, siendo los contactos con el movimiento obrero en este punto inicial muy escasos.⁸⁷ Fruto de su conversión en una tendencia organizada dentro del PCE, algunos dirigentes fueron llamados al orden y otros fueron apartados de puestos de responsabilidad en el partido. Finalmente, algunas organizaciones, como en el caso de Madrid, Canarias y Valencia, abandonaron prematuramente el PCE. Sin embargo, en muchos casos conservaron a algunos militantes camuflados en el interior de la organización que actuaban como confidentes.⁸⁸ Dentro de la OPI, destacaba el peso de la sección valenciana, donde contaron con importantes cuadros intelectuales, como el economista Antonio Gallifa.⁸⁹

Un paso muy importante para la consolidación prematura de la OPI fue la publicación de un periódico propio. El 15 de junio salió a la luz el primer número de *La Voz Comunista* con una tirada de 1.000 ejemplares. En su portada se hacía una breve síntesis de su historia y objetivos. Dentro de esta narrativa del

pasado, de su autopercepción, destacaban varias cuestiones. Este colectivo se identificaba como un grupo de militantes del PCE orgullosos de su historia. Sin embargo, conscientes de ese legado histórico, asistían alarmados a cómo este era destruido por el aparato dirigente. Además, también se estarían marginando los aportes de las nuevas generaciones de revolucionarios, hasta el punto de que el partido proponía una salida «oportunist» al Franquismo. En este punto inicial, el relato político utilizado era un poco más complejo de lo habitual. En este primer número de La Voz Comunista se puede apreciar un profundo respeto hacía las figuras de Santiago Carrillo y Dolores Ibárruri. De tal manera, que se les consideraba unos buenos dirigentes por su sacrificio y entrega a lo largo de los años. Sin embargo, se señalaba que el problema era otro: el derrotismo de la táctica política planteada por la dirección. Sería ese punto de partida el que llevaría a la dirección a intentar sacar el mejor resultado posible de la hipotética «salida oligárquica» al Franquismo: «apartándose de lo que ansían y esperan miles de revolucionarios que constituyen nuestra vanguardia de combate».⁹⁰

Otra contradicción importante para esta organización era la que entrañaba su sentido como corriente interna. Desde el primer momento, esta cuestión obligó a justificar su propia existencia. En las organizaciones marxista-leninistas se prohibía la existencia de fracciones organizadas por considerar que atentaban contra la unidad del partido. Sin embargo, la OPI manifestaba que los objetivos que habían motivado su surgimiento eran precisamente los contrarios. Con su acción disidente pretendían salvar al partido de la descomposición, promovida por aquellos elementos que no consideraban revolucionarios. Por lo tanto, la OPI no anhelaba crear otro partido, ni escindirse, ni sustituir a los dirigentes del PCE por los miembros de OPI. Esta visión de la forma de solucionar los problemas del partido era lo que ellos sintetizaban en la consigna: «nada contra el partido, todo contra el revisionismo».⁹¹ No obstante, esta máxima pronto se vería refutada por la praxis de la organización. Para empezar, porque la mayoría de sus militantes decidió abandonar el PCE, como fue el caso de la organización en Valencia. Además, la OPI constituía una auténtica organización diferenciada del PCE. Por ejemplo, aunque en 1976 esta organización manifestaba que no tenía una estructura con centralismo democrático, queda constatado que se estructuraban según el modelo leninista celular fuera de las estructuras del PCE.⁹² Carlos Delgado, su principal dirigente, califica aquella doble clandestinidad como una «esquizofrenia pura»:

Nosotros creamos un órgano de expresión, porque resulta que éramos bastantes dentro de lo que cabe, que se llamaba La Voz Comunista. Y luego a mí me venía a pedírmelo el responsable político de mi célula. «¿Oye ha salido ya el nuevo número?». El mismo responsable que luego me terminó echando, que era una excelente persona, por cierto. El sólo cumplía órdenes. Esquizofrenia total. Te perseguía el Franquismo, tenías que escabullirte del partido para que no te pillaran...⁹³

Los distintos testimonios orales que se han podido consultar para este trabajo manifiestan que el propósito colectivo de la OPI era lograr un giro político en el PCE. Por lo tanto, la OPI era una organización cuyo principal objetivo era lograr cambiar la línea del PCE hacia una postura más combativa y revolucionaria. Dentro de la cosmovisión comunista, la organización colectiva al margen del partido es atentar contra el centralismo democrático, lo que de facto supone constituir una fracción. La OPI no era ajena a esta cosmovisión, aunque se legitimaba apelando a que no se cumplía el centralismo democrático, lo que obligaba a buscar otros cauces de participación. En palabras de la militante asturiana Carmen García, se trataba de tener acceso a la información y a la toma de decisiones de las estructuras del PCE. Sin embargo, esta estrategia cada vez se fue quedando más obsoleta por la imposibilidad de llevarla a cabo eficientemente. Los seguidores de OPI seguían insistiendo en presentarse a sí mismos como una corriente interna del partido, pero esto, una vez pasados los primeros momentos, fue cada vez más difícil debido a la expulsión masiva de sus miembros.⁹⁴ Por lo tanto, durante sus tres años de existencia, de 1973 a 1977, la OPI procuró siempre presentarse a sí misma como continuadora de la memoria colectiva del PCE. Según esta visión, su existencia era una respuesta ante los cambios perpetrados por la dirección. Esta explicación de su existencia la podemos encontrar en algunas de sus publicaciones:

Nosotros partimos de una realidad: que hay en España, el grupo por su tradición, vínculos con la clase obrera, experiencias de lucha...etc. que tiene más posibilidades de ser el P(artido) de la clase obrera, es sin duda el P.C.E. Es por eso, y porque nos consideramos militantes de él, por lo que recogemos lo que de

positivo tiene su línea y nuestra lucha va encaminada a cambiar la política de la dirección y esto solo se convierte en lucha contra la dirección cuando esta marcha contra los intereses objetivos del proletariado.⁹⁵

Pese a tratarse de un sector relativamente joven, ellos también reivindicaban varios elementos de la memoria comunista. Se trataba de una generación de militantes que no había vivido episodios centrales en la historia del partido. Ellos mismos tenían clara esta cuestión y, precisamente por eso, se definían como un tipo de militantes más críticos y modernos. Una nueva generación de comunistas que, sin embargo, sí había conocido acontecimientos de la segunda mitad del siglo XX, como el XX Congreso del PCUS, la resistencia vietnamita, el Mayo del 68 o la invasión de Checoslovaquia.⁹⁶ Además, también hay que tener en cuenta la cercanía personal e ideológica con muchos otros militantes de la izquierda revolucionaria. Todo esto hacía que los integrantes de la OPI se vieran como el puente existente entre lo más clásico de la identidad del PCE y lo más innovador de la izquierda radical:

Nosotros nos consideramos herederos de la tradición leninista representada por el P.C.E, y al mismo tiempo consideramos necesaria para la restauración de un auténtico partido leninista el diálogo teórico-político y la colaboración con todos aquellos grupos «izquierdistas» que se marcan la misma tarea de creación de un p. revolucionario, y con la base que aún permanece en el P.⁹⁷

Todas estas cuestiones les hacían poseedores de una identidad aparentemente algo más heterodoxa, lo que los llevaba a chocar con las viejas generaciones del PCE y de los comunistas ortodoxos de la primera ola. Sin embargo, a estos últimos también les unían algunas cuestiones importantes en su disidencia, como, por ejemplo, la defensa de la ortodoxia identitaria que consideraban abandonada por el PCE con su nuevo rumbo político. Aunque, por supuesto, a estas mismas conclusiones llegaran desde unas premisas muy distintas. Para las personas que formaron parte de la OPI, el VIII Congreso se convertiría en el «acontecimiento monstruo» que legitimaba sus prácticas disidentes. Por lo tanto, la memoria histórica de la organización construyó un relato de su trayectoria

militante en el cual el VIII Congreso aparece asociado a un recuerdo traumático: un momento en el cual se consumaba la «traición» de la dirección y este colectivo disidente adquiriría una cosmovisión radicalmente distinta de lo que pasaba en su partido.⁹⁸

Durante una buena parte de su militancia, algunos de estos comunistas llevaron a cabo una doble clandestinidad. La primera estaba motivada por la persecución que el régimen franquista desarrollaba contra el PCE. La segunda, porque su praxis disidente constituía a ojos de la dirección del partido una fracción. Sin embargo, su motivación inicial resultaba bastante básica, simplemente buscaba la discusión efectiva del Pacto por la Libertad y las conclusiones del VIII Congreso. Tan era así que la OPI consideraba que su acción podría influir en los militantes del PCE hasta hacer la situación insostenible a la actual dirección: «Creemos que si damos las consignas correctas, los camaradas del p. que trabajan en movimientos de masas nos seguirán y que su misma práctica les llevará a crear dentro del p. una situación de doble dirección».⁹⁹ Otra cuestión peculiar de la OPI eran sus formas laxas e informales de organización, poco comunes en la corriente comunista ortodoxa. Carlos Delgado, principal dirigente de la OPI, lo resume de la siguiente manera: «Nosotros somos un grupo, la OPI, que desde el principio no tiene reglas, ni normas ni estatutos. Tiene gente con una visión más o menos parecida».¹⁰⁰ Además, desde su nacimiento, la OPI siempre había procurado definirse más en torno a una alternativa política que desarrollar un entramado organizativo propio. Precisamente por eso, no trataron de crear estructuras consolidadas fuera del PCE durante su primera etapa.¹⁰¹

Esta falta de organización tiene que ver con la autopercepción del proyecto de la OPI y con sus objetivos como militantes disidentes. Hubo otro elemento vinculado con el proceso de construcción de su identidad colectiva que es importante resaltar. Esta organización se veía a sí misma a modo de un «ala revolucionaria del PCE». Los militantes del PCE que eran expulsados pasaban automáticamente a ser miembros del «ala externa o pública de OPI».¹⁰² No obstante, el PCE no tuvo la misma actitud con todos los integrantes de este grupo disidente. Héctor Maravall, abogado laboralista y militante madrileño de la OPI, recuerda cómo fue el proceso disciplinario con los abogados de la OPI de Madrid:

La dirección del partido quiso tomar medidas, pero con cautela para no hacer un destrozo. Y porque en aquellos momentos ya se querían quitar toda aquella imagen de dirección autoritaria que no permitía el debate. Habían aprendido mucho de todas las crisis de Claudín y de Semprún y por lo tanto no querían montar un pollo [...] ¿Qué es lo que hicieron con nosotros? Pues, lo que llamábamos de manera cariñosa «meternos en la nevera». Entonces nos dijeron que no nos expulsaban del partido, pero suspendían la militancia durante seis meses. La militancia y la presencia en órganos, porque a todo esto como los abogados españoles teníamos un peso importante la mitad de nosotros estábamos en comités y teníamos una proyección política importante.¹⁰³

Por lo tanto, esta visión como una corriente interna del PCE no resultaba muy realista. De forma muy temprana la OPI tuvo a la mayoría de sus militantes en este «ala externa». En el transcurso de 1974-75, la persecución interna y las expulsiones se empezaron a volver masivas, aunque es verdad que posteriormente se trató de incorporar a algún militante nuevo dentro de las estructuras del PCE para no perder totalmente la conexión con el partido matriz.¹⁰⁴ A la altura de 1976, la mayoría de su militancia se encontraba fuera de las estructuras del PCE¹⁰⁵ y tanto era así que, incluso, se llegaron a dar situaciones confusas para las personas que entraban en la organización. De este modo, por ejemplo, cuando Juan Torres decidió pedir el ingreso en el PCE en Málaga se encontró con que la organización en la que se acaba integrando era la OPI y no el PCE:

Bueno, es que a mí aquello me resultaba un poco incongruente. Mi presencia ahí es muy anómala, pero bueno eso no lo hace uno a título personal. Tú formas parte de un colectivo que como tal había sido expulsado, en Madrid, en Valencia, en Asturias. Ese colectivo había crecido y sus tesis atraían a gente. Es que nosotros éramos una inmediata segunda generación de la OPI. La OPI es inicialmente un grupo interno y va siendo expulsado y en ese proceso tiene también la incorporación de gente que estábamos fuera o que nos sentíamos, entre comillas, del PCE. Yo siempre digo que es un caso anecdótico y singular. Yo siempre digo que entré en política yendo a donde no pensaba que yo iba a ir.

Es anómalo, uno cree que va a entrar en un sitio y termina en otro.¹⁰⁶

Directamente relacionada con la cuestión identitaria estaba la de la autodenominación. Este aspecto resulta un buen indicativo de lo complejo de su autopercepción. La «Oposición de izquierdas» era un viejo nombre conocido dentro de la cultura marxista, aunque no gozaba precisamente de buena fama entre los comunistas ortodoxos. Esta denominación era exactamente la misma que la que León Trotsky y otros dirigentes encabezaron a mediados de los años veinte en el partido bolchevique.¹⁰⁷ Esto podía llegar a ser un factor que generara rechazo entre muchos comunistas, que podían etiquetarlos erróneamente como «trotskistas». Para evitar esta complicación, la OPI se esforzó en aclarar que no existía ningún vínculo ideológico con la OPI de Trotsky. En el primer número de su Boletín en Valencia, se había incorporado una nota donde abordaban esta cuestión. En ella se aclaraba que no había una «identidad de pensamiento, ni tan siquiera de afinidad» entre ambas, más allá de «la voluntad de transformar al P(artido) en la lucha contra la fracción burocrática».¹⁰⁸ Sin embargo, esto no era del todo cierto; incluso en este primer número se hacían varias referencias a Trotsky, cuestión poco frecuente en una publicación editada por militantes del PCE. Un ejemplo de esta anomalía se puede ver en este primer número de la cabecera valenciana, donde aparece una cita de este empleada para justificar la existencia de la OPI: «La disciplina hay que aceptarla en el campo de la acción, no del pensamiento».¹⁰⁹ Por otra parte, por su propia identidad como militantes críticos, los miembros de OPI estaban familiarizados con los textos de Trotsky y de otros trotskistas como Ernest Mandel.¹¹⁰ Además, existen indicios de que incluso en las primeras reuniones de Madrid, donde se discutió la posibilidad de constituir la OPI, hubo presencia de militantes trotskistas.¹¹¹ Por otra parte, de lo que sí se tienen evidencias bien contrastadas es de que durante la primera etapa de esta tendencia disidente existió un interés de los trotskistas sobre lo que estaba pasando con la OPI.¹¹² Incluso algunos grupúsculos reprodujeron artículos suyos.¹¹³ Una buena muestra de ello es la preocupación que algunas publicaciones como Tribuna Obrera o La Aurora dedicaron a esta cuestión. No obstante, ya a la altura de 1974 estos grupos eran hipercríticos con esta organización y denunciaban que la OPI se negaba a romper con el «stalinismo».¹¹⁴

La OPI inició la segunda ola de la disidencia comunista ortodoxa. Una disidencia que reivindicaba los valores de la combatividad bolchevique al mismo tiempo que estaba impregnada de un nuevo espíritu crítico. Sin embargo, en lo que existieron posiciones muy distintas fue en lo relativo a política internacional, especialmente en lo relacionado con los países del socialismo real. Una buena muestra se puede encontrar en la postura mantenida por la OPI frente a la intervención militar de las tropas del Tratado de Varsovia en Checoslovaquia:¹¹⁵

Si únicamente rechazáramos la entrada del Pacto de Varsovia, adoptaríamos una postura derechista al no separar el grano de la paja en el granero renovador checo. Una posición de izquierda exige condenar los dos actos de la tragedia checoslovaca. O mejor dicho, los tres: la opresión burocrática, los renovadores que cojeaban del pie derecho y la intervención neostalinista, de gran potencia, de la URSS.¹¹⁶

Las fuentes orales consultadas para la elaboración de este trabajo confirman que esa doble crítica formaba parte de los principios elementales de la OPI en sus inicios. Así, por ejemplo, el dirigente madrileño Héctor Maravall sostiene que no comulgaban con todo lo que hacía la URSS y estaban rotundamente en contra de la invasión de Checoslovaquia.¹¹⁷ Por su parte, José Manuel Álvarez, Pravia, matiza esa cuestión, añadiendo que: «la opinión de OPI en los años 74-75 era de renuncia a la crítica a la intervención u oposición, que era la posición del PCE fundamentalmente. Y luego, crítica al concepto de socialismo que tenían en Checoslovaquia, o sea Dubcek y compañía».¹¹⁸ Sin embargo, esta organización fue sufriendo una paulatina transformación con el paso de los años, que les fue acercando cada vez más a los otros sectores ortodoxos. Los orígenes de este proceso son descritos por algunos exmilitantes como un mero recurso de pragmatismo. Así, por ejemplo, el economista Juan Torres considera que en la primera etapa la OPI tenía un componente muy crítico hacía los países socialistas, pero que rápidamente esto cambió fruto de una recomposición de la organización en el marco de las posibilidades que ofrecía el movimiento comunista: «fue a medida que la OPI va teniendo cierta posibilidad de, digámoslo así, “éxito” o de cierta relevancia, cuando empieza a hacerse notar. Que empiezan a tenerse contactos con algunos países, con Checoslovaquia».¹¹⁹ Si hubiera que buscar un año para señalar este viraje en su política internacional,

este debería ser 1976. A la altura de ese año, ya era más frecuente encontrar en su prensa firmes apoyos a la política internacional soviética.¹²⁰

No obstante, pese a su rápida evolución en cuanto a la cuestión soviética, el resto de las organizaciones ortodoxas mostraron cierto recelo respecto a este grupo. Su imagen quedó bastante dañada por la actitud mantenida durante su primera etapa de existencia. Además, durante estos años se habían visto involucrados en varios procesos de unificación frustrados, tanto con el PCOE como con el PCE (VIII-IX Congresos). Este aspecto resulta especialmente importante, ya que la cultura comunista incorpora códigos de comportamiento que desbordan lo estrictamente político.¹²¹ Por ello, esta corriente en su conjunto tendía a construir una imagen idealizada de lo que debía ser un militante, basada en una serie de estereotipos que hundían sus raíces en determinados cánones morales propios de la tradición comunista. La figura de los militantes de OPI/PCT, más jóvenes y de extracción no proletaria, era vista con desconfianza por los miembros de los otros partidos. Dentro de esta crítica se valoraba de forma muy negativa la posición mantenida por sus militantes en 1968 respecto a la crisis de Checoslovaquia. Años más tarde, Eduardo García continuaría considerando esta cuestión como un elemento que debía tenerse muy en cuenta: «algunos camaradas de la OPI no tuvieron la posición que correspondía, sino que apoyaron la conducta antisoviética de S[antiago]C.[arrillo]». ¹²²

Sin embargo, si hubo un fenómeno en el ámbito internacional que marcó los orígenes de esta organización, este fue el golpe militar del 11 de septiembre de 1973 en Chile. La caída de Allende supuso para los militantes de la OPI una confirmación de sus tesis políticas: «nosotros defendíamos que la vía reformista al socialismo era inviable porque la burguesía no dejaría que le arrebataran el poder y tristemente la realidad nos dio la razón en Chile». ¹²³ Incluso, para muchos, la brutalidad del golpe de Pinochet supuso un importante impacto personal que actuó como detonante para el inicio de su conciencia política. Así lo recuerda el economista Juan Torres, quien posteriormente sería militante de OPI: «El día que yo me enteré del asesinato de Allende para mí es una convulsión. Yo entro en casa y me lo dice mi hermano y me quedé muy traspuesto». ¹²⁴ Sin embargo, lo importante es el significado político que trascendió a estos acontecimientos:

Plantearse la realización de un programa antimonopolista y antioligárquico, sin plantearse al mismo tiempo el problema del poder no puede llevar más que al fracaso. Lo mismo que proponerse tomar el poder sin cambiar el aparato de Estado que ha sido construido para defender los intereses de la clase dominante. Para un marxista revolucionario, el problema esencial es el del poder, antes del programa o modelo de socialismo. Decimos esto porque la derecha del P.C.E ha presentado el caso de Chile poco menos que como la demostración de que se puede llegar al socialismo por vía pacífica y parlamentaria sin necesidad de lucha armada ni de ruptura con el imperialismo. ¹²⁵

Otro acontecimiento que tuvo un carácter estructurante en la identidad de la OPI fue la revolución portuguesa del 25 de abril de 1974. La Revolución de los Claveles impactó hondamente entre casi toda la militancia, que se identificaba con los valores rupturistas de la revolución lusa. En concreto, dos motivos fueron clave para ello: por un lado, era un ejemplo cercano de que la ruptura democrática era viable y, por otra parte, porque demostraba que un partido ortodoxo también podía tener un papel importante en una crisis revolucionaria.¹²⁶ La línea antimonopolista que preconizaba la revolución portuguesa fue analizada con gran detenimiento en todos sus aspectos, especialmente en cuanto al papel de los militares.¹²⁷ Por eso, los comunistas portugueses quedarían para siempre reflejados en el imaginario colectivo de los comunistas ortodoxos de España.¹²⁸ Los testimonios orales muestran la inmensa ilusión con que se recibió la transformación revolucionaria de Portugal, un acontecimiento que para estos comunistas confirmaba sus tesis políticas:

Me sorprende mucho [...] coincide que también es paralelo a un proceso de discusión interna en el PCE sobre la política de alianzas. Entonces la revolución de los claveles nos entusiasmaba muchísimo porque venía a confirmar algunas de las ideas nuestras de que la caída de la dictadura tenía que ser como un movimiento de masas, no por pactos con la gran burguesía o con fuerzas extrañas como el grupo tácito al que daban una importancia tremenda [...] En ese sentido la revolución de los claveles era algo novedoso porque no había ningún esquema similar en el desarrollo de la historia anterior, no había

paradigma que pudiera reproducir la revolución de los claveles, era novedoso completamente.¹²⁹

La cercanía geográfica facilitó que muchos coches se cargaran de leninistas ávidos de entrar en contacto con los valores del abril portugués, en lo que se puede calificar de un auténtico periodo de «turismo revolucionario». Este fenómeno se extendió por toda España ya que, para estos militantes, la revolución portuguesa era «la esperanza nuestra y de muchísima gente. Mi hermana mayor fue a Portugal justo el año de la revolución, pasó el verano allí. Mucha gente fue a Portugal».¹³⁰ Durante estos viajes se lograba, en muchos casos, entrar en contacto con los comunistas portugueses, a veces incluso compartiendo momentos de ocio y camaradería, como la Nochevieja de 1974 que pasaron Chus y Iosu, militantes de OPI, en la sede lisboeta del PCP.¹³¹ Al poco tiempo, se pasó de los viajes improvisados a las delegaciones oficiales. Los testimonios recabados a este respecto muestran la existencia de expediciones de miembros de las direcciones de OPI cuya misión era recabar el favor del PCP. Allí, eran recibidos y escuchados, aunque sin conseguir el tan ansiado reconocimiento de los portugueses:

En el 75 fui como OPI. Fuimos Guerrero y yo [...] tuvimos una entrevista con un miembro del Comité Central que era de la sección de internacional, le explicamos lo que éramos, tomó nota. Le dijimos cuáles eran nuestras discrepancias con Carrillo, cómo entendíamos nosotros el desarrollo revolucionario en España y nos facilitó mucha propaganda del PCP y nos vinimos p'acá [...] ellos dijeron que ellos tenían sus propios planteamientos, sus propios principios, su propio programa y que era el que estaban dispuestos a defender, que no tenía nada que ver con el programa del PCE y el eurocomunismo.¹³²

A su vez, la OPI también fue manifestando su preocupación por la evolución de la situación portuguesa. Para ello, establecían un interesante paralelismo histórico entre las figuras de Kornilov y Spínola, a la vez que llamaban a la movilización solidaria con Portugal.¹³³ Finalmente, este cambio de ciclo en la

historia del Portugal fue interiorizado por la militancia de OPI como un gran golpe a sus ilusiones revolucionarias. Por eso, en los testimonios de sus exmilitantes queda patente que las enseñanzas que extrajeron de todo este proceso no fueron solo entusiasmo por la explosión revolucionaria, sino también decepción por la contrarrevolución posterior.¹³⁴ Un proyecto que parecía muy ilusionante estaba a punto de desaparecer y eso acabó desembocando en una gran tristeza, como fue el caso de Carmen García:

Cuando cayó el Gobierno de vasco Gonçalves, [...] vamos, yo me pillé un disgusto que lloré como una madalena, porque era ya el retroceso de lo que había sido la revolución de los claveles. Ya era un poco el tener que dar pasitos atrás, ¿eh?, y a tener cada vez más protagonismo el Partido Socialista de Soares. Aun así, el PC de Cunhal tenía una importancia muy notable, pero claro la caída del gobierno de Vasco Gonçalves significaba el comienzo del fin de lo que había significado de progresista la revolución de los claveles.¹³⁵

Sin embargo, la OPI no solo destacó por sus posturas en el marco de los análisis de carácter internacional. Además, se caracterizó por la innovación teórica y el desarrollo de unas formas más intelectuales de disidencia. Su mayor iniciativa política durante estos primeros años fue en la línea del combate ideológico. En julio de 1975 la organización editaría un libro titulado Problemas fundamentales de la revolución española. En sus páginas se recopilaban artículos publicados desde 1973 en La Voz Comunista. En esta síntesis se publicaban ensayos sobre el problema del poder, la democracia, el Ejército, las relaciones con la Iglesia o la estrategia en el movimiento obrero. En sus propias palabras, se trataba de «el resultado, dos años de lucha ideológica por recuperar la política independiente de nuestro partido».¹³⁶ El grupo también desarrolló una interesante apuesta por la democracia directa como forma radical de participación revolucionaria. En el caso concreto de la realidad española de principios de los años setenta, consideraban que la mayor expresión de democracia directa eran las comisiones obreras:

Para la OPI, las Comisiones Obreras son la forma de DEMOCRACIA DIRECTA

creada por el proletariado del Estado Español, en su lucha contra el capitalismo y el fascismo. Son órganos de poder obrero, que afronta la defensa de todos sus intereses: económicos, sindicales, sociales y políticos. Gracias a Comisiones, la lucha obrera ha podido desarrollarse en todo el estado con amplitud. Gracias a Comisiones el protagonismo del proletariado ha podido manifestarse públicamente en la lucha por la libertad. Comisiones Obreras son el instrumento histórico de la lucha revolucionaria del proletariado contra la dictadura de la oligarquía, y por la revolución democrática.¹³⁷

Por eso mismo, criticó incesantemente la evolución estratégica del PCE, declarando su principal enemigo a «la ambigüedad y contradicciones de la política reformista que trata de conciliarse con todas las capas de la burguesía en el contexto de la pugna antagónica entre la oligarquía y el proletariado».¹³⁸ De todas las organizaciones que formaron esta corriente comunista, la OPI fue la que más se esforzó en tratar de desarrollar un corpus teórico y político. El máximo exponente de esta tendencia intelectual se puede ver en las tesis políticas de la organización, escritas en 1976 por su líder Carlos Delgado.¹³⁹ A partir de marzo de 1976 esta organización comenzó a hacer llamamientos a la unidad antifranquista en torno a un programa político para recuperar el protagonismo obrero de la oposición y asegurarse una democracia sin exclusiones en lo económico.¹⁴⁰ En noviembre planteó la formación de la Unidad Democrática de Izquierdas (UDI), una novedosa plataforma que funcionaría como aglutinante de las fuerzas que estaban por la ruptura democrática, independientemente de si estuvieran o no en otros organismos.¹⁴¹ El programa de la UDI tenía unos objetivos rupturistas, como la creación de un gobierno provisional revolucionario, nacionalizaciones antimonopolistas, derecho de autodeterminación mediante referéndum o la revisión de los acuerdos internacionales. También cobraba fuerza la consigna de disolución de los cuerpos represivos y el desmantelamiento de las organizaciones franquistas.¹⁴²

En la OPI también se desarrollaron dinámicas tendentes a la construcción de un liderazgo carismático. Desde luego, la forma de militancia en este colectivo fue muy distinta a la de la primera ola. Sin embargo, como se ha explicado, existen bastantes puntos en común. Por ejemplo, con respecto al papel de los dirigentes y su capacidad de despertar en torno a ellos ciertos sentimientos: admiración, respeto, confianza, ilusión, etc. En este caso, el líder indiscutible de la OPI fue Carlos Delgado (alias Carlos Tuya). Un dirigente cuyas principales cualidades residían en otro tipo de factores. Ya no se resaltaba el heroísmo de su biografía militante. Delgado no había combatido en la Guerra Civil, ni había sido un organizador en la etapa más dura de la represión. Sin embargo, se trataba de un intelectual autodidacta con mucha labia y una gran capacidad para la elaboración teórica. La mayoría de los militantes valoran el haber tenido a Delgado de secretario general de forma muy positiva. Incluso algunos resaltan este hecho como una de las grandes fortalezas de la organización.¹⁴³ Su obra teórica es considerada por ellos, aun hoy en día, como una gran aportación a la teoría

marxista. Carlos Delgado era el responsable de la elaboración de la línea política y programática de la organización. Además, en la práctica era quien llevaba el mayor peso de la redacción de su periódico, La Voz Comunista, y también había sido el único redactor de las tesis políticas de OPI.¹⁴⁴ Esta omnipresencia de su secretario general hasta el grado de identificación de su persona con la organización muestra las limitaciones del proyecto políticoorganizativo. Si bien inicialmente el leitmotiv de su nacimiento había sido demandar mayor democracia interna y también más implicación real de los militantes, esto no ocurría en el día a día de la OPI. De hecho, si comparamos el proceso de debate de las tesis del VIII Congreso del PCE con el proceso por el cual la OPI elaboraba sus documentos políticos, no se observan demasiadas diferencias. Este liderazgo también produjo algunos problemas internos. Por ejemplo, la falta de participación activa y la opaca dirección de Delgado fueron varios de los motivos que propiciaron el abandono de un sector de la organización, como fue el de los abogados del PCE de Madrid en 1975:

Carlos Tuya tenía un estilo muy tajante que de alguna manera era como el de los oficialistas de la dirección del PCE, «por aquí, por aquí, por aquí, por aquí». Ideológicamente no era un hombre flexible, no te voy a decir cuadriculado, pero sí algo dogmático en sus posiciones. Y luego el estilo de Carlos Tuya... es que debía tener treinta años, era bastante joven y [...] no tenía un bagaje militante, tenía un bagaje político-ideológico de su autoformación y eso se nota. La cintura política y la flexibilidad no era lo suyo [...] Un tío brillante pero dogmático también. Y eso en un tipo de gente, como éramos nosotros que buscábamos mayor frescura... pues tampoco era fácil.¹⁴⁵

Paradójicamente, la OPI comenzó a crecer y extenderse de forma paralela a su proceso de expulsión de las estructuras del PCE. Su implantación cada vez abarcaba más territorios, llegando a expandirse a Madrid, País Vasco, Asturias, Andalucía, Castilla y Canarias. Además, la organización no solo trabajaba en la elaboración de un potente marco teórico. Sus militantes continuaron interviniendo en varios movimientos sociales. Por eso la OPI trató de potenciar el trabajo en los distintos «frentes de masas» de la organización: movimiento obrero, estudiantil, vecinal, feminista, etc. Fue entonces cuando su publicación central, con una tirada de 20.000 ejemplares según sus propias fuentes, se

difundía ya fundamentalmente fuera del PCE: «hacia la clase obrera y las capas populares con el objetivo de ganarlas para la lucha revolucionaria y contra el reformismo oligárquico, como única forma de influir sobre los sectores revolucionarios del PCE». ¹⁴⁶

La extensión de la OPI por los distintos territorios se realizó de forma paulatina. No era una tarea sencilla establecer con éxito el germen de la disidencia en las distintas organizaciones del PCE. Sin embargo, aunque existió un nexo común entre todos estos procesos, cada caso concreto tuvo sus peculiaridades. No se trató de una etapa homogénea, sino que se fue haciendo en varios tramos durante el periodo 1973-1975. Sin embargo, ya desde inicios de 1973 comenzaron los intentos de extender la ola disidente. Por ejemplo, en abril de 1973 un militante del PCE de Salamanca enviaba un informe a la dirección central en el cual relataba que un miembro del «grupo escisionista de Valencia» había venido a visitarle a él y a otro militante. Además, informaba de que «su intención es claramente proselitista y tengo noticias de que ha ido también a Valladolid». ¹⁴⁷ Este documento resulta especialmente interesante por tratarse de una etapa muy temprana, en la cual la OPI aún estaba en fase embrionaria. Así, por ejemplo, puede observarse que, incluso, en la propia apreciación del militante que escribe el informe, se caracteriza a la OPI de forma bastante benévola:

Aparentemente almenos (sic) su actividad no es la de cualquier grupo escisionista de combatir el p. etc. Plantean la necesidad de mantener un diálogo con la base del p. y plantean igualmente la posibilidad de incorporarse nuevamente al p. si las causas que les han obligado a escindirse desaparecieran. Al plantearles el problema que supone el debilitamiento del p. y que esto solo favorece a la burguesía manifestaron ser conscientes de ello pero que ante el viraje hacia la derecha y los métodos implantados en el p. se veían en la obligación de tener que abandonar el P. ¹⁴⁸

Uno de los lugares donde primero se constituyó la OPI y donde esta organización llegó a ser más fuerte fue en el País Valenciano. En este territorio, la crisis desencadenada en torno al VIII Congreso del PCE adquirió unas

dimensiones muy importantes, a las que como ya se ha explicado, se sumaron problemas endémicos de la organización levantina. Sin embargo, el primer documento de lo que la dirección calificó de «la fracción de Valencia» apareció a principios de 1973 y estaba firmado como la «minoría de izquierda del Comité Provincial», que según ellos mismos explicaban, representaba a un 38 % de este. Se trataba de un documento de diecinueve páginas donde, a través de cinco puntos, se desgranaban todas sus críticas, tanto organizativas como políticas. Este documento fue la carta de presentación, en marzo de 1973, del grupo de militantes que posteriormente formara la OPI valenciana.¹⁴⁹ En este sentido, lo realmente interesante son las conclusiones del documento, donde explicaban que: «cuando las desviaciones coinciden en una etapa en que los recursos múltiples de la estructura burocrática se utilizan para imponer una política derechista, el trabajo revolucionario dentro del p. se hace imposible». Como consecuencia de este análisis, se realizaba un llamamiento dirigido a toda la militancia comunista de Valencia con el objetivo de abandonar las estructuras organizativas del PCE:

nosotros nos vamos del P.; pero no abandonamos la lucha, nos vamos como condición necesaria para proseguirla [...] Para contribuir a la creación del Partido de la revolución española y de la política que conduzca a esa revolución. El partido de la Revolución Española tiene que surgir de la izquierda del P.C.E. pero asimilando todo lo que de positivo tiene su política y su tradición, y al mismo tiempo evitando caer en el izquierdismo, fácil tentación al salirse del p. [...] Camarada únete a la salida organizada que proponemos. Esta es la única postura que permite la posibilidad de seguir adelante con nuestra política revolucionaria.¹⁵⁰

En una segunda circular del 15 de abril de 1973, esta vez ya firmada como Dirección de la Oposición de izquierdas del P.C.E, la organización insistía en justificar el camino emprendido fuera de las estructuras del PCE. Además, recalca las posibilidades de éxito que podría llegar a tener, dado que su escisión habría sido la primera que no había sido condenada políticamente por la base: «la gran mayoría solo opone que estas lleguen a situaciones de ruptura».¹⁵¹ De la misma manera, también alertaban sobre los riesgos de convertirse en un grupúsculo, por lo que hacían un llamamiento a «forzar su disciplina militante»

y a que se «incorporaran al trabajo de masas»:

Esta radicalización solo tiene sentido allí donde hay masas en lucha y sólo allí tienen eco las denuncias políticas. Para ello es necesario crear lucha. No debemos, pues, desperdiciar ni las más mínimas reivindicaciones, pues el hacernos portavoces de estas, nos ligará a las masas y nos convertirá en dirigentes capaces de hacerles asumir las reivindicaciones políticas, cuya necesidad niega en estos momentos el C.E, al tiempo que plantea que la lucha económica se politiza por sí sola.¹⁵²

La difusión de este tipo de circulares, unido al abandono de la militancia por parte de un gran número de comunistas valencianos, motivó que tanto el Comité Provincial de Valencia como el propio Comité Ejecutivo se vieran obligados a intervenir elaborando varias circulares internas dirigidas a toda la militancia, donde se criticaba esta escisión por «izquierdista» e «infantilista», al tiempo que se apelaba a la unidad del partido.¹⁵³ Este movimiento disidente fue especialmente fuerte en la Universidad de Valencia, donde prácticamente todos los militantes del PCE se pasaron a la OPI. No obstante, en 1974 un sector de la OPI en la Universidad decidió reincorporarse de nuevo al PCE.¹⁵⁴ Durante sus cuatro años de existencia, la OPI en Valencia destacó por tener un importante peso intelectual, gracias a la cantidad de universitarios y profesionales que nutrían sus filas. Además, también logró tener una cierta presencia en el movimiento obrero y en la lucha en los barrios.¹⁵⁵ Por otra parte, la organización estuvo muy involucrada en la defensa de la cultura y la lengua valencianas, contando desde el primer momento con presencia en las tres provincias del País Valenciano.¹⁵⁶

Otro de los lugares donde la OPI logró construir una organización relativamente consolidada fue Euskadi. El principal impulsor de la organización vasca de la OPI fue José Luis Arcocha. Este militante había entrado en el PCE en Asturias durante su etapa universitaria de la mano de Pravia, e igualmente había formado parte de la «Promoción Lenin» del PCE en 1970. Durante su etapa en Asturias, había desempeñado varios puestos de responsabilidad en el partido y el

Sindicato Democrático de Estudiantes. Fue expulsado en la primavera de 1972, junto con todos los militantes de su célula en Bilbao, y tras el VIII Congreso del PCE se puso en contacto con los núcleos madrileño y valenciano de la OPI. Durante 1973, logró impulsar la OPI en Euskadi a partir de unas pocas decenas de militantes.¹⁵⁷ Durante esta etapa, la organización tenía células en Bilbao, Guipúzcoa y Mondragón. El grueso de su militancia estaba formada, fundamentalmente, por profesionales, estudiantes universitarios y trabajadores jóvenes, todos ellos fuera de las estructuras del PCE.¹⁵⁸ La organización tenía presencia en el ámbito sindical dentro de CC. OO., donde destacaba Luis Elberdin, trabajador de Estándar Eléctrica, que era jurado de empresa.¹⁵⁹ La organización lanzó en febrero de 1977 su propio órgano de expresión, Euskadi Gorria, que se presentaba ya como el órgano de expresión de Euskal Komunistak, continuador de la OPI:

Euskal Komunistak surge de un proceso de maduración de experiencias políticas llevadas a cabo en Euskadi por O.P.I. (Oposición de izquierdas), pretendiendo llenar el vacío político que históricamente le hubiera correspondido al P.C.E y que por su abandono de los principios del MarxismoLeninismo no ha hecho.¹⁶⁰

Un caso bastante interesante, por sus amplias peculiaridades, fue el del surgimiento de la OPI en las Islas Canarias. En este territorio, el movimiento de oposición llegó a tener bastante importancia por su fuerte organización en ambientes universitarios. Sus antecedentes se encuentran en la crisis del PCE canario durante los años sesenta, influidos por el nacionalismo insular y por los problemas planteados debido a la acción represiva de las autoridades franquistas.¹⁶¹ Sin embargo, lo cierto es que el origen de la OPI canaria nace en 1972 con la llegada de los documentos del VIII Congreso. Fue en este momento cuando se desató un amplio movimiento contestatario dentro de la organización en las Islas. Uno de los puntos de divergencia era el modelo de partido. La apuesta del PCE por convertirse en un «partido de masas» se entendía por muchos comunistas canarios como la puesta en marcha de: «un partido muy abierto, con un criterio de selección mínimo, con una tendencia en esa posición de Partido, fundamentalmente electoral».¹⁶² En cuanto a su composición, fueron los estudiantes universitarios y sectores profesionales los que encabezaron este sector disidente. Arturo Borges, estudiante comunista de Medicina en la

Universidad de La Laguna, recuerda cómo la OPI había arrasado con la organización del PCE en dicha universidad. Además, recalca que el ambiente general entre los estudiantes politizados era muy crítico con el «carrillismo».¹⁶³ Por otra parte, también es necesario destacar el papel de Julián Ayala, uno de los dirigentes estudiantiles de la OPI en dicha universidad y principal representante, junto con Fernando Sagaseta, de la OPI canaria en la coordinación estatal. Este dirigente recordaba el importante papel desarrollado por la organización en el movimiento estudiantil:

La OPI jugó un papel decisivo en la radicalización del movimiento universitario lagunero, tanto ideológicamente, por su oposición frontal a las estrategias pactistas del eurocomunismo, como organizativamente, con la creación de los Comités de Curso, una vez comprobado el agotamiento de objetivos como el Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad (el SDEU), imposible de llevar a la práctica en el contexto del régimen franquista.¹⁶⁴

Además, desde fechas temprana la OPI canaria comenzó un proceso de profundización teórica respecto a las peculiaridades del hecho nacional canario y de su realidad material. Este giro marcó el comienzo del progresivo alejamiento del PCE y de la OPI estatal a partir de 1974, cuando la organización empezó a firmar exclusivamente como OPI de canarias.¹⁶⁵ No obstante, no sería hasta diciembre de 1975 cuando consumaba finalmente su total autonomía.¹⁶⁶ Entre las causas esgrimidas para sostener esa posición política se encontraban, fundamentalmente, dos motivos. El primero era que el movimiento desencadenado como repulsa a los documentos del VIII Congreso estaba formado en Canarias tanto por militantes del PCE como por otras personas sin vinculación orgánica con este partido. Lo que había provocado que la OPI canaria se hubiera convertido en un movimiento independiente del PCE, tanto en lo organizativo como en lo político. El otro motivo estaba relacionado con el recrudecimiento de la represión en Canarias.¹⁶⁷ En este contexto, la organización habría tenido que dotarse de mecanismos propios que le permitieran protegerse y llevar a cabo su trabajo político de forma independiente. Por lo tanto, la OPI canaria se excusaba, explicando que habrían sido estas circunstancias las que les obligaron a distanciarse del resto del movimiento. Al mismo tiempo, recalca que su intención no era romper con la OPI del PCE, sino tratar de impulsar un

debate abierto dentro del movimiento para «resolver las discrepancias existentes».¹⁶⁸ Arturo Borges recuerda una reunión en Tenerife, a finales de 1974, entre miembros de OPI y células, con la presencia de Fernando Sagaseta y Pepe Satué. Allí se debatió el futuro de la organización, «pero ya la OPI estaba muy orientada hacia la ruptura y no querían seguir en esa batalla interna».¹⁶⁹ Esto llevó a la declaración de diciembre de 1975, donde la OPI de Canarias dejaba claro su distanciamiento respecto a la OPI del PCE:

Nuestra organización anuncia que pasará a utilizar la firma de Oposición de Izquierdas de Canarias con carácter totalmente provisional. En consecuencia, no nos responsabilizamos en absoluto de cualquier actividad, documento, declaración, toma de posición o compromiso adoptado bajo la denominación de Oposición de Izquierdas del PCE.¹⁷⁰

Como consecuencia, la OPI de Canarias se transformaría en 1976 en el Partido de Unificación Comunista de Canarias (PUCC), el cual pese a su carácter autónomo se convertiría en el referente canario del Movimiento Comunista.¹⁷¹

Sin embargo, la OPI no siempre tuvo una buena implantación en todos los territorios importantes en los cuales tenía alguna militancia. Un buen ejemplo de estas carencias organizativas lo encontramos en el caso andaluz. La OPI en Andalucía se limitaba a una cierta presencia en Cádiz y Málaga. En el caso malagueño, su militancia estaba concentrada en la Universidad, donde contaba con una célula. El propio Juan Torres explica cómo se constituyó por gente que se encontraba en ese momento fuera del PCE:

La montamos a partir casi de mí, algunos estudiantes más, otros compañeros y poquito a poco [...] éramos sobre todo estudiantes de diferentes facultades y yo creo que todo el mundo era consciente de que nuestra presencia era mínima, pero quiero creer que había cierto reconocimiento de que nuestros análisis eran, ciertamente, más potentes que otros grupos a la izquierda del PCE. Éramos pocos, pero teníamos siempre una especial claridad de ideas y una aportación

analítica más interesante.¹⁷²

El caso de Cádiz guarda también ciertas similitudes, aunque su composición sociológica fuera más diversa. La OPI gaditana se formó en 1974 a partir de un primer núcleo disidente del pueblo de la sierra de Villamartín. Este núcleo había surgido gracias al proselitismo de estudiantes universitarios del pueblo que acudían a Málaga a estudiar. Posteriormente, se impulsó la organización en Cádiz capital, compuesta por docentes, abogados y estudiantes. Un caso de este tipo es el de María Jesús Garrido, profesora y militante desde 1974: «Había una chica de Villamartín que estudiaba en Cádiz y a través de esta chica ya contactó con Perico. Con una persona que era un abogado laboralista recién salido pero muy posicionao y entonces pues ya empezamos a montar las primeras células de la OPI aquí».¹⁷³

Un ejemplo tardío fue el de la disidencia que llevaría al nacimiento de la organización asturiana de la OPI. Hasta el verano de 1974, no se produjo la formación como tal. En este proceso fue clave la figura del dirigente estudiantil José Manuel Álvarez, Pravia, quien comenzó a radicalizar su disidencia tras la vuelta del servicio militar en Madrid. Fue allí donde había entrado en contacto con miembros de OPI y había podido acceder a algunos de sus materiales, con los que enseguida encontró plena sintonía. A su vuelta, su postura crítica con respecto a la táctica del PCE produjo una serie de choques entre la dirección regional y la organización universitaria. Como resultado se produjo la expulsión de Pravia del PCE. Además, doce miembros de la organización universitaria decidieron darse de baja en solidaridad con el expulsado.¹⁷⁴ No obstante, es necesario resaltar que el conflicto se debía a cuestiones fundamentalmente organizativas y burocráticas, aunque tuviera como telón de fondo un enfrentamiento de carácter ideológico.¹⁷⁵

En ese momento una gran parte de la militancia universitaria asturiana ya manifestaba bastantes desavenencias respecto a los acuerdos del VIII Congreso y el Pacto para la Libertad. Concretamente, los puntos que generaban mayores discrepancias eran los relacionados con la entrada de España en el Mercado

Común Europeo o la estrategia necesaria para lograr llegar al socialismo. Estas divergencias crecieron cualitativamente cuando se aplicaron a militantes críticos medidas de carácter disciplinario. La decisión de abandonar el PCE fue muy precipitada y estuvo motivada por la puesta en práctica de la solidaridad con un dirigente sancionado. Los motivos reales de la formación de OPI en Asturias no fueron la existencia de una disidencia colectiva que valorase la necesidad de crear una nueva organización comunista, sino, muy al contrario, esa salida de militantes del PCE se debió a que existía un sentimiento de empatía con un dirigente sancionado, por lo injusto de esta medida y porque esta persona era muy admirada por el conjunto de la militancia universitaria.¹⁷⁶

Durante los seis meses siguientes, el grupo comenzó a organizarse de forma estable. Se formaron dos células en la Universidad de Oviedo mientras un grupo de militantes se mantenía en el interior de las estructuras del PCE. Sin embargo, este grupo comenzó a reducirse cada vez más debido a las expulsiones de militantes sospechosos de estar vinculados con la OPI. Aun así, la OPI asturiana logró conservar a una persona infiltrada en el comité universitario hasta prácticamente su desaparición como corriente interna en 1976. De entre sus primeros militantes, destacaron nombres como Pepe Villablino, María Jesús Caudevilla, Carmen García, Pedro Trapiello, Luzdivina Martínez, Marisol García, Manolín Mieres, etc. A la altura de mediados del año 1976, esta organización tenía alrededor de treinta y cinco militantes en Asturias, principalmente en el ámbito universitario.¹⁷⁷

Un buen ejemplo del grado de autonomía y descentralización del modelo organizativo de OPI se puede ver en la heterogeneidad de las distintas alianzas con otros grupos de la izquierda revolucionaria en cada territorio. Se trataba de una generación muy joven, lo que trajo consigo una actitud más abierta hacia el grueso de las fuerzas de la izquierda revolucionaria. Esto tuvo una notable importancia a través de las distintas iniciativas que cristalizaron años después. Por ejemplo, en el verano de 1975 la OPI llevó a cabo diversos contactos con la ORT con la intención de explorar la posible integración. Sin embargo, finalmente esta opción no fructificó a causa de las divergencias ideológicas y una visión alejada sobre el panorama internacional, en el que el peso de la ruptura chinosoviética aún se dejaba sentir entre los comunistas españoles. La

OPI también llegó a tener muy buena sintonía durante estos años con el MC. Sin embargo, pese a las buenas relaciones con este partido, acabaron por distanciarse. Los orígenes de este enfriamiento se encuentran en las distintas concepciones sobre el papel que entendían debía tener el PC.¹⁷⁸

En lo que respecta a los movimientos sociales, la OPI continuó desarrollando un importante trabajo en el movimiento estudiantil, especialmente el universitario. Más complicado lo tuvieron a la hora de intervenir en el movimiento obrero. En el caso asturiano, fue gracias a la llegada de Julio Irazabal a Oviedo cuando pudieron constituir una célula de seis militantes obreros con la que adentrarse en el trabajo sindical. En ese ámbito, la OPI estuvo integrada en la corriente unitaria de CC. OO., junto al MC. Así lo recuerda el militante de la OPI José Ramón Tejón: «cuando llega el tránsito a sindicato se opuso en la línea de lo que decía el MCA, central unitaria de trabajadores, a la asamblea de Barcelona se fue con esa posición».¹⁷⁹

Uno de los principales objetivos esgrimidos por la OPI durante sus cuatro años de existencia fue tratar de contribuir a la unidad de los comunistas. En este sentido, se desarrollaron varios acercamientos a otros comunistas ortodoxos tratando de iniciar un proceso de unificación. Esto ocurrió durante estos años tanto con el PCOE como con el PCE (VIII-IX Congresos). El proceso iniciado con este partido en 1976 acabó de forma bastante prematura, debido a las diferencias que el grupo de OPI tuvo con Líster en cuanto a las formas y el fondo del proyecto de unificación. Además, entre finales de 1975 y mediados de 1976, se exploraron las relaciones con el partido encabezado por Eduardo García. Aunque existían grandes diferencias, las relaciones parecían ir en la buena dirección. Ambos pensaban que era necesario modificar el nombre para evitar la marginación que ejercía el PCE. Sin embargo, desde la OPI se pusieron muchas trabas con pequeñas cuestiones. Por ejemplo, la OPI demandaba que el número de delegados de cada organización enviados al congreso fuera paritario. Por otra parte, también pensaban que no debían ceder en principios ideológicos, ni en cuestiones que consideraban centrales. Además, demandaban que la mayoría de los delegados fueran del interior, para evitar que la organización estuviera copada por militantes del exilio. Otras cuestiones que también reclamaba la OPI era que el secretariado no tuviera tanto poder y que el periódico del futuro nuevo

partido dejara de llamarse exactamente igual que el órgano de expresión del PCE.¹⁸⁰

Fruto de la situación de estancamiento en la que la OPI se encontraba se produjo un debate en el seno de la organización sobre qué camino tomar. Como consecuencia, la organización acordó dar por cerrada su etapa inicial. Esta decisión se llevó a cabo en una asamblea estatal a comienzos de 1977. Lo hizo por dos razones. En primer lugar, por no haber podido parar la derechización del PCE y verse incapaz de vencer a su burocracia interna. En segundo lugar, por haber elaborado «una síntesis de toda una serie de experiencias políticas en unas tesis que se plantean dar soluciones innovadoras al problema del revisionismo en los tres frentes en los que se plantea: lucha de clases, teoría del estado e internacionalismo proletario».¹⁸¹

«CON NUESTRAS PROPIAS FUERZAS». LA CORTA VIDA DEL PCT

En 1977 tuvo lugar un acontecimiento importante para los comunistas pertenecientes a la segunda ola disidente ortodoxa: la transformación de la OPI en el Partido Comunista de los Trabajadores (PCT). Este paso implicó un notable progreso en cuanto a la perspectiva de sus formas de organización, evolucionando de una corriente disidente a un partido leninista. Por otra parte, también supuso un avance en cuanto a su grado de implantación en todo el territorio, ya que logró extenderse a otras zonas. Por último, esta transformación también tuvo consecuencias en cuanto a su actividad externa, que en esta nueva etapa fue más dinámica. No obstante, hay que tener en cuenta el alto grado de descentralización existente en la OPI, cada organización territorial funcionaba con autonomía. Por lo tanto, no se trató de un proceso homogéneo, sino que en cada territorio tuvo lugar una evolución marcada por sus propias peculiaridades.¹⁸² A comienzos de 1977, el Comité Central de la OPI lanzó un documento a todas sus organizaciones titulado «Con nuestras propias fuerzas». En él se analizaban las necesidades que llevaban a la necesaria formación de un partido, las dificultades que este proceso podía suponer, y se trazaban los pasos imprescindibles para poder cumplir lo que consideraban «una tarea histórica».¹⁸³ En marzo de 1977 tuvo lugar en Madrid una importante reunión del CC de la OPI para analizar la situación en la cual se encontraba inmersa la organización y para estudiar la coyuntura política del país. El documento planteado por la dirección se iniciaba con una valoración de los cambios producidos recientemente en el país. Es decir, realizaba un profundo repaso por todo el proceso de evolución de la forma de dominio existente en España, desde una dictatorial hasta otra democrático-burguesa, gracias a la vía reformista de la oligarquía, cuestión que calificaban irónicamente como «milagrosa». Frente a esta realidad, el partido apostaba decididamente por su propuesta de la UDI, concibiéndola como una herramienta flexible para construir una política de alianzas que permitiera una salida democrática antioligárquica y antimonopolista al Franquismo. Otro elemento muy presente en este análisis era lo que Carlos Delgado consideraba como «la peor fortaleza que se podía tener en política, la de que los fracasos te den la razón».¹⁸⁴ En este sentido, el informe proseguía realizando un balance del trabajo realizado hasta ese momento en su objetivo de lograr rectificar la línea «pactista» del PCE:

La OPI por su parte en base al análisis científico-marxista de la sociedad española, desvelaba las ilusiones pequeñoburguesas de la plítica (sic) «pactista» del partido fundamental en la lucha antifranquista, al tiempo que combatía la política oligárquica de cambio de forma de dominio. Pero la OPI la formaban un reducido número de comunistas, pronto apartados y represaliados, mientras que la dirección del PCE, no mayro (sic) en número, controlaba el partido más numeroso de la clase obrera. En estas condiciones, la lucha contra el reformismo oligárquico pasaba inexorablemente por la recuperación del PCE. No conseguimos triunfar en esta tarea, y en consecuencia, la oligarquía ha logrado imponer su salida al franquismo. Hemos hecho todo lo posible y lo imposible pero las leyes de la historia –leyes que conforman el marxismo-leninismo– se han impuesto, eso sí, avalando la corrección de nuestros análisis. Nuestra razón, se ha demostrado desgraciadamente, a través de nuestro propio descalabro, y con nosotros de todo el pueblo trabajador. Hay, por tanto, que afrontar la situación política actual desde estas coordenadas: la ratificación de nuestra aplicación del marxismoleninismo a la realidad de nuestro país, aunque esta ratificación sea tan dolorosa, y la constatación una vez más de la tesis leninista de que sin partido revolucionario no hay posibilidad de una práctica revolucionaria triunfante por parte de las masas.¹⁸⁵

Pudiera ser que otros elementos también influyeran en este importante paso para la organización. En opinión de Juan Torres, podía estar motivado por el crecimiento de la organización y los consejos de otros partidos comunistas en el poder:

Yo creo que ya se ve claramente que la estrategia de recuperar al PCE desde dentro no funciona, primero era una vía inviable y segundo, porque no había nadie dentro. Prácticamente no había nadie ya. Yo no creo que hubiera nadie, entonces no tenía sentido. Y se había llegado a tener una presencia, cierta relevancia. Yo creo que ya se dejaba notar en la organización. Dentro de su minúscula presencia, pero tengo la impresión, no sé si me equivoco. La OPI tuvo mayor alcance de lo que le correspondía a su realidad auténtica y numérica. Quizás por el tipo de análisis que hacíamos, que salía bastante de lo

convencional. Entonces bueno, yo creo que era un paso obligado casi. Y también en ese intento de crecer y de fortalecerse orgánicamente, imagino yo que las conversaciones con Checoslovaquia y con otros países, seguramente, aconsejaron crear un partido, o sea parecía que era lo lógico a poquito que aquello había crecido un poco.¹⁸⁶

Sin embargo, existen suficientes indicios como para poder asegurar que uno de los principales impulsos que llevaron a la OPI a dar este salto fue la rápida evolución del escenario político durante 1976: «Las formas de la UDI que se están gestando exigen nuestra participación, y esta es imposible como OPI».¹⁸⁷ Este aspecto había sido duramente criticado por otros partidos, como fue el caso del PCOE, quien llegó a acusar a la OPI de electoralismo:

a mediados de marzo de 1977, tres dirigentes de la OPI volvían a pedir una entrevista a nuestro partido. Sus proposiciones fueron en esencia: reanudar las relaciones que habían roto en noviembre, repartirse entre las dos direcciones los cargos dirigentes del partido, sin esperar a un Congreso, ya que la fusión debía realizarse en dos semanas para que el partido pidiera su legalización y PARTICIPAR EN LAS ELECCIONES.¹⁸⁸

Además, otros factores presionaban para que se produjesen un importante cambio en la fisonomía organizativa. La dirección del nuevo PCT veía cómo la actividad de la organización cada vez se asemejaba más a la forma de funcionamiento de un partido. Cada vez se apostaba más por la parte externa de la organización, y de facto ya no eran una corriente interna del PCE, por lo que parecía lo más lógico formalizar este paso:

nos hemos visto impelidos a actuar como un partido plenamente autónomo según el PCE se iba alejando de la práctica política revolucionaria. Hoy, por todo ello, el nombre de OPI, e incluso su propia estructura partidista no se corresponde con la realidad. Ahora de lo que se trata es de adaptar nuestra organización a nuestra misión política, y eso exige la constitución formal de un

partido.¹⁸⁹

Esto tenía importantes consecuencias en cuanto a la construcción de una identidad propia que la diferenciara de la del PCE. Para ello, la nueva organización debía construir una imagen pública como partido comunista independiente, en la cual debían resaltarse unos rasgos simbólicos propios:

Si hasta ahora no hemos tenido inconveniente en mostrar lo que nos unía al PCE, ahora, consumada su socialdemocratización, la lucha política exige que mostremos precisamente lo que nos separa y diferencia. Solo así podremos ganarnos la confianza del proletariado y llevarle, junto con las otras capas asalariadas, hacía la conquista del poder.¹⁹⁰

Este cambio de corriente de opinión a partido independiente se produjo de forma previa en algunos territorios periféricos. Fueron las organizaciones vasca y asturiana las que, por la maduración de sus condiciones materiales, antes emprendieron el proceso de transformación de la OPI en un partido comunista. Por ejemplo, en fechas tan tempranas como febrero de 1977, la OPI de Euskadi ya se había convertido en Euskal Komunistak, marcando las distancias con el PCE y evolucionando hacia la construcción de un partido comunista en el País Vasco: «Euskal Komunistak tratará de establecer, por supuesto junto con las aportaciones de otros colectivos o esfuerzos individuales, las bases políticas y organizativas necesarias para construir un partido revolucionario vasco».¹⁹¹ Además, también se dejaba entrever una cierta crítica a su etapa anterior, en la cual su trabajo estuvo orientado especialmente hacia la elaboración teórica: «Queremos significar por último, que el conocimiento de una organización viene dada sobre todo por una línea de trabajo cotidiano y no por unas frases mejor o peor escritas».¹⁹²

Otro caso pionero fue el asturiano, que además guardaba algunas similitudes con el proceso vasco. En la primavera de 1977 se creaba el Partíu Comunista de los Trabayaores d'Asturies (PCTA) sobre la base de la OPI asturiana, unos

veinticinco militantes escindidos del PCE (VIII-IX Congresos) y algunos comunistas independientes.¹⁹³ Las páginas del portavoz, Asturias Comunista, describían algunos rasgos importantes sobre su militancia e insistían en el origen conocido de sus miembros: «Si algo caracteriza a este nuevo partido es no tener nada de “nuevo”. Sus militantes provienen de organizaciones conocidas y son, personalmente, luchadores comunistas probados en los años más duros».¹⁹⁴ A finales de abril, se produjo la conferencia del PCTA que dotaba de una línea política y una estructura organizativa al partido, creado de forma oficiosa un poco antes.¹⁹⁵ A pesar de encontrarse en una situación de ilegalidad, la prensa del PCTA dedicó el número 4 a cubrir monográficamente la conferencia, lo que nos permite visualizar algunos rasgos de su funcionamiento interno que en la anterior etapa de clandestinidad no eran fácilmente rastreables. La puesta en escena fue bastante sencilla, propia de un contexto ambiguo en el cual estos comunistas ni terminaban de ser legales ni tampoco sufrían los golpes más duros de la represión de antaño. En una sala no demasiado grande, se apilaban un montón de sillas mirando hacia una de las paredes donde se había colocado la mesa que presidía la asamblea, allí se sentaban cinco militantes varones que eran los principales dirigentes de la organización. Detrás de ellos se encontraba una tela roja a modo de pancarta, donde se había colocado con papel pegatina: «1ª Asamblea Partido comunista de los Trabajadores de Asturias». A su lado se encontraba el logo provisional de la organización, que posteriormente sería descartado para adecuarse al logo central del partido. Se trataba de un diseño bastante simple: una hoz y martillo sin estrella de cinco puntas, en la cual se insertaban de forma vertical sus siglas de forma paralela al símbolo. La pancarta estaba flanqueada por sendos retratos de Marx y Lenin, aunque se trataba de unas ilustraciones poco comunes que había realizado un militante.¹⁹⁶

En otro orden de cosas, esta conferencia también resulta interesante por ser un perfecto ejemplo de las nuevas formas de funcionamiento y sociabilidad militante. Un arquetipo de cómo funcionaban este tipo de eventos en el nuevo partido y, en general, en la segunda ola disidente. El acto constaba de cuatro partes que habían sido aprobadas por una asamblea de ochenta personas (presentadas todas ellas como delegadas) y que muestran las inquietudes de esta organización. La primera parte consistía en la lectura de las ponencias políticas, que en este caso concreto versaban sobre cinco temáticas: «regionalismo, partido y liberación de la mujer, movimiento estudiantil, situación actual del movimiento obrero, y declaración política».¹⁹⁷

La segunda parte se correspondía con el debate asambleario de esas ponencias. La parte en la que los militantes valoraban los documentos e incorporaban críticas y modificaciones a estos. La tercera parte tenía un carácter más interno, en la cual se abordaban cuestiones relacionadas con la organización, la propaganda o incluso las finanzas. En este sentido el nuevo partido apostaba por nuevas dinámicas de agitación: «nuestra propaganda habría de estar orientada a dar soluciones con toda seriedad. Esta propaganda tenía que difundirse con la máxima amplitud, manifestando al pueblo nuestro compromiso con la lucha de clases en los niveles más cotidianos».¹⁹⁸ El último paso era el relacionado con la elección de la nueva dirección del Comité Regional. Este órgano estaba formado por diecinueve personas. La forma de elección era sencilla, la mesa que dirigía el congreso hacía una propuesta al plenario. A continuación, esta propuesta era votada y, en su caso, aprobada por el conjunto de la asamblea.

Por tanto, estos dos procesos en el norte del país fueron pioneros y abrieron el camino al proceso posterior de transformación general que concluyó en la creación del Partido Comunista de los Trabajadores (PCT) a nivel estatal. El PCT fue fruto de la evolución de la OPI y de la convergencia con comunistas de otras organizaciones discrepantes con la línea eurocomunista del PCE. Los motivos para la creación de este nuevo partido se encontraban alejados de lo que había sido la OPI y se proponía la creación de un «partido de nuevo tipo», es decir, un partido marxista-leninista. Por lo tanto, la nueva perspectiva de este grupo suponía una importante ruptura al dejar de buscar que sus teorizaciones influyeran en el futuro rumbo del PCE.

En esta nueva etapa el objetivo debía ser que las clases populares y el proletariado español alcanzaran la hegemonía social y pudieran llegar a ejercer el poder político de forma democrática: «conquistando la sociedad socialista».¹⁹⁹ En el relato construido por este grupo se aducían tres motivos que habían llevado a transformarlos desde lo que había sido una corriente de opinión o tendencia hasta un partido comunista bien diferenciado del PCE. Esos tres motivos se podían condensar en uno: las renunciaciones ideológicas del PCE en su concepción del Estado, el partido y el internacionalismo proletario. Ante esta situación, el

PCT se presentaba como un partido continuador de los principios militantes que habían regido durante décadas al comunismo español:

El Partido Comunista de los Trabajadores, por el contrario, reafirma su concepción marxista-leninista del Estado, de la necesidad de que el Poder Político esté en manos de las clases asalariadas para construir el socialismo; de que ese Poder debe configurar un nuevo tipo de Estado, superior al burgués, que permita la defensa de dicha construcción, y, finalmente de que tal construcción es imposible sin la solidaridad plena del campo socialista.²⁰⁰

Aunque la decisión ya estaba tomada de antemano, hacía falta una escenificación a la altura de las circunstancias. Por eso La Voz Comunista relataba que el 24 de abril de 1977, 200 delegados de la OPI, PCTA y Euskal Komunistak habían decidido formalmente la constitución del PCT.²⁰¹ Sin embargo, lo que el periódico no contaba era que esta asamblea también había sido testigo de algunas tensiones importantes por parte de la militancia, que reprochaba a la dirección su responsabilidad respecto a varios problemas internos: «De todos es conocido que en la Asamblea de Constitución de nuestro partido se originaron algunas tensiones, producto de demoras e insuficiencias organizativas, así como de compromisos de la dirección insuficientemente cumplidos».²⁰² Además, se acordó la creación de las juventudes del partido, que llevaría el nombre de Juventud Comunista de los trabajadores (JCT).

Otro importante acuerdo de esta asamblea fue la celebración de un primer congreso del PCT en el plazo máximo de un año, cuestión que nunca llegaría a producirse.²⁰³ Entre sus primeras resoluciones políticas como nuevo partido, se encontraba la demanda de su inscripción en el registro de asociaciones políticas. En cuanto a sus propuestas políticas, el partido presentaba una tabla reivindicativa en la cual exigía «la plena satisfacción de las reivindicaciones fundamentales» (amnistía total, libertades democráticas plenas, devolución del patrimonio sindical, estatutos de autonomía y disolución de los cuerpos represivos). Además, se demandaba que las futuras Cortes tuvieran un carácter constituyente y que se produjera un referéndum sobre la forma de Estado (en la

cual el PCT apostaba por la República Democrática).²⁰⁴ Esta evolución de OPI a PCT también incluía otro tipo de transformaciones. Por ejemplo, se podían encontrar cambios notables en lo relativo a su identidad y su cultura militante. Ahora, el PCT era un partido y, como tal, tenía unos objetivos a largo plazo entre los que se encontraba «la construcción del socialismo y el comunismo, la desaparición de todo tipo de explotación del hombre por el hombre, el desarrollo integral y plenamente libre de los ciudadanos y la fraternidad entre los habitantes de la tierra».²⁰⁵

Además, las críticas al PCE eran mucho más crudas y frontales. Esa reprobación llegaba hasta el punto de caracterizarlo como un sujeto antagónico, «ellos». El proceso de construcción del «enemigo» quedaba así cerrado con este paso. Para justificar el cambio, este grupo de comunistas construyó un relato por el cual habría llegado un punto en el que se habrían acumulado tantas diferencias entre ellos y el PCE que la ruptura era irreconciliable. Como parte de este argumentario, se hacía hincapié en que había sido la evolución del PCE la que «ha creado una brecha insalvable entre los “neosocialdemócratas” y nosotros».²⁰⁶ Además, el PCT comenzó a cuidar mucho la imagen que construía de sí mismo. En la asamblea de constitución se había aprobado un paquete con una serie de medidas concretas que tenían como objetivo dar a conocer al nuevo partido. Se presentaron sus estatutos y se quintuplicó la tirada de su periódico, que ahora pasaba a ser un tabloide. Además, se trató de popularizar sus siglas con la edición de miles de carteles y pegatinas que fueron distribuidos masivamente. Por otra parte, el partido también quiso explicar sus orígenes y sus propuestas. Por eso publicó el programa provisional del PCT y un pequeño pasquín donde sintetizaban la historia de esta organización desde 1973.²⁰⁷

Por último, la dirección (que era la misma que la de la OPI) debía dar una rueda de prensa a modo de presentación. El PCT salió por primera vez a la luz con una convocatoria en los medios de comunicación a modo de presentación el 28 de abril de 1977. Allí estuvieron presentes Luis Elverdin (metalúrgico de Bilbao), Carlos Delgado (periodista y escritor), José Guerrero (metalúrgico), Juan Bureo (de artes gráficas) y Juan Manuel Álvarez (presentado como historiador).

En esta primera aparición explicaron su visión del país y de los cambios más inmediatos que España necesitaba. En su opinión, después de cuarenta años de dictadura, hacía falta transformar profundamente la situación. Las medidas más inmediatas por las que abogaban eran la conquista plena de las libertades democráticas, la amnistía total y la legalización de todos los partidos políticos.²⁰⁸ Además, exigían que las futuras Cortes fueran plenamente democráticas y que tuvieran un carácter constituyente. También defendían que se celebrara una consulta popular sobre la forma del Estado, considerando que la República Democrática era el marco más idóneo para la «convivencia entre los pueblos del Estado español». Asimismo, demandaban que se cumpliera el «derecho de autodeterminación de los pueblos del Estado y que se aprobaran nuevas formas de autonomía regional». En el plano de la política exterior, el PCT abogaba por una doble vía. Por una parte, criticaba de manera muy dura los ataques que el PCE de Carrillo había hecho a la URSS, calificando estas prácticas de antisovietismo. Por otra, apostaban por que se mantuviera la neutralidad para España respecto a la tensión entre bloques militares. Por eso, una de sus principales demandas era que España no entrara en la OTAN.²⁰⁹

Sin embargo, el nuevo partido también tenía otros aspectos dentro de su producción teórica que resultaban más novedosos. Por ejemplo, en lo relativo al papel de la democracia directa. El PCT destacó por defender la necesidad de que el socialismo en España fuera acompañado de una democracia directa y radical.²¹⁰ Esta defensa de la democracia radical solo se puede encontrar en este partido. Ninguna otra organización ortodoxa defendió estos planteamientos tan heterodoxos. Sin embargo, el PCT también era consciente de lo complejo que podría ser llevar a cabo esta propuesta:

La profundización democrática que significa la eliminación del poder oligárquico en lo político, económico y social permite la posibilidad histórica de que la mayoría de la población agrupada en el Bloque Asalariado pueda alcanzar el poder por procedimientos democráticos. Este poder así alcanzado, apoyado en la inmensa mayoría de la sociedad, puede y debe iniciar el proceso de construcción del socialismo, en plenas condiciones de libertad y democracia, siempre y cuando los grupos burgueses no atenten antidemocráticamente contra el poder de la mayoría [...] En tal caso, los pueblos tienen el derecho y la

obligación de recurrir a la violencia contra la violencia opresora de la minoría.²¹¹

Durante sus tres años de existencia (1977-1980), el PCT trató de invertir las dinámicas existentes previamente, durante su etapa como OPI. Por eso intentó llevar a cabo una mayor actividad política en la calle y en el seno de los movimientos sociales. Para ello, dadas las exiguas fuerzas con las que contaba, tuvo que impulsar un fuerte voluntarismo de su militancia, entregada a la causa del partido. Gracias a estas nuevas dinámicas militantes, el PCT lograría una mayor participación en los distintos movimientos sociales.²¹² Otra novedad fue la existencia de unas juventudes del partido. Sin embargo, la JCT –como se la denominó– tuvo un escaso desarrollo durante los tres años de existencia del partido. En diciembre de 1977, sacó el primer número (y único) de *Manifiesto*, su órgano de expresión. En él, un estilo moderno y juvenil, que se ejemplificaba con artículos sobre los movimientos sociomusicales de la década de los sesenta, convivía con numerosas ilustraciones de Lenin o artículos sobre la juventud en la Revolución cubana.²¹³ Tras la desaparición de este periódico, salió a la luz otra cabecera bajo el nombre de *Bandera Comunista*, en octubre de 1978.²¹⁴

Sin embargo, no todo cambió con respecto a la etapa anterior. El PCT continuó con la tendencia intelectual e ideológica que ya existía en OPI. Gracias a su secretario general, Carlos Delgado, esta organización continuó caracterizándose por ser un partido muy dado a la elaboración teórica. El PCT también defendía la necesidad de impulsar el sindicalismo de clase. Sus tesis para el trabajo dentro del movimiento obrero planteaban una doble vía. Mientras que, por una parte, consideraban que era necesario continuar trabajando en el seno de CC. OO., por otra planteaban la necesidad de crear lo que ellos llamaban un «sindicato único democrático». En este punto, también puede apreciarse la radicalidad democrática que se encontraba en el sustrato de su cultura política. Para el PCT, la estrategia del movimiento obrero debía ser la de crear un amplio movimiento asambleario de base en cada centro de trabajo. A su vez, estas asambleas eran concebidas como la máxima expresión de la democracia proletaria, una nueva forma de poder popular. Además, la táctica defendida para la lucha obrera era la movilización sostenida. Dicha fórmula era presentada como la única posible para detener el pacto social. En cuanto a su trabajo en CC. OO., aunque existían unas líneas generales orientativas, cada organización territorial las aplicaba a su

realidad de manera un tanto laxa. Sin embargo, en términos generales, su militancia formó parte de la corriente unitaria en CC. OO., junto con el MC y otras organizaciones de la izquierda revolucionaria. Entre sus iniciativas, destacaba la oposición activa al proceso de transformación de CC. OO. de un movimiento sociopolítico a central sindical.²¹⁵ En ese aspecto, también destacó su especial rechazo a lo que consideraba como «pactismo» por parte de las centrales sindicales:

La eficacia de las viejas Comisiones Obreras, los organismos que en situaciones de lucha fueron creados por los obreros y que más tarde comenzaron a coordinarse, la unidad conseguida en torno a ellas, unidad que posibilitó varias huelgas generales, fue abortada por una política pactista que impidió que potenciaran y desarrollaran lo que podía haber sido un sindicato único potente y revolucionario.²¹⁶

El PCT también teorizó una propuesta de política de alianza para los convulsos tiempos de la Transición. Inspirados por la estela del Partido Comunista Portugués de Álvaro Cunhal, continuaron impulsando sin éxito la propuesta de la Unidad Democrática de la Izquierda. Esta política unitaria tenía como objetivo forzar la ruptura con el régimen franquista mediante una revolución democrática, antioligárquica y antimonopolista. La intención de dicha alianza era hacer confluir las luchas de la clase obrera con las de aquellas clases no antagónicas, pero que veían sus intereses atacados por la oligarquía y los monopolios.

Como ya se ha explicado, la Revolución de los Claveles y el propio PCP tuvieron una gran influencia en la cultura política del partido. Esta influencia se puede apreciar incluso en el logotipo diseñado en 1977 por el propio Carlos Delgado en Madrid. La simbología escogida era una hoz y un martillo dentro de un clavel rojo, símbolo por excelencia de la Revolución portuguesa.²¹⁷ Otro aspecto al que esta organización dedicó serios esfuerzos fue a la cuestión electoral. De hecho, como ya se ha explicado, uno de los motivos de su transformación de OPI en PCT fue precisamente la necesidad de evitar la marginación frente a los próximos comicios.²¹⁸ Desde que se anunció la primera

convocatoria de elecciones del posfranquismo, el PCT se planteó la necesidad de participar en ellas. Sin embargo, esta cuestión no resultó una tarea sencilla, dado que el partido no estaba legalizado. Además, el PCT defendió la necesidad de crear candidaturas unitarias, por lo que el partido trató de integrarse en las iniciativas de otros partidos para así poder impulsar la creación de lo que consideraban «candidaturas de unidad popular» en todos los territorios donde le fue posible.²¹⁹ Por ejemplo, en Asturias promovió la candidatura de Unidad Regionalista, de la que formaban parte otros partidos de la izquierda revolucionaria e independientes. Esta candidatura surgió del Bloque Asturiano de Izquierda (BAI), una plataforma unitaria en la cual se integraban el PCTA junto al MCA y Reconstrucción Socialista Asturiana, y que el partido asemejaba a su propuesta de la UDI.²²⁰ Esto mismo ocurría en Euskadi, donde EK formaba parte de Euskal Erakunde Heritarra (Convergencia Popular Vasca), plataforma unitaria que servía de nexo entre la izquierda abertzale (LAIA, EHAS, etc.) y el resto de la izquierda revolucionaria (PTE, MCE, ORT, OIC, etc.).²²¹ Aunque su incorporación fue tardía, para EK esta plataforma tenía una importancia crucial: el partido ya la concebía como el centro que debía impulsar la lucha popular en Euskadi:

la lucha de masas sólo es posible y efectiva si está potenciada, dirigida, estendida (sic) por organismos democráticos y unitarios de izquierda, que planteen soluciones a los problemas tanto políticos y económicos de los trabajadores y el resto del pueblo. Lograr la unidad de todas las fuerzas de izquierda de Euskadi entorno a un programa común, es la tarea primordial del momento. Es además, la única garantía de poder alcanzar los objetivos por lo que con tanta firmeza y heroísmo ha venido luchando nuestro pueblo [...] Esta necesidad [...] comienza a plasmarse en Euskadi [...] con el EUSKAL ERAKUNDE HERRI-TARRA. Realizada nuestra incorporación a este organismo, acumulando por lo tanto su programa, que sustancialmente coincide con el que nosotros venimos formulando, bajo el nombre de unión democrática de izquierda.²²²

Esta plataforma fue consolidándose en el País Vasco a lo largo de los siguientes meses de 1977. Sin embargo, sufrió diversos conflictos internos, relacionados con la idoneidad de presentarse o no a las elecciones, cuestión que EK parecía

tener muy clara:

la lucha electoral nunca debe ser electoralista, porque cree que toda esta campaña debe ser utilizada como plataforma de agitación y propaganda, porque analiza que a través de ella se deben de dar a conocer sus objetivos, extender su política y su organización y armar a la clase obrera con la ideología marxista-leninista.²²³

Finalmente, un sector de la plataforma acabó presentando una candidatura conjunta bajo el nombre de Euskadiko Ezkerra, de la cual formó parte con varios candidatos.²²⁴ Su participación fue considerada como una oportunidad única para EK, ya que les permitió hacer llegar su mensaje a mucha más gente de lo habitual. Como, por ejemplo, durante el acto de apertura de la campaña electoral en el frontón municipal de Sestao, donde intervino Luis Elberdin ante más de cinco mil personas.²²⁵

En el caso de Madrid, el partido también logró participar en una confluencia electoral innovadora. Se trataba de la Candidatura de Unidad Popular, formada junto con MC, el Partido Sindicalista o el Movimiento Socialista. El planteamiento de la candidatura pretendía dar todo el protagonismo a los diversos movimientos sociales de la capital y evitar la fragmentación de la izquierda.²²⁶ Además, varias personalidades conocidas encabezaban esta candidatura, como la actriz Lola Gaos o el sindicalista José Torres.²²⁷ El PCT criticaba el sectarismo de los partidos de izquierda, que presentaban hasta siete candidaturas, pero al mismo tiempo se alegraba de que el de la CUP fuera un programa de «lucha y movilización» con el objetivo de «ir forjando y ampliando esa UNIDAD POPULAR [...] ejerciendo ya desde su constitución los aspectos fundamentales de la Democracia Directa, que debe configurar la sociedad a la que aspiramos».²²⁸

Por su parte, el PCT de Andalucía impulsó en Málaga el Bloque Andaluz de Izquierdas (BAI), con fuerzas políticas similares. Además, en Castilla trató de

dar forma a la Candidatura Unitaria de Izquierda Regionalista. Además, en Cataluña estuvo en el intento de presentar a las elecciones el Bloc Popular d'Esquerres i pel Socialisme. Por último, en Valencia participó en las reuniones preparatorias del Bloc Autonòmic.²²⁹ Respecto al problema autonómico, desarrollaron campañas unitarias por el acceso inmediato a los estatutos de autonomía y el reconocimiento del carácter plurinacional del Estado español.

Sin embargo, los malos resultados electores supusieron un importante contratiempo para los objetivos del partido. El PCT realizó una crítica a la ley electoral, que calificaba de desproporcionada. También llevó a cabo una fuerte autocrítica y achacaba el fracaso de las candidaturas en las cuales participó a su carácter regionalista, donde el mensaje comunista se veía diluido.

De todas las organizaciones que formaron parte de la corriente comunista ortodoxa, el PCT fue el partido que desarrolló mayores vínculos con la cultura política de la izquierda revolucionaria. Además, mantuvo una buena sintonía con varias organizaciones situadas a la izquierda del PCE, como fue el caso del MC. Por si esto fuera poco, en 1977 el PCT manifestaba públicamente ser parte integrante de la izquierda revolucionaria.²³⁰ En los análisis de su secretario general sobre los resultados electorales de 1977, destacaban varios aspectos positivos. Uno de ellos era el potencial que tenía la izquierda revolucionaria en su conjunto, capaz de conseguir 600.000 votos pese a la situación de ilegalidad y la fuerte represión. Para Carlos Delgado, lo primero y más inmediato que debía hacer la izquierda revolucionaria era eludir el sectarismo y evitar su marginación. Como alternativa, proponía la creación de un frente político con organizaciones como el MC, la LCR, el PTE, la ORT y ARDE, además de movimientos populares de masas «para llevar los grandes debates al cuerpo social en su totalidad».²³¹ Otro aspecto que compartía con la izquierda revolucionaria era su apuesta por la democracia radical como instrumento para la construcción de formas autogestionadas de democracia obrera en los centros de trabajo. Un buen ejemplo de esto se puede observar en la pionera propuesta del PCT para la formación de consejos obreros que se aleja notablemente del papel tradicional que el leninismo otorga a la vanguardia.²³² Sin embargo, pese a la sintonía general, no acabó de cuajar ninguna alianza a largo plazo y la organización acabó bastante aislada. Los motivos de este desencuentro hay que

buscarlos en el excesivo «teoricismo» que aún arrastraba el partido y en algunos otros aspectos que chocaban con la línea general de la izquierda revolucionaria, como por ejemplo su actitud ante la URSS. Las palabras de Ángel Rendueles, quien fuera militante del PCT, muestran su autopercepción como una especie de intelectuales incomprensidos por el resto de la izquierda:

La vía que establéz la OPI y el PCT de la unidá de la izquierda y la hegemonía dentro de la izquierda y el llamáu bloque asalariado, una hegemonía de nuestro sector, ¡ojo!, hegemonía que no imposición. Esa vía no la entiende nadie, no la entendió el PCE, no la entendieron ninguno de los grupos maoístas, no la entendieron ninguno de los grupos trotskistas. Esa ye la idea fundamental. ¿Qué sucede?, que aquel grupo que éramos fundamentalmente intelectuales en la dirección, nos damos cuenta qué no tenemos a quien nos dirigir.²³³

Bajo estos planteamientos el partido intentó llevar a cabo una serie de alianzas en clave política e incluso electoral. En este contexto, se pudo observar un acercamiento de posturas. De esta manera, resultó bastante frecuente que se produjeran diversas alianzas con trotskistas o maoístas durante todo este periodo. En este sentido destacó, por ejemplo, la creación en Asturias del Frente Comunista Unitario por la Abstención (FUCA) con la Organización Comunista de España (Bandera Roja) para el referéndum constitucional de diciembre de 1978.²³⁴ Al año siguiente se constituyó la candidatura de Comunistes de Catalunya para las elecciones catalanas de 1979, junto con comunistas independientes y la OCE (Bandera Roja).²³⁵ Otro ejemplo, esta vez en las elecciones municipales, fue la Candidatura Municipal de Izquierda en Valladolid, constituida por los partidos LCR-PCT.²³⁶

Sin embargo, el PCT se vio obligado a ir cambiando de rumbo debido a su paulatino aislamiento. Como alternativa, el partido fue intensificando un acercamiento al resto de organizaciones marxista-leninistas ortodoxas y, de forma especial, al PCE (VIII-IX). Con el comienzo del nuevo régimen posfranquista, el PCT no fue legalizado inmediatamente, al igual que otras muchas organizaciones comunistas y republicanas. En su caso, tuvo que esperar

hasta el 20 de septiembre de 1977 para ser legalmente reconocido por el Estado español.²³⁷ Como es sabido, durante esta etapa de la Transición tuvieron lugar importantes transformaciones en el seno del comunismo español. Esta organización dedicó especial interés a desarrollar un análisis en profundidad sobre el fenómeno del eurocomunismo. Este análisis se encontraba sintetizado en dos obras de su secretario general Carlos Tuya (Delgado), *Aspectos Fundamentales de la Revolución Española* (1977) y *La función histórica del Estado y la democracia* (1980). En las páginas de ambas obras se utilizaba la teoría marxista sobre la caracterización del Estado burgués y la problemática de la toma del poder. La intencionalidad de ambas publicaciones era claramente el combate ideológico. Su objetivo concreto era desmontar el planteamiento eurocomunista de que era posible el paso gradual de una democracia burguesa a un sistema socialista pluripartidista. Para ello, el autor reivindicaba como única fórmula posible para la transformación social de la realidad española una doble vía. Por una parte, una primera fase de revolución antimonopolista. Por otra, la posterior dictadura del proletariado como fase consolidación del poder obrero y popular, de transición a la sociedad comunista.²³⁸

Al mismo tiempo, el PCT también se caracterizó por mostrar una inquietud constante por la realidad política del momento. Así, por ejemplo, puede observarse cómo el rumbo de la Transición fue criticado paso a paso. Ese fue el caso de los Pactos de la Moncloa, duramente valorados por el partido en 1977. El motivo de este rechazo se basaba en lo lesivo y antisocial de sus propuestas. En su opinión, este pacto limitaba aún más el carácter participativo de la clase obrera en la toma de decisiones e imponía un modelo de pacto social donde los trabajadores sufrían las peores consecuencias de la crisis económica.²³⁹ El partido se opuso igualmente al proyecto de la Constitución. Desde muy pronto, el PCT manifestó su rechazo contra el proyecto de carta magna, el cual consideraba que estaba hecho según las necesidades de la oligarquía y los monopolios. Por eso, mantuvo una postura abstencionista respecto al referéndum celebrado en diciembre de 1978.²⁴⁰ Sus razones se basaban en considerar que el texto constitucional marginaba la iniciativa popular: «al pueblo y a la clase obrera no se le abre camino a la participación activa, la abstención es una necesidad política para el pueblo como forma de emitir un voto de censura a los partidos parlamentarios de izquierda».²⁴¹

El PCT fue evolucionando con respecto a su visión de los países socialistas, especialmente de la URSS y Checoslovaquia. La visión crítica que manifestaban antaño comenzó a quedar relegada a los ambientes más íntimos, mientras públicamente manifestaban su admiración y simpatía por los países del socialismo real. Esta cuestión se puede apreciar especialmente bien en el caso de Checoslovaquia.²⁴² 1978 fue un año crucial en el avance de las relaciones con dicho país, precisamente cuando se cumplían diez años de la invasión que la OPI había condenado años atrás. Existieron varios factores que motivaron un mayor acercamiento entre ambas partes. Un elemento clave estuvo en la profundización de la línea eurocomunista del PCE, que abandonó el leninismo en su IX Congreso, al cual no invitó al PCCH. Por otra parte, el décimo aniversario de la invasión de Checoslovaquia puso nuevamente a este país en el centro de mira. De tal manera que tanto eurocomunistas como ortodoxos volvieron a preocuparse activamente por lo que representaba dicho país. Por ejemplo, en 1978 el PCT denunciaba en las páginas de La Voz Comunista la existencia de una campaña en la «prensa burguesa» que intentaba presentar como no superada la crisis del 68 en Checoslovaquia. Según el PCT, estos ataques se habrían debido al fuerte simbolismo que representaba la historia del partido checoslovaco. Para ejemplificar ese capital simbólico, señalaba la importancia que tenía para España la toma del poder por este partido en 1948, utilizando una vía democrática gracias a la teoría leninista. Sobre la supuesta campaña antichecoslovaca, denunciaba la falta de pluralidad de los medios de comunicación españoles, que solo ofrecían una versión y no dejaban opinar a los propios checoslovacos.²⁴³

Las relaciones entre el PCT y el PCCH sufrieron un avance cualitativo en tan solo un año. En 1979 Carlos Delgado fue invitado a Praga por el Instituto Checoslovaco de Relaciones Internacionales. Allí se le dio un trato similar al que se otorgaba a los dirigentes de los partidos oficiales. Se reunió con varias delegaciones del CC, visitó cooperativas agrícolas, centros industriales y dirigió una alocución en castellano por Radio Praga.²⁴⁴ En el número de agosto-septiembre de La Voz Comunista apareció una extensa entrevista en la que el dirigente contaba los detalles de su viaje. Se trata de un documento clave para entender la evolución ideológica de este partido ortodoxo. En la entrevista, Carlos Delgado resaltaba su afinidad con los postulados del PCCH:

Imagínate mi situación: vienes de un país capitalista y expones las concepciones de tu partido, que en España mantenemos tan pocos, y te encuentras con unas opiniones coincidentes. Evidentemente, esto te reafirma en tu internacionalismo en el plano personal y en la confianza en los análisis de tu partido en el plano político.

Esta reunión resultaba muy importante porque servía para avalar los anhelos de unificación comunista que siempre había defendido el PCT: «En principio lo ven con buenos ojos, manteniendo, claro, una posición de no injerencia en asuntos internos de otros partidos. [...] Sin intervención exterior de ningún tipo, al contrario, la unificación es tarea nuestra, en la perspectiva de que finalizado el proceso no vamos a estar solos». Además, este encuentro sirvió para acabar de consolidar un giro importante en cuanto a la construcción de una narrativa sobre la crisis de Checoslovaquia muy distinta a la que el propio Carlos Delgado había defendido en el pasado. En este nuevo relato, se recalcaba que la información filtrada a Occidente había sido tergiversada. Además, Delgado alejaba su narración de los acontecimientos en sí mismos y los retrotraía a los avances del partido en su batalla contra el dogmatismo. De ahí que el problema fundamental estuviera relacionado con la lucha contra el estalinismo:

El problema es que esa lucha antistalinista dio margen de actuación a las corrientes de OTTA SICK (sic). La lección de Checoslovaquia es, precisamente, la de la necesidad de enfrentarse al stalinismo, a pesar de los riesgos de involución que se puedan correr. Pienso que es una lección de audacia leninista.²⁴⁵

En todo caso, lo que resultó evidente es que este viaje del PCT a Checoslovaquia tuvo consecuencias inmediatas en lo que respecta al proceso de unificación de los comunistas ortodoxos. De esta manera tan eufórica describía Eduardo García las impresiones que le había transmitido Delgado de dicho viaje:

Tuya, que acababa de regresar de un viaje a Checoslovaquia, habló

calurosamente de la unidad orgánica de ambos partidos. Dijo que los camaradas con los que había podido hablar en Checoslovaquia consideraban muy importante la unificación de todos los marxista-leninistas españoles en un solo partido. Incluso al PCOE de Líster le consideraban como una formación marxista-leninista que debía integrarse en el proceso de discusión con vistas a la unificación.²⁴⁶

Sin embargo, el proceso de unificación no estuvo exento de roces y contratiempos. La incompatibilidad de los dirigentes, los roces fruto de una distinta extracción generacional y las divergencias en la estrategia que debían seguirse marcaron todos los debates. Eso, sumado a la preferencia de la embajada checoslovaca por Carlos Delgado, ofrecía un escenario complicado. Las reflexiones del exdirigente del PCT J. M. Álvarez, Pravia, lo resumen a la perfección:

La cuestión está más bien en los problemas personales que había en la unificación en España, internos. Primero, los checos quieren un partido fuerte en España, eso no hay ninguna duda. Pero los checos se van dando cuenta de que; 1º Eduardo García y Líster son incompatibles. Líster tiene una gran personalidad histórica reconocida y por tanto una cierta capacidad de influencia y Eduardo tienen una gran organización que no tiene Líster. Porque VIII-IX tenía bastante más organización que PCOE, militantes orgánicamente estructurados. Y ni uno ni otro tienen el nivel intelectual, con perdón, del PCT. Y eso es así, entonces, dándose cuenta de eso quieren buscar una fórmula que permita coincidir a los tres. Ahora, los checos por quien tienen debilidad, es por Tuya. Más que los checos, este checo que tengo que buscar el nombre [se refiere al responsable de la embajada]. Sí, porque se van dando cuenta de que teóricamente es mucho más capaz que los otros.²⁴⁷

Durante toda su corta existencia, el PCT siguió con gran detenimiento todas las transformaciones que fue atravesando el PCE. Por eso, fueron muchas las críticas que realizó a nivel político, ideológico y organizativo. A modo de síntesis, consideraba que el PCE se había ido transformando en un sentido

reformista hasta convertirse en una estructura que actuaba de forma contraria a los intereses de la clase trabajadora. Por ejemplo, con motivo de las polémicas del PCE con el PCUS suscitadas en 1977, el partido opinaba que «Carrillo, prisionero de su estrategia electoralista, persigue la búsqueda del voto a costa de lo que sea, incluso de provocar y romper el Movimiento Comunista Internacional [...] sólo busca agradar a la burguesía para lograr un puesto en su Sistema de Dominación».²⁴⁸ Además, también se mostraban muy críticos con las ambiguas opiniones vertidas por este dirigente en relación con la OTAN y los bloques militares, en contraposición con sus ácidos ataques al Tratado de Varsovia.²⁴⁹ Los reproches también se dirigían hacia las propuestas económicas del PCE, las cuales consideraban totalmente alejadas de una perspectiva marxista y en los límites del «paradigma keynesiano».²⁵⁰ Además, el abandono del leninismo en el IX Congreso fue visto por el PCT como una muestra flagrante de la degradación ideológica que llevaban años denunciando.²⁵¹ Por eso, la crisis abierta en el PCE fue seguida con ilusión por parte del partido, que pensaba que podría producirse un nuevo movimiento disidente con el cual podrían construir un potente partido comunista que rivalizara con el PCE.²⁵²

El análisis de la estructura sociológica de las filas del PCT ofrece algunas variantes frente a la composición que había sido característica en los partidos comunistas ortodoxos. En primer lugar, en cuanto a la distribución por géneros, esta organización no estaba tan fuertemente masculinizada como el del resto de los partidos de esta corriente, aunque los hombres siempre fueron mayoría. Pero, sobre todo, lo novedoso en este sentido era que las militantes tenían un rol más activo y, en términos generales, eran tratadas en igualdad de condiciones.²⁵³ Por ejemplo, Elisa Sanchís era miembro del CC del PCT y del Comité Nacional de Valencia. En la biografía ofrecida por el partido, se destacaba la represión que había sufrido durante el estado de excepción de 1968. Además, también se resaltaba que había sido representante en la coordinadora estatal de enseñantes y que había sido represaliada y despedida en dos ocasiones por su militancia.²⁵⁴ De María Espinosa, se escribía que había sido cofundadora del PCE en Elche «en la segunda época (1964)» y que era miembro del secretariado del sector de la piel de CC. OO.²⁵⁵ Por su parte, de Elena Montesinos se resaltaba su antiguo papel como militante de las juventudes comunistas del PCE, del cual se había separado por diferencias ideológicas. En 1979 ya era una dirigente ortodoxa, siendo la responsable política de las JCT.²⁵⁶ De María Jesús Caudevilla, el partido escribía que había estudiado Filosofía y Letras y que había participado activamente en el

movimiento estudiantil de la Universidad de Oviedo, lo que le había acarreado ser detenida en seis ocasiones por la policía. Además, también había destacado por su participación en el movimiento feminista y ciudadano.²⁵⁷ Otras militantes a las que ha sido posible entrevistar, como Carmen García o Chus, también habían sido estudiantes universitarias y posteriormente, una se había convertido en docente y la otra en historiadora.²⁵⁸ Sin embargo, aunque la participación de las mujeres fuera mucho más amplia que en los partidos de la primera ola, esto no debe esconder que se siguieron reproduciendo algunas actitudes machistas y que el peso de la dirección de la organización continuó recayendo exclusivamente en manos de unos pocos hombres.

Además, existió un elemento importante en cuanto a su perfil sociológico. Al igual que pasaba durante su etapa como OPI, en su composición destacaban sobre todo los profesionales. Un buen ejemplo lo encontramos en el obituario de José María Alonso Brancha, quien falleció con tan solo treinta y un años en un accidente de coche. Este militante del PCT era un abogado laboralista de Valladolid, el cual había abandonado el PCE para unirse a la OPI tras el VIII Congreso. Su despacho había estado vinculado durante años a CC. OO., hasta que «ante el reformismo imperante en la dirección del sindicato y las posturas de clase de nuestro camarada el despacho se desvincula oficialmente de CC.OO.». ²⁵⁹ Sin embargo, como laboralista, el partido ensalzaba su trabajo con la clase obrera: «conquistó su puesto y su merecido prestigio entre los trabajadores que no dudaban en confiarle sus conflictos, sus problemas laborales, detenciones...». ²⁶⁰ También es verdad que se produjo un acercamiento de militantes obreros e incluso de veteranos que veían en el PCT un partido de referencia frente a la crisis del PCE. Este fue el caso de Antonio Lima, quien se incorporó al PCT en Marbella en 1977. Lima había iniciado su afiliación al PCE en 1935, había combatido en la guerra y había estado preso en varias cárceles y campos de concentración. Posteriormente, continuó en la clandestinidad hasta que fue expulsado porque era «demasiado de izquierdas». ²⁶¹ Otro caso similar fue el de Rafael Verdú, quien se incorporó al batallón Pasionaria del PCE en 1936. Posteriormente, se había llegado a convertir en un cuadro regional, fue detenido varias veces y sometido a varios consejos de guerra. Abandonaría el PCE en 1976 a causa de las divergencias con la línea de Carrillo. ²⁶² Otro militante con un perfil proletario fue Luis Espinosa, quien se adhirió al PCE en 1965 en una fábrica de Elche, gracias a un compañero que había venido de Francia. Posteriormente, estuvo participando de manera muy activa en el

movimiento obrero de la mano de las comisiones obreras y se convirtió en un dirigente local. Sin embargo, acabaría abandonando el PCE debido a una profunda desafección con la línea de su partido.²⁶³ En resumen, lo verdaderamente interesante de toda esta cuestión es poder ver hasta qué punto el PCT era distinto respecto a los comunistas de la primera ola disidente. En este partido abundaban mujeres, estudiantes universitarios y profesionales (abogados, arquitectos, economistas, profesores, empleados, etc.). Además, como ya se ha explicado, la presencia de obreros en su militancia fue más bien escasa, aunque existieron algunos casos.²⁶⁴ Sin embargo, el partido no escapó del peso del obrerismo a nivel cultural, ya que este elemento era resaltado especialmente frente a los intentos de moderación del PCE de Carrillo, lo cual era considerado como un «oportunismo» contrario a los intereses de la clase obrera.²⁶⁵

Otra cuestión importante en la cultura política de la corriente comunista ortodoxa fue la construcción de una memoria colectiva. Sin embargo, aunque esta cuestión estuvo presente en todas las organizaciones de las distintas olas, su importancia e intensidad no fue la misma. El caso del PCT es ilustrativo de aquellas organizaciones en las cuales las políticas de memoria orgánica fueron menores. Esto resulta interesante desde el punto de vista historiográfico que señala la ausencia de narrativas del pasado como un ejemplo de una memoria intencional.²⁶⁶ Al realizar un repaso de los elementos memorialísticos presentes en *La Voz Comunista* sorprende, en primer lugar, su escasez. Parece haber indicios suficientes para poder afirmar que el PCT dio relativamente poca importancia a este elemento simbólico. Esto estaba relacionado con el nicho ecológico de donde procedía el grueso de su militancia, jóvenes con un perfil que no miraba demasiado al pasado.²⁶⁷ Esto no quiere decir que las referencias a la memoria estuvieran completamente ausentes, por ejemplo, en la identidad de sus militantes. Esto se puede apreciar en el caso de Antonio Lima, quien preguntado sobre qué le gustaría transmitir a los jóvenes del partido, decía:

Sobre todo que no desprecien las enseñanzas de la Historia, las experiencias de los comunistas veteranos y que se educaran en el marxismo-leninismo como instrumento de lucha consecuente en la construcción del socialismo y el comunismo. La lucha será ardua y difícil pero no os quepa la menor duda que llegaremos: la Historia está de nuestra parte.²⁶⁸

Esto no impidió que el PCT intentara integrar esa narrativa del pasado heroizado de algunos de sus militantes, presentándola como una señal de respeto hacia las generaciones más veteranas que representaban la memoria viva de los comunistas españoles:

Antonio no es un nostálgico, un sentimental: Ciertamente que cuando se le oye hablar, recordar, utiliza frases de cariño y respeto para los que fueron sus compañeros de lucha, pero estos recuerdos no hacen sino afianzar un espíritu de lucha, una vocación revolucionaria. Hablar con él es vivir una importante parte de nuestra historia en la personalidad fuerte y curtida de un viejo bolchevique.

También es rastreable la presencia de elementos del pasado en las críticas políticas realizadas hacia las acciones del PCE. Esto se puede apreciar, por ejemplo, en la respuesta del PCT al abandono de un símbolo con tanta carga histórica como la bandera republicana:

la monarquía juancarlista, por más simpatías que se la presuman, no tiene ninguna licitud al ser producto de cuarenta años de dictadura nacida del alzamiento contra la legalidad republicana [...] la bandera «tricolor» es la única bandera nacional que ha sido elegida libremente por el pueblo. La otra fue impuesta por las armas. Lo que el pueblo eligió, solo el pueblo lo puede cambiar.²⁶⁹

Sin embargo, el partido también tenía sus propias contradicciones en este aspecto. Por ejemplo, en 1979 se negó a celebrar conjuntamente el aniversario del nacimiento del PCE, por suponerle un problema asumir que su partido era continuador del PCE.²⁷⁰ No obstante, tan solo un año después el PCT había evolucionado firmemente en sus planteamientos y caminaba hacia la unificación con un partido de la primera ola ortodoxa. Por eso, la única conmemoración de la historia del PCE se encuentra, precisamente, en el último número del periódico. En un escueto artículo conmemorativo, se encuentran las claves de cómo se había interiorizado el relato de la historia del PCE dentro del PCT. En primer lugar, la creación del partido se planteaba como una necesidad histórica fruto de dos cuestiones: por una parte, que la clase obrera ya había adquirido una experiencia importante de la mano de socialistas y anarquistas; por otra parte, «se planteaba el problema de las estructuras que debería tener el partido obrero, su funcionamiento interno, su disciplina, cohesión ideológica, etc.».²⁷¹ También se encontraba muy presente el imaginario soviético y su papel movilizador:

mantener y desarrollar los triunfos de la revolución de Octubre no era ni podía ser tarea exclusiva de los obreros soviéticos [...] Cada destacamento comunista nacional tenía como misión central de su actividad política la defensa del primer Estado obrero y campesino; por lo que el internacionalismo proletario no sólo no podía reducirse a un mero enunciado teórico, sino que formaba parte de la epidermis.²⁷²

Como no podía ser de otra forma, las críticas al rumbo tomado por el partido desde hacía dos décadas también ocupaban el eje central desde el cual se construía esta narrativa:

Parte de la mayoría de sus dirigentes políticos no comprendieron a tiempos los nuevos fenómenos y transformaciones que acontecían en nuestro país. Se cansaban de repetir que en España no se evolucionaba nada, que el régimen no duraría un año más, etc. Internacionalistas y «revolucionarios» por seguidismo [...] cuando se vieron forzados analizar para comprender la nueva situación que se creaba en el país y en el mundo recurrieron al camino fácil y trillado de las

teorías socialdemócratas.

Por último, también resaltaba otro elemento importante que choca con lo que planteaba el PCT tan solo un año antes, la cuestión de su legitimidad como continuadores del PCE: «El partido que representaba los intereses de la revolución comenzó a descomponerse, reagrupándose a la vez en nuevas formaciones comunistas». El PCT tuvo una corta existencia y, por lo tanto, resulta más difícil estipular con claridad cuáles fueron sus principales características. El partido continuó con muchos de los rasgos presentes en su etapa como OPI. Probablemente, el factor más destacado fuera su vertiente intelectual, caracterizada por intentar ampliar los límites teóricos existentes entre los comunistas ortodoxos. Los temas escogidos fueron varios, pero fundamentalmente aquellos relacionados con la estrategia de la revolución en España y la teoría del Estado. Además, el PCT también destacó por mostrar una adhesión no dogmática hacia la URSS, vinculada a un cierto pragmatismo. Su espíritu crítico quedó patente incluso cuando buscaban la unificación con otros partidos de su misma corriente comunista:

Decenas de años de falta de libertad de expresión y de discusión política ha generado y genera en nuestro caso específico la división que tanto preocupa al hombre de a pie. Pero junto a ello, hay que colocar el burocratismo, el apego a «puesto» de muchos papas frustrados, la estrechez dogmática, la maniobra sutil y un sinfín de enfermedades que hoy afloran como arte de magia [...] Es necesaria la unificación y como quiera que los partidos son representantes de clase, es imprescindible que la unificación se realice por familias ideológicas [...] todas las aportaciones a la teoría de Marx, Engels y Lenin han enriquecido y desarrollado en la teoría y en la práctica dicha teoría científica, pero a la vez, consideramos una estrechez infantil y dogmática, el pensar que el Partido que necesita la clase obrera, el Partido de la revolución, debe basarse, por reducción al absurdo, en cualquier subideología prefigurada.²⁷³

Estos postulados críticos estuvieron muy presentes en todo el proceso de unificación con el PCE (VIII-IX Congresos). El PCT tuvo un comportamiento

un tanto bipolar en su relación con el partido que encabezaba Eduardo García. Así, por ejemplo, cuando el acuerdo ya se había hecho público, el PCT publicaba un demoledor artículo hacía este partido. Bajo el título «No hay práctica revolucionaria sin teoría revolucionaria», el PCT realizaba graves críticas al PCE (VIII-IX Congresos).²⁷⁴ En primer lugar, le acusaba de haber seguido unas políticas iguales a las de Carrillo por apostar por un gobierno de concentración nacional o pedir su ingreso en Convergencia Democrática. En segundo lugar, le censuraba haber tenido comportamientos antileninistas al haber llamado al boicot en las elecciones de junio de 1977. Sin embargo, el principal problema que subyacía tras este conflicto era el de la comprensión de la contradicción principal de la sociedad española, que el PCT consideraba era el capital-trabajo:

De la misma manera que el P.C.E (VIII y IX) ignora lo que es hacerse una autocrítica comunista sobre los últimos acontecimientos políticos [...] resulta patente en el mismo partido una amnesia política, creemos que no malintencionada, al autorecordarse a ellos mismos— que no a nosotros— los veinte millones de soviéticos muertos [...] curiosamente olvidan los enormes sacrificios de nuestro pueblo en la lucha contra el franquismo [...] Toda esta falta de rigor científico les lleva finalmente a interpretar de forma errónea la contradicción FUNDAMENTAL.²⁷⁵

UN MOVIMIENTO A CÁMARA LENTA. LOS INSUMISOS DE LAS CÉLULAS COMUNISTAS

La segunda ola disidente estuvo compuesta por varias organizaciones cuyos orígenes fueron bastante diversos. Sin embargo, hay dos rasgos principales que estuvieron presentes en todos estos grupos. En primer lugar, en todos los casos su origen estuvo motivado por una misma reivindicación inicial. Exigían una mayor democracia interna en el PCE que garantizara la pluralidad interna. En segundo lugar, estos grupos continuaron simbólicamente en el PCE, aunque de facto estuvieran expulsados orgánicamente. Este elemento está estrechamente relacionado con la construcción de una identidad colectiva en la cual el papel del PCE continuaba siendo central. De ahí la necesidad de seguir dentro del partido y el rechazo a diferenciarse políticamente. Además, sociológicamente, dentro de la segunda ola destacaron los profesionales liberales con un bagaje militante más crítico y unas referencias culturales propias de una generación que no había luchado en la Guerra Civil. No obstante, como se verá más adelante, detrás de estos parámetros generales siempre existe una mayor diversidad.

De entre todas las organizaciones que formaron parte de esta segunda ola, la que probablemente tuvo unos orígenes más opacos fueron las denominadas Células Comunistas (CC. CC.). Esta organización se desarrolló gracias al papel de José Satué Malo, dirigente con una larga trayectoria a sus espaldas.²⁷⁶ Pepe Satué había nacido en Zaragoza en 1903. Sus inquietudes políticas comenzaron con su afiliación a la UGT en 1928, donde llegó a convertirse en secretario de su unión de radiotelegrafistas. Sin embargo, el paso fundamental en su vida militante llegó con su afiliación al PCE el año que se inicia la guerra en España. En 1939 se vio obligado a exiliarse, al igual que muchos otros compatriotas. Fue internado en varios campos de concentración franceses, hasta que finalmente partió hacia México, donde trabajó activamente en la Comisión Técnica de ayuda a los exiliados como representante del PCE y la UGT. Además, también impulsó la corriente sindical que encabezaba Ramón González Peña.²⁷⁷

Reclamado nuevamente por su partido, volvió a Francia en septiembre de 1946.

Una vez allí, el PCE le encargó una importante misión en el interior. Se trataba de fortalecer el trabajo sindical del partido mediante la reorganización de la UGT, para lo que entró en España a finales de octubre con la cobertura de un pasaporte falso. Poco después, en abril de 1947, sería detenido gracias a la labor de infiltración del policía franquista Roberto Conesa, quien le había sido presentado como un tipógrafo del partido que podía hacerse cargo de la imprenta que la propia policía le había vendido.²⁷⁸ Tras su arresto, sufrió las consabidas torturas y fue internado en la cárcel de Ocaña, donde padeció dieciocho meses de aislamiento. Posteriormente, le sometieron a un consejo de guerra sumarísimo y le condenaron a cadena perpetua, que posteriormente fue conmutada por treinta años de prisión.²⁷⁹ Pepe Satué pasó veinte años en las prisiones franquistas, de 1949 a 1957 en Salamanca y el resto en el penal de Burgos. Durante esas dos décadas de su vida destacó por mostrar siempre una gran tenacidad y espíritu de resistencia.²⁸⁰ Otro rasgo importante dentro de su militancia comunista fue la omnipresente solidaridad con sus compañeros en las duras condiciones de los presidios de la dictadura.²⁸¹ Una buena muestra de esas cualidades se puede ver en los escritos de protesta elevados por Satué a las autoridades del régimen protestando por la arbitrariedad con que eran tratados los presos políticos. En ellos, el veterano comunista se quejaba de las trabas existentes para que algunos presos políticos tuvieran acceso al sistema de rendiciones de penas y a la libertad condicional. Además, también fue un firme defensor de su derecho a no asistir a los actos religiosos. Gracias a esta lucha conseguiría poder trabajar, aunque esto no afectara a la duración de su condena y se le permitiera no acudir a los actos religiosos.²⁸²

Finalmente, Satué abandonó la cárcel el 9 de mayo de 1967 y se trasladó con su hermana a Alicante. Allí, lejos de cejar en sus convicciones, continuó su militancia pese a estar fuertemente vigilado por la policía. Así, por ejemplo, participó activamente en la puesta en marcha de Club de Amigos de la Unesco en dicha localidad levantina. Durante esta etapa, trabajó de comercial en editoriales progresistas como Ciencia Nueva o Alianza, lo que le permitió moverse con cierta facilidad por motivos laborales. Sin embargo, durante este periodo mantuvo una actividad discreta, pese a encabezar algunas iniciativas solidarias como la organización de unas vacaciones para los hijos de presos políticos durante el verano de 1968.²⁸³ Ese mismo año tuvo ocasión de visitar a Carrillo en París, donde se ahondaron las divergencias que el comunista maño había ido desarrollando hacia la nueva política de su secretario general.²⁸⁴ En

cierto modo, el origen de las Células Comunistas tuvo lugar en la cárcel de Burgos, donde Satué coincidió con varios presos a los que marcó profundamente. Ese fue el caso del principal dirigente de la futura organización en Canarias, Fernando Sagaseta. De esta manera lo describía su sobrino y también militante de Células, Joaquín Sagaseta:

Pepe Satué fue el hombre que más impresionó a Fernando en Burgos. Yo no he conocido a nadie como Pepe Satué ni creo que lo conoceré en mi vida. Si pusiera a alguien en el movimiento comunista que destacara pondría a Pepe Satué. Y Fernando se quedó impresionado con Satué porque era un hombre de una pieza, recio, condenado seis veces a muerte, que llevaba veinte años en la cárcel y que inmediatamente asume aquellas luchas, luchas para romper el corsé de la dirección de Ardiaca, Núñez y Ormazabal.²⁸⁵

Al penal de Burgos llegó en 1962 Fernando Sagaseta, militante por entonces del grupo Canarias Libre. Durante su estancia en el penal se aceleró el proceso de maduración de Sagaseta como militante antifranquista, motivado por dos factores clave en su vida. Por una parte, la fuerte impresión que le produjo Satué, de cuya mano profundizó en el pensamiento marxista. Por otra parte, un episodio muy relevante de la represión franquista en aquella época y que marcó a toda una generación de antifranquistas: el fusilamiento de Julián Grimau. Estos dos elementos fueron clave para que Fernando Sagaseta diera el paso y se afiliase al PCE en 1963. En la carta que el comunista canario envió a la viuda de Grimau se puede encontrar la fuerte impronta que este hecho dejó en la vida de Fernando:

Por mi parte, sé deciros que el nombre de Julián Grimau irá a mí unido hasta la muerte. Sí, yo –como tantos otros compatriotas– he pedido el ingreso en su causa al saber su sacrificio y, guiado por su ejemplar vida, a su causa consagraré mis energías mientras viva. Y estoy seguro que con él, con vuestro y nuestro Julián, iremos a inaugurar el alba para nuestro sufrido pueblo.²⁸⁶

La estrecha relación de Satué y Sagaseta duraría hasta la muerte del comunista

canario.²⁸⁷ Otro contacto realizado también en la cárcel fue el de Miguel Galindo, quien posteriormente también fue dirigente de Células. El propio Galindo sitúa el origen de su decantación por este proyecto ortodoxo en los contactos que realizó durante su estancia en la prisión de Burgos, especialmente el de Pepe Satué.²⁸⁸ Sin embargo, trazar con exactitud los orígenes más precisos de las Células Comunistas resulta bastante complicado. Esto se debe a varios motivos, pero principalmente al grado de informalidad de la primera etapa de esta organización. A esto habría que sumar la existencia de varios focos autónomos, los cuales tendrían unos tiempos y unos grados de maduración distintos. Todo esto hace difícil establecer una cronología exacta sobre su aparición más allá de las influencias de los contactos realizados en el penal de Burgos en los años sesenta y la centralidad en este proyecto de la figura de Pepe Satué. En todo caso, resulta evidente que las fuertes transformaciones producidas en el PCE durante finales de la década de los sesenta y principios de los setenta, unido a la demanda de una mayor democracia interna, fueron el origen de esta disidencia.

Un caso pionero dentro de este movimiento disidente tuvo lugar en Canarias. Además, fue en este territorio donde esta organización alcanzó su mayor grado de implantación, consiguiendo una proyección importante en los movimientos sociales e incluso éxitos en el plano electoral.²⁸⁹ Como antecedente, es necesario tener muy en cuenta todo el proceso de crisis que se abre tras la disolución de Canarias Libre, la situación de la insularidad y el desamparo al que se enfrentaban los comunistas canarios frente a la dirección del PCE.²⁹⁰ Tras su salida de la cárcel, Fernando Sagaseta levantó en 1965 un despacho de abogados laboristas en Las Palmas junto con otros comunistas como Félix Parra, Augusto Hidalgo y Carlos Suárez. Este espacio se convirtió en el centro de la red de disidencia que daría lugar a la experiencia de las Células Comunistas canarias.²⁹¹ Además, durante todos estos años, los mencionados abogados se labraron un importante prestigio entre los sectores progresistas de Canarias gracias a su defensa de los detenidos y participantes en conflictos laborales.²⁹² Sin embargo, los propios comunistas canarios recuerdan cómo, desde finales de los años sesenta, sus principales influencias se encontraban en un marxismo heterodoxo muy crítico, marcado claramente por las lecturas de los textos de Gramsci.²⁹³ Durante esa etapa, llegaron incluso a seguir entusiastamente el proceso de reformas llevadas a cabo en Checoslovaquia. Sin embargo, la influencia ortodoxa, que marcó profundamente el pensamiento de Sagaseta en

aquellos años, se encontraba en la figura de Satué. Así lo comentaba Emilio Díez:

Yo hablé con Pepe Satué. Más que por la argumentación, Pepe Satué pudo convencer a Fernando por la enorme admiración hacia la figura de Pepe Satué que sentía Fernando. El elemento personal era muy importante para Fernando, igual que German. Fue así, yo estaba hablando con Fernando una semana y una después tenía una posición completamente distinta. «¿Y tú por qué estás en posición completamente distinta?», le pregunté. «Por las conversaciones con Satué», me respondió.²⁹⁴

Con todo, no sería hasta el año 1971 cuando comenzó a gestarse un movimiento disidente entre los comunistas de Canarias. Una muestra de este descontento se puede ver en una carta de una célula al Comité Provincial fechada en el mes de febrero. En sus líneas se insistía en el abandono al cual se veían sometidos por parte de la dirección central del partido, a la vez que acusaban al Comité Provincial de continuar ignorándolos.²⁹⁵ Poco después, en una resolución elevada a este comité en marzo de ese año una célula criticaba la situación del partido.²⁹⁶ En estos documentos se encuentra el motivo que justificaría la existencia de células como organización ortodoxa. Según este grupo, la dirección provincial del PCE habría dejado por desidia que las células se fueran organizando autónomamente, por falta de atención del partido. También se criticaban errores en determinados movimientos y se acusaba a la dirección de tener pocas precauciones en cuestiones de seguridad.²⁹⁷ La tensión fue creciendo durante los meses siguientes, hasta el punto de que en el mes de septiembre esta célula comunicaba que había tomado la decisión de actuar por su cuenta bajo la máxima de que «la base de la organización del Partido está en las células». Además, también se comunicaba que la citada célula había establecido contacto directo con el Comité Central y con el Comité Ejecutivo a través de Antonio Mije.²⁹⁸

No obstante, uno de los acontecimientos más importantes en los orígenes de las Células Comunistas en el archipiélago canario se encuentra en la aparición de

una publicación de ámbito interno denominada Brújula, cuyo subtítulo era Hoja de orientación y formación de los comunistas canarios.²⁹⁹ Este periódico comenzó a publicarse en septiembre de 1971 con la intención de servir de herramienta de formación y orientación de los comunistas canarios ante los cambios en el rumbo de la política del PCE, tanto a nivel externo como interno.³⁰⁰ En lo relativo a lo externo, consideraban que en el PCE se estaba consolidando una línea derechista que afectaba a su política y la desvirtuaba. En cuanto a los problemas internos, también aparecían fuertes divergencias. Los disidentes canarios denunciaban la intransigencia de la dirección comunista, que se negaba a aceptar las críticas y censuraba el debate de sus militantes de base. Todo esto era valorado por estos ortodoxos como una muestra flagrante de la existencia de posturas burocráticas que cercenaban la democracia interna en el seno del PCE.³⁰¹ El boletín tuvo una vida bastante corta, ya que fue publicado tan solo durante 1971 y 1972. Sin embargo, su contenido resulta bastante interesante para comprender algunos de los rasgos primigenios de las Células Comunistas en Canarias. En primer lugar, este periódico no venía firmado por ninguna organización, con lo cual su origen es un tanto misterioso. Además, este anonimato resulta bastante representativo de las dinámicas que este grupo tendrá en los años posteriores. Por otra parte, el formato de este boletín, de tan solo dos páginas, tenía un carácter bastante rudimentario debido a la situación de doble clandestinidad que vivía esta organización. No obstante, el objetivo de esta pequeña hoja parece haber sido tratar de influir en los militantes canarios, aportándoles elementos para el debate desde una perspectiva marxista-leninista. Por otra parte, destaca su contenido, en el cual se pueden encontrar numerosas citas de dirigentes comunistas de la talla de Lenin, Marx o Mao, y de otros menos frecuentes como el germanoriental disidente Robert Haveman o Gramsci. Además, esta hoja también abordaba temas normalmente marginales para esta corriente como la cuestión de la moral sexual, aunque este polémico asunto se expusiese en los términos clásicos en los que lo había abordado la comunista alemana Clara Zetkin varias décadas antes.³⁰² El propio Fernando Sagaseta resumía de la siguiente manera la importancia de Brújula para los comienzos de su disidencia:

La revista «Brújula» fue condenada por la nueva dirección del Partido porque le quitaba prerrogativas, le hacía ver que había cosas que estaban mal hechas y eso no les gustaba, les poníamos en evidencia. Al mismo tiempo, ayudó a subir el nivel político de muchos camaradas. Lo que ocurre es que se valoraba poco esto,

porque en los niveles políticos hay poco desarrollo colectivo. Se queda en conocimientos personales y no se expande al Partido. Uno de los planteamientos de la revista era la posibilidad de abrir corrientes y tendencias internas y, para ello nos basábamos en los planteamientos leninistas cuando se produjeron las divergencias más fuertes en el Partido Socialdemócrata Ruso.³⁰³

El rumbo tomado por los componentes de células en Canarias durante el periodo 1972-1975 parece bastante confuso. Como ya señalamos, la influencia de Satué fue muy importante, pese a no vivir a tiempo completo en Canarias. Así lo refleja Luis Alsó:

Nosotros en esa crítica a la postura de Carrillo íbamos un poco por libre, aunque teníamos constancia de que se habían producido también movimientos críticos en otras zonas de la Península. Y en una reunión [...] nos presenta a un represaliado, cargo histórico importante del Partido Comunista que había estado 21 años en la cárcel, era José Satué. Nos lo presenta Carlos. Satué empieza a ratificar todo lo que nosotros estamos diciendo y nos promete traernos un libro en el que Líster denuncia la postura de Carrillo. Posteriormente Satué empieza a ir a mi casa, a las reuniones de Brújula.³⁰⁴

Existen bastantes indicios que atestiguan que estas células convergieron con otros militantes críticos procedentes del movimiento estudiantil. La disidencia iniciada en 1971 se vio pronto enriquecida por un nuevo sustrato de militantes que se mostraba contrario a las nuevas políticas encabezadas por Santiago Carrillo con motivo del VIII Congreso. Este colectivo no era otro que la OPI de Canarias. Durante su corta existencia, esta organización estuvo compuesta por dos núcleos claramente diferenciados: estudiantes y profesionales liberales. Sería en este último sector donde se agruparían los militantes de las Células, en este momento integrados dentro de la OPI, aunque con una gran autonomía y un cierto espíritu crítico.³⁰⁵ De hecho, Fernando Sagaseta fue, junto con Julián Ayala, representante de los disidentes canarios en la fundación de la OPI en Madrid.³⁰⁶ Sin embargo, desde épocas tempranas los miembros de CC. cc. se manifestaron contrarios a la estrategia de OPI. Si algo caracterizó a este

movimiento fue su afán por mantenerse dentro de lo que ellos consideraban la «legalidad partidaria» del PCE a toda costa. Lo que no era óbice para que mantuvieran posturas críticas en el seno de la organización. Así lo recordaba Rafael González Morera, hijo del comunista canario Rafael González:

propugnaban con firmeza en el afán de la unidad que siempre los caracterizaba, y por su parte Sagaseta no cedía un ápice en sus convicciones y lanzaba filípicas constantes a los rivales en las discusiones y disquisiciones, de ahí que con su vehemencia surgiera años más tarde sus posteriores encontronazos políticos con José Carlos Mauricio [...] Ese punto de vista oficial del PCE fue compartido por algunos protagonistas que respetaron un seguidismo que venía de la máxima «dentro del partido todo, contra el partido nada», el «centralismo democrático», pero sirvió para que otros, entre los que se encontraba Fernando Sagaseta en línea destacada, con el transcurso del tiempo fueron alejándose de los comunistas carrillistas, y en el caso de Sagaseta fue motivo años más tarde de la gran victoria de la Unión del Pueblo Canario, derrotando incluso electoralmente a José Carlos Mauricio.³⁰⁷

Como ya se ha señalado anteriormente, la OPI en Canarias sufrió una crisis importante durante su corta existencia, fruto de la confrontación de dos visiones políticas y organizativas diferentes. Por una parte, existía un sector juvenil, y universitario, hegemónico en la isla de Tenerife que consideraba superada su etapa como OPI por estar más centrado en la realidad canaria y porque orgánicamente ya nada tenía que ver con el PCE. Sin embargo, existía otro sector encabezado por Fernando Sagaseta que se negaba a romper el vínculo que les unía al PCE y defendía la necesidad de continuar organizándose como células para seguir dando una batalla interna. Un buen ejemplo de esta pugna se encuentra en el testimonio de Arturo Borges, quien fuera responsable político de la Célula del PCE en la Facultad de Medicina de la Universidad de la Laguna. En el curso 1974-75, harto de la situación que se vivía en su partido, decidió sumarse a las filas disidentes:

Yo inicialmente pues podía haber acabado en la OPI porque yo no quería seguir

con esa situación porque veía que aquello era insoportable. Pero claro surge la alternativa. La alternativa que surge a través de una reunión en aquellos años que vienen a Tenerife Fernando y Pepe Satué. Creo que era precisamente para reunirse con la gente de la OPI para un poco ponerse de acuerdo, pero ya la OPI estaba muy orientada hacia la ruptura y no querían seguir en esa batalla interna. Sin embargo, los camaradas, Fernando a mí me convencen de que no tiene sentido la ruptura [...] que lo importante era seguir vinculado a la lucha por derrotar el oportunismo en el seno del partido. Y que, si podías seguir, pues que siguieras dentro dando la batalla, pero que si no podías seguir te incorporaras a un movimiento que iba a mantener esa orientación desde dentro y desde fuera. El objetivo era dirigirse al Partido Comunista de España para derrotar al oportunismo en su seno y lograr que efectivamente se impusiera la línea revolucionaria.³⁰⁸

Con todo, existen indicios suficientes para afirmar que las Células Comunistas en Canarias tuvieron varias etapas diferenciadas. Primero nacieron como un grupo de militantes críticos que a comienzos de los setenta militaban en células autónomas y a partir de 1973 se sumaron al proyecto de OPI.³⁰⁹ Más tarde, en 1975, se produjo una ruptura con el nuevo rumbo de la OPI canaria y continuaron su andadura en solitario. A partir de ese momento, la organización estuvo formada por exmilitantes de OPI y también por nuevos exmilitantes del PCE. Esta militancia consideraba que era mejor continuar con la estrategia de mantenerse vinculados al partido como una tendencia crítica que funcionaba de forma totalmente autónoma.³¹⁰ En cuanto a su autopercepción y a la construcción de una identidad de grupo, resulta muy interesante la idealización de la Célula como instrumento de organización. En este caso se invocaba el simbolismo que se escondía detrás de la clandestinidad, donde los comunistas tenían que trabajar en unas duras condiciones que suponían, entre otras cosas, su aislamiento respecto a los órganos superiores del partido. Incluso se recurría a referencias exóticas que ofrecían argumentos para legitimar su postura. Un peculiar ejemplo de esto lo encontramos en la explicación que Fernando Sagaseta ofrecía en 1988 sobre el origen de Células Comunistas al historiador Domingo Garí, al parecer inspirado en el proceso de reorganización del Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT).³¹¹

Después de los años cincuenta arrojaron a los tiburones a todos los componentes del Comité Central del Partido Comunista de Guatemala, éste tuvo que recomponer su estructura organizativa desde la base. Y la modalidad por la que quedaron funcionando desarrollaron un proceso de acercamiento entre ellas con ánimos de constituir la nueva dirección, pero sin que ninguna de ellas sustentase la representatividad en exclusiva del desaparecido Comité Central. Esta explicación nos fue facilitada por Fernando Sagaseta. Por lo tanto, la cuestión de que se ajuste a la verdad o no es secundaria para el problema que tratamos, porque en cualquiera de los casos ése es el modelo teórico que se adopta para la reconstitución del PCE.³¹²

Sin embargo, esta explicación resulta un tanto inverosímil y es demasiado rebuscada. Lo más probable es que se trate de un proceso de construcción posterior de una narrativa sobre el pasado de la organización y su mito fundacional. Así, este relato funcionaría en clave de lugar de memoria con el objetivo de lograr cohesionar a sus militantes. No obstante, hay que tener en cuenta que los nexos culturales que unían a las Islas Canarias con toda Latinoamérica siempre fueron muy fuertes, también en lo referido a la cultura comunista.³¹³ Para Joaquín Sagaseta, los disidentes ortodoxos canarios habrían tenido una aportación ideológica muy importante durante los primeros años setenta:

La disidencia en el PCE empieza en torno a cuestiones ideológicas y el debate ideológico que tiene el movimiento comunista sobre el abandono del leninismo. Allí empieza la disidencia en los años 68, 69, 70. Vinieron los sucesos de Checoslovaquia, las diferentes presiones que se hicieron sobre aquellos acontecimientos. Después todo el fenómeno eurocomunista, los pactos por la libertad, la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura, la valoración que se hacía por parte de la dirección de Santiago Carrillo sobre los cambios en la clase obrera, etc. Lo que le daba consistencia a la disidencia eran cuestiones de carácter ideológico. Yo creo que en Canarias se vivieron unos años, del 70 al 77 o 78, de una labor ideológica intensísima, aquí se elevó muchísimo el listón y la capacitación ideológica de una gran parte de la militancia comunista, incluso se hicieron elaboraciones que si uno las ve ahora con perspectiva histórica puede considerar que no eran realmente propias como para un Partido como en el

Lo cierto es que las redes de sociabilidad militante construidas durante estos primeros años eran muy informales. A esto había que sumar que su estructura organizativa era prácticamente inexistente. Por si esto fuera poco, su mimetismo con el PCE era realmente extremo. Hasta tal punto de que ellos mismos se reivindicaban como células del PCE, aunque de facto estuvieran fuera de cualquier ámbito organizativo del partido. Habría que esperar hasta febrero de 1976 para que las CC. CC. emitieran su primer documento público por toda España. Se trataba de un manifiesto de siete hojas bastante rudimentario, titulado «Al partido». El texto estaba firmado con pseudónimos por treinta y seis personas, que se identificaban como «miembros, unos, de organizaciones de base del PCE constituidas de acuerdo con los arts. 32 y 37 de los Estatutos y, otros, amigos del Partido, todos identificados en la voluntad de adhesión inquebrantable al marxismo-leninismo».³¹⁵ El objetivo era que los militantes del PCE difundieran este documento y se adhirieran personalmente, de manera que el movimiento se fuera ampliando. El origen de este documento se encontraba en una reunión que habían mantenido este grupo de comunistas para estudiar qué problemas existían en el partido y apuntar sus posibles soluciones. Los motivos esgrimidos para llevar a cabo este tipo de actividad, poco común por alejarse de los parámetros del centralismo democrático, eran fundamentalmente dos. Por una parte, estaba la motivación moral, muy vinculada a su cosmovisión crítica de la militancia en lo que estos comunistas definían como «el imperativo de nuestras conciencias».³¹⁶ Por otra, en lo que ellos interpretaban directamente como una invitación del Mundo Obrero de la cuarta semana de septiembre de 1975 para que los militantes elevaran sus críticas y sugerencias sobre el Manifiesto-Programa aprobado en la II Conferencia del PCE. El texto de la conferencia hacía referencia a la necesidad de estrechar las relaciones entre las células y fomentar una mayor transparencia democrática.³¹⁷ Sin embargo, el periódico del PCE era mucho más comedido en su propuesta:

Les invitamos a escribir sobre estos u otros temas a expresar sus opiniones críticas, sus dudas o sus interrogantes. No es nuestra idea que «Mundo Obrero» intervenga directa y activamente en ese debate abierto. Será más vivo y constructivo si nos limitamos a facilitar el contraste de opiniones, y en todo caso,

a solicitar colaboraciones sobre temas concretos que necesiten esclarecimiento y puntualización.³¹⁸

El manifiesto proseguía mostrando la preocupación sobre la situación en la cual se encontraba el PCE, a su parecer incapaz de cumplir con las tareas que el partido debería afrontar tras la muerte de Franco. Las causas de esta situación vendrían a ser múltiples. En primer lugar, les preocupaba la unidad del partido: «se halla profundamente quebrantada y, ahora, cuando la situación exige la más sólida concentración de sus fuerzas, es cuando culmina su división».³¹⁹ Además, también denunciaban que se estaban perpetrando abandonos ideológicos y una «mistificación del marxismo-leninismo» con políticas como el Pacto por la Libertad o el impulso de la Junta Democrática, que suponían «ir a remolque de la burguesía». Esto también tenía sus consecuencias en el plano internacional, donde cada vez más miembros del CC tenían relaciones inadecuadas con los países socialistas y sus partidos comunistas. Probablemente, lo más llamativo de este análisis era la importancia que se le daba a la cuestión organizativa, verdadera obsesión de este grupo y que chocaba directamente con su praxis como corriente interna:

En lo orgánico existe un verdadero relajamiento de la disciplina partidaria y del centralismo democrático, suplantando éste por el empleo de métodos personales y caciquiles: además, los componentes de los órganos centrales del Partido se abrogan la adopción de decisiones y acuerdos que están fuera de la esfera de su competencia, incurriendo en familiaridad y compadrazgo y, con demasiada frecuencia en el engaño.

Para ellos, el principal responsable de toda esta mala situación era el conjunto del CC y, sobre todo, su secretario general Santiago Carrillo, a quien acusaban de «oportunista»:

Creemos que el camarada Carrillo y sus compañeros han demostrado hasta la saciedad que, a pesar de su triunfalismo [...] se han incapacitado para continuar

en los puestos de máxima responsabilidad del Partido. NOSOTROS HEMOS PERDIDO LA CONFIANZA EN ELLOS [...] lucharemos para que, por los medios legales del Partido, se les releve de sus cargos.

Aunque el documento no resulta novedoso en cuanto a las críticas políticas e ideológicas, ofrece una perspectiva interesante sobre cómo estaban afectando las profundas transformaciones vividas en el seno del PCE durante estos años a algunos militantes de base. En las páginas de este manifiesto se puede apreciar un fuerte sentimiento de hartazgo de un sector que no se sentía valorado por la dirección en todo este proceso de cambios:

desde hace tiempo se margina del Partido o se induce a marginarse de él a los militantes con conciencia socialista, en tanto se abren las puertas del mismo, con marcada generosidad, a nuevos militantes con mentalidad cristiana, pequeño burguesa, muchos de los cuales son rápidamente elevados a puestos de responsabilidad, incluso en el CE.³²⁰

Este aspecto problemático ya había sido abordado años antes por el responsable de organización del PCE Ignacio Gallego, quien reconocía en 1972 la existencia de militantes marginados:

¿Cuántos no se hallan marginados, sin recibir siquiera la prensa del Partido? Es verdad que, en parte, depende de ellos mismos salir de esta situación, ligándose a las masas y proponiendo las formas de relación con el Partido que consideren más oportunas. Pero, a su vez, los Comités deben prestarles la atención debida, indicándoles en que terreno puede ser más provechosa su labor.³²¹

El grupo de Células consideraba que era su deber mostrar estos análisis como una herramienta de crítica. Para ello, tratarían de hacerlo a través de la página de Mundo Obrero dedicada a la discusión del Manifiesto-programa y, en caso de no

serles permitido, mediante la publicación de unas hojas de discusión que consideraban legitimado editar de acuerdo con el artículo 34 b) de los Estatutos. Este artículo fue constantemente invocado por los militantes de Células Comunistas, que lo interpretaban como el principal sustento de su legitimidad como movimiento de base disidente.³²² Así explicaba Arturo Borges esta peculiar interpretación:

El movimiento de células se basaba en el artículo 34 de los estatutos del octavo congreso que decía que, si las células se quedaban aisladas y no tenían una forma de relacionarse con el centro del partido, podían establecer unas relaciones horizontales. De ahí surgió el planteamiento de Células.³²³

Sin embargo, lo cierto es que el PCE contaba desde el VIII Congreso con estructuras intermedias en casi toda España, puesto que los comités provinciales asumían el peso de la organización.³²⁴ Por lo tanto, este imaginario de células aisladas que se autoorganizaban debido a las difíciles condiciones de clandestinidad parece poco apropiado para la realidad material de comienzos de la Transición. No obstante, el punto de los Estatutos que ellos más reivindicaban era precisamente aquel que abordaba la cuestión de la célula en el PCE. En el caso concreto del subpunto b), estaba relacionado con las tareas de la célula y fijaba sus obligaciones: «difundir Mundo Obrero y demás publicaciones del Partido; desarrollar por sus propios medios la agitación y propaganda, la reproducción y difusión de manifiestos, octavillas, pasquines, etc.». ³²⁵ El movimiento poseía algunas características que resultaban novedosas dentro de las dinámicas de funcionamiento de esta corriente. Por ejemplo, su periodo de latencia manteniendo la vinculación simbólica con el PCE fue mucho mayor que en otros grupos. Además, estas dinámicas venían fuertemente condicionadas por un rechazo hacia los partidos que se habían constituido como grupos separados oficialmente, con quien trataban de rivalizar. Así planteaba Fernando Sagaseta la labor de Células y su crítica a los otros partidos:

Las Células del PCE [...] Estábamos muy sensibilizados con la política gramsciana y queríamos un partido de verdad que contara con la base. No se

puede estar dirigiendo un Partido olvidándose de su origen y de su razón de ser. Nosotros considerábamos que el PCE y Carrillo habían abandonado los principios ideológicos y políticos y, por lo tanto, nosotros lo único que hacíamos era tratar de rehacer el Partido Comunista, aunque nunca pretendimos ser los únicos comunistas de España, como fue lo que ocurrió con montones de movimientos que hacían cuatro o cinco células y ya se consideraban Partido Comunista de no sé qué.³²⁶

El grupo también poseía una identidad muy vinculada al respeto de las normas del centralismo democrático y a la disciplina de partido. Sin embargo, esto último era entendido de una manera un tanto particular, ya que, aunque consideraban que era un error plantear la lucha fuera del PCE y mucho más formar otras organizaciones, defendían la necesidad de que existieran tendencias dentro del partido, lo que era contrario a las normas del centralismo democrático que en todo momento decían defender:

Nosotros tomamos la iniciativa de exponer francamente nuestros objetivos y críticas DENTRO DEL PARTIDO, e invitamos a todos los militantes a manifestar abierta y definidamente lo que piensan acerca de la situación actual en la que el partido se encuentra y de la salida que desearían encontrar en ella [...] la convocatoria de un Congreso que, para ser legítimo, ha de ir precedido de una abierta discusión entre las distintas tendencias que pueden convivir en el seno del Partido y que brinde a todos y cada uno de los camaradas el material necesario para que puedan formarse un juicio propio sobre cada una de ellas; y que esté constituido por representantes verdaderos de los militantes según sus opiniones.³²⁷

Otro aspecto importante que también aparece en este primer llamamiento de Células era la cuestión soviética. Aunque no parece que tuviera una importancia central para la motivación de esta disidencia, este aspecto afluía igualmente dentro del texto como una referencia de peso. De hecho, se calificaba al PCUS como «dirigente de los trabajadores de la gran URSS y amigo leal de la clase obrera de los pueblos que luchan por su emancipación».³²⁸ Un paso importante

para el proyecto organizativo fue la edición de la revista Hojas de discusión, cuyo primer número vio la luz en mayo de 1976. Su maquetación y diseño resultaban extremadamente precarios si se comparan con otras publicaciones de comunistas ortodoxos de la época, lo que resulta un factor bastante indicativo del grado de desarrollo de su organización. De esta cabecera tan solo llegaron a salir cinco números, aunque el 3 y el 4 se editaron como uno solo. En su presentación, se hacía referencia a una reunión mantenida en el mes de febrero de ese año por treinta y cuatro militantes de organizaciones de base del PCE, donde se había acordado editar la revista como «una contribución a la lucha intransigente contra el oportunismo en el seno del Partido, por la consolidación en él de una firme orientación marxista-leninista y por la cohesión de las filas comunistas».³²⁹ Una vez más decían apoyar sus acciones en «dos disposiciones legítimas del Partido». Estas no eran otras que el artículo 34 de los Estatutos, que como ya se ha explicado era el concerniente al funcionamiento de la célula como estructura de base del PCE y una resolución de la II Conferencia del PCE de 1975. Este último documento hablaba sobre la necesidad de propiciar «el contacto estrecho y la intercomunicación de ideas entre camaradas y experiencias entre las diferentes organizaciones del Partido».

El colectivo de Células no era ajeno a las resistencias que podían encontrar por parte de otros militantes del PCE que consideraran sus críticas como ataques al partido. El rechazo podía ser una reacción muy plausible, teniendo en cuenta el estricto código del centralismo democrático y la importancia de la disciplina de partido dentro de la cultura política comunista. Sin embargo, este grupo gozaba de una gran cohesión y, sobre todo, de la fortaleza de creer firmemente en que su lucha era correcta. Por eso, para ellos estaba claro que si cualquier militante examinaba la cuestión desde un punto de vista marxista:

reconocerá que no solo no es improcedente discutir ahora si las posiciones de los miembros del CC y del CE son o no correctas, son o no oportunistas, sino que es absolutamente necesario hacerlo. La polémica abierta sobre los problemas del Partido constituye una necesidad imperativa del momento y reviste una enorme importancia PRÁCTICA.³³⁰

Resulta llamativa la compleja praxis en la cual se veían envueltos estos militantes. Mientras que, por una parte, criticaban a toda la dirección y llamaban a extender el debate construyendo una alternativa disidente ortodoxa en el PCE, por otra pretendían continuar integrándose en las dinámicas de este partido haciendo aquellas tareas que según su criterio fueran positivas. Así lo expresaban en su presentación de objetivos: «no renunciamos a seguir ayudando con nuestro trabajo en la medida de nuestras fuerzas y siguiendo las directrices positivas y legítimas de los órganos superiores, a la realización unida de las tareas del P.».³³¹ De esta manera, el movimiento pretendía cumplir sus objetivos mediante una doble y complicada táctica, luchando dentro y fuera de las estructuras del PCE:

Había que generar un movimiento en base al artículo 34 de los estatutos que es lo que defendía el movimiento de células para que los camaradas que se vieran expulsados, porque había resistencia a lo del Pacto por la Libertad, a lo de las tesis del VIII Congreso, y esa situación que se generaba a camaradas que eran expulsados o marginados. Para que esa batalla no decayera y no se utilizara como siempre el poder interno para acallar las voces críticas. Pues que hubiese un instrumento organizativo y ese instrumento organizativo fue articularse en células, aunque estuviesen al margen de la organización oficial controlada por el carrillismo para seguir dando la batalla. Apoyando los camaradas que seguían sin ser expulsados que podían seguir participando en las reuniones oficiales y a su vez, pues también, para llevarles a sectores simpatizantes comunistas una posición crítica.³³²

Para el comunista granadino Arón Cohen, geógrafo y profesor universitario, la historiografía ha caricaturizado en exceso la lucha de estos disidentes. En su opinión, la verdadera motivación de CC. CC. no descansaría en una visión idealista de los problemas del partido, sino en un instinto militante que les llevaría a reforzarse política e ideológicamente ante el nuevo rumbo de su organización. Esto se habría vivido de forma especialmente intensa en las nuevas generaciones de jóvenes profesionales del PCE, como fue el caso del propio Cohen. Además, el proceso conllevó otras consecuencias negativas para su trayectoria militante:

La gran falacia, oportunista muchas veces, es querer reducir a de quienes no seguíamos el discurso aquel. Querer reducirlos al infantilismo de una posición, digamos nacida de la ensoñación y de la creencia en el paraíso en la tierra. Éramos jóvenes ignorantes, desconocedores pero inquietos. Había gente que buscaba estudiar, que buscaba enterarse, que buscaba conocer. Y el conocimiento desde luego no te hacía especialmente feliz, de las cosas que estabas viendo y que estaban pasando delante de ti. Seguramente se viviría más tranquilo y más contento ignorando ciertas cosas. Desde el momento en que te planteabas, en fin, cierto deber de curiosidad, de intentar comprender, de intentar oír, de intentar ver por cuenta. Había cosas que aquello, aquello costaba digerir. Y llegaba un momento que decías: «esto no puede ser así». Muchos lo dijeron fuera, yéndose y otros pensamos que, mientras pudimos, que aquello había que decirlo dentro, que no era cómodo.³³³

Además, durante este periodo fueron frecuentes los contactos con algunos militantes que, dentro del PCE, simpatizaban con las posiciones de las Células.³³⁴ Un ejemplo de estas redes ortodoxas se puede encontrar en Canarias, donde las Células llegaron a tener una notable implantación.³³⁵ Arturo Borges recuerda en su testimonio que existieron contactos y reuniones donde los miembros de las Células ayudaban a otros militantes del PCE que simpatizaban con sus posiciones políticas. Dentro de esta particular concepción del centralismo democrático, se insistía en recalcar algunos aspectos de la democracia radical como, por ejemplo, que la dirección debía estar al servicio de las bases:

Siempre hemos defendido que el Comité Central debe dirigir, pero también debe dejarse dirigir por la base, dejarse dirigir por los simpatizantes, por los sectores que apoyan al partido y eso se tiene que conocer. No se pueden quedar entre cuatro paredes, entre cuatro iniciados los planteamientos críticos. Sino que eso tiene que ser conocido por la base del partido para que el partido tome posición y, efectivamente, que poner en cuestión a toda una dirección, pues lo haga. Esa es la clave del centralismo democrático, dirección central unificada y unitaria, pero a su vez sometida al control democrático y, si es necesario a su cuestionamiento por esa democracia interna.³³⁶

El año de 1976 se convirtió en una fecha muy importante para esta organización, asociada a una memoria traumática. En el mes de julio de 1976 se celebró el pleno del CC del PCE de Roma, donde el aparato del partido decidiría modificar el sistema de organización, lo que produjo el abandono del sistema de células, aunque esto se saltaba su propia legalidad. El argumento utilizado por la dirección se basaba en una visión triunfalista según la cual el partido tendría en el futuro un gran crecimiento que convertiría a las Células en estructuras poco funcionales:

El CC no está autorizado para hacer modificaciones en los estatutos, que formalmente solo puede hacer un congreso. Pero al mismo tiempo, teniendo en cuenta el carácter cambiante de la situación, debe de ir contribuyendo a enfocar las tareas de organización del Partido de modo que vaya adaptándose a las nuevas exigencias.³³⁷

Sin embargo, el objetivo no era otro que acabar con el sistema de organización basado en los centros de trabajo (fábricas, despachos de abogados, universidades) y de sectores profesionales, para apostar por un modelo territorial, el de las agrupaciones, que pudiera servir para convertir las bases del partido en una herramienta encaminada al trabajo electoral.³³⁸ Este cambio no era una cuestión menor y tuvo a largo plazo graves consecuencias, ya que al modificar una forma de trabajar que se había comprobado como exitosa durante décadas «desapareció el canal fundamental de influencia comunista a través de la experiencia en unas franjas de gran ascendencia social».³³⁹ En consecuencia, este paso tendría graves consecuencias para la influencia del PCE en la sociedad española.

En el número 2 de Hojas de discusión, publicado en el mes de agosto, apenas se trató esta cuestión, pues se estaba preparando un número monográfico sobre el tema. Sin embargo, este número se dedicó casi por completo a criticar las numerosas declaraciones que Carrillo había realizado durante 1976 a medios extranjeros sobre el rey Juan Carlos, la URSS o el modelo de socialismo.³⁴⁰

Además, se llamaba a los militantes de base del PCE a que asumieran una actitud insumisa ante la futura implantación de las agrupaciones: «Según los vigentes Estatutos, sólo un Congreso (legítimamente celebrado) puede examinar y resolver las cuestiones referentes a los propios Estatutos, por lo que la pretendida modificación no puede tener valor vinculante para los camaradas».³⁴¹

El número 3-4 de Hojas de discusión, correspondiente a septiembre y octubre de 1976, se sacó en una sola edición y, efectivamente, su contenido estaba dedicado por completo a las graves consecuencias que el abandono de las células tenía para este movimiento. Esta publicación comenzaba reflexionando sobre la importancia de la disciplina en la militancia comunista y cómo en numerosas ocasiones esta era malinterpretada como un equivalente de la obediencia ciega. Máximo cuando la dirección estaba cometiendo de forma reiterada actos de indisciplina que atentaban contra preceptos universales de la militancia comunista:

La verdadera disciplina del Partido es el cumplimiento correcto y consciente por parte de cada militante, de los Estatutos, del Programa y de los acuerdos válidos de los organismos superiores del Partido. Es el cumplimiento de unos deberes revolucionarios libremente aceptados. Lo mismo que los militantes de base hacia los órganos superiores, éstos también tienen obligaciones disciplinarias, más exigentes por más responsables, hacía los militantes y hacía los organismos de base: la disciplina del CC, cuando está formado por un conjunto de dirigentes realmente eficientes y firmes en sus convicciones marxistas-leninistas se manifiesta al cumplir correctamente con su deber de dirigir y controlar la aplicación de la línea política del Partidos y los acuerdos de los Congresos, a la vez que respetar inquebrantablemente los derechos de los militantes y las opiniones minoritarias en el Partido.³⁴²

En esta complicada tesitura, el movimiento de Células tomó una decisión muy importante que afectaría al conjunto de su movimiento hasta su desaparición, a finales de 1983. Consideraban que la dirección del PCE podría crear nuevas agrupaciones, pero en todo caso nunca disolver las células ya existentes, porque

era la estructura de base de la organización y así venía en todos sus documentos, entre ellos en los estatutos. De tal manera que el CC estaba actuando de forma indisciplinada, y el conjunto de la militancia no solo no debía cumplir esa directriz, sino también obligar a la dirección a dar marcha atrás o incluso a dimitir.³⁴³ Además, otra importante consecuencia que provocó toda esta problemática fue el aumento del tono de sus críticas y la separación cada vez mayor de la organización oficial del PCE: «Carrillo y su grupo –mejor sería llamarle por su verdadero nombre dentro del Partido: la fracción oportunista que Carrillo encabeza dentro del Partido– se ve obligado a oscurecer y embrollar este problema, por lo que lo plantea al modo de los socialdemócratas».³⁴⁴ Los miembros de las Células Comunistas consideraban que el PCE estaba sobrevalorando las posibles libertades otorgadas por el Gobierno. Muy al contrario, esta organización defendía que era necesario mantener y consolidar una organización estable formada totalmente por militantes con una mayor experiencia:

La supresión de las células por la decisión indisciplinada de los miembros del CE, abre un periodo lamentable en la vida del Partido, al convertir la organización política y combativa (sic) del mismo en clubs de discusión poco operantes y no muy dinámicos. Con su decisión, los miembros del CE han empujado al Partido hacia atrás. Lo han hecho pasar de la forma más alta de organización a la más primitiva.³⁴⁵

En este número doble de Hojas de discusión también se reproducía un artículo publicado un tiempo antes en Brújula, la revista canaria de las Células Comunistas durante su primera etapa de existencia.³⁴⁶ En este artículo se podía volver a leer el fetichismo que embargaba a este colectivo respecto a la figura de la célula, hasta el punto de convertirla en el leitmotiv de su existencia como organización disidente. Para el grupo, la célula era el «único instrumento que poseemos los comunistas para dirigir el movimiento liberador del proletariado, arraigado directamente en él».³⁴⁷ Además, destacaban su importancia como herramienta de base, directamente pegada al terreno, donde los militantes elaboraban su experiencia diaria. Asimismo, la célula permitía fortalecer al conjunto del partido como si de las raíces de un árbol se tratase: «la discusión colectivamente enriquecida y contrastada con sus camaradas proporciona al

Partido en general y a la Dirección en particular, el material indispensable para la concreción teórica, el análisis de conjunto y la elaboración de la línea política». Los militantes de las Células Comunistas llegaban incluso a establecer un importante paralelismo entre la célula y el comunismo como movimiento «que parte de los hechos y en base a ellos elabora los principios teóricos». Existían dos aspectos que conformaban los dos elementos simbólicos más importantes. En primer lugar, la experiencia democrática y colectiva del trabajo en las células permitía establecer redes de socialización cruciales para la conformación del proceso de construcción de su identidad comunista. En segundo lugar, este trabajo en la base se insertaba dentro de la construcción de políticas de memoria colectiva. Unas narrativas del pasado vinculadas a la puesta en valor de la importancia de las células comunistas como forma de organización primigenia a lo largo de la historia del comunismo español. De tal manera que la célula era entendida como el principal soporte de las luchas comunistas del pasado, que se prolongaban hasta la actualidad, de las que ellos se sentían protagonistas y continuadores:

La célula es el lugar donde el militante siente y vive la solidaridad con los camaradas y la humanidad explotada, donde aprende a despojarse del individualismo que culturalmente nos conforma la sociedad burguesa, y hace suya la voluntad del Partido, pues es la suya propia en cuanto ha participado en su elaboración, convirtiéndose en ese modesto militante, agente de la Historia, pues la empuja hacia el mundo mejor del socialismo y el comunismo.³⁴⁸

El año de 1977 fue muy importante para los comunistas de España por múltiples motivos. Uno de los más importantes fue que el PCE fue legalizado y se presentó a las primeras elecciones tras la muerte de Franco.³⁴⁹ Por entonces, se produciría un salto cualitativo en lo relativo a su autopercepción y sobre todo a la concepción manejada por este grupo sobre Carrillo y el resto de la dirección del PCE. El 15 de febrero de 1977 eran detenidos por la policía en Granada José Luis Monereo e Isidoro García, siendo acusados de propaganda ilegal, justo cuatro días después de que los dirigentes del PCE presentasen los papeles para su legalización. Los materiales que les fueron incautados por la policía fueron 690 estatutos del PCE, con el texto que fue aprobado en su VIII Congreso de 1972. El problema vino cuando el juez dictó el auto el 23 de mayo de ese año.

En su declaración denunciaba que los estatutos encontrados no tenían absolutamente nada que ver con los de la «Asociación política PCE» que había sido legalizada por el Gobierno y, por lo tanto, se trataba de propaganda ilegal.³⁵⁰ A partir de aquí, comenzarían los conflictos en el seno de la organización del PCE granadino. El comienzo de un movimiento disidente por parte de la agrupación de abogados del PCE en Granada, que encabezaba el profesor Arón Cohen y que acabaría por converger con las Células Comunistas.³⁵¹

Las divergencias esenciales se articulaban en torno a varios puntos. El primero de ellos era el referente a la represión a la cual el Comité Provincial estaba sometiendo a varios camaradas y, especialmente, a Arón Cohen. El segundo asunto era la cuestión sindical, donde los disidentes continuaban defendiendo la necesidad de apostar por la creación de una central sindical unitaria que fuera el espacio prioritario de lucha de los comunistas. El tercero era el de las elecciones, ya que no estaban de acuerdo con el programa electoral en muchas cuestiones, sobre todo en la valoración de la democracia burguesa, el papel de la monarquía o la participación de obreros en las listas. El cuarto asunto era el relativo al internacionalismo proletario; en él contrastaban las posiciones que en este aspecto se establecían en los estatutos y documentos de la conferencia con las polémicas declaraciones de Carrillo sobre la URSS y los países socialistas. Además, ensalzaban el papel de los países socialistas en la escala internacional, a la par que aludían a la memoria histórica de los comunistas españoles.³⁵² Todas estas divergencias fueron ampliamente difundidas mediante una carta que el propio Cohen elevó al conjunto de organizaciones del PCE en Granada y que también iba apoyada por las firmas de los miembros de la organización de abogados: Fernando Sena, Miguel Medina, José A. Iglesias, Yolanda Benchetrit y Leticia Bueno.³⁵³

Como ya se ha comentado, 1977 fue un año importante para este movimiento. Las Células Comunistas prosiguieron su dinámica interna denunciando la existencia secreta de la «Asociación política PCE».³⁵⁴ El relato construido por los discrepantes era sencillo, pero un tanto inverosímil. Defendían que los dirigentes del PCE se habrían «escindido secreta y fraudulentamente» al legalizar ante la ventanilla del Gobierno la asociación política PCE.³⁵⁵ Es decir, que el partido continuaría sin legalizar. Además, todo esto se enmarcaría en un

proceso por el cual se estaría intentando disolver su partido y transformarlo en una organización socialdemócrata mediante la convocatoria de un nuevo congreso. Como consecuencia, este grupo acabaría realizando un llamamiento a las bases del PCE para que se rebelasen ante todo lo que estaba ocurriendo:

quienes [...] quieran ser fieles al PCE fundado en 1920 han de tener valor y levantarse frente a la posición oportunista que pretende destruir el PCE, de la oculta constitución de la asociación Política PCE y de la no menos falsa convocatoria del IX Congreso. Han de pronunciarse y actuar abierta y sinceramente según, el dictado de su conciencia comunista marxista-leninista.³⁵⁶

Lo más interesante de toda esta cuestión de la legalización es su pervivencia en la memoria de los militantes entrevistados. Lejos de ser un argumento coyuntural fruto de la polémica política del momento, en los testimonios recogidos aparece frecuentemente como la motivación central de su trayectoria disidente.³⁵⁷ La razón de ser de las Células Comunistas siempre fue mantener la autonomía de sus militantes organizándose en Células independientes. Sin embargo, también llevaron a cabo una importante unidad de acción con otras fuerzas políticas y sectores populares dentro de los movimientos sociales y en el campo electoral. Evidentemente, donde mejor se puede ver esta praxis fue en las Islas Canarias. Allí, esta organización convergió con otras fuerzas de la izquierda revolucionaria en multitud de ocasiones. La primera de ellas en 1977, con la formación de la candidatura Pueblo Canario Unido (PCU). Fernando Sagaseta consideraba este movimiento como la antítesis de las propuestas del PCE:

El Comité Popular de P.C.U estaba formado por Células de base del PCE, el Partido Comunista Canario [...] y un grupo de cristianos trotskistas. Con P.C.U buscábamos más la unidad por abajo que la unidad por arriba. La gente que se adhirió representaba los intereses populares, y no tenían nada que ver con la dirección por arriba del movimiento opositor que preconizaban desde la Platajunta.³⁵⁸

Además, durante este periodo también tuvieron lugar importantes acercamientos con otros comunistas ortodoxos provenientes de la primera y la segunda ola. Más concretamente, con el PCT y el PCE (VIII-IX Congreso). Con el partido de Carlos Tuya, los militantes de las Células constituyeron en marzo de 1978 un efímero Comité de Enlace, cuyo objetivo era «aunar esfuerzos en la reconstrucción del Partido Comunista».³⁵⁹ No obstante, como ya se explicó, también existieron muchos acercamientos hacia el partido de Eduardo García.³⁶⁰ Los contactos establecidos a mediados de 1978 se desarrollaron hasta el punto de elaborar un documento para la unificación de ambos grupos y la formación de un nuevo partido, que llevaría por nombre Partido Comunista de España (Unitario).³⁶¹ Sin embargo, a finales de 1979 los dirigentes de las Células decidieron distanciarse por varios roces que partieron de visiones distintas respecto a la cuestión electoral y, más de fondo, sobre la vinculación al PCE.³⁶² Esta tensión se volvió a evidenciar en el saludo que esta organización envió con motivo de la creación del PCEU en 1980:

hemos de puntualizar que, una cosa es que 2 grupos se unifiquen, y otra bien distintas es que los comunistas vuelvan a estar unidos. Todavía existen varias formas de entender cómo hay que alcanzar la unidad y, sin un proceso en el que participen en pie de igualdad todos los marxistas-leninistas organizados, no podrá surgir un verdadero partido unificado de ellos.³⁶³

Sin embargo, en el plano electoral la organización sí que cosechó varios éxitos importantes. El caso más relevante fue el de la Unión del Pueblo Canario (UPC), que en 1979 consiguió la alcaldía de Las Palmas de Gran Canaria. También en 1979 obtuvieron un concejal en Granada de la mano de la Candidatura Granadina de Trabajadores.³⁶⁴ Por si esto fuera poco, la UPC logró enviar al principal dirigente de las Células Comunistas al Congreso de los Diputados, lo que supuso un impulso enorme para esta organización. De hecho, Sagaseta tuvo un enorme protagonismo denunciando a la OTAN o la impunidad ultraderechista, y llegó incluso a plantear una ley antifascista.³⁶⁵ En cuanto a su desarrollo organizativo, el movimiento de las Células Comunistas siempre tuvo un carácter muy informal, dado que se potenciaban las relaciones horizontales entre células comunistas de diferentes territorios, sin que existiera en un primer momento un órgano central. Así explicaba el propio Satué la primera etapa de la organización y sus objetivos inmediatos:

En lo que podemos llamar primera etapa de nuestra actuación como militantes del PCE, organizados en células, pienso que más que errores esenciales ha habido fuertes limitaciones personales que no pudimos o no hemos sabido sobrepasar en algunos casos. Hubo mucha coincidencia y confianza en nosotros. Pero llegó un momento, hace ya ocho o diez meses, que las condiciones exigían (que) pasásemos a una estrategia más amplia, lo que suponía una forma organizativa menos artesanal y mucho más en consonancia con las disposiciones estatutarias, a la vez que la puesta a punto de un programa y la publicación regular de un periódico, si no perfecto, sí muy serio y responsable en sus tareas fundamentales: ideológicas, políticas y organizativas.³⁶⁶

La centralidad en tareas de organización la ostentaba Pepe Satué quien, moviéndose en barco u otros medios de transporte, iba contactando con las distintas organizaciones.³⁶⁷ La historia de las Células no se podría entender sin el liderazgo carismático de Satué. Este dirigente lograba cohesionar una militancia que destacaba por su diversidad interna. De la figura de Satué resaltaban cualidades típicas del militante de resistencia, como su espíritu de sacrificio tras veinte años en las cárceles franquistas, pero también una claridad analítica y una especial labor pedagógica que era muy valorada entre comunistas con diferentes

trayectorias.³⁶⁸ De la siguiente manera valoraba el papel de Satué el comunista canario Luis Alsó:

la influencia de Pepe Satué en todos nosotros, sobre todo en Fernando, fue decisiva y determinante. Pepe Satué era como un oráculo ideológico nuestro. Viajaba continuamente aquí, nos reuníamos, viajábamos a la Península, nos reuníamos en su casa que estaba en uno de los barrios periféricos de Madrid. Esa influencia de Pepe Satué se extendió también a grupos de la Península.³⁶⁹

A finales de los años setenta la organización logró expandirse y tener presencia en Canarias, Asturias, Madrid, Granada, Málaga, Alicante, Valencia, Barcelona y Aragón. Debido a este crecimiento organizativo fue necesario establecer un órgano coordinador. Por eso se creó el Comité Interprovincial, que se reunía en Madrid. A mediados de 1980 este comité continuaba intentando dotarse de una mínima estructura interna que le permitiera tener mayor viabilidad. Sin embargo, debido al carácter tradicionalmente independiente y crítico de las células, la legitimidad de este comité y su representación llegó a ser una cuestión conflictiva. Un ejemplo se puede observar en los problemas suscitados con respecto a la organización de Málaga, que se negaba a reconocer dicho comité.³⁷⁰ Todos los trámites y cambios en esta organización fueron muy lentos. No sería hasta más de un año después cuando resultaría elegido como secretario general el «camarada Quino», Joaquín Sagaseta. También durante 1981 la organización impulsó su trabajo en el plano sindical dentro de CC. OO., en el movimiento antiOTAN y mantuvo numerosas reuniones con los militantes del PSUC expulsados de esta organización tras el V Congreso.³⁷¹ Como proyecto central, estaban preparando el lanzamiento de un periódico, del que tan solo saldría un número bajo el título de Célula, que finalmente vería la luz como un boletín interno en octubre de 1981.³⁷² Se hace necesario profundizar en otras consideraciones de carácter cultural, como las relacionadas con los países socialistas. Por ejemplo, entre los materiales que utilizaban como forma de financiación se encontraban bustos de Lenin o libros de Akal sobre clásicos del marxismo. Así mismo, recomendaban a sus organizaciones suscribirse a editoriales soviéticas:

Os comunico que algunas de nuestras organizaciones (buscando alguna cobertura legal Clubs culturales, Asociaciones España-URSS, etc.) se han suscrito al boletín de la Novosti como habíamos sugerido y ya lo están recibiendo diariamente. Es un material muy valioso que puede ser utilizado en las reuniones de Célula.³⁷³

El perfil típico de la militancia de las Células, pese a que siempre es un riesgo generalizar, incluía dos tipos de procedencias: por una parte, veteranos militantes con una larga trayectoria de lucha en el PCE; por otra, profesionales y universitarios con un bagaje militante menor, pero con un sustrato cultural mucho más rico. En cuanto al primer sector, este compartía bastantes rasgos con la primera ola. Un ejemplo de esto se puede ver en la necrológica que la organización publicó a comienzos de 1977 con motivo del fallecimiento del «camarada Vidal», donde se glosaban sus principales rasgos como comunista:

La preocupación consciente y responsable por la vida partidaria, por la defensa intransigente de los principios del marxismo-leninismo; y de ahí que por su acusado instinto de clase, más que por sus conocimientos teóricos, fuera maestro de muchos militantes activos del Partido Comunista de España. Ejemplar vida la de un trabajador que sin más ambición que contribuir con su esfuerzo silencioso, cotidiano a mantener viva la conciencia de clase [...] frente a la familiaridad y el compadrazgo, frente a la ligereza y la frivolidad de muchos, supo intuir y descubrir desde hace años la introducción en el seno del partido de corrientes burguesas extrañas al marxismo-leninismo, combatiéndolas tenazmente sin decaer su ánimo pese a la incomprensión de los más y a sus propias limitaciones y errores. Podemos afirmar que aquí en Canarias, fue tal vez Vidal el primer comunista que nos señaló a todos que algo olía a podrido en la falsa «Primavera de Praga»; «Primavera» que, a muchos camaradas por falta de formación, de experiencia, por seguidismo, etc., nos pudo deslumbrar un día.³⁷⁴

Una característica común de toda su militancia fue la existencia de un fuerte espíritu crítico. En eso tuvo mucha influencia el bagaje cultural de sus militantes, especialmente de los universitarios y profesionales, muy influenciados por sus

lecturas, que abarcaban desde Albert Camus hasta Antonio Gramsci.³⁷⁵ Precisamente, el comunista italiano se convirtió en pilar ideológico para muchos de sus militantes, como ilustraba Fernando Sagaseta:

Mi asunción del marxismo-leninismo no ha supuesto un abandono del humanismo. Encuentro siempre fórmulas y en eso me ha ayudado mucho Gramsci, por eso recomiendo siempre a Gramsci, porque es un hombre que efectivamente, vive cotidianamente el apresamiento y la discusión entre lo que es una persona y lo que es un camarada. Él hace un análisis muy interesante de lo que es ser un comunista y cómo se hace un comunista. Por ejemplo, para Gramsci cualquier hombre puede ser comunista, cualquier hombre es un filósofo y está imbuido, en la práctica, de mil teorías diferentes.³⁷⁶

En cuanto al reconocimiento y las relaciones con otros partidos comunistas, especialmente aquellos que estaban en el poder o al menos tenían una organización poderosa, las cosas resultaron complicadas para este grupo. En primer lugar, porque esta organización ni siquiera era un partido como tal. Y, en segundo lugar, porque se reclamaban como parte del PCE y esto resultaba un tanto confuso para los demás partidos. No obstante, es posible apreciar ciertos guiños y algún reconocimiento a esta organización durante esta etapa. Por ejemplo, los militantes de las Células Comunistas demostraron un gran respeto y admiración por el partido de los comunistas lusos a lo largo de toda su historia.³⁷⁷ El PCP, con su característica prudencia, no demostró demasiado interés por este grupo. Sin embargo, se puede observar algún pequeño gesto respecto a las Células canarias. Por ejemplo, el PCP reprodujo un mensaje de Sagaseta felicitando los resultados electorales a este partido a finales de 1979 y lo hacían, precisamente, en la sección de «felicitaciones de partidos hermanos al PCP».³⁷⁸ Además, este grupo también mantuvo estrechas relaciones con el PCCH.³⁷⁹ En la primavera de 1982, tras una rigurosa supervisión de la embajada, una delegación de siete militantes de las Células viajó a Checoslovaquia. Para ello, tuvieron que utilizar el soporte legal del ortodoxo Partido Comunista de Aragón,³⁸⁰ ya que las Células Comunistas no eran un partido como tal. Al igual que había ocurrido con todos los partidos anteriores, fueron recibidos con honores. En este caso, incluso se les permitió entrevistarse con destacados disidentes como Václav Havel.³⁸¹ Pese a todo esto, las memorias de uno de sus

principales dirigentes, Miguel Galindo, muestran la sensación agri dulce que les quedó:

Nuestra delegación estaba encabezada por José Satué y, considero que no fuimos capaces de reconocer y aprovechar la consideración y oportunidad que se nos brindaba para merecernos el apoyo y la confianza de los camaradas checoslovacos, al exigirles impertinentemente por parte de José Satué el que rompiera sus tácticas o formales relaciones con el PCE y que denostaran contra Carrillo y sus secuaces, además de no aceptar su requerimiento de promover a nuestro regreso una asociación de Amistad hispano-checoslovaca. Si bien, de forma bilateral. Yo prometí que el PCA asumía el compromiso de promover dicha asociación.³⁸²

La organización también formó parte de todo el complejo proceso que llevó a los comunistas ortodoxos a su unificación. Sin embargo, las Células siempre tuvieron una visión muy particular de dicho proceso. Además, se mostraban muy críticos con el papel ciertas personalidades que se habían sumado al proyecto y, sin embargo, habían sido eurocomunistas confesos.³⁸³ Sin embargo, el principal punto de desencuentro estribaba en el tipo de congreso que se iba a realizar. Es decir, si iba a ser un congreso donde se reconstituyera el PCE o, por el contrario, donde se creara un nuevo partido comunista. En este sentido, los militantes de Células Comunistas apostaban ciegamente por la primera opción. Incluso en algunas localidades, como Gijón, esto fue motivo de graves enfrentamientos: «Esta diferente concepción del partido que tratamos de reconstruir y en el que proponemos unificarnos ha marcado tales divergencias y hasta encontronazos entre unos y otros que, en las actuales circunstancias, se hace imposible cualquier tipo de dialogo entre una y otra tendencias».³⁸⁴ En una fecha tan tardía como noviembre de 1983, esta organización publicó una resolución en la cual valoraba «un error subordinar la discusión sobre cuestiones ideológicas, políticas y orgánicas de este tipo».³⁸⁵ Las divergencias continuarán hasta el mismo momento de realizar el congreso de unificación comunista en enero de 1984. Sin embargo, la fuerte disciplina del grupo hicieron que terminaran cediendo y apoyando la creación del PC: «la organización de Células ha considerado la necesidad de firmar el Manifiesto al entender que el Proceso de Reagrupamiento que se está iniciando, de por sí complejo y difícil, requiere un esfuerzo para que

el mismo continúe». ³⁸⁶

LA UNIÓN QUE NO FUE: NACIMIENTO Y MUERTE DEL PCEU

1980 fue un año muy importante para los comunistas ortodoxos en su conjunto ya que, tras años de atomización, se dieron los primeros pasos para iniciar su reunificación en un solo partido. Lograr la unidad de los comunistas contrarios a Carrillo se había convertido en una obsesión. Estos comunistas estaban convencidos de que la única forma de conseguir el reconocimiento de la clase obrera española y el movimiento comunista internacional pasaba necesariamente por ofrecer una imagen de fortaleza y unidad.³⁸⁷ Sin embargo, el camino emprendido desde 1979 por el PCE (VIII-IX Congresos) y el PCT no estuvo exento de problemas, algunos de los cuales ya se han explicado en los apartados relativos a la historia de ambos partidos.³⁸⁸ Esta experiencia de confluencia pasaría a la posteridad por su carácter precipitado y sus resultados serían catastróficos. No obstante, a comienzos de 1979, nada parecía hacer ver que algo así pudiera suceder, al menos no con las dimensiones que alcanzaría posteriormente la crisis de unificación. Varios factores fueron clave para precipitar la unión de estos dos partidos en el corto plazo de un año. En primer lugar, la experiencia electoral conjunta, en marzo de 1979, ofreció un resultado de más de cincuenta mil votos, lo cual fue muy positivamente valorado por ambos partidos.³⁸⁹ Por otra parte, la sensación de aislamiento y de desencanto también se cernía sobre la militancia ortodoxa, que con este paso lograba cohesionar a su militancia bajo la premisa de que de esta manera se avanzaba colectivamente hacia un futuro mejor. Aunque, como apuntaba un exmilitante, avanzaban sin tener muy claro hacia dónde: «de la misma manera que un matrimonio con problemas decide tener un hijo para salvar su matrimonio».³⁹⁰ En tercer lugar, el apoyo del PCCH actuó como un gran acelerante del proceso. Sobre todo porque se trataba de un apoyo condicionado a que la unificación tuviera lugar lo antes posible. En síntesis, acabarían siendo todos estos factores en su conjunto los que aplacaron la multitud de choques, críticas y réplicas producidas pocos meses antes de la propia unificación.

Una muestra bastante indicativa de la percepción existente en torno a lo que se estaban jugando con aquella unificación se puede observar en la insistencia con la cual Eduardo García transmitía a sus camaradas la necesidad de mantener la

paciencia y la contención ante lo que calificaba como «ataques gravísimos» por parte del PCT. Estos ataques se habían manifestado en varias ocasiones mediante duras críticas en su prensa, la falta de cumplimiento de los acuerdos o, incluso, por la existencia de insultos en las reuniones.³⁹¹ También resultan interesantes, aunque lógicamente no son neutrales, las valoraciones de Enrique Líster sobre todo el proceso de unificación del PCT y el PCE (VIII-IX Congreso):

La unificación que ha dado nacimiento al PCEU no es sólida [...] Está asentada en fundamentos teóricos e ideológicos confusos, por no emplear otros términos, y, por consiguiente, generará a la larga más puntos de fricción y desacuerdos que puntos de convergencia y unión. Durante las conversaciones entre el PCT y el VIII-IX surgió una controversia ideológica esencial en cuanto al carácter de la época en que vivimos y la contradicción fundamental [...] ¿Cómo ha sido solventada esa divergencia? Con el abandono de sus posiciones [...] para aceptar finalmente la concepción defendida por el PCT [...] para los dirigentes del PCT y del VIII-IX era una cuestión de supervivencia; o se unían como fuera, en base a lo que fuera, o sabían que estaban llamados a desaparecer en breves plazos. Y ese es el secreto, la razón última de esta rápida «unificación».³⁹²

Aprovechando que el día previo al congreso era la manifestación del Primero de Mayo, los integrantes de los dos partidos hicieron una auténtica muestra de fuerza ante los asistentes de la marcha del día de los trabajadores convocada por las centrales sindicales:

nuestra columna alcanzó los 2.000 participantes. Pancartas y banderas rojas expresaban el contenido de unidad comunista e internacionalista de la misma. El nombre de Lenin era repetido y coreado a lo largo del desfile, desde las aceras, los balcones, el excalestri de Atocha. Así ocurría al paso de un gran retrato de nuestro José Díaz. Lo mismo con las consignas de «¡NO A LA otan!» y «¡NO A LAS BASES!», con las vibrantes exclamaciones por la paz y el desarme, todo ello unido a las consignas contra la ofensiva del gran capital...

Merece especial mención el respaldo popular a la unidad comunista, de lo cual era un vivísimo ejemplo nuestra columna... La columna de la unidad comunista, de la unidad sindical, del frente democrático antioligárquico y antimonopolista, de la reivindicación del derecho a la autodeterminación de nuestras nacionalidades. «¡UNIDAD PCEU!» era el grito clamoroso que se repetiría con indescriptible entusiasmo al día siguiente en el congreso de unificación.³⁹³

Con todo, el 2 de mayo de 1980 tuvo lugar en Madrid el congreso extraordinario de unificación de los dos partidos. Este cónclave sería el escenario del nacimiento del Partido Comunista de España Unificado (PCEU). Este congreso tuvo más de performance que de un encuentro para el debate y la discusión entre comunistas. De hecho, fue concebido como una demostración de fuerza, con el objetivo de cohesionar internamente a sus militantes y mostrar a simpatizantes y adversarios su capacidad de movilización.³⁹⁴ En realidad, no existían unos documentos congresuales definitivos y los dos partidos habían acordado previamente elegir una dirección paritaria con dos presidentes, que, lógicamente, serían Eduardo García y Carlos Delgado.³⁹⁵ Se trataba de una medida transitoria hacia la celebración del primer congreso del PCEU, que debería celebrarse antes de terminar 1980.³⁹⁶ De entre los primeros acuerdos del congreso había uno que se refería al nuevo nombre de su periódico. La edición del órgano del comité central se llamaría Mundo Obrero y Comunista, como una manera de fusionar los nombres de los dos portavoces del PCE (VIII-IX Congresos) y el PCT, Mundo Obrero y La Voz Comunista, respectivamente. Además, la revista teórica pasaría a llamarse igualmente La Voz Comunista.³⁹⁷

Este congreso tuvo una puesta en escena muy cuidada, y así se encargaban de recalcarlo en la crónica del periódico. Cerca de setecientos delegados e invitados habrían participado en el evento, que tuvo lugar en el vestíbulo del Hotel Meliá Castilla de Madrid. En el congreso participaban delegados de los territorios del interior: Galicia, Cataluña, Euskadi, País Valenciano, Andalucía, Extremadura, Aragón, Canarias, Cantabria, Castilla y León, Castilla-La Mancha y Murcia. Además, también había presencia de delegaciones provenientes de la emigración: Francia, Bélgica, Suiza, URSS, Holanda, RDA, Bulgaria, México y Suecia. El relato elaborado por los militantes del partido también nos muestra aspectos importantes para el simbolismo o la organización de este partido:

El servicio de orden lo formaban veteranos y jóvenes militantes que iban a unificarse. Sus componentes invitaban a los delegados a recoger sus carpetas y entrar en la sala sobriamente engalanada. La organización era perfecta. Los delegados iban tomando asiento en el centro guiados por las indicaciones escritas de las diferentes nacionalidades y regiones. A la derecha y a la izquierda de los delegados tomaron asiento los invitados. Las delegaciones de los partidos y movimientos hermanos, así como de otras formaciones comunistas del país y el representante del Movimiento comunista se situaron en las primeras filas. También los periodistas.

Detrás de la mesa de la presidencia una sola consigna central: «POR UNA DEMOCRACIA SIN MONOPOLIOS, HACÍA EL SOCIALISMO». Debajo, y en la misma pancarta roja: «CONGRESO EXTRAORDINARIO DE UNIFICACIÓN: MAYO DE 1980». A la izquierda de la pancarta destacaba en negro sobre la misma pancarta roja el perfil del genio de la revolución proletaria, LENIN.

En los pasillos laterales, un equipo de cineastas se disponía a filmar nuestro Congreso Extraordinario de Unificación para recoger las imágenes más significativas del mismo.³⁹⁸

La memoria colectiva de los comunistas españoles constituyó un elemento omnipresente durante todo el congreso. El nuevo partido era concebido como heredero y continuador del PCE de José Díaz, con toda la carga de memoria que eso significaba. Durante la intervención de Eduardo García se dejaba claro que para ellos esta cuestión no solo era un motivo de orgullo, sino que se convertiría en una herramienta para su éxito futuro:

Somos herederos de ese gran Partido y de esos grandes comunistas y de ellos nos enorgullecemos [...] La defensa a ultranza de esta majestuosa herencia es un

deber del Partido Comunista de España Unificado [...] Todos los partidos [...] que tienen en cuenta las enseñanzas, experiencias y hazañas de los comunistas y trabajadores que les precedieron cuentan con muchísimas posibilidades de acertar y vencer.³⁹⁹

Además, en su intervención Carlos Delgado, exsecretario del PCT y menos propenso a resaltar ese tipo de elementos memorialísticos, hizo también algunas referencias a la historia del PCE y a la necesidad de luchar por recuperar «el patrimonio histórico del comunismo español, cuyo nacimiento hace 60 años, queremos homenajear con la celebración de este Congreso».⁴⁰⁰ La fecha escogida para celebrar el congreso también tenía una enorme carga simbólica, algo que el veterano Juan Ambou se encargó de recordar en su discurso de apertura: «en esta fecha histórica del Dos de Mayo, rendimos homenaje al pueblo de Madrid que un día como hoy, en 1808, se levantó en arma contra la invasión napoleónica».⁴⁰¹ El 2 de mayo volvía a convertirse en una fecha fundacional de una nueva etapa, esta vez la de los comunistas ortodoxos unificados. Este elemento resultaba clave para su autopercepción, operando como un punto de partida fundamental para la conformación de una identidad colectiva como ortodoxos provenientes de la primera y la segunda ola. De la siguiente manera lo explicaba nuevamente Ambou en su intervención de apertura ante el congreso:

Aspiramos a que este acto sea el gran comienzo de una nueva etapa que supere la dispersión comunista y conduzca a la unificación de todos los comunistas del estado multinacional español, que, marginados o no buscan ansiosamente lo que este congreso les ofrece: el renacimiento vigoroso del partido de los comunistas, reivindicador del materialismo dialéctico e histórico, del marxismo-leninismo, del acervo revolucionario que nos legara el partido de José Díaz, de la invaluable experiencia del movimiento obrero y comunista internacional.⁴⁰²

El acuerdo de unificación suscrito por ambos partidos contenía importantes aspectos relativos a cuestiones organizativas o de identidad. Así, por ejemplo, el PCEU era considerado como «heredero y continuador del P.C.E al que

traicionaron los eurocomunistas». ⁴⁰³ En este sentido, los dirigentes manejaban unos parámetros de autopercepción bastante sectarios y prepotentes:

No hay más partido comunista que el que basa su programa y estatutos en el marxismo-leninismo y el internacionalismo proletario y que, sin ambigüedad, representa y defiende los intereses de la clase obrera y de los trabajadores considerándose al mismo tiempo destacamento integrante del movimiento comunista internacional. Este partido es el nuestro. ⁴⁰⁴

Además, el congreso era considerado como un momento trascendental en la historia de los comunistas de España: «Nuestra unificación tienen una importancia histórica por significar el fin de la dispersión comunista y el comienzo de la unión ideológica, política y orgánica de los marxistas-leninistas españoles». Sin embargo, el proceso de debate y de profundización democrática fue más bien inexistente, a pesar de que Mundo Obrero y Comunista insistía en hablar de la profunda participación militante:

Amplia y rica fue la participación de los delegados de todas las organizaciones del Partido en este Congreso de Unificación. Ellos llevaban mandatos de sus organizaciones en los que, sin excepción, se aprobaban las TESIS programáticas y estatutarias, así como los ACUERDOS finales para la unificación de ambos partidos. En toda una serie de casos un solo delegado hablaba ya en nombre de las bases de ambos partidos, prácticamente ya unificados. ⁴⁰⁵

Este primer número de Mundo Obrero y Comunista contaba con una interesante sección donde, bajo el titular «Opiniones personales sobre el Congreso», los periodistas del PCEU reproducían algunos testimonios recogidos entre los asistentes. Aunque es evidente la intencionalidad de todos ellos, no deja de ser interesante analizar algunos de los patrones que se repiten en sus declaraciones. Por ejemplo, José Picado, quien se presentaba como un veterano comunista, insistía en el papel histórico de este congreso: «Pienso que este Congreso puede ser un acontecimiento histórico para devolver a nuestra clase obrera y a las

fuerzas democráticas su Partido de Vanguardia. Esto es para mí lo más importante». ⁴⁰⁶ En la misma línea se expresaban las tres militantes vascas Piedad Saiz, Victorina Leoncia y Juana Simón, quienes veían en la asamblea un momento crucial dentro de la trayectoria de la disidencia ortodoxa: «Estamos entusiasmadas y contentas por el gran camino recorrido desde 1968 por la unificación de los verdaderos comunistas en un solo partido». Por su parte, María Ángeles, oficial administrativa de 27 años, insistía en la intensidad emocional del evento:

He pasado momentos de gran emoción de ver el espíritu unitario que dominaba el Congreso. Las intervenciones de nuestros camaradas Eduardo García, Carlos Tuya y Juan Ambou han sido para mí de una gran esperanza y alegría. En momentos de gran emoción ha habido momentos de lágrimas incontenibles.

No podía faltar el testimonio del sector proletario como, por ejemplo, el de María Espinosa, obrera del calzado de 31 años:

Me ha impresionado la camaradería existente entre los miembros de los dos partidos que van juntos hacia la unidad de todos los comunistas. Las intervenciones han sido muy buenas y abrigo la esperanza de que atraigamos hacia la unidad a muchos comunistas que esperaban este acontecimiento. ⁴⁰⁷

De una opinión similar era Joaquín Huedo, obrero del calzado de Elche de 27 años, quien recalca la importancia de la compenetración:

Me ha impresionado el ambiente unitario de todas las intervenciones y el espíritu camaraderil entre todos los militantes de ambas organizaciones. La organización del Congreso y el orden establecido demuestra la compenetración organizativa en el camino de la unidad. ⁴⁰⁸

El congreso fue también un evento donde algunas organizaciones amigas mandaron sus saludos o intervinieron directamente. La izquierda revolucionaria también estuvo presente, de la mano del MC, que intervino mediante su portavoz Javier Álvarez Dorronsoro, o de la Agrupación Marxista-leninista del PTE.⁴⁰⁹ En cuanto al apoyo del movimiento comunista internacional, sin duda alguna, lo más importante fue la presencia de un partido comunista en el poder, más concretamente el checoslovaco. El PCCH había colaborado discretamente en la celebración del congreso de unificación mediante ciertas ayudas simbólicas y económicas. Por ejemplo, con la impresión de carteles, el alquiler del local y unos maletines de cuero que se regalaron a los delegados del congreso y que algunos exmilitantes aún hoy en día guardan como recuerdo.⁴¹⁰ Sin embargo, lo verdaderamente relevante es que, por primera vez en su historia, un representante de un partido comunista en el poder intervino en un congreso de los comunistas ortodoxos de España para mostrarles su apoyo. Tras diez años de ostracismo y de olvido por parte de los partidos del socialismo real, esa situación estaba comenzando a cambiar. En su intervención, el delegado del PCCH Zdenek Goizheni resaltaba los nexos culturales y políticos existentes entre los comunistas de ambos países, a la par que agradecía el apoyo que los comunistas ortodoxos de España les habían manifestado tras la crisis de Checoslovaquia en 1968:

Las fuerzas marxista-leninistas de Checoslovaquia acogimos con todo el corazón la solidaridad que muchos comunistas manifestaron hacia nuestro pueblo en 1968. Nosotros los comunistas checoslovacos, sabemos que entre aquellos que demostraron su solidaridad hacia nuestro partido y nuestro pueblo en la lucha contra la reacción estaban las fuerzas marxista-leninistas de España, estabais vosotros, queridos camaradas delegados.⁴¹¹

También se obtuvieron otros avances en el plano de las relaciones internacionales. Por ejemplo, existieron contacto con los comunistas lusos, quienes manifestaron en privado su apoyo a la celebración del congreso. Sin embargo, debido a sus relaciones con el PCE no les fue posible acudir. La alternativa era participar en el congreso mediante una organización cercana.

Precisamente por eso, el Movimiento Democrático Portugués (MDP), un partido muy ligado a la historia y las posiciones del PCP, sí envió un saludo oficial:

Se intentó entrar en contacto, claro, con el Partido Comunista Portugués. Se nos deriva hacia el MDP [...] la respuesta que se nos da es que muy bien, pero que claro que ellos están dentro de una relación de partidos, que el partido con el que se relacionan es el PCE y que no pueden... Porque si nos dan apoyo y tal, que existiría una ruptura con el PCE y que no pueden negociar ese tema. Pero que nos derivan a tener relaciones con el Movimiento Democrático Portugués, que era lo que tenían medio apéndice... y es lo que hay.⁴¹²

Efectivamente, las páginas del periódico de Mundo Obrero y Comunista reprodujeron el saludo del MDP al congreso de unificación, donde los antifascistas portugueses señalaban cómo ambas organizaciones estaban unidas en la lucha por la paz, la democracia y el socialismo de ambos pueblos ibéricos.⁴¹³ Otro partido comunista que estuvo presente en el congreso fue el Partido Socialista Popular de la República Dominicana (PSP), gracias a su delegado, el conocido intelectual y ecologista Félix Servio Ducoudray.⁴¹⁴ Este, a la vez que expresaba la satisfacción que le suponía poder estar en el congreso, reflexionaba sobre los ataques que sufrían de quienes les llamaban «prosoviéticos»: «Sí, nosotros somos prosoviéticos y además somos verdaderamente independientes, porque de quien sí hay que serlo es de la burguesía y del imperialismo (aplauso), y quien se vuelve contra el internacionalismo le hace el juego a la burguesía y el imperialismo».⁴¹⁵ Con el PSP dominicano también se estrecharon lazos antes del congreso e incluso, dada la sintonía existente entre ambos partidos, se llegó a suscribir un comunicado conjunto.⁴¹⁶ Asimismo, resultó importante la presencia de otro partido comunista ortodoxo disidente de la línea oficial en su país y que contaba con una historia similar a la de los leninistas españoles. Se trataba del Partido Comunista Obrero de Suecia, que llegó a enviar a un delegado que intervino en el congreso, Jorma Hall. En su intervención, este destacó lo mucho que representaba España para la memoria de los comunistas suecos. A la vez, recalcó la trascendencia de este congreso para la situación del MCI:

Nosotros, los comunistas suecos apreciamos enormemente vuestra unidad, la unidad de la clase obrera española y de toda la clase trabajadora de España, nosotros apreciamos también enormemente vuestra línea política basada en el marxismo-leninismo y el internacionalismo proletario, y especialmente aprecia el valor de la unidad de la clase obrera [...] La historia del movimiento comunista sueco atraviesa también periodos trágicos en los que esa unidad ha sido traicionada. Los comunistas tienen por obligación luchar por la unidad y justo por ese factor estamos especialmente orgullosos de asistir a vuestro congreso.⁴¹⁷

La parte final del congreso de unificación fue planteada como el colofón de este acto de reafirmación ortodoxa, en el que los comunistas de la primera y la segunda ola se agrupaban en un solo partido, aunque el contenido y las formas concretas se dejaran para el primer congreso del partido, que debía celebrarse antes de finalizar 1980. En este último acto también tuvo mucha importancia la creación de una atmósfera de fervor militante que proyectara en los asistentes un sentimiento colectivo de ilusión:

El Congreso aprobó por aclamación las TESIS programáticas y estatutarias de la unificación. Fue proclamado el Comité Central compuesto por cincuenta militantes y ocho suplentes. Y, por último, el camarada JOSÉ GUERRERO leyó el llamamiento del Congreso de Unificación a los comunistas y trabajadores del Estado español y a todos los partidos comunistas y obreros del mundo que aprobaron clamorosamente. Delegados e invitados, de pie y con el puño en alto, cantaron la INTERNACIONAL. Y vivamente emocionados, se coreó el grito unánime de ¡PCEU! ¡PCEU! ¡PCEU!⁴¹⁸

Pero, tras un congreso estéticamente perfecto, se escondía una integración tan solo superficial en la que gran parte de los conflictos ideológicos, organizativos y culturales no habían sido resueltos. La supuesta unificación de los dos partidos en los distintos territorios se realizó posteriormente mediante la celebración de conferencias regionales. Por ejemplo, en Asturias se realizó la conferencia regional del partido el 25 de mayo, en la que fue elegido responsable político el

veterano Higinio Canga. Por aquellas fechas el PCEU asturiano aseguraba tener trescientos cincuenta militantes.⁴¹⁹

El 28 y 29 de junio se celebró el segundo pleno del CC del PCEU. En esta reunión se sentaron las bases políticas y organizativas para el futuro del partido. En lo político, destacaban las propuestas en pro de la distensión internacional y el llamamiento a la creación de un frente anti-OTAN. También apostaban por la unidad de la izquierda, mediante la elaboración de un programa común democrático, antioligárquico, antimonopolista, antilatifundista y antimperialista que sirviera de alternativa al «gobierno oligárquico». Asimismo, se mostraban muy preocupados por la situación que se estaba desarrollando respecto a la cuestión de las autonomías, defendiendo la necesidad de llevar a cabo un acuerdo sobre el particular. Respecto al movimiento obrero, el PCEU realizaba un profundo análisis de la coyuntura de crisis económica buscando los orígenes de esta situación y, fundamentalmente, las posibles soluciones. Por eso, proponía la creación de un «Frente de Resistencia» que agrupara a las organizaciones sindicales de clase frente las políticas en materia laboral del gobierno de UCD.⁴²⁰ Al mismo tiempo, llamaba a sus militantes a reforzar la unidad sindical dentro de CC. OO. y a participar de la creación de una corriente «regenerada y revolucionaria» que luchara porque CC. OO. volviera a convertirse en un movimiento sociopolítico combativo. También realizaban un llamamiento en defensa de las libertades democráticas y contra el terrorismo, en el cual condenaban igualmente la última campaña de atentados de ETA (p-m) y la vulneración de libertades llevada a cabo por el Gobierno. Por último, insistían en la necesidad de intensificar la acción para buscar la unidad de los comunistas. El PCEU calificaba en ese momento como exitosas las conferencias locales y regionales realizadas, al igual que la elección de sus respectivas direcciones. Además, también hablaban del logro que había supuesto que, tras la unificación, muchos comunistas hubieran decidido dar el paso de afiliarse. Por eso, para que continuara esa dinámica, el partido hacía un último llamamiento:

Desarrollar una política de LLEVAR EL PARTIDO A LA CALLE Y TRAER AL PARTIDO A TODOS LOS COMUNISTAS. Para ello, es necesario que nuestra presencia en la lucha de clases cotidiana, así como en todos los acontecimientos del país y a nivel internacional se incremente. Es necesario que el pueblo

trabajador sepa de nuestro Partido, de su política nacional, de su espíritu internacionalista y de su lucha por la unidad de la clase obrera, de todos los comunistas y de la izquierda. Hay que abrir nuestras sedes a todos los simpatizantes y comunistas, militen donde militen, para que participen con nosotros en las discusiones políticas, en la elaboración de nuestras propuestas programáticas y estatutarias, en las acciones unitarias por la Paz, la democracia y el socialismo.⁴²¹

Unos meses más tarde, el 26 de octubre, se celebró la conferencia regional de Andalucía con la presencia de doscientas personas. En este acto se resaltó la importancia de las dos organizaciones existentes, Cádiz y Málaga, y las posibilidades de extensión hacia otros territorios como Sevilla. También salió de esta conferencia el acuerdo de intentar crear un Frente autonomista de Izquierdas. Este acto contó con la presencia de Carlos Delgado como presidente en funciones del partido y Eduardo García como copresidente. La conferencia eligió un comité regional bastante paritario, en el cual Juan Torres (ex PCT) fue nombrado responsable político.⁴²² Igualmente, de forma tardía tuvo lugar la I conferencia del Partit Comunista Unificat del País Valencià, celebrada el 28 de septiembre en Elche y que contó con la presencia de Carlos Delgado. Entre los acuerdos de esta conferencia estuvieron la profundización de los análisis valencianistas, el impulso de la lucha anti-OTAN o el intento de atraer a los trabajadores del campo.⁴²³

Sin embargo, aunque de puertas para fuera pudiera parecer que el partido iba poco a poco consolidándose, en realidad, existía una fuerte crisis interna desde su nacimiento. En poco tiempo, las incipientes tensiones entre los comunistas de las dos olas dieron lugar a la separación de sendas corrientes, con la consiguiente creación de estructuras del PCEU paralelas. Realmente, los dos partidos nunca llegaron a fusionarse del todo. Durante este periodo se mantuvieron redes de sociabilidad informales donde se movía cada sector de militantes provenientes de los dos partidos, y que de forma fehaciente aspiraban a acabar imponiendo sus posiciones respecto al otro sector. No obstante, existían varios problemas que impedían que esto acabase sucediendo. El grueso de los militantes del PCEU, en torno a un 75 %, provenía del antiguo PCE (VIII-IX Congresos), aunque se trataba de una militancia envejecida y poco activa. El sector proveniente del PCT

era minoría, alrededor de un 25 %, aunque notablemente más joven y más dinámico en su activismo. Esta cuestión había quedado aparentemente resuelta con la firma de los acuerdos de unificación, en los que los dos partidos se comprometían a respetar la diversidad de su militancia:

La igualdad de todos los militantes del Partido Comunista de España Unificado, sean mayores o jóvenes, hombres o mujeres, militen en una u otra organización del Partido es una ley en el P.C.E.U y una cuestión de principios. Será rechazada toda actitud que tratase de discriminar a un militante por su anterior afiliación partidista.⁴²⁴

Al mismo tiempo, el PCEU apostaba por una política de cuadros de corte leninista en la cual fueran los militantes más válidos y experimentados los que formaran parte de la dirección del partido: «El principio que regirá en el P.C.E.U para la selección y elección de cuadros es la firmeza marxista-leninista y, junto a esto, el valor personal del militante, sus condiciones políticas, prácticas y de moralidad comunista».

Sin embargo, las tensiones existentes entre dos concepciones de militancia, la de resistencia y la crítica, acabarían por chocar estrepitosamente a los seis meses de haberse realizado el congreso de unificación. El detonante que provocó un salto cualitativo en las tensiones fue un escrito firmado por Manuel Lidón, proveniente de las antiguas filas del PCT. El extenso artículo, aparecido en las páginas de Mundo Obrero y Comunista, abordaba la necesidad de que el PCEU mejorara su forma de trabajo y se convirtiera en un partido dinámico y pegado a las masas trabajadoras. El artículo también reflexionaba sobre los problemas que, desde el punto de vista organizativo, estaba atravesando el nuevo partido y, especialmente, sobre qué modelo de organización se pretendía construir:

Tenemos que preguntarnos si vemos al partido como una asociación donde nos reunimos unas personas afinas a unas ideas para recrearnos con el intercambio de opiniones cuando nos vemos cada equis tiempo o, por lo contrario, si vemos

al partido como un medio que nos permite, que nos ayuda a desarrollar nuestra actividad revolucionaria entre las masas, como un medio para la revolución en nuestro país.⁴²⁵

El texto tenía suficientes elementos analíticos y parecía querer superar los problemas existentes:

El perfecto engranaje y funcionamiento es cuestión de tiempo, de mucho caminar conjuntamente, que haga desaparecer viejas suspicacias heredadas durante la militancia en los antiguos partidos que permitan llegar al convencimiento de que la actuación de cada militante, el grado de compromiso, la eficacia y la moralidad contraída con el partido responden a las características personales de cada uno y no en función de su antigua procedencia.

Sin embargo, este planteamiento, más que querer reactivar al conjunto del partido, buscaba que la minoría del PCT se hiciera con el control de la dirección bajo el argumento de ser los más preparados y dispuestos:

El tiempo y el perfeccionamiento de nuestra organización, junto con el seguimiento por parte de la dirección del partido de los problemas que se puedan generar ayudarán a superar las dificultades, y así, a través de la selección natural que se vayan decantando los camaradas más para acceder a los puestos de responsabilidad del partido [...] No se puede ahora, de la noche a la mañana, pretender que todos los militantes tengan el mismo grado de compromiso con el partido que el que tienen los camaradas más sacrificados y activos, pero tampoco se puede permitir que los camaradas más activos tengan que reducir su actividad para acoplarse al nivel de los más rezagados, y para ello es necesario que se permita el acceso, la promoción a los órganos de dirección de los más capaces, que hagan avanzar el partido.⁴²⁶

A raíz de este artículo, se desató una amarga polémica que sacudió a todas las esferas del partido, desde la base hasta la dirección. Este escrito, en un contexto de crisis interna, sentó bastante mal a gran parte de los militantes del PCEU. La reacción de los sectores provenientes del antiguo PCE (VIII-IX Congreso) fue bastante airada, y se manifestó mediante el envío de cartas en las cuales elevaban quejas a la dirección del partido. La crisis alcanzó tal punto que la dirección trató de articular un vehículo para canalizar esas tensiones a través de una publicación titulada Debate. Un ejemplo de los efectos que causó en los «militantes de resistencia» ese artículo se puede observar en la carta de Andrés Pratel, militante del PCEU en París, quien se presentaba como un «comunista desde 1937, siempre fiel a los principios del marxismo-leninismo».⁴²⁷ En esta misiva, Pratel manifestaba su descontento con el artículo de Lidón y su desconcierto ante las propuestas que él interpretaba que se estaban planteando:

este camarada se esfuerza todo lo largo de su artículo, por hacer comprender que los únicos que han luchado, los únicos activistas que tienen contacto con las masas, los únicos capacitados para dirigir el Partido son ellos. Los del VIII y IX Congresos, si yo comprendo bien, solo valemos para enlaces a su servicio [...] Estos camaradas manifiestan una ambición arribista de escaladores en los puestos de la dirección [...] pienso que el Comunista honrado fiel a los principios, no reivindica puestos en la dirección, al contrario, su honradez, su modestia y su capacidad es suficiente para conseguir estos puestos.⁴²⁸

En la misma línea se manifestaba el pleno de la organización de Lyon, a quien la lectura del artículo de Lidón habría provocado «estupor e indignación». Fruto de esa sensación colectiva esta organización del PCEU en Francia se había reunido y había decidido por unanimidad escribir una resolución donde se condenaba el artículo por «hacer trabajo fraccional» con el objetivo de «dividir a los militantes del Partido por su edad, por su residencia y sobre la capacidad de trabajo para hacer presión sobre la preparación del I Congreso del PCEU».⁴²⁹ Una vez más, en esta resolución se volvían a manifestar las características clásicas del modelo de «militante de resistencia»:

Un comunista firme, capaz, entregado enteramente al Partido y a defender los intereses de todos los trabajadores; le sirve en el punto que el Partido le designe, unas veces arriba, otra abajo y otras en medio sin que en ningún momento le desmoralice el no ocupar un puesto determinado. Al Partido venimos a dar todas nuestras energías, nuestra libertad y a veces la vida como lo hacen hoy y lo han hecho antes miles y miles de comunistas. Los que vienen a recibir y a medrar no tienen cabida en el partido.⁴³⁰

Sin embargo, no solo los militantes veteranos de la emigración protestaron por este artículo. También lo hicieron otros sectores, fundamentalmente proletarios, del nuevo PCEU. Como se aprecia, por ejemplo, en la resolución del pleno de la organización del partido en Sabadell,⁴³¹ o en una carta escrita por Antonio García, militante proveniente de Alcalá de Henares.⁴³² También lo hizo un peso pesado del antiguo PCE (VIII-IX Congresos), José Rodríguez Carvajal, quien opinaba que este tipo de discusiones propiciadas por miembros de la dirección en el periódico no ayudaban a la unidad, pues generaban preocupación y confusión en la militancia. En su opinión, era muy pronto para estar proponiendo extrañas salidas y lo que había que hacer era cumplir con las tesis y los acuerdos aprobados en el congreso de unificación celebrado tan solo seis meses antes. Desde estos parámetros, el dirigente comunista acusaba a Lidón de inmiscuirse públicamente en una tarea que debía abordar directamente el CC con un análisis serio y riguroso:

Referirse a la elección de los órganos de dirección provocando en el Partido una lucha generacional entre veteranos y jóvenes; reducir las cosas a una clasificación discriminatoria de camaradas «activos» y menos «activos», de camaradas «comprometidos» y camaradas «rezagados», sin tener en cuenta otras valoraciones y ninguna circunstancia, es, por lo menos descabellado y suicida. Que se venga a decir algo así como que «los jóvenes a la dirección» y «los viejos al museo de antigüedades», es un craso error que en modo alguno puede tolerarse.⁴³³

No obstante, el veterano dirigente también ponía el foco en la necesidad de

garantizar el respeto a la diversidad de sus militantes y en defender la valía de los más veteranos de cara al futuro: «todos los militantes tienen las mismas obligaciones y gozan de idénticos derechos. En nuestro partido no hay ningún veterano que se oponga a los “nuevos valores”, no hay nadie que pueda cerrar el paso hacia la dirección a los camaradas que lo merezcan». Una vez más, el problema de elaborar una propuesta de lista para encabezar el próximo CC radicaba en qué perfil de militancia se estaba buscando. Para Carbajal, la cosa estaba clara: el partido debía valorar una serie de cualidades,

la firmeza de principios, la capacidad política, la experiencia adquirida en la lucha, la conciencia clasista, la fidelidad al marxismo-leninismo y el internacionalismo proletario, la autoridad ante las masas, la modestia, la capacidad crítica y autocrítica, la rigurosidad para asegurar una dirección colectiva y cumplir y hacer cumplir los acuerdos y decisiones del Partido.⁴³⁴

Por supuesto, la respuesta del sector proveniente del PCT no se hizo esperar. En una carta firmada por José Guerrero, se vertían algunas acusaciones bastante graves, desde un lenguaje incisivo que iba un paso más allá de lo escrito por Lidón. Así, afirmaba que se había logrado el objetivo del artículo, dado que el lenguaje que había sido empleado «sacude ciertos letargos» y esto en su opinión «siempre es beneficioso, mucho más beneficioso que otros artículos que son escritos con un lenguaje paradigmático solo comprensible para los muy iniciados».⁴³⁵ El escrito continuaba insistiendo en los planteamientos de Lidón sobre la carga que suponían los militantes menos activos para el conjunto del partido:

Decir que, en nuestro Partido hay camaradas rezagados es una verdad incontrovertible, al igual que lo es el que estos camaradas, con su actitud, reducen la capacidad de acción a los más activos. ¡Pero no porque se sea mayor o joven! Sino porque, al estar rezagado acompaña el desconocimiento de lo que es necesario analizar y hacer cada día. La situación más cómoda para el rezagado es la de proclamar incansablemente los principios en abstracto y no encontrar nunca el momento de ponerlos en práctica. Porque la necesidad de la práctica le

crea al rezagado una situación incómoda.⁴³⁶

La cuestión no se quedaba ahí, y el escrito continuaba analizando los motivos por los cuales este artículo había sentado mal en el PCEU y reflexionando sobre la importancia de analizar la problemática de la praxis militante y de la necesidad de contar con una correcta dirección futura. El tono en el que se hacían o deslizaban esos comentarios destilaba cierta suspicacia, que no ayudaría precisamente a tender puentes respecto a la mayoría de los militantes: «Es una lástima que algunos camaradas de muchos años de combate antirreformista todavía no tengan una comprensión clara del leninismo. ¿No será que algunos camaradas consideran que los cargos de responsabilidad son inamovibles o hereditarios?». Sin embargo, independientemente de las formas empleadas, Guerrero insistía en plantear que el problema de fondo era saber qué tipo de partido pretendían construir: «lo que se plantea es si concebimos el partido como un medio en sí mismo o como un instrumento para la revolución a la luz de las enseñanzas de Lenin». ⁴³⁷

Desde luego, parece que el clima de tensión generado no logró calmarse con la edición de esta revista de debate. Más bien todo lo contrario, la tirantez entre ambos sectores fue aumentando cada vez más. De hecho, el partido hizo autocrítica por no haber controlado la edición irregular de la mencionada revista, episodio que incluso Carlos Delgado calificó de «desgraciado» y «penoso incidente». ⁴³⁸ Y lo hacía, precisamente, porque la edición de Debate habría servido para que el sector más duro proveniente del partido de Eduardo García, compuesto por dieciocho militantes y que encabezaba Joaquín Carbajal en el CC, rechazara su nueva propuesta de estatutos. Una propuesta que, según Delgado, se asemejaba mucho a la que había presentado previamente el propio Carbajal y que había defendido Eduardo García, quien a última hora había cambiado de opinión y se habría acabado alineando con este sector duro. La cuestión de fondo era que se necesitaban dos tercios del CC para poder aprobar cualquier cuestión. Por lo tanto, el máximo órgano de decisión de este partido estaba completamente bloqueado e inoperativo. No obstante, el propio Delgado reconocía los esfuerzos realizados por Eduardo García como copresidente. García había realizado varios movimientos con el objetivo de conciliar las posiciones de la militancia, cada vez más dividida y a la cual embargaba la

sensación de que cualquier posible acuerdo entre las partes sería una claudicación. Para tratar de solucionar el bloqueo existente, García y Delgado se reunieron con varios «camaradas hermanos del Movimiento Comunista Internacional», quienes les recomendaron que dejaran atrás sus diferencias:

servieron para profundizar esa necesaria meditación, esa vuelta al espíritu unitario. Un claro y ponderado pronunciamiento de estos camaradas en pro de la unidad, de la propuesta unitaria, de la necesidad de representatividad de un primer Congreso auténticamente de unidad que ellos sintetizaban muy justamente en la consigna de «un solo programa, unos solos estatutos, una sola candidatura», coincidía plenamente con el espíritu y lo esencial de la letra de la propuesta unitaria.⁴³⁹

Tras las reuniones, ambos dirigentes elaboraron una plataforma unitaria que parecía ofrecer una salida al problema, pero existía un punto sobre el que no lograban ponerse de acuerdo: las atribuciones que debía tener el cargo de presidente del partido. Por una parte, Eduardo García defendía la centralidad de esta figura, la cual debía concentrar un gran poder y responsabilidad. Sin embargo, Delgado era de la opinión contraria y creía que sus prerrogativas ya eran excesivas. Por ejemplo, se mostraba frontalmente opuesto a que el presidente pudiera ejercer ningún control político sobre el periódico del partido. A partir de este elemento, se desató la pugna entre los militantes de las dos tendencias del PCEU. Los antiguos miembros del PCE (VIII-IX Congreso) tuvieron inicialmente unas posturas más cautas, que paulatinamente fueron dejando a un lado para exhibir su clásico sectarismo. Por su parte, el sector proveniente del PCT trató de impulsar acciones más audaces y mayor trabajo en los frentes, pero al mismo tiempo manifestó una gran prepotencia y una evidente falta de tacto hacía la sensibilidad mayoritaria en la organización. Un ejemplo representativo de esta postura fueron los problemas sucedidos en Euskadi, donde existían visiones completamente antagónicas respecto al problema nacional. Este antagonismo motivó que todos los militantes provenientes de PCT-Euskal Komunistak abandonaran de forma muy prematura el nuevo partido. Por su parte, lejos de querer buscar una solución, la militancia proveniente del PCE (VIII-IX congresos) presionaba a la dirección central para que se celebrara el congreso de unificación en Euskadi, conscientes de su hegemonía. Lógicamente,

el otro sector se oponía a su celebración y planteaba aplazarlo momentáneamente.⁴⁴⁰

Esta crispación interna dificultaba el desarrollo del partido en todos los ámbitos, incluso en lo que respecta a sus actividades de carácter más interno. Un ejemplo de esto se puede ver en la conferencia de organización del PCEU de Oviedo, celebrada el 17 de enero de 1981. La asamblea comenzaba con un gran caos motivado por la dimisión del responsable político Pepe Villablino, que directamente no se presentó a la cita, aunque mandó un escrito explicando sus motivaciones. Por otra parte, los dieciséis militantes que sí asistieron a esta reunión llevaron a cabo un intenso debate sobre su legitimización o no para continuar la conferencia, ya que en opinión de algunos de ellos «no habían sido suficientemente discutidos en las células los puntos del día».⁴⁴¹ Sin embargo, para otros se trataba de todo lo contrario, pues la conferencia había sido convocada para el 20 del anterior mes, pospuesta para el 10 de enero y luego, ante la coincidencia de fechas con una reunión del CC, traspasada al día 17. De lo que algunos de los presentes deducían que esto podía calificarse abiertamente de boicot a la organización.

En el transcurso de las agitadas intervenciones de esta reunión, también salieron a relucir algunos episodios concretos que ejemplificaban las tensiones existentes. Lo más importante era, sobre todo, cómo las diferencias políticas se habían trasladado a la esfera personal y esto había afectado directamente a la sociabilidad militante. En este sentido, resulta ilustrativa la intervención de José Ramón Tejón (ex del PCT) sobre el responsable político del PCEU en Asturias y que quedaba reflejada en el acta: «Conoce el sectarismo del camarada Higinio Canga, quien en numerosas ocasiones y en la propia ADAMHIS le ha negado el saludo a él y a otros camaradas. Piensa además que un responsable del partido, como el camarada Higinio Canga, debe tener más tacto al actuar para que los problemas del partido no lleguen al P.C.O.E.».⁴⁴² Por si esto fuera poco, Tejón exigía que se aplicara la disciplina contra los que, en su opinión, estaban frenando el desarrollo del partido: «Pide el cumplimiento de los acuerdos de la Conferencia y las sanciones incluso con la expulsión para los camaradas que indisciplinadamente no las asuman, pues lo contrario sería dar pie a que posturas deshonestas triunfen en el Partido». Al final, este alto grado de confrontación

generó un ambiente enrarecido que produjo el desencanto de un sector de la militancia que estaba viviendo sin apasionamiento este conflicto. Una buena muestra de esto se puede ver en la intervención de un militante que, tras pedir cordura a la organización, concluía desesperado señalando la incoherencia que para él suponía que el sectarismo que habían denunciado en el PCE se reprodujera igualmente en las filas ortodoxas: «así no vamos a ningún lado pues el sectarismo lo tiene el Eurocomunismo». De forma aún más contundente se manifestaba Manolo Riera: «dice que él está viendo el enfrentamiento de dos posturas y como él no ha venido a oír rollos, sino a una Conferencia, lo mismo que esta se puede celebrar con quince camaradas, se puede celebrar con catorce. Acto seguido, se levanta y se marcha».⁴⁴³

A pesar de las tensiones existentes, a nivel central las partes hicieron un notable esfuerzo por llegar a un principio de acuerdo para encauzar el grave problema interno. El veintidós de febrero de 1981 se reunió el CE del partido. Fruto de ese cambio de actitud, este órgano emitió una resolución compuesta de doce puntos con el objetivo de buscar «la imperiosa necesidad de mantener la unidad del PCEU y crear sólidas bases para su fortalecimiento, ideológico, político y orgánico, sin perder a ningún C[amara]da [...] en un esfuerzo unitario y responsable ante los militantes y simpatizantes del PCEU».⁴⁴⁴ El CE seguía considerando como válidas las tesis programáticas y estatutarias aprobadas en mayo, pero al mismo tiempo reconocía la posibilidad de realizar algunas actualizaciones motivadas por la coyuntura del país. También habían acordado elaborar dos documentos sobre dos aspectos que estaban produciendo bastante debate, uno sobre el papel del partido comunista y otro sobre el problema nacional en España. Además, esta resolución reconocía que en el seno del CC habían surgido diferencias en torno a cuestiones políticas y organizativas ante las cuales no habían podido llegar a un consenso; por eso el CE proponía realizar el primer Congreso del partido durante el mes de mayo. Para que esto fuera posible, se facilitarían con tiempo los documentos a todas las organizaciones. El objetivo era asegurar un amplio debate sobre varios aspectos políticos y también organizativos que culminarían con la celebración de nuevas conferencias territoriales. Asimismo, estaba contemplado que el CC pudiera elaborar una única candidatura de consenso para el nuevo CC. La cual defendería colectivamente ante el plenario del nuevo congreso. Además, para solventar el problema con el periódico, que llevaba varios meses sin editarse, se pedirían fondos a las organizaciones territoriales. Por último, se insistía en

dar por finalizadas la elaboración y distribución de documentos conflictivos en el Partido, poniendo fin a los agravios y a nuevos actos que pudieran empeorara la situación en el Partido, lo que no impide el derecho de los militantes y organizaciones a manifestar sus opiniones sobre los problemas y documentos existentes, dentro de un espíritu constructivo y unitario.⁴⁴⁵

Sin embargo, este principio de acuerdo pronto se vio superado por la realidad del país. Al día siguiente de la reunión, se produjo el golpe de Estado encabezado por Antonio Tejero y Jaime Milans de Bosch, lo que provocó la última gran crisis a nivel central. Una vez más, los dos sectores del partido tenían visiones muy distintas de la postura que debía adoptar el partido con respecto a estos graves hechos. Aun así, la Comisión Permanente del PCEU, controlada de facto por los ex del PCT, editó y distribuyó un comunicado esa misma noche donde llamaba a la movilización popular para tratar de frenar el golpe.⁴⁴⁶ Esta cuestión provocaría la ira del sector de Eduardo García. Con todo, el grupo encabezado por Carlos Delgado decidió romper con el resto de la organización ante la falta de consenso.⁴⁴⁷ Como resultado de esta diferencia, Eduardo García envió el 6 de marzo un documento analizando el 23F, en el cual realizaba un paralelismo entre la inestabilidad de la Segunda República y el contexto de 1981. Además, se insistía en que era necesario evitar a toda costa que se volviera a llevar a cabo una intentona similar. Por eso, el documento concluía que era necesario construir un acuerdo de todas las fuerzas democráticas y antifascistas. Por si esto no fuera poco, se respaldaba la propuesta del PSOE de crear un gobierno de coalición antigolpista, aunque tratando de que la UCD perdiera su hegemonía. No obstante, se realizaba una clara advertencia sobre los límites que debían caracterizar a esta propuesta: «Ni que decir tiene que la lucha por unir y movilizar a los antifascistas para conjurar todo tipo de golpe dictatorial, no debe congelar la lucha de clases. Los comunistas estaremos con los obreros y los campesinos en su justo combate por una vida mejor [...] De “consenso” al estilo de ayer, nada».⁴⁴⁸

Tres días más tarde sería Carlos Delgado quien contestaría a la propuesta de Eduardo García con otro texto titulado «Tras el frustrado golpe de Estado militar

CONTRA LA TENTACIÓN MENCHEVIQUE».⁴⁴⁹ Los planteamientos de Delgado eran demoledores. Comenzaba acusando al sector de García de haber hecho una resolución que atentaba contra las tesis programáticas y estatutarias del PCEU. Además, se le acusaba de proponer «una política pactista y claudicante con la oligarquía», al pretender construir un bloque antifascista con UCD, como también planteaba el PCE. El documento también mostraba otras críticas más concretas con respecto al trabajo de la organización y al modelo de militancia:

Hemos demostrado la capacidad de respuesta en plena crisis, el espíritu revolucionario de nuestros camaradas que no esperaron a que se aclara la situación para actuar [...] Estos camaradas que tanto hablan de igualdad de derechos, que se indignan si se quiere exigir una actividad comunista de masas a todos los camaradas desaparecieron de escena con el golpe, y cuando fueron convocados a repartir la octavilla, no aparecieron. En las épocas de crisis se conoce la realidad de un Partido, tanto a nivel de compromiso revolucionario como en su capacidad política para articular respuestas adecuadas y justas, orientando a las masas y no dejándose llevar por el pesimismo y el desconcierto. Así, el frustrado golpe militar ha servido para demostrar que en nuestro Partido hay muchos camaradas con una concepción testimonial de la militancia, pero muy exigentes a la hora de reclamar «derechos» y que a nivel político no pocos dirigentes son incapaces de salir del terreno de los enunciados generales.⁴⁵⁰

En cuanto al análisis político del golpe, para Delgado este hecho estaba desprovisto de sentido histórico y constituía un suceso absurdo e innecesario motivado por sentimientos internos militares y no por motivos relacionados con una adecuación del sistema de dominación de clase. Por lo tanto, siguiendo esta tesis, aunque hubiera triunfado el golpe no podría perpetuarse durante mucho tiempo, ya que iba contra los intereses de la oligarquía, más centrados en la integración europea que en volver a formas más autoritarias de dominación. No obstante, Delgado también realizaba un llamamiento a la defensa de la democracia inscrita dentro de una perspectiva estratégica de lucha por la revolución democrática, antioligárquica y antimonopolista. Además, recalca la necesidad de luchar por la creación de una mayoría social de izquierdas. Para llegar a tal fin proponía la constitución de Comités de Defensa de la

Democracia:

desde pequeñas organizaciones ciudadanas de masas o de barrio, de comités de empresa, sindicatos u otras formas de organización de masas. Es necesario hacer comprender a la gente que solo con en participación organizada y consciente existe una seria garantía hoy de defensa de la democracia y mañana de la conquista del poder. Reunir secciones sindicales, con organizaciones de vecinos, asociaciones estudiantiles o juveniles, aunque sea inicialmente de forma modesta, puede ser un comienzo [...] buscar otras formas de participación y autoorganización para problemas específicos como viviendas vacías, problemática laboral, etc.⁴⁵¹

En este difícil contexto, las conferencias del PCEU se convirtieron en el escenario de batallas frontales entre las dos tendencias. Como ya se ha explicado, los modelos de militancia predominantes en este sector poseían algunos rasgos fuertemente masculinizados, donde la violencia y la agresividad era una opción que, en casos de necesidad, se llevaba hasta las últimas consecuencias. El ejemplo más grave fue la conferencia de Oviedo celebrada el 7 de marzo, donde un militante acabó agredido por arma blanca. Se trataba de José Ramón Tejón (ex PCT), quien, en una pugna sobre las candidaturas al Comité Provincial, inició una fuerte discusión en la que acusó al sector proveniente del PCE (VIII-IX Congresos) de intentar hacer pucherazo. El acta redactada por el sector de Tejón recoge con todo lujo de detalles cómo se produjo la agresión:

En ese momento, se oye al camarada Pravia decir «nosotros te vamos a echar» y simultáneamente el camarada Gerardo Fresno, sentado a su derecha, se echa hacia atrás en su silla esgrimiendo una navaja automática de grandes dimensiones. El camarada Tejón que se encuentra frente a ellos en la mesa, se abalanza entonces sobre los dos (Pravia y Gerardo Fresno). Inmediatamente, el camarada Tejón es sujetado por cinco camaradas mientras Gerardo Fresno lanza una puñalada que pasa rozando el pecho del camarada Julio Irazabal, para ir a clavarse a la espalda del camarada Tejón a la altura del tercio superior de la

espalda y junto a la columna vertebral. Inmediatamente, en dos envites, le asesta otra nueva puñalada al hígado [...] Tras estos hechos el camarada Julio Irazabal se dirigió hacia Gerardo Fresno que intentaba escapar, encontrándose con que nuevamente se volvía sobre él amenazándole insistentemente con la navaja, esta vez sobre la cara mientras iba retrocediendo y avanzando hacia el pasillo apoyado en la retirada por Higinio Canga, quien a su lado le preparaba la salida.⁴⁵²

Las tensiones se fueron radicalizando hasta que, en abril de 1981, se consagró la ruptura con la edición paralela de dos periódicos Mundo Obrero y Comunista. Aunque en términos generales la separación se correspondía con los antiguos partidos, hubo algunas excepciones. Este fue el caso de Pravia, que fue militante de la OPI/PCT y se mantuvo con los antiguos militantes del PCE (VIII-IX Congresos). En opinión de Pravia, esta ruptura estuvo basada en dos factores. Por un lado, se trataba de cuestiones relacionadas con la actitud y los choques de personalidad de los dirigentes del nuevo PCEU, con formas previas de trabajar muy distintas. Por otro lado, para él también resultaba evidente que ambos sectores aspiraban a liderar dos proyectos políticos distintos que chocaban continuamente.⁴⁵³ Como era predecible, las dos tendencias vertieron multitud de ataques contra sus adversarios desde la tribuna que les ofrecía su respectiva cabecera con idéntico nombre. De esta manera, ambas tendencias cohesionaron a su militancia en torno a una narrativa del pasado inmediato en el cual habría sido su enemigo el que habría propiciado la ruptura del partido. Por ejemplo, el sector de Carlos Tuya acusaba al de Eduardo García de boicotear el trabajo en la corriente de izquierdas de CC. OO., de no querer impulsar los comités antiOTAN, de defender unas posturas reformistas frente al 23F o incluso de un trabajo fraccional por la edición unilateral de Norte Obrero y Comunista.⁴⁵⁴ Sin embargo, para la línea que encabezaba Eduardo García, el problema radicaba en que se había sobredimensionado con la práctica de la paridad la importancia del PCT sobre el conjunto del partido. Según los cálculos que ellos ofrecían, el sector de Tuya solo era una ínfima parte de la militancia. Además, consideraban que los ex del PCT mantenían en sus análisis postulados «izquierdistas» y esto habría quedado de manifiesto respecto a varios conflictos como la propuesta de gobierno de concentración de las fuerzas antigolpista o los sucesos de Polonia. Los roces también se habrían producido con motivo de la cuestión de las autonomías donde, en su opinión, mostraban una desviación «nacionalista pequeñoburguesa». Por último, también vertían críticas hacia las posturas

sindicales de sus antiguos socios, ya que consideraban que este sector que había apostado por participar en la recientemente creada corriente de izquierda de CC. OO., sin embargo, trataba «de romper CC. OO. y dividir más el movimiento obrero».⁴⁵⁵

La ruptura supuso un golpe muy importante para el conjunto de los comunistas ortodoxos. La desoladora estampa de la división ofrecía una imagen muy conflictiva e incluso derrotista para su causa. Mientras, aunque el PCE se veía inmerso en una grave crisis, la alternativa ortodoxa parecía fracasar nuevamente. Otro factor importante era la cuestión del reconocimiento internacional. Con los años que había costado ofrecer una imagen de confianza que facilitara el acercamiento de los países socialistas, ahora todo parecía perdido. Al principio, el PC de Checoslovaquia parecía mantenerse neutral, probablemente porque no quería que se consumara la escisión, o quizás porque no manejaba una información real de lo que estaba sucediendo en ese momento. No obstante, fueron Carlos Delgado y Félix Valero (antiguos OPI-PCT) los que acudieron en representación del PCEU al XVI congreso del PCCH con todos los honores de un partido oficial. Entre otras cosas, allí mantuvieron diversos encuentros bilaterales y, además, fueron recibidos por el ministro de Exteriores y tuvieron la oportunidad de conversar con el mismísimo Vasili Bilak.⁴⁵⁶ El máximo reconocimiento llegaba cuando el partido ya estaba roto por dentro. Sin embargo, es probable que el partido checoslovaco simplemente tratara de conciliar a las partes en un conflicto que acabaría siendo de desgaste. Hay que tener en cuenta que también el PCCH se jugaba su prestigio, ya que había dedicado bastantes esfuerzos en conseguir la unificación de los comunistas contrarios a Carrillo. Una difícil situación para los comunistas checoslovacos, dado que existían dos organizaciones que se reclamaban de las mismas siglas. Una muestra de estos intentos conciliadores se encuentra en el hecho de que, después de que pareciera que era el sector de Tuya el que mantenía el contacto con los centroeuropeos, el PCCH mandó una delegación al I Congreso del PCEU convocado por la facción de Eduardo García y que fue celebrado en Bilbao el 17 y 18 de abril de 1981.⁴⁵⁷

En esta ocasión el PCEU de Eduardo García realizó un congreso cargado de simbolismo. En primer lugar, lo organizó en Bilbao, uno de los epicentros de la

crisis de su partido, que había tenido como problema de fondo las distintas concepciones sobre la cuestión nacional vasca.⁴⁵⁸ Además, el congreso presentaba elementos simbólicos propios de la cultura comunista de vieja escuela; por ejemplo, hubo presencia de pioneros que organizaron un pequeño desfile. También habría tenido lugar otro momento que pretendía generar emotividad entre los congregados, cuando un grupo de militantes vascas hicieron entrega al CC de una gran bandera del partido confeccionado por ellas. Ambos actos incorporaban aspectos relacionados con una cultura militante muy masculinizada y con unos valores relacionados con la disciplina de origen soviético. Según cifras propias de este congreso, acudieron cuatrocientos delegados que, a tenor de lo que decía este PCEU, habían sido elegidos por el 90 % de los militantes, en clara alusión al 10 % expulsado. Por supuesto, las menciones a la memoria colectiva de los comunistas españoles también fueron constantes, como la de Pravia durante su intervención:

Este congreso es la manifestación más palmaria, de que el partido de José Díaz es una realidad viva, que su legado y sus enseñanzas siguen siendo método y práctica para conducir políticamente a los trabajadores hacia sus objetivos de clase y de que el PCEU no renuncia a las mejores tradiciones de los comunistas españoles porque son parte de nuestra historia y de nuestro patrimonio, ejemplo vivo para nuestra actividad diaria y elemento de fortalecimiento de nuestra moral revolucionaria.⁴⁵⁹

Este PCEU continuaría con la misma configuración sociocultural del antiguo PCE (VIII-IX Congresos), solo que manteniendo otras siglas. Por ejemplo, aunque mantuvo el mismo nombre del periódico, decidió volver a una estética más mimetizada respecto a la del PCE. Por eso, la rotulación del título imitaba el estilo de letra del Mundo Obrero clásico. Además, se cambió el logo que tenía el antiguo PCEU, muy estilizado y moderno, por otro más tradicional de raíz kominteriana y que guardaba muchas similitudes con los logos soviéticos.⁴⁶⁰ Por si fuera poco, cuando el partido aún estaba recuperándose de la ruptura, tuvo que enfrentarse a una gran pérdida. El 31 de agosto de 1981 fallecía Eduardo García, poco después de un mitin en Andalucía. Este hecho supuso un terremoto en el micromundo de esta organización, que perdía de forma repentina a su principal líder. Como no podía ser de otro modo, el partido reprodujo su biografía a modo

de necrológica. En ella se recogía una combinación de elementos de la cultura o la memoria comunista, como la heroización del liderazgo de este dirigente durante las distintas etapas de su vida.⁴⁶¹ El PCEU organizó para la ocasión un funeral de partido donde no faltó ningún elemento simbólico de toda la liturgia clásica. Incluso editó un número monográfico de Mundo Obrero y Comunista, en el que se incluyeron saludos y poemas en memoria del dirigente comunista fallecido.⁴⁶² El funeral se desarrolló en dos escenarios: primero, en la sede central del PCEU, y luego en el cementerio civil. Respecto a la primera parte, las páginas del periódico escribían: «Nadie reconocería la sala en la que tantas reuniones, debates, trabajos y enseñanzas tuvieron lugar. Manos trémulas de emoción la han tapizado de rojo convirtiéndola en cámara mortuoria».⁴⁶³

Varios grupos de militantes encuadrados en cada esquina, en formación marcial, velaron el cadáver del dirigente durante un día entero en el local del partido en Madrid. Según el PCEU, todos los militantes querían cumplir con esta labor como un último gesto de disciplina con el que había sido su secretario general: «Son tantos los que han acudido, que la duración de la guardia se limita primero a quince minutos, luego a diez, a cinco a uno...». El féretro se encontraba abierto, adornado con una bandera de gala del PCEU y con innumerables rosas rojas. La liturgia continuó con todo el proceso de saludo al cadáver del dirigente: «Se inclinan ante el cuerpo yacente del gran camarada, lo saludan puño en alto expresando el dolor y la firme decisión de continuar la lucha que él encabezara y en la que con tanta pericia y acierto nos dirigiera». Fueron muchos los elementos simbólicos que salieron a la luz durante la liturgia de este evento funerario. Por ejemplo, aquellos relacionados con el culto a los muertos, el modelo de militancia heroica o el papel del liderazgo carismático, entre otros. El relato construido en la prensa del PCEU para describir estos hechos estaba plagado de este tipo de referencias sobre el papel de la muerte y un modelo de heroísmo militante muy masculinizado:

Sin cesar, muy tenue y solemne resuena el Himno a los caídos, haciendo flotar sus notas en el ambiente de sollozos contenidos: «Vosotros, los que caísteis en la lucha fatal...». Los que caísteis ...Sí, porque los hombres como EDUARDO GARCÍA no fallecen, sino que caen en la lucha, aunque la lucha en ese momento no sea la de las armas.⁴⁶⁴

También se hacía hincapié en el dolor de la militancia ante la muerte de Eduardo García: «pioneros, jóvenes, gente recia que baja los párpados ocultando el vaho de las lágrimas, veteranos que le miran como a un hijo también».⁴⁶⁵ Por supuesto, no podía faltar dentro de este cortejo una representación gráfica de los méritos del fallecido, simbolizados a través de un cojín rojo que albergaba las numerosas medallas recibidas a lo largo de su vida, por ejemplo, por su participación en la II Guerra Mundial, y otro tipo de condecoraciones político-militares.⁴⁶⁶ La segunda parte del acto, esta vez en un escenario abierto como era el cementerio civil de Madrid, también exhibió múltiples elementos de la cultura comunista. Cada factor estaba cuidado al detalle para que el acto se llevara a la perfección. El hijo de Eduardo García recuerda la emoción que albergaba a los asistentes, así como la tensión que se respiraba en el ambiente, fruto de la disciplina existente entre los militantes, conscientes de estar frente a un momento de gran trascendencia para la historia del partido.⁴⁶⁷ De esta manera, tan cuidada en detalles, se reproducía en el relato partidario:

Cuando el féretro, llevado a hombros de ocho camaradas, traspone la puerta del Cementerio Civil, vuelan hacia él las mismas notas: «Vosotros los que caísteis en la lucha fatal...» Parecen envolver los pliegues de las banderas del CC del PCEU que llevan extendida seis camaradas representando a tres generaciones: Pioneros, Juventud y Partido, acariciar las medallas que una chica muy joven porta con recogimiento sobre un cojín rojo para abarcar luego el féretro, las banderas estremecidas sobre el azul del cielo y el negro de los cipreses... Tras el féretro van los familiares y los miembros del CC de nuestro Partido: luego, los pioneros, con pañuelos rojos. Caminan despacio, serios, conmovidos. Luego van los jóvenes, muchachas y muchachos que portan banderas rojas en dos filas, les siguen camaradas mayores, algunos ya ancianos, llevando ramos de flores y coronas de claveles.⁴⁶⁸

Tras este sorpresivo traspiés, el PCEU nombró a Joaquín Carbajal como su secretario general. En la biografía hecha pública de este, se destacaban sus tempranos inicios en las juventudes comunistas en 1930, a raíz de los fusilamientos de la monarquía, con tan solo 15 años. También se glosaban sus

numerosas detenciones y su papel en la resistencia armada, primero en el Ejército de la república y más tarde en el maquis. Además, se subrayaba su condición de proletario, enumerando una serie de trabajos manuales desempeñados a lo largo de su vida. Posteriormente, se hacía referencia a su disidencia tras la invasión de Checoslovaquia y su participación en los consiguientes proyectos políticos del comunismo ortodoxo. Por último, se hacían constar sus condecoraciones: «Posee distintivos que le fueron otorgados en la RDA por su buen trabajo y como luchador antifascista y en Francia, por su participación en la Resistencia».⁴⁶⁹ Durante el siguiente periodo, este PCEU continuó con sus anteriores dinámicas políticas. Aunque, como novedad, también participó en los nuevos movimientos que buscaban la unidad comunista. Esto le llevó a formar parte de diversas plataformas encaminadas a la celebración de un nuevo congreso de unidad comunista, el cual se produjo finalmente en enero de 1984.

Por su parte, el otro PCEU, encabezado por Carlos Delgado, también continuó existiendo durante un periodo de tiempo, aunque más breve que el de su adversario. En vez de un congreso, este partido optó por realizar la I Conferencia Política del Comité Central, que en la práctica no fue más que una reunión asamblearia de su dirección.⁴⁷⁰ Además, se comenzó la preparación del I Congreso, que no llegaría a realizarse.⁴⁷¹ Los documentos preparados para este congreso fueron publicados en noviembre de 1981, y en ellos se podían ver ciertos rasgos característicos e inconfundibles de la segunda ola disidente como, por ejemplo, en lo relativo a las funciones del partido comunista en el poder:

Sin embargo, este papel dirigente nunca puede ser fruto de una imposición sino del apoyo mayoritario de la clase obrera y de sus aliados estratégicos. El Partido Comunista de España Unificado trata de ganar ese apoyo y representación mayoritaria del pueblo trabajador, y de la sociedad, a través de su actividad política consecuente, de su honradez revolucionaria [...] Este papel dirigente, expresión política de la hegemonía de la clase obrera, no significa que el proceso de transformación socialista de nuestro país tenga que realizarse por la vía monopartidista; por el contrario, el carácter específico de la Revolución Democrática, Antioligárquica y Antimonopolística exige la formación de un amplio frente de izquierdas en base al pluralismo político y de la participación

directa del pueblo.⁴⁷²

El grupo de Carlos Delgado continuó proyectando una imagen dinámica, caracterizada por los extensos análisis de coyunturas y las continuas propuestas de actuación. La simbología del partido estuvo marcada por las escasas referencias al pasado y las representaciones estéticamente vanguardistas, como fue el caso de su logo, que evolucionó un paso más respecto al diseñado en mayo de 1980.⁴⁷³ Además, dio escasa importancia al propio proyecto partidario, al estar más interesados en la unidad de los comunistas de forma inmediata. Fruto de esta cosmovisión, el partido decidiría autodisolverse en el verano de 1982 para integrarse en las Promotoras de Recuperación y Unificación Comunista (PRUC).⁴⁷⁴

¹ [Una buena muestra de la importancia que tienen los congresos como un acontecimiento central de la memoria comunista española puede verse en la Historia oficial del PCE redactada en 1960 por una comisión del CC presidida por Dolores Ibárruri et al.: Historia del Partido Comunista de España, París, Editions sociales, 1960. Otros ejemplos para los casos francés e italiano se pueden ver en Bruno Groppo y Bernard Pudal: «Historiographie des communismes français et italien», en Michel Dreyfus et al.: Le Siècle..., pp. 93-115.](#)

² [José Sandoval: Una larga caminata. Memorias de un viejo comunista, Brenes, Muñoz Moya Editores Extremeños, 2006, pp. 109-110.](#)

³ [Higinio Canga: Memorias, inéditas, p. 129.](#)

⁴ [Francisco Erice: «Memoria colectiva...», p. 3713.](#)

⁵ [Carlos Rueda Laffon: Memoria Roja..., p. 255.](#)

⁶ [Una excelente descripción del trabajo clandestino del PCE durante los años cincuenta y sesenta se puede ver en Francisco Erice: Militancia clandestina y represión. La dictadura franquista contra la subversión comunista \(1956-1963\), Gijón, Trea, 2017.](#)

⁷ [Como fue el caso del VI Congreso. Véase Carme Molinero y Pére Ysás: De la hegemonía..., p. 24.](#)

⁸ [Fernando Claudín: Informe sobre el proyecto del programa, 28-31 de enero de 1960, París, PCF, p. 41.](#)

⁹ [Fernando Claudín y Jorge Semprún: Documentos de una divergencia comunista, Barcelona, El viejo Topo, 1978.](#)

¹⁰ [Fernando Claudín: Las divergencias en el partido, diciembre de 1964, p. 96.](#)

¹¹ [Carrillo, Santiago: «Las declaraciones de Santiago Carrillo a “Le Figaro” de París», Mundo Obrero 7, segunda quincena de febrero de 1967. C.E. del PCE: «Declaración política del Comité Ejecutivo del PCE», Mundo Obrero 10, 1 de abril de 1967. C.E. del PCE: «Por un partido comunista de masas. Resolución del CE del PCE», Nuestra Bandera 54, segundo trimestre de 1967. C.E. del PCE: «Declaración del Comité Ejecutivo del PCE ante la agravación de la crisis nacional», Mundo Obrero 3, 15 de diciembre de 1967. C.E. del C.C. del PCE: Sobre la situación en España y la alternativa política a la dictadura, diciembre de 1967. C.E. del PCE: «Declaración del CE del PCE ante la agravación de la crisis nacional», Mundo Obrero 3, segunda quincena de diciembre de 1967. C.E. del PCE: «Declaración del Comité Ejecutivo del PCE», Nuestra Bandera 56-57, cuarto trimestre de 1967.](#)

¹² [Santiago Carrillo: Nuevos enfoques a los problemas de hoy, París, Éditions Sociales, 1967.](#)

¹³ [Partido Comunista de España: Un futuro para España: la democracia económica y política, París, Colección Ebro, 1967.](#)

¹⁴ [Carne Molinero y Pére Ysás: De la hegemonía..., pp. 44-46.](#)

¹⁵ [Santiago Carrillo: Después de Franco ¿Qué?, París, Editions Sociales, 1965.](#)

¹⁶ [C.E. del PCE: «Declaración PCE: un pacto para la libertad que ponga en manos del pueblo el poder de decisión», Nuestra Bandera 62, Madrid, octubre-noviembre de 1969.](#)

¹⁷ [Gregorio Morán: Miseria y grandeza..., p. 470.](#)

¹⁸ [Santiago Carrillo: Informe al VIII Congreso del PCE, Bucarest, Ed. Empresa Poligráfica, 1972, pp. 28-29.](#)

¹⁹ [VI Congreso: Programa del PCE..., pp. 54-55.](#)

²⁰ [Joaquín Satrústegui \(dir.\): Cuando la transición se hizo posible. El "contubernio de Munich, Madrid, Tecnos, 1993, pp. 229-230.](#)

²¹ [Santiago Carrillo: Después de Franco..., p. 144.](#)

²² [Un futuro para España. La democracia económica y política, París, Colección Ebro, 1967, pp. 194-198.](#)

²³ [Santiago Carrillo: Informe al VIII..., p. 20.](#)

²⁴ Ibid., p. 20.

²⁵ Julio Pérez Serrano: «Orto y ocaso..», pp. 249-289; Julio Pérez Serrano: «Los proyectos revolucionarios en...»; Julio Pérez Serrano: «Estrategias de la izquierda...»; Gonzalo Wilhelmi: Romper el consenso...; Josepa Cucó i Giner: «La izquierda revolucionaria y la Transición. Dinámicas y procesos», Debats 132(1), 2018, pp. 13-24.

²⁶ Eduardo Abad: «Contra el aventurerismo...», pp. 1011-1024.

²⁷ Testimonio de Héctor Maravall, telefónico, 15 de enero de 2020.

²⁸ Carme Molinero y Pére Ysás: De la hegemonía..., pp. 44-46. Giaime Pala: «El militante total...».

²⁹ Testimonio de Héctor Maravall, telefónico, 15 de enero de 2020.

³⁰ Testimonio de Carlos Delgado, Oviedo, 13 de enero de 2019.

³¹ De la OPI al Partido Comunista de los Trabajadores, PCT, 1977, p. 9.

³² Testimonio de Héctor Maravall, telefónico, 15 de enero de 2020.

³³ Testimonio José Gálvez, Gijón, 13 de julio de 2018.

³⁴ Testimonio de Carlos Delgado, Oviedo, 13 de enero de 2019.

³⁵ «El Ferrol: Huelga General Revolucionaria», La voz gráfica 1, junio de 1972.

³⁶ «Una organización para la revolución», La voz gráfica 2, agosto-septiembre de 1972.

³⁷ «La necesidad teórica del marxismo-leninismo», La voz gráfica 2, agosto-septiembre de 1972.

³⁸ «Una organización para la revolución», La voz gráfica 2, agosto-septiembre de 1972.

³⁹ Testimonio de Héctor Maravall, telefónico, 15 de enero de 2020.

⁴⁰ De la OPI al Partido..., p. 4.

⁴¹ Gregorio Morán: Miseria y grandeza..., p. 470.

⁴² [Fernando Jaúregui y Pedro Vega: Crónica del antifranquismo \(2\). 1963-1970: el nacimiento de una nueva clase política, Barcelona, Argos Vergara, 1984, p. 121.](#)

⁴³ [Por ejemplo, Héctor Maravall se enteró poco tiempo después, dado que su compañera de despacho, Cristina Almeida, había asistido a este. Testimonio de Héctor Maravall, telefónico, 15 de enero de 2020.](#)

⁴⁴ [Gregorio Morán: Miseria y grandeza..., p. 952.](#)

⁴⁵ [«Viva el 8 Congreso del Partido Comunista de España», Mundo Obrero 16, 13 de octubre de 1972.](#)

⁴⁶ [Amadeu Fabregat: Partits polítics al País Valencià 2, Valencia, Eliseu Climent, 1977, pp. 153-154.](#)

⁴⁷ [Valentín Brugos: La izquierda revolucionaria..., p. 485.](#)

⁴⁸ [Crítica y Unidad Comunista, noviembre de 1973, Madrid.](#)

⁴⁹ [«Democracia interna hoy», Mundo Obrero 1, enero de 1973.](#)

⁵⁰ [Héctor Maravall, telefónico, 15 de enero de 2020. Testimonio de José Ramón Tejón González, Fondo de Tino Brugos, AFOHSA. Testimonio de Carlos](#)

Delgado, Oviedo, 13 de enero de 2019.

⁵¹ «Por una política obrera y revolucionaria para un problema nacional. La destrucción del Franquismo», La voz gráfica 3, Madrid, diciembre de 1972.

⁵² «Tribuna abierta: Por una política auténticamente inscrita en las masas», La voz gráfica 3, Madrid, diciembre de 1972.

⁵³ «Comunicado del Comité de Artes Gráficas», La voz gráfica 3, Madrid, diciembre de 1972.

⁵⁴ Ibíd.

⁵⁵ De la OPI al Partido..., p. 5

⁵⁶ Ibíd., p. 6.

⁵⁷ Ibíd., p. 7.

⁵⁸ Testimonio de Héctor Maravall, telefónico, 15 de enero de 2020.

⁵⁹ Testimonio de Carlos Delgado, Oviedo, 13 de enero de 2019.

⁶⁰ Testimonio de Héctor Maravall, telefónico, 15 de enero de 2020.

⁶¹ De la OPI al Partido..., p. 3.

⁶² Fernando Jaúregui y Pedro Vega: Crónica del...(II), p. 122.

⁶³ De la OPI al Partido..., p. 3.

⁶⁴ Testimonio de Carlos Delgado, Oviedo, 13 de enero 2019.

⁶⁵ Ibíd., pp. 5-6.

⁶⁶ Amadeu Fabregat: Partits polítics..., pp. 148-149.

⁶⁷ «Crítica al informe y a la resolución del VIII Congreso», carpeta 1, caja 109, Fondo Divergencias, AHPCE.

⁶⁸ Ibíd.

⁶⁹ Ibíd.

⁷⁰ Ibíd

⁷¹ Ibíd. p. 1

⁷² Ibíd. p. 2

⁷³ Testimonio de José Luis Monzón Campos reproducido en Benito Sanz Díaz: Rojos y demócratas. La oposición al franquismo en la Universidad de Valencia, 1939-1975, Valencia, CC. OO. PV, FEIS y Albatros, 2002, p. 191.

⁷⁴ Francisco Moreno Sáez: El Partido Comunista en la provincia de Alicante, Alicante, Librería Compas, 2011, pp. 86-87.

⁷⁵ «Carta de Jorge a los amigos», 31-V-1973, jacq. 447, Levante, Fondo Nacionalidades y Regiones, AHPCE.

⁷⁶ «Carta de Mario», Valencia, enero de 1973, Jacq. 414, Levante, Fondo Nacionalidades y Regiones, AHPCE.

⁷⁷ Estos documentos pueden verse en: «Grupo de Valencia», carpeta 1, caja 109, Fondo Divergencias, AHPCE.

⁷⁸ «Primer documento de la fracción de Valencia», p. 8, carpeta 1, caj. 109, Fondo Divergencias, AHPCE.

⁷⁹ «Primer documento de la fracción de Valencia», p. 4, carpeta 1, caja 109, Fondo Divergencias, AHPCE.

⁸⁰ Domingo Garí: «Canarias: nacionalistas y comunistas contra la dictadura franquista (1959-1963). La visión de los protagonistas», Historia Actual Online 33, 2014, pp. 35-48.

⁸¹ Julián Ayala: «El movimiento estudiantil en La Laguna: de las postrimerías del franquismo a la Constitución de 1978», 2018, en línea: <<http://www.lacasademitia.es/articulo/firmas/movimiento-estudiantil-l-laguna-postrimerias-franquismo-constitucion-1978-julian-ayala-amas/20181021062206086004.html>> (consulta: 18/01/2020).

⁸² Testimonio de José Manuel Álvarez Pravia, Oviedo, 12 de marzo de 2014.

⁸³ «Notas manuscritas y mecanografiadas relacionada con la Oposición de Izquierdas al PCE (OPI)», caja 10, Fondo Arias, AHUO.

⁸⁴ Testimonio de Héctor Maravall, telefónico, 15 de enero de 2020.

⁸⁵ Carme Molinero y Pére Ysás: De la hegemonía..., pp. 43-45.

⁸⁶ Por ejemplo, Gregorio Morán sitúa a la OPI entorno a finales de 1971, aunque está claro que la organización no se constituye formalmente como tal hasta 1973. Gregorio Morán: Miseria y grandeza..., p. 452

⁸⁷ Testimonio de José Manuel Álvarez Pravia, Oviedo, 27 de febrero de 2018.

⁸⁸ Testimonios de: José Manuel Álvarez Pravia, Oviedo, 27 de febrero de 2018; José Gálvez, Gijón, 13 de julio de 2018.

⁸⁹ Testimonio de José Manuel Álvarez Pravia, Oviedo, 27 de febrero de 2018.

⁹⁰ «Editorial», La Voz Comunista 1, 15 de junio de 1973.

⁹¹ De la OPI..., p. 12.

⁹² Testimonio de Carmen García, Oviedo, 20 de julio de 2018.

⁹³ Testimonio de Carlos Delgado, Oviedo, 13 de enero 2019.

⁹⁴ Testimonio de José Manuel Álvarez Pravia, Oviedo, 27 de febrero de 2018.

⁹⁵ «Presentación», Boletín de la Oposición de Izquierda del PCE de Valencia 1, 1973.

⁹⁶ «Quienes somos y que queremos», La Voz Comunista 1, 15 de junio de 1973.

⁹⁷ «Primer documento de la fracción de Valencia», carpeta 1, caja 159, Informes, Grupo de Valencia, Fondo Divergencias, AHPCE.

⁹⁸ De la OPI..., p. 3.

⁹⁹ «2º documento de los fraccionistas de Valencia», 15 de marzo de 1973, carpeta 1, caja 159, Informes, Grupo de Valencia, Fondo Divergencias, AHPCE.

¹⁰⁰ Testimonio de Carlos Delgado, Oviedo, 13 de enero de 2019.

¹⁰¹ Fernando Ruiz y Joaquín Romero: Los partidos marxistas. Sus dirigentes. Sus programas, 1976, Barcelona, Anagrama, p. 230.

¹⁰² Ibíd., p. 230.

¹⁰³ Testimonio de Héctor Maravall, telefónico, 15 de enero de 2020.

¹⁰⁴ Existen al menos indicios de que esto ocurriera en Málaga y Valencia. Testimonios de Juan Torres, Sevilla, 18 de diciembre de 2017, y José Gálvez, Gijón, 13 de julio de 2018.

¹⁰⁵ Testimonio de José Manuel Álvarez Pravia, Oviedo, 27 de febrero de 2018.

¹⁰⁶ Testimonio de Juan Torres, Sevilla, 18 de diciembre de 2017, Sevilla.

¹⁰⁷ León Trotsky: La oposición de Izquierda en la URSS, 1977, Barcelona, Fontamara.

¹⁰⁸ «El Partido y la Oposición de Izquierda», Boletín de la Oposición de Izquierda del PCE de Valencia, 1, 1973.

¹⁰⁹ Ibíd.

¹¹⁰ Testimonio de Héctor Maravall, telefónico, 15 de enero de 2020.

¹¹¹ Fernando Jaúregui y Pedro Vega: Crónica del... (II), p. 121.

¹¹² «¿Después del octavo Congreso del P.C.E, qué?», Tribuna Obrera 1, julio de 1974.

¹¹³ «Chile: el fin de las ilusiones derechistas», Tribuna Obrera 2, marzo de 1974.

¹¹⁴ «El VIII Congreso del P.C.E, la “Oposición de izquierda” del P.C.E y la O.T», La aurora, 12, enero de 1974; «El VIII Congreso del P.C.E, la “Oposición de izquierda” del P.C.E y la O.T (segunda parte)», La aurora 13, febrero de 1974.

¹¹⁵ Esta cuestión que se reproduce a continuación se puede ver de forma monográfica en Eduardo Abad: «El otoño de Praga....».

¹¹⁶ «Sobre el internacionalismo proletario», La Voz Comunista 2, 30 de julio de 1973.

¹¹⁷ Testimonio de Héctor Maravall, telefónico, 15 de enero de 2020.

¹¹⁸ Testimonio de José Manuel Álvarez Pravia, Oviedo, 23 de febrero de 2018.

¹¹⁹ Testimonio de Juan Torres, Sevilla, 18 de diciembre de 2017.

¹²⁰ «XXV Congreso del PCUS: Reafirmación del internacionalismo», La Voz Comunista 14, abril 1976.

¹²¹ Francisco Erice: «El “orgullo” de...», p. 151.

¹²² «Carta a Asturias», s/f, caja 3, Fondo Pedro Sanjurjo, AHUO.

¹²³ Testimonio de Juanjo de la Roz, Avilés, 18 de diciembre de 2018.

¹²⁴ Testimonio de Juan Torres, Sevilla.

¹²⁵ «Chile: el fin de las ilusiones derechistas», Tribuna Obrera 2, marzo de 1974.

¹²⁶ David Priestland: Bandera roja..., p. 465.

¹²⁷ «Flores rojas para el Gral. Spinola», La Voz Comunista 6, mayo de 1974.

¹²⁸ Eduardo Abad: «Una ortodoxia transnacional...», pp. 120-123.

¹²⁹ Testimonio de José Manuel Álvarez Pravia, Oviedo, 27 de febrero de 2018.

¹³⁰ Testimonio de Carmen García, Oviedo, 20 de julio de 2018.

¹³¹ Testimonio de María Jesús Garrido Chus, Chiclana, 16 de octubre de 2017.

¹³² Testimonio de José Manuel Álvarez Pravia, Oviedo, 27 de febrero de 2018.

¹³³ «Portugal: la hora de Kornilov», La Voz Comunista s/n, diciembre de 1975.

¹³⁴ Testimonio de María Jesús Garrido Chus, Chiclana, 16 de octubre de 2017.

¹³⁵ Testimonio de Carmen García, Oviedo, 20 de julio de 2018.

¹³⁶ La Voz Comunista 1973-1976, PCT, 1977. Problemas fundamentales de la revolución española, julio de 1975, OPI.

¹³⁷ Democracia formal y democracia directa, OPI del PCE, s/f, p. 5.

¹³⁸ Carlos Tuya: Problemas fundamentales..., p. 13.

¹³⁹ Tesis políticas, mecanografiadas, OPI, 1976.

¹⁴⁰

¹⁴¹ «Hacia la Unión Democrática de Izquierdas», La Voz Comunista 10, noviembre de 1976.

¹⁴² Por la democracia antioligárquica...

¹⁴³ Testimonio de María Jesús Garrido Chus, Chiclana, 16 de octubre de 2017.

Testimonio de Carmen García, Oviedo, 2 de junio de 2014.

¹⁴⁴ Testimonio de Carlos Delgado, Oviedo, 13 de enero de 2019.

¹⁴⁵ Testimonio de Héctor Maravall, telefónico, 15 de enero de 2020.

¹⁴⁶ De la OPI..., p. 15

¹⁴⁷ «De Salamanca», 22 de abril de 1973, carpeta n.º 1, caja n.º 159, Informes, Grupo de Valencia, Fondo Divergencias, AHPCE.

¹⁴⁸ Ibíd.

¹⁴⁹ Amadeu Fabregat: Partits polítics..., p. 149.

¹⁵⁰ «Primer documento de la fracción de Valencia», carpeta n.º 1, caja n.º 159, Informes, Grupo de Valencia, Fondo Divergencias, AHPCE.

¹⁵¹ «2º documento de los fraccionistas de Valencia», 15 de abril de 1973, carpeta n.º 1, caja n.º 159, Informes, Grupo de Valencia, Fondo Divergencias, AHPCE.

¹⁵² Ibíd.

¹⁵³ [«Documento del C.P de Valencia en respuesta a los escisionistas», 3 de abril de 1973, carpeta n.º 1, caja n.º 159, Informes, Grupo de Valencia, Fondo Divergencias, AHPCE. Lamentablemente no hemos podido acceder al documento original del C.E, aunque este se reproduce íntegramente en «Documento de la organización del P. a todos los militantes», Boletín de la Oposición de izquierda del PCE en Valencia, 1, 1973.](#)

¹⁵⁴ [Benito Sanz Díaz: Rojos y demócratas..., p. 192.](#)

¹⁵⁵ [Una muestra de su lucha contra la carestía de la vida en los barrios populares se puede ver en el portavoz de la organización de barrios de la OPI del PCE-Valencia, Lluita popular 2, septiembre 1976.](#)

¹⁵⁶ [Testimonio de José Gálvez, Gijón, 13 de julio de 2018. Amadeu Fabregat: Partits polítics..., pp. 149-150.](#)

¹⁵⁷ [«Ha muerto un revolucionario», La Voz Comunista 1, mayo de 1977.](#)

¹⁵⁸ [Testimonio de Josu Ramos Sánchez, Chiclana, 16 de octubre de 2017.](#)

¹⁵⁹ [«Elecciones», La Voz Comunista 2, junio 1977.](#)

¹⁶⁰ [«Presentación», Euskadi Gorria, febrero de 1977.](#)

¹⁶¹ Domingo Garí: «Canarias: nacionalistas y...», pp. 40-46.

¹⁶² «Testimonio de Melchor Nuñez el 11-05-1990», reproducida en Domingo Garí: Historia del nacionalismo canario, Las Palmas de Gran Canaria / Santa Cruz de Tenerife, Benchomo, 1992, p. 192.

¹⁶³ Testimonio de Arturo Borges, telefónico, 20 de enero de 2020.

¹⁶⁴ Julián Ayala: «El movimiento estudiantil en La Laguna: de las postrimerías del franquismo a la Constitución de 1978», 2018, en línea: <<http://www.lacasademitia.es/articulo/firmas/movimiento-estudiantil-l-laguna-postrimerias-franquismo-constitucion-1978-julian-ayalaarmas/20181021062206086004.html>> (consulta: 18/01/2020).

¹⁶⁵ Según Domingo Garí, las fuentes orales y los materiales recabados por él evidencian el uso de esta denominación. Aunque parece que aún se encontraban dentro del paraguas de la OPI del PCE a nivel de toda España. Domingo Garí: Historia del nacionalismo..., p. 193.

¹⁶⁶ Ibíd., pp. 193-195.

¹⁶⁷ Domingo Garí: Historia del nacionalismo..., p. 194.

¹⁶⁸ «Oposición de Izquierdas del PCE en Canarias: Declaración», junio de 1974,

reproducido en Domingo Garí: Historia del nacionalismo..., p. 195.

¹⁶⁹ Testimonio de Arturo Borges, telefónico, 20 de enero de 2020.

¹⁷⁰ «Oposición de Izquierda de Canarias», Canarias, 1 de diciembre de 1975, reproducida en Domingo Garí: Historia del nacionalismo..., p. 194.

¹⁷¹ Domingo Garí: Historia del nacionalismo..., pp. 199-275.

¹⁷² Testimonio de Juan Torres, Sevilla, 18 de diciembre de 2017.

¹⁷³ Entrevista a María Jesús Garrido Chus, Chiclana, 16 de octubre de 2017.

¹⁷⁴ «Notas manuscritas y mecanografiadas relacionada con la Oposición de Izquierdas al PCE (OPI)», caja n.º 10, Fondo Arias, AHUO.

¹⁷⁵ Testimonio de José Manuel Álvarez Pravia, Oviedo, 12 de marzo de 2014.

¹⁷⁶ Rubén Vega: «El PCE asturiano...», p. 189.

¹⁷⁷ Valentín Brugos: «La izquierda revolucionaria...», p. 485.

¹⁷⁸ Testimonio de José Manuel Álvarez Pravia, Oviedo, 12 de marzo de 2014.

¹⁷⁹ Testimonio de José Ramón Tejón, Fondo Tino Brugos, AFOHSA.

¹⁸⁰ «Notas manuscritas y mecanografiadas relacionada con la Oposición de Izquierdas al PCE (OPI)», caja n.º 10, Fondo Arias, AHUO.

¹⁸¹ Fernando Ruiz y Joaquín Romero: Los partidos marxistas..., p. 232.

¹⁸² Testimonio de Josu Ramos Sánchez, Chiclana, 16 de octubre de 2017.
Testimonio de José Manuel Álvarez Pravia, Oviedo, 12 de marzo de 2014.

¹⁸³ «Con nuestras propias fuerzas», CC de la OPI, 1977, Archivo Personal de Tino Brugos.

¹⁸⁴ Testimonio de Carlos Delgado, Oviedo, 13 de enero de 2019.

¹⁸⁵ «Documento», CC de la OPI, marzo de 1977, Archivo personal de Tino Brugos.

¹⁸⁶ Ibíd.

¹⁸⁷ Ibíd.

¹⁸⁸ Por un partido de tipo leninista, Madrid, PCOE, 1978, pp. 11-12.

¹⁸⁹ Ibíd.

¹⁹⁰ Ibíd.

¹⁹¹ «Presentación», Euskadi Gorria, febrero 1977.

¹⁹² Ibíd.

¹⁹³ Testimonio de José Manuel Álvarez Pravia, 12 de marzo de 2014.

¹⁹⁴ «Nuestra segunda época», Asturias Comunista 4, mayo de 1977.

¹⁹⁵ «Nace el PCTA», Asturias Comunista 4, mayo de 1977.

¹⁹⁶ Testimonio de Hugo O' Donell, Oviedo, 31 de enero de 2019.

¹⁹⁷ «Se celebra la 1º Conferencia regional», Asturias Comunista 4, mayo de 1977.

¹⁹⁸ Ibíd.

¹⁹⁹ «Presentación pública del PCT», La Voz Comunista 1, mayo de 1977.

²⁰⁰ «Tres razones para un partido», La Voz Comunista 1, mayo 1977.

²⁰¹ «Presentación pública del PCT», La Voz Comunista 1, mayo 1977.

²⁰² «Ante la nueva forma de dominio oligárquico», pleno del Comité Central, PCT, 26 de junio de 1977, Archivo Personal de Tino Brugos.

²⁰³ Ibíd. Testimonio de Ángel Rendueles, Gijón, 3 de mayo de 2015. Testimonio de Juanjo de la Roz, Avilés, 18 de diciembre de 2018.

²⁰⁴ «Presentación pública del PCT», La Voz Comunista 1, mayo de 1977.

²⁰⁵ Ibíd.

²⁰⁶ Ibíd.

²⁰⁷ «Ante la nueva forma de dominio oligárquico», pleno del Comité Central,

PCT, 26 de junio de 1977, Archivo Personal de Tino Brugos.

²⁰⁸ «La OPI se separa del PCE», Pueblo, 29 de abril de 1977.

²⁰⁹ «La O.P.I. Se transforma en el Partido Comunista de los Trabajadores», Informaciones, 29 de abril de 1977.

²¹⁰ Democracia formal y democracia directa, OPI, 1976.

²¹¹ Por la democracia antioligárquica y antimonopolista hacía el socialismo, PCT, mayo de 1977, pp. 57-58.

²¹² Testimonio de Carmen García, Oviedo, 2 de junio de 2014.

²¹³ Todos estos aspectos se pueden apreciar en Manifiesto, 1, diciembre de 1977.

²¹⁴ «Lee, discute y difunde Bandera Comunista», La Voz Comunista (segunda época) 16, noviembre de 1978.

²¹⁵ Entrevista a José Ramón Tejón González, Fondo Tino Brugos, AFOHSA.

²¹⁶ Los consejos de empresa: base para la Unidad de la Clase Obrera y la lucha contra la crisis capitalista, PCT, 1977, p. 7.

²¹⁷ [Testimonio de Carlos Delgado, Oviedo, 13 de enero de 2019.](#)

²¹⁸ [Testimonio de Juan Torres, Sevilla, 18 de diciembre de 2017.](#)

²¹⁹ [«Ganar las elecciones es forjar la unidad del pueblo», La Voz Comunista \(segunda época\) 2, junio de 1977.](#)

²²⁰ [«Rueda de prensa», Asturias Comunista 4, mayo de 1977. «Asturias: intensa actividad de la candidatura de Unidad Regionalista», La Voz Comunista \(segunda época\) 2, junio de 1977. Para más información sobre la historia de Unidad Regionalista, ver Eduardo Abad:](#)

«Votai a Asturias. El nacimientu fai cuarenta años de la izquierda asturianista», Atlántica XXII 51, julio de 2017, pp. 51-53.

²²¹ [«Reunión de los partidos vascos de izquierda nacionalista en Vergara», El País, 26 de abril de 1977.](#)

²²² [«Editorial», Euskadi Gorria, epaila \(marzo\) de 1977.](#)

²²³ [«Euskadi: El desKASamiento Vasco, un regalo electoral a la Oligarquía», La Voz Comunista 2, junio de 1977.](#)

²²⁴ [Sobre los orígenes de Euskadiko Ezkerra, ver Gaizka Fernández Soldevilla: «De las armas al Parlamento. Los orígenes de Euskadiko Ezkerra \(1976-1977\)», Pasado y memoria 8, 2009, pp. 245-266.](#)

²²⁵ [Ibíd.](#)

²²⁶ [«Candidatura Unidad Popular \(C.U.P.\): Integrada por cuatro partidos de izquierda», Pueblo, 5 de mayo de 1977.](#)

²²⁷ [«La CUP celebró su fiesta», Diario 16, 6 de junio de 1977.](#)

²²⁸ [«Madrid: La CUP, una respuesta popular», La Voz Comunista \(segunda época\) 2, junio de 1977.](#)

²²⁹ [«Pel bloc autonòmic», La Voz Comunista \(segunda época\) 2, junio de 1977.](#)

²³⁰ [Carlos Tuya, «En defensa de la izquierda revolucionaria», Diario 16, 8 de agosto de 1977.](#)

²³¹ [Ver La Voz Comunista \(segunda época\) 4, septiembre de 1977.](#)

²³² [«Fortalecer la democracia obrera», La Voz Comunista \(segunda época\) 9, abril de 1978.](#)

²³³ [Testimonio de Ángel Rendueles, Gijón, 3 de mayo de 2014.](#)

²³⁴ [«Frente comunista Unitario por la Abstención», Oviedo, 1978, Archivo Personal de Rafael Velasco.](#)

²³⁵ [«Vota Comunistes de Catalunya», Barcelona, 1979, Archivo Personal de Rafael Velasco.](#)

²³⁶ [Rodrigo González Martín: «Por unos ayuntamientos nuevos y democrática. Las elecciones municipales de 1979 en el medio rural vallisoletano», en Carlos Navajas y Diego Iturriaga \(eds.\): España en democracia. Actas del IV Congreso Internacional de Historia de Nuestro Tiempo, Logroño, Universidad de la Rioja, 2014, p. 194](#)

²³⁷ [«Legalización del PCT», Pueblo, 21 de septiembre de 1977.](#)

²³⁸ [Carlos Tuya: Aspectos fundamentales... y La función histórica...](#)

²³⁹ [«El timo de la Moncloa», La Voz Comunista 4, noviembre de 1977.](#)

²⁴⁰ [Francisco Moreno: «Escisiones prosoviéticas del PCE \(Partido Comunista de los Trabajadores-Partido Comunista de España Unificado, Partido Comunista Obrero Español y Coordinadora de Unidad Comunista», en Partidos, sindicatos y organizaciones ciudadanas en la provincia de Alicante durante la transición](#)

(1974-1982), Archivo de la Democracia, Universidad de Alicante, en línea: <http://www.archivodemocracia.ua.es/db/articulos/37.pdf> (consulta: 5/5/2019).

²⁴¹ [«Mayoría por el sí», Diario 16, 6 de diciembre de 1978.](#)

²⁴² [Esta cuestión que se reproduce a continuación se puede ver de forma monográfica en Eduardo Abad: «El otoño de Praga...».](#)

²⁴³ [«La campaña internacional antichecoslovaca», La Voz Comunista 15, octubre de 1978.](#)

²⁴⁴ [«Ultima hora», La Voz Comunista 21, julio-agosto de 1979.](#)

²⁴⁵ [«Digan lo que digan los reformistas, en Checoslovaquia se construye el socialismo», La Voz Comunista 22, agosto-septiembre de 1979.](#)

²⁴⁶ [«De las elecciones municipales hasta hoy», Secretariado del PCE \(VIII-IX\), 2 de septiembre de 1979, Archivo Personal de Eduardo García.](#)

²⁴⁷ [Testimonio de José Manuel Álvarez Pravia, Oviedo, 23 de febrero de 2018.](#)

²⁴⁸ [«El socialismo ‘auténtico’ de Don Santiago», La Voz Comunista 3, julio-agosto de 1977.](#)

²⁴⁹ José Guerrero: «El verdadero ‘neutralismo’ de Mr. Carrillo», La Voz Comunista 6, diciembre de 1977.

²⁵⁰ José Candela: «El PCE soluciona la crisis capitalista», La Voz Comunista 12, julio-agosto de 1978.

²⁵¹ «En defensa del leninismo», PCT, 1978, Archivo Personal de Tino Brugos.

²⁵² Testimonio de Julio Irazabal, Oviedo, 13 de enero de 2019.

²⁵³ Testimonio de María Jesús Garrido Chus, Chiclana, 16 de octubre de 2017.
Testimonio de Hugo, O'Donnell, Oviedo, 31 de enero de 2019.

²⁵⁴ «Elisa Sanchís Pérez», La Voz Comunista 17, febrero de 1979.

²⁵⁵ «María Espinosa Ruiz», La Voz Comunista 17, febrero de 1979.

²⁵⁶ «Elena Montesinos», La Voz Comunista 17, febrero de 1979.

²⁵⁷ «María Jesús Caudevilla Blasco», La Voz Comunista 2, junio de 1977.

²⁵⁸ [Testimonio de Carmen García, Oviedo, 2 de junio de 2014. Testimonio de María Jesús Garrido Chus, Chiclana, 16 de octubre de 2017.](#)

²⁵⁹ [«Alonso Franch: un camarada ejemplar», La Voz Comunista 25, febrero de 1980.](#)

²⁶⁰ [Ibíd.](#)

²⁶¹ [«Soy un viejo Bolchevique», La Voz Comunista 7, febrero de 1978.](#)

²⁶² [«Rafael Verdú: continuar la lucha de 40 años», La Voz Comunista 4, noviembre de 1977.](#)

²⁶³ [«Luis espinosa: Recuperé el entusiasmo al ingresar en el PCT», La Voz Comunista 4, noviembre de 1977.](#)

²⁶⁴ [Testimonio de Julio Irazabal, Oviedo, 13 de enero de 2019. Testimonio de Juanjo de la Roz, Avilés, 18 de diciembre de 2018.](#)

²⁶⁵ [Por la democracia..., pp. 53-56.](#)

²⁶⁶ [Peter Burke: Formas de historia cultural, Madrid, Alianza, 2000, p. 82.](#)

²⁶⁷ Testimonio de Carlos Delgado, Oviedo, 13 de enero de 2019.

²⁶⁸ «Soy un viejo Bolchevique», La Voz Comunista 7, febrero de 1978.

²⁶⁹ «Algo más que un color», La Voz Comunista 1, mayo de 1977.

²⁷⁰ Ver en el capítulo el apartado del PCE (VIII-IX Congresos).

²⁷¹ «En el 60 aniversario de la fundación del P.C», La Voz Comunista 27, abril de 1980.

²⁷² Ibíd.

²⁷³ «Criterios del P.C.T.A ante la unificación de los comunistas españoles», Unificación Comunista 1, noviembre de 1978.

²⁷⁴ «No hay práctica revolucionaria sin teoría revolucionaria», La Voz Comunista 22, agosto-septiembre de 1979.

²⁷⁵ Ibíd.

²⁷⁶ Fernando Vera: La diáspora..., p. 43.

²⁷⁷ «Sumario Satué Malo, José», causa 140 874, Archivo Histórico de la Defensa (AHDF). Salvador F. Cava: «“Un camarada formidable, el mejor guía de pasos del PCE”. Francisco Pradal: «Apuntes biográficos», Entremontes, 6, enero de 2014, p. 21.

²⁷⁸ Fernando Hernández: Los años de plomo..., p. 206.

²⁷⁹ «Al camarada JOSÉ SATUÉ se le conmutó la pena de muerte por la de treinta años», Mundo Obrero 160, 10 de marzo de 1949.

²⁸⁰ «Una nueva ola de terror», España Popular 884, 1 de julio de 1959.

²⁸¹ José María Alfaya y Aron Cohen: «La fuerza indoblegada de un comunista extraordinario», Mundo Obrero, en línea: <<https://www.mundoobrero.es/pl.php?id=5964>> (consulta: 03/02/2020).

²⁸² Ibíd.

²⁸³ Francisco Moreno: El partido comunista..., p. 126.

²⁸⁴ Fernando Hernández: Los años de plomo..., p. 225.

²⁸⁵ Sergio Millares: Fernando Sagaset. La vida de un luchador irremediable, Las Palmas, Centro de Cultura Popular, 1994, p. 181.

²⁸⁶ Ibíd, p. 178.

²⁸⁷ Haridian Mederos: «El rojo indomable», La Provincia, en línea: <<https://www.laprovincia.es/canarias/2013/12/03/rojo-indomable/575480.html>> (consulta: (03/02/2020). «Fernando Sagaset vive, la lucha sigue», Rebelión, en línea: <<http://www.rebelion.org/noticia.php?id=177654>> (consulta: 03/02/2020).

²⁸⁸ Miguel Galindo: Reflexiones..., p. 180.

²⁸⁹ Ángel Dámaso: «Nacionalismo canario de izquierdas: La efímera Unión del Pueblo Canario», El futuro del Pasado 6, pp. 281-317.

²⁹⁰ Domingo Garí: «Canarias: nacionalistas y...», pp. 35-48.

²⁹¹ Testimonio de Arturo Borges, telefónico, 20 de enero de 2020.

²⁹² Pilar Domínguez Prats y Agustín Millares Cantero: «La cuestión nacional entre los comunistas grancanarios (1959-1971)», en Manuel Bueno Lluch, José Hinojosa Durán y Carmen García (coords.): Historia del PCE: I Congreso, 1920-1977, vol. 2, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 2007, p. 15

²⁹³ Sergio Millares: Fernando Sagaseta..., p. 267.

²⁹⁴ Ibíd., p. 269.

²⁹⁵ «Al Comité Provincial», febrero de 1971, jacq. 197-198, Canarias, Fondo Nacionalidades y regiones, AHPCE.

²⁹⁶ «Al CP», marzo de 1971, jacq. 182, Canarias, Fondo Nacionalidades y regiones, AHPCE.

²⁹⁷ «A los camaradas del CP de la célula X», jacq. 184, Canarias, Fondo Nacionalidades y regiones, AHPCE.

²⁹⁸ «Al Comité Provincial», septiembre de 1971, jacq. 196, Canarias, Fondo Nacionalidades y regiones, AHPCE.

²⁹⁹ Néstor García Lázaro: «Las publicaciones periódicas de la oposición al Franquismo en Canarias (1959-1975). Una primera aproximación», en VV. aA.: XX Coloquio Historia canario – americana, LPGC, Cabildo de Gran Canaria, 2012, p. 1195.

³⁰⁰ Domingo Garí: Historia del nacionalismo..., pp. 324-325.

³⁰¹ Ibíd.

³⁰² Luis Hernández Rabionet: La prensa clandestina en Canarias en el tardofranquismo, trabajo de fin de grado, Universidad de la Laguna, 2016, p. 38.

³⁰³ Sergio Millares: Fernando Sagaseta..., p. 274.

³⁰⁴ Ibíd.

³⁰⁵ Testimonio de Arturo Borges, telefónico, 20 de enero de 2020. Testimonio de Carlos Delgado, Oviedo, 13 de enero de 2019. Testimonio de Carmen García, Oviedo, 2 de junio de 2014.

³⁰⁶ Julián Ayala: «El movimiento estudiantil en La Laguna: de las postrimerías del franquismo a la Constitución de 1978», 2018, en línea: <<http://www.lacasademitia.es/articulo/firmas/movimiento-estudiantil-l-laguna-postrimerias-franquismo-constitucion-1978-julian-ayala-amas/20181021062206086004.html>> (consulta: 18/01/2020).

³⁰⁷ Rafael González Morera: «Germán Pérez, del maquis a líder del PCE en Canarias», eldiario.es, 2018, en línea: <https://www.eldiario.es/canariasahora/premium_en_abierto/German-Pirez-maquis-PCE-Canarias_0_731427246.html> (consulta: 04/02/2020).

³⁰⁸ Testimonio de Arturo Borges, telefónico, 20 de enero de 2020.

³⁰⁹ [Domingo Garí: Historia de nacionalismo..., pp. 324-325.](#)

³¹⁰ [Francisco A. Déniz: La protesta estudiantil. Estudio sociológico e histórico de su evolución en Canarias, Madrid, Talasa, 1999, p. 173.](#)

³¹¹ [Una buena muestra de la conflictiva historia del PGT se puede ver en Juan Carlos Vázquez: «De demonios a chingamuceros. Representación del PGT-PC en Guatemala», Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos 62, 2016, pp. 163-193.](#)

³¹² [Domingo Garí: Historia de nacionalismo..., p. 324.](#)

³¹³ [Un buen ejemplo lo encontramos en la biografía de José Miguel Pérez Pérez, militante comunista cofundador del Partido Comunista de Cuba y posteriormente asesinado tras la sublevación fascista en Canarias. Véase Carlos Fuentes: Los últimos de Cuba, Tenerife, Eds. Idea, 2008, pp. 47-48.](#)

³¹⁴ [Sergio Millares: Fernando Sagaseta..., p. 280.](#)

³¹⁵ [«Al partido», febrero de 1976, caja n.º 3, Fondo Pedro Sanjurjo «Pieycha», AHUO.](#)

³¹⁶ [Ibíd.](#)

³¹⁷ Manifiesto Programa del Partido Comunista de España, PCE, 1975, p. 141.

³¹⁸ «Una política a difundir y debatir», Mundo Obrero 29, septiembre de 1975.

³¹⁹ «Al partido», febrero de 1976, caja n.º 3, Fondo Pedro Sanjurjo, AHUO.

³²⁰ Ibíd.

³²¹ Ignacio Gallego: Problemas de organización..., p. 28.

³²² «Al partido», febrero de 1976, caja n.º 3, Fondo Pedro Sanjurjo, AHUO.

³²³ Testimonio de Arturo Borges, telefónico, 20 de enero de 2020.

³²⁴ Ignacio Gallego: Problemas de organización..., pp. 12-14.

³²⁵ Estatutos del Partido Comunista de España: aprobados en su VIII Congreso, Bucarest, PCE, 1972.

³²⁶ Sergio Millares: Fernando Sagaseta..., p. 295.

³²⁷ «Al partido», febrero de 1976, caja n.º 3, Fondo Pedro Sanjurjo, AHUO.

³²⁸ Ibíd.

³²⁹ «Propósitos», Hojas de discusión 1, mayo de 1976.

³³⁰ Ibíd.

³³¹ Ibíd.

³³² Testimonio de Arturo Borges, telefónico, 20 de enero de 2020.

³³³ Entrevista a Arón Cohen, Granada, 12 de diciembre de 2017.

³³⁴ Francisco A. Déniz: La protesta estudiantil..., p. 173.

³³⁵ Domingo Garí: Historia de nacionalismo..., p. 324.

³³⁶ Testimonio de Arturo Borges, telefónico, 20 de enero de 2020.

³³⁷ Santiago Carrillo: De la clandestinidad a la legalidad, PCE, 1976, p. 64.

³³⁸ Gregorio Morán: Miseria y grandeza..., pp. 105-106. Emmanuel Rodríguez López: Por qué fracasó la democracia en España La Transición y el régimen del '78, Madrid, Traficantes de Sueños, 2015, p. 138.

³³⁹ Carme Molinero y Pére Ysas: De la hegemonía..., pp. 140-141.

³⁴⁰ «La “lucha” por limosnas», Hojas de discusión 2, agosto de 1976.

³⁴¹ «Acerca de las “agrupaciones”», Hojas de discusión 2, agosto de 1976.

³⁴² «La disciplina comunista», Hojas de discusión 3 y 4, septiembre y octubre de 1976.

³⁴³ «La indisciplina de los miembros del CE», Hojas de discusión 3 y 4, septiembre y octubre de 1976.

³⁴⁴ «El cambiazo», Hojas de discusión 3 y 4, septiembre y octubre de 1976.

³⁴⁵ «Aspectos políticos de la indisciplina del CE al reorganizar al partido», Hojas de discusión 3 y 4, septiembre y octubre de 1976.

³⁴⁶ Sergio Millares: Fernando Sagaseta..., p. 273.

³⁴⁷ «La célula», Hojas de discusión 3 y 4, septiembre y octubre de 1976.

³⁴⁸ «La célula», Hojas de discusión 3 y 4, septiembre y octubre de 1976.

³⁴⁹ Alfonso Pinilla García: La legalización del PCE, Madrid, Alianza, 2017. Carme Molinero y Pére Ysas: De la hegemonía..., pp. 152-154.

³⁵⁰ «Comunicado de los miembros de la organización de abogados de Granada del PCE a propósito de las posiciones que, en relación a nosotros, ha hecho público el Comité Provincial», Organización de abogados del PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA, Granada, 1977, p. 5, Archivo Personal de Alberto Hevia.

³⁵¹ Testimonio de Arón Cohen, Granada, 12 de diciembre de 2017.

³⁵² «Comunicado de los miembros de la organización de abogados de Granada del PCE a propósito de las posiciones que, en relación a nosotros, ha hecho público el Comité Provincial», Organización de abogados del PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA. Granada, 1977, pp. 8-25, Archivo Personal de Alberto Hevia.

³⁵³ «Carta de Aron Cohen, militante separado del Comité Provincial del PCE en Granada», AHCCOO-A.

³⁵⁴ «Carta abierta a los militantes del PCE», Hojas de discusión 5, diciembre de 1977.

³⁵⁵ «Etapas conducentes a la escisión», Hojas de discusión 5, diciembre de 1977.

³⁵⁶ «Responsabilidades de los componentes de los C.C y C.E», Hojas de discusión 5, diciembre de 1977.

³⁵⁷ Testimonio de Arturo Borges, telefónico, 20 de enero de 2020. Testimonio de Alberto Hevia, Gijón, 20 de mayo de 2015.

³⁵⁸ Sergio Millares: Fernando Sagaseta..., p. 309.

³⁵⁹ «Comité de enlace», Publicidad Partidaria 19, abril de 1978.

³⁶⁰ Ver en el capítulo anterior la sección dedicada al PCE (VIII-IX Congresos).

³⁶¹ «Documento del Partido Comunista de España (VIII y IX Congresos) sobre la unificación con las Células del PCE», 11 de noviembre de 1978, Madrid, Archivo Personal de Rubén Díaz.

³⁶² «Puntualización del Partido Comunista de España (VIII-IX Congresos), Partido Comunista de los Trabajadores y Células del PCE», ¡Adelante! 1, s/f.

³⁶³ «Saludos comunistas», Tribuna comunista 7, junio de 1980.

³⁶⁴ Testimonio de Arón Cohen, Granada, 12 de diciembre de 2017.

³⁶⁵ Un año de lucha en el parlamento, UPC, Las Palmas, 1980. «F. Sagaseta denuncia en las cortes el terror fascista», Tribuna Comunista 3, enero de 1980.

³⁶⁶ «Carta al camarada Manolo», 2 de mayo de 1981, Madrid, Archivo Personal de Alberto Hevia.

³⁶⁷ Testimonio de Arturo Borges, telefónico, 20 de enero de 2020.

³⁶⁸ José María Alfaya y Arón Cohen: «La fuerza indoblegada...». Testimonio de Arón Cohen, Granada, 12 de diciembre de 2017. Testimonio de Arturo Borges, telefónico, 20 de enero de 2020. Testimonio de Alberto Hevia, Gijón, 20 de mayo de 2015.

³⁶⁹ Sergio Millares: Fernando Sagaseta..., p. 277.

³⁷⁰ «Carta al camarada José Satué Malo», 10 de abril de 1981, Málaga, Archivo Personal de Alberto Hevia.

³⁷¹ «Acta de las resoluciones de la reunión del C.I de 22-8-81», 30 de agosto de 1981, Madrid, Archivo Personal de Alberto Hevia.

³⁷² Célula 1, octubre de 1981.

³⁷³ «Acta del CI», 25 de junio de 1980, Madrid, Archivo Personal de Alberto Hevia.

³⁷⁴ «Vidal», Publicidad Partidaria 14, enero de 1977.

³⁷⁵ Sergio Millares: Fernando Sagaseta..., pp. 427-430.

³⁷⁶ Ibíd, p. 429.

³⁷⁷ «El PCP partido de la esperanza», Tribuna Comunista 3, enero de 1980.

³⁷⁸ «Felicitações de partidos irmaos ao PCP», Avante! 307, 6 de diciembre de 1979.

³⁷⁹ Esta cuestión que se reproduce a continuación se puede ver de forma monográfica en Eduardo Abad: «El otoño de Praga...».

³⁸⁰ En el litigio con la dirección oficial del PCE, los disidentes ortodoxos

aragoneses lograron quedarse con las siglas originales a comienzos de la década de los ochenta.

³⁸¹ Entrevista a Alberto Hevia, Gijón, 26 de febrero de 2018.

³⁸² Miguel Galindo: Reflexiones..., p. 184.

³⁸³ «Acerca del método para la reconstrucción del Partido y de la unificación de los comunistas», Células 1, octubre de 1981.

³⁸⁴ «Propuesta y resolución de los militantes del PCE, organizados en Células de Gijón», 24 de abril de 1982, Gijón, Archivo Personal de Alberto Hevia.

³⁸⁵ «Resolución Comité Interprovincial de la Organización de Militantes del PCE organizados en Células», 1 de noviembre de 1983, Archivo Personal de Arturo Borges.

³⁸⁶ Ibíd.

³⁸⁷ Carlos Tuya: «Frenar a la derecha, unificar a los comunistas», La Voz Comunista 19, abril-mayo de 1979. «Bases estratégicas para la unidad de los comunistas», La Voz Comunista 20, junio de 1979. «Acto por la unificación de los comunistas españoles», Mundo Obrero (cabecera roja) 116, junio de 1978. «Por la unidad de los comunistas», Mundo Obrero (cabecera roja) 121, diciembre de 1978.

³⁸⁸ Ver en el capítulo anterior el apartado dedicado al PCE (VIII-IX Congresos).

³⁸⁹ «Carta a Antonio», Madrid, 27 de marzo de 1979, Archivo de Eduardo García López. Carlos Tuya: «52.000 votos a la unidad de los comunistas», La Voz Comunista s/n, marzo de 1979.

³⁹⁰ Testimonio de Juan Torres, Sevilla, 18 de diciembre de 2017.

³⁹¹ El Secretariado del Comité Central del PCE (Congresos VIII-IX): «Informe del proceso de unidad de las elecciones municipales (3 de abril de 1979) hasta el día de hoy», 2 de septiembre de 1979, Archivo Personal de Eduardo García. «Carta a Ambou», 17 de septiembre de 1979, Archivo de Eduardo García. «Carta a los camaradas Paco y Antonio», 24 de octubre de 1979, Archivo de Eduardo García.

³⁹² Enrique Líster: «Informe del Comité Central (proyecto)», 24 de mayo de 1980, Archivo Personal de Manuel Calderón, p. 10.

³⁹³ «Lecciones del 1.º de Mayo», Mundo Obrero y Comunista 1, mayo de 1980.

³⁹⁴ Testimonio de José Manuel Álvarez, Pravia, Oviedo, 12 de marzo de 2014.

³⁹⁵ Acuerdos para la unificación del Partido Comunista de España (VIII y IX Congresos) y el Partido Comunista de los Trabajadores, Congreso Extraordinario

de Unificación, mayo de 1980, pp. 4 y 5.

³⁹⁶ Ibíd, pp. 5 y 6.

³⁹⁷ «Y se hizo la unidad», Mundo Obrero y Comunista 1, mayo de 1980.

³⁹⁸ «Un Congreso de Unificación Comunista inolvidable», Mundo Obrero y Comunista 1, mayo de 1980.

³⁹⁹ «Intervención de Eduardo García, primer secretario del CC. Del Partido Comunista de España (Congresos VIII-IX) en el Congreso Extraordinario de Unificación», La Voz Comunista 1, julio de 1980.

⁴⁰⁰ «Informe presentado por Carlos Tuya, en nombre del Comité Central del Partido Comunista de los Trabajadores al Congreso Extraordinario de Unificación», La Voz Comunista 1, julio de 1980.

⁴⁰¹ Juan Ambou: «Discurso de apertura», La Voz Comunista 1, julio de 1980.

⁴⁰² «Apertura del Congreso de Unificación por parte de Juan Ambou», Mundo Obrero y Comunista 1, mayo de 1980.

⁴⁰³ Acuerdos para la unificación del Partido Comunista de España (VIII y IX Congresos) y el Partido Comunista de los Trabajadores, Congreso Extraordinario

de Unificación, mayo de 1980, p. 3.

⁴⁰⁴ Ibíd.

⁴⁰⁵ «Un Congreso de Unificación Comunista inolvidable», Mundo Obrero y Comunista 1, mayo de 1980.

⁴⁰⁶ «Opiniones personales sobre el Congreso», Mundo Obrero y Comunista 1, mayo de 1980.

⁴⁰⁷ Ibíd.

⁴⁰⁸ Ibíd.

⁴⁰⁹ «Intervenciones y adhesiones en el Congreso», Mundo Obrero y Comunista 1, mayo de 1980.

⁴¹⁰ Entrevista a María Jesús Garrido Chus, y Josu Ramos Sánchez, Chiclana, 16 de octubre de 2017. También a José Manuel Álvarez Pravia, Oviedo, 23 de febrero de 2018.

⁴¹¹ «Intervención del camarada Goizheni, representante del Partido Comunista de Checoslovaquia», Mundo Obrero y Comunista 1, mayo-junio de 1980.

⁴¹² Entrevista José Gálvez, Gijón, 13 de julio de 2018.

⁴¹³ «Intervenciones y adhesiones en el congreso», Mundo Obrero y Comunista 1, mayo-junio de 1980.

⁴¹⁴ Una biografía de este comunista dominicano se puede ver en el documental de la televisión dominicana Felix Servio Ducoudray y su historia, El Puerto TV, 2019, en línea: <<https://www.youtube.com/watch?v=qQIZrV7aIrY>> (consulta: 03/02/2020).

⁴¹⁵ «Intervención del camarada Félix Servio Ducoudray, secretario general del Partido Socialista Popular de la República Dominicana», Mundo Obrero y Comunista 1, mayo-junio de 1980.

⁴¹⁶ «Fraternal encuentro con el Partido Socialista Popular de la República Dominicana», Mundo Obrero y Comunista 1, mayo-junio de 1980.

⁴¹⁷ «Intervención del camarada Jorma Hall, del Partido Obrero Comunista de Suecia», Mundo Obrero y Comunista 1, mayo-junio de 1980.

⁴¹⁸ «Un Congreso de Unificación Comunista inolvidable», Mundo Obrero y Comunista 1, mayo de 1980.

⁴¹⁹ «Hay miles de comunistas marginados (J. Ambou)», La Voz de Asturias, 27

de abril de 1980.

⁴²⁰ «Hacia una alternativa real de la izquierda. Resolución del IIº Pleno del Comité Central del P.C.E.U», Madrid, 30 de junio de 1980.

⁴²¹ *Ibíd.*

⁴²² «La I Conferencia Regional de Andalucía del PCEU. Un compromiso de unidad y acción revolucionaria», Mundo Obrero y Comunista 5, noviembre de 1980.

⁴²³ «I Conferencia del Partit Comunista Unificat del País Valencià (PCEU)», Mundo Obrero y Comunista 5, noviembre de 1980.

⁴²⁴ Acuerdos para la unificación del Partido Comunista de España (VIII y IX Congresos) y el Partido Comunista de los Trabajadores, Congreso Extraordinario de Unificación, mayo de 1980, p. 7.

⁴²⁵ Manuel Lidón: «Hacia un partido para la acción revolucionaria», Mundo Obrero y Comunista 4, octubre de 1980.

⁴²⁶ *Ibíd.*

⁴²⁷ *Ibíd.*

⁴²⁸ «Carta de A. Pratel Rodríguez (Saint Ouen)», Debate, diciembre de 1980.

⁴²⁹ «Carta del Pleno de la organización de Lyon», Debate, diciembre de 1980.

⁴³⁰ *Ibíd.*

⁴³¹ «Resolución del Pleno de Sabadell», Debate, diciembre de 1980.

⁴³² «Carta de Antonio García (Alcalá de Henares)», Debate, diciembre de 1980.

⁴³³ «Escrito de Joaquín Rodríguez Carbajal», Debate, diciembre de 1980.

⁴³⁴ *Ibíd.*

⁴³⁵ «Escrito de José Guerrero», Debate, diciembre de 1980.

⁴³⁶ *Ibíd.*

⁴³⁷ *Ibíd.*

⁴³⁸ Carlos tuya: «Carta a los camaradas del Comité Central», Madrid, 18 de enero de 1981, Archivo Personal de Ángel Rendueles.

⁴³⁹ Ibíd.

⁴⁴⁰ Ibíd.

⁴⁴¹ «Acta de la Conferencia de organización del P.C.E.U en Oviedo celebrada el 17.1.81», Archivo Personal de Ángel Rendueles.

⁴⁴² Ibíd.

⁴⁴³ Ibíd.

⁴⁴⁴ «Resolución del C.E del C.C del PCEU», Madrid, 22 de febrero de 1981, Archivo Personal de Ángel Rendueles.

⁴⁴⁵ Ibíd.

⁴⁴⁶ «Comunicado de la Comisión Permanente», Mundo Obrero y Comunista (facción Carlos Tuya) 6, abril de 1981.

⁴⁴⁷ Testimonio de Carlos Delgado, Oviedo, 13 de enero de 2019.

⁴⁴⁸ Eduardo García: «Contra los intentos golpistas ¡Unidad democrática y antifascista!», Madrid, 6 de marzo de 1981, Archivo Personal de Ángel Rendueles.

⁴⁴⁹ Carlos Tuya: «Tras el frustrado golpe de Estado militar CONTRA LA TENTACIÓN MENCHEVIQUE», Madrid, 9 de marzo de 1981, Archivo Personal de Ángel Rendueles.

⁴⁵⁰ Ibíd.

⁴⁵¹ Ibíd.

⁴⁵² «Exposición de hechos sobre la conferencia de Oviedo», Oviedo, organización del PCEU en Oviedo, 9 de marzo de 1981, Archivo Personal de Ángel Rendueles.

⁴⁵³ Testimonio de José Manuel Álvarez, Pravia, Oviedo, 12 de marzo de 2014.

⁴⁵⁴ «Reacción unánime del Partido», Mundo Obrero y Comunista (facción Carlos Tuya) 6, 1981.

⁴⁵⁵ «Resolución de la asamblea extraordinaria de la organización de Asturias del PCEU», Mundo Obrero y Comunista (facción Eduardo García) 6, abril de 1981.

⁴⁵⁶ «XVI Congreso del Partido Comunista de Checoslovaquia. El PCEU estrecha sus lazos con el movimiento comunista internacional», Mundo Obrero y Comunista (facción Carlos Tuya) 6, abril de 1981.

⁴⁵⁷ «Discurso de apertura de Juan Ambou», La Voz Comunista (revista teórico-política del Partido Comunista de España Unificado) (facción Eduardo García) 2, mayo de 1981.

⁴⁵⁸ «Víctor Jorge, secretario político del EPKB-PCEU, saluda al Congreso», La Voz Comunista (facción Eduardo García) 2, mayo de 1981.

⁴⁵⁹ «Intervención sobre el Partido de José M. A.-Pravia», La Voz Comunista (facción Eduardo García), 2, mayo de 1981.

⁴⁶⁰ Esto se puede ver en la portada de Mundo Obrero y Comunista (facción Eduardo García) 6, abril de 1981, y siguientes.

⁴⁶¹ «Declaración del Comité Central», Mundo Obrero y Comunista 10, septiembre de 1981. «Luchador antifascista», Mundo Obrero y Comunista 10, septiembre de 1981. «Gran dirigente del Partido», Mundo Obrero y Comunista 10, septiembre de 1981. «Patriota e internacionalista», Mundo Obrero y Comunista 10, septiembre de 1981.

⁴⁶² El monográfico recogía una sección dedicada a los mensajes que se puede ver en «Dolor y emoción», Mundo Obrero y Comunista 10, septiembre de 1981. Un ejemplo de poesía se encuentra en Higinio Canga: «Honor a Eduardo García»,

Mundo Obrero y Comunista 10, septiembre de 1981.

⁴⁶³ «¡Hasta siempre camarada!», Mundo Obrero y Comunista 11 (extraordinario), septiembre-octubre de 1981.

⁴⁶⁴ Ibíd.

⁴⁶⁵ Ibíd.

⁴⁶⁶ Ibíd.

⁴⁶⁷ Entrevista a Eduardo García Melendo, Madrid, 20 de junio de 2017.

⁴⁶⁸ «¡Hasta siempre camarada!», Mundo Obrero y Comunista 11 (extraordinario), septiembre-octubre de 1981.

⁴⁶⁹ «Joaquín Rodríguez Carbajal», Mundo Obrero y Comunista 12, octubre de 1981.

⁴⁷⁰ «VI Pleno del Comité Central», Mundo Obrero y Comunista (facción de Carlos Tuya) 19, julio-agosto de 1981.

⁴⁷¹ Testimonio de Julio Irazabal, Oviedo, 13 de enero de 2019.

⁴⁷² «La construcción del socialismo en nuestro país», La Voz Comunista (facción Carlos Tuya) 3, noviembre de 1981.

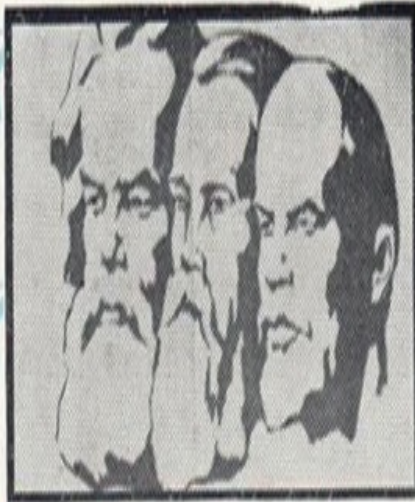
⁴⁷³ Ver cabecera de Mundo Obrero y Comunista (facción de Carlos Tuya) 3, abril de 1982.

⁴⁷⁴ «El PCEU goza de buena salud», Mundo Obrero y Comunista (facción Eduardo García) 17, julio de 1982.



Fig. 1. Fotografía de la celebración del VIII Congreso ortodoxo del PCE.
Enrique Líster. 75 años..., p. 93. Archivo Personal de Eduardo Abad García.

¡ Proletarios de todos los países, uníos !



PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA

Camaradas, amigos, compatriotas :

El Partido Comunista de España que, bajo las banderas marxistas-leninistas del VIII y del IX Congresos, lucha sin tregua por la victoria de la democracia y del socialismo en nuestro país, os agradece la ayuda política y económica que le prestais.

Con vuestras aportaciones acercáis la hora del derrocamiento de la odiosa dictadura franquista, la hora de la libertad, de la independencia nacional y del progreso social en España.



Fig. 2. Bono de ayuda del PCE (VIII-IX congresos). ATLE.

**CAMARADA
AGUSTIN GOMEZ**



**TU
CAUSA
¡TRIUNFARA!**

Fig. 3. Pegatina del PCE (VIII-IX congresos) con motivo del fallecimiento de Agustín Gómez. Archivo Personal de Miguel Sánchez.



Fig. 4. Fotografía del Primero de Mayo en Madrid, 1978. Estrella Roja, 27.
Archivo Personal de Eduardo Abad García.



**POR LA REPUBLICA
DEMOCRATICA Y POPULAR**



PCOE



www.todocoleccion.net

Fig. 5. Pegatinas del PCOE. Archivo Personal de Miguel Sánchez.



Fig. 6. Fotografía de la organización del PCOE en París, 1977. Enrique Líster, 1907-1982..., p. 91. Archivo Personal de Eduardo Abad García.

UNA MISMA LUCHA
UN MISMO OBJETIVO
EL SOCIALISMO



PARTIDO COMUNISTA
DE LOS TRABAJADORES

**Algunos
piensan que ya
están caducos**



Nosotros No

P C T

**PARTIDO COMUNISTA
DE LOS TRABAJADORES**



Fig. 7. Pegatinas del PCT. Archivo Personal de Miguel Sánchez.



Fig.8. Fotografía del Primero de Mayo en Elche, 1979. Archivo de la Democracia de la Universidad de Alicante.

levantemos
al
PCE

fieles al
marxismo
leninismo

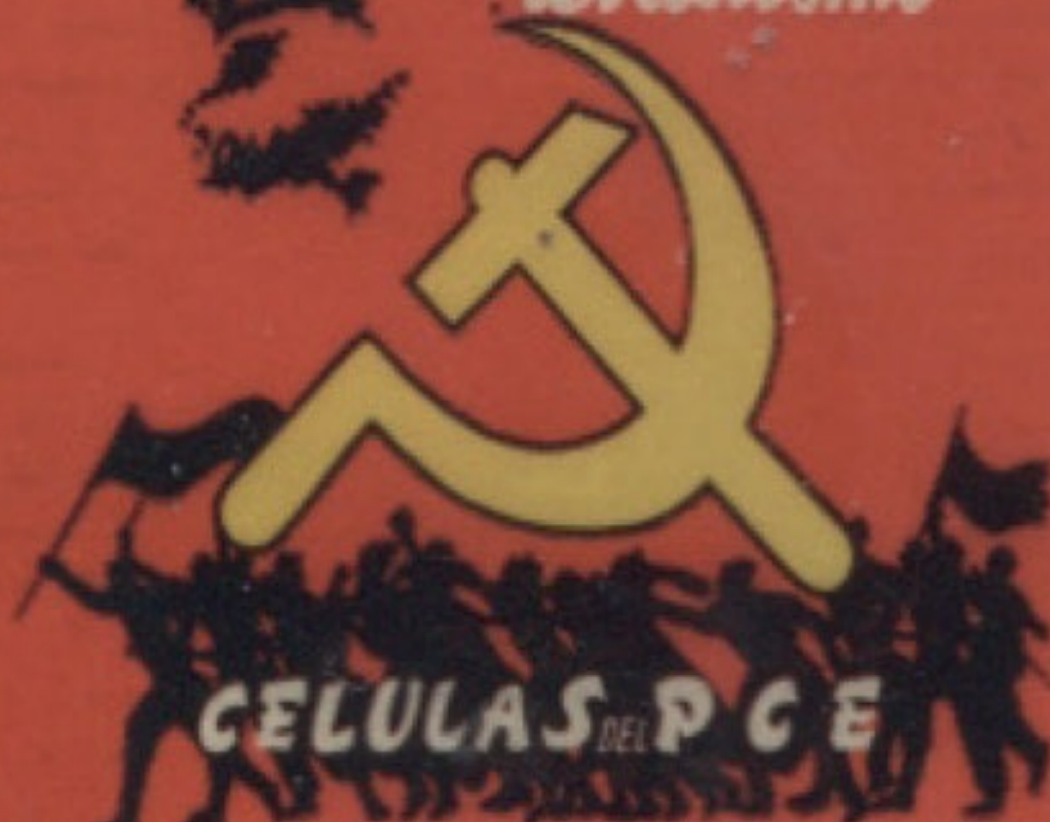


Fig. 9. Pegatina de Células Comunistas. Archivo Personal de Miguel Sánchez.



¡Proletarios de todos los países, unidos!

CELULA



BOLETIN INTERNO DE LA ORGANIZACION DE CELULAS DEL PCE

N.º 1

OCTUBRE - 1981

PRECIO: 25 Ptas.

X congreso «eurocomunista»

HACIA LA DESINTEGRACION

El abandono de los principios globales que distinguen a los comunistas (el internacionalismo, el marxismo-leninismo como fundamento ideológico, la acción de masas como principio rector de la táctica política, el enfoque clasista de los problemas y de sus soluciones, la vinculación de los objetivos inmediatos con los estratégicos, la organización celular y la disciplina partidaria, la confianza en las posibilidades revolucionarias de la clase obrera y el trabajo en su seno como tarea política prioritaria, etc.), hicieron el resto a la hora de sustrarle entidad a el Partido «eurocomunista», de desdibujarlo, y de ponerlo, en lo esencial, a remolque de la socialdemocracia del PSOE.

Todo lo expuesto no es producto de fatalidades históricas, ni de banales errores y equivocaciones, ni tampoco, naturalmente, fruto de que los «los dirigentes no van a las bases», como con simplicidad insultante afirma Santiago Carrillo, es —dificilmente puede tratarse de otra cosa—, el fracaso de una estrategia y de unas concepciones liquidadoras que se denominan «eurocomunistas», las que, por lo demás, siguen suerte parecida —no tan trágica en ocasiones, pero peor aún a veces—, en aquellos partidos de diferentes países que en su día pudieron prender.

El «eurocomunista» tiene una lógica interna de desarrollo, su desenvolvimiento consecuente lo enfila a los errabales del PSOE, desbrozando progresivamente de obstáculos ideológicos y políticos el camino de la socialdemocracia. En este sentido no deja de ser significativo el que ya se puedan oír en el seno del propio Partido de S. Carrillo voces «autorizadas» que claman por «superar la división orgánica que separa a comunistas de socialistas», como si la experiencia histórica condenara por pueril esta «división orgánica». A los oportunistas que ya avanzan estas «renovadoras» ideas se les puede achacar que pasan por alto las enseñanzas de más de 60 años de movimiento obrero, que pasan por alto hechos de peso tan abrumador como la práctica larga y reiterada, de los gobiernos «socialistas» en países como la RFA, Gran Bretaña, Suecia, Israel, Senegal, Portugal..., pero de lo que no se puede acusar a quienes piensan en la «reunificación» es de dejar de ser coherentes con el propio «eurocomunismo», con su potencialidad «socialista». La verdad es que las tesis «eurocomunistas» generan una dinámica ideológica necesaria que no va más allá de la sustitución del conjunto armónico de las categorías comunistas por los postulados, viejos, de la II Internacional «socialista».

Pues bien, es precisamente ese oscuro presente y no menos negro porvenir, donde nos parece que reside la explicación de esa terrible diáspora en que se hunde el «eurocomunismo» español y que ha caracterizado el X Congreso. Los malos tiempos han desajustado los nervios de los oportunistas y los ha puesto a correr en las más variadas, curiosas y hasta inverosímiles direcciones: «eurocomunistas oficiales», «renovadores», «... de izquierda», «... duros», «... leninistas», etc.

Carrillo y feligresía tratan de quitar hierro a esa estampida, apelando a la «solvente mayoría» que ratificó su política y que los confirmó en la secretaría general del Partido. Pero, por encima de las lindes y alegatos de este perro viejo del oportunismo, lo que no se escapa al observador menos perspicaz, es que el ya de por sí enflaquecido Partido «eurocomunista»

quedaría en poco más de la mitad si perdiera el apoyo de las diversas corrientes oportunistas que lo dividen. Tales Corrientes comprenden a buen porcentaje de ese activo «eurocomunista» que necesita la política de Carrillo para poderse proyectar en la sociedad. El barullo de delegados que apoyó al secretario general en las sesiones del X Congreso está muy lejos de poder ocupar el lugar que corresponde a la tendencia rev-



La riquísima herencia ideológica de Lenin es una fuente inagotable de pensamiento revolucionario y de acción revolucionaria para el actual movimiento comunista, obrero y nacional liberador a escala internacional.

Fig. 10. Portada del primer número de Célula. Archivo Personal de Eduardo Abad García.



Fig. 11. Fotografia de una sede del PCC a mediados de los años ochenta. Fons Fotogràfic, Arxiu Josep Serradell.

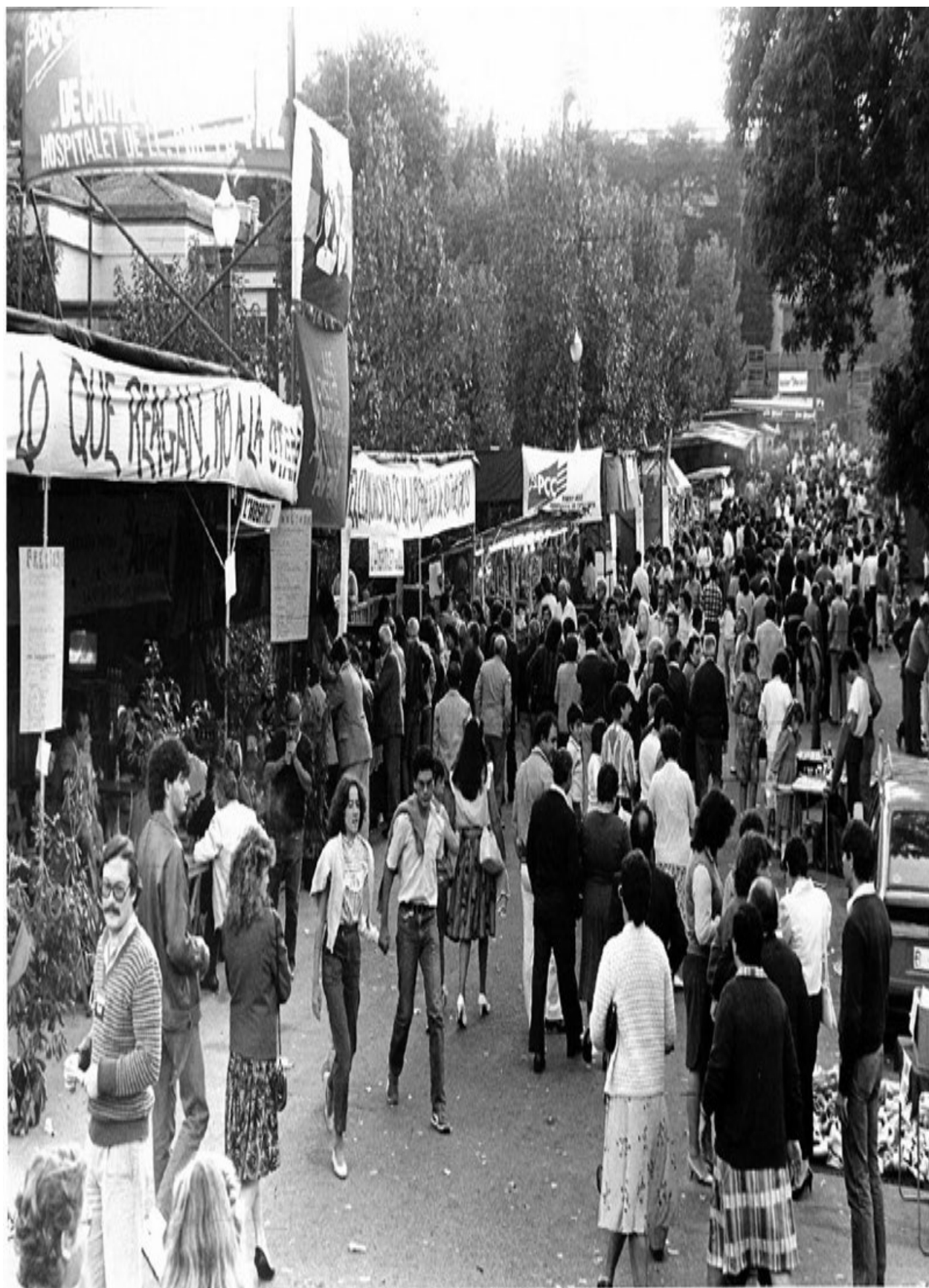


Fig. 12. Fotografia de la Festa d'Avant. Fons Fotogràfic, Arxiu Josep Serradell.



Fig. 13. Fotografía de la mesa del congreso de unidad de los comunistas. De izquierda a derecha: Ignacio Gallego, Antonio Cabral y Josep Serradell (Congreso de unidad de los comunistas 13, 14 y 15 de enero de 1984, Ediciones Nuevo Rumbo, 1984). Archivo Personal de Eduardo Abad García.



Fig. 14. Fotografía de una manifestación contra el AES. Nuevo Rumbo, 23.
Archivo Personal de Eduardo Abad García.



Fig. 15. Fotografía de la dirección del PCPE ante la tumba de José Díaz en la URSS. En primera fila, de izquierda a derecha: Fidel Alonso, Joan Ramos, Ignacio Gallego y Josep Serradell, 1984. Nuevo Rumbo, 9. Archivo Personal de Eduardo Abad García.



Fig. 16. Fotografía mural anti-OTAN, 1985. Nuevo Rumbo, 21. Archivo Personal de Eduardo Abad García.

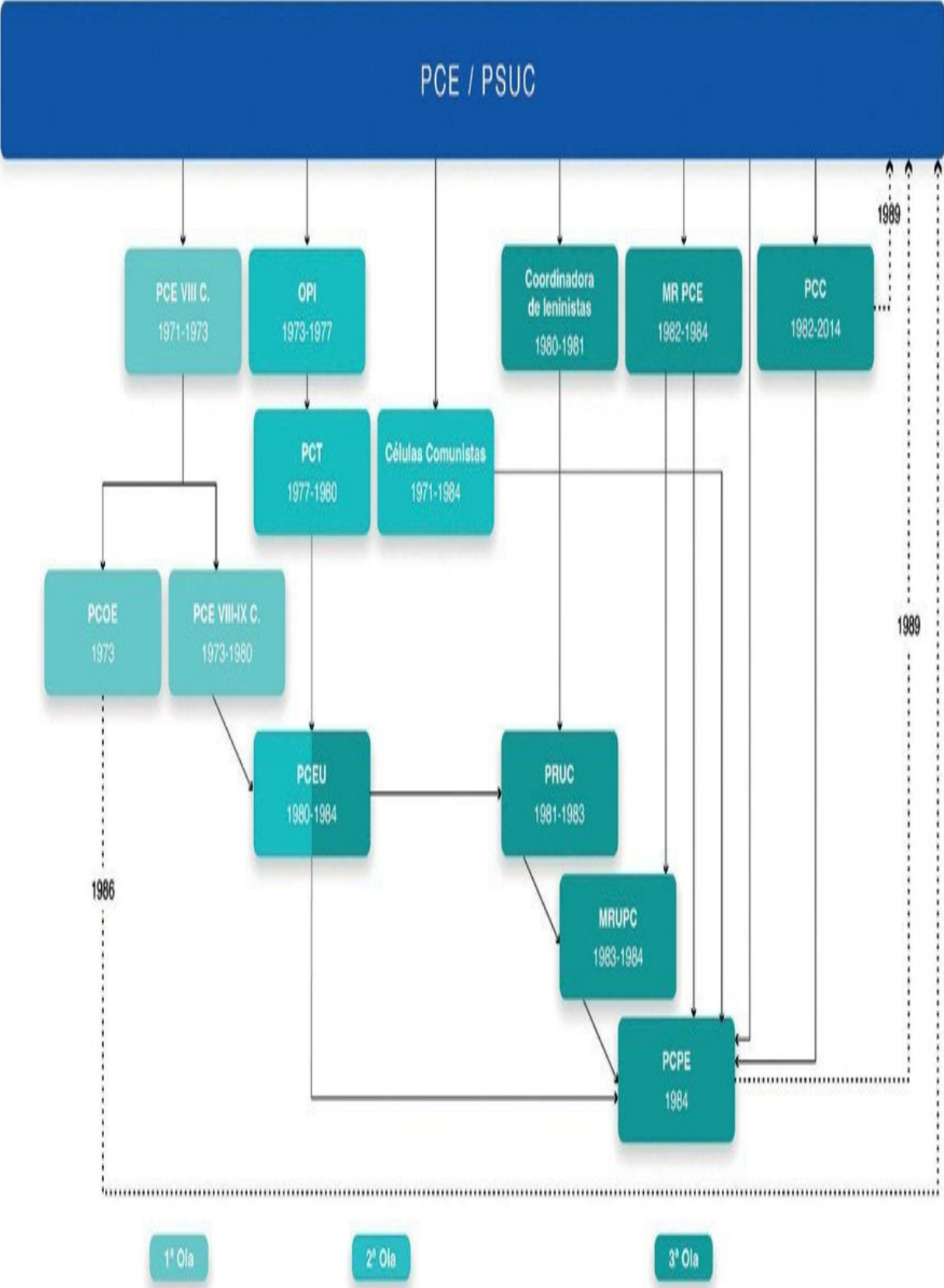


Fig. 17. Conmemoración del 70 aniversario de la Revolución de Octubre. Fons Fotogràfic, Arxiu Josep Serradell.



Fig. 18. Fotografía del III Congreso del PCPE, 1989. Archivo Personal de Eduardo Abad García.

MAPA CONCEPTUAL DE LAS OLAS DE LA DISIDENCIA ORTODOXA



III. LA TERCERA OLA DISIDENTE

FRENTE AL EUROCOMUNISMO: ¡UNIFICACIÓN!

Como ya se ha venido señalando, la disidencia ortodoxa nació con el objetivo de reivindicar ciertos elementos identitarios que algunos comunistas consideraban olvidados. No obstante, si bien esta autopercepción funcionaría como un elemento estructurante y cohesionador, también es cierto que presenta matices muy diferentes en cada una de las distintas olas. Del mismo modo, existen otra serie de elementos que han tendido a reproducirse desde etapas tempranas de formas bastante similares pese a su diversidad. Un buen ejemplo de este tipo de factores, omnipresentes en su cultura política, fue la fetichización de la idea de la unidad comunista. Este elemento llegó a convertirse en un factor de peso dentro del universo simbólico de este colectivo militante. Por lo tanto, la unificación de los comunistas, paradójicamente, pasaría a convertirse en una potente señal de reafirmación del movimiento disidente, como concepto fundacional. Como ya se ha explicado, este planteamiento fue uno de los principios que estaba presente en el ideario de la primera ola y que se plasmó en torno a la celebración de su VIII Congreso en 1971. Sin embargo, esta metanarrativa prounificación se encontraría con varios problemas de legitimidad. Sobre todo, a raíz de los conflictos generados por la crisis interna. Para empezar, la división en 1973 entre Líster y García debilitó profundamente la credibilidad del proyecto ortodoxo, incluso entre sus propias filas.¹ Lejos de ser una anomalía circunstancial, los propósitos de unificación truncados se convirtieron en una constante durante cada etapa, desde los intentos de unidad OPI-PCOE, pasando por los de PCE (VIII-IX Congresos)-Células Comunistas, hasta finalizar con el trágicamente abortado proceso de creación del PCEU. No obstante, lejos de que estas experiencias traumáticas terminaran por minar tan arraigada convicción, la unidad continuó siendo una idea-fuerza de primer orden. Esta realidad estuvo condicionada por dos factores. En primer lugar, porque cada organización cohesionaba sus filas en torno a un relato a modo de historia oficial en la cual eran las otras organizaciones las culpables de que esos procesos de unificación resultaran fallidos. En segundo lugar, porque la crisis abierta del PCE propició la entrada de nuevos grupos de disidentes que refrescaron el enrarecido ambiente y forzaron a las organizaciones de las olas anteriores a adecuarse a la nueva realidad. Fue con el comienzo de la crisis más fuerte del PCE en 1978 cuando se produjo un salto cualitativo. La nueva situación estuvo fuertemente relacionada con la creación de nuevos sectores críticos en el seno del PCE. Además, fruto de

las expulsiones comenzaron a aparecer plataformas y movimientos que decían buscar la recuperación del partido comunista. Aunque luego la praxis resultó un poco más compleja, en términos generales, los comunistas ortodoxos de las primeras olas recibieron con mucha ilusión a estos nuevos movimientos, conscientes de que sus partidos eran proyectos incompletos. De la siguiente manera lo expresaba el veterano comunista Juan Ambou, que incluso llegaba a hablar de la existencia de un «partido invisible»:

La dispersión de los comunistas es un hecho doloroso. Y si la situación concreta es ésta. Sigue conservando la mayoría de fuerzas el partido oficial que ha entrado en una etapa visiblemente decadente y que se sostiene cada día más por su aparato burocrático, la ayuda de los medios de difusión burgueses y la economía de algún partido en el poder. Cada vez aparece con más claridad que lo que quiere el carrillismo es un partido politiquero, entreguista, que le permita ocupar un puesto de «oposición» dentro del régimen de su majestad... Por otra parte, se crea otro partido, el del VIII Congreso, que un poco más tarde se parte a su vez en dos. Dentro y fuera del país existe un partido más: el de los centenares y miles de camaradas que se quedaron al margen, a los que hay que unir los muchos que siguen en el partido oficial, aun cuando discrepen de su línea política. Tanto los marginados como estos últimos forman un partido invisible con el que hay que contar.²

Más allá de la historia general que se ha abordado hasta ahora, también existe una microhistoria centrada en zonas y episodios concretos que deben tenerse en cuenta a la hora de plantear los inicios de la tercera ola disidente. En ocasiones se produjeron algunas disidencias focalizadas en áreas concretas, que tenían rasgos distintos respecto a las dos primeras olas. Se trataba de microprocesos cuyos detonantes estaban basados en problemas de carácter local. Un ejemplo de este tipo de disidencias, premonitorias de la tercera ola disidente, se puede encontrar en la Asturias de mediados de la década de los setenta. El PCE asturiano sufrió una serie de crisis en los años 1974 y 1975. En opinión del historiador Rubén Vega, se trató de episodios «limitados a su desarrollo en los órganos de dirección» y cuyas consecuencias «no son secundadas por un número significativo de militantes».³ No obstante, aunque estas divergencias revistieron poca importancia cuantitativa con respecto al grueso de la organización, tuvieron

cierta relevancia para la historia de esta corriente comunista. Este microproceso disidente supuso un movimiento pionero de la tercera ola.

Concretamente, hubo algunos expulsados del PCE gijonés en 1974 que pasarían a formar el denominado Grupo de Comunistas Independientes de Asturias. Se trató de un colectivo efímero, pero de intensa actividad. Su origen se encuentra en los conflictos mantenidos con la dirección por cuadros como Mario Huerta, quienes durante años llevaron el peso de la coordinadora de CC. OO. en la localidad. El detonante para la formación de esta disidencia se encontraba en la denuncia de la falta de democracia interna por parte de un grupo de dirigentes obreros que no estaban de acuerdo con la táctica sindical y que, al mismo tiempo, comenzaron a recelar de la estrategia política mantenida por el PCE. Todo esto, sin embargo, contrasta con el testimonio actual de Mario Huerta, Mario Huerta, «quien» sostiene que su abandono del PCE estuvo motivado por cuestiones políticas relacionadas con el tratamiento que se daba a los países del socialismo real y la política de alianzas.⁴ Sea como fuere, el conflicto dio un salto cualitativo al trasladarse el debate hacia el Comité Local de Gijón, donde se produjeron divergencias importantes con la línea del partido. Esto motivó que el PCE optase por la tajante medida de la disolución de este organismo y la expulsión de los principales cabecillas del movimiento.⁵ Finalmente, la salida de unos veinte militantes, todos ellos de extracción obrera, tuvo como consecuencia la fundación del mencionado grupo. Como consecuencia de su constitución se llevaron a cabo experiencias unitarias pioneras que ofrecieron espacios de debate relativamente plurales y dinamizaron la creación de redes de sociabilidad que operarían durante años. Estas posturas fueron fruto de la propia cercanía entre militantes de distintas organizaciones y del entendimiento que ofrecía el trato cotidiano en los mismos espacios de lucha (centros de trabajo, asociaciones de vecinos, asociaciones culturales, etc.). Tales redes informales de sociabilidad y organización tuvieron que enfrentarse en muchas ocasiones con las direcciones centrales de los partidos, que por norma general eran bastante más sectarias que los propios militantes locales. Esta tendencia se volvió a reproducir con mucha más intensidad a principios de los años ochenta, cuando cientos de militantes de base comenzaron a converger en varias plataformas prounificación ante la crisis generalizada del PCE y el ejemplo de lo sucedido con los comunistas de Cataluña.⁶

La plasmación de estas nuevas dinámicas tuvo un carácter pionero en Asturias, gracias a la edición en marzo de 1976 de Unificación, un boletín editado por el denominado Comité de Coordinación de los comunistas asturianos y cuya elaboración corría a cargo del Grupo de Comunistas Independientes de Asturias.⁷ Aunque Unificación fue editado por las tres organizaciones que formaban parte de dicho comité de coordinación (PCE VIII-IX, OPI y el Grupo de Comunistas Independientes), en realidad, esta iniciativa estaba ideada y liderada por los independientes, que eran los que tenían una visión más unitaria y menos prejuicios. En opinión del historiador Carlos Gordon, las páginas de este boletín presentaban una clara división entre las partes más teóricas (caracterizadas por un lenguaje filosófico y abstracto) y los análisis prácticos, donde en muchas ocasiones planteaban opciones más radicales y dinámicas. Además, la utilización de una jerga a modo de lenguaje ortodoxo, muy propio de los círculos militantes, parecía indicar que el público al cual iba dirigida fueran comunistas ya iniciados.⁸ Por supuesto, el editorial del periódico hacía hincapié en la marginación a la cual se veían sometidos los comunistas dentro del PCE, donde cada vez más sectores ajenos a su cultura política, como por ejemplo los cristianos, tenían un protagonismo desmedido. Además, se insistía en la necesidad de comenzar un debate que sentara las bases para la unidad de todos los comunistas a los cuales unía una misma identidad ortodoxa:

Por eso, este portavoz se llama «Unificación», porque la perspectiva de formar el Partido que la revolución necesita pasa por la necesidad de unificar en torno a él miles de revolucionarios desperdigados en el caos organizado por la política claudicante de la dirección carrillista; la unificación pasa por la fusión de una serie de organizaciones consecuentemente revolucionarias, en cuyos materiales se deja bien alto el pabellón de los principios del marxismo-leninismo, la unificación es un proceso donde se clarifiquen políticamente las posiciones y se hagan homogéneos los planteamientos.⁹

De este boletín tan solo salieron a la luz dos números, en marzo y abril-mayo de 1976. El aparato de propaganda estaba coordinado por Mario Huerta desde Gijón, con una tirada de 2.000 ejemplares.¹⁰ Con el paso del tiempo, el colectivo fue decayendo y resultó difícil mantener su estructura por la pérdida paulatina de militancia, ya que varios de sus integrantes pasarían a militar en el PCE (VIII-IX

Congresos). Mayor éxito cosechó en ese sentido la fusión, en octubre de 1976, con la Organización Unificada del PCE de México, que dirigía el exiliado asturiano Juan Ambou.¹¹ Justo en esas fechas, Ambou viajó a Asturias por primera vez desde su exilio, trayendo consigo la noticia de la integración de su grupo en el PCE (VIII-IX Congresos).¹² Tras el pionero intento de 1976, las relaciones entre partidos se fueron estancando. Sin embargo, la unidad continuó siendo una idea-fuerza dentro del repertorio simbólico de la subcultura política de los grupos ortodoxos. Esta situación, unida a la crisis del PCE en 1978, produjo la aparición progresiva de un grupo de comunistas disidentes que habían militado en este partido hasta ese momento y a quienes la evolución del eurocomunismo había acabado por desencantar. Sin embargo, el escenario político que se encontraban estos comunistas al ser expulsados o abandonar el PCE podía resultar bastante desolador.¹³ Por una parte, este espacio político se encontraba tremendamente fragmentado, existiendo un gran sectarismo entre los distintos partidos. Por otra parte, la falta de un referente sólido capaz de dinamizar por sí solo este movimiento llevaba a enfatizar la idea-fuerza de la unificación. Otro ejemplo cronológicamente precoz de este tipo de movimiento ortodoxo tuvo lugar nuevamente en Asturias. Allí, en febrero de 1978 se constituyó el Comité de Unificación de los Comunistas. Una vez más, los objetivos de este autodenominado comité parecían ser muy básicos:

pretender ser un puente –por supuesto no el único ni el más importante– tendido a propiciar el acercamiento entre los partidos que en el fondo se han identificado a nivel de los principios, y entre los diversos grupos comunistas independientes que, al tiempo, se mueven en esa misma línea. Se quiere propiciar la identificación ideológica y política– como paso previo y necesario– para la integración orgánica.¹⁴

El origen de este grupo de comunistas, fundamentalmente gijoneses, se encontraba en militantes salidos de diversas organizaciones ortodoxas. Este colectivo surgía como respuesta al sectarismo que reinaba en esta corriente, donde todos promulgaban la necesidad de unificación, pero «preferían ser cabeza de ratón que cola de león».¹⁵ Entre ellos se encontraban veteranos de la primera ola como Rufo Velasco, Calderecha, Manolo El Moro y otros provenientes del PCOE. Pero también exmilitantes del PCE (VIII-IX) como

Portela o Vicente R. Terente, entre otros recientemente desgajados del PCE por rechazo del eurocomunismo. En julio de ese año, saldría el primer número de Unificación Comunista, su órgano de expresión, donde se realizaba un análisis pormenorizado de cuáles eran los problemas que, a su juicio, habían imposibilitado hasta ese momento la unificación:

la existencia de diferentes formaciones de partido que defienden la bandera de la Unificación Comunista desde posiciones afines, imposibilita, en nuestra opinión, el que el avance en este sentido se realice en un corto periodo de tiempo. Siembra este mismo hecho la confusión entre el pueblo trabajador y los comunistas consecuentes y genera dudas sobre la capacidad política y de futuro de los camaradas que dirigen estas formaciones. Lleva a la conciencia de las masas un instintivo rechazo de sus planteamientos, producto éste de la incomprensible desunión existente aún más incomprensible cuanto más cercanas son las posiciones político-ideológicas de las formaciones a que nos referimos.¹⁶

Sin embargo, esta iniciativa unitaria no era del agrado de algunos partidos ortodoxos, al considerar que tenía un carácter «espontaneísta». Además, también es necesario tener en cuenta que, al tratarse de un proyecto netamente asturiano, esto chocaba con sus políticas centralizadas. Por ejemplo, en el caso concreto del PCE (VIII-IX Congresos), este partido argumentaba que la iniciativa contradecía el acuerdo de su X Congreso, que había aprobado configurar un comité de enlace a nivel estatal:

Sin ninguna reserva aplaudimos todo intento de aglutinar a los comunistas asturianos en un solo Partido Comunista, pero tanto el PCTA, PCOE, como nuestro Partido, son organizaciones que disponen de un Comité Central, por lo que nos parece que los acuerdos a que pudiera llegarse siempre serían limitados y no nos solucionarían lo fundamental. En nuestra región tenemos experiencias en tal sentido. Al menos, que el PCTA y el PCOE pretendan romper con sus disciplinas centrales para llegar a una unidad en Asturias.¹⁷

No obstante, su importancia fue más simbólica que real. Sobre todo, por tratarse de un colectivo de modestas dimensiones cuya capacidad de actuación era bastante limitada. Sin embargo, este tipo de iniciativas unificacionistas no acabarían aquí. A finales de los setenta comenzaría el inicio de una nueva etapa que daría lugar a la formación de la tercera ola disidente. Esta nueva ola tuvo algunos rasgos novedosos, cambios importantes respecto a las anteriores olas. En primer lugar, sus orígenes procedían del aumento del descontento entre sectores del partido vinculados al movimiento obrero y otros movimientos sociales como el vecinal. Militantes curtidos en el trabajo político comunista que veían con hastío la pérdida de influencia del PCE y lo achacaban a un menoscabo de su identidad. La media de edad de sus integrantes era bastante joven respecto a la primera ola, pero también destacaba la presencia de algunos veteranos, muchos de ellos con una amplia trayectoria de trabajo para el PCE. La nueva ola lograría superar los ámbitos más bien marginales en los que se había movido esta corriente hasta ese momento, alcanzando cuantitativamente sus cotas máximas de militancia.

Aunque se han señalado algunos antecedentes, este tipo de plataformas tuvo su auge durante los cuatro primeros años de la década de los ochenta. El perfil de sus militantes y dirigentes, como se analizará más adelante, fue bastante diverso. Un ejemplo peculiar se puede ver en la figura de Francisco García Salve, más conocido como el Cura Paco. Este jesuita se proletarizó en 1968 trabajando en el sector de la construcción, donde llegaría a convertirse en un líder de CC. OO. En 1972 fue apresado y, posteriormente, juzgado en el proceso 1001 contra CC. OO. En 1976 se secularizó e ingresó en el PCE, donde rápidamente fue promocionado al Comité Central. Además, destacó siempre por ser un escritor muy prolífico, al que se le atribuyen más de cuarenta publicaciones.¹⁸ Si se analizan sus declaraciones en 1977, nada hacía prever que García Salve se convertiría en uno de los principales dirigentes que iniciarían la tercera ola:

No me preocupa nada la actitud de Moscú hacia nuestro partido. Hemos logrado una independencia plena. Queremos un socialismo mucho más liberal, tolerante, nada dogmático. Lo opuesto a una corriente absolutista, conservadora y retrógrada. Somos marxistas y avanzamos al ritmo de la vida, con la dialéctica de la primavera. Es la vía democrática hacia el socialismo, impulsados por un

marxismo creador, rotas las retículas del que escribe sobre falsilla sin aferrarnos a pasados fósiles. Somos hombres libres en un partido liberal, que afirmamos, junto a la solidaridad internacional de todos los explotados, la libertad de cada Partido Comunista para escoger libremente su vía y su modelo de socialismo en íntima vinculación a las peculiaridades de cada país. ¡Nada de dirigentes internacionales! Libres siempre.¹⁹

Sin embargo, lo cierto es que el Cura Paco destacó desde fechas tempranas por ser el autor de intervenciones polémicas en las reuniones del CC, donde no era muy común que se criticaran las propuestas de Carrillo.²⁰ Especialmente con la virulencia que solía hacerlo este antiguo jesuita. Él mismo lo contaba de la siguiente manera: «Estuve en el Comité Central hasta que me echaron del comité y del partido. Todo está grabado en las sesiones. Yo me enfrentaba a Carrillo cuando nadie se atrevía. Había un ambiente raro, en los pasillos se decía una cosa y dentro otra».²¹ El propio Santiago Álvarez aseguraba, refiriéndose a su actitud disidente en los órganos de dirección del PCE, que «hasta le hemos consentidos palabras fuertes, por no llamarle injurias».²²

Estas divergencias con la línea eurocomunista le llevaron a encabezar la formación de una organización de efímera existencia: la Coordinadora de Leninistas del PCE.²³ Este grupo apareció a principios de 1980, focalizado principalmente en Madrid. En esta localidad, aparecía en marzo de 1980 el primer número de Informe editado por la Coordinadora provincial leninista de Madrid. En sus páginas se trataban temas diversos: desde cuestiones sindicales hasta política internacional, pasando por reflexiones sobre el feminismo. Sin embargo, el colectivo presentaba un grado de organización bastante primitivo, que incluso se reflejaba en una llamada de los propios editores:

es probable que los lectores de este boletín lleguen a observar que no existe, en conjunto, una homogeneidad en los enfoques políticos. Es completamente lógico, dado el proceso de formación de la coordinadora y las insuficiencias formativas que cada uno tenemos. De aquí la necesidad de coordinar, de debatir y clarificarnos para llegar a conseguir la máxima homogeneidad en nuestras

propuestas.²⁴

Por lo demás, los objetivos de esta organización resultaban bastante básicos, pero a la vez también estaban impregnados de la problemática que vivía el PCE en ese momento. Esto resultaba apreciable, especialmente, en el movimiento obrero, donde denunciaban la división sindical y el desencanto de miles de trabajadores hacia las prácticas pactistas de las centrales sindicales.²⁵ Sin embargo, también se podían apreciar rasgos diferenciados en otras cuestiones, como el desarrollo de las autonomías, que consideraban «una farsa de primer orden» por estar dirigidas por la estrategia de UCD.²⁶ También aparecían algunos temas de actualidad, como la lucha feminista. Respecto a este tema, se realizaba una autocrítica por cómo los comunistas varones solían enfrentar esta lucha:

Somos conscientes de que junto a las causas objetivas existen aspectos subjetivos que pesan sobre la conciencia de hombres y mujeres en general. Causas que impiden aún a muchos comunistas dar un enfoque correcto al tema y es necesario que hagamos una transformación mental para abordar correctamente junto a nuestras camaradas el tema [...] pues de lo contrario estaremos contribuyendo a potenciar aptitudes pequeño burguesas e inclusive reaccionarias.²⁷

Sin embargo, el leitmotiv de esta organización continuaba siendo impulsar la construcción de un partido comunista más ortodoxo y combativo. Por eso, en su declaración de principios resaltaban cómo su objetivo era «dotar a la clase obrera y a las capas populares de un auténtico Partido Comunista, con un contenido político congruente con su misión de vanguardia [...] con vocación militante y capacidad de movilización».²⁸ En cuanto a la composición de la coordinadora, parece ser que estaba formada por militantes y exmilitantes del PCE. No obstante, insistían en la conveniencia de que su actividad no se desarrollara solo dentro del PCE, sino en centros de trabajo y movimientos sociales. Además, esta organización mostraba algunos componentes más reflexivos y críticos, característicos de la tercera ola: «Un Partido Comunista, lo determinan sus militantes, no solamente sus siglas. En este sentido quede claro, que nuestro

propósito es más profundo que el de simples sacralizadores de emblemas». Quienes formaron parte de los inicios de esta ola destacaban por presentar una cosmovisión más flexible, alejada del clásico dogmatismo y de la disciplina de partido. Este espíritu libre e independiente se puede apreciar en varias cuestiones. Un buen ejemplo, son las publicaciones de García Salve durante la Transición, en las cuales se criticaba duramente la impunidad del franquismo, el papel del TOP o de la propia monarquía.²⁹

La Coordinadora de leninistas del PCE nacía como una alternativa crítica respecto a los demás grupos ortodoxos. De ellos, afirmaba que «parten de presupuestos, estructuras y direcciones muy parecidas al carrillismo. Y si no es así, ¿Por qué tantas “diferencias” entre ellos cuando todos se proclaman comunistas?».³⁰ Estas opiniones contrastaban con sus autoproclamados objetivos unificacionistas. Precisamente por eso, siempre trataron de tender puentes hacia este tipo de organizaciones. Por ejemplo, la coordinadora fue la encargada de propiciar los acercamientos entre los distintos grupos ortodoxos que se reunieron en abril de 1980. En esta reunión se sentaron las bases de un acuerdo para lograr la unidad de acción de varias organizaciones.³¹ Aunque no todo era positivo. El PCOE manifestaba en sus informes internos que lo problemático de este colectivo era que, al no ser un partido estructurado, «sus representantes en las reuniones expongan o defiendan actitudes diferentes a las mantenidas por otros representantes en reuniones anteriores».³² La Coordinadora de leninistas tuvo especial relación con las CC. OO., con quienes se adquirió el compromiso de la elaboración de unas tesis sindicales para la creación de una corriente revolucionaria en el seno de CC. OO.³³ También se llegó al acuerdo entre ambas organizaciones de comenzar a establecer reuniones periódicas. El objetivo de dichos encuentros debía ser el de avanzar en la elaboración de documentos comunes sobre las temáticas político-organizativas que les preocupaban. Es más, incluso uno de los acuerdos fue realizar una unión orgánica en Madrid, para la que ya tenían fecha, el 16 de enero de 1981.³⁴ No obstante, por causas desconocidas, este proceso nunca llegó a realizarse.

De forma paralela, otros conocidos dirigentes obreros de CC. OO. y del PCE comenzaron a manifestar abiertamente sus discrepancias con la línea eurocomunista. Este fue el caso de Fidel Alonso, quien había destacado como un

líder obrero metalúrgico en la fábrica de Getafe de la Constructora de Aparatos de Refrigeración S. A. (CARSA). A los 33 años, este dirigente había sido el número dos en la lista del PCE al Ayuntamiento de Madrid, y fue elegido concejal en 1979.³⁵ Sin embargo, a los pocos meses de salir elegido, dimitiría de su cargo para poder desempeñar su trabajo en el seno de la Secretaría Confederal de CC. OO. y en la Unión Comarcal de Madrid como miembro destacado del sector del metal.³⁶ Pronto perdió la confianza de su partido, lo que le convirtió inmediatamente en un objetivo del aparato. La primera gran batalla que tuvo que lidiar Alonso se produjo en el segundo congreso de la Unión Sindical de CC. OO. de Madrid, celebrado del 10 al 13 de octubre de 1980. En esa ocasión, por primera vez, compitieron dos candidaturas compuestas por militantes del PCE. La encabezada por Fidel Alonso, quien aspiraba a mantenerse otra legislatura en el cargo, debía enfrentarse a la del oficialista Juan Moreno. Al parecer, la preparación del congreso sindical madrileño estuvo precedida de una guerra interna en el seno del Comité Provincial del PCE. El propio Carrillo habría manifestado que «en diversas circunstancias ha estado latente la tentación de hacer de CC. OO. más que un sindicato de clase y de masas, la prolongación obrerista del PCE».³⁷ El aparato provincial se esforzó en que Alonso no saliera elegido mediante una resolución interna donde se decía que no era la persona indicada para ese puesto. Además, se llegaron a realizar directamente reuniones con militantes en las que se llamaba a no votar a este dirigente, dado que se desconfiaba de él y de su equipo, compuesto por sindicalistas de la talla de José Casado, Laureano Cuervo o Virgilio Hera, a los cuales el aparato describía como «izquierdistas» y «prosoviéticos».³⁸ Finalmente, Fidel Alonso salió elegido secretario general de CC. OO. de Madrid con 281 votos frente a los 208 que obtuvo el eurocomunista Juan Moreno.³⁹ Preguntado sobre la polémica en el congreso, el sindicalista zanjaba la cuestión de la siguiente manera:

este congreso ha sido plenamente representativo en el sentir de los afiliados de CC.OO. en Madrid. La discusión ha sido democrática y las distintas alternativas han sido debatidas en profundidad. Se ha votado a mano alzada en lo referente a las ponencias y mediante voto secreto por lo que se refiere a la dirección de cargos. El que haya habido dos candidatos a la Secretaría General, ambos militantes del PCE, no significa que en el partido existan dos concepciones en materia de política sindical, sino que yo lo enfoco como la libre opción que tienen las personas para optar a puestos de responsabilidad en un frente de masas concreto.⁴⁰

Fidel Alonso y Francisco García Salve no solo eran viejos conocidos del movimiento obrero, sino que, además, compartían una visión similar sobre las características de la militancia comunista. En 1979, ambos sacaron conjuntamente un libro titulado *Dos voces de clase obrera*. El contenido del libro se estructuraba en dos partes: una de carácter sindical y otra política. Cada parte estaba compuesta por diversos artículos de los dos autores sobre temas tan diversos como el nuevo sindicalismo o la invasión china de Vietnam. En sus páginas, destacaban elementos de una cultura obrerista, cargada de una peculiar dualidad entre radicalidad y disciplina, muy propia de la militancia obrera del PCE. En el prólogo del libro, dejaban claras sus intenciones, que no eran otras que contribuir a evitar la moderación del movimiento obrero:

Aquí se dan ideas claras para no ir a ciegas. Ideas recias para no ser veleta. Esta es harina de otro costal. Se tocan puntos vitales para la clase obrera, esos puntos que harán torcer el morro incluso a ciertos trabajadores con mentalidad socialdemócrata, que se conforman con televisión, nevera y coca-cola... y seguir siendo esclavos [...] Los dos que aquí escribimos, ya lo sabéis, no somos palabreros ni usamos florituras. Nos gusta la recia claridad propia de nuestra clase [...] Coge en tus manos este libro como un cóctel Molotov, no lleno de metralla, sino lleno de ideas, ¡Ideas!⁴¹

Sin embargo, aunque ambos se mostraban muy disconformes con la situación vivida en el interior del PCE, sus posturas ante este problema fueron algo distintas. A finales de 1981 Francisco García Salve publicaba un libro bajo el sugerente título *Por qué somos comunistas. Recuperemos las señas de identidad del PCE*. Esta publicación era una síntesis del pensamiento del exjesuita, que pretendía servir de revulsivo para animar a todos los comunistas descontentos a dar un paso al frente y unirse en un nuevo movimiento disidente. De la siguiente manera, expresaba el dirigente comunista el gran reto que les quedaba por delante y la importancia que en esta labor tenía la comprensión de la memoria del PCE:

Si no sabemos de dónde venimos, es imposible saber adónde vamos [...] Nuestra memoria histórica, cuya suma total es positiva, viene con nosotros, nos orienta en esta nueva andadura. No salimos de la nada. Hasta los más jóvenes camaradas pueden y deben llenar su corazón con esta historia de heroísmo, de entrega, de lucha, de nobleza, de humanidad, de gran ética.⁴²

Además, también resaltaba la importancia de que la militancia comunista abandonara sus diferencias y se uniera en la tarea de reconstruir el partido comunista:

Buscamos la unión de los que pensamos políticamente igual y coincidimos en esos pocos puntos esenciales de nuestras señas de identidad [...] Ven con nosotros, camarada honrado, al que fue fácil marginar, porque no supiste abrirte paso a codazos; ven con nosotros tú, el silencioso, reflexivo, capaz de seguir en la brecha y de ser comunista en el rincón oscuro; ven, currante sano, diamante en bruto, al que jamás nadie doblegó, porque preferiste pasar hambre a estar amordazado por un mendrugo. Arriba, parias de la tierra, de esta España miserable y mísera, de este país de caciquismo, donde los más ineptos pueden llegar a ser ministros; de este desierto deslomado, inculto, campo de señoritos y de chulos. Venid los proletarios de fábricas y andamios, venid los jornaleros, volved los emigrantes, también los campesinos, y hay un sitio también para los intelectuales, los técnicos, artistas, poetas y pintores, si de verdad estáis convencidos de la necesidad de arrimar el hombro todos para construir el partido de la clase obrera.⁴³

El 21 de noviembre de 1981, fue publicado un manifiesto dirigido a todos los comunistas. Este llamamiento estaba firmado en primer lugar por Franciso García Salve. El punto de partida del texto resultaba muy directo: «El PCE ha muerto como partido revolucionario de la clase obrera, aunque todavía su nombre y su recuerdo hagan sonar los corazones de miles de comunistas».⁴⁴ Para los abajo firmantes, ya no tenía sentido tratar de cambiar el PCE desde dentro de sus estructuras. Según la opinión del manifiesto, este tipo de luchas internas «aísla del pueblo porque reduce nuestra actividad a enfrentamientos familiares».

Precisamente por eso, manifestaban que la única alternativa era promover «una unión de los comunistas sin sectarismos, sin descalificaciones [...] es inevitable, so pena de hacer dejación de nuestras convicciones, de nuestro nombre».⁴⁵ Además, aunque evitaban definir todos los puntos que consideraban necesarios para la construcción de este nuevo Partido Comunista, sí dejaban claro algunos factores indispensables. Como, por ejemplo, la necesidad de que este fuera marxista-leninista, con una estructura celular, solidario con la URSS y basado sin eufemismos en la lucha de clases. Por todo eso, desde sus páginas pedían a los militantes crear comisiones preparatorias del congreso constituyente de unidad de los comunistas.

El planteamiento organizativo de estas comisiones preparatorias estaba basado en la formación de células de base, donde se integrarían todos los comunistas disidentes de forma provisional. De tal manera que, aunque las organizaciones concurrentes no perdieran su identidad, el proceso de convergencia estaba planteado de abajo a arriba y no al revés, como venía siendo una costumbre hasta ese momento. Las células debían estar formadas por un mínimo de tres militantes y un máximo de diez y, además, tenían que estar ligadas a un centro de trabajo o entidad territorial. A partir de las células, se irían constituyendo comisiones preparatorias provinciales. A su vez, estos órganos eran los encargados de elegir a los miembros de la comisión preparatoria interprovincial, que debería funcionar hasta la celebración del congreso. Por último, el congreso era concebido como el máximo órgano soberano de los comunistas ortodoxos. En el momento de su celebración los partidos y grupos debían haberse disuelto y no se aceptaría ningún compromiso por parte de los grupos sobre el futuro del partido, habiendo de ser el plenario del congreso quien, mediante el debate democrático, eligiera a su nueva dirección. Sin embargo, también se preveían hasta ese momento toda una serie de comisiones sobre control político o el periódico Unificación.⁴⁶

El 28 de diciembre de 1981, se celebró una reunión de la Comisión Provisional Preparatoria del Congreso Constituyente de Unificación de los Comunistas. En ese momento, los grupos que se encontraban integrados eran el Colectivo de Reunificación Comunista, militantes del PCE organizados en células, la Coordinadora de leninistas del PCE y el PCEU (sector Carlos Tuya). Además, se

informaba de que habían asistido como invitados dos miembros del PCEU (sector Carbajal).⁴⁷ Enseguida, las páginas de Unificación tuvieron que hacer frente a las consecuencias que su llamamiento había producido en el contexto de la crisis del PCE. Por eso el portavoz se daba prisa en desmentir que no se trataba de un movimiento precipitado y que habían agotado todas las posibilidades dentro de las estructuras del partido. Además, insistían en que ellos no se presentaban como una alternativa elaborada o excluyente de otros procesos paralelos y que estaban haciendo todos los esfuerzos posibles por entablar relaciones con ellos. Sin embargo, también insistían en recalcar que quienes se habían integrado en su línea constituyente habían hecho un esfuerzo por dejar atrás personalismos y que se mantendrían alerta sobre cualquiera que intentara capitalizar el proceso de unificación comunista.⁴⁸

El grupo se estaba refiriendo a la aparición paralela de otro colectivo de comunistas disidentes de carácter ortodoxo encabezado por Fidel Alonso. El 25 de enero, comparecían en rueda de prensa, además del citado sindicalista madrileño, Luis Cabo, Gervasio Cordero (profesor universitario), José Antonio Moral Santín (economista), José Sacristán (actor), Vicente Perangón (presidente de la asociación de ex represaliados y presos políticos) y tres miembros de la ejecutiva confederal de CC. OO. (Ana Trapiello, Ángel Campos y Santiago Vidal). Lo hacían para presentar públicamente un manifiesto avalado por más de doscientos militantes del PCE madrileño, en el cual se criticaba la política eurocomunista del partido desde posiciones ortodoxas. A diferencia del grupo que encabezaba García Salve, ellos consideraban que lo necesario era recuperar el PCE sin salirse de este.⁴⁹ El manifiesto partía de la preocupación de muchos militantes ante la pérdida de capacidad e influencia del partido desde hacía tres años, sobre todo ante las futuras batallas electorales. Por otra parte, ellos mismos manifestaban ser conscientes del riesgo que estaban corriendo: «Sabemos que con este documento nos exponemos a la expulsión, pero dentro de lo posible trataremos de seguir operando dentro del partido, no somos en absoluto una facción».⁵⁰ Además, declaraban cuáles eran los motivos que les llevaban a tener que utilizar este método tan poco ortodoxo para hacer llegar sus consideraciones al conjunto del partido:

Nosotros no queremos que nuestro Partido se convierta en una fuerza política

marginal, escorada hacia posiciones que no son las suyas. Y queremos a la vez un Partido comunista revolucionario y plenamente democrático. Por eso y por las demandas que se nos formulan a diario desde dentro y desde fuera del Partido, hemos recurrido a este método, que en una situación normal no hubiéramos utilizado [...] Nosotros creemos que lo que está en crisis en nuestro Partido, es su identidad política e ideológica.⁵¹

El manifiesto continuaba realizando un duro repaso a varios aspectos que consideraban clave para entender la situación de crisis en la que se encontraba el partido en 1981. Concretamente, se centraban en tres puntos: la actitud ante la Transición, la política internacional y la política organizativa. La primera de ellas tenía que ver con el papel del PCE en el periodo abierto tras la muerte de Franco y el desarrollo de las políticas eurocomunistas. Esta etapa era valorada muy negativamente, por ser el escenario de una drástica pérdida de militantes y de la influencia del partido entre los sectores populares. Además, se insistía que en aquellos que continuaban militando se había extendido un fuerte sentimiento de desencanto. Este descontento tenía su origen en una pérdida de confianza política en el partido, motivada por la generalización de un sentimiento de hastío entre los militantes. Según este manifiesto, muchos afiliados no consideraban que su militancia estuviera dando resultados, ya que se estaba produciendo un claro retroceso de las organizaciones sociales y populares e incluso de las libertades políticas en general. En su opinión, la insistencia en planteamientos ambiguos como el del Gobierno de concentración en un contexto de crisis económica desdibujaba la esencia del PCE «en toda su dimensión, su identidad ideológica y política».⁵² En cuanto a la política internacional, el manifiesto criticaba el excesivo tacticismo del partido en este sentido, su mimetismo con las posiciones de los partidos socialistas europeos y las críticas públicas a otros partidos comunistas europeos como el francés o portugués. En cuanto a la URSS, si bien era bastante cauto en sus palabras, afirmaban que equiparar el imperialismo estadounidense con cualquier práctica internacional de la URSS era un grave error y que la lucha entre los bloques sí estaba relacionada con la lucha de clases a nivel internacional.

La política organizativa del PCE era considerada como una consecuencia de sus desviaciones políticas. Por ejemplo, se criticaba abiertamente la política de

cuadros del partido, considerada como «aventurera» y desligada de una práctica de masas. Estos cambios eran relacionados con una transformación más amplia del PCE como un partido electoralista. De hecho, estos disidentes consideraban que la política de cuadros se hacía vulnerando el centralismo democrático sobre criterios elitistas y de imagen. Para ellos, estas políticas internas tenían como resultado «la marginación de dirigentes obreros, de masas, de dirigentes que han hecho sus pruebas frente al Partido, así como de un amplio sector de profesionales».⁵³ Como balance general del texto, puede verse claramente cómo este grupo de comunistas descontentos planteaba muchas denuncias, pero en un tono general bastante moderado. El manifiesto expresaba las discrepancias de un sector ortodoxo que no buscaba romper con la organización ni realizar críticas al PCE en su totalidad.

Sin embargo, pese a que la táctica de ambos movimientos fuera justo la contraria, la solución que propuso la dirección del PCE fue la misma en los dos casos: las sanciones y expulsiones. Lógicamente, el primero en tener problemas con el aparato del partido fue García Salve, pues fue el primero que manifestó públicamente sus divergencias. A finales de marzo de 1981, el secretariado del PCE decidía por unanimidad proponer al CC la expulsión de este destacado comunista, motivada por las denuncias elevadas a este órgano por las organizaciones de Móstoles y Leganés.⁵⁴ Santiago Álvarez fue el responsable de presentar el caso en el pleno del CC a principios de julio de 1981. El informe presentado acusaba a este comunista de:

haber expuesto muchas veces y públicamente, opiniones y criterios contrarios a la política del Partido. Ha realizado reiteradamente una crítica pública de la política y los postulados del Partido. Ofreciendo además una plataforma a diversos grupos enemigos del Partido. Ha tratado de desprestigiar al Secretario General y a otros dirigentes.⁵⁵

Además de eso, el propio Santiago Álvarez realizaba una serie de valoraciones críticas en las cuales venía a defender la idea de que García Salve no era en realidad comunista, sino un demagogo, con fraseología revolucionaria y

prácticas anarcosindicalistas. Incluso Manuel Azcárate, quien está lejos de comulgar con las ideas del Cura Paco, en sus memorias recordaba cómo «caían sobre García Salve los adjetivos condenatorios, populista, demagogo, anarcosindicalista... Le Daban a uno ganas, después de eso, de reivindicar el derecho de García Salve de seguir en el Comité Central». ⁵⁶ Otra cuestión que se abordaba en el informe de Santiago Álvarez y, que más bien parecía una interpretación propia, era la supuesta postura de García Salve frente a la Unión Soviética: «pide alinearse en uno de los bloques, posición en contradicción radical con nuestra política, lo que comporta una concepción del futuro socialismo como un sistema derivado de una confrontación y de una imposición». ⁵⁷ Desgraciadamente, cuando llegó el momento de tomar una decisión al respecto, muchos de los miembros del CC ya se habían ido y no hubo quorum para aprobar su expulsión. Por eso habría de esperarse a que se volviera a reunir el CC. ⁵⁸ Finalmente, el 25 de julio el CC votó la expulsión de García Salve del órgano con 112 votos a favor, 2 en contra y 2 abstenciones. Aunque esta decisión debía pasar por garantías y control, acabó siendo sancionado. ⁵⁹

Por su parte, las medidas disciplinarias contra el sector de Fidel Alonso tuvieron lugar poco tiempo después. Ya durante el proceso de expulsión de García Salve, Fidel Alonso se vio obligado a remitir una carta a El País protestando al haber sido descrito por la prensa como un «prosoviético». En esta réplica el sindicalista argumentaba que:

La clasificación de los militantes del PCE en distintas tendencias, trasplantando esquemas de otras zonas del país, no es, ni mucho menos, correcta. Estas clasificaciones sectarias confunden a la opinión pública y son propiciadas por personas que no quieren admitir en el seno del partido una discusión libre y democrática. En mi opinión, sólo este tipo de discusión, en la que, sin duda, se darán disparidad de criterios, posibilitará un Partido Comunista de España democrático, capaz de luchar por los intereses de la clase obrera y avanzar hacia una sociedad libre y democrática, sin renunciar a nuestras convicciones [...] Definir mi posición política como afgana o prosoviética, no es ni mucho menos correcto. Mi definición política –ya que a ella ha hecho mención este periódico– es mucho más amplia que eso, y no se encuentra esencialmente en el apoyo a tal o cual país socialista, sino en torno a las posiciones frente a los problemas

políticos, sociales y económicos de nuestro país.⁶⁰

De poco le sirvió al comunista madrileño defender su lealtad al PCE o negar la etiqueta de «prosoviético». A comienzos de febrero de 1982 el Comité Provincial del PCE de Madrid proponía sanciones contra él debido a su participación, el 31 de enero de 1982, en un acto informativo titulado «Por la recuperación del P.S.U.C y del P.C.E.», junto a los disidentes catalanes Pere Ardiaca, Joan Ramos y Alfred Clemente.⁶¹ Preguntado sobre qué solución veía a los problemas del PCE, Fidel Alonso respondía a los periodistas de El País:

Las escisiones conducen a la pérdida de influencia. Lo que necesitamos es un revulsivo, y la única solución es un congreso extraordinario. Carrillo puede seguir exigiendo un gobierno de concentración, quizá porque quiera ser ministro, pero a mí no me preocupa eso; lo que me inquieta es que el Partido Comunista de España está quedándose sin organización y sin militantes en sectores enteros, y para resolver esta crisis tan aguda creo que es el momento de un congreso extraordinario.⁶²

A finales de julio de 1982 las expulsiones ya se contaban por decenas, incluidas la de Fidel Alonso y Luis Cabo entre otros. Fruto de estas cerca de cuarenta expulsiones en Madrid, muchos otros comunistas no hicieron la renovación de su carné en señal de solidaridad y protesta. Otras agrupaciones, como la de la fábrica de CASA en Getafe, habían decidido rechazar las expulsiones, con lo que, de facto, se enfrentaba directamente a la dirección del partido.⁶³ También sucedió lo mismo con el Comité de la Federación de Comarcas de Sur, que confirmó a Luis Cabo como su responsable político. Estas medidas acabaron provocando una confrontación directa entre militantes oficialistas y ortodoxos. Como, por ejemplo, las tensiones surgidas en torno a una entrega de carnés en la agrupación de Universidad-Justicia en el distrito centro, donde se habían producido expulsiones de varios militantes que habían firmado el «documento de los doscientos», como popularmente se pasaría a conocer el manifiesto encabezado por Fidel Alonso.⁶⁴

Desde antes de su expulsión, este grupo de comunistas se había organizado en torno a una plataforma denominada Movimiento de Recuperación del PCE (MRPCE). Esta organización mantenía relaciones directas y fluidas con el sector de los ortodoxos catalanes. El objetivo era forzar la celebración de un congreso renovador del partido. Según sus postulados, en dicho cónclave debían participar todos los expulsados hasta ese momento por el equipo de Carrillo, entre los que se encontraba en grupo de García Salve.⁶⁵ Los días 12 y 13 de junio de 1982 se reunían en Madrid representantes del MRPCE de Andalucía, Burgos, Canarias, Extremadura, Galicia, León, Madrid, Murcia, Toledo y Valencia, así como Román Serradell y Francisco Sancho, del CC del PCC. Tras la reunión, hicieron público un comunicado sobre la situación política, donde repasaban las tareas políticas del MRPCE. En él planteaban que igual de eurocomunista era Carrillo que Sartorius, y que la única solución pasaba por la celebración de un congreso extraordinario. Sin embargo, estipulaban que, para que se pudiera celebrar, tendrían que cumplirse varias condiciones. Debería ser un congreso que rechazara el eurocomunismo y apostara por la recuperación del partido. Además, el congreso tendría que «representar la inquebrantable unidad dentro del movimiento comunista internacional desde posiciones de independencia como partido y de solidaridad con los países socialistas y con la lucha de los pueblos por su emancipación».⁶⁶ También exigían otras medidas de carácter organizativo, como que se levantara todas las sanciones o que dimitieran de forma inmediata los órganos de dirección. Respecto a la situación en Cataluña, demandaban que el PCC fuera reconocido como único continuador del PSUC. Por último, realizaban un llamamiento a todas las organizaciones del partido y a todos los comunistas para discutir y pronunciarse sobre este comunicado, desde la perspectiva de que era «necesaria la recuperación del P.C.E, patrimonio de todos los comunistas españoles que estén dentro o fuera del P.C.E y que, como resultado de la práctica liquidadora del eurocomunismo, converjan en la voluntad política de recuperación comunista del Partido».⁶⁷

Unos pocos días más tarde, el 27 de junio de 1982, tuvo lugar un importante encuentro en Madrid entre delegaciones de las Comisiones Preparatorias del Congreso de Unificación de los Comunistas, el MRPCE y el PCC. En el comunicado fruto de los acuerdos de dicha reunión, se señalaban importantes avances para el futuro de esta ola disidente, que comenzaba a conseguir sus primeros acuerdos unitarios. En primer lugar, se resaltaba la importancia del momento histórico para el comunismo español en un momento en que se

impugnaba el modelo y los objetivos de los comunistas en su totalidad:

una impugnación constante, desde diferentes ángulos sobre la caducidad de los PP.CC. como instrumentos de cambios revolucionario, de emancipación social, cultural, política en definitiva; si los comunistas y su partido es algo que corresponde a la etapa histórica presente o por el contrario debemos ya y ahora hacer apostasía o abjuración de nuestros principios.⁶⁸

Al mismo tiempo, se explicaba que la burguesía como clase social siempre había pretendido presentar a los comunistas como una fuerza ajena a la propia sociedad y que estas presiones finalmente habían tenido sus frutos en el seno del PCE, que estaba con el eurocomunismo modificando profundamente los principios ideológicos del partido. Era, precisamente, el eurocomunismo el que presentaba una ruptura con la historia de los comunistas y generaba división entre la militancia. Sin embargo, las distintas delegaciones presentes, conscientes del momento histórico, habían decidido tomar medidas concretas para tratar de remediar esta situación. Estas medidas se concretaban en cuatro puntos:

Contemplar el proyecto de recuperación del carácter comunista del PCE como un proceso único que se expresa, en los momentos presentes, por diferentes vías [...] Articular una comisión que ponga los medios necesarios que permitan la discusión y elaboración conjunta [...] impulsar la acción conjunta, y a todos los niveles [...] lo que dará mayor fuerza y amplitud a la perspectiva no lejana del Congreso de recuperación del Partido.⁶⁹

Estos importantes acuerdos fueron valorados por Carlos Tuya en las páginas de Unificación como «un paso adelante que no consentirá pasos atrás».⁷⁰ Tuya había disuelto en mayo de ese año su facción del PCEU dentro de las estructuras del PRUC, y durante un corto espacio de tiempo se convirtió en uno de los principales impulsores de este grupo. De hecho, el propio periódico sufrió importantes cambios en cuanto a estética y contenidos. La cabecera fue estilizada, recordando mucho su versión de Mundo Obrero y Comunista.

Además, el contenido se amplió con mayor número de páginas, fotografías, dibujos y artículos más extensos. La identidad del PRUC estaba basada en un rechazo taxativo a las anteriores experiencias del comunismo ortodoxo. Sus promotores recalcaban su intención de no convertirse en otro partido más dentro de una gran sopa de siglas. Con todo, la nueva coyuntura que parecía ofrecer la creación del PCC y el MRPCE era valorada con mucha ilusión por parte del PRUC. Esta plataforma estaba decidida a dar los pasos necesarios para lograr la convergencia de todas estas iniciativas.⁷¹

1982 fue un año importante por varios motivos. Uno de los más relevantes tuvo que ver con las elecciones generales celebradas en octubre y que dieron la victoria al PSOE. Este cambio de ciclo marcó el inicio de la consolidación del régimen posfranquista, el cual sería testigo del hundimiento progresivo del PCE. Justo en ese contexto electoral se produjo un hecho que trastocó los planes de estos comunistas. Fruto de un acuerdo entre la Promotora de Unificación y el MRPCE, que contaba con el visto bueno del PCC, se lanzó una candidatura electoral bajo el lema «Por la Recuperación y Unificación Comunista (P.R.U.C)». ⁷² Esta candidatura unitaria tuvo que enfrentarse a dos graves problemas de carácter político y legal. En primer lugar, el Ministerio de Interior interpuso una querrela criminal contra el PRUC por no ser un partido, dilató los plazos administrativos para su inscripción en el registro y sabotó la propia decisión judicial, que fue favorable al PRUC. Esto también venía condicionado por la transformación sobre el papel del PRUC en un partido, justo antes de las elecciones.⁷³ En segundo lugar, el PCE llegó a interponer un recurso contra el PRUC en la junta electoral, apoyándose en los procesos iniciados por el Ministerio del Interior. Como resultado final, no pudieron presentarse a las elecciones de 1982. El agravio se veía aún más acrecentado si cabe, al habersele permitido a Antonio Tejero presentarse a las elecciones tras haber intentado dar un golpe de Estado hacía poco más de un año.⁷⁴ Todos estos ataques a este movimiento, indudablemente, intensificaron la percepción entre su militancia de estar formando parte de un verdadero movimiento regenerador del PCE que causaba miedo a diversos sectores:

El PRUC no era un partido más, ni siquiera en sentido estricto era un partido. El PRUC era el intento de plasmación de la inicial alternativa racional, y

credibilidad para propiciar la recuperación y unificación de los comunistas [...] Había muchas fuerzas concitadas contra nosotros, desde distintos frentes de la oligarquía, el reformismo eurocomunista y los vocacionales del grupuscularismo. Nuestra respuesta es con el clásico: ladran luego cabalgamos.⁷⁵

El balance de este periodo realizado por algunos de los militantes no podía ser más positivo. Por ejemplo, María Jesús Garrido, Chus, recuerda esta etapa con mucha ilusión:

recuerdo esta época como una etapa de gran actividad, cogíamos el coche y nos íbamos por todos los pueblos contactando con muchos comunistas de dentro y de fuera del PCE. Hicimos muchísimos contactos y recuerdo que la gente tenía mucha ilusión, parecía que con el PRUC por fin íbamos a poder acabar con la lacra del eurocomunismo.⁷⁶

A pesar de que no les fue permitido presentarse a las elecciones, no cejaron en su empeño, y el PRUC difundió su programa electoral con el aliciente de haber sido prohibido por el gobierno. Más allá de las propuestas concretas en materias tan dispares como la política exterior, las autonomías o los derechos sociales, el programa también contenía algunas reflexiones de calado. De hecho, la contienda electoral era presentada como una ventana de oportunidad para dar a conocer sus propuestas a todas las personas que se sintieran poseedoras de una identidad comunista, para encauzar sus anhelos hacia el objetivo del congreso de unidad como única herramienta para superar los estragos que había causado el eurocomunismo:

La política de los «euros» con sus nefastas ideas de desmembración del Partido Comunista, desarraigo entre las masas, debilitamiento de su presencia política en la sociedad, exige una urgente y decidida respuesta de los comunistas españoles a fin de recuperar y unir a nuestro Partido. De lo contrario, el inmenso patrimonio de experiencia política, credibilidad popular y experiencia, acumulados con coraje y abnegación por varias generaciones de militantes del

PCE, corren peligro de verse irreversiblemente dilapidados.⁷⁷

A comienzos de 1983, García Salve publicaba un artículo en las páginas de Unificación en el cual hacía un balance de la experiencia del PRUC. Como conclusión, continuaba creyendo en la imposibilidad de cambiar el PCE desde dentro y recalca la necesidad de celebrar cuanto antes el congreso de unificación, que él consideraba un imperativo moral:

No hay ninguna posibilidad de recuperar ese PCE desde dentro porque está copado, dominado, por personas que se niegan a todo replanteamiento [...] Cada comunista español con corazón de clase, con autenticidad revolucionaria, está obligado por ética comunista a comprometerse decididamente en la reconstrucción del Partido Comunista de España.⁷⁸

Poco tiempo después, el 19 de febrero de 1983, este grupo de comunistas comenzaba otra etapa al unificar en una sola organización al PRUC y al MRPCE. Entre los motivos esgrimidos para realizar esta unificación, se encontraban el fuerte impacto que había supuesto para los militantes comunistas el reciente fracaso electoral y la desaparición de la influencia del PCE en las luchas sociales. Todos estos síntomas de la crisis político-organizativa del PCE la achacaban a una única causa: las consecuencias del eurocomunismo. Por eso, ambos colectivos nacidos con el mismo objetivo, aunque uno pretendiera conseguirlo desde dentro del PCE y otro desde fuera de este, habían decidido unificarse. De esta manera, se produjo el nacimiento de una nueva organización denominada Movimiento de Recuperación y Unificación del Partido Comunista (MRUPC). El principal objetivo de esta plataforma era «impulsar el IX Congreso de Recuperación y Unificación del PC». Este congreso debía realizarse cuando los diferentes grupos se autodisolvieran para su celebración, a excepción del PCC. Para el MRUPC, contar con los comunistas catalanes del PCC era una prioridad, por ser un gran partido en Cataluña. Los comunistas ortodoxos parecían tener bastante prisa, ya que manifestaban que este congreso debería realizarse durante el verano de 1983. Además, esta unificación también tenía otros propósitos globales para el movimiento comunista en el Estado

español:

Esta integración y el movimiento unitario resultante, no busca convertirse en un partido, sino en la fuerza organizada decisiva que, sin sectarismos, exclusiones o vetos, reagrupe a todos los comunistas del Estado Español sea cual sea su situación personal u orgánica, en base al objetivo común, los principios científicos del marxismo-leninismo, el internacionalismo proletario, la estrategia revolucionaria, democrática y antimonopolista al socialismo en nuestro país y las normas organizativas del centralismo democrático, en la línea consustancial de principios del Movimiento Comunista Internacional.⁷⁹

Entre los firmantes había viejos conocidos de otras olas, junto a personalidades de la última ola. Así, por ejemplo, en el caso del PRUC, aparecían García Salve, el abogado malagueño Leopoldo del Prado o el viejo sindicalista José Luis Martino, con otras personalidades como Carlos Tuya, Emilio Rincón o Miguel Galindo. El caso del MRPCE era similar, con figuras como Fidel Alonso, Ángel Campos, el murciano Miguel Campillo y Moral Santín.⁸⁰ También aparecían otras figuras más veteranas, como Juana Doña, de las pocas mujeres, junto a Ana Trapiello, que aparecen en la dirección del movimiento durante la tercera ola disidente. El MRUPC utilizó como cabecera de su periódico un título con larga trayectoria entre las filas ortodoxas. Se trataba de la vieja cabecera de La Voz Comunista, que había sido el portavoz de la OPI y más tarde del PCT. Aunque hasta el número cuatro de este periódico aparecía como director responsable Carlos Tuya, en realidad, el MRUPC estuvo controlado desde fechas muy tempranas por Fidel Alonso y su grupo. De hecho, los ex PCT abandonaron el MRUPC en noviembre de 1983 por discrepancias sobre cuáles estaban siendo las formas y el fondo del proceso de unificación, con la única excepción de ciertos militantes. En la mayoría de los casos, eso se tradujo en el fin de la militancia comunista para muchos de ellos.⁸¹ Sin embargo, antes de su baja colectiva este grupo participó activamente en el nuevo proyecto. En junio de 1983 tuvo lugar la II Conferencia estatal del MRUPC. En el marco de este evento, se elaboraron algunos documentos a modo de manifiesto-programa, donde se puede ver la huella del sector proveniente de la OPI. Resultan especialmente interesantes sus aportaciones en algunos de estos textos. En ellos profundizaban sobre el papel del Partido Comunista, al cual consideraban como

la expresión de un nuevo orden social, el socialista. También reflexionaban sobre las características que debía poseer la militancia comunista. En este sentido, una de las principales tareas que se atribuían al partido debía ser «educar en la ciencia de la revolución a sus militantes» para formarles como «tribunos del pueblo capaces de interpretar la complejidad social, los problemas de las masas» y a su vez rechazar «la visión parcelada y limitadora del militante revolucionario únicamente sujeto a la actividad mecánica agitativa de su esfera de trabajo».⁸² Fruto de esa necesidad, el partido debía volcarse de puertas para adentro en formar cuadros de la organización capacitados para intervenir en cualquier terreno con éxito:

El militante comunista se convierte, por tanto, en un tribuno revolucionario capaz de totalizar e integrar en una alternativa política, todas las manifestaciones de lucha [...] Este tribuno revolucionario, expresión del militante, no nace ni se forja por generación espontánea. Necesita una educación política permanente que nace de su militancia partidista. Exige una verdadera promoción –«a cada uno según su capacidad»– en el seno del Partido de los mejores, dentro de una verdadera vida colectiva, en la que la selección obedece a la acción común y a la elección democrática directa. En la situación de democracia formal, los militantes conocen la trayectoria de sus dirigentes, su evolución y su comportamiento ante situaciones difíciles, sus cualidades. En este sentido, los militantes del Partido eligen sus direcciones en todos los escalones de la organización con todo conocimiento de causa [...] De esta forma, la dirección elegida democráticamente entre los mejores militantes, sintetiza en sí misma lo que el partido es a la clase obrera: dirección política, responsabilidad, cohesión y disciplina.⁸³

No obstante, una vez acaparado el MRUPC por el sector proveniente del MRPCE, este tipo de cuestiones desaparecieron del imaginario colectivo de la organización. En esta nueva fase se intensificaron otro tipo de cuestiones simbólicas vinculadas, por ejemplo, con un mayor peso de la cultura obrerista y un mayor apego al PCE histórico. En septiembre de 1983, La Voz Comunista realizaba una extensa entrevista a Fidel Alonso sobre diversos temas de actualidad. En su contenido, era preguntado sobre varias cuestiones relacionadas con la identidad y la cultura militante. Por ejemplo, se interrogaba sobre las

características definitorias de este movimiento y las diferencias con otras tentativas ortodoxas. En el transcurso de esta entrevista, el sindicalista aclaraba los rasgos identitarios de esta nueva ola disidente:

Nos lo va a poner fácil el PCE. El PCE está en desintegración, la crisis interna se va a reproducir con mucha más virulencia [...] Nada de puño cerrado, la Internacional no vale y la hoz y el martillo fuera. Es decir, ellos van a disputarle al PSOE el espacio dentro del reformismo [...] nosotros no somos una escisión de corte clásico. Yo no me he ido del PCE, me han echado, y han tenido que recurrir para ello a los métodos más burocráticos [...] Eso hace que nosotros tengamos unos vínculos muy estrechos con los sectores leninistas del PCE, no sentimentalmente sino de convivencia política todavía y nuestro tirón va a romper el PCE en muchos sitios. No sé si te das cuenta de que no es una escisión más, es que ante la imposibilidad de mantenerte dentro porque te echan, lo que haces es ver la alternativa, y después de intentar recuperar el PCE desde dentro, que sería lo mejor, ante la imposibilidad está el recuperar a todos los comunistas que hay dentro y unificar a los que hay fuera. Merece la pena y no hay otra solución...⁸⁴

Sin embargo, este proceso de unificación no acabaría con la atomización del movimiento. Un sector del MRPCE rechazó unificarse con el PRUC y continuó empleando sus propias siglas. Se trataba de un grupo liderado por los hermanos Cabo y Vicente Peragón. Precisamente, este último, quien había sido militante del PCE desde hacía décadas, enviaba una carta a El País con motivo de la crisis del PCE en Andalucía, en la cual manifestaba su preocupación por la pérdida de la memoria colectiva de los comunistas:

desgraciadamente, el PCE de historia gloriosa y revolucionaria, con sus señas de identidad completas, no existe ni en Málaga, ni en Granada, ni en toda Andalucía. Ni en el Estado español. Solamente, para ejemplo y aliento de todos los comunistas que luchamos y lucharemos por recobrar nuestro partido comunista con su fisonomía y contenido revolucionario, el partido de los comunistas de Cataluña, el PCC, trasunto vivo e histórico del PSUC comunista,

pone un punto de esperanza y de seguridad en la decisión firme de todos los comunistas, tanto de los que están fuera como dentro del PCE, de reconquistar para bien del pueblo las señas de identidad, con su contenido de clase y revolucionario, del Partido Comunista de España. Por eso los comunistas saludamos con gozo y nos solidarizamos con el PCC, y hermanados avanzaremos por la senda de recuperar al Partido Comunista que el Estado español necesita [...] Lo poco y débil que existe no es el Partido Comunista de España, sino un partido cuyas siglas honrosas y plenas de historia heroica han sido mancilladas por el contenido degradante y reformista del eurocomunismo. Y ese no es el verdadero, el auténtico Partido Comunista.⁸⁵

Por absurdo que pudiera parecer, el MRPCE continuaba presentándose públicamente como una corriente dentro del PCE. En este sentido, la organización prestaba mucha atención a todos los problemas internos acaecidos durante la primera etapa de gestión del nuevo secretario general, Gerardo Iglesias. En su declaración de principios, la defensa de la identidad comunista volvía a presentarse como el eje central de su razón de ser:

la recuperación de las señas de identidad del Partido Comunista ha sido y es tema central de la preocupación y actuación de miles y miles de comunistas. Si esa lucha encuentra un eco sincero y coherente en sectores de la propia dirección del Partido, es innegable que la tarea de recuperar el carácter comunista del mismo se verá notablemente fortalecida.⁸⁶

De facto, el MRPCE declaraba que su existencia buscaba extender la disidencia ortodoxa dentro del PCE. Sin embargo, su principal objetivo eran los cuadros desilusionados de esta organización. Con todo, esta plataforma mostraba una gran contradicción táctica, pues continuaba defendiendo la propuesta de celebración inmediata de un congreso que rivalizara con el del PCE, planificado para finales de 1983. Finalmente, el 28 de julio de 1983 cinco organizaciones llegaron al acuerdo de constituir la Comisión Estatal de Unidad Comunista (CEUC). Los firmantes de la nueva Comisión unitaria eran el PCC, las Células Comunistas, el PCEU, el MRPCE y el MRUPC. La CEUC nació con dos

objetivos: celebrar un congreso de unificación dentro del año de 1983 y abrir su participación a toda la militancia crítica que todavía se encontraba dentro del PCE.⁸⁷ De esta manera, los comunistas ortodoxos daban un importante salto en su tan ansiado camino hacia la unificación. Sin embargo, aún quedaba un importante paso que recorrer para culminar el proceso. Era necesario que los sectores ortodoxos del PCE se sumaran a su proyecto. Esto sucedió tras el golpe de efecto llevado a cabo por Ignacio Gallego, hombre del aparato del partido, quien hasta el X Congreso había sido responsable de organización. El 10 de octubre de 1983, Gallego presentaba una extensa carta de dimisión al CC del PCE, la cual se hacía pública dos días después en los medios de comunicación. La filtración de esta noticia había sido producida por el PCC, quien también anunciaba que Gallego estaría en la fiesta de su partido.⁸⁸

La carta fue editada por los ortodoxos catalanes, siendo ampliamente difundida en todo el Estado español. Su contenido resultaba ser una buena síntesis de muchos de los elementos constitutivos de la tercera ola disidente. Sin embargo, en las líneas escritas por Gallego aparecían bastantes cuestiones contradictorias. En primer lugar, Ignacio Gallego insistía en presentar esta resolución como el fruto de una prolongada decisión motivada por causas estrictamente ideológicas, consideraba que los pasos llevados a cabo por la nueva dirección hacia el XI Congreso del PCE no le permitían acudir a este congreso, ni siquiera como oposición. Otro elemento importante que trataba de transmitir en varias ocasiones era la coherencia de su trayectoria militante. Gallego explicaba cómo pretendía seguir «estando donde estuve siempre. Un comunista no puede abandonar su responsabilidad ni sus obligaciones revolucionarias».⁸⁹ En este punto, insistía en que no era él el que había cambiado, sino la nueva dirección, por lo que tendía un puente a aquellos militantes que, aun dentro del PCE, opinaban de la misma manera que él: «En la medida en que todos comprendamos la necesidad de un nuevo Partido Comunista nos volveremos a encontrar».⁹⁰ Gallego intentaba transmitir un mensaje de continuidad: él era un comunista, un dirigente del PCE que veía cómo estaban destruyendo su partido, aunque de facto estaba formando parte de un movimiento disidente insistía en la idea de continuidad: «no rompo con el Partido Comunista al que he servido toda mi vida en las funciones y tareas que me ha asignado y al que dedicaré siempre todo mi esfuerzo. Yo no rompo con los militantes, ni tampoco con los dirigentes».⁹¹ Por supuesto, esta explicación no era la única que ofrecía para justificar su acción, que técnicamente contradecía la disciplina de partido y podía

ser interpretada como un ataque hacia la unidad del PCE. Precisamente por eso, Gallego responsabilizaba a la propia dirección de romper el partido y justificaba su acción disidente como un intento de solucionar esa trágica situación:

nunca he atentado contra la unidad del partido, ni tampoco lo hago ahora [...] Quienes rompen la unidad son los que negándose a reconocer el fracaso de eurocomunismo, se esfuerzan en seguir imponiendo una estrategia anticomunista [...] Mi aspiración es lograr la unidad de todos los comunistas, superar esta sucesión de crisis.

Por otra parte, llama la atención cómo el veterano comunista criticaba el papel de su partido durante la etapa de la Transición. Máxime cuando en esta fase este dirigente había continuado ostentando un papel importante en el partido. Sin embargo, Gallego llegaba a considerar la política del PCE en este periodo como la causante de su posterior crisis. Un periodo donde el partido había renunciado a su identidad comunista sin que esto hubiera traído beneficio alguno. Por el contrario, esto habría conllevado la merma de la influencia del PCE y la pérdida de dos tercios de su militancia:

¿Qué nos reportó a los comunistas españoles el espectacular abandono del leninismo? ¿Para qué nos sirvieron las reiteradas andanadas dirigidas a los países socialistas? ¿En qué nos ha favorecido negar la lucha de clases a nivel internacional? ¿Qué servicio hemos prestado a la causa revolucionaria con nuestra pretensión de abrir una tercera vía entre el capitalismo y el campo socialista? ¿Qué resultado tuvo nuestra política de pactos sociales, sino el debilitar a las Comisiones Obreras? ¿Qué nos ha traído el abandono de nuestra propia identidad?

Lo que no aparecía en ninguna parte de la carta era una autocrítica o, al menos, alguna reflexión sobre su faceta como dirigente durante estos años. No está de más recordar que su implicación durante todo este proceso fue importante. Él había sido el responsable de organización del PCE y el cargo conllevaba

encargarse de gran parte del trabajo interno del partido, incluida la persecución de los disidentes ortodoxos. Lejos de ello, en sus líneas parecía insinuarse que la trayectoria disidente de Gallego venía de lejos cuando hablaba de que «quienes, desde dentro y desde fuera venimos luchando por la recuperación del partido, tenemos motivos para confiar en que el Partido Comunista que la clase obrera y los pueblos necesitan, será realidad».⁹² Un pilar central de la argumentación de Gallego estaba directamente relacionado con la cuestión de la identidad comunista, la cual aparecía de forma reiterada a lo largo del texto. Además, el viejo dirigente señalaba los dos principales motivos que le enfrentaban a la actual dirección: su identificación con los principios del marxismo-leninismo y del internacionalismo proletario. También criticaba a Gerardo Iglesias y al resto de la dirección, de quienes decía que carecían de una estrategia revolucionaria consecuente, precisamente, por haber abandonado los principios de esa identidad. Por otra parte, la carta estaba dirigida a un público muy concreto. En sus líneas, Gallego apelaba a una mayoría silenciosa de militantes del Partido que, según su opinión, se identificarían con los valores de su cultura militante: «estoy convencido de que los militantes y muchos de los dirigentes del partido son comunistas sinceros, fieles a las ideas por las que yo he luchado toda mi vida, comunistas junto a los que deseo seguir luchando». En este sentido, el texto denunciaba la marginación que venían sufriendo desde hacía años muchos militantes. Especialmente, respecto a aquellos comunistas más veteranos y los que participaban en el movimiento obrero. Al mismo tiempo, denunciaba la existencia de una política de expulsiones y tolerancia cero del aparato del partido con los disidentes. Como alternativa al autoritarismo de la dirección del PCE, defendía la existencia de:

un partido moderno, pero sin renunciar a sus raíces, un partido en el que los trabajadores participen en las discusiones y en las decisiones sin el complejo de «no saber hablar», un partido en el que los profesionales, los artistas e intelectuales aporten sus conocimientos que el capitalismo niega a la inmensa mayoría de los ciudadanos, un partido ni monolítico, ni disperso en corrientes.

La carta también hacía referencia a varios elementos de la cultura política comunista, especialmente, sus símbolos y su memoria. El dirigente jienense decía haberse levantado contra la «liquidación del Partido de José Díaz,

Pasionaria y miles de mujeres y hombres que dieron su vida en defensa de la libertad», y contra quienes estaban «arrojando por la borda la historia escrita con el sacrificio de miles de comunistas». Y no solo eso, sino que, al acusar a la nueva dirección del PCE de pretender acabar con la identidad comunista revolucionaria, también los acusaba de sostener posiciones a través de las cuales, consciente o inconscientemente, se niega la necesidad del Partido Comunista de España. Y para ello se pretende borrar la historia del Partido que, junto a las demás fuerzas democráticas, defendió heroicamente a la República frente al fascismo nacional e internacional.

Por otra parte, también se reivindicaba la necesidad de mantener y defender la simbología comunista. En ese contexto había existido cierto debate mediático sobre si el PCE debía modificar su simbología. Esta cuestión estaba fuera de toda duda para Gallego. La mínima insinuación de modificar los símbolos tradicionales de los comunistas supondría un ataque a su identidad colectiva:

a mí sí me gusta la hoz y el martillo, símbolo del mundo del trabajo y del partido. Y la letra de la Internacional que habla de cosas tan «viejas»— y tan sobrantes— como la explotación, el hambre y el paro, y que nos anuncia el fin de la opresión, no por obra de gracia de «dioses reyes y tribunos» sino por el esfuerzo que nosotros mismos realicemos.⁹³

La dimisión de Gallego marcaba un punto de inflexión para la tercera ola. Poco después, el proceso de unificación aceleró su ritmo. El 6 de noviembre se celebró un importante mitin en Madrid donde se presentaba el futuro congreso de unificación. La crónica publicada en La Voz Comunista ofrecía un claro mensaje triunfalista. Más de tres mil personas se habían reunido en un conocido cine de un barrio de Madrid, en lo que el MRUPC describía como:

una fiesta porque, tras muchos años, nos volvíamos a encontrar quienes, no sepultados por la ola eurocomunista recobrábamos la compañía de camaradas, el calor humano que necesitábamos después de años de represión y autorepresión

ideológica, el lugar y el espacio adecuados para expresar nuestros sentimientos, esa suma de raciocinio y entusiasmo que llamamos revolución.⁹⁴

Los encargados de presentar e introducir el acto fueron Luis Cabo, del MRPCE, y José Carlos Plaza, premio nacional de Teatro, quien aseguró que la cultura española necesitaba de un verdadero partido comunista. Con la intervención de este último, se pretendía demostrar el apoyo de la intelectualidad a su proyecto, imagen que se veía reforzada con la presencia en primera fila del director cinematográfico Eloy de la Iglesia y el actor José Manuel Cervino.⁹⁵ Entre los oradores, intervino en primer lugar José Manuel Álvarez Pravia, del PCEU, quien tuvo unas palabras para recordar el reciente fallecimiento de Joaquín Carbajal. Además, el comunista asturiano explicó cómo el futuro congreso de unidad de los comunistas no sería «un congreso de despacho», sino soberano y democrático, donde después de disolverse todas las organizaciones, cada militante estaría en pie de igualdad. Posteriormente, intervino el dirigente obrero de Sagunto Miguel Lluch, quien explicó la difícil lucha que los trabajadores de esa zona estaban desarrollando contra los cierres de empresas en el marco de la reconversión industrial. El siguiente en intervenir fue Pere Ardiaca, por el PCC, quien animaba a los comunistas de Madrid y de todos los pueblos de España a continuar la lucha por el socialismo, conscientes de que Cataluña necesitaba un partido hermano para poder triunfar en su territorio. Posteriormente, intervino Fidel Alonso, quien en una clara manifestación de su cultura obrerista realizaba un llamamiento a poner las necesidades de la clase obrera por encima de cualquier otra cuestión. Además, este dirigente de la tercera ola insistía en hacer un llamamiento a que todos los comunistas que se sintieran leninistas se unieran al proceso democrático de construcción de un nuevo partido comunista que necesariamente debería aprender de los errores del pasado:

Cometeríamos un grave error de sectarismo, si no fuéramos capaces de superar problemas muchas veces personales, si no fuésemos capaces de superar actitudes efectivamente represivas que muchos de los que estáis aquí habéis sufrido [...] vamos a recuperar a todos los comunistas. Y nos vamos a ganar el espacio que ya estamos conquistando si efectivamente este Partido recupera las esencias.⁹⁶

Por último, el acto lo cerraba la intervención de Ignacio Gallego. Que su discurso fuera el final no era algo casual, el jienense se presentaba como la figura central y más importante de los ortodoxos del momento. De su intervención, resultan especialmente interesantes aquellos rasgos donde se configuraba su liderazgo carismático. Por ejemplo, se construía una imagen de líder honrado con un cierto toque romántico. Un militante que había estado vinculado toda su existencia a un ideal y que, por eso mismo, había renunciado a su cómoda vida y a su puesto en el partido. Precisamente, por defender sus ideas sin aspirar a ningún cargo en el nuevo partido. Otro elemento importante tiene que ver con su análisis del desencanto militante y la diáspora comunista. De su discurso se deduce la idea de que su principal caladero para conseguir militancia ya no se encontraba en el PCE, sino en los movimientos sociales. O lo que es lo mismo, que su masa crítica se encontraba entre los miles de comunistas que con la llegada del desencanto habían decidido refugiarse en sindicatos, asociaciones de vecinos o plataformas pacifistas:

decenas de miles de camaradas que no están organizados, que son fieles a sus ideas y deseosos de que haya ese partido comunista. Estos camaradas están en las barriadas, están en las empresas, en los pueblos, en CC. OO., en el movimiento campesino. No están en el partido, pero están en la lucha. Son comunistas sin carné, pero quiero decíroslo, aquí, sin que se entere nadie nada más que los que estamos, prefiero mil veces, me siento identificado mil veces con un comunista sin carné que con uno que lleva el carné del partido eurocomunista.⁹⁷

La salida de Gallego se vio acompañada de un sector de militancia que se encontraba en el PCE hasta ese momento. Una vez producido este hecho, ya no existían más impedimentos para continuar retrasando el congreso de unificación. Sin embargo, se decidió retrasarlo hasta finales de enero de 1984, para que este evento se convirtiera en una contrarréplica del XI Congreso del PCE que tendría lugar en diciembre de 1983.⁹⁸ En este punto de la historia se estaba produciendo una avalancha de adhesiones al movimiento ortodoxo. No obstante, resulta difícil calcular con cierto rigor el número de militantes que se integraron inicialmente en la CEUC para participar en el congreso de enero. Los únicos datos que se han podido manejar son los de Asturias, un territorio que tampoco

podía ser muy representativo de la totalidad, donde el grado de implantación podría llegar a ser muy desigual. Por ejemplo, en Asturias la CAUC decía contar con 396 militantes en diciembre de 1983, de los cuales el PCEU tendría 193, células comunistas 31 y el MRUPC 172.⁹⁹ Con todo, los últimos meses de enero fueron importantes para el avance del movimiento. La CEUC publicó durante el mes de diciembre varios boletines de información que, a modo de prolegómeno de lo que sería el periódico del partido, iba relatando los avances en el proceso. A su vez, este nuevo periódico mostraba la toma de posición sobre cuestiones de ámbito interno y externo. En ese sentido, la comisión valoraba lo siguiente:

Desde el punto de vista político, la CEUC ha clarificado sus posiciones en estos meses, dando alternativas a toda una serie de problemas que la coyuntura fue colocando en nuestra tarea diaria. Hemos participado en las luchas de los trabajadores y de los campesinos y en las movilizaciones por la Paz, nuestros militantes participan activamente en el sindicato de CC. OO. y en los congresos que recientemente se están celebrando [...] En lo organizativo, se acerca y en algunos casos ya es realidad la fusión orgánica entre las células de los diferentes destacamentos. En estos momentos existen organizaciones de Partido en todas las provincias del Estado y en buena parte de los países de la emigración. Prácticamente en todas las provincias existen comisiones de unidad que discuten y entienden el proceso de unidad, en el amplio sentido del término.¹⁰⁰

LA DISIDENCIA ORTODOXA EN EL COMUNISMO CATALÁN

«Catalunya marca el camino». El impacto del V Congreso

Hasta 1981, la disidencia de carácter ortodoxo en el comunismo de los pueblos que componían lo que oficialmente se conoce como Reino de España se había mantenido en unos parámetros relativamente minoritarios. Casi marginales si se tienen en cuenta las decenas de miles de comunistas que habían formado parte del proyecto del PCE/PSUC. La estigmatización a la cual se veían sometidos por la prensa y el aparato del partido hicieron que la disidencia ortodoxa pareciese poco atractiva a los ojos de numerosos militantes que, sin embargo, no comulgaban completamente con muchas cuestiones del rumbo de su partido.¹⁰¹ Como ya se ha explicado, las amplias transformaciones vividas en el seno del movimiento obrero y comunista durante los años sesenta y setenta produjeron una crisis de larga duración que provocó un tensionamiento excesivo entre las distintas culturas militantes. Como consecuencia, se produjo el nacimiento de tres olas de disidencia ortodoxa. No obstante, si una cuestión caracterizó a la tercera ola disidente fue la de alcanzar un carácter de masas que implicó a miles de comunistas, lo que rompió las dinámicas marginales existentes hasta ese momento. Una ola que nacía con la presencia de militantes obreros y veteranos, pero también de líderes vecinales, estudiantiles, feministas y ecologistas.¹⁰² Este fenómeno tuvo su principal epicentro en Cataluña. Allí, por primera vez, una disidencia ortodoxa se extendía de forma transversal entre la militancia. Cuestión especialmente relevante al tratarse de un partido tan importante para el conjunto del PCE como era el PSUC. Lógicamente, al ampliarse el espectro de su actuación, también se multiplicó la complejidad de su composición interna, de sus objetivos y de su praxis. Además, se hacía más difícil su caricaturización, por ser un movimiento con un fuerte enraizamiento en las clases populares, especialmente entre el proletariado catalán. Durante el periodo que abarca desde 1981 hasta 1989 Cataluña fue la principal impulsora del comunismo ortodoxo en el conjunto del Estado español. De esta manera, ejerció un liderazgo natural que le había sido conferido por ser la pionera y también por poseer la mayor organización en todos los sentidos de la palabra.¹⁰³ Difícilmente, la creación del PCC puede ser catalogada como un éxito total. Sin embargo, para muchos comunistas fuera de Cataluña este partido se convirtió en un modelo que imitar, un referente que inspiró su lucha en pos de la unificación de los comunistas.¹⁰⁴ En las siguientes páginas se abordarán de forma sintética la disidencia ortodoxa

en el PSUC y la posterior construcción del PCC. El enfoque utilizado para semejante tarea ha de partir, necesariamente, de una perspectiva social y cultural. No obstante, por su relevancia y dimensiones, este fenómeno debería ser estudiado en un futuro con mayor detalle y profundidad.

La importancia del PSUC para la historia de las clases populares de Cataluña resulta innegable. Como bien señala Giaime Pala en sus investigaciones, este partido se llegó a convertir en una fuerza omnipresente en la sociedad catalana.¹⁰⁵ Esta inmersión social fue posible gracias al papel central de sus militantes. Especialmente, debido a la puesta en marcha del modelo activismo sociopolítico conocido como el «militante total». Una tipología de militancia que no diferenciaba entre la esfera pública y privada de sus vidas, lo que se traducía en la politización de su actividad 24 horas durante los 365 días del año.¹⁰⁶ Sin embargo, el PSUC se convirtió en un colectivo numeroso y diverso donde coexistían, no sin tensiones, distintas subculturas políticas. Xavier Domènech destaca el carácter polifacético del partido al señalar la convivencia en el PSUC de tres partidos en uno: el partido de la sociedad civil, el de los movimientos y un partido de los militantes. No obstante, cada uno de estos partidos no actuaría simplemente como un compartimento estanco. Sino que se contendría a su vez en los otros dos, de tal manera que ninguno podría existir sin la relación entre estas diferentes realidades en su proyección hacia la sociedad catalana.¹⁰⁷ Probablemente, esa pluralidad fuera explicable en parte gracias al carácter de partido-frente que el PSUC logró articular durante los años finales del Franquismo y que continuó, aunque de forma más conflictiva, durante la etapa de la Transición.¹⁰⁸ Ese carácter del PSUC como aglutinante antifranquista tuvo consecuencias directas para la identidad de sus miembros. Hasta tal punto que resulta posible que para un sector de la militancia su autopercepción estuviera más relacionada con conceptos como ser demócrata o antifranquista y no con lo que significaba propiamente ser comunista.¹⁰⁹ Lógicamente, estas identidades divergentes contenían elementos suficientemente antagónicos, motivados por condicionantes sociales y culturales, como para que en una situación límite se produjera una confrontación entre ellas. El aumento de las tensiones internas tuvo lugar a finales de los años setenta sobre la base del difícil equilibrio existente entre su poliédrica militancia. En este contexto, se produjo un sector proveniente de OCE (BR), que la mayoría de los militantes denominaron despectivamente como «banderas blancas».¹¹⁰ Este suceso sería identificado en la memoria personal de muchos comunistas catalanes como el origen de la crisis

del partido, el momento en el cual comenzaron a mostrar sus primeras divergencias. Sin embargo, esa semilla disidente tardaría en germinar. En ese contexto, todos sus esfuerzos se encontraban dedicados a la lucha contra la dictadura, lo que impedía reflexionar en profundidad sobre los cambios internos. Un buen ejemplo de esta cuestión se puede ver en el testimonio de Miguel Guerrero:

Yo si tenía problemas con la línea política, pero no me di cuenta hasta que no muere Franco. Nosotros contra la dictadura, no veías tú el problema ideológico, porque toda nuestra atención estaba concentrada en la lucha contra la dictadura y por la conquista de la democracia y no veíamos otra cosa. Fue a partir de la muerte de Franco cuando ya empieza la política esta de la democracia burguesa, es cuando el partido entonces se muestra cómo es. La política de Santiago Carrillo, la política de los grandes reformistas del eurocomunismo. Por otra parte, poco antes de la muerte de Franco Carrillo había hecho un pacto con Solé Tura y los grandes representantes del eurocomunismo.¹¹¹

Por otra parte, la militancia del PSUC desarrolló facetas culturales que solo se pueden entender en el contexto nacional catalán. Por ejemplo, esta organización mantendría durante bastante tiempo intensas relaciones con algunos referentes simbólicos (véase el caso del PCI) que generaron un sorprendente consenso interno. En parte, eso fue posible gracias a ser interpretados positivamente desde las distintas identidades del partido.¹¹² Sin embargo, el PSUC también compartía muchos rasgos comunes con el imaginario, la simbología y la ritualidad del PCE. Por ejemplo, ambas militancias poseían una cosmovisión similar donde destacaba el sentido de la disciplina de partido, la solidaridad colectiva y el espíritu de sacrificio. En este sentido, resultan interesantes las reflexiones del testimonio de Joan Tafalla. Este historiador y militante sostiene que para entender todos los grandes conflictos surgidos en el comunismo catalán resulta necesario tener en cuenta un perfil sociológico muchas veces invisibilizado por la historiografía. Se trata del «militante entregado», una tipología que provenía en su mayor parte de las clases populares y para el cual el partido era una institución a la que orientaba gran parte de su vida. Tafalla describe ese modelo de militante como la masa crítica que permitió la interconexión de sectores disidentes. Su importancia sería tal que, para este historiador, este perfil estaría

cuantificado en el PSUC de la Transición en torno a siete mil y ocho mil militantes. Por otra parte, su percepción de la realidad estaría basada en preceptos de adhesión muy básicos en torno al «nosotros» y el «ellos»:

Estamos en la fiesta de Treball montando los stands y estas cosas y aparece un camarada muy sencillo de mi pueblo. Un tipo, genial, humilde y muy amable pero que dice que el mundo se divide entre facistas (sic) y comunistas. Porque en su mundo, en su pueblo ha visto esto. Para él cualquier persona que no sea comunista es un fascista. Entonces le preguntó, «¿Qué? ¿cómo estamos?» Y me dice «bien, no me lo paso mejor que viniendo a la fiesta de Treball, tomando un vínico y escuchando a Carrillo». Es su vinculación militante, un tipo que paga su cotización, que va a todas las reuniones. Un tipo que compra todos los periódicos y cosas que se le ocurra publicar al partido. Probablemente no se los lee, pero los compra religiosamente. Que si hay una chapa se la pone. Que cuando hay que ir a la asociación de vecinos a votar a favor de los camaradas va allí a votar. Si conviene a lo mejor se pelea con alguien o alborota. Una persona excelente, trabajador, responsable. En el sindicato también. Y al cabo de unos años... Carrillo es un fascista.¹¹³

Sin embargo, las causas que motivaron la ruptura en el comunismo catalán fueron mucho más complejas y formaron parte de un proceso construido a fuego lento. Por eso, resulta simplista y errado achacar el origen de esta crisis a una conspiración soviética. Como de igual manera resulta incompleto pensar que se debió a un simple aumento de la tensión en la convivencia de las subculturas militantes.¹¹⁴ Esto no quita para que, como es lógico, esta crisis tuviera un detonante inmediato. Sin duda, existió un episodio que provocó el salto cualitativo de la disidencia. El epicentro indiscutible fue el V Congreso del PSUC. Además, a nivel estructural también existieron algunos condicionantes que resulta necesario tener en cuenta. Por ejemplo, el cambio de modelo productivo del capitalismo desarrollado dentro de los países occidentales produjo importantes tensiones en la identidad de la clase obrera. La crisis económica, la desindustrialización o el aumento de paro obrero también fueron factores que tener en cuenta en este contexto concreto. A todo esto hay que sumar el inicio de una nueva etapa dentro del régimen político español, donde la importancia del Partido Comunista menguó notablemente. Joan Tafalla,

aplicando el concepto gramsciano de revolución pasiva, considera que la crisis del PSUC constituyó un epifenómeno de la tercera revolución pasiva. En su opinión, esto estaría relacionado con la Transición como movimiento global, de tal manera que su desarrollo explicaría el transformismo molecular del régimen sociopolítico.¹¹⁵ Por otra parte, también se produjo una profunda crisis de militancia cuyas consecuencias fueron fatales para la organización. Esta cuestión provocó un desconcierto entre los miembros de buena parte de PSUC, que focalizaron sus esfuerzos en conciliar su praxis con la tradición de su cultura política. Una cultura comunista en la cual el peso de la memoria continuaba siendo muy importante.¹¹⁶ En este sentido, es necesario tener en cuenta la crispación interna que llegó a provocar en amplios sectores militantes la actuación de los «banderas blancas», no solo contra posiciones ortodoxas, sino incluso en relación con los liderazgos carismáticos clásicos del PSUC:

La conciencia más fuerte que tomamos fue porque dentro del partido hubo una concentración muy fuerte con los de Bandera Roja y nosotros porque aquella gente además venía a copar los puestos del partido. Pero nosotros se los dábamos, porque los comunistas si hay alguien que destaca y sabe hacerlo, nosotros se lo dábamos, porque lo que queríamos era que las cosas avancen y cuanto más mejor [...] Cuando te dabas cuenta tenían un discurso que no cuadraba, eurocomunista. Entonces hay una lucha muy fuerte contra ellos. Pero entonces ya te das cuenta que el partido está desviao, porque cuando quieres defender a los comunistas de siempre, te das cuenta que esos comunistas que tu creías que eran comunistas de siempre, en lugar de apoyarte en la defensa de eso, se ponen en el lugar de los otros. Por ejemplo, el Guti, que para mí era como un dios, te das cuenta de que lo que hacen es que se ponen a favor de ellos [...] Pero yo sí creo que Gregorio fue un comunista, sin embargo, ahí colaboró... no fueron capaces de romper.¹¹⁷

Además, se debe tener en cuenta otro importante factor de este contexto, la existencia de un creciente descontento en un sector notable de militantes. Una coyuntura que supo ser canalizada con éxito por la disidencia ortodoxa. En su origen, se trataba de pequeños conflictos que se habían producido por diversos motivos locales. No obstante, en casi todos los casos estas pequeñas disputas no hacían más que generar descontento y malestar entre la militancia. Además, la

cuestión siempre se agravaba por la postura dogmática y cerrada que tomaba la dirección del partido. Por ejemplo, la política nuclear que el PCE defendía en esa coyuntura fue muy mal recibida por militantes del movimiento social pacifista y ecologista.¹¹⁸ Igualmente, un sector de la militancia vinculada al feminismo también estaba descontento por la marginación de las mujeres y su papel dentro del partido.¹¹⁹ Respecto a esta cuestión, Monserrat Domínguez sostiene en su testimonio que este punto fue una cuestión importante. Personalmente, a ella estas críticas le habrían ayudado a decantarse por el sector disidente.¹²⁰ Por su parte, el testimonio de Celestino Sánchez ofrece una visión muy combativa de los ortodoxos. Según su versión, habrían sido ellos los que estaban detrás de la negativa a las centrales nucleares, o incluso los que se posicionaban a favor de posturas más progresistas respecto a la libertad sexual. Esto contrastaría con otros sectores dentro del PSUC, por ejemplo, los «banderas blancas», quienes defenderían todo lo contrario.¹²¹ Otro sector descontento era el relacionado con el mundo del trabajo. Desde el sindicalismo comunista existía cierta frustración por las nuevas políticas del partido que pretendían contener la movilización social. Estos militantes se veían obligados a impulsar una línea en el seno de CC. OO. con la que no simpatizaban. Además, este elemento entraba en contradicción directa con su imaginario colectivo. Un imaginario en el cual se suponía que la clase obrera debía ser combativa o incluso revolucionaria y donde el papel asignado a la vanguardia de la clase era el de extender la huelgas, no el de reducirlas o censurarlas.¹²² A esto también hay que sumar la existencia de problemas derivados de la gestión del área metropolitana de Barcelona y otras comarcas por parte de las organizaciones locales. Estos comités locales habrían trabajado posibles soluciones ante un problema que les afectaba directamente y que era ninguneado por la dirección central, a la que le disgustaba que las organizaciones inferiores tomaran iniciativas que podían contradecir su línea.¹²³ Al final, todos estos conflictos acabarían por converger bajo una crítica global al modelo de partido construido durante la Transición. Cuestión que, a su vez, estaba muy relacionada con la generalización de un sentimiento de derrota y desencanto. Una sensación global que embargaba a la militancia bajo la percepción de que, a pesar de sus esfuerzos personales por implicarse en la lucha social, no se había avanzado casi nada.¹²⁴

Con todo, las divergencias parciales acabaron por confluir en un descontento integral que se fue extendiendo en el seno de la militancia de base. Esto provocó otro fenómeno importante. La aparición de un refuerzo del liderazgo de los

dirigentes locales, a los cuales conocían y por los que existía un amplio respeto, en detrimento de los dirigentes del PCE, a los cuales se asociaba con los «banderas blancas». También se deben tener en cuenta las tensiones existentes entre la dirección central del PSUC y las organizaciones comarcales. Especialmente, en lo referido al solapamiento de iniciativas y competencias, como en el caso de la prensa local y la que venía de los órganos centrales. En este sentido, destacó en el Vallés Occidental la creación a finales de los años setenta del Centre d'Estudis Josep Moix como un think-tank ortodoxo dentro del PSUC.¹²⁵ Todas estas tensiones provocaron la cohesión interna de sectores disidentes. Como siguiente paso, se consolidaron unas redes informales, ya existentes dentro del partido, que se sustentaban en algunos paradigmas de la identidad comunista clásica. Un buen ejemplo de esta cuestión se puede observar en una anécdota, aparecida en el testimonio de Celestino Sánchez, sobre la existencia de un conflicto con una pegatina antinuclear ampliamente repartida entre los asistentes a un mitin de las elecciones municipales de 1979 al cual había acudido como orador Santiago Carrillo:

El Carrillo llega con el coche, se baja y entonces nos ve a todos con una pegatina que ponía «Nucleares no, gracias. PSUC» y entonces se pilló un cabreo. Llama al Guti y le dice que o nos quitamos la pegatina o.... Porque el PCE a diferencia nuestra decía sí a las nucleares. Nos llama al Comité Comarcal el Guti y nos dice que nos quitemos las pegatinas que si no Carrillo se va. Contestación, no hizo falta ni reunión, vale pues que se vaya. Nosotros tenemos la gente, ya has visto que el campo está lleno. Tenemos los candidatos, si el Carrillo se quiere ir pues que se vaya y si os queréis ir vosotros pues también. Ya lo haremos nosotros. Al Carrillo le dijeron esto es lo que hay. Pero se lo hicimos pagar, entonces teníamos una estructura capilar muy fuerte. ¿Qué les dijimos? Cuando el Carrillo intervenga, aplauso de cortesía. Cuando hablemos cualquier otro, hay que reventar el campo de fútbol. ¡Coño, el tío se dio cuenta!¹²⁶

Para entender toda la panorámica de la futura crisis también es necesario tener en cuenta la problemática de las relaciones PCE-PSUC. A finales de la Transición esta era una cuestión espinosa. Existía una clara falta de sintonía entre las dos direcciones. En parte, esto era debido a la actitud del secretario general del PCE. No obstante, también se originaron roces que podrían

considerarse como bastante lógicos al tratarse de un partido asociado que, a su vez, funcionaba de forma muy autónoma. En el IV Congreso del PSUC, celebrado en octubre de 1977, el partido catalán se había adelantado al futuro abandono del leninismo del PCE, adaptándolo a su propia singularidad y apostando por una posición de consenso donde se recogía que sus principios eran provenientes «del marxismo, del leninismo y de todas las demás aportaciones de la práctica y del pensamiento revolucionario».¹²⁷ En este aspecto también se dejaba notar la influencia del PCI, que pese a su moderación táctica nunca llegaría a renunciar de su identidad leninista.¹²⁸ A esto habría que sumar el hecho de que las tesis elaboradas por el aparato del PSUC para el V Congreso contenían algunos elementos críticos hacia el papel del partido en la Transición. De forma especial, con aquellos aspectos relacionados con la estrategia del consenso como, por ejemplo, los pactos de la Moncloa. Lógicamente, esto no gustó a la dirección del PCE. No obstante, para una militancia un tanto hastiada de la situación, esta crítica resultaba muy superficial e, incluso, insuficiente. Por otra parte, no se puede negar que también existía un cierto hartazgo respecto a la dependencia final del PCE en Madrid.¹²⁹

Además, otro factor resultó crucial en todo este proceso. La existencia de dinámicas cruzadas entre el comunismo disidente de la segunda ola con la masa crítica que formaría posteriormente la disidencia catalana. Un elemento que no por minoritario debería dejar de tenerse en cuenta. Aunque no se puede decir que esta permeabilidad estuviese muy generalizada, sí han podido ser constatados algunos casos cuya importancia debe ser tomada en cuenta desde una perspectiva cualitativa. Así, por ejemplo, Miguel Guerrero recuerda haber recibido diversos materiales de CC. CC. que leía con atención y con cuyas posturas simpatizaba. Sin embargo, en su testimonio también manifestaba que este hecho le desconcertaba sobremanera, ya que siempre había sido muy disciplinado con las cuestiones relacionadas con el partido.¹³⁰

Con todo, este pequeño balance muestra que el proceso de gestación y consolidación de la disidencia ortodoxa en el comunismo catalán fue tremendamente complejo. En consecuencia, se deben desterrar del relato historiográfico las teorías que se basan en argumentaciones de tipo meramente conspiratorio. Una mirada crítica, que pretenda poner en valor los aspectos más

sociales y culturales, deberá profundizar en otro tipo de cuestiones más relevantes. Por ejemplo, conviene dar la importancia que merece a la existencia de un malestar generalizado entre la militancia del PSUC. Además, también resulta crucial analizar la reconfiguración defensiva de ciertos elementos identitarios. En todo este conflicto se reforzó la identidad de grupo de los disidentes. Se cohesionó una idea colectiva del «nosotros» como antítesis de lo que ellos denominaban los «euros», a los cuales identificaban con todo lo negativo que estaba sucediendo en el PSUC/PCE. Por su parte, el sector oficialista y la prensa se esforzaron en divulgar al máximo una figura estereotipada de su adversario político. Se lanzaron diversos adjetivos peyorativos para caracterizar la corriente disidente. Al estigmatizarlos describiéndolos como «afganos», «afros» o «zorrocotrococos» se ponía de manifiesto la existencia de unos sesgos muy elitistas en la cosmovisión del sector eurocomunista.¹³¹ Este hecho no pasó inadvertido para los disidentes. Joan Ramos llegaría a hablar de la existencia de una gran campaña destinada a manipular la realidad con el objetivo de lograr difamarles:

Si utilizan toda una serie de calificativos «escisionistas, fraccionarios, paralelos, etc.» que rayando la marrullería política no tiene otro objetivo que colocar una cortina de humo ante lo que es la fuerza de los hechos concretos, es decir, el despotismo y la irresponsabilidad de la fracción eurocomunista.¹³²

Por otra parte, la heterogeneidad del sector disidente planteaba un reto importante a sus organizadores. Canalizar ese malestar bajo una única disidencia que confluyera en base a unas orientaciones comunes, lógicamente, exigía una notable cohesión interna. En realidad, lo verdaderamente interesante de este proceso, en contraposición con otros estudiados hasta este momento, radica en su carácter exitoso. ¿Por qué resulta parcialmente exitosa esta estrategia disidente frente a otras anteriores que fracasan en su intento de arrastrar a una masa amplia de militantes? Para responder a este interrogante, se hace necesario profundizar en las formas y el fondo de la construcción de una red disidente dentro de la estructura del PSUC. Lógicamente, las únicas fuentes que pueden aportar datos de valor a ese respecto son los testimonios de militantes que formaron parte. Como punto de partida son interesantes las reflexiones de Joan Tafalla:

A este respecto hay una conspiración que permite sumar todos estos descontentos [...] El papel de Román es muy importante, pero Román siempre es un tipo muy prudente. No da un paso sin asegurarse que el terreno donde pisa está firme y si el terreno donde va a pisar no está firme no va a dar el paso. Sí que hay una red en la que confluyen varias oposiciones diferentes que permite que las enmiendas que se aprueban en el Comité Comarcal del Vallès Occidental se repartan por todo el partido. En aquella época eso era un crimen contra el llamado centralismo democrático [...] En aquella época había un documento y las organizaciones hacían enmiendas, pero las organizaciones no tenían derecho a conocer las enmiendas de las otras. Por lo tanto, sí que hay una actividad fraccional de aprobar unas enmiendas en un comité, de imprimirlas y repartirlas a través de las redes de conocimiento y tal. Pero la conspiración no explica nada, porque los mecanismos de disciplina de nuestra cultura hacían que cualquier actividad fraccional, aunque te cayese simpático el camarada, te pareciese horrible.¹³³

Todo esto requería de un proceso de consolidación del proyecto alternativo y de la organización de redes de sociabilidad militantes. La convergencia de perfiles muy diversos hacia una misma cosmovisión divergente se puede ver, por ejemplo, en el proceso que llevó a Montserrat Domingo a unirse a los ortodoxos. Monserrat contaba con una importante trayectoria militante desde su ingreso en el PSUC. Su perfil sociocultural no podía ser más interesante. Aparte de su militancia en el partido, también participaba en la organización de Cristianos por el Socialismo, tratando de unir las posturas de la teología de la liberación con el marxismo. Fruto de su implicación en el desarrollo del partido llegó a ser miembro del Comité Comarcal del Vallès. Además, tenía un notable perfil profesional e intelectual, siendo geóloga de profesión. Sin embargo, existían problemas en su día a día militante y familiar. Domínguez relata como ella notaba que estaba siendo eclipsada por su marido en ámbitos laborales y también militantes, esto último gracias a que él resultó elegido concejal por el PSUC. Desilusionada con el rumbo de la organización, pronto entraría en contacto con los sectores críticos. Años más tarde, esta mujer llegaría a convertirse en una pieza clave de todo el proceso del V congreso por formar parte, junto a Quim Boix, de la comisión encargada de revisar la cuestión del eurocomunismo. En su memoria, el balance de este período no podía ser más positivo. Este movimiento

disidente logró empoderarla a través de la confianza depositada en ella y de su praxis militante, que le llevaría a asumir una conciencia feminista. Su testimonio refuerza las ideas anteriormente expuestas sobre la diversidad de perfiles participantes y sobre el rol del liderazgo carismático de los dirigentes locales:

Con esa observación del cambio, que ya me voy dando cuenta yo y de las lecciones que recibo en el comarcal [...] Marià Pere en el Comité Comarcal le da un vuelco al pensamiento teórico, nos hace ver todas las trampas de todo y a partir de aquí yo me siento totalmente identificada, me siento completamente disponible, me siento útil y me siento valorada. Entonces, como soy mujer, como estoy empezando a atacar con el feminismo, como además soy de Cristianos por el Socialismo y como me siento muy contenta con el comarcal. Pues el comarcal dice «mira aquí tengo una pieza que se la voy a colar a la dirección del central que van a por el eurocomunismo». Y el comarcal me utiliza para meterme como no eurocomunista y yo lo hago conscientemente y me dejo meter. Por lo tanto, en el V Congreso de enero del año ochenta y uno yo ya soy propuesta para ser miembro del Comité Central [...] Y además, me proponen para la comisión sobre el eurocomunismo, te puedes imaginar.¹³⁴

Por su parte, Miguel Guerrero da alguna pista más de las tareas de coordinación que se desarrollaron desde el momento que se convocó el V Congreso del PSUC. Una labor que se veía impulsada con vistas a canalizar el malestar existente y frenar el protagonismo de las posturas eurocomunistas en PSUC:

El grupo promotor preparaba unas tesis alternativas a las tesis oficiales para el V Congreso, y yo me incorporé a este en calidad de enlace con las organizaciones del Barcelonés Nord. De modo que las famosas «tesis del Valles», fueron el fruto de este trabajo colectivo y se llamaron «tesis del Vallés» para que pasaran como presentadas por la organización territorial comarcal y no por una opción fraccional. Siempre se evitó la presencia física de los camaradas del Cté. Ejecutivo, por respeto a la observancia del centralismo democrático. De esa forma se distribuyeron las tesis alternativas que fueron asumidas por la inmensa mayoría de la base militante, y por eso fueron ratificadas en el Plenario del V

Gran parte del relato construido posteriormente sobre los hechos del V congreso insiste en presentar a estos disidentes como los responsables directos de la fractura interna del partido. Sin embargo, el objetivo descrito por ellos mismos era bien distinto. Por ejemplo, para Monserrat Domingo, la intencionalidad de este movimiento era preservar el partido ante su autodestrucción:

luchar por unas tesis que no supusieran la destrucción del partido. La destrucción del partido se identificaba con esa palabra mágica, eurocomunismo; con el paso de las células a las agrupaciones; con potenciar mucho más los ayuntamientos que no el trabajo en las células; por delegar en los sindicatos muchas cosas que hasta entonces hacía el partido.¹³⁶

Por su parte, la prensa caldeó el ambiente con noticias sin contrastar donde se hablaba de grandes conspiraciones. Gracias a esto, se extendió el bulo de que esta disidencia estaba organizada y financiada por los servicios secretos de los países socialistas. Esta tesis, que no tenía argumentos de peso, se utilizó para descalificar las posturas contrarias al eurocomunismo. Sin embargo, parece difícil que el PCUS buscara una ruptura en el comunismo catalán. Lo más plausible es que los soviéticos estuviesen satisfechos simplemente con la moderación de las críticas del PSUC a los países del Este. Pero «en ningún caso» buscarían generar un gran movimiento que pusiera en peligro la estabilidad del partido y, mucho menos, provocar una ruptura interna. Preguntado por esta cuestión, Celestino Sánchez ofrece otra versión del grado de implicación que podían haber tenido los contactos soviéticos o checoslovacos: «Yo opino que voluntad tenían, lo intentaron hacer y nosotros hicimos lo que nos dio la gana. Porque ellos no querían el resultado final. Ellos lo que querían era disciplinar al Carrillo, disciplinar al Guti. Lo hacían sobre todo con la vieja guardia, pero hicimos lo que quisimos y así nos fue».¹³⁷ Sin embargo, no todos los implicados opinan igual. Para el dirigente Marià Pere, la URSS no habría participado de ninguna forma en este proceso. Esto estaría fundamentado en que estos partidos ya tenían sus propias personas de confianza dentro y fuera del PCE. Pere

también mantiene otras críticas, por ejemplo, respecto al proceso de estigmatización que sufrió esta corriente. Consideraba muy injusta la etiqueta de «prosoviético» que le pusieron a Pere Ardiaca. Máxime cuando lo que pasaba en realidad era, sencillamente, que su identidad militante estaba impregnada por el mito de la Revolución de Octubre.¹³⁸

Desde fechas tempranas, la «vigilancia revolucionaria» del aparato del partido detectó movimientos sospechosos. Este trabajo de coordinación no podía pasar desapercibido para la dirección del PSUC, quien rápidamente estuvo al corriente de tales acciones. El responsable de informar de estos hechos fue el propio Miguel Guerrero, quien previamente había repartido las tesis disidentes por la organización de Badalona. Su caso es un buen ejemplo de las tensiones existentes dentro de la identidad de la militancia. Un conflicto directo entre la disciplina de partido y la obediencia a unos valores superiores que se encontraban en la cultura política comunista. En este caso, pese a su conciencia disidente, Guerrero mantenía una gran vinculación con el liderazgo carismático de su máximo dirigente, El Guti. Estos hechos le pesaban demasiado en su conciencia y le acabarían obligando a confesar sus acciones. La respuesta de la dirección del PSUC fue inmediata. Envío una carta a todos los miembros del CC y a los responsables políticos de las distintas organizaciones, en la cual denunciaba la existencia de un movimiento fraccional de cara al próximo congreso. Además, se acusaba de estar detrás de este movimiento a cuatro miembros del CC: Celestino Sánchez, diputado al Parlamento catalán; Justiniano Martínez, concejal del Ayuntamiento de Barcelona; Alfredo Clemente, máximo dirigente de las Comisiones Obreras de Barcelona, y Juan Ignacio Valdivieso, del Comité Comarcal del Vallés Occidental.¹³⁹ El PSUC tomó algunas medidas drásticas, como la expulsión a finales de 1980 de cuatro dirigentes de Hospitalet de Llobregat y la suspensión de militancia de otros dos por el periodo de un año. El CC volvió a reunirse para analizar la situación y transmitió a los medios su preocupación por la buena acogida que estas tesis, que consideraban fraccionales, estaban suscitando entre su militancia. En opinión de la prensa generalista, las tesis alternativas tenían varios puntos polémicos. Sobre todo, se referían a aquellos que tenían que ver con las críticas a la imagen que se daba en las tesis oficiales de la intervención soviética en Afganistán y también de la CEE, cuya entrada se consideraba lesiva para los intereses de la clase trabajadora.¹⁴⁰

Las medidas disciplinarias que había tomado la dirección del PSUC buscaban perseguir las redes disidentes. Sin embargo, esto resultaba muy complicado debido a que su origen se retrotraía a la época del tardofranquismo. Además, sus nexos se basaban en la construcción de una sociabilidad militante que excedía los estrechos límites de la célula. En todo caso, parece ser que hasta el último momento no estuvo claro qué iba a pasar en realidad. Al menos no estaban claros cuáles serían los límites en la táctica que se debía seguir. La coordinación de las distintas sensibilidades que compartían una cosmovisión divergente se había visto muy afectada por la represión que lideraba la dirección. Así lo atestigua el responsable del Vallés y diputado, Celestino Sánchez:

Es curioso porque hasta el día antes de empezar el congreso la vieja guardia, con la incorporación de algunos que no eran vieja guardia pero que jugaron un papel, estuvieron intentando convencernos de que lo del V Congreso no... Porque, además, se le empezó a llamar la tesis del Vallés. Se le llegó a dar ese nombre a las tesis alternativas al eurocomunismo, pero no porque los del Vallés fuéramos los más guay del Paraguay, sino porque teníamos unos instrumentos que los del Bajo Llobregat y demás no lo tenían porque «los banderas» habían ocupado la dirección.¹⁴¹

Finalmente, entre el 2 y el 6 de enero de 1981, coincidiendo con el inicio del nuevo año, el PSUC inició su V Congreso en Barcelona. Se trataba del segundo congreso celebrado fuera de la clandestinidad. Este evento se convertiría en un episodio central de la historia de los comunistas catalanes. Hasta tal punto que pasaría a su memoria colectiva como un acontecimiento monstruo dentro de la crisis del partido. Celestino Sánchez llegaría a describir este episodio como «un tsunami, la suma de todos los cabreos, vamos, el 15-M dentro del Partido».¹⁴² Desde luego, el congreso resultó anómalo desde sus inicios. Si bien el informe presentado por Antoni Gutiérrez Díaz se mantenía dentro de los parámetros eurocomunistas, al mismo tiempo resultaba bastante crítico con algunas cuestiones. Especialmente, aquellas que habían caracterizado la política del partido durante la Transición. Por ejemplo, se criticaba la ingenuidad con la cual se habían infravalorado la capacidad de CIU o el PSOE para readaptarse al

nuevo escenario político o la falta de herramientas para evitar el incumplimiento de los Pactos de la Moncloa. Además, la valoración general del futuro resultaba bastante sombría. Se describía un escenario muy negativo fruto de la crisis económica y social. Un panorama en el cual las organizaciones sociales estaban perdiendo militancia a pasos agigantados.¹⁴³ El verdadero conflicto estalló con motivo del uso del término eurocomunismo para referirse a la estrategia del partido. Se trataba de una cuestión simbólica que encerraba el verdadero debate identitario que se abría en el partido. En este sentido, lo señalaba un sector de delegados asistentes al congreso, el eurocomunismo era «la adscripción a una determinada cultura dentro del partido». Precisamente, por su rechazo a esa palabra en concreto, los delegados demandaron la votación separada de ese término. Sin embargo, Antoni Gutiérrez rechazó esa petición bajo el argumento de que ese concepto debía ser entendido como «patrimonio de nuestro lenguaje común». No obstante, esto se enfrentaba al sentimiento de muchos militantes. Por eso, aunque fue aprobado con 419 votos, el informe tuvo 78 votos en contra y la nada desdeñable cifra de 282 abstenciones.¹⁴⁴ El verdadero conflicto estalló en el momento de debatir las tesis políticas y los estatutos. En concreto, en el debate de la tesis sobre «La alternativa socialista», donde se aprobó una enmienda del Vallés Occidental que rechazaba frontalmente el concepto de eurocomunismo:

Consideramos que este Congreso no debe oficializar el término eurocomunismo, pues eso significaría introducir [...] un factor de división en el seno del partido, pues no hay que ignorar que hay una amplia militancia que no se identifica con este objetivo ni lo desea para caracterizar nuestro partido [...] Consideramos que el PSUC es un partido comunista, y punto.¹⁴⁵

Además, en la tesis que analizaba las cuestiones internacionales, se cambiaron las críticas frontales hacia la URSS por otros argumentos que ponían más en valor su papel antiimperialista. En concreto, se aprobó una enmienda que llegaba a afirmar que «la confrontación entre los países socialistas y el imperialismo es una de las principales manifestaciones de la lucha de clases a nivel internacional».¹⁴⁶ Asimismo, se aprobaron algunas otras modificaciones importantes. Las más interesantes, fueron las que se encontraban directamente relacionadas con la identidad de clase o su autopercepción como comunistas. Por

ejemplo, el carácter de «vanguardia del proletariado» del partido o la necesidad de que el proyecto de revolución de la mayoría se realizase sin concesiones respecto del papel protagonista de la clase obrera. Para Celestino Sánchez, fue esa votación sobre el eurocomunismo la que supuso un salto cualitativo respecto al rumbo posterior de todo el congreso:

En la realización del V congreso hay unas votaciones determinadas que, si te fijas, toda la vieja guardia vota con el PCE y con la dirección del PSUC, hasta que llega una votación que es eurocomunismo sí o eurocomunismo no [...] Y entonces, a partir de ahí la vieja guardia se incorpora y además lo curioso es que la palabra determinante no es eurocomunismo, que también. Sino nucleares sí o no nucleares no, es decir todos los elementos estos de carácter político y llega un momento que cambia el panorama y entonces empieza a votar todo dios. Y, además, no se lo creían, no les acababa de cuadrar, ¿por qué? Porque no tenían conciencia de que la gente que estaba participando en el debate tenía un alto nivel de comprensión de la lucha de clases. No es que supiéramos mucho de Marx o de Lenin, pero las cuatro cosas básicas si las teníamos claras.¹⁴⁷

Esto no implica que todos los disidentes opinen igual sobre los motivos que desencadenaron el cambio de rumbo en las votaciones. Por su parte, Marià Pere, opinaba justo lo contrario. Para él, el debate sobre el V congreso fue estrictamente sobre el eurocomunismo y no sobre los problemas del partido en la Transición. Sin embargo, también opinaba que la terminología empleada para caricaturizar a las distintas corrientes presentes en el congreso tenía poca importancia, pues había saltos de postura de los distintos militantes difícilmente explicables según esos esquemáticos parámetros.¹⁴⁸ Por su parte, para Andreu Claret, quien se encontraba alineado con la corriente centrista, el V Congreso habría sido una explosión colectiva sobre la acumulación de distintas tensiones:

el V Congreso fue objeto de debates múltiples, que se desarrollaban en escenarios simultáneos; que representó un momento de cristalización de muchas insatisfacciones acumuladas durante la transición y que supuso, en buena medida, un intento sincero de muchos militantes de criticar y superar vicios

enquistados en nuestro quehacer político desde hace años, entre otros, el de un pragmatismo que tiende a menospreciar el papel del partido como intelectual colectivo y que –en el nuevo contexto democrático– ya no podía, ya no puede, subsanarse con el acierto táctico de los equipos dirigentes y con el voluntarismo de la militancia.¹⁴⁹

Con todo, estos éxitos ortodoxos tuvieron una consecuencia inesperada. Los principales dirigentes del PSUC, Antonio Gutiérrez Díaz y Gregorio López Raimundo, se negaron a aceptar sus responsabilidades en el CC. Este hecho suponía un escenario desconcertante y generaba un nuevo conflicto entre los críticos. No estaba entre los planes de los ortodoxos copar la dirección. Lo que parecía una estrategia exitosa por parte de los disidentes enseguida manifestó sus limitaciones. Desde el principio salieron a la luz algunos aspectos un tanto primitivos y, sobre todo, contradictorios. ¿Cómo puede explicarse que los disidentes pretendieran que sus líderes ejecutaran una línea crítica con el eurocomunismo, si no comulgaban con ella? Esta paradoja se muestra muy bien en el testimonio de Monserrat Domingo:

A raíz del V congreso ganamos las tesis, pero como no estamos preparados y no queremos tampoco echar a la dirección –la dirección es la historia del partido, están los antiguos, está la gente de la lucha de toda la vida– no hacemos ninguna propuesta. Entonces la dirección nos machaca diciendo que pongamos la dirección nosotros puesto que hemos ganado las tesis.¹⁵⁰

Finalmente, se lograría llegar a un consenso entre aquellos que habían mantenido una línea disidente pero centrista, que estaría encabezada por Paco Frutos y la oposición de izquierda del congreso. Este acuerdo dio como resultado la elección de Frutos como secretario general y de Pere Ardiaca como presidente del PSUC. Aunque este escenario podía parecer precario, la verdad es que el futuro del PSUC no estaba necesariamente determinado por la nueva composición de su dirección, ni por su rechazo al eurocomunismo o la reafirmación de su identidad comunista. Por el contrario, lo que sí tuvo consecuencias desastrosas para el partido fueron las conspiraciones para anular los resultados del V Congreso. El

sector eurocomunista se negó desde el primer momento a aceptar el resultado democrático del congreso. A través de su acceso a los medios de comunicación, atacó a los dirigentes y militantes de su partido, ofreciendo teorías conspirativas como argumento. Esta corriente actuó como una fracción organizada al margen de la organización. Su objetivo a toda costa era lograr la celebración de un congreso o conferencia extraordinaria que devolviera las viejas posiciones.¹⁵¹ Por si esto fuera poco, desde el PCE se condenó abiertamente el V Congreso y se exageró la radicalidad de las posturas aprobadas. En el número de Nuestra Bandera de febrero de 1981, se publicaba un monográfico que tuvo por objetivo el eurocomunismo. En sus páginas, se continuaba insistiendo en la necesidad de anular los resultados del V Congreso, esta vez desde una perspectiva sesgada e hipercrítica:

No hay error ni exageración en las reacciones suscitadas por los resultados del V Congreso del PSUC. No se han equivocado ni los medios de comunicación social de España y de todo el mundo, ni la dirección del PCE, ni los miembros de la antigua dirección del PSUC que no han aceptado responsabilidades ejecutivas después del V Congreso. Suprimir el término «eurocomunismo» es cuestionar la vocación democrática del partido: adoptar posiciones equívocas en política internacional, en algunos casos marcadamente prosoviética, es renunciar a ser un partido independiente; proponer definiciones mesiánicas y dogmáticas sobre el carácter del partido es optar más en favor de una secta que de un partido de masas; aprobar posiciones políticas supercríticas sobre nuestra política en la transición, exaltar el obrerismo y la política de oposición, es abandonar la política de consolidación de la democracia.¹⁵²

Desde su celebración, el V Congreso quedaría marcado para siempre en la memoria de los comunistas catalanes. Este episodio se convirtió en un potente lugar de memoria. Además, este evento también puede ser entendido como una fecha bisagra que señalaba el fin de una etapa entre un pasado idealizado y un presente que cada vez les era más adverso. Por supuesto, por su propio desarrollo y resultado, también daría forma a una memoria traumática en la cual ningún sector del partido se arrogaría completamente el éxito. Unos, por lo precario y limitado de su victoria, que de todas maneras solo lograría durar pocos meses. Otros, por ser el escenario en el que, literalmente, se les derrumbó

el suelo bajo sus pies. En todo caso, son muchos los interrogantes que se abrían ante este hecho traumático tratando de buscar una explicación. El historiador Andreu Mayayo reflexionaba en 1986 de la siguiente manera sobre esta cuestión:

Si resulta difícil describir el fracaso colectivo, la pérdida de una cultura democrática interna que tanto había costado obtener, más lo resulta explicar el fracaso personal de los militantes. ¿Cómo explicar los enfrentamientos personales, no siempre dialécticos, entre compañeros de lucha, exilio o cárcel? ¿Cómo explicar las peleas entre vecinos, amigos, padres e hijos e incluso las separaciones matrimoniales?¹⁵³

El ejemplo de la crisis del PSUC también resultaba importante por otras cuestiones. Mostraba la importancia de las bases de la organización y, especialmente, de los sectores intermedios de la militancia, los cuadros locales y sectoriales. Ellos fueron los verdaderos protagonistas e impulsores que lograron la consolidación de un movimiento disidente que desembocó en un conflicto ideológico, político y organizativo. Un despertar de la conciencia disidente que puso en jaque a la dirección del partido utilizando el consenso que generaba el malestar interno como una herramienta vehicular y cohesionadora. En este sentido, destacan las acertadas observaciones de Manuel Sacristán respecto al V congreso:

Uno de los aspectos más interesantes del V Congreso del PSUC es que constituye una excepción a lo que comúnmente se piensa sobre las élites y sus bases. En este congreso, la base de una organización –y una organización más estricta que otras– ha conseguido derrotar al vértice de la pirámide. (La metáfora de la pirámide es seguramente insuficiente para la comprensión general de las cuestiones del poder, pero parece bastar en este caso) [...] La interpretación conspirativa de los hechos no merece la consideración de quien conoce la pasión con que los delegados obreros han sostenido sus puntos de vista, articulados generalmente de manera muy simple, pero bastante esencial. El eurocomunismo, le gritaba un delegado obrero en una comisión del congreso a uno de los

delegados a los que la Prensa llama leninistas, «no es una palabra; es romper huelgas».¹⁵⁴

Al mismo tiempo, esta crisis también muestra los inflexibles métodos del aparato de la organización. Un instrumento que, aun cuando afirmaba su voluntad de renovarse, resolvía de forma fulminante los conflictos internos.¹⁵⁵ A lo largo de los primeros meses de 1981, sobre todo tras una inicial unidad ante el 23F, la situación interna se fue recrudeciendo cada vez más. En mayo de 1981 las páginas del órgano de expresión del PSUC en el Vallès occidental, El Comunista, entrevistaban a su secretario político Paco Trives con motivo de la celebración de una reunión del Comité Comarcal celebrada el 26 de abril de 1981. Como no podía ser de otra manera, el futuro del V Congreso acaparaba buena parte de la entrevista:

Unánimemente condenamos las actitudes y declaraciones de quienes se han puesto decididamente contra el V Congreso; así como hemos pedido al Comité Ejecutivo, una vez más, tome medidas contra el trabajo fraccional de ciertos sectores minoritarios y las reiteradas actitudes escandalosas que desde la prensa y otros medios están teniendo contra el PSUC [...] consideramos que las contradicciones que se dan son entre el PSUC y el PCE, y ése es el problema que hay que resolver. Pero no en base a que la dirección del PCE nos imponga las cosas, sinó (sic) en base al debate fraternal entre camaradas de dos partidos independientemente que resuelven las diferencias discutiendo, y luchando en torno a las coincidencias, pero eso sí, respetándonos y no intentando «armonizarnos» [...] O sea, los Congresos o son soberanos o nadie se creará que somos un Partido soberano, democrático, serio. Si se echara agua al vino del V Congreso, ello supondría una tomadura de pelo a los militantes y, es más, el prestigio de los Partidos de las instituciones, de la democracia, en definitiva, saldría muy mal parado. Por eso a los que quieran cambiar el V Congreso les decimos: NO, GRACIAS.¹⁵⁶

Sin embargo, las cosas no saldrían como los ortodoxos preveían. En la reunión del CC de mayo se dio un vuelco a la situación: se invalidaron los postulados del

V Congreso y se reincorporó el término eurocomunismo. Esta vuelta atrás contó con la única oposición de treinta y tres miembros del CC.¹⁵⁷ Además, también se ignoraron las numerosas resoluciones de los comités intermedios que confirmaban su adhesión a los acuerdos del V Congreso. Todo esto hizo que tuvieran lugar roces importantes, como la negativa del presidente del PSUC Pere Ardiaca de aceptar el retorno del término eurocomunismo.¹⁵⁸ Por su parte, Francisco Aguilar, responsable de movimiento obrero del Vallés Occidental, criticaba desde las páginas de El Comunista el nuevo rumbo que estaba llevando el CC:

El Comarcal no acepta el acuerdo tomado por el Comité Central del 16 y 17 de mayo en aquellas cuestiones que modifican los acuerdos del V Congreso y el respeto al centralismo democrático, a la democracia interna, entendemos que dichos acuerdos representan una vulneración de uno de los principios fundamentales de un partido comunista, lo cual nos instala en una práctica ajena a nuestro partido.¹⁵⁹

Este dirigente obrero insistía en defender la política de la «revolución de la mayoría» y en los diez puntos aprobados por el CC, que por otra parte consideraba totalmente opuestos al eurocomunismo. Por último, como posible solución, realizaba un llamamiento a mantener la unidad y proponía la creación de «unos cauces de debate sin límites y de una forma organizada, sin que nadie pueda sentirse marginado dentro de los órganos».¹⁶⁰ Las tensiones existentes modularon la construcción de un sujeto ortodoxo caracterizado por la búsqueda del cumplimiento de los acuerdos del V Congreso. Una identidad que trataba de recuperar las esencias de la cultura política comunista al mismo tiempo que intentaba adaptarla a los nuevos tiempos. En este sentido, son interesantes las reflexiones de Celestino Sánchez a principios de junio de 1981:

El Partido Comunista, por lo tanto, debe ser receptivo y globalizador de experiencias diversas (movimientos ecologistas, feministas...) que se realicen fuera de él, dándole una perspectiva de transformación revolucionaria y que se convierta en una herramienta del proceso de acumulación de fuerzas y de

aportación de soluciones concretas, creando condiciones y haciendo posible el aprovechamiento de las coyunturas revolucionarias que las crisis cíclicas del capitalismo generan [...] es necesaria la unidad de la clase obrera y una Nueva Formación Política. No fue un error la creación de los partidos comunistas de la década de los 20 y hoy, igual que en su gestación, los PP.CC. son necesarios para conseguir estos objetivos, que harán posible la construcción del socialismo y el comunismo.¹⁶¹

La cultura política de estos comunistas era una mezcla de lo viejo y lo nuevo. Los parámetros de su identidad combinaban algunos aspectos de la cultura clásica con elementos más modernos y combativos. Cuestión que, como ya se ha explicado, fue la principal característica de la tercera ola disidente. Por ejemplo, el 20 de junio de 1981 se organizó por parte del Comité Local de Terrasa una sesión de cine en memoria de Gramsci. El evento, que consistía en la proyección de la película Antonio Gramsci: Los días de cárcel, contó con la presencia del filósofo Manuel Sacristán. Este acto sirvió para profundizar en el pensamiento del intelectual comunista, al tiempo que también fue utilizado para realizar una crítica directa al eurocomunismo:

Entre Gramsci y el eurocomunismo (aparte de que Sacristán señaló la radical indefinición de lo que aquel sea) existe una gran diferencia: Gramsci parte de un punto de vista defensivo y de profundo pesimismo; elaboraba una política para una fuerza derrotada, como era entonces el PCI. Los euros, en cambio, intentan utilizarlo desde una perspectiva optimista, creyendo encontrar en él la idea de que la política de alianzas llevará por sí misma a la victoria del socialismo. Nunca pensó Gramsci tal cosa, afirmó Sacristán.¹⁶²

La crisis interna se estaba reconfigurando rápidamente y los ortodoxos cada vez se encontraban más arrinconados. Los miembros del CC que exigían el cumplimiento de las tesis del V Congreso pronto se vieron en una tesitura muy complicada. El 21 de junio de 1981, Josep Serradell, Román, enviaba una carta al secretariado del PCE. En ella, el veterano dirigente protestaba enérgicamente ante un hecho insólito. La organización le había solicitado su dimisión en caso

de que no estuviera dispuesto a defender las tesis eurocomunistas del PCE en la próxima conferencia del PSUC. En su opinión, esta arbitraria postura contrastaba con la permisividad que el partido estaba manteniendo con el fraccionalismo existente por parte de eurocomunistas y renovadores:

Pido solamente igualdad de condiciones para defender mis opiniones ante el partido, tanto en relación con la preparación de la Conferencia Nacional del PSUC como en el X Congreso. Ello sería un buen ejemplo para empezar a poner orden en el partido, pero un orden democrático y no unilateral y arbitrario.¹⁶³

La contestación del secretariado del PCE fue fulminante. Se le comunicó a Román que había sido excluido de la reelección a los órganos de dirección por haber manifestado «una falta de disciplina que te descalifica para continuar en ellos».¹⁶⁴ A principios de julio, el CC del PSUC destituía a Pere Ardiaca de su responsabilidad como presidente del partido, al mismo tiempo que ampliaba el CE con varios militantes adscritos al eurocomunismo.¹⁶⁵ Pocos días después, el propio Serradell era entrevistado por el Diario de Barcelona sobre la crisis del PSUC. El veterano dirigente catalán insistía en aclarar que el problema residía en lo que realmente se escondía detrás del uso del término de eurocomunismo:

Detrás de la palabra hay una serie de connotaciones. Otros pensamos que el partido debe seguir manteniendo su carácter comunista y como que tenemos la experiencia de que hay una práctica eurocomunista que no concuerda con la práctica de un partido comunista, nos posicionamos en contra de que el partido se llame eurocomunista.¹⁶⁶

Pese al nivel de tensión que se alcanzaba en julio en el PSUC, Serradell parecía bastante optimista. En una entrevista realizada en estas fechas se mostraba abierto a la posibilidad de llegar a algún acuerdo próximo:

Me he acostumbrado a mantener mis posiciones dentro de la posibilidad de encontrar acuerdos con los camaradas que tienen divergencias conmigo [...] Yo pienso que una batalla política no está nunca perdida. Incluso a última hora pueden aparecer elementos que pueden hacer variar los resultados previstos.¹⁶⁷

Esta actitud pausada poco tenía que ver con la desesperación con que muchos militantes vivieron el retroceso de lo que consideraban «conquistas de la clase obrera en el partido».¹⁶⁸ Un ejemplo del grado de crispación que esta crisis llegó a adquirir se puede observar en el aumento de la tensión entre corrientes. A principios de junio, el PSUC celebró una conferencia nacional en la cual el partido recuperó oficialmente el término eurocomunismo. Durante algunas de las sesiones, las bases del movimiento disidente mostraron un alto grado de desesperación. Una muestra bastante representativa de este nivel de confrontación se puede observar en las formas adoptadas durante los enfrentamientos vividos el 11 de julio:

Unos treinta prosoviéticos, que portaban pegatinas con frases como «Ni carrillistas ni eurocomunistas», «Ardiaca presidente», «Viva el comunismo», «Fuera el eurocomunismo», tomaron posesión del vestíbulo de la sala donde se celebraba la conferencia. Empezaron a insultar a miembros del servicio de orden, a quienes acusaron de fascistas y traidores. Hubo ligeros forcejeos. El servicio de orden formó una barricada con mesas detrás de la puerta de entrada. La llegada al local de Jordi Solé Tura exaltó aún más los ánimos de los prosoviéticos. Pese a que el diputado fue protegido por miembros del servicio de orden, no fue posible evitar que fuese golpeado y zarandeado. El presidente saliente del PSUC, recién destituido por el Comité Central de este partido, Pere Ardiaca, salió para intentar disolver a los asaltantes y convencerles de que cesaran en su empeño [...] Entre éstos figuraban militantes de Mataró (localidad cuyo comité local fue suspendido en sus funciones por el comité ejecutivo) y de Tarrasa. Tras un breve diálogo con los asaltantes, que vitorearon a Ardiaca, éste logró que abandonaran el lugar.¹⁶⁹

Sin embargo, los repertorios de actuación de estos disidentes fueron muy

diversas y no todas las formas de oposición llegaron a adquirir un cariz violento. Celestino Sánchez recuerda en su relato cómo disfrutaban desarrollando formas de resistencia pasiva. De su imaginación y coordinación llegaron a salir métodos que abarcaban un amplio repertorio simbólico:

Comité Comarcal, reunión que venía el Guti y el Gregorio a darnos candela y convencernos que el eurocomunismo era canela en rama, que era una cosa de puta madre. Y esto que te digo, las formas en que nosotros hacíamos. Yo recuerdo que estaba sentao, cojo un papel y pongo «pásalo al del al lao que ya verás como el Guti y el Gregorio se van a cabrear como una mona». Cojo el papel, se lo pasa al de al lao, se lo pasa al de al lao, se lo pasa al de al lao. Claro, cuando llega a donde están ellos sentaos, lo abre, lo lee, lo cierra, se levanta y se lo pasa a... ¡Cogieron un cabreo! ¡No entendían lo que pasaba!¹⁷⁰

A partir de esta conferencia, el PSUC se partió de facto en dos organizaciones. Los comunistas ortodoxos empleaban normalmente las denominaciones de PSUC (V Congreso) o la de PSUC (Comunista). Ambas formas de bautizarse hacían referencia a los dos principales elementos que cohesionaban su autopercepción: la defensa de las tesis del V Congreso y de la identidad comunista. Sin embargo, la resistencia de los sectores críticos continuó agudizándose. Otro episodio digno de mención dentro de la resistencia ortodoxa tuvo lugar en la Festa de Treball de septiembre de 1981. Un evento que llegó a contar con más de cien mil asistentes.¹⁷¹ Esta fiesta resultó ser mucho más convulsa que las anteriores. Se acabarían convirtiendo en el escenario donde se produjeron varios choques entre eurocomunistas y ortodoxos, incluida una agresión a Paco Frutos. Alberto Herbera, militante del PSUC en la Universidad de Barcelona, recordaba en su testimonio estos hechos:

Éramos PSUC (V Congreso). Llevábamos unas pegatinas amarillas que ponían «Visca el V Congrès. PSUC». En aquella fiesta se organizó el boicot al mitin de Carrillo y de Paco Frutos. Se distribuyeron centenares de carracas ensordecedoras, cientos a la vez cuando Carrillo intervenía en el mitin, de manera que es que no se le podía escuchar. Entonces, una de las cosas que

hicieron los eurocomunistas, se dedicaron a sacar fotos de la gente que estaba con las carracas y con las pegatinas del V Congreso. Y esas fotos luego las distribuyeron por algunas agrupaciones del partido para que los eurocomunistas vieran a quienes de los del V Congreso identificaban en la foto y alguno fue expulsado por eso. Después de la Conferencia de junio las expulsiones ya eran en masa, eran constantes.¹⁷²

La convocatoria de un nuevo congreso del PSUC volvió a caldear el ambiente. En sus documentos se volvía a hablar de estrategia eurocomunista y, además, se restringían las formas de participación de los delegados. Lógicamente, esto motivó nuevas críticas del sector disidente. Como respuesta, redactaron un documento firmado por treinta y tres miembros del CC titulado «Por un Congreso Democrático, de participación y de unidad del PSUC». En su interior, se realizaba una crítica demoledora a las formas autoritarias de la mayoría de la dirección del partido y lanzaba un llamamiento a trabajar por la recuperación del PSUC. Finalmente, recalcaban la necesidad de ser un partido capaz de tener presente su historia, a la vez que se convertía en una herramienta de combate para la clase trabajadora y los movimientos sociales emergentes (ecologista, feminista, vecinal, estudiantil, etc.).¹⁷³ Este manifiesto sería públicamente apoyado por diversos sectores que, en forma de cascada, se irían sumando a este movimiento disidente.¹⁷⁴ La respuesta de la dirección eurocomunista no se hizo esperar. Se produjeron numerosas sanciones y expulsiones. Por ejemplo, se echó del partido a los cuatro miembros del PSUC en el Parlamento de Catalunya. Además, varios comités fueron oficialmente disueltos. No obstante, estas estructuras continuaron funcionando a los márgenes de la disciplina partidaria. Esta situación produjo numerosos choques con la dirección, que pretendía quedarse con las propiedades y bienes de estas organizaciones, como imprentas y locales.¹⁷⁵ En este punto, la situación era muy conflictiva y parecía imposible lograr una vuelta a la normalidad. El antagonismo generado marcaría el comienzo de una nueva etapa para los comunistas de Cataluña.

El Partit dels Comunistes de Catalunya, «un partido de los comunistas de siempre»

Del 9 al 12 de abril se celebró en el Palau de Congressos de Montjuic el VI Congreso de los comunistas catalanes. Un evento donde se daría luz a la creación de un nuevo partido, el Partit dels Comunistes de Catalunya (PCC). Este congreso destacó por su carácter ecléctico. Las representaciones clásicas de la cultura comunista se entremezclaban con otros materiales propagandísticos caracterizados por sus contenidos de actualidad. La narración del congreso que se hacía desde las páginas de su órgano de prensa provisional hacía una reseña que recogía cada detalle del evento. En ella se resaltaban aspectos como la disciplina, pero también la ilusión colectiva o el compañerismo de los asistentes:

Una gran pancarta preside la entrada al Palau de Congressos «Un Congrès democràtic per una política comunista.» Los camaradas del servicio de orden controlan las credenciales y un grupo de miembros de la Juventud Comunista de Catalunya instala un tenderete en la puerta. También grupos de trabajadores colocan pancartas en los alrededores de la entrada, saludando al Congreso «Los trabajadores de INGAM saludan a los comunistas del PSUC», «Nuestros principios son irrenunciables», sobre imágenes de Marx, Lenin y el Che Guevara [...] Una gran bandera roja con la hoz y el martillo fue desplegada, presidiendo la sala detrás de la tribuna de oradores, lo que fue acogido con aplausos unánimes y atronadores, que se sumaron al canto de la internacional, puño en alto.¹⁷⁶

Como ya se ha explicado en este mismo capítulo, la recuperación de estas siglas obedecía a la necesidad de ofrecer una imagen de continuidad con la historia del PSUC. La elección de Pere Ardiaca como presidente del PCC no solo suponía enmendar el agravio al cual habían sometido al veterano comunista, sino que también ofrecía una imagen de continuidad con el «hilo rojo» de la historia del PSUC. Otro guiño importante a la memoria del comunismo catalán tuvo lugar con la lectura de una carta de Nuria Comorera, nieta del histórico comunista

catalán, manifestando su adhesión al congreso. Con el mismo objetivo de reafirmación memorialística intervinieron personas cuyas penas muerte fueron finalmente conmutadas por la dictadura, así como algunos fundadores del PSUC. Por eso, es posible rastrear muchos de los elementos de su narrativa del pasado que estuvieron omnipresentes en el relato que se construyó sobre la memoria del PCC. Una memoria orgánica que comenzó a fraguarse desde el inicio de este congreso:

El bagaje histórico que los comunistas de Catalunya han acumulado a lo largo de años de lucha, encontraba de nuevo su camino de continuidad en la constitución del Partit dels Comunistes de Catalunya, después de un largo proceso a través del cual los sectores eurocomunistas del PSUC intentaron liquidar el partido, desnaturalizar su historia y engañar a sus bases [...] El sexto Congreso de los comunistas de Catalunya [...] ha significado la recuperación de la historia de los comunistas catalanes y como tal quedó patente en las sesiones, aunque con nuevas siglas, de las señas de identidad.¹⁷⁷

El nuevo PCC era definido como un partido nacional catalán, aunque al mismo tiempo Juan Ramos, elegido secretario general, afirmaba ante la prensa que «nuestras posiciones serán de total acuerdo y apoyo a aquellos camaradas del PCE que vayan a recuperar el partido para reconstruir el comunismo».¹⁷⁸ Una buena muestra de ello fue la intervención en el congreso de Ángel Campos en representación del MRPCE, a la que había que sumar la presencia de más de treinta militantes del PCE provenientes de Madrid, Valencia o León. En su intervención, el sindicalista felicitó a los ortodoxos catalanes y señaló la importancia que este paso tenía para la definitiva reconstrucción del PC en el Estado español.¹⁷⁹ Por su parte, la presencia de los partidos comunistas de los países del socialismo real fue bastante discreta. La única organización que asistió de forma oficial fue el partido checoslovaco. No obstante, sí que había periodistas enviados desde esos países para cubrir la información del congreso. Hubo presencia de reporteros pertenecientes al diario Pravda, órgano del CC del PCUS, del Neues Deutschland, de la RDA y de la agencia oficial húngara MTI. Las declaraciones del recién creado PCC tampoco sobresalieron por tener como tema central la reivindicación del referente soviético. Es más, incluso sus dirigentes hablaban de dar a estos países un apoyo crítico:

El PCC manifiesta que la lucha por la paz es el principal objetivo en estos momentos y califica esta lucha como profundamente revolucionaria. El PCC manifiesta su apoyo al movimiento de países no alineados y aboga por la desaparición de los bloques, aun manifestando que los bloques tienen características profundamente diferentes. El PCC manifiesta su apoyo crítico a los países socialistas y constata su enorme ayuda a los movimientos de liberación nacional de todo el mundo y a los países pobres.¹⁸⁰

En cuanto a la asistencia, el congreso pretendía mostrar la fuerza del sector ortodoxo. El PCC aseguraba que habían participado novecientos veintiséis delegados. Estos a su vez serían una fracción de los siete mil quinientos militantes del partido. Un estudio sociológico de los delegados elaborado por la propia organización contribuye a ofrecer datos importantes para comprender las dimensiones de su militancia.¹⁸¹ En primer lugar, de esta muestra tan solo el 12,31 % eran mujeres, lo que suponía una cifra muy baja que pone de manifiesto la masculinización de su militancia. También resulta llamativo que el 65,56 % de los delegados hubiera nacido fuera de Cataluña, lo que evidenciaba la importancia de los proletarios de origen emigrante. Respecto al lugar de nacimiento de los militantes de origen no catalán, destacaba especialmente Andalucía (35,42 %), seguida de Extremadura con un 10,04 %. Acerca de la comprensión del catalán entre los delegados, este idioma lo entendía un 74,62 %, lo hablaba el 46,97 %, lo escribía el 25,57 % y lo leía el 53,67 %. Un dato que contribuye a romper el estereotipo de un modelo de militante envejecido es que el segmento de edad más numeroso fuera el de los militantes con edades comprendidas entre los 26 y los 35 años (351), seguido de los que tenían entre 36 y 45 (228). Además, destaca que tan solo 33 delegados tuvieran más de 65 años. En total el promedio de edad era de 36,95 años, lo que resulta bastante bajo y muestra una militancia mucho más joven que el estereotipo que se suele presentar. Otro dato muy interesante es el del ingreso en el PSUC/PCE. El estudio muestra cómo el año de la legalización del PSUC fue el que registró mayores adhesiones (15,66 %), aunque el anterior también fue importante, con un 13,93 %. Tampoco hay que minusvalorar el segmento comprendido entre 1970 y 1974, en la etapa final del Franquismo (15,77 %). Lo que sí muestra es una drástica bajada en cuanto a los ingresos a partir de 1977. Otro indicador importante es el del nivel de estudios de los delegados al congreso. La mayoría

de ellos tenía unos estudios primarios elementales (52,59 %) seguido de los delegados con una enseñanza media (16,09 %). Mucho más minoritarios eran los universitarios (8,53 %) y aquellos que habían cursado una formación profesional (3,13 %).

Sin embargo, el indicador más importante para tener un diagnóstico claro de la composición social de los delegados era el de la categoría de profesión. En este rango, destacaban de forma abrumadora los obreros con un 44,38 %, seguido de los empleados y administrativos con el 12,63 %, los técnicos y profesionales (9,29 %) y los parados (8,10 %). De entre los obreros, la mayoría se encontraba focalizada en la rama del metal, con un 22,35 %, y la construcción, con un 14,57 %. Por otra parte, llama la atención la práctica ausencia de campesinos (0,65 %), mientras que en el caso de los empresarios (0,32 %) lo más llamativo es su sola aparición, aunque estos podían ser pequeños comerciantes. También es importante la presencia, aunque fuera minoritaria (2,05 %), de cargos públicos entre los delegados. Además, la encuesta también abordaba la ocupación de cargos en organizaciones de masas, de las cuales la mayoría correspondían a CC. OO. (23,54 %) y a las asociaciones de vecinos (11,23 %), siendo tan solo un 7,45 % las personas que ostentaban cargos en la categoría de «otras entidades o movimientos».¹⁸²

En términos globales, este estudio sociológico ofrecía un perfil de la militancia muy determinado. El perfil estaría caracterizado por el predominio de varones jóvenes de extracción proletaria y de origen emigrante. Además, tendrían un conocimiento medio del catalán y su presencia estaría en movimientos sociales clásicos (el sindicato y la asociación de vecinos). Esto no quiere decir que los profesionales, universitarios o las mujeres no tuvieran un papel de importancia en la actividad del partido. Sin embargo, muestra cómo la mayoría de la masa militante ofrecía otro perfil. Máxime cuando los delegados a los congresos tendían a ser cuadros del partido que eran elegidos entre sus compañeros de organización de base o intermedia, por gozar del prestigio de sus camaradas y, en muchos casos, se sobrerrepresentaba en este papel a los profesionales y universitarios, al ser mejor valorados socialmente y por su capacidad intelectual. Justo lo contrario que el caso de las mujeres, por enfrentarse muchas de ellas, especialmente aquellas con un perfil de amas de casa, a su invisibilización

dentro de la organización.¹⁸³

Tan solo seis meses después de la creación del partido tuvo lugar la primera contienda electoral a la que el PCC se presentó bajo el lema «Queremos y podremos transformar la sociedad» y «Votar comunista hoy es votar PCC». La esperanza puesta en estas elecciones era mucha. Una buena parte de sus dirigentes y militantes creían que estos comicios servirían para confirmar la fortaleza de su organización.¹⁸⁴ Sin embargo, el resultado no fue el esperado. El PCC solo logró 47.333 votos al Congreso de los Diputados y 61.320 para el Senado. En mayo de 1983 se celebraron las segundas elecciones municipales desde la muerte de Franco. Los resultados del PCC fueron ligeramente mejores que las anteriores generales (68.451 sufragios). Sin embargo, solo obtuvieron 73 regidores distribuidos en 25 municipios. Finalmente, el partido solo obtendría tres alcaldías en la provincia de Barcelona: Montcada i Reixac, Vallirana y Santa Perpetua de la Mogoda. Fueron las elecciones autonómicas de 1984 las que supusieron un punto de inflexión en la historia del PCC. En este caso, el partido obtuvo un 2,79 % (71.130 votos), por lo que por un estrecho margen no logró llegar al 3 %. Este era el requisito mínimo necesario para obtener representación parlamentaria. De haberlo conseguido, el PCC habría logrado dos diputados en el Parlamento catalán.¹⁸⁵

Los rasgos políticos del partido durante esta primera etapa muestran un perfil plural y moderado. Por ejemplo, en la denominación del partido se subrayaba que sus bases eran «los principios del marxismo-leninismo y de otras aportaciones de la práctica y el pensamiento revolucionario».¹⁸⁶ Esta última coletilla reflejaba la existencia de una pluralidad de principios que no necesariamente se podía englobar de forma estricta como parte del marxismo-leninismo. Incluso, junto a las clásicas referencias a la clase obrera o la lucha por el socialismo y el comunismo, se concretaba que «estos objetivos pretende conseguirlos por medio de todos los procedimientos democráticos, en el pluralismo político y, esforzándose por consolidar y profundizar la democracia». Además, se insistía en el carácter autónomo del partido, que mantenía sus distancias con la existencia de partidos guía en el movimiento comunista. La cuestión quedaba clara con una frase en la que se decía que el PCC «reafirma su plena independencia, tanto en la elaboración de la línea política como en la

búsqueda de una vía democrática hacia el socialismo de acuerdo con las características propias de Catalunya dentro del conjunto de los pueblos de España». ¹⁸⁷ Por si esto fuera poco, el partido mostraba algunas herencias del PSUC. Por ejemplo, en 1982 el PCC afirmaba que uno de sus principales objetivos era

la defensa de la Constitución del Estado y su desarrollo y transformación progresista dentro del marco de una convivencia pacífica entre españoles; la defensa y ampliación de las libertades individuales y colectivas; la consolidación de una democracia auténticamente representativa tanto en el terreno institucional como en el de la participación popular.

En cuanto a las cuestiones de carácter organizativo, el nuevo partido también mostraba otras contradicciones. Por ejemplo, pese a reivindicar el «partido de nuevo tipo leninista», mantenía la figura de la agrupación como organización de base. Es decir, el modelo de estructura interna que había traído el eurocomunismo. Esta figura era entendida como una unidad territorial o sectorial grande que se reunía esporádicamente de forma plenaria y coordinada por un comité, que se reunía de forma más frecuente. ¹⁸⁸

No obstante, el PCC fue sufriendo importantes transformaciones, construyendo paulatinamente una identidad propia. Para empezar, el importante impulso que este partido dio a la creación del PCPE provocó cambios significativos a corto plazo. Buena parte de los cuadros de la organización pasaron a formar parte de los órganos de dirección del PC de Ignacio Gallego, lo que supuso un importante coste político-organizativo. ¹⁸⁹ En los años siguientes, el PCC profundizó algunos aspectos de su ortodoxia. Por ejemplo, se produjo la recuperación del sistema celular en su VII Congreso (1985) y se adoptó una imagen pública más ortodoxa. ¹⁹⁰ Sin embargo, el partido también desarrolló una amplia política de alianzas. El 30 de mayo de 1986, al calor de la creación de IU, se aprobaba en una conferencia nacional la política del «Front d'Esquerres». Esta propuesta pretendía agrupar en torno a un programa común a «las tres corrientes fundamentales de la izquierda catalana: la corriente reformista, la nacionalista y

la comunista y cuyo bloque vertebrador deberá incluir a ERC, PSUC, ENE y PCC». ¹⁹¹ La falta de acuerdo en Cataluña con el PSUC hizo que la alianza no fuera posible y el PCC se volviera a presentar en solitario a las elecciones, cosa que se valoraba muy negativamente. ¹⁹² Finalmente, a principios de 1987, el PCC se integró en Iniciativa Per Catalunya. Esta situación no duraría mucho, ya que la posterior crisis del comunismo catalán produciría su expulsión en 1989. ¹⁹³

Por otra parte, la organización llevó a cabo un importante proceso de construcción de su memoria colectiva. Desde su origen puso en marcha políticas culturales con el objetivo de construir una memoria orgánica que sirviera de aglutinante, basadas en dos pilares fundamentales. Por una parte, se trataba de construir una narrativa del pasado que estableciera unos vínculos claros con la memoria colectiva de los comunistas catalanes y del PSUC. Para eso fue importante la edición de textos sobre la historia de la organización. Un buen ejemplo de ello fue la publicación de un libro sobre la fundación del PSUC coordinado por uno de sus fundadores, Pere Ardiaca. El objetivo del libro era «dar a conocer a las nuevas generaciones de comunistas estos documentos y para las nuevas generaciones que, seguro que los conocen, ofrecérselos compilados en un solo libro». ¹⁹⁴ Otro ejemplo se puede ver en la reivindicación de las figuras heroizadas de Puig-Pidemund, Carrero, Valverde y Numen Mestre, asesinados por la dictadura el 17 de febrero de 1949. Las palabras de Josep Serradell, Román, en la celebración de un acto conmemorativo son muy ilustrativas al respecto:

Nos hemos reunido aquí los hombres y mujeres más fieles a la memoria de nuestros héroes, los que no olvidamos nunca los sacrificios de los mejores comunistas en la lucha por los ideales de la libertad y la democracia y la causa del socialismo [...] Nosotros hemos sido fieles a su memoria, sin renunciaciones ni falsificaciones, a las que hemos asistido en estos últimos años por parte de aquellos que nunca se habían acordado o habían hecho lo necesario para no acordarse [...] Nosotros, los militantes del PCC, estamos hoy donde estábamos antes. Con los ideales de nuestros compañeros que ahora recordamos y que defendimos con coraje, hasta el final. ¹⁹⁵

Las cuestiones relevantes de su memoria no terminan aquí. Otro aspecto interesante fue la irrupción de un relato del pasado impregnado de una impronta catalanista. El PCC se definía a sí mismo como un partido «nacional y de clase» que tenía entre sus principales objetivos lograr el derecho de autodeterminación para Cataluña. En este sentido, siempre resaltaba sus rasgos propios como partido catalán. Además, abogaban por la aplicación total de los límites del estatuto y la protección de la lengua y cultura catalanas.¹⁹⁶ Precisamente por eso, el PCC incluiría dentro de sus liderazgos históricos de referencia al catalanista Joan Comorera. Este dirigente había sido una figura polémica dentro de la memoria comunista ya que, pese a haber sido el máximo líder del PSUC entre la Guerra Civil y la década de los cincuenta, había sido defenestrado posteriormente y tachado de «traidor» por la memoria orgánica del partido. De esta manera el partido construyó una peculiar memoria orgánica con rasgos propios. Este hecho se puede ver en la implicación de la organización con motivo de la repatriación del cadáver de Joan Comorera:

El traslado de los restos del que fuera secretario general del PSUC, Joan Comorera, a Barcelona, rindiendo homenaje merecido al que fue el gran luchador por el socialismo y el comunismo, muestra que nuestro partido es de formación relativamente reciente. El PCC asume y es continuador de la historia gloriosa y las tradiciones revolucionarias del PSUC y por tanto reivindica la historia crítica y autocrítica, la autoridad y el prestigio, del que fue uno de sus más cualificados dirigentes. Esa es la razón de que la dirección del partido, y desde el primer momento, saludara y se pusiera al lado de la iniciativa tomada por su familia, conjuntamente con la Generalitat de Catalunya, de la que Joan Comorera fue conseller.¹⁹⁷

Durante su primera etapa, el PCC tuvo que construir todas las herramientas que necesita un partido para funcionar. Dotarse de un órgano de prensa es una tarea crucial, pues de esta manera adquiriría una herramienta muy importante para la propagación de su ideario. En un interesante artículo sobre cómo debía venderse la prensa comunista, el camarada Manolo, quien gozaba del prestigio del resto del partido por sus altos índices de venta, daba algunas claves de la importancia que este instrumento revestía para ellos:

Mi experiencia de venta en la calle, que traspaso a todo el Partido, es que, cuando se vende un ejemplar, es fácil abrir un diálogo con la persona que te lo compra. Cuanto más preparado estés políticamente, más fructífera será la conversación. Y nuestro trabajo de masas será positivo. En este terreno os diré que después del diálogo sostenido con muchos compradores, muchos de ellos, descolgados del PSUC por no estar de acuerdo con su línea «euro», me piden dónde pueden ir para ingresar en el PCC, porque todavía se sienten comunistas [...] Algunos me lo dicen: «Manolo, ya estamos en el Partido». Ni que decir tiene, que para mí es una gran alegría, porque reafirma mi fe en la propaganda y en sus resultados [...] En primer lugar cada camarada debe quedarse con dos ejemplares que venderá luego o regalará, según sus posibilidades, innecesario decir que antes deberá leerla para estar en condiciones de contestar a quien se la dé, y así poder abrir un diálogo.¹⁹⁸

La prensa escrita era una importante herramienta de propaganda política, por lo que su utilización destacó desde épocas tempranas. Inicialmente, se editaba el Butlletí informatiu. Este periódico nacía de la necesidad de que los militantes que estaban identificados con las tesis del V Congreso del PSUC pudieran tener en sus manos elementos de reflexión y análisis político en torno a la crisis que atravesaba el partido. En concreto, los elementos que se correspondieran con el punto de vista disidente y que expusieran los puntos de vista de los miembros del Comité Central expulsados, cuyas voces no tenían acceso a la prensa oficial del PSUC. El Butlletí d'informació cumplió sus objetivos, con más o menos aciertos, dado lo precario de los medios de que disponían. Concluida su misión, este boletín dejó de existir dejando tras de sí catorce números. Fue sustituido por otra cabecera que llevaba por título Órgan provisional del Comité Central. Se suponía que tendría una vida efímera para ser inmediatamente sustituido por el órgano oficial definitivo, es decir, por el periódico del nuevo partido. Sin embargo, la provisionalidad se prolongó más de lo previsto y tuvieron que ir poniendo un cero tras otro, hasta en seis ocasiones. Uno con cada número extra.¹⁹⁹ Finalmente, el 28 de mayo de 1982 aparecía Avant, ya como órgano de expresión del CC del PCC. Su tirada inicial era de 6.000 ejemplares. Su contenido destacaba por exhibir un alto grado de rigor y profesionalidad periodística. Era un periódico moderno, con distintas secciones bien diferenciadas y donde se trataban temas de actualidad, al mismo tiempo que aparecían algunas cuestiones más ideológicas, pero desde un punto de vista dinámico. También se dedicaba bastante espacio a tratar temas de orden internacional. La cuestión de la identidad también se reflejaba en los principios de Avant, concebido como un instrumento de orientación y lucha de la clase obrera, además de como un órgano partidario.²⁰⁰ A finales de 1985, Joan Tafalla, quien era el máximo responsable del periódico, elaboró un informe sobre las principales tareas que debía encarar Avant. En primer lugar, reconocía el importante trabajo que había tenido como instrumento cohesionador de la militancia durante los primeros meses de existencia del PCC. La aparición semanal del periódico había de hacer creíble el proceso a los propios militantes. Además, Avant habría jugado un papel importante en el proceso del Congreso de Unidad de 1984 como vehículo de difusión. Sin embargo, se criticaba que, durante la primera etapa del periódico, el contenido había sido muy ideológico, haciendo referencia a pocos hechos concretos, gracias al interés que había en reafirmar los principios político-ideológicos. No obstante, poco a poco se habría abandonado este aspecto, tratando de incorporar reflexiones concretas de la experiencia del partido y la clase trabajadora. Sin embargo, no todo eran cosas

positivas. En cuanto a su difusión, se insistía en que esta era insuficiente, sobre todo teniendo en cuenta los miles de militantes con que contaba el partido. La venta de Avant era estable y oscilaba entre los 6.826 números vendidos del número 89 a los 5.285 del número 54. A estos había que sumar las 250 suscripciones pagadas, 70 suscripciones políticas y 216 números que se envían a la prensa en general.²⁰¹ Dos años después, el partido distribuía de forma regular 5.888 ejemplares de Avant, a los que había que sumar 2.450 ejemplares más que se estaban llevando durante el último periodo a la puerta de las empresas desde la Comisión Central de Agitación y Propaganda con el soporte de las organizaciones territoriales, por lo que había un total de 8.338 ejemplares distribuidos. En cuanto a la revista teórica Realitat, de su primer número se habían editado 3.000 ejemplares y solo se habían vendido 700. Igualmente, las cifras de ventas de su segundo número no fueron muy altas: se editaron 2.500 ejemplares y se distribuyeron 650. Respecto al periódico del PCPE Nuevo Rumbo, se distribuían en Cataluña 2.500 ejemplares.²⁰²

Durante los siete años que se analizan en este trabajo, el PCC fue un partido con unas dimensiones cuantitativa y cualitativamente importantes. La militancia de este partido abarcó a varios miles de personas. Además, también tuvo una relevante implantación en muchas ciudades y pueblos de Cataluña. Sin duda alguna, hay suficientes indicios para poder afirmar que se convirtió en una organización con una buena implantación en el tejido social catalán, especialmente entre la clase obrera. Además, en la conformación del PCC no solo participaron los militantes del PSUC que querían que se cumpliesen los acuerdos del V Congreso, sino que también se incorporaron otros pequeños grupos. Por ejemplo, sectores provenientes del movimiento obrero que habían abandonado el PSUC por su política moderada en lo sindical, u otro núcleo proveniente del desaparecido PTE.²⁰³ A estos grupos también se sumó el PCEU que lideraba Carlos Delgado, dado que su sección catalana decidió integrarse en el PCC, aunque como recuerda Pepe Gálvez su papel dentro de este partido fue mínimo.²⁰⁴

Desde un punto de vista cuantitativo, las cifras totales de la militancia del PCC no están claras, y ofrecer datos de forma rigurosa requeriría la consulta de una documentación que ahora mismo no está accesible. No obstante, se han podido

consultar las cifras de militancia de algunos años concretos, lo cual, unido a la existencia de otras fuentes, como los delegados a congresos, permite hacerse una idea aproximada. Las cifras de militancia de los que se han podido consultar muestran cómo en 1985 el PCC tenía 5.595 fichas de militancia en poder del CE. Cuando se celebró el VII Congreso del PCC, en junio de 1985, la secretaria de organización elaboró un nuevo estudio sociológico sobre los 803 delegados que evidenciaba que la militancia del partido tenía presencia en todos los sectores asalariados de Cataluña, especialmente entre la clase obrera industrial. Sin embargo, las mujeres continuaban siendo un porcentaje muy reducido (13,6 % de los delegados). En cuanto a la media de edad, las dos terceras partes del Congreso estaban comprendidas en una franja que iba de los 26 a los 45 años de edad, lo que aportaba la visión de un partido compuesto por población activa y joven, dentro de la cual continuaba habiendo una fuerte presencia de personas de origen emigrante. Además, la organización continuaba manifestando una cierta debilidad en las células de empresa y en el trabajo en otros movimientos sociales ajenos a CC. OO. y las asociaciones de vecinos.²⁰⁵

Otros datos sociológicos permiten completar la radiografía de su militancia. Por ejemplo, en 1984 este partido contaba con 5.192 afiliados en los grandes núcleos, mientras que al año siguiente la militancia se habría reducido a tan solo 4.912 efectivos en esos mismos grandes núcleos. Los sitios donde el partido tendría más militancia, para los años 1985 y 1986 respectivamente, serían principalmente el Vallès occidental (1.399 y 1.859) y Barcelona (1.263 y 1.131), seguido a bastante distancia del Baix Llobregat (989 y 913) y el Maresme (286 y 325).²⁰⁶ En otros documentos han aparecido cifras referentes a otros años posteriores. Por ejemplo, en 1986 la cifra de militancia sería de aproximadamente 5.900, lo cual muestra una importante recuperación de 1.000 militantes en tan solo un año. Además, el partido dio mucha relevancia a las campañas de proselitismo. Por ejemplo, en 1986 se llevó a cabo una denominada «Pel Front d'Esquerres. Un partit més fort». Gracias a esa campaña, la cifra de militantes para finales de 1987 aspiraba a llegar a la cantidad de 6.980-7.000 personas. Otros datos destacados tienen que ver con la implantación en el territorio. En ese año, el PCC tendría 304 comités de dirección política a diversos niveles y unos 1.500 cuadros, que eran definidos como «el activo del partido». Sin embargo, la organización también atravesaba contrariedades en su composición interna. Los problemas de trabajo residían en que «muchos cuadros no hacen nada y que otros tienen demasiadas cosas que hacer. Por aquello de la

síntesis de los contrarios, los dos terminan por no hacer nada o casi nada. Los primeros. porque no les damos tareas, y los segundos porque teniendo tantas, están imposibilitados para atenderlas». ²⁰⁷ El análisis de su implantación ofrece la imagen de una estructura muy comprimida, con presencia fundamentalmente en la provincia de Barcelona, especialmente en el cinturón industrial. Otro problema se encontraba en que muchos militantes no realizaban su actividad en el seno de sus empresas, ya que contaban con 2.062 militantes que trabajaban en 1.050 centros de trabajo donde no existía ninguna célula.

El paso de los años muestra una lenta evolución de su estructuración interna. Las fichas oficiales que manejaba la secretaría de organización en octubre de 1987 daba un número de 6.418 comunistas, de los cuales una amplia mayoría eran hombres, un 77,73 % frente a un 22,27 % de mujeres. Del total de militantes, trabajaba un 65,31 %; el resto se dividía en un 22,31 % de pensionistas y un 9,66 % de parados. Muy relevante resulta también analizar los datos de participación de la militancia del PCC en los movimientos sociales. La principal organización de masas donde participaban los miembros de este partido era CC. OO. Esto venía determinado no solo por una dinámica procedente del PSUC, sino porque se estipulaba en sus documentos congresuales como una prioridad. Sin embargo, tan solo el 58 % de su militancia estaba afiliada a este sindicato a finales de 1987. Las causas que esgrimía la secretaria de organización para esta anomalía eran múltiples. Por una parte, había sectores que tenían dinámicas propias como los taxistas, los autónomos, las amas de casa o los campesinos. Sin embargo, por otra, el partido analizaba que existían causas motivadas de la percepción negativa que muchos militantes tenían del sindicato, posiblemente por la percepción de que estaba controlado por los eurocomunistas. No obstante, su presencia en CC. OO. era bastante importante. Una radiografía de su actividad sindical muestra cómo el PCC en 1987 tenía 619 delegados elegidos en las últimas elecciones sindicales, el 10 % de su militancia. De ellos, 448 (8 %) estaban en puestos de responsabilidad del sindicato. En cuanto a cargos en un nivel alto, el PCC contaba con 80 militantes que ostentaban la responsabilidad de secretarios generales de ramos o territorios importantes; 58 de ellos se encontraban en el cinturón industrial de Barcelona, 14 en Tarragona, 5 en Lleida y 3 en Girona. Por otra parte, existían algunos elementos cualitativos de más difícil valoración, como la hegemonía de las posiciones del partido en algunas organizaciones. Sin embargo, en esta cuestión el propio PCC decía que sus ideas eran mayoritarias en:

la Unión Local (sic) de Barcelona, la Unión Comarcal del Vallés Occidental, las 4 Uniones Locales de Barcelona, la Unión Comarcal del Barcelonès Nord, Lleida, Tarragona, algún ramo importante, como la Construcción de Girona, la zona Mar del Baix Llobregat y algunos otros ramos importantes.²⁰⁸

Además, también participaban en algunas estructuras importantes como el CE de la CONC, CE Confederal y Secretariados. El partido también tenía influencia en otros sindicatos, como el del taxi, donde contaba con una célula consolidada desde hacía años e, incluso, el secretario general del sindicato a nivel estatal era Miguel Tomás, miembro del CC del PCC.

Además, también existían otros movimientos sociales donde sus militantes realizaban trabajo político. 2.145 militantes trabajaban en las asociaciones de vecinos, el 33 %, y de estos ostentaban cargos de responsabilidad en las juntas directivas 418 militantes, el 7 %. En las zonas de mayor implantación, como Barcelona capital, Vallés Occidental, Baix Llobregat y el barcelonés, contaban con 60 militantes que eran presidentes de asociaciones de vecinos. Los presidentes de las asociaciones de la Federación de AA. VV. de Sabadell y del Baix Llobregat pertenecían al PCC. Este partido también tenía implantación en otro tipo de asociaciones del movimiento popular y ciudadano. El 10 % de su militancia, 624 personas, formaba parte de las asociaciones de padres y madres de alumnos. Sin embargo, tan solo el 3 % (221 militantes) estaban trabajando en asociaciones culturales, 193 militantes en centros deportivos y 123 militantes en peñas flamencas. Otro importante frente de trabajo del PCC eran el Movimiento por la Paz, aunque este hubiera sufrido un bajón considerable tras el referéndum sobre la OTAN de 1986. Al año siguiente, el PCC contabilizaba 80 militantes en este frente. En cuanto a los cargos públicos, hay que tener en cuenta que, en el año 1987, el PCC formaba parte de Iniciativa per Catalunya, por lo que en coalición siempre es más complejo analizar el apoyo electoral del partido. Aun así, el PCC conservaba 59 concejales del total de 303 que había obtenido IC. De forma más anecdótica, también contaban con un concejal en una lista del PSC-PSOE y otro en una lista de independientes. En total el PCC tenía 61 concejales. Además de eso, el partido tenía tres alcaldes en el Vallés Occidental.

También se hace necesario comprender otros aspectos de su fisonomía partidaria. Un factor importante es el relacionado con las formas en que funcionaba la maquinaria de la organización. Los órganos de dirección del PCC eran los encargados de organizar el trabajo dividiéndose en una serie de comisiones. Las más importantes eran las que se encontraban en el máximo órgano del partido. Se trataba del secretariado y tenía un carácter ejecutivo. Este órgano estaba compuesto por: secretaría general, finanzas, agitación y propaganda, formación y Avant. El secretariado se reunía de forma regular una vez a la semana, más si así se lo exigía concretar las decisiones del CC y el CE. Por otra parte, el PCC tenía en total 21 comisiones: 4 del secretariado, 9 del ejecutivo y 8 estrictamente del CC. Las comisiones del CE eran las de liberación de la mujer, cultura, economía, internacional, institucional, movimiento obrero, movimiento popular, revista teórica y técnicos y profesionales. Respecto a aquellas que dependían directamente del CC, destacaban por su trabajo la comisión agraria, paz y desarme y la de medio ambiente. De esta penúltima, destacaba su trabajo previo al referéndum de la OTAN. Además, no se trató solo de un trabajo de movilización, sino que también destacó la parte teórica de la participación del PCC en este movimiento, como muestra la edición del libro Paz y Desarme, a modo de ponencias del II Encuentro del Movimiento por la Paz de los pueblos de España celebrado en Barcelona los días 16, 17, 18 y 19 de marzo de 1985.²⁰⁹ Otras, como la de enseñanza, habían tenido dificultades, aunque habían realizado un importante trabajo intelectual con la organización de unas jornadas que habían dado como fruto la elaboración de dos interesantes libros, con toda una serie de propuestas y reflexiones, en clave marxista, sobre cuestiones educativas.²¹⁰ En la misma línea, destacaba la comisión de salud, que también había organizado unas jornadas sobre salud y política en 1986, que contaba con una muy buena participación de profesionales del sector y miembros de toda la izquierda. El fruto de este importante trabajo permitió la elaboración de un libro colectivo sobre esta temática.²¹¹ Por último, la comisión de pensionistas y jubilados había estado encabezada por el recientemente fallecido Salvador Martorell, de quien destacaban el haber realizado un buen trabajo político.

Otro pilar muy importante de la organización fueron las mujeres. Su papel en la extensión de los principios feministas dentro del partido produjo un lento pero constante avance en esta dirección. Como cabía esperar, esta cuestión encontró

una importante resistencia por parte de mucho militantes varones, especialmente entre algunos veteranos. Ángels Martínez recuerda que mantuvieron una importante batalla dentro del CC para que la comisión que se encargaba del trabajo con las mujeres fuera denominada directamente como feminista. Esta cuestión resultó problemática ante la insistencia de algunos hombres como Pere Ardiaca, quien aún se refería a esta problemática como «la cuestión femenina». Si en el CC había pocas mujeres, el CE aún tenía menos, creándose una desigualdad muy acusada entre géneros. Una de las principales causas que Martínez aduce estribaba en las dificultades para la conciliación familiar y la marginación general de la mujer:

Los horarios una locura y luego no nos tenían en cuenta. Tenías que ser muy buena para que te escucharan. Además, ellos iban poco a poco... y las mujeres íbamos más al grano, era otra manera de pensar [...] a mí solo me respetaban cuando hablaba de economía, sino ya no me respetaban.²¹²

Además de las mujeres que tenían un papel activo en los movimientos sociales o un gran perfil intelectual, había otras cuya figura se encontraba asociada a sus maridos, como el caso de Margarita Abril, mujer de Román. El papel más difícil, sin duda, era el realizado por Aurora Gómez, quien era responsable de feminismo. Esta militante tenía una larga trayectoria en el movimiento feminista vinculada al grupo Ca la Dona. Además, desde 1984 hasta 1995, ostentó la Secretaría de Mujer de la CONC.²¹³ En febrero de 1983, Aurora Gómez elaboró un extenso informe al CC del PCC, donde explicaba asuntos importantes como el origen de la opresión a las mujeres, la alternativa socialista de liberación feminista y otros aspectos del papel de las mujeres en la sociedad. Además, también dedicaba un apartado al papel de las mujeres en el PCC. En sus páginas, se realizaba una crítica importante a la forma en la cual se trataba a las mujeres en el partido:

Las mujeres también tienen dificultades para la militancia, puesto que los condicionamientos de todo tipo y fundamentalmente el de la «doble jornada» inciden a la hora de plantearse la militancia. No obstante, cuando las mujeres

sumen la militancia en nuestro Partido, en un Comité de Empresa, en una tarea de dirección, la hacen con todas las consecuencias. En el PCC existe hoy sensibilidad hacia el tema de la militancia de las mujeres y hacia la problemática de la mujer. Uno de los objetivos es lograr que no exista diferencia entre la cantidad y la calidad de la militancia entre los/las camaradas. En el Partido todavía se reflejan las distribuciones por roles de las tareas, que se dan en la sociedad capitalista. Sólo las mujeres que gozan de independencia económica y autonomía personal pueden desarrollar sus tareas en el partido [...] En el Partido, en la práctica cotidiana debemos considerar iguales a los hombres y a las mujeres, y hay bastantes casos donde esto no es así. Existe cierto proteccionismo de los camaradas hombres hacia las mujeres, que se plasman por ejemplo en la poca comprensión de la necesidad de que las camaradas se reúnan solas para discutir y avanzar en su situación específica; en acordarse de las mujeres en especial, en momentos de congreso, conferencias, elecciones, listas electorales; en una preocupación de cómo asumen las mujeres la compaginación entre la militancia y las tareas domésticas, que no se dan hacia los hombres, en fijarse aunque inconscientemente en cómo se hacen las tareas encomendadas [...] Un rol que también tiene sus contradicciones y que entre todos y todas tenemos que superar para que exista igualdad entre los militantes.²¹⁴

El proceso de corrección del machismo en la organización fue lento y complicado. Ángels Martínez recuerda cómo las mujeres se tuvieron que plantar ante la dirección para impedir que ningún maltratador pudiera estar en puestos de dirección del partido. Por otra parte, en el día a día de la militancia se continuaban reproduciendo los estereotipos de género y eran las propias mujeres las que muchas veces tenían interiorizado que su papel era «poner la txiveca, las aceitunas y sentarse a un lado, es decir que el papel tradicional de la mujer fuera del partido se reproducía en el partido».²¹⁵ En este sentido, un cuadernillo de formación editado en 1985 sobre la opresión a las mujeres reflexionaba de forma muy crítica a este respecto: «La hipoteca que todavía arrastramos ha supuesto una práctica que en algún momento cabría calificar incluso de humillante. Se deberían potenciar las bases que suplieran las dificultades prácticas que encuentran para militar muchas camaradas».²¹⁶ No obstante, gracias al impulso de las mujeres del PCC y a una gran labor formativa y pedagógica, poco a poco esta situación fue corriéndose.

En el plano de las relaciones internacionales, el PCC desarrolló contactos con multitud de organizaciones. Por ejemplo, destacó su admiración por el partido comunista luso. Por su parte, el PCP mantuvo relaciones oficiales con el PCC, aunque siempre marcadas por cierta precaución. Este partido estuvo presente en el congreso de formación del PCC de 1982, y desde entonces se pueden rastrear varias iniciativas donde convivieron ambos partidos.²¹⁷ Les unía una misma cultura política y unos postulados solidarios similares, sin embargo, la preferencia de este partido por el PCE/PSUC fue notable. Por eso, sus relaciones tuvieron un carácter preferentemente no público. Los dirigentes del PCP manifestaban que el reconocimiento al PCC obedecía a la realidad material en la cual estaban inmersos los comunistas catalanes. Es decir, que estaba marcada por la existencia de dos grandes partidos comunistas. De la siguiente manera lo recordaba Albano Freire Nunes, quien fuera el responsable de las relaciones internacionales del PCP desde 1976:

Es una cuestión de principios, es la consideración que Cataluña es una nacionalidad y siendo una nacionalidad hay que verla en el cuadro general como una excepción, pero lo hicimos hablando con los compañeros españoles y explicándoles nuestra opinión y yo diría con su comprensión. No ha sido un problema de conflicto entre nosotros y el PCE. Por lo menos no dio conflictos, no dio reparos críticos, no influenciaron nuestras relaciones bilaterales.²¹⁸

El hecho de que las relaciones con el PCE se dieran de forma prioritaria complicaba sustancialmente la situación, ya de por sí muy compleja. Durante el periodo de 1982-1989 se produjeron múltiples encuentros de carácter no público entre ambos partidos. Esta situación incomodó mucho a los ortodoxos catalanes, quienes recuerdan que en aquellos eventos internacionales donde estaba el PCE/PSUC debían mantenerse en un segundo plano, «como dos amantes que en la reunión familiar hacen ver que ni se conocen».²¹⁹ Estas formas clandestinas de relación bilateral se combinaban con otras más oficiales, en las cuales los dos partidos se reunían públicamente para intercambiar opiniones sobre cuestiones de política internacional.²²⁰ Además, también se desarrollaron dinámicas culturales de ida y vuelta. Un representativo ejemplo era la presencia de puestos políticos en las fiestas que organizaban ambos partidos en Lisboa y Barcelona respectivamente. Las fiestas de Avante! y Avant se convirtieron en privilegiados

espacios de sociabilidad comunista donde se concentraban militantes de diversos países. Los comunistas portugueses eran muy valorados por su alto nivel político y su historia de lucha. Además, también eran admirados por haber construido una imagen pública muy consolidada. En buena parte, eso fue posible gracias a la construcción de una estética propia. Precisamente por eso, los responsables de propaganda del PCC hicieron cursos de formación en Portugal sobre esta temática. Sin embargo, la historia de las relaciones bilaterales entre ambas organizaciones siempre estuvo empañada por la impotencia que generaba no poder obtener un reconocimiento al mismo nivel que el del PCE/PSUC. Esa frustración se vio acrecentada por algunos sucesos que empañaron la confianza en el partido luso. Por ejemplo, esto se puede observar en cómo acabó el intento de presentación de un libro del dirigente portugués Álvaro Cunhal. En 1987 el PCC decidió editar por primera vez en castellano el libro de Cunhal *Un partido con paredes de vidrio*. Lógicamente, invitaron al autor a la presentación en Barcelona, aunque finalmente les acabaría robando el protagonismo el PSUC:

Organizamos la venida de Cunhal, pagamos la venida de Cunhal. Aún guardo la tarjeta donde pone «presenta Joan Tafalla, interviene el autor del libro». Y de pronto nos dicen los portugueses que no va a poder ser y que la presentación del acto la va a hacer Rafael Ribó porque el PCE había montado en cólera [...] Para mí hubiera sido un momento de mi vida... mis cinco minutos de gloria, ¿no? Solo decir «aquí está el camarada Cunhal».²²¹

A su vez, el PCC también mantuvo buenas relaciones con los partidos comunistas de Europa Oriental. El periódico *Avant* participaba de las dinámicas internacionales de la prensa comunista mundial. Precisamente por eso sus representantes acudían con asiduidad a las fiestas de otros periódicos, como *Trybuna Ludu* (Polonia) o *Neues Deutschland* (RDA). También participaron en diversos seminarios internacionales y otro tipo de eventos de carácter cultural y político. A través de este tipo de encuentros se construyó una red transnacional de relaciones culturales entre los distintos partidos comunistas.²²² Además, era costumbre que en la sección de tenderetes internacionales de la fiesta del partido hubiera presencia de casi todos los partidos del socialismo real. Otro elemento de transmisión cultural se puede observar en la asistencia de músicos y artistas internacionales a la *Festa del Avant*. En sus distintas ediciones, la presencia de

grupos de música o teatro de países socialistas fue una constante.²²³ Sin embargo, también existieron excepciones. En el caso del Partido Socialista Obrero Húngaro, ambos partidos nunca tuvieron buenas relaciones.²²⁴ Es necesario contextualizar estas dinámicas en la coyuntura de los complicados años ochenta. Las transformaciones vividas en los países del socialismo real con la llegada del nuevo rumbo de Mijaíl Gorbachov tuvieron una buena acogida por parte del partido. Las páginas de *Avant* se llenaron de artículos elogiando las innovaciones de la Perestroika y la Glasnost.²²⁵ No obstante, los acontecimientos vividos en 1989 con la caída del muro de Berlín y la reinstauración de regímenes capitalistas en Europa Oriental provocaron un fuerte golpe al partido. Ante la caída sucesiva de sus antiguos referentes, esta organización se vio en la necesidad de rearmarse ideológicamente. El PCC dedicó bastantes esfuerzos teóricos en tratar de construir una alternativa política socialista. Una muestra de ello se puede observar en la calidad de jornadas celebradas el 5, 6 y 7 de 1990 bajo el título «Las razones del socialismo». Este seminario estaba estructurado en cinco mesas temáticas sobre economía, democracia, transición al socialismo, relaciones políticas en la izquierda y cuestión nacional. En ellas participaron importantes intelectuales de la talla de Samir Amin, Josep Fontana o Stefano Garroni.²²⁶

La compleja coyuntura llevó al partido a tener que ampliar sus horizontes. Sin embargo, ese carácter abierto trajo consigo una moderación paulatina de su discurso. Su nueva táctica trataba de amoldarse a una realidad cambiante en la cual los comunistas estaban cada vez más marginados con respecto al resto de fuerzas políticas. Un contexto en el cual las grandes aspiraciones de la emancipación social quedaban relegadas ante un aplastante pragmatismo. Ese aislamiento propició un acercamiento hacía los que antaño habían sido sus adversarios. Los crecientes contactos con el PSUC tenían como objetivo lograr la unidad de los comunistas catalanes en un solo partido. Las reuniones comenzaron positivamente por parte de ambas facciones el 27 de julio de 1988. Estos primeros tanteos buscaban lograr llegar a posturas comunes sobre algunas cuestiones clave como la CEE, la política de alianzas, el movimiento por la paz y el obrero, etc.²²⁷ Sin embargo, rápidamente se produjo un estancamiento en los contactos. La situación se agravó del todo cuando un sector pequeño del PCC se escindió para reintegrarse en el PSUC. No solo se habían roto las relaciones, sino que el PSUC construyó un relato triunfante al respecto. Según su narrativa, el PCC se estaría reintegrando en su partido, aun cuando esto no era así. La farsa

se cerró con la celebración de un congreso el 12 de marzo de 1989 en Castelldefels.²²⁸ Tras este instante, al PPC cada vez le costaría más mantenerse a flote. Por si fuera poco, estos cambios y su moderación política provocaron el descontento de un sector del partido. También se produjo un aumento de las tensiones con el PCPE, hasta el punto de producirse la ruptura entre ambos en 1994. Sobre cómo afectó a un sector militante aquellas crisis se puede leer en el testimonio crítico de Miguel Guerrero:

El PCC durante un tiempo recuperó la vida militante bajo el rigor del centralismo democrático e hizo un gran avance en su tarea organizativa revolucionaria, pero entre una parte de sus dirigentes y militancia había la enfermedad del oportunismo que no pudieron ser depurados imponiéndose una línea de acercamiento al partido de donde habíamos salido. El PCC era un partido muy combativo, pero sin acceso a las instituciones a través de los procesos electorales, para desespero de los arribistas. Los oportunistas del PCC se fueron pasando al sol que más calienta, en aquellos momentos el esplendor del eurocomunismo. La debilidad de la mayoría de los dirigentes del PCC les llevó a negociaciones y acuerdos con el PSUC y el PCE, con el objetivo de integrarse en IC y IU.²²⁹

AUGE Y CAÍDA DEL PCPE

La gran ilusión, la creación del PCPE

Los tres días que duró el congreso de unidad de los comunistas (del 13 al 15 de enero de 1984) marcarían el comienzo de una nueva etapa en la tercera ola. Este evento lograría reunir a miles de comunistas de toda España. Además, su simbolismo era enorme, dado que concentraba las ilusiones puestas en su causa durante años. Para la mayoría de los comunistas ortodoxos comenzaba una etapa ilusionante y llena de perspectivas. En lo concreto, de esta manera concluían seis intensos meses de trabajo de la CEUC y tres años de coordinación de diversos grupos para lograr sentar las bases de un congreso que unificara a todas las organizaciones. Al mismo tiempo, su táctica se había mostrado exitosa y habían logrado atraer a buena parte de los ortodoxos que aún permanecían en el PCE. En la práctica, este congreso había supuesto la desaparición de cuatro pequeñas organizaciones (MRUPC, MRPCE, PCEU y CC. CC.). Sin embargo, el PCC continuaba existiendo y se convertía en el referente catalán del nuevo partido.

La puesta en escena de este congreso pretendía imitar las prácticas culturales de los grandes partidos comunistas. La liturgia empleada presentaba algunos rasgos plurales, entremezclados con elementos ortodoxos de la cultura política comunista. La mesa era la encargada de coordinar todo el funcionamiento del congreso, una especie de órgano rector de la organización hasta la elección de una nueva dirección política. En este caso, la mesa la componían 21 personas con un prestigio reconocido por distintos motivos. La presidencia estaba encabezada por Antonio Cabral, comunista canario y arquitecto, quien en su día había llegado a ser el responsable de organización del PCE en Canarias.²³⁰

También se encontraban representadas personas jóvenes y veteranas pertenecientes a los distintos sectores que se estaban unificando y a distintas realidades geográficas.²³¹ Así, por ejemplo, estaban presentes miembros del PCC como José Serradell y Pere Ardiaca. Además, figuraban dos cargos públicos, Felisa Blanco (alcaldesa de Almendral, Extremadura) y Agustín Pérez (alcalde de Villacanejos, Madrid). Este último formaba parte de la presidencia de honor. Esta presidencia la ostentaban cinco personas con un perfil muy distinto: por una parte, veteranos como Vicente Roca Folgado (comisario político en el Ejército de la República) y Andrés Bilbao García (fundador del PCE en Euskadi); por

otra, figuras unidas al mundo de los profesionales y que representaban Margarita Sanz (profesora y fundadora de OPI) y Armando Rodríguez Armada, quien había sido el abogado civil de Julián Grimau.²³²

El leitmotiv de todo el congreso había sido la recuperación del partido comunista. Esta idea fuerza había sido el factor simbólico que había logrado vehicular todo el evento. El partido comunista era presentado como una herramienta que servía a la clase obrera para hacer frente a los diversos retos que tal momento histórico requería: la unidad de los comunistas, la lucha por la paz, resistir las consecuencias de la crisis económica, la defensa de los derechos de la ciudadanía y la necesidad de llevar a cabo políticas de solidaridad internacional. Sin embargo, al mismo tiempo, el partido comunista siempre era presentado como un guiño al pasado, una reparación para con el deber de memoria de estos comunistas: «para levantar la bandera de siempre y los políticos de siempre, aquellos que enterró el eurocomunismo: los de la lucha insobornable por una sociedad más justa, una sociedad socialista».²³³ La parte de debate de las ponencias concluyó con la elección del CC del nuevo partido. Estaba compuesto por 101 personas, de las cuales tan solo ocho eran mujeres. Además, también destacaba la presencia de 14 catalanes, entre ellos los pesos pesados del PCC. Como secretario general saldría elegido Ignacio Gallego, quien contaba con un largo historial a sus espaldas de trabajo en la dirección del PCE.²³⁴ El volumen de personas que habría pasado por la parte pública del congreso mostraba la fuerza de la organización. En torno a 15.000 personas se habrían congregado para el acto público de cierre en el Palacio de Congresos de Madrid.

El acto se iniciaría pasadas las seis y media de la tarde del domingo 15 de enero. La sesión comenzó con la presentación pública del nuevo CC y un discurso de clausura de Ignacio Gallego. En su discurso, Gallego sintetizaba todas las ideas fuerza de la corriente ortodoxa, a lo que se sumaba un balance de la crisis que había supuesto el eurocomunismo: «El eurocomunismo nos dividió. El marxismo-leninismo nos unirá. Porque no es sólo la historia de donde venimos, sino también la historia que tenemos que hacer».²³⁵ Posteriormente, tuvo lugar la parte más lúdica, con la actuación del cantautor uruguayo Quintín Cabrera, que «fue caldeando aún más a un a un público ya al borde del delirio y la apoteosis colectivos».²³⁶ Poco después, llegó la actuación de la cantante Pepa Flores, a

quien las páginas de Nuevo Rumbo presentaban como la «voz del partido»:

Aquello fue ya «demasié»; aplausos, gritos y hasta algún gracioso piropo inundaron el espacio acústico del Palacio de Deportes. En los rostros de muchos se podía ver cómo las lágrimas se escapaban en pugna formidable con una emoción difícilmente contenida, comprensible por el profundo significado de las canciones y la constatación de que ahí estaban, por fin, los verdaderos artistas y cantantes del pueblo: con su pueblo. Con el puño bien alto, para rabia de algunos seudoprogres servidores del capital, la voz de Pepa llegó hasta el fondo de nuestras conciencias, en una buena muestra de hacer artístico.²³⁷

Como colofón del congreso de unidad actuó el bailarín Antonio Gades, de quien alguien del público habría señalado con sorna que era «el miembro del Comité Central que mejor baila». Él y su grupo interpretaron la obra Bodas de Sangre de García Lorca, considerada por el cronista del partido como un acto casi catártico: «la apoteosis final, miles de gargantas a punto de quedar roncas, las palmas de las manos enrojecidas por los aplausos. ¡Que tarde!». ²³⁸ Este cónclave no solo fue un congreso de unificación de varios grupos, también fue el evento donde se produciría la fundación de un nuevo partido. Su nombre no podía ser más sencillo. La nueva organización se denominó Partido Comunista (PC). ²³⁹ La evidente metonimia con las siglas del PCE buscaba cohesionar a su militancia en torno a la identidad clásica de los comunistas españoles. Parte muy importante de esa identidad se estructuró en torno a la construcción simbólica del partido. El partido comunista era concebido como un partido de clase, era el partido de la clase obrera. Además, el deber del PC no era sacralizar a la clase obrera, sino organizarla y educarla políticamente. En este punto, resalta especialmente la concepción obrerista del partido, tanto cultural como orgánicamente:

Fiel a la idea leninista de que el Partido es la forma superior de organización de los proletarios, el PC procura incorporar a sus filas a los obreros y obreras más conscientes, porque desea ser el Partido de la clase obrera, no solamente por su ideología, por su política, por su programa y que por sus ideales que encarna, sino igualmente por su composición y por el peso y papel de los obreros en sus

Otro punto fuerte de esa identidad colectiva fue la conceptualización del PC como un partido de combate, es decir, como una herramienta que debía estar a la cabeza de las luchas de la clase obrera y los sectores populares. Una organización preparada tanto para las situaciones de legalidad como para las de clandestinidad. En este punto su relato futuro se entremezclaba con la narrativa del pasado representada en la memoria histórica de los comunistas de España. Además, el modelo organizativo estaba compuesto por algunas cuestiones contradictorias entre sí. Por ejemplo, el PC era concebido como un partido de vanguardia, pero también de masas. Esto significaba que debía extenderse lo más posible entre todas las clases trabajadoras. Por otra parte, dentro de esa identidad ocupaba un papel muy relevante la cuestión ideológica. El partido se definía como marxista-leninista. Este pensamiento era descrito como una «ciencia en constante desarrollo», cuyos postulados «habían sido confirmados por realidad y la experiencia histórica del movimiento obrero». Sin embargo, lo que aparece como verdaderamente importante en sus documentos era que el partido estuviera cohesionado internamente. La cohesión ideológica debía estar acompañada de la unidad orgánica. Por otra parte, esta unidad en el seno de la organización se aseguraba mediante el centralismo democrático. Un método organizativo basado en los principios de organización leninista: la crítica y la autocrítica, el trabajo colectivo, la disciplina y la responsabilidad individual. Con este método se garantizaba que, tras un debate abierto en las organizaciones del partido, la minoría aceptase los acuerdos y cada militante actuase sobre la base de lo acordado, con independencia de su postura previa.²⁴¹

Los delegados del partido decían representar a casi 25.000 militantes repartidos por toda España. No obstante, estas cifras parecen algo sobredimensionadas. Cataluña destacaba por tener un mayor peso en cuanto a la implantación territorial.²⁴² Al congreso asistieron 578 delegados, 392 de los cuales (61,46 %) eran trabajadores asalariados. El resto eran campesinos, comerciantes, estudiantes, intelectuales, pequeños industriales y personas pertenecientes a profesiones liberales. Además, otro dato interesante es que el 77 % de los delegados provenía directamente del PCE. El grueso de los representantes pertenecía a una franja de edad bastante joven: los menores de 35 años

representaban el 53,8 % de los delegados. Otro dato muy representativo de la composición sociológica era que tan solo el 11,24 % de las personas delegadas eran mujeres.²⁴³ En términos generales, el balance final indica que su militancia estaba caracterizada por el predominio de varones jóvenes asalariados.

Durante la celebración del congreso, algunas personas entrevistadas por el periódico del PC resaltaban distintas apreciaciones sobre la importancia y el futuro del nuevo partido. Por ejemplo, Fernando Sagaseta opinaba que el nacimiento del partido era fruto del desarrollo de la correlación de fuerzas del momento histórico:

Creo que el Partido –nos dice por último– está surgiendo en un momento necesario, que en cada momento de la historia ocurren los acontecimientos que corresponden, que la conjunción de fuerzas de todo tipo: materiales, morales, políticas, ideológicas, etc., es decir, el paralelogramo de fuerzas que en cada momento se produce, da un resultante. Y este acontecimiento es una de las resultantes.²⁴⁴

También daba su opinión el sindicalista Emilio Rincón, quien recientemente había sido puesto en libertad tras su detención en un piquete sindical. Al ser preguntado sobre qué significaba ese congreso para él, respondía:

soy comunista, y como tal desarrollo mi trabajo fundamental en el movimiento obrero. Por lo tanto, este Congreso tiene para mí, por una parte, el elemento fundamental de que vuelve a dotar a los comunistas de un auténtico Partido, y por otra, que la existencia de este Partido dará una mayor coherencia y efectividad a la lucha de los trabajadores.²⁴⁵

Alfred Clemente, secretario general de CC. OO. de Barcelona, ofrecía sus previsiones sobre el impacto que el congreso tendría en CC. OO.:

servirá para homogeneizar el trabajo de todos los comunistas dentro del sindicato y para hacer avanzar las posiciones de clase dentro de las CC. OO. para que la clase obrera esté en mejores condiciones de recuperar la iniciativa sindical y también política, y para posibilitar una política de clase, una política de resistencia [...] en una actitud francamente ofensiva.²⁴⁶

Por su parte, el fiscal del Tribunal Supremo, Jesús Vicente Chamorro, señalaba la positiva sorpresa que había sido para él encontrarse con la cantidad de jóvenes presentes en el evento:

Hay lo que podríamos decir como una continuidad... Es un Congreso que es tan definitivo como definidor. En mi opinión, destruye la soledad de muchas gentes que vivían su ideología en soledad... Lo llamativo es la juventud, asistente con gran predominio. También contra lo que se dice, también están naciendo comunistas.²⁴⁷

Sin embargo, el dirigente sindical agrario Juan Antonio Romero, quien hasta ese momento había sido miembro del CC del PCE, destacaba el compromiso que para él significaba su asistencia al congreso, al mismo tiempo que resaltaba el potencial del nuevo partido: «Mi presencia en este Congreso –nos comenta– significa una maduración por mi parte y una coincidencia ideológica, fundamentalmente, ideológica, y a nivel político, que yo tengo con los que celebráis este congreso [...] creo que este Congreso nace con mucha más fuerza que con la que nació el PCE».²⁴⁸ Las impresiones de Vicente Peragón, veterano comunista y presidente de la Asociación de Expresos y Exrepresaliados políticos, hacían hincapié en el largo camino recorrido hasta llegar a ese momento: «En fin, mañana vamos a culminar un proceso iniciado hace años, hace años, en el que por fin los comunistas del Estado Español hemos encontrado unos ejes de identidad que nos unen en la idea de dotar a los españoles de un auténtico partido comunista».²⁴⁹ También era entrevistada Juana Doña, veterana comunista que había destacado como una fervorosa luchadora por los derechos de las mujeres trabajadoras; por eso era preguntada sobre cómo

podría el nuevo partido contribuir a la lucha por la liberación de las mujeres:

Lo que falta en la sociedad es el concepto de igualdad de la mujer en el sentido estricto de la persona. No solo los hombres, sino también las mujeres somos machistas. Y eso es lo que también falta en nuestro Partido. Llevamos con nosotras, todos, ellos y nosotras, las dos tipologías distintas que siglos de ideología han creado [...] fíjate si tenemos que aportar ahora y cuando triunfemos.²⁵⁰

Sin embargo, no todo eran alabanzas. Algunos delegados manifestaban críticas respecto a cómo se estaba abordando el congreso. Los reproches hacían referencia a la superficialidad con la que se habían realizado algunos de los análisis elaborados por parte del nuevo partido. En ese sentido, destacaba la visión crítica de Arón Cohen:

nosotros señalábamos unas carencias, unas lagunas que pensábamos debían colmarse en la redacción definitiva: a saber, de un lugar necesario en la línea que lo ha expuesto el camarada Ignacio Gallego, profundizar mucho más en la caracterización que hacemos del Eurocomunismo; el Eurocomunismo es algo más que un error, el Eurocomunismo es un proceso degenerativo de muy honda raigambre y de una trayectoria anterior, sin lugar a dudas a la Junta Democrática y a la transición política; que ha ido tomando cuerpo en el partido, de consecuencias gravísimas.²⁵¹

Uno de los puntos fuertes del congreso fue la numerosa presencia internacional. La asistencia de tantas delegaciones mostraba el respaldo ofrecido a esta iniciativa por parte de buena parte de los partidos comunistas y de izquierdas del mundo. A este evento asistieron dieciséis delegaciones internacionales, compuestas por representantes de la URSS, Hungría, Checoslovaquia, RDA, RFA, Palestina, Bulgaria, Líbano, Grecia, Polonia, Irán, Kurdistán, Guinea Ecuatorial, Argentina, Perú y República Dominicana.²⁵² Uno de los objetivos prioritarios del PC era lograr un amplio reconocimiento internacional, cuestión

que se le había negado durante décadas a las distintas organizaciones creadas por los comunistas ortodoxos. En enero de 1984, alcanzaban el reconocimiento y la hermandad con los comunistas de Europa Oriental. Varios medios de comunicación de países socialistas llegaron a cubrir la noticia. Pravda reprodujo en sus páginas varias intervenciones de Ignacio Gallego contra el eurocomunismo, y el periódico soviético se refirió al nuevo partido como parte integrante del movimiento comunista internacional. Por su parte, la televisión checoslovaca retransmitió el 18 de enero una entrevista a Gallego en la que explicaba cómo el internacionalismo proletario y el marxismo-leninismo habían sido los pilares que habían permitido unir a los comunistas españoles.²⁵³ Especialmente importante fue la presencia de una delegación soviética encabezada por Vladimir Pershov (relaciones internacionales del PCUS), Mijaíl Zaldeev (director de la revista Vida de Partido) y G. A. Zhukov (PCUS-presidente del Consejo Mundial de la Paz). El intento del PCE de evitar que el PCUS participara en el Congreso de Unidad mediante el envío de un telegrama fue motivo de mofa en el periódico del PC. Sobremanera, porque el PCUS les contestó reafirmando su compromiso de apoyo al PC.²⁵⁴ La intervención de la delegación soviética desató el clamor de los asistentes al declarar públicamente su apoyo al nuevo partido:

Su Congreso constituyente, transcurrido de la primera hasta la última hora bajo el lema de unidad demostró de una forma convincente que vosotros lo han entendido bien y han sacado de eso todas las soluciones necesarias [...] ¡De mi parte puedo declarar firme y decididamente que la amistad y la solidaridad con vosotros de parte de Partido Comunista de la Unión Soviética está garantizada en adelante como ha sido siempre desde los años veinte del siglo corriente!²⁵⁵

Uno de los primeros pasos que dio el nuevo partido fue dotarse de un órgano de expresión propio. La nueva cabecera llevaba el sugerente título de Nuevo Rumbo. El nombre no era casual, su objetivo era recalcar el inicio de una nueva etapa en la historia de los comunistas españoles. El periódico estaba dirigido por José Manuel Álvarez Pravia, quien ostentaba la responsabilidad política de un comité de redacción integrado por Miguel Naveros, Trini Torrijos, Ángel Soria y Marcelino Rodríguez, y cuyo secretario de redacción fue José Luis Martino de Jugo.²⁵⁶ Aparte de este comité, también existía un consejo de redacción formado

por ocho personas. El dibujante oficial era Roberto Marcano, quien venía colaborando con los comunistas ortodoxos desde finales de los años setenta con sus impactantes ilustraciones.²⁵⁷ Más adelante, la responsabilidad de la prensa irá cambiando de manos en función de las mudanzas internas del partido, primero con la incorporación de Armando López Salinas y, tras el abandono de este, con la de José A. García Rubio.²⁵⁸ La importancia de este instrumento de agitación y propaganda del partido era muy notable, teniendo en cuenta que se presentaba a sí misma como una continuación de la prensa histórica del PCE:

Lo nuestro, un órgano comunista, no es, como sucede con el Partido, estrictamente una novedad. Es sólo una cabecera nueva. Aquí hubo un día una prensa revolucionaria que, lejos de la alquimia, la publicidad y el marketing, intentó, y lo logró, comunicarse con los trabajadores y demás sectores populares. Pero aquel Partido y aquella prensa un buen día dejaron de cumplir su cometido, víctimas del reformismo. Para recuperar una información así nacemos.²⁵⁹

Al poco de celebrarse su congreso fundacional, el partido tuvo que enfrentarse a su primer compromiso internacional fruto de la muerte de Yuri Andrópov. Por este motivo, una delegación del partido presentó sus respetos al embajador Dubinin en Madrid. Más tarde, otra delegación encabezada por Ignacio Gallego, Joan Ramos y Fidel Alonso viajó a Moscú a los funerales oficiales del dirigente soviético, donde fueron recibidos como el resto del movimiento comunista internacional.²⁶⁰ En el plano interno, las páginas de Nuevo Rumbo hablaban de un reforzamiento inmediato del partido tras el congreso, con más de 3.000 nuevas adhesiones, entre las que se encontraba la incorporación de agrupaciones del PCE enteras. Como ejemplos concretos, se hablaba de más de 500 nuevos ingresos en Cataluña, 100 en Mocejón (Toledo), 60 en Puente Genil (Córdoba), la Agrupación de Pozuelo de Alarcón (Madrid) o la de Erandio (Vizcaya), que incluía el local de la organización.²⁶¹ A principios de marzo, el partido continuaba atrayendo a nuevos militantes. Algunos territorios sumaban cifras importantes, como los 251 de Extremadura, que incluían a alcaldes y concejales; los 522 que se unían al PCC; los 744 de la provincia de Jaén, o los 400 en la localidad de Jódar.²⁶² A finales de marzo, el partido decía contar con cerca de 30.000 militantes y estar expandiendo su organización con cada nuevo acto público.²⁶³ No obstante, es posible que estas cifras se encontraran falseadas con

objetivos propagandísticos. En este sentido, tuvo mucha importancia el comienzo del funcionamiento de la maquinaria del partido, con la recaudación de cuotas y la aparición de los primeros carnés del PC. A finales de febrero, el responsable de organización, Josep Serradell, envió una circular a todo el partido. En ella se explicaba que la organización necesitaba comenzar las tareas de recaudación inmediatamente; la cuota de los militantes debería orientativamente ser el 1 % del sueldo (excepto con parados y pensionistas), de la cual el 50 % estaría destinado al CC, el 25 % a la organización provincial y el otro 25 % a la local. Además, se pedía a todas las organizaciones del PC que realizasen actos de entrega de carnés que simbolizasen la cohesión militante. El carné no era concebido como un mero trozo de cartón que demostraba la pertenencia al partido o el estado de pagos de la cuota mensual, sino como un capital importantísimo para la recuperación colectiva de la identidad comunista:

El carnet es para todo comunista, un fuerte vínculo de unión con el partido; es un documento que nos obliga a luchar por los intereses de la clase obrera de forma permanente; que nos obliga a luchar por la unidad del partido, cómo por las niñas de nuestros ojos. Todos los comunistas sentimos orgullo por nuestro carnet, pero este sentimiento sería ineficaz, si no fuésemos capaces de transmitir este mismo sentimiento a miles y miles de trabajadores que, aunque hoy son comunistas sin carnet, muchos de ellos son miembros potenciales del partido.²⁶⁴

El PC tenía los apoyos internacionales y las bases para configurarse como un partido comunista de peso. Sin embargo, faltaba un elemento más. Necesitaba dotarse de una gran sede central que mostrara la relevancia del partido. Por ese motivo, el CC impulsó una campaña a favor de la sede. Las medidas exigidas a la organización incluían la entrega del sueldo de una jornada de toda la militancia, la organización de trabajos remunerados a modo de «Jornadas Rojas», la organización de fiestas y la venta de unos bonos especiales de entre 5.000 y 10.000 pesetas destinados a personas cercanas al partido y con «ciertas posibilidades económicas».²⁶⁵ La campaña era explicada como un paso de especial relevancia:

El Partido Comunista va a tener un espacio muy importante en la política de España, y necesita, por tanto, una sede central en Madrid para su trabajo de acuerdo con su perspectiva política. Y que sea, a la vez, el punto de referencia para todos los comunistas de España, así como para todos los trabajadores que vean en dicha sede, la expresión y el símbolo de la defensa de sus intereses. Dicha sede será un instrumento importante para la organización de las fuerzas comunistas de nuestro Partido y para irradiar una mayor influencia de las ideas del socialismo.²⁶⁶

El nuevo partido fue articulándose tanto a nivel externo como interno. En el plano más político, el PC manifestaba su preocupación por el panorama internacional y también por las consecuencias de la crisis económica española. Destaca la celebración del II Pleno del Comité Central del PC en Madrid el 25 y 26 de febrero de 1984, el primero fuera del congreso. En esta primera reunión se sentaron las bases de su análisis de la coyuntura de 1984. La situación política se caracterizaba por una agudización de la lucha de clases que se manifestaba en la resistencia de los trabajadores a las políticas económicas de Felipe González. La situación era muy grave, más de dos millones y medio de parados y muchas empresas afectadas por las medidas de reconversión industrial. Un buen ejemplo de esas políticas de resistencia se podía ver en la lucha de los trabajadores de Altos Hornos de Sagunto. Como medida concreta, el PC debería intensificar el trabajo en CC. OO. con el objetivo de extender las luchas hasta hacerlas converger en un verdadero movimiento de resistencia contra el paro y los cierres de empresas.²⁶⁷ El partido también se oponían frontalmente a la entrada de España en el Mercado Común Europeo:

Nosotros, contrarios a esta política mendicante y capituladora, no cejaremos en defender los intereses de los trabajadores, de los campesinos, de todos los sectores amenazados por el ingreso en el MCE, que, antes incluso de haberse producido, está lesionando ya gravemente la economía española.²⁶⁸

En el plano internacional, el PC se oponía a las agresiones imperialistas del Gobierno de Reagan (EE. UU.), que recientemente había invadido Granada, y se

esforzaba en tratar de acabar con la lucha revolucionaria en Centroamérica. La labor del partido debía ser articular un potente movimiento de solidaridad internacional que denunciase el imperialismo norteamericano, al mismo tiempo que se impulsaba la lucha contra la OTAN en España.²⁶⁹

El pleno también supuso un paso importante en el terreno de lo organizativo, ya que se distribuyeron las distintas responsabilidades del CC, que se repartieron en nueve áreas o secretarías compuestas cada una de un pequeño equipo de trabajo. El Área Política de Organización se encargaba de tres aspectos: la política de cuadros, la liberación de la mujer y las finanzas. El responsable de esta importante tarea era José Serradell, quien había destacado durante décadas como el encargado de la organización del PSUC. A su equipo se sumaban Juana Doña, que era la responsable del partido para la liberación de la mujer, y seis personas más.²⁷⁰ En este equipo destacaban Antonio González como encargado del trabajo con la emigración, Telesforo Torres como responsable de la sede central y Martín Rosales como gestor de las finanzas. La Secretaría de Política Internacional recaía sobre el sindicalista Fidel Alonso, quien tenía buenas relaciones con los dirigentes de los países del Este. En su equipo se encontraban el sindicalista Emilio Rincón, el dirigente catalán Leopoldo Espuny y Esperanza Fernández, una de las pocas mujeres del CC.

Otra sección importante era el Área de Agitación y Propaganda. Esta área gestionaba el periódico Nuevo Rumbo y la oficina de prensa, cuyo responsable era J. M. Álvarez Pravia. Otro pilar del trabajo sociopolítico de la organización era el Área de Política Sindical y de Problemas Económico-Sociales, dirigida por el economista José Antonio Moral Santín. Sin embargo, la comisión estaba formada fundamentalmente por sindicalistas de la talla de Alfred Clemente, Ángel Campos o Quim Boix, entre otros. La quinta sección del CC era el Área de Trabajo de Masas, que aglutinaba el trabajo en los otros movimientos sociales distintos del movimiento obrero. La responsabilidad recaía en el veterano Vicente Peragón, el cual se ayudaba de una comisión de siete personas entre las que destacaban Enrique Prudencio, presidente de la Federación de Asociaciones de Vecinos de Barcelona.²⁷¹ Por último, pero no por ello menos importante, estaba la Secretaría de Formación Política que lideraba Luis Cabo, que igualmente contaba con siete miembros en su comisión. De entre ellos,

destacaban el antiguo niño de la guerra Eugenio Sansegundo²⁷² o la veterana dirigente comunista, y viuda de Eduardo García, Felisa Melendo. Además de estas comisiones, el CC había aprobado impulsar la creación de otras nuevas como la de área institucional y política municipal, así como las de cultura, técnicos y profesionales, agricultura, deportes, trabajadores autónomos, cooperativas, sanidad, enseñanza, política energética, de medio ambiente y política sobre el desarrollo científico.²⁷³ A su vez, también se eligió, a propuesta de Ignacio Gallego, un Comité Ejecutivo compuesto por veinticinco personas, todas ellas líderes con experiencia o dirigentes emergentes con vinculación al mundo del trabajo. Es especialmente relevante que el CE tan solo incorporase a una mujer, Julia Gómez, veterana comunista valenciana fundadora del PCE (VIII-IX Congresos).²⁷⁴ Entrevistada en 2007 por su partido, la veterana comunista hacía un repaso de su militancia:

Al principio, he estado en el Comité Central; luego en el Ejecutivo del PC, pero más tarde, por culpa de todo lo que he pasado de pequeña, de enfermedades como el raquitismo, he tenido muchas teclas. Llegó un momento que se me presentó una epilepsia tardía y con 46 años tuve que dejar de hacer todo el trabajo excesivo y me fui a la base, que es donde se está mejor. He estado también en la Asociación de Expresos Políticos y fui su presidenta [...] Estuve en otra asociación que se llamaba Adamhis, Asociación de Amigos Hispanosoviética. Adamhis atraía mucha gente, hacia el 90 se deshizo.²⁷⁵

El PC se enfrentaba al importante reto de cumplir las expectativas establecidas en su fundación. Al final, esta cuestión estaba directamente relacionada con su propia identidad. ¿Sería capaz este partido de convertirse en aquello que proclamaban sus estatutos, es decir, en un partido de vanguardia que encabezara la lucha de masas?²⁷⁶ Esta cuestión fue motivo de preocupación, especialmente, durante la primera etapa de vida del nuevo partido. En marzo de 1984, José Llinares escribía en las páginas de Nuevo Rumbo sobre esta misma cuestión. En ellas, explicaba cómo a las cinco organizaciones que se habían unido en enero de 1984 había que sumar una sexta, probablemente la más importante: la de los millares de comunistas que habían abandonado el PCE o directamente se habían negado a militar en sus filas pese a sentirse comunistas. Sin embargo, Llinares era consciente de que podían existir importantes recelos entre distintas corrientes

de la militancia y por eso urgía a erradicar la desconfianza, pues «si bien es mala la falta de confianza política, no es peor que la desconfianza infundada».²⁷⁷ El dirigente comunista llamaba la atención sobre el reto que pretendía superar el riesgo de que el partido se convirtiera en una fuerza política marginal:

Sería peligrosa inmodestia no comprender que nuestro Partido, en relación con el Papel que asume y las tareas que de él se desprenden, es aún, numéricamente, débil; que es NECESARIO que crezca, y que es POSIBLE también, aún hay millares y millares de comunistas potenciales que, por sus ideas y los intereses que defienden, merecen un puesto en el Partido Comunista. Esta, es una necesidad de MASAS, precisamente para mejor ser un partido DE VANGUARDIA. Las cuestiones de MASAS y VANGUARDIA no son excluyentes [...] Repitamos: Son el momento y la situación concretos quienes determinan que es lo prioritario.²⁷⁸

A pesar de que el partido recibió bastantes adhesiones en la primera etapa tras su fundación, también se produjeron algunas bajas significativas. Ese fue el caso de los problemas acontecidos en el PC de Asturias a principios del verano de 1984. Coincidiendo con la celebración de la I Conferencia Regional del PC de Asturias, se produjo una fuerte crisis interna motivada principalmente por la tesis de organización, que fue rechazada por la conferencia.²⁷⁹ El motivo de este rechazo se encontraba en la falta de autonomía que, de haberse aprobado, tendría la organización asturiana en relación con la forma de estructuración de sus células y comités. También quedó sin acuerdo definitivo la tesis sobre política sindical, al existir una fuerte división entre quienes apoyaban lo que figuraba en las tesis, impulsar el trabajo en CC. OO., y quienes apoyaban continuar formando parte de la Corriente Sindical de Izquierda (CSI), donde participaban la mayoría de los militantes de Gijón. La conferencia se saldó con la dimisión de cinco dirigentes asturianos: Ángel Rendueles (principal dirigente asturiano y miembro del CC), Roberto Soriano, Rubén Díaz, Julia Gómez y José María López. Por su parte, Román, responsable de organización, acusaba a Rendueles de poseer unas fuertes ambiciones personales y de falta de honradez para controlar la posible crisis interna.²⁸⁰ No obstante, Rubén Díaz consideraba que su dimisión había sido una medida extraordinaria, ante el juego político que se traían ciertos sectores del CC, en concomitancia con algunos dirigentes

asturianos.²⁸¹ Sin embargo, al hacer un balance de esta etapa desde el tiempo presente, Ángel Rendueles llegaba a considerar que su expulsión habría sido casi una liberación. No se encontraba convencido del proyecto y quería abandonar el partido:

Como el nivel de actividad era altísimo, te impide muchas veces pensar y hacer otro tipo de valoración. Yo personalmente no creía que fuésemos a desarrollar fácilmente nuestra estrategia política. No, porque cada vez que confrontabas con la realidad te dabas cuenta que éramos una minoría muy minoría [...] El fiasco definitivo se vio cuando empezó a llegar mucha más gente, pero que era peor [...] Empezabas a ver lo que significaba el dogmatismo. El PCC que era mucha gente, pero que eran unos personajes, ¡con estos no vamos a ningún lao! Era lo mismo solo que multiplica por cien, lo mismo me refiero de anquilosamiento, de antiguo. Y con los de Fidel Alonso igualmente [...] cuando vino Gallego y la gente del PCE. Ahí la cantidad no llevó a hacer calidad. La perspectiva de ampliar y extenderse, fue al revés y luego el cabeza dirigente que pretendía ser era Moral Santín, ahí no hay mucho más.²⁸²

Otras personas prefirieron desvincularse paulatinamente del PC sin generar grandes conflictos, dado que desde sus inicios no les convencía el rumbo que estaba tomando el nuevo partido. Este fue el caso del geógrafo granadino Arón Cohen, miembro del CC, quien en su testimonio explica cómo quedó desmoralizado al asistir a dos reuniones del CC y darse cuenta de que la opinión de los expertos en temas concretos, en su caso la reforma agraria, no era tenida en cuenta. Además, también destacaba las contradicciones existentes entre el origen de muchos de los dirigentes del PC y la necesidad de que el partido estudiase el proceso de transformación política que había vivido el PCE incluso antes de la llegada oficial del eurocomunismo durante la Transición:

Nosotros no veíamos un proceso por las alturas [...] Ahí entramos con reticencias. Luego desde el propio congreso empezamos a ver movimientos que no nos convencían, unos corsets, unos límites extraños, por ejemplo, el análisis de la Transición. Es curioso que gente que había vivido en la más alta dirección

del partido con Carrillo en momentos clave de la ingeniería de la Transición. O estábamos equivocados algunos o nos parecía que no tenían ninguna gana de volver a ese proceso, es como si les tocara personalmente, como si alguien les quisiera sacar con alguna intención, digamos, negativa una página de su vida que preferían pasar. Entonces se pasaba como por alto [...] Ahí nos pareció a algunos que aquello incomodaba.²⁸³

Esta cuestión se encontraba directamente relacionada con la construcción del liderazgo de su secretario general, Ignacio Gallego. A pesar de su tardía incorporación al proceso de unidad, este dirigente se convirtió rápidamente en su principal representante, líder y figura de referencia, asumiendo la función de secretario general. Gallego simbolizaba la continuidad con la memoria del PCE, al cual había estado vinculado en puestos de responsabilidad desde hacía décadas. Por lo tanto, el liderazgo carismático de este dirigente funcionó también como un elemento legitimador que ofrecía una mayor credibilidad al nuevo partido. Incluso la prensa y la opinión pública se refería con frecuencia al PC/PCPE directamente como «el partido de Gallego».²⁸⁴ Sin embargo, su liderazgo resultaba problemático. Su pasado como hombre de confianza de Carrillo y como responsable de la organización del PCE durante los años más conflictivos eran elementos difíciles de olvidar. Por eso, su figura era valorada de forma muy distinta en función de la procedencia de la militancia:

Por decirlo de alguna manera, depende de quien lo viva. A lo mejor para la gente que empezamos a militar en aquellos momentos, pues era un liderazgo bastante incuestionable o incuestionado, pa ser más preciso. Era una persona que se convirtió en un referente del partido, sociológicamente si quieres [...] Era una persona que aunaba esa trayectoria histórica, militante de toda la vida, dirigente de toda la vida. Con un verbo muy fácil a la hora de los mítines. Que a lo mejor luego profundizando un poco no era un discurso muy elaborado o muy profundo, pero sí que es verdad que era una persona que apelaba muy bien al sentimentalismo y a los sentimientos y bueno, pues pa la gente joven no había ningún cuestionamiento de su figura, más bien al contrario.²⁸⁵

Esto no quiere decir que para todo el mundo la figura de Ignacio Gallego gozara de respeto y admiración. Francisco Cañizares, militante cordobés, recuerda cómo se negó a darle la mano cuando Gallego acudió a su pueblo a participar en un mitin a mediados de los años ochenta: «La figura de Ignacio Gallego no me merecía ningún respeto. Fue un personaje oscuro y siniestro a las órdenes de Carrillo, que de la noche a la mañana decía que él también era leninista y que defendía a la Unión Soviética y que a última hora volvió a traicionar a los comunistas».²⁸⁶ Otros militantes, como los asturianos Rubén Díaz o Ángel Rendueles, recuerdan cómo el dirigente comunista era conocido en algunos círculos por el mote de El Pájaro. El apodo, de evidentes connotaciones negativas, supuestamente haría alusión a que «hasta el último momento no se sabía si iba a abandonar el nido».²⁸⁷ Incluso otros dirigentes de la talla de Luis Cabo, que confiaban plenamente en la figura de Gallego, narran cómo existió bastante debate sobre la conveniencia o no de otorgarle el principal liderazgo del partido. Con todo, al final, su figura se acabaría convirtiendo en un polo de atracción para la captación de nuevos militantes:

Hay quienes cuestionaron hasta su incorporación. Ignacio Gallego era una personalidad destacadísima del PCE. Estuvo presente en el V Congreso del PSUC. No hizo nada sino todo lo contrario para impedir que la resolución contra el eurocomunismo prosperara. Entonces, hay camaradas que como Ignacio se perfilaba como el dirigente incuestionable de ese nuevo proceso que estábamos haciendo, hubo camaradas que lo consideraban un error porque había estado vinculado a Carrillo, al eurocomunismo durante una época. Los típicos camaradas que siempre tienen razón y nunca se equivocan y son puros, ¿no? Hubo un cierto debate [...] Hasta que los catalanes pusieron orden y dijeron el secretario general es Ignacio Gallego y la dirección va a ser la que quiera Ignacio Gallego [...] No era sensato, cómo luego se demostró, cuestionar el liderazgo político de Ignacio Gallego, porque cuando se incorporó el partido se multiplicó por cuatro.²⁸⁸

Sin embargo, las posturas críticas fueron minoritarias en un inicio. Por el contrario, el partido continuaba informando de nuevas incorporaciones en masa. Una de las más importantes que se produjo en 1984 fue la integración de la casi totalidad de la organización del PCE en las Islas Baleares. El 9 de junio, las

páginas de Nuevo Rumbo informaban de un ingreso masivo de dirigentes y militantes del Partit Comunista de les Illes Balears (PCIB) mediante la firma colectiva de un documento donde analizaban la crisis del partido eurocomunista y sus motivos.²⁸⁹ Este documento era reproducido en un número especial del periódico, donde se apostaba por unir a los militantes del PCEIB, del PC y comunistas sin partido en una sola organización. Para ello se consideraba necesario el cumplimiento de un decálogo de nueve puntos. El primero de ellos demandaba precisar que la crisis no era de los sistemas económicos en general, sino del sistema capitalista. El siguiente se refería a la existencia global de la lucha de clases, lo que también afectaba a la lucha entre bloques. El tercero manifestaba su negativa a la entrada en la CEE, por ser contraria al antimonopolismo, y el cuarto hablaba de definir con nitidez el reconocimiento teórico del marxismo-leninismo. Sin embargo, el punto quinto tenía más que ver con la intrahistoria de los comunistas y la construcción de nuevas narrativas del pasado inmediato, al mismo tiempo que llamaba a reflexionar sobre el periodo de la Transición. El punto sexto, por su parte, tenía que ver con la cuestión nacional en Baleares y la necesidad del derecho de autodeterminación en el marco de una España federal. El punto séptimo era una crítica al modelo sindical de pacto social frente al que proponían intensificar las luchas de resistencia. Por último, los siguientes abordaban cuestiones más teóricas, como tener en cuenta el carácter clasista del Estado o la necesidad de la cohesión ideológica de los comunistas.²⁹⁰ El documento venía firmado por el Comité del PCIB al completo y por la totalidad de 17 agrupaciones y militantes de las cuatro agrupaciones restantes Baleares. Nuevo Rumbo informaba de que el 80 % de las agrupaciones del PCIB había roto con el eurocomunismo y del 20 % restante, el 50 % también se había acercado al PC. Los próximos pasos del partido en Baleares pasarían por la celebración de varias asambleas y mítines con la presencia de Ignacio Gallego, donde explicarían a sus militantes y simpatizantes sus planes de futuro. También llevarían a cabo «la Trobada» (fiesta del partido) y una conferencia de unidad para finales de junio de 1984.²⁹¹ Además, el partido fue ganando adeptos en Baleares, donde se vivió un crecimiento exponencial de la organización.²⁹² Por otra parte, el órgano de expresión del PCIB Nostra Paraula pasaría a ser el órgano de expresión del nuevo partido.²⁹³ El caso balear fue uno de los pocos donde los comunistas ortodoxos arrasaron frente al PCE, para convertirse en el principal referente comunista gracias a la reivindicación de las señas tradicionales del comunismo.²⁹⁴

El otro gran éxito para el PC provino de un sector, en principio, inesperado. En junio de 1984 saltaba la noticia de que Jaime Ballesteros, quien había sido mano derecha de Carrillo y un acérrimo defensor de las tesis eurocomunistas, defendía la necesidad de unificar el PCE con el PC. La noticia se enmarcaba en la crisis generalizada que vivía internamente el PCE y que más tarde llevaría a la aparición de una nueva escisión en el partido fomentada por Santiago Carrillo y sus seguidores. Este movimiento, basado en el personalismo de Carrillo y en unas posiciones moderadas, daría lugar a la formación de un nuevo partido, el Partido de los Trabajadores de España-Unidad Comunista (PTE-UC), de efímera existencia y que acabaría por integrarse en el PSOE.²⁹⁵ Sin embargo, Ballesteros decidió no apostar por Carrillo y mirar hacia el PC. Los inicios de este nuevo movimiento de disidencia en el seno del PCE comenzaron con la elaboración de un documento titulado «Por un gran partido de todos los comunistas». También se distribuyó una carta al CC elaborada por Jaime Ballesteros, donde se pedía la supresión del término eurocomunismo en todos los textos del PCE por considerarlo ambiguo. Este documento venía firmado por cuatro miembros más del CC: Leopoldo Alcaraz, José Antonio García Rubio, Pedro Bolívar e Ignacio Mantecón.²⁹⁶ Poco después apareció otra propuesta más amplia y elaborada. Se trataba de lo que posteriormente sería conocido como el «documento de los 100», en alusión al número de firmantes. Por el contrario, su título real era bastante claro y directo: «Frente al liquidacionismo, unidad de todos los comunistas». En sus páginas se explicaba cómo muchos comunistas estaban contemplando la crisis del PCE «con preocupación y también con amargura». Esta situación habría «llegado a poner en peligro la existencia misma de la opción comunista en nuestro país [...] cuyos contenidos, por otra parte, hayan perdido las características comunistas». Además, se realizaba un repaso a lo que denominaban «persecución descarada» hacia los comités del PCE de Cantabria y Castilla-La Mancha, mediante el recorte de la ayuda económica (con la supresión de los salarios de los funcionarios del partido en estos territorios) y la organización de conferencias no estatutarias que implicaban la formación de direcciones paralelas. El documento también presentaba fuertes vínculos con la reivindicación de la memoria colectiva de los comunistas y una narrativa épica de la historia del PCE:

El PCE actual ya no es aquel PCE heroico que supo organizar al pueblo frente a la sublevación fascista y durante la guerra civil, el PCE que levantó las guerrillas tras la derrota de la República, que impulsó la lucha de masas contra la dictadura

franquista, orientó las grandes huelgas obreras y estudiantiles... La charca del liquidacionismo ha destruido ese PCE que era respetado y temido incluso por sus enemigos; lo ha transformado en algo muy distinto, aunque siga ostentando, secuestrándolas, las siglas y el patrimonio del auténtico Partido Comunista de España.²⁹⁷

El documento diseccionaba la historia reciente del partido. En sus conclusiones sentenciaba que se estaba produciendo una regresión ideológica y un desarme político de la izquierda. Además, apuntaba algunos ejemplos concretos (el visto bueno a la extradición de miembros de ETA, el apoyo a la entrada de España en la CEE o la apuesta por las mesas de Referéndum sobre la OTAN sin contar con todo el movimiento social) que, según ellos, evidenciaba que el PCE no se guiaba ya por un pensamiento clasista. El texto también era terriblemente crítico con la posición del partido en la Transición y con el eurocomunismo. Además, consideraban que todo este proceso había tenido unas consecuencias directas sobre la hegemonía de los valores de la cultura política comunista:

Se está intentando borrar de la memoria colectiva del pueblo, en la política y en la cultura, las mejores tradiciones revolucionarias, las más consecuentemente democráticas y antifranquistas, aquellas en las que la clase obrera y los sectores más progresistas de nuestro pueblo han sido protagonistas. Detrás de esta lucha cultural, hipócritamente escondido, está el intento puro y simple de debilitar el peso de los trabajadores en la democracia, de liquidar lo más consecuente de la izquierda y de la misma democracia, de reblandecer el pensamiento revolucionario.²⁹⁸

Frente a esta dura realidad, el grupo de disidentes llamaba a integrarse en el PC para impulsar la lucha por la unidad de los comunistas y la recuperación del partido de la clase obrera española. Así mismo, reivindicaban la ruptura entre el PCE y la representación simbólica del patrimonio memorialístico de los comunistas de España: «Es claro que la larga tradición de lucha del partido comunista no desaparecerá, pero esa historia, que forma parte de lo mejor de la historia contemporánea de nuestro pueblo, ya no es el actual PCE el que la

encarna».²⁹⁹ Ignacio Gallego escribía en las páginas de Nuevo Rumbo sobre la oportunidad que se abría para que en el futuro miles de comunistas abandonaran el PCE siguiendo los pasos de Ballesteros, ante lo cual insistía en que el partido estaría abierto a todos ellos.³⁰⁰

La forma escogida para procurar la incorporación de este grupo al PC se realizó de acuerdo con una táctica que buscaba provocar un nuevo trasvase de militantes del PCE al PC. En vez de asegurar una rápida integración, se dio paso a la creación de la Fundación José Díaz.³⁰¹ El nombre no era una cuestión trivial, sino que tenía la intención de trazar un vínculo entre su lucha actual y la del pasado del partido. La Fundación José Díaz incluso disponía de un local en la calle de Carretas de Madrid, y el propio Ballesteros albergaba perspectivas de futuro muy halagüeñas; auguraba incluso la posibilidad de que su movimiento lograra que 6.000 militantes abandonaran el PCE. En palabras de Jaime Ballesteros, el objetivo de esta nueva fundación era «contribuir a la clarificación ideológica» y «levantar el rearme de la clase obrera y de su partida de vanguardia» ante lo que consideraban como el «hundimiento» del PCE.³⁰² Lógicamente, los periodistas preguntaban a Ballesteros sobre su cambio de postura radical en poco tiempo respecto al eurocomunismo, de firme defensor a crítico. Esto era lo que contestaba al respecto:

Creo que el predominio del liquidacionismo en el PCE no es ajeno al fenómeno eurocomunista. Algunos de nosotros hemos defendido el eurocomunismo intentando que fuese una adaptación del marxismo a la realidad contemporánea, pero tal como se ha desarrollado nos parece que no ha sido otra cosa que el caldo de cultivo del liquidacionismo. Entiendo que el eurocomunismo es una variante del reformismo radical del PSOE. En España ha contribuido a la desideologización de los comunistas, y también a levantar una esperanza en el reformismo como tercera vía revolucionaria. Ha determinado, así mismo, el abandono de una política de clase al abordar los problemas de la transición, y el desencadenamiento de una disgregación organizativa muy seria. El eurocomunismo está muy cargado de liberalismo y ha olvidado que debajo de cualquier problema político hay una lucha de clases muy dura.³⁰³

De esta manera, el 15 de noviembre de 1984 se inscribía en Madrid la mencionada fundación por parte de Jaime Ballesteros, Ignacio Mantecón, José Antonio García Rubio, Pedro Bolívar, Leopoldo Alcaraz y Diego Carrasco. Entre los objetivos de su escrito de constitución aparecían algunos tan ambiguos como «fomentar la investigación del pensamiento marxista-leninista».³⁰⁴ Sin embargo, las normas y el funcionamiento del régimen interno incluían un último punto: «En el cuadro de estos objetivos, proyectamos la unidad y fusión con el P.C».³⁰⁵ El 19 de diciembre de 1984 Leopoldo Alcaraz escribía a los miembros de la fundación José Díaz explicándoles que les enviaba el «Documento de los 100» y algunos recortes de prensa. A cambio, les demandaba con rapidez información sobre «eco en prensa, adhesiones, reacción de camaradas, contactos con órganos del P.C, etc., etc...».³⁰⁶ El 15 de enero, en otra carta de Alcaraz se informaba sobre la existencia de una operación en marcha para atraer a gente del PCE a sus filas, recalcando para ello la importancia de presentarse como una fundación y no un partido, en un intento de sortear el sentimiento de disciplina de los militantes del PCE:

Como convenido en la última reunión conjunta del Secretariado del Partido y los cinco camaradas procedentes del Comité Central del PCE, se han editado 50.000 ejemplares del «Documento de los 100», 35.000 con el anagrama de «Nuevo Rumbo» y 15.000 el Documento como tal, a fin de penetrar con más facilidad en la militancia del PCE [...] Conviene tomar todas las medidas para difundirlo y enviarlo al mayor número de comunista que, hoy, militan aún en el PCE, así como a nuestros simpatizantes, susceptibles de que ingresen o se acerquen más al partido. En caso de que enviéis documentos por correspondencia, conviene que pongáis en el remite FUNDACIÓN JOSÉ DÍAZ y la dirección que convengáis (salvo el caso de Asturias que tiene local propio como FUNDACIÓN), a fin de evitar el rechazo total del destinatario, en caso de que se pusiera de remitente la sede del PC, lo cual significaría directamente recibir propaganda de otro partido.³⁰⁷

La operación se saldó en los meses siguientes con un buen resultado, aunque lejos de las grandes cifras esperadas. Además, las escisiones de militantes del PCE estuvieron circunscritas a «territorios» muy concretos como Asturias, Cantabria, León, Albacete, Badajoz, Madrid y en «la emigración». Vázquez

Montalbán, escritor y militante del PSUC eurocomunista, describía este proceso en su columna de El País como una versión trágica de la primera escisión de Gallego: «Ballesteros, al frente de sus 100 pulgarcitos, avanza por los bosques siguiendo el rastro de las miguitas de pan que le ha ido dejando Ignacio Gallego».³⁰⁸ La estrategia se llevó a cabo entre finales de 1984 y principios de 1985. En Cantabria, la escisión fue relativamente numerosa y estuvo liderada por Ignacio Mantecón, secretario general del Partido Comunista de Cantabria (PCC).³⁰⁹ Mantecón explicaba que la situación se había vuelto insostenible, debido al «liquidacionismo» que había provocado que el partido ya no creyera en el cambio revolucionario, y eso se traducía en cosas concretas como la posición ante la OTAN, las prestaciones por desempleo, el Ejército o la reforma de la judicatura.³¹⁰ La escisión cántabra daba algunas cifras interesantes como, por ejemplo, que el 70 % de la militancia de Santander abandonó el PCE para integrarse en el PC.³¹¹ En el caso de la agrupación de Astillero-Guarnizo, también se produjeron importantes bajas, entre las que se encontraba Felipe Gutiérrez, concejal de ese municipio, y más del 50 % de la agrupación local.³¹² Una situación similar se vivió en la organización del PCE de Los Corrales del Buelna, donde 35 de los 36 militantes decidieron pasarse al PC.³¹³ En el caso del pueblo de Laredo, la prensa informaba de que la cifra de abandonos llegaba hasta el 80 % de la militancia total.³¹⁴

Este movimiento disidente también afectó a Asturias y León. Para este último caso, la escisión estaba encabezada por el anterior secretario provincial, Luis García, así como otros miembros de la ejecutiva anterior y varios exconcejales del Ayuntamiento de León.³¹⁵ Los comunistas ortodoxos de León difundían en un texto titulado «Carta a todos los comunistas de León», sus posiciones disidentes, entre las cuales destacaba un proceso local de crisis interna desencadenada tras los enfrentamientos acaecidos en la organización local con posterioridad a la última conferencia del partido; a eso había que sumar la pérdida de más de la mitad de los 600 militantes hacía pocos años.³¹⁶ Por otra parte, el caso asturiano se concentraba en la localidad de Gijón y, sobre todo, en la agrupación de la Calzada, que era la más importante de esta localidad y contaba con local propio. En esta agrupación, Manuel Beltrán, su responsable, presentó su dimisión de forma temprana. También influyó en la agrupación de Talleres de Moreda.³¹⁷ Más tarde, las dimisiones afectaban ya a las ejecutivas de tres agrupaciones de Gijón: La Calzada, El Llano y Talleres de Moreda.³¹⁸ En una carta firmada, Manuel Beltrán, Alfredo Caldrecha y Orlando Gómez, Lali,

animaban a toda la militancia de sus agrupaciones a sumarse a su movimiento disidente:

Tú sabes lo mismo que muchos militantes de Gijón y los delegados que han asistido al II CONGRESO del P.C.A nuestra firme oposición al proyecto de tesis, tanto en lo ideológico, como en muchos planteamientos políticos. En la conferencia de Gijón, nuestra delegación votó masivamente tanto en contra del informe político, como de las tesis oficiales, junto con una parte importante de delegados de otras agrupaciones. Continuando con los principios que fueron siempre de la inmensa mayoría de los militantes del distrito V Para continuar la historia y la lucha adnegada [sic] de aquel glorioso P.C.E. Ven a la Fundación José Díaz, para estudiar u divulgar el pensamiento marxista y leninistas, para trabajar por la reconstrucción de un solo partido de UNIDAD DE TODOS LOS COMUNISTAS, sobre las bases del MARXISMO Y LENINISMO. CONVENceTE, DESDE EL P.C.E ESTO YA NO ES POSIBLE.³¹⁹

El movimiento también tuvo un foco importante en Castilla-La Mancha y, sobre todo, en Albacete, donde los disidentes elaboraron un documento titulado «Carta a todos los comunistas de Albacete». En este escrito, criticaban la propuesta de «partido laico» existente en el PCE, que pretendía quitar a este «su identidad marxista-leninista, reemplazándola por una vaga filosofía de “nueva izquierda”, eurorenovadora, que base la unidad del partido exclusivamente en acuerdos programáticos».³²⁰ Por supuesto, sus críticas se extendían más allá de la cuestión identitaria y hablaban de la negativa del PCE a creer en la existencia de crisis revolucionarias, de una postura ambigua ante la OTAN o de la política de PCE-CC. OO. de solidaridad nacional.³²¹

Poco después, otro repunte disidente, esta vez en Andalucía, traía nuevas esperanzas a la militancia del PC. Se trataba de la propuesta del Frente Leninista del PCA (FLPCA) de realizar un congreso de unidad comunista entre el PC, el propio FLPCA y comunistas independientes. El FLPCA era un pequeño grupo encabezado por el sindicalista agrario Juan Antonio Romero, apodado El Comandante. Inicialmente, este colectivo se había creado como una oposición

interna al PCA proveniente de dirigentes de campesinos de CC. OO. en Andalucía, liderados por Romero y del cual también formaban parte los miembros del Comité Central José Fuentes, Germán Porras y Manuel Moreno. A finales de 1985, se celebró una asamblea del FLPCA en Badolatosa (Sevilla), donde el frente apostó por la confluencia con otras fuerzas para construir un partido marxista-leninista en Andalucía.³²² La respuesta del PCA fue considerar esta medida como una «postura infantil que beneficiaría únicamente al bipartidismo».³²³ El 6 de febrero, en una rueda de prensa, el FLPCA anunciaba la celebración para el mes de julio del congreso de unidad comunista andaluz: «Estamos por unir en un solo esfuerzo, en un solo programa, en una sola actitud revolucionaria a todos los leninistas y a todos cuantos están en calidad de independientes o formando grupos de oposición al sistema capitalista en cualquier lugar de Andalucía».³²⁴ El FLPCA estaba totalmente en contra de la entrada de España en la CEE por suponer un perjuicio a los trabajadores del campo, y defendía una reforma agraria integral. En el plano sindical, apostaba por la creación de una federación unitaria de trabajadores del campo andaluz donde estuvieran presentes las CC. OO., el SOC y la UGT, junto con otros sindicatos menores para conseguir así la unidad sindical. Finalmente, el congreso se convocó los días 26 y 27 de octubre de 1985 en Sevilla. Según la información de Nuevo Rumbo, a este habrían acudido 308 delegados en representación de 5.200 militantes. Fruto de la unión de las dos organizaciones nació el Partido Comunista del Pueblo Andaluz (PCPA), cuyo secretario general sería Manolo Monereo.³²⁵ La política de alianzas del partido en Andalucía apostaba por crear una plataforma de unidad popular que lograra aglutinar a todas las personas de izquierda que tenían un peso destacado en el movimiento sindical agrario.³²⁶

Aunque solo fuera por su simbolismo, también fue importante la incorporación de Armando López Salinas en el verano de 1985. López Salinas había sido miembro del CC del PCE y subdirector de Mundo Obrero.³²⁷ Tras su incorporación, acabaría dirigiendo el Nuevo Rumbo unos años más tarde. Además, poco después, el PC recibió un nuevo ingreso colectivo, esta vez en Canarias. Se trataba de un grupo encabezado por Rafael Barrera, al que se unía toda la agrupación de Arinaga.³²⁸ Bastante más relevante fue la incorporación de más de cien militantes, la mayoría de ellos cuadros sindicales, al PC valenciano. Este movimiento estuvo encabezado por Antonio Infante, del CE del PCPV y secretario general de CC. OO. en la comarca de l'Horta; Andreu Mas, del CC del PCPV y secretario de la Federación del Campo de CC. OO., y César Mañas, del

CC del PCPV y secretario de la Federación del Metal de CC. OO.³²⁹ Entre los distintos motivos expuestos por las personas anteriormente mencionadas para la ruptura, ocupaba un lugar destacado la reafirmación de su identidad leninista: «Apellidarse hoy LENINISTA no es una simple cuestión de nombre o un símbolo de nostalgia, es por el contrario una necesidad de su coherencia ideológica y política, de su aceptación de la teoría y el método materialista y dialéctico».³³⁰

Sin embargo, un análisis de la primera etapa del PC estaría incompleta si no se realizara un repaso por la participación del partido en los distintos movimientos sociales. Lejos de la imagen que se ha pretendido construir, los militantes de esta organización formaron parte del tejido asociativo que impulsó importantes movimientos de resistencia frente a las políticas de Felipe González. Aunque su militancia participó en las principales luchas de estos años, hay dos movimientos donde el PC destacó especialmente: el movimiento obrero y el pacifista. Este último vivió un gran auge con motivo de la entrada de España en el bloque militar estadounidense de la mano de la OTAN. El partido se había manifestado desde sus inicios en contra de las bases militares estadounidenses en suelo español, contra la instalación de misiles en Europa Occidental y, especialmente, contra la OTAN. Al contrario de lo que se suele pensar, el PC apostaba por la disolución simultánea de los bloques militares, tal y como llevaba proponiendo el PCUS desde 1971.³³¹ La oposición al mantenimiento de España en la OTAN provocó la consolidación de un potente movimiento social en el que los comunistas tuvieron un importante papel y que algunos historiadores han catalogado como «la última batalla de la Transición».³³² El partido participó en plataformas de base a nivel local y regional, además de en la Coordinadora Estatal de Organizaciones Pacifistas (CEOP).³³³ La campaña a favor de la salida de España de la OTAN en el referéndum de 1986 fue seguida por un gran entusiasmo militante. Durante 1984-86 el PC participó en numerosas movilizaciones y actividades para mostrar su rechazo a la alianza militar.³³⁴ Sin embargo, la pérdida del referéndum fue vivida como un gran retroceso. Sus consecuencias fueron mayores de las esperadas, ya que mostraba la magnitud de la derrota de las posiciones de los comunistas ortodoxos.³³⁵

Por su parte, el movimiento obrero se convirtió en el otro pilar de la acción

sociopolítica del partido durante la década de los ochenta. Desde su formación, el PC luchó contra las reformas laborales y económicas del Gobierno, las cuales consideraba que trataban de «cambiar el modelo sindical, destruyendo el sindicalismo de clase y unitario, para imponer un modelo burocratizado de gestión».³³⁶ De tal manera que la principal labor del partido debía convertirse en dirigir y ayudar al movimiento obrero a organizar una «política de resistencia frente a la ofensiva del capital y del gobierno, y de presión para que este abandone su programa de recomposición capitalista».³³⁷ Además, la coyuntura de mediados de la década mostraba un repunte frente a la caída de la conflictividad laboral registrada tras el fin de la Transición.³³⁸ Algunos de los conflictos más importantes, como el de Sagunto, Gijón, Vigo o Euskadi, fueron vistos con esperanza por el PC. Por eso, el partido trató de participar en estas luchas, bien desde dentro por medio de sus militantes en esas industrias, bien desde fuera extendiendo la solidaridad.³³⁹ Incluso impulsaron algunas movilizaciones en el campo, como las que encabezó su partido en Jódar.³⁴⁰ Su trabajo en el ámbito sindical se desarrollaba principalmente en CC. OO., donde apostaban por un modelo de sindicalismo unitario basado en un mayor fomento del asamblearismo y la combatividad.³⁴¹ Dentro de sus posibilidades actuaron en el seno de CC. OO., tratando de aumentar su influencia para que el sindicato adoptara posiciones más combativas frente a la reconversión industrial y la entrada de España en la CEE.³⁴² Un ejemplo se puede ver en la presentación de una tesis alternativa al III Congreso Confederal de CC. OO. en 1984 que llevaba por título «Por una política de resistencia y transformaciones ante la crisis».³⁴³ Sin embargo, algunas de estas políticas llevaron a que el partido llevara a cabo una praxis ambigua en los conflictos obreros.³⁴⁴ Además, desde finales de 1985 fue apreciable una paulatina moderación del PC y una tendencia a la convergencia con el PCE dentro de CC. OO. Esto suponía una importante transformación de su política sindical al abandonar a sus antiguos socios de la «izquierda sindical», para asegurar la unidad en el sindicato.³⁴⁵

Entre la supervivencia y el desengaño. El PCPE ante el fin del socialismo real

A los dos años del congreso de unidad, la situación de los ortodoxos era un poco preocupante. El PC no acababa de sobrepasar al PCE, pero al mismo tiempo se beneficiaba de los distintos pequeños conflictos que la crisis generalizada del PCE continuaba generando en los distintos territorios. Sin embargo, los límites de este proceso de captación y fortalecimiento del Partido Comunista parecían claros. El PC no parecía capaz de sobrepasar al PCE. Aunque hubiera fracasado en su intento inicial de sobrepasar al partido matriz, lo cierto es que el PC supo construir en torno a sí mismo una imagen consolidada. Este partido se postulaba como una alternativa nucleada en torno al universo simbólico de la identidad comunista.³⁴⁶ Sin embargo, no solo se parapetó en torno a las cuestiones identitarias, también impulsó una política de alianzas propia. En este sentido, destacó especialmente el acuerdo del V Pleno del CC en noviembre de 1984. En él se lanzaba su propuesta de alianzas bajo el rótulo «Por una política de izquierdas nacional para la transformación de la sociedad». El objetivo inmediato era construir un bloque social e impulsar una política de izquierdas inspirada en una serie de puntos básicos que permitieran «conducir, reagrupar y recomponer a las fuerzas y movimientos populares y progresistas de nuestro país, hoy fragmentados y situados a la defensiva y empezar a cubrir el gravísimo vacío político de izquierdas».³⁴⁷ No se trataba

de aplicar un programa avanzado de transición al socialismo, ni siquiera de gobierno [...] se trata de establecer las condiciones políticas básicas para frenar la política de recomposición capitalista que impulsa la derecha y la socialdemocracia, de rearmar y dotar de orientación política a los movimientos sociopolíticos de masas y de favorecer la reorganización y progresiva unidad de las fuerzas de izquierda.³⁴⁸

Los sujetos llamados a conformar ese bloque social de izquierda serían los sectores de izquierda del PSOE y el PCE. Es necesario aclarar que, respecto a este último, el CC tomaba medidas para prevenir posibles susceptibilidades y

afirmaba que:

nuestras diferencias ideológico-políticas no constituyen un obstáculo por nuestra parte para colaborar con el PCE eurocomunista y con todos aquellos que lo deseen, para luchar por la paz, por las reivindicaciones sociales y nacionales de los pueblos de España y por todos los puntos programáticos que puedan configurar una política de izquierdas.³⁴⁹

Posteriormente, el 24 y 25 de enero de 1986, el PC tuvo un importante encuentro donde se abordaron la política de alianzas del partido y la unidad de los comunistas. Fruto de esa reunión, se emitió una resolución sobre esas dos cuestiones. En ella se hacía un repaso de la situación social del país, especialmente de los ejemplos de las luchas populares del movimiento obrero y contra la OTAN. En su análisis, el PC explicaba cómo el avance de la conciencia popular exigía la construcción de un frente político que luchara contra el bipartidismo y la derechización del Gobierno. Como consecuencia de este análisis, se manifestaba

dispuesto a discutir con todas las fuerzas de izquierda, sin exclusión alguna, desde ahora mismo, para lograr candidaturas de unidad de la izquierda, en las que los comunistas vayamos juntos con otras fuerzas políticas de izquierda no comunistas, y en base a un programa de transformaciones sociales.³⁵⁰

Entretanto, tuvo lugar un importante cambio de cariz simbólico y estético. Fruto de un fallo judicial ante una denuncia interpuesta por el PCE, este partido se vio obligado en 1986 a modificar su nombre. Desde entonces adoptaría las siglas de PCPE, cuestión que ya estaba prevista en sus estatutos.³⁵¹ Sin embargo, este golpe no fue un obstáculo para que el PCPE anunciase su predisposición a iniciar acercamientos a otras fuerzas progresistas. De esta manera, la organización mostraba una postura flexible y unitaria respecto a otras organizaciones. El partido proponía ocho puntos programáticos en torno a los cuales consideraba que debía nuclearse un posible acuerdo unitario. Los tres

primeros tenían que ver con aspectos de alcance internacional: salida de la OTAN, neutralidad activa para España y rechazo a la permanencia en el MCE. Los siguientes eran de ámbito social: nacionalización de sectores estratégicos, subsidio para todas las personas en situación de paro, reforma agraria y reconversión de la industria armamentística. Por último, se abordaban aspectos relacionados con libertades y derechos civiles: reforma democrática del Estado, mejora de las prestaciones sociales y derecho de autodeterminación para los pueblos.³⁵²

En este contexto, se produciría la participación del PCPE en Izquierda Unida. El partido formó parte de la coalición desde su creación el 27 de abril de 1986. Sin embargo, esa integración no fue ajena a algunos roces y conflictos. En el caso del PCPE de Madrid, su Comité Regional, encabezado por su responsable político Moral Santín, decidió de forma unilateral no apoyar la coalición electoral. Esta postura divergente estaba sustentada en el rechazo a que el acuerdo incluyera referencias a la unidad comunista y a la supuesta integración del partido en el PCE.³⁵³ Además, este conflicto se vio radicalizado por haberse descartado a los dirigentes del PCPE de puestos importantes en las listas electorales. El debate llegó hasta el CC del PCPE, donde hubo una agria discusión, en la cual algunos dirigentes acusaron al Partido Comunista de Checoslovaquia de estar detrás de esta decisión, en un intento de radicalizar las posiciones de un sector del PCPE que vería su integración en Izquierda Unida como la antesala de su autodisolución en el seno del PCE de Gerardo Iglesias.³⁵⁴ No obstante, el PCPE sí que sacaría réditos electorales en las elecciones generales, autonómicas y municipales. Incluso Ignacio Gallego resultó elegido en las elecciones de 1986 para el Congreso de los Diputados por la candidatura de IU en la provincia de Málaga.³⁵⁵ También resultaron electos dirigentes del PCPE en varias elecciones autonómicas y municipales. Un ejemplo se puede ver en las autonómicas de Andalucía, donde de los 19 parlamentarios de IU, tres eran del PCPA.³⁵⁶ Con todo, el balance general del paso del PCPE por Izquierda Unida muestra un papel muy secundario. Su marginalización fue tal que incluso su presencia se encontraba por detrás de pequeñas organizaciones como la Federación Progresista (FP) de Ramón Tamames o el Partido de Acción Socialista (PA-SOC). Una buena muestra de esta minusvaloración se puede apreciar en la propaganda de IU, donde el logo del PCPE era el único que no figuraba. Tan solo aparecían sus cuatro siglas, y supuestamente, esto era debido a que el PCE no permitía ningún otro símbolo comunista más que el suyo

propio.³⁵⁷ Sin embargo, el PCPE defendió su integración en IU de forma fehaciente. En el discurso de este partido, la plataforma era conceptualizada como una primera etapa en el proceso de articulación de un Frente de Izquierdas, su verdadero objetivo. En este sentido, el partido denunció las dificultades que se encontró cuando en el contexto de las elecciones municipales y autonómicas decidieron renovar el acuerdo general. Al parecer, el resto de las organizaciones no apostaban por un acuerdo más allá de lo meramente electoral. Sin embargo, el PCPE opinaba que lo fundamental era la orientación a largo plazo:

Nuestra valoración es que estando ahí, hemos contribuido a fortalecer la perspectiva de la unidad de la izquierda y a fortalecer nuestro propio partido [...] ha contribuido a aumentar nuestra influencia política: hemos podido dirigirnos directamente a cientos de miles de personas [...] hemos ganado nuevas tribunas para defender desde ellas posiciones de clase.³⁵⁸

No obstante, también sabía de las reticencias que se gestaban entre su militancia. Para un sector importante de la organización, la política de alianzas estaba favoreciendo la táctica del PCE, que se veía reforzada, mientras que el PCPE quedaba marginado y sin capacidad de operar autónomamente entre la clase trabajadora.³⁵⁹ La propia dirección del partido cada vez era más consciente de esta situación: «En nuestras propias filas existen aún incomprensiones, que nos esforzamos por superar, pero cuyo origen principal es la actitud prepotente de otras fuerzas de Izquierda Unida».³⁶⁰ El proceso de «unidad de la izquierda» se desarrollaba de forma paralela a otro proceso mucho más complejo. Se trataba de una nueva versión del conocido mantra de «la unidad de los comunistas». Bajo este pretexto, el partido comenzó una serie de acercamientos al PCE para lograr la existencia de un solo partido comunista. Esta cuestión podía resultar, como poco, muy incongruente. Sobre todo, teniendo en cuenta que el PCPE había sido creado hacía escasos años como una escisión. Por eso, la dirección del partido de Gallego explicaba este acercamiento hacia sus antiguos «camaradas» como una continuación de las dinámicas que habían dado lugar a la creación del partido. Carrillo ya no estaba en el PCE y se abría una ventana de oportunidad de negociar la construcción de un único partido comunista sobre unas bases más o menos ortodoxas, ahora que el eurocomunismo nominalmente había caído en desuso. El 26 de abril de 1986 se reunían Ignacio Gallego y Gerardo Iglesias en

Madrid para abordar esta cuestión en un ambiente distendido. En esta reunión bilateral se firmaron varios acuerdos. Los más importantes fueron el de concurrir en una misma plataforma a las elecciones y el de iniciar un proceso de unidad entre ambos partidos:

Ambas delegaciones han coincidido en la necesidad Política de avanzar en un proceso abierto a todos los comunistas, de debate político e ideológico que puede concretarse en la discusión en base a la reelaboración del Manifiesto Programa y que culminaría en la unidad de todos los comunistas en un solo partido. Para avanzar en ese camino de unidad comunista, han acordado constituir una comisión de trabajo integrada por miembros de ambos Partidos que siga el proceso político y orgánico tendente a esa unidad.³⁶¹

La apuesta del PCE era clara. Su intención era absorber a todos los demás partidos comunistas que les fuera posible sin apenas coste político, como habían hecho poco antes con el PCOE. La absorción del PCPE les interesaba especialmente dado que ambos compartían el proyecto de IU. Así lo manifestaba Julio Anguita, secretario general del PCE desde febrero de 1988:

La llamada unidad de los comunistas era una cuestión reiterativa que todos los días estaba en los medios de comunicación. No había rueda de prensa o acercamiento de los medios de comunicación en los que no me preguntasen por la unidad de los comunistas. Pero, además, había presiones por otra parte [...] en el partido de Ignacio Gallego, supuestamente, todo supuestamente, más lejano de nosotros, compartían el proyecto de Izquierda Unida. Al hacer esa valoración yo lo tuve claro: si el PCPE, supuestamente más lejano a nosotros, compartía el proyecto de IU, que iba ser nuestra estrategia, entonces el PCPE era prioritario. Y eso lo estuvimos discutiendo.³⁶²

Los días 25 y 26 de abril de 1987 se celebró en Madrid el II Congreso del PCPE. Este importante acontecimiento en la vida del partido sería la última vez que se realizaría en condiciones de normalidad. En él participaron 1.042 delegados (un

40 % de ellos procedentes de Cataluña), que decían representar a unas cifras totales de 22.000 militantes.³⁶³ Este congreso tuvo también importancia por los cambios internos que se producirían en la dirección. El PCPE creaba la figura simbólica de la Presidencia, en la cual colocaron a un Ignacio Gallego ya envejecido y enfermo. La Secretaría General fue ocupada por Juan Ramos, quien hasta ese momento había sido el hombre fuerte del PCC. Este cambio también era importante por sus implicaciones. Ramos mantenía posiciones más obreristas y combativas que las de su predecesor. Como responsable de organización continuaba el veterano Josep Serradell. La unidad de los comunistas seguía siendo una apuesta importante de la línea estratégica del PCPE, pero ahora con condiciones significativas y abierto a la discusión con el PTE-UC.³⁶⁴ Sobre todo después de las insistencias de Carrillo en la necesidad de unificar a todos los comunistas.³⁶⁵ Sin embargo, el partido rechazaba tajantemente la opción de que la unificación se convirtiese en una simple integración en el PCE. El propio Ignacio Gallego, en la exposición de su informe político, aseguraba:

Camaradas, aprovecho la solemnidad de lo que un Congreso decide para afirmar que nosotros no nos vamos a integrar en ninguna otra fuerza. Que el camino de la integración va en dirección contraria al de la unidad de los comunistas, porque soslaya el proceso de clarificación ideológico indispensable para avanzar con seriedad, credibilidad y firmeza hacia ese objetivo. Cuando en reuniones orgánicas de otras fuerzas, en la prensa, e incluso en las relaciones internacionales hay quienes insisten en dar la integración por un hecho, no solamente faltan a la verdad, sino que hacen el más flaco servicio al auténtico proceso de unidad de todos los comunistas.³⁶⁶

No obstante, Gallego matizaba estas cuestiones, era necesario sentar las bases de un debate que podía llegar a ser largo. Para ello, se planteaban siete puntos esenciales, cuyo contenido debía ser debatido con el PCE. El primero era el papel de la clase obrera en el proceso revolucionario en los países capitalistas desarrollados, el cual consideraban que continuaba siendo crucial, pese a las modificaciones en su composición. El segundo era el carácter de clase del partido comunista, puesto que para el PCPE la clase obrera no era una clase social más entre otras. El tercer punto era el mantenimiento del objetivo a medio/largo plazo de la toma del poder político por la clase obrera y la

construcción del socialismo y el comunismo. Si se perdía ese objetivo de la vista, el partido podría acabar atrapado por un tacticismo cortoplacista y terminar convirtiéndose en un partido socialdemócrata. El cuarto reivindicaba la pertenencia al movimiento comunista internacional. El quinto tenía que ver con la defensa del carácter leninista del partido como herramienta capaz de adaptarse a distintos escenarios sociopolíticos. El sexto también se relacionaba con la percepción interna del partido y abordaba la reivindicación de la ideología marxista-leninista como herramienta capaz de interpretar globalmente el mundo. Por último, el séptimo ponía énfasis en la doble condición (de vanguardia y de masas) que debía tener un partido comunista.³⁶⁷ Todos estos puntos reflejaban distintos aspectos de la cultura política comunista y, especialmente, de aquellos elementos simbólicos que estaba directamente relacionados con su identidad, construida en torno a la memoria colectiva de los comunistas de España. La mayoría de ellos, por no decir todos, se alejaban mucho de las concepciones que manejaba el PCE en 1987. En este sentido, si alcanzar la unidad dependía de que el PCE aceptara estos puntos, entonces la unidad parecía, en principio, algo más bien lejano.

Sin embargo, el 10 de octubre de 1987, el CC del PCE daba un paso más y acordaba una propuesta de unidad basada en el desarrollo de comités de enlace a todos los niveles y la creación de una comisión de unidad de carácter estatal con el PCPE. Además, se colocaba en primer plano la necesidad de implementar políticas conducentes a una mayor unidad de acción entre ambos partidos. Una buena muestra de ello fue la concurrencia conjunta bajo las mismas candidaturas y la misma plataforma sindical en el IV Congreso de CC. OO., celebrado el 18 de noviembre de 1987. Poco después, la unidad de acción se plasmaba en el plano político, al manifestar ambos partidos su acuerdo con el relanzamiento de IU como movimiento sociopolítico.³⁶⁸ El principal paso vendría de la constitución, el 21 de enero de 1988, de la comisión de unidad PCE-PCPE. Esta comisión fue la encargada de elaborar un documento de unidad de acción.³⁶⁹ La delegación del PCPE estuvo formada por Josep Serradell, José A. Moral Santín y Luis Cabo. La del PCE, por José Sandoval, Francisco Romero Marín y Francisco Palero. En la reunión, se acordó intensificar la unidad de acción y realizar para ello reuniones periódicas. Además, se había acordado que todas las organizaciones en los distintos niveles constituyeran «comisiones de enlace, a fin de actuar de forma coordinada en todo lo relacionado con I.U., el trabajo en el movimiento obrero, la lucha por la paz y los movimientos de masas».³⁷⁰ Un mes

después, tuvo lugar el XII Congreso del PCE, en el cual se ratificó la propuesta de unidad acordada en octubre por el CC de ese partido.³⁷¹ Poco después, el 11 de marzo de 1987, se reunían nuevamente ambas delegaciones para abordar cuestiones relativas a la confección de las listas electorales en IU con el fin de llevar una propuesta conjunta al consejo político de la coalición.³⁷² Dos días más tarde, se establecía un calendario de entrevistas con organizaciones donde existían problemas entre los dos partidos. En el marco de este calendario, se produjeron solo tres reuniones. La primera fue la que tuvo lugar con los dirigentes del PCPE valenciano. La segunda, la de los dirigentes de las Islas Baleares, que mantenían un conflicto en relación con las listas electorales, y la tercera, de militantes canarios. Resulta interesante que los conflictos surgieran precisamente en tres territorios donde el PCPE tenía organizaciones fuertes y estaba en mejores condiciones de medirse con el PCE, que, por otra parte, marginaba notablemente el papel del PCPE dentro de IU.

Poco después se produjeron algunas entrevistas más con el responsable de organización del PCPE, Josep Serradell Román, para ir concretando el proceso. Los documentos depositados en el AHPCE sobre esta cuestión evidencian que la intención de muchos dirigentes era iniciar un simple proceso de absorción. Un ejemplo significativo de esa falta de equidad en los roles de ambos partidos es que, en el contexto de una de estas reuniones, el propio Serradell, que se manifestaba a favor de la unidad, preguntó al PCE sobre la forma en la cual se realizaría esta, ya que creía que, según manifestaba el PCE, «con ellos pensábamos enfocar la unidad como con el PCOE».³⁷³ Esta actitud provocó importantes discrepancias internas en el interior de la dirección del PCPE. En primer lugar, el CC se manifestó en desacuerdo con el documento que había propuesto el PCE, frente al cual elaboró una gran cantidad de enmiendas. Esto provocó que el partido cambiara de opinión. De esta manera, se optó por ralentizar el proceso abierto a comienzos del verano de 1988.³⁷⁴ En opinión del PCE, el verdadero problema residía en la figura de Juan Ramos. Le consideraban una persona muy problemática por su terquedad y el causante del alargamiento excesivo del proceso. El 12 de junio de 1988, los dirigentes del PCE tuvieron una conversación con Román, quien les manifestó que estaba muy preocupado con la situación existente en la dirección del PCPE. En las últimas reuniones había habido situaciones muy tensas con respecto a la posible unificación. Al parecer, se había expulsado de la dirección a todos los miembros de la comisión de enlace excepto al propio Román. Sin embargo, Román defendía que algunas

personas que habían votado a favor de estas nuevas medidas paralizantes, en realidad, sí estaban por una unidad rápida. Además, el viento del este soplaba a su favor. Los países socialistas acabarían presionando al PCPE para que se fusionara con el PCE:

sabe que representantes diplomáticos de la URSS, Polonia, Checoslovaquia y RDA se han reunido para analizar el proceso unitario, sobre todo después de las reuniones de los órganos del PCPE. Después de las discusiones en el PCPE ha viajado una delegación a Moscú para discutir temas ideológicos con representantes de la dirección del PCUS. Entre otros iban Justiniano y Monereo.³⁷⁵

Ante el bloqueo del proceso, la dirección del PCPE de Madrid decidió saltarse las reglas del centralismo democrático e integrarse directamente en el PCE. El 30 de junio de 1988 Fidel Alonso y 185 militantes del PCPE madrileño acordaron unilateralmente la unidad con el Comité Regional del PCE de Madrid. Los siguientes acontecimientos fueron en la misma dirección. El 30 de agosto, los comités regionales de Madrid de ambos partidos acordaron abrir el proceso de unidad y el 8 de septiembre varios dirigentes sindicales de CC. OO., encabezados por Marcelino Camacho, Alfred Clemente, Antonio Gutiérrez y Ángel Campos, firmaron un documento donde llamaban a cerrar la unidad en lo que quedaba del año 1988.³⁷⁶ Cuando la noticia saltó a los medios de comunicación, a principios de septiembre, dirigentes de la talla de Julio Anguita opinaban que se trataba de un paso histórico, ya que el ejemplo de Madrid «era modélico para toda España».³⁷⁷ Como era de esperar, la dirección central del PCPE expulsó al Comité Regional de Madrid bajo la acusación de deslealtad y de funcionar como una fracción al servicio de los intereses del PCE de Julio Anguita.³⁷⁸

En todo este conflicto, muchas veces se ha pretendido ver a Ignacio Gallego como el cabecilla de esta escisión. Sin embargo, esto contrasta con la imagen pública del presidente del PCPE. Hasta el último momento, Gallego se mantuvo en una posición muy ambigua, a la expectativa de ver cómo evolucionaban los

acontecimientos. El 15 de septiembre de 1988, la prensa publicó las primeras declaraciones públicas del dirigente sobre la crisis del PCPE. En ella el presidente del partido parecía desentenderse del conflicto, mientras lanzaba un guiño a la integración: «Se trata de unos hechos en los que yo no he tenido ninguna participación [...] Apoyo [...] todas las iniciativas unitarias porque este país necesita un gran partido comunista que esté a la altura de las exigencias de nuestra época».³⁷⁹ Esto no quita para que Gallego estuviera manteniendo bajo cuerda una coordinación directa con la dirección del PCE, como muestran las actas de dichas conversaciones en el AHPCE. El mismo día que El País publicaba esas declaraciones, el comunista jienense se entrevistaba telefónicamente con un dirigente del PCE. En la conversación criticaba a Juan Ramos, de quien decía que, tras verse elegido secretario general, se había opuesto a la unidad con el PCE. Además, manifestaba que se encontraba marginado en el partido y no consultaban ninguna decisión con él. Según Gallego, la nueva dirección del partido estaría tratando de boicotear el proceso mediante el envío de nuevos documentos imposibles de aceptar por el PCE. Además, habría conseguido una mayoría en el CC gracias a las presiones, lo cual hacía casi imposible la unidad. Otro responsable de esta situación sería Jaime Ballesteros, de quien decían se había servido Juan Ramos para fortalecer sus posiciones.³⁸⁰

En medio de este complejo proceso de crisis del PCPE surgió otro importante contratiempo. Los partidos comunistas de Europa del Este se alinearon con las tesis del PCE. Esta situación se dio de forma especialmente fuerte en los casos del PCUS y el PSUA/SED. Este apoyo habría sido obtenido gracias a las gestiones realizadas por Julio Anguita. Aunque consiguió su apoyo para presionar al PCPE, esta visita le sirvió para advertir los efectos negativos de la perestroika:

me fui ese verano de 1988 al sitio donde estaba el origen del problema, que en el caso del PCPE de Ignacio Gallego era la Unión Soviética [...] cuando escuché a aquellos hombres me quedé frío. Aquellos hombres opinaban que el mercado bajo la concepción capitalista del mismo no era tan malo, que la democracia occidental era insuperable. ¡Ellos que habían potenciado a Ignacio Gallego!³⁸¹

A principios de junio de 1988, una delegación del PCE se trasladó a la RDA con el objetivo de abordar el proceso de unidad. La postura de los germanoorientales no podía ser más clara: «Claus les dijo a los camaradas que la postura del PCPE sobre la unidad era incorrecta. También les manifestó que la postura de Juan Ramos era totalmente incorrecta».³⁸² Parece ser que, en el contexto de estas conversaciones, Vadim Sagladim, responsable de materia internacional del PCUS, se acercó a Berlín y pudo intercambiar opiniones con los alemanes. Según transmitieron estos al PCE, «Sagladin se manifestó de acuerdo con nuestra posición y con la valoración que los alemanes hacían de la actitud del PCPE».³⁸³ El pragmatismo y la moderación hicieron converger al PSU/SED con el PCE también en otras cuestiones, como el caso del MCE o de la coordinación internacional de los comunistas:

Sobre el Mercado Común reconocían que la postura del PCE era la más lógica porque el MCE es ya una realidad. Manifestaron que no comprendía la posición de otros PPCC de occidente en relación con este problema [...] aclararon que estaban de acuerdo con reuniones de zonas geográficas, pero no lo estaban con reuniones o conferencia a nivel mundial.³⁸⁴

La posición fijada por los países socialistas suponía un importante apoyo para el sector del partido que apostaba por reintegrarse en el PCE. Esto puede apreciarse claramente en las informaciones filtradas al PCE por parte de Ignacio Gallego:

En las conversaciones que tuvo con dirigentes del PCUS en Moscú, estos le manifestaron que Anguita les había convencido en sus entrevistas y le aconsejaron agilizar el proceso de unidad, puesto que no había nada que lo impidiera. Le insistieron en la importancia que podía tener la unidad de los comunistas españoles en la situación de España y también para otros PPCC que están divididos en bastantes países [...] La dirección del PSUA pidió a Gallego que a su retorno de las vacaciones se quedara unos días en Berlín para cambiar impresiones. Deseaban plantearle la opinión de la dirección del partido en relación con el proceso de unidad. Le plantearon que convendría acelerar el

proceso en marcha para culminarlo antes de fin de año. Le dijeron que no debía preocuparse por la actitud de los que no desean la unidad.³⁸⁵

Esta cuestión supuso un duro golpe para el PCPE, que veía cómo se esfumaba el apoyo de sus referentes internacionales. Aunque no existen fuentes que puedan corroborar su autenticidad, en la memoria colectiva de la organización hubo un episodio que se transmitió de generación en generación y que reflejaba la posición de los tres máximos dirigentes del PCPE ante esta crisis. Reunidos Josep Serradell, Ignacio Gallego y Joan Ramos con los representantes soviéticos, estos les habrían planteado la necesidad de que su partido se unificara lo antes posible con el PCE. Rafael Velasco recuerda cómo el propio Joan Ramos le habría relatado lo ocurrido en esa reunión tiempo después:

Román lo defendió con pasión, Ignacio Gallego dijo «lo que digan los soviéticos». Juan Ramos dijo una frase que yo uso mucho: «¿me lo pide o me lo ordena? Si me lo pide, me lo pienso. Pero si me lo ordena, le mando a la mierda». Lo que completó con algo así como: «nos ayudasteis, pero nuestro partido lo decidimos construir los comunistas españoles y las decisiones las tomamos los comunistas españoles».³⁸⁶

El 24 y 25 de septiembre se reunió el CC del PCPE para tratar estas y otras cuestiones de importancia. Por ejemplo, también se abordó el posible traslado de la fiesta de Nuevo Rumbo a Valencia, motivado por los problemas del partido en Madrid.³⁸⁷ Aunque se trataron otras cuestiones, la crisis desatada con respecto a las deserciones hacia el PCE se volvió el tema central de debate. La condena al proceso sufrido en Madrid era total y absoluta. Esas personas debían ser consideradas automáticamente como exmilitantes, sin vinculación alguna con el partido. Además, eran acusados de haber aceptado unas propuestas políticas que no cumplían los mínimos esperables de un marxista-leninista:

un reducido grupo, del que no cabe la menor duda que actúa coordinado y estimulado por la dirección del PCE, intenta infructuosamente, como no podía

ser de otro modo, la liquidación de nuestro partido y realizar un proceso rápido de integración en el PCE. Se trata de una actitud que no sólo rompe el carácter orgánico de nuestro partido y pone en peligro serio la perspectiva de unidad de los comunistas, sino que, además, ha renunciado a los elementos básicos de la concepción marxista-leninista.³⁸⁸

El 27 de septiembre tuvo lugar la última reunión de la comisión de unidad PCPE-PCE. El encuentro se realizó en medio de un ambiente muy tenso. El supuesto objetivo de la reunión era poder analizar los problemas existentes entre los dos partidos. En ella, Juan Ramos defendió el planteamiento del CC del PCPE, que buscaba ir a un proceso en toda España en contraposición con lo que había ocurrido sorpresivamente en Madrid. Además, demandó poder hacer público el documento sobre los problemas del proceso de unidad. Por último, exigió que el interlocutor válido para Madrid continuara siendo el PCPE. Por su parte, Julio Anguita manifestó su interés por agilizar los trámites para la unificación en el plazo de escasos meses.³⁸⁹ A partir de este momento, lo que parecía un problema local focalizado en Madrid comenzó a extenderse a otros territorios como Cataluña y Asturias. Además, dos miembros de la ejecutiva del PCPE, Juana Doña y Alfred Clemente, dimitieron en solidaridad con los madrileños expulsados.³⁹⁰ Fue en ese momento cuando volvieron a aparecer las divisiones entre lo que hasta hace bien poco habían sido «camaradas». De esta forma comenzaría un nuevo proceso de escisión con los mismos parámetros que en cualquier otra disidencia interna. Con su correspondiente construcción de identidades disidentes y oficialistas. Y con la única novedad, si acaso por cómica, de que al colectivo que decidió volver al PCE le adjudicaron el mote de «los almendros», en referencia al anuncio de una conocida marca de turronec cuyo eslogan era «Vuelve a casa por Navidad».³⁹¹

Por otra parte, la dirección del partido trató en vano de cortar la escisión. En los meses siguientes, sus dirigentes se esforzaron por trasladarse a los distintos territorios con la intención de poder explicar su versión de las cosas y cohesionar a la militancia en un último intento por frenar la autodestrucción del PCPE.³⁹² Sin embargo, la postura de Gallego, que era crucial para agravar la escisión, no acababa de estar clara. Rafael Velasco, entonces militante de los CJC, recuerda cómo cuando Juan Ramos acudió a Asturias a aclarar la situación, la primera

pregunta de la militancia reunida en asamblea fue: «¿Cuál es la postura del presidente?». ³⁹³ Esa cuestión fue quedando más clara con el posicionamiento paulatino de Gallego, aunque públicamente gustara de guardar las apariencias. Sus declaraciones no podían ser más ambiguas, tan solo declaraba que no se encontraba cómodo en el partido y estaba inquieto ante los últimos acontecimientos. ³⁹⁴ Por eso, finalmente, el PCPE expulsó a Ignacio Gallego de su cargo de presidente a finales de noviembre de 1988. Esta medida era bastante previsible, dado que ni tan siquiera se había prestado a debatir con la organización la conveniencia o no de que siguiera ostentando este cargo. ³⁹⁵ Para que el proceso de unidad tuviera algún resto de legitimidad, el colectivo que abogaba por la vuelta al PCE montó nuevas direcciones centrales, provinciales y locales. Estos órganos fueron los encargados de anunciar su unificación con el PCE en un tiempo récord: el congreso de unidad sería el 14 de enero de 1989. Aunque antes se había mantenido públicamente dubitativo, después Ignacio Gallego se convirtió en la cabeza visible del colectivo que se integraba en el PCE. ³⁹⁶ Además, se aprobaba la integración de 23 personas en el CC y se calculaba que unos 8.000 militantes se habían reintegrado en el partido que encabezaba Julio Anguita. ³⁹⁷ Este congreso tuvo fuertes consecuencias para la historia del PCPE y no solo porque perdía un sector muy importante de militancia. Además, esta crisis dinamitaba por completo su política de alianzas. El PCE defendía la postura de que el PCPE ya no existía porque se había integrado en su partido. De esta manera desapareció oficialmente de IU. En la práctica, ello supuso la expulsión de sus antiguos miembros de la coalición, incluso en el caso de concejales y alcaldes. Así lo denunciaba un dirigente del PCPE de Extremadura en una carta a Nuevo Rumbo:

Sin ánimo de alterar los nervios y con espíritu de cooperación, los representantes del PCPE pedimos respetuosamente al supuesto presidente de IU que aceptara nuestra participación como miembros natos de dicho movimiento, respetando nuestras siglas. No aceptó, según dijo, debido al veto impuesto por el excelso presidente de IU, Gerardo Iglesias [...] Nosotros, como miembros natos y, de acuerdo con los principios democráticos que la rigen, les hemos invitado reiteradamente a dialogar y reactivar IU, trabajo que nos correspondía en conjunto a ambos. Pero, ni siquiera por cortesía, se han dignado a responder positiva o negativamente a nuestras posiciones [...] Es de lamentar el grave daño que están causando al movimiento comunista en España y la necesaria estructuración de una verdadera izquierda. ³⁹⁸

Por su parte, la dirección del PCPE encabezada por Joan Ramos trató de evaluar los daños de la escisión y fortalecer los restos del partido, aunque la situación resultaba bastante complicada. Para lograr esos objetivos, el PCC se implicó más en la reestructuración del partido. Es necesario tener en cuenta que en Catalunya la ruptura había sido mucho más leve. En el VIII Pleno del Comité Central del PCPE, los días 21 y 22 de enero de 1989, se convocó el III Congreso (extraordinario).³⁹⁹ La celebración de dicho congreso en marzo de 1989 pretendía ser una forma de conseguir reforzar la organización. Las páginas de Nuevo Rumbo llegaron a calificar este congreso como el mejor realizado de la corta historia del partido:

Ha sido sin duda el mejor congreso realizado por el PCPE, una vez superada la etapa de cohesión entre los seis grupos comunistas que lo fundamos, y una vez liberada la dirección de la presencia de camaradas que no compartían el proyecto del Partido. Así lo reafirma el debate realizado para configurar la nueva dirección: unanimidad en el Comité Ejecutivo, unanimidad en el Comité Central saliente, unanimidad, salvo una abstención, en la Comisión de Candidaturas (por cierto, que esta tuvo la reunión más corta de la historia de nuestro Partido: duró menos de tres horas). También hay que reseñar la unanimidad con que el nuevo Comité Central eligió al secretario general, Juan Ramos, el Comité Ejecutivo y el Secretariado. Otro factor demostrativo de que ha sido un buen congreso es la constatación del muy alto porcentaje de dirigentes de masas, tanto entre los delegados como entre los miembros del nuevo Comité Central. Ha quedado demostrado que nuestro PCPE está ampliamente inserto en el movimiento obrero organizado, entre el campesinado y los jornaleros, en asociaciones diversas: vecinales, culturales, de profesionales, deportivos, ecologistas, feministas, solidarias, pacifistas.⁴⁰⁰

Sin embargo, a pesar del optimismo la situación era muy preocupante. El PCPE reflexionó sobre el grave daño que esta escisión había causado al partido y sobre la necesidad inminente de iniciar un periodo de reconstrucción. Además, valoraba de forma autocrítica su funcionamiento y consideraba que debía realizar varios cambios internos:

El Partido deberá superar graves fallos organizativos del periodo último, logrando una relación constante entre el conjunto de las organizaciones y la dirección: elaborando política de cuadros leninista, planificando sus tareas y el seguimiento de estas; impulsando el trabajo ideológico, desarrollando creadoramente el marxismo-leninismo, aplicándolos a las realidades de nuestro país.⁴⁰¹

No obstante, pese a las proclamas y los diagnósticos de la dirección, el PCPE entraría desde esta ruptura interna en un periodo de debilitamiento que lo sumiría en la marginalidad, destacando tan solo en algunos conflictos locales. Además, la composición interna de la militancia del PCPE quedó muy tocada, como bien recuerda Rafael Velasco:

Es verdad que a lo mejor a nivel de militancia de base no se había producido un traspaso muy grande al PCE, pero se daba una situación que aquí en Asturias vivimos de forma muy paradigmática. Por un lao quedaba una militancia muy mayor y después había una militancia muy joven en torno a los CJC. Se había perdido una capa media, yo me atrevo a decir la de la generación que en cada momento tiene el poder, que son los de la generación de los treinta y pico, cuarenta y pico, 50 años, que eran cuadros en el movimiento obrero, responsable de comisiones, cargos públicos...que esos se habían ido. Entonces, claro, quedaba una militancia muy mayor, sin una presencia social muy importante. Sí, muy fieles, muy combativos y demás. Y después, la gente joven de los CJC, con muchas ganas y demás, pero que no pintabas nada socialmente.⁴⁰²

Con todo, algunas consideraciones globales de la situación internacional no dejaban de ser realmente sorprendentes. Por ejemplo, el campo socialista daba claras señales de agotamiento y los procesos de reforma habían introducido cambios inimaginables unos años antes. Pues bien, nada de esto aparece reflejado en sus documentos congresuales. Es más, aunque el presente en España se tornaba muy complicado, el partido consideraba que todo el panorama global era positivo y suponía un gran refuerzo para su causa:

el aumento del prestigio internacional de la Unión Soviética y de las ideas del comunismo, el avance de la distensión internacional, el desgaste de la política del gobierno de Felipe González, las grandes luchas obreras y de otros sectores populares y democráticos, el aumento de la conciencia de amplias masas de trabajadores, tantos fenómenos nuevos y positivos que se dan en el área internacional y en nuestro país, crean condiciones más favorables para la tarea que nos proponemos al tiempo que la hacen más necesaria: fortalecer el PCPE.⁴⁰³

El tercer congreso del partido trajo consigo otros cambios importantes en cuanto a las responsabilidades centrales. Por ejemplo, se puso al mando de la responsabilidad de Internacional a un dirigente con mucha experiencia: Jaime Ballesteros. La tarea que tenía ante sí este dirigente era inmensa. Por una parte, tratar de recuperar los contactos internacionales después del apoyo masivo al proceso de integración en el PCE.⁴⁰⁴ Por otra, tratar de fijar una posición ante las bruscas transformaciones que recorrieron Europa Oriental entre 1989 y 1990. Resulta muy interesante analizar las posiciones del partido ante este proceso. El PCPE había pasado de una inicial ilusión a un tardío desencanto. El partido había observado las consecuencias de la evolución de las reformas en Europa Oriental con un lógico recelo. Inicialmente, se había elogiado el supuesto sentido «leninista» de estas medidas y se hablaba de una «profundización de la democracia socialista».⁴⁰⁵ Esta visión estaba condicionada por el peso del «mito soviético», pero acabaría chocando con la realidad. El 16 y 17 de septiembre de 1989 se reunía el pleno del CC del PCPE. En esta reunión Ballesteros presentó un informe titulado «Perestroika y socialismo», un texto que posteriormente sería publicado y difundido. En sus páginas se analizaba el impacto de la Perestroika para los países socialistas. Además, también se realizaba un balance de la situación internacional de lucha de clases a finales de la década de los ochenta:

Desde el primer momento, nuestro Partido ha dado su apoyo a la perestroika revolucionaria. Y ha sido así porque estamos convencidos de la necesidad de las reformas en la Unión Soviética y los países socialistas. Reformas que tengan en cuenta el desarrollo que la revolución científico-técnica ha impulsado en las

fuerzas productivas, que supere fenómenos de burocratismo, que corrija fallos de épocas anteriores. La Unión Soviética, el conjunto de países socialistas y el mundo en general, se adentran en una nueva fase histórica que requiere cambios para lograr un mayor dinamismo en las sociedades socialistas, mayor democracia, mayor juego de opiniones en la sociedad socialista. Porque somos conscientes de ello, en ningún momento hemos vacilado en dar nuestro apoyo a la perestroika y los procesos de reforma, siempre que estos se orienten a fortalecer el socialismo, a situarlo en condiciones de avance hacia una etapa superior de su desarrollo.⁴⁰⁶

No obstante, las dudas sobre el proceso comenzaron a aparecer a la altura del verano de 1989. En ese contexto, la contrarrevolución neoliberal que asoló a estos países comenzó a avanzar inexorablemente. Desde el PCPE se llamaba a la vigilancia y se señalaba que el mundo se encontraba ante el tránsito por un camino nuevo que nadie había recorrido antes y que comportaba «evidentes riesgos, peligros también, nuevos errores que en esta época, pueden tener precisamente un signo diametralmente opuesto a los anteriores errores, incluso que en algún caso pueden llegar a poner en riesgo el carácter socialista del sistema».⁴⁰⁷ El año de 1989 finalizó con un PCPE tratando de recuperarse de esta grave crisis. La organización se habría visto muy afectada en todos los aspectos y ya no volvería a ser lo que fue. De esta manera terminarían las esperanzas de que los comunistas ortodoxos lograran desbancar al PCE y construir su tan anhelado partido. Sin embargo, el año también finalizó con un grave suceso a nivel internacional. Un «acontecimiento monstruo» en la memoria colectiva de los comunistas que tendría como consecuencia la crisis definitiva del «mito soviético»: la caída del muro de Berlín. Ante estos hechos, el CC del partido «saludaba» la apertura del muro y declaraba:

Esta medida ha sido posible como consecuencia de los procesos de reforma que tienen lugar en los países socialistas, procesos contradictorios [...] La apertura del muro de Berlín podrá constituir, también, un paso que cree mejores condiciones para avanzar en la Casa Común Europea, en la que cada pueblo sea plenamente soberano, sin armas nucleares, superándose la actual vía monopolista de integración europea organizada en la Comunidad Económica Europea.⁴⁰⁸

Esta posición resultaba un tanto ambigua y chocaba con los planteamientos de una parte importante de la base de su militancia. Su instinto de clase les hacía sospechar y ser tremendamente críticos con las posiciones del partido a este respecto. Para ellos los cambios en estos países estaban promovidos por reformistas que, de manera consciente o inconsciente, estaban produciendo la destrucción del sistema socialista.⁴⁰⁹ Un ejemplo de esto se puede ver en la carta de protesta a Nuevo Rumbo que envió Faustino Zapico a comienzos de 1990: «No puede convertirse nuestro periódico en un portavoz de reformistas soviéticos por muy académicos que sean [...] Nuestro periódico debe ser un organizador de comunistas, y si sigue publicando artículos de esa índole le alejarán del Partido. Esperemos que se tome buena nota».⁴¹⁰

Los primeros cinco años de la historia del PCPE son el reflejo de la turbulencia que asoló el movimiento comunista en los años ochenta. Del éxito inicial del congreso de unificación y la expansión organizativa en los primeros años pasaron a una grave crisis interna y la reabsorción de la mitad del partido por parte del PCE. Una perspectiva desde abajo ofrece un complejo panorama colectivo que se resume en la transformación de la ilusión en desencanto. En ese contexto, sufrirían el golpe final con la destrucción de los sistemas socialistas en Europa Oriental. Sin embargo, si hay algo que destacó durante este periodo de la tercera ola fue la puesta en marcha de varias iniciativas culturales relacionadas con la recuperación de la memoria colectiva de los comunistas españoles. Elementos simbólicos que nutrieron la identidad comunista de este partido y cohesionaron a su militancia en torno una narrativa de la historia de los comunistas que había sido marginada por el PCE durante la Transición. Además, también reivindicaban algunos elementos propios de la memoria del PCE en ese periodo, como por ejemplo homenajes a los militantes comunistas asesinados en la Transición. Por eso, el primer número de Nuevo Rumbo terminaba en su contraportada con un recordatorio a las cinco personas asesinadas en la masacre de Atocha y el lema «El Comité Central del Partido Comunista no olvida a quienes cayeron luchando por la Libertad y el Socialismo».⁴¹¹

El partido también comenzó a conmemorar de nuevo los 14 de abril como una

efeméride de peso:

pareciera que nuestra memoria histórica y nuestra conciencia revolucionaria nos había traicionado, sino tuviéramos los comunistas españoles un recuerdo para una efeméride tan importante [...] queremos dejar constancia de nuestro respeto para lo mejor y más sano que representó el 14 de abril de 1931.⁴¹²

Una aportación más original del PCPE fue la reivindicación de la Revolución de Octubre de 1934. Aprovechando la presencia de dirigentes que habían participado en la revolución, como Juan Ambou, el partido realizó actos y publicó distintos artículos rememorando esta fecha.⁴¹³ Además, esta campaña buscaba reivindicar la revolución como parte importante de su memoria orgánica ante lo que consideraban un ataque a la historia del movimiento obrero:

A pesar de los susurros seudointelectuales de algún que otro «historiador» interesado que pretendía enmarcar los hechos de la Revolución de Octubre dentro de la lógica de «las revueltas irracionales» y de hacer perder su razón histórica presentándola como un golpe de Estado que legitimaría luego los baños de sangre del 36 –con la bestia negra de Franco a la cabeza–, ha quedado claro que los trabajadores de Asturias saben entender perfectamente las razones y la legitimidad histórica que asiste a los pueblos para defender con uñas y dientes su libertad amenazada.⁴¹⁴

Por otra parte, los aniversarios de los fallecimientos de un gran número de dirigentes del comunismo internacional fueron aprovechados para elaborar sus semblanzas. El balance de este tipo de necrológicas ofrece una peculiar radiografía sobre la cosmovisión internacional de los liderazgos carismáticos. Por ejemplo, destaca la versión que dieron en el vigésimo aniversario de la muerte de Palmiro Togliatti, de quien reivindicaban su rebelión contra el mecanicismo o su apuesta temprana por la paz y la distensión. Además, ofrecían un relato dudoso respecto a su papel internacional durante sus últimos años:

Defensor a ultranza de los principios del marxismo-leninismo y del internacionalismo proletario, solidario siempre con el PCUS y de las revoluciones socialistas, Palmiro Togliatti hizo de la cohesión y la unión del Movimiento Comunista Internacional una de las piezas clave de su política.⁴¹⁵

Este no fue el único formato por el cual se reproducían importantes elementos de su imaginario colectivo. También destacaron los reconocimientos públicos a figuras heroizadas en la historia del PCE, como el caso de Julián Grimau.⁴¹⁶ La fecha de su asesinato sería conmemorada cada año con un acto público delante de su tumba en el cementerio de Madrid.⁴¹⁷ Sobre la figura de este dirigente, caracterizado como «mártir», destacaban su personalidad comunista, al tiempo que vinculaban su lucha con la que actualmente desarrollaba el partido:

Julián fue un comunista al que no habían comprendido, ni comprenden todos los propensos a olvidar las lecciones de la vida en su dimensión histórica, ni tampoco los que en la hora presente tratan de involucrar a la clase trabajadora en el peligrosísimo del abyecto revisionismo [...] En suma, Julián era un comunista. Su personalidad de hombre se confundía con su personalidad de comunista y es que el comunismo es consustancial a la naturaleza humana; de ahí su fuerza y su ascendente sobre todas las manifestaciones de la vida [...] ¡Camarada Julián! Duerme tranquilo. El relevo está asegurado, está en buenas manos. El Partido Comunista, aquel que te dio razón de vivir, ya está otra vez en línea de combate y con mano firme empuña la causa de la revolución.⁴¹⁸

El PCPE también construyó una narrativa del pasado sobre su propia historia. Su nacimiento era descrito como una consecuencia de alto alcance histórico. Ante la destrucción del PCE en manos de la dirección de Carrillo, distintos grupos se vieron obligados a recuperarlo creando otro partido. En términos generales, este relato en forma de memoria seguía los mismos parámetros que ya se han analizado anteriormente. Este elemento estaba directamente relacionado con la cuestión de la identidad comunista, que se asociaba a la visión del pasado glorioso del partido. Por eso, con motivo del aniversario de la fundación del

PCE, se hacía un llamamiento a reivindicar esa fecha reconstruyendo «el Partido»:

Es, pues, el momento de recuperar los principios que nunca debieron abandonarse. Es hora de volver a los principios del marxismo-leninismo, entre los que ocupa un lugar importante el internacionalismo proletario [...] La mejor manera de conmemorar la creación del Partido Comunista de España (1920) es la de recobrar nuestras propias y auténticas dimensiones. España y la clase obrera española necesitan que el Partido Comunista vuelva a ser el Partido.⁴¹⁹

Además, las páginas de Nuevo Rumbo se llenaron de efemérides y aspectos históricos, como la fundación del PCE.⁴²⁰ Por otra parte, fue bastante común que las distintas organizaciones comenzaran a realizar actos en fosas comunes con el objetivo de denunciar los crímenes del franquismo y exigir la dignificación de estos lugares de memoria.⁴²¹ En síntesis, es interesante resaltar que, más allá del «mito soviético», este partido dio especial importancia a la construcción de una memoria orgánica con rasgos propios. Una narrativa del pasado en la cual se produjo un importante proceso de «indigenización» de muchos elementos generales de la cultura política comunista. El militante Rafael Velasco lo resume a la perfección en su testimonio:

Eso fue clave. Hay un intento de reconexión con el partido de la guerra. Para empezar con el campamento homenaje a la JSU [...] Y en esa línea el hecho de tomar el nombre de Trifón Medrano para el nombre de la escuela de formación de los CJC tiene mucho que ver con eso, también en contraposición en la batalla contra carrillismo, ya que bueno Santiago era el secretario general de las juventudes socialistas y Trifón Medrano de las juventudes comunistas cuando se forma la JSU. Y después lo de octubre de 34 sobre todo en Asturias tiene bastante importancia con el aniversario. Y después se articula toda una batería de actividades, charlas y demás Y después un mitin en el Pueblo de Asturias, en la Panerona [...] Esa reivindicación de eso y de entender que eso se había ido olvidando como peaje del proceso de la Transición es importante. Y después también hay toda una recuperación vinculada al tema de la República, más bien

en lo simbólico que en la propuesta política. El tema de la tricolor, de celebrar los 14 de abril, de sacar ese tipo de actividades adelante, de intentar sacar plataformas que reivindicaran el 14 de abril con otras organizaciones [...] En su simbología o bagaje, vamos a decir, en lo que intentaba marcar sus diferencias con el PCE eran hechos de ese tipo.⁴²²

¹ [Entrevista a Vicente Rodríguez Terente, Gijón, 10 de marzo de 2014.](#)

² [Juan Ambou: Los comunistas en..., p. 260.](#)

³ [Rubén Vega: «El PCE asturiano...», p. 188.](#)

⁴ [Testimonio de Mario Huerta, Gijón, 4 de junio de 2015.](#)

⁵ [Rubén Vega: «El PCE asturiano...», p. 189.](#)

⁶ [Testimonio de Xosé Nel Azcano, Gijón, 19 de mayo de 2015.](#)

⁷ [Testimonio de Mario Huerta, Gijón, 4 de junio de 2015.](#)

⁸ [Carlos Gordon: Prensa política y sindical en Asturias durante la transición, tesina, Universidad de Oviedo, 2001, p. 159.](#)

⁹ [«Hacia la unidad de los comunistas en un solo partido», Unificación 0, marzo de 1976.](#)

¹⁰ [Testimonio de Mario Huerta, Gijón, 4 de junio de 2015.](#)

¹¹ «Comunicado sobre la unificación», caja n.º 3, Fondo P. Sanjurjo. AHUO.

¹² Testimonio de Pedro Sanjurjo Pieycha, 15 de mayo de 2015.

¹³ Testimonio de Xosé Nel Azcano, Gijón, 19 de mayo de 2015.

¹⁴ «¿Qué pretende ser el Comité de Unificación de los comunistas de Asturias?», Unificación Comunista 0, julio de 1978.

¹⁵ Testimonio de Vicente Rodríguez Terente, Gijón, 10 de marzo de 2014.

¹⁶ Unificación Comunista 0, julio de 1978.

¹⁷ «Comité de unificación», Verdad (cabecera roja) 28, marzo-abril de 1978.

¹⁸ Francisco García Salve: Yo creo en la clase obrera, Madrid, Sedmay, 1977, pp. 307-311.

¹⁹ Ibíd., pp. 236-237.

²⁰ «Disparidad de criterios en el Comité Central en relación con la crítica al

PSOE», El País, 14 de enero de 1979.

²¹ Juan Antonio Delgado: Francisco García Salve. Preso político, cura obrero y sindicalista de CC.OO., Madrid, Endymion, 2014 p. 152.

²² Santiago Álvarez: «Propuesta en torno a Francisco García Salve», 5 de junio de 1981, Sign. 392/22, Fondo del Partido Comunista de España (1978-1991), AHPCE.

²³ Ibíd.

²⁴ «¿Por qué la coordinadora de leninistas?», Informe 1, marzo de 1980.

²⁵ Los problemas de movimiento obrero de la época se analizaban en dos artículos: «La crisis del Movimiento Obrero: Planteamiento general (I)», Informe 1, marzo de 1980, y «El acuerdo marco y CC.OO.-UGT», Informe 1, marzo de 1980.

²⁶ «Las autonomías: una farsa», Informe 1, marzo de 1980.

²⁷ «La mujer y su liberación», Informe 1, marzo de 1980.

²⁸ «¿Por qué la coordinadora de leninistas?», Informe 1, marzo de 1980.

²⁹ «Secuestrado un libro de García Salve», El País, 28 de octubre de 1977. «Se abre un sumario a Francisco García Salve», El País, 11 de noviembre de 1977. «García Salve, condenado a más de tres años por la publicación de un libro», El País, 1 de abril de 1980. «García Salve dice que su condena es un ejemplo más del retroceso de las libertades», El País, 2 de abril de 1980. «García Salve, condenado a seis años por un artículo calificado de injurioso hacia el Rey y la justicia», El País, 20 de junio de 1980.

³⁰ «La crisis del Movimiento Obrero: Planteamiento general (I)», Informe, 1, marzo de 1980.

³¹ Enrique Líster, «Informe del Comité Central (Proyecto)», Madrid 24 de mayo de 1980, Archivo Personal de Manuel Calderón.

³² «Carta informativa a todas las organizaciones», PCOE, Madrid, 10 de julio de 1980, Archivo Personal de Manuel Calderón.

³³ «Acta del CI de Militantes del PCE organizados en CELULAS», Madrid, 25 de junio de 1980, Archivo Personal de Alberto Hevia.

³⁴ «Acta de la reunión del 8 de enero de 1981 entre la Coordinadora de Leninistas del PCE y los Militantes del PCE organizados en Células», Madrid, 8 de enero de 1981, Archivo Personal de Alberto Hevia.

³⁵ «Fidel Alonso, nuevo número dos en la lista del PCE», El País, 19 de diciembre de 1978.

³⁶ «Dimite el concejal comunista Fidel Alonso», El País, 17 de octubre de 1979.

³⁷ Declaraciones de Santiago Carrillo con motivo de los problemas en CC. OO. reproducidas en Pedro Vega y Peru Erroteta: Los herejes..., p. 162.

³⁸ Ibíd.

³⁹ «Fidel Alonso, reelegido secretario general de Comisiones Obreras de Madrid», El País, 14 de octubre de 1980.

⁴⁰ «II Congreso de CC.OO. Madrid. Fuerte polémica», Mundo Obrero, 97, del 17 al 23 de octubre de 1980.

⁴¹ Francisco García Salve y Fidel Alonso Plaza: Dos voces de clase obrera, Madrid, Grafiper, 1979, p. 6.

⁴² Francisco García Salve: Por qué..., p. 325.

⁴³ Ibíd. pp. 329-330.

⁴⁴ «Llamamiento a los comunistas», Unificación 1, diciembre de 1981.

⁴⁵ Ibíd.

⁴⁶ «Informe de organización», Comisiones Preparatorias del Congreso Constituyente del Partido y de Unificación de los Comunistas, s/f pero de 1982, Archivo Personal de Alberto Hevia.

⁴⁷ «Comunicado», Unificación 2, enero de 1982.

⁴⁸ «Caminando hacia el congreso», Unificación 2, enero de 1982.

⁴⁹ «La corriente “dura” del PCE pretende cambiar la línea del partido», ABC, 26 de enero de 1982.

⁵⁰ Ibíd.

⁵¹ «Ante la crisis de nuestro Partido. A todos los comunistas», Madrid, 25 de enero de 1982, reproducido en Pedro Vega y Peru Erroteta: Los herejes..., p. 318.

⁵² Ibíd., pp. 321-324.

⁵³ Ibíd., pp. 325-327.

⁵⁴ «El PCE expulsará de sus filas a García Salve», El País, 1 de abril de 1981.

⁵⁵ Santiago Álvarez: «Propuesta en torno a Francisco García Salve», 5 de junio de 1981, sign. 392/22, Fondo del Partido Comunista de España (1978-1991), AHPCE.

⁵⁶ Manuel Azcárate: Crisis del..., p. 209.

⁵⁷ Santiago Álvarez: «Propuesta en torno a Francisco García Salve», 5 de junio de 1981, sign. 392/22, Fondo del Partido Comunista de España (1978-1991), AHPCE.

⁵⁸ Manuel Azcárate: Crisis del..., p. 210.

⁵⁹ «García Salve, expulsado del Comité Central del PCE», El País, 26 de julio de 1981.

⁶⁰ Fidel Alonso: «Mi posición en el PCE», El País, 3 de abril de 1981.

⁶¹ Pedro Vega y Peru Erroteta: Los herejes..., p. 271.

⁶² «La dirección del PCE propone sanciones para Fidel Alonso, secretario de CC.OO. de Madrid», El País, 3 de febrero de 1982.

⁶³ «Fidel Alonso, expulsado del PCE junto a otros “prosoviéticos”», El País, 31 de julio de 1982.

⁶⁴ «Comités locales del PCE madrileño rechazan la expulsión de “prosoviético”», El País, 7 de febrero de 1982.

⁶⁵ «Los “prosoviéticos” del PCE quieren un congreso extraordinario», El País, 15 de junio de 1982.

⁶⁶ «Ante la crisis del PCE», MRPCE, Madrid, 13 de junio de 1982, caja n.º 179317, Fondo del MCA, AHA.

⁶⁷ Ibíd.

⁶⁸ «Comunicado», Unificación 7, junio-julio de 1982.

⁶⁹ Ibíd.

⁷⁰ Carlos Tuya: «Un paso adelante... sin pasos atrás», Unificación 7, junio-julio de 1982.

⁷¹ «Comunicado de prensa», Unificación 7, junio-julio de 1982.

⁷² «Meilán y García Salve presentan sus partidos», El País, 11 de septiembre de 1982;

«Los “prosoviéticos” de García Salve se presentan en 30 provincias», El País, 20 de septiembre de 1982.

⁷³ «El Estado contra el PRUC», Unificación 8, octubre de 1982. «Escritura de poder otorgada por el “Partido de Recuperación y Unificación Comunista” PRUC», Madrid, 13 de septiembre de 1982, Archivo Personal de Ángel Rendueles; «La Junta Electoral rechazó a los ‘prosoviéticos’ de García Salve», El País, 30 de septiembre de 1982.

⁷⁴ «Ultima hora ¡Clamoroso!: Dos varas de medir», Unificación 8, octubre de 1982.

⁷⁵ «Por qué no nos han dejado presentarnos», Unificación 8, octubre de 1982.

⁷⁶ Entrevista a María Jesús Garrido Chus, Chiclana, 16 de octubre de 2017.

⁷⁷ «Por el cambio político y la transformación social. Programa electoral que el gobierno nos ha impedido presentar», Comisiones Preparatorias del Congreso de Unificación de los Comunistas, Madrid, 1982, Archivo Personal de Rafael Velasco.

⁷⁸ [Francisco García Salve: «El globo eurocomunista se desinfla», Unificación 10, enero-febrero de 1983.](#)

⁷⁹ [«Un paso adelante decisivo hacia el Congreso de Recuperación y Unificación de todos los comunistas, M.R.U.P.C», Madrid, 19 de febrero de 1983.](#)

⁸⁰ [Ibíd.](#)

⁸¹ [Testimonio de Ángel Rendueles, Gijón, 3 de mayo de 2014. Testimonio de Carlos Delgado, Gijón, 30 de enero de 2019.](#)

⁸² [Un partido nuevo, para una nueva sociedad, MRUPC, junio de 1983, p. 15](#)

⁸³ [Ibíd., pp. 15-16.](#)

⁸⁴ [«Entrevista con Fidel Alonso», La Voz Comunista 4, septiembre-octubre de 1983.](#)

⁸⁵ [Vicente Peragón Herranz: «Contra el eurocomunismo», El País, 5 de mayo de 1982.](#)

⁸⁶ [«A todos los comunistas», MRPCE, Madrid, 30 de junio de 1983.](#)

⁸⁷ «A todos los comunistas», Por la unidad s/n, MRPCE-Madrid, septiembre-octubre de 1983.

⁸⁸ «Ignacio Gallego dimite de sus cargos en el PCE para impulsar el partido “prosoviético”», El País, 12 de octubre de 1983.

⁸⁹ «Carta de dimisión de Ignacio Gallego dirigida al Comité Ejecutivo del Partido Comunista de España», Sociedad Limitada Impresiones del Vallés, 1983, Archivo Personal de José Manuel Álvarez Pravia.

⁹⁰ Ibíd.

⁹¹ Ibíd.

⁹² Ibíd.

⁹³ Ibíd.

⁹⁴ «Mitin de Unidad Comunista en Madrid», La Voz Comunista 6, noviembre de 1983.

⁹⁵ «Fuertes ataques a Felipe González y a Gerardo Iglesias en un mitin de los comunistas prosoviéticos», El País, 7 de noviembre de 1983.

⁹⁶ «Mitin de Unidad Comunista en Madrid», La Voz Comunista 6, noviembre de 1983.

⁹⁷ Ibíd.

⁹⁸ «Julio Anguita acepta presidir el XI Congreso del PCE que comienza hoy en Madrid», El País, 14 de diciembre de 1983.

⁹⁹ «Acta de la CAUC», Oviedo, 5 de diciembre de 1983, Archivo Personal de Alberto Hevia.

¹⁰⁰ «Editorial», Boletín de información-Comisión Estatal de Unidad Comunista, 1, 14 de diciembre de 1983.

¹⁰¹ Testimonio de Joan Tafalla, Gijón, 1 de julio de 2018. Testimonio de Miguel Guerrero, Barcelona, 20 de marzo de 2019. Testimonio de Celestino Sánchez, Barcelona, 19 de marzo de 2019.

¹⁰² Joan Tafalla: Les conseqüències..., p. 267.

¹⁰³ Julio Pérez Serrano: «Orto y ocaso...», p. 273.

¹⁰⁴ [Pedro Vega y Peru Erroteta: Los herejes..., pp. 274-275. «Habla Alfredo Clemente. Si es posible un sindicalismo combativo, de clase», Mundo Obrero y Comunista \(fracción Carlos Tuya\) 9, julio-agosto de 1981. «Comunicado», Unificación 2, enero de 1982. Ignacio Gallego, Carta de dimisión..., p. 5.](#)

¹⁰⁵ [Giaime Pala: El partido y la ciudad..., pp. 195-222.](#)

¹⁰⁶ [Giaime Pala: El PSUC hacia..., pp. 186-188.](#)

¹⁰⁷ [Xavier Domènech: «El partits dels moviments, tres moments d'una relació», en Giaime Pala \(ed.\): El PSUC de Catalunya, 70 anys de lluite pel socialisme, Barcelona, ACIM, 2008, p. 208.](#)

¹⁰⁸ [Joan Tafalla: Les conseqüències..., p. 265.](#)

¹⁰⁹ [Pere Ysàs: «El PSUC durante el franquisme tardà y la Transició», en Giaime Pala \(ed.\): El PSUC de Catalunya, 70 anys de lluite pel socialisme, Barcelona, ACIM, 2008, pp. 171-172.](#)

¹¹⁰ [Este fenómeno en concreto ha sido bien estudiado en Giaime Pala: «Una semilla de discordia la entrada de Bandera Roja en el PSUC», Revista HMic: història moderna i contemporània, 9, 2011, pp. 140-163.](#)

¹¹¹ [Testimonio de Miguel Guerrero, Barcelona, 20 de marzo de 2019.](#)

¹¹² Giaime Pala: Roma-Moscú..., pp. 155-159. Testimonio de Joan Tafalla, Gijón, 1 de julio de 2018.

¹¹³ Testimonio de Joan Tafalla, Gijón, 1 de julio de 2018.

¹¹⁴ Este tipo de explicaciones fueron masivas en la prensa y en algunas publicaciones de dudosa rigurosidad.

¹¹⁵ Esta teoría está desarrollada a lo largo del artículo de Joan Tafalla: «Les conseqüències...».

¹¹⁶ Giaime Pala: El PSUC hacia..., p. 195.

¹¹⁷ Testimonio de Miguel Guerrero, Barcelona, 20 de marzo de 2019.

¹¹⁸ Joan Tafalla: Les conseqüències..., p. 13.

¹¹⁹ Testimonio de Àngels Martínez, Castelldefels, 21 de marzo de 2019.

¹²⁰ Testimonio de Monserrat Domínguez, Valldoreix, 21 de marzo de 2019.

¹²¹ Testimonio de Celestino Sánchez, Barcelona, 19 de marzo de 2019.

¹²² Testimonio de Miguel Guerrero, Barcelona, 20 de marzo de 2019. Testimonio de Francisco Liñán, Barcelona, 20 de marzo de 2019.

¹²³ Joan Tafalla: Les conseqüències..., p. 270. Testimonio de Celestino Sánchez, Barcelona, 19 de marzo de 2019.«Otra vez las comarcas», El Comunista 4, 1979.

¹²⁴ Testimonio de Joan Tafalla, Gijón, 1 de julio de 2018.

¹²⁵ Testimonio de Marià Pere, Barcelona, 10 de marzo de 2019.

¹²⁶ Testimonio de Celestino Sánchez, Barcelona, 19 de marzo de 2019.

¹²⁷ Programa del Partit Socialista Unificat de Catalunya, IV Congrés, Barcelona, PSUC, 1977, p. 18.

¹²⁸ Carme Molinero y Pere Ysàs: De la hegemonía..., p. 242.

¹²⁹ Projecte de Tesis. 5º Congrés, Barcelona, PSUC, 1980, pp. 9-11.

¹³⁰ Testimonio de Miguel Guerrero, Barcelona, 20 de marzo de 2019.

¹³¹ Testimonio de Joan Tafalla, Gijón, 1 de julio de 2018. Testimonio de Miguel Guerrero, Barcelona, 20 de marzo de 2019.

¹³² Juan Ramos: Informe político. Reunión de los 29 miembros del Comité Central del PSUC constituidos en dirección provisional, Barcelona, 24 de enero de 1982, p. 16, Fondo Joan Tafalla, Arxiu Josep Serradel.

¹³³ Testimonio de Joan Tafalla, Gijón, 1 de julio de 2018.

¹³⁴ Entrevista a Monserrat Domínguez, Valldoreix, 21 de marzo de 2019.

¹³⁵ «Entrevista al camarada Miguel Guerrero», Unidad y lucha (edición digital), en línea: <https://www.unidadylucha.es/index.php?option=com_content&view=article&id=2523:entrevista-al-camarada-miguel-guerrero&catid=17&Itemid=113> (consulta: 01/03/2020).

¹³⁶ Testimonio de Monserrat Domínguez, Valldoreix, 21 de marzo de 2019.

¹³⁷ Testimonio de Celestino Sánchez, Barcelona, 19 de marzo de 2019.

¹³⁸ Testimonio de Marià Pere, Barcelona, 20 de marzo de 2019.

¹³⁹ «Denunciado el intento de articular una fracción en el PSUC», El País, 7 de noviembre de 1980.

¹⁴⁰ «Creciente actividad de una tendencia prosoviética de cara al congreso del PSUC», El País, 21 de diciembre de 1980.

¹⁴¹ Testimonio de Celestino Sánchez, Barcelona, 19 de marzo de 2019.

¹⁴² Ibíd.

¹⁴³ «5è Congrés. Informe del Comité Central. Intervencions dels portaveus. Resum de la discussió», PSUC, 1981, Fondo Joan Tafalla, Arxiu Josep Serradell.

¹⁴⁴ Carme Molinero y Pére Ysás: De la hegemonía..., p. 285. Juan Andrade: El PCE y el..., 2009, p. 509.

¹⁴⁵ Enmienda del Vallés Occidental reproducida en «V Congreso del PSUC», Revista de derecho político 10, 1981, p. 235.

¹⁴⁶ «5è Congrés. Informe del Comité Central. Intervencions dels portaveus. Resum de la discussió», PSUC, 1981, Fondo Joan Tafalla, Arxiu Josep Serradell.

¹⁴⁷ Testimonio de Celestino Sánchez, Barcelona, 19 de marzo de 2019.

¹⁴⁸ Testimonio de Marià Pere, Barcelona, 20 de marzo de 2019.

¹⁴⁹ Andreu Claret: «El fondo político de la crisis del PSUC», El País, 19 de enero de 1982.

¹⁵⁰ Entrevista a Monserrat Domínguez, Valldoreix, 21 de marzo de 2019.

¹⁵¹ Carme Molinero y Pere Ysàs: De la hegemonía..., p. 286.

¹⁵² Jordi Borja: «El PSUC entre dos crisis. El fin de una política», Nuestra Bandera, 106, febrero de 1981.

¹⁵³ Andreu Mayayo: «Militantes: las señales luminosas de la organización», en Nuestra utopía. PSUC cincuenta años de historia de Cataluña, Barcelona, Planeta, 1986, p. 20.

¹⁵⁴ Manuel Sacristán: «A propósito del V Congreso del PSUC», El País, 22 de enero de 1981.

¹⁵⁵ José Pacheco Pereira: «O PCUS e os “partidos paralelos”. O caso español», Estudos sobre o comunismo 7 (especial), enero de 1986, p. 11.

¹⁵⁶ «Entrevista de “EL COMUNISTA” con el Secretario Político del PSUC del Vallés, a propósito de la celebración de la reunión del Comité Comarcal del 26 de abril del 81», El comunista 20, 9 de mayo de 1981.

¹⁵⁷ «El PSUC aprueba el carácter eurocomunista de su política», El País, 19 de mayo de 1981.

¹⁵⁸ «El presidente del PSUC no acepta el retorno de su partido al eurocomunismo», El País, 16 de junio de 1981.

¹⁵⁹ «Entrevista de “El Comunista” con el responsable de movimiento obrero del PSUC del Valles, Francisco Aguilar», El comunista 23, 29 de mayo de 1981.

¹⁶⁰ *Ibíd.*

¹⁶¹ Celestino Sánchez: «Algunas reflexiones sobre el PSUC de la década de los 80», El comunista 24, 5 de junio de 1981.

¹⁶² «Terrasa. Sesión de cine en memoria de Gramsci», El comunista 27, 3 de julio de 1981.

¹⁶³ Josep Serradell: «Carta al Partido Comunista de España», Mataró, 21 de junio de 1981, reproducida en Josep Serradell Román: *Salida a la superficie*, Barcelona, PCC, 1998, pp. 107-109.

¹⁶⁴ Secretariado del PCE. «Carta del Partido Comunista de España», Madrid, 6 de julio de 1981, reproducida en Josep Serradell Román: *Salida a...*, p. 115.

¹⁶⁵ «Pere Ardiaca, destituido como presidente del PSUC», El País, 5 de julio de 1981.

¹⁶⁶ «A Santiago Carrillo le falta ecuanimidad», Diario de Barcelona, 12 de julio de 1981, reproducido en Josep Serradell Román: Salida a..., p. 113.

¹⁶⁷ Ibíd, pp. 113-114.

¹⁶⁸ Testimonio de Miguel Guerrero, Barcelona, 20 de marzo de 2019.

¹⁶⁹ «La conferencia nacional del PSUC aprueba el término “eurocomunismo”», El País, 12 de julio de 1981.

¹⁷⁰ Testimonio de Celestino Sánchez, Barcelona, 19 de marzo de 2019.

¹⁷¹ «Más de 100.000 espectadores en la fiesta de “Treball” en Barcelona», El País, 20 de septiembre de 1981.

¹⁷² Testimonio de Alberto Herbera, Barcelona, 21 de marzo de 2019.

¹⁷³ «Por un Congreso democrático, de participación y de unidad del PSUC», reproducido en Josep Serradell Román: Salida a..., pp. 117-125.

¹⁷⁴ «Sindicalistas que apoyan el documento “Per un congrés democràtic de participació i d’unitat del PSUC”», Diario de Barcelona, 14 de enero de 1982.

¹⁷⁵ «Cuatro diputados del Parlamento catalán abandonan el grupo comunista», El País, 12 de diciembre de 1982.

¹⁷⁶ «Ramos: la unanimidad, cuando no es formal, es positiva», Òrgan provisional del Comité Central del Partit dels Comunistes de Catalunya 0, semana del 15 al 22 de abril de 1982.

¹⁷⁷ *Ibíd.*

¹⁷⁸ «Somos un partido nacional catalán», Òrgan provisional del Comité Central del Partit dels Comunistes de Catalunya 0, semana del 15 al 22 de abril de 1982.

¹⁷⁹ «Los comunistas del Estado, con el P.C.C», Òrgan provisional del Comité Central del Partit dels Comunistes de Catalunya 0, semana del 15 al 22 de abril de 1982.

¹⁸⁰ «Ramos: la unanimidad, cuando no es formal, es positiva», Òrgan provisional del Comité Central del Partit dels Comunistes de Catalunya 0, semana del 15 al 22 de abril de 1982.

¹⁸¹ «Composició sociològica dels delegats al 6è Congrés», Òrgan provisional del

Comité Central del Partit dels Comunistes de Catalunya 0, semana del 15 al 22 de abril de 1982.

¹⁸² Ibíd.

¹⁸³ Testimonio de Àngels Martínez, Castelldefels, 20 de marzo de 2019.

¹⁸⁴ Testimonio de Celestino Sánchez, Barcelona, 19 de marzo de 2019.

¹⁸⁵ Pere Meroño: «Román»..., pp. 173-174 y p. 183. «El PCC rozó el 3 % de los votos, lo que le hubiera valido dos diputados», El País, 1 de mayo de 1984.

¹⁸⁶ Estatutos de 6º Congreso, PCC, 1982, p. 4.

¹⁸⁷ Ibíd., p. 5.

¹⁸⁸ Ibíd., pp. 22-23.

¹⁸⁹ Testimonio de Marià Pera, Barcelona, 20 de marzo de 2019. Testimonio de Àngels Martínez, Castelldefels, 21 de marzo de 2019.

¹⁹⁰ «Informe Polític del Comité Central sortint al VII Congrés del PCC», Fondo Joan Tafalla, Arxiu Josep Serradell.

¹⁹¹ «Documentos de la Conferencia Nacional del PCC. Pel Front d'Esquerres!», PCC, 1986, Fondo Joan Tafalla, Arxiu Josep Serradell.

¹⁹² «Retroceso de la Izquierda en Cataluña. Ahora más que nunca: Frente de Izquierdas», Avant 188, 27 de junio de 1986.

¹⁹³ «Editorial: Un acuerdo largamente esperado», Avant 213, 30 de enero de 1987.

¹⁹⁴ Pere Ardiaca: La fundació del P.S.U de Catalunya. Selecció de textos, Barcelona, Eds. Avant, 1986, p. 24.

¹⁹⁵ Josep Serradell Román: Clandestinos..., pp. 283-284.

¹⁹⁶ «Pel Front d'Esquerres. Documentos de la Conferencia Nacional del PCC», 1986, Fondo Joan Tafalla, Arxiu Josep Serradell. Estatutos del Partit dels Comunistes de Catalunya 8.º Congreso, Barcelona, 1987.

¹⁹⁷ «Informe Polític del Comité Central sortint al VII Congrés del PCC», Fondo Joan Tafalla, Arxiu Josep Serradell.

¹⁹⁸ «Como hay que vender la prensa del partido», Òrgan provisional del Comité Central del Partit dels Comunistes de Catalunya 0, semana del 21 al 27 de mayo de 1982.

¹⁹⁹ «La próxima semana aparece Avant», Òrgan provisional del Comité Central del Partit dels Comunistes de Catalunya 0, semana del 21 al 27 de mayo de 1982.

²⁰⁰ «La prensa comunista i AVANT», Avant 1, 28 de mayo de 1982.

²⁰¹ Joan Tafalla: «Informe sobre Avant, presentat al CE el día 29 Oct. 1985», Fondo Joan Tafalla, Arxiu Històric de la Fundació Revolució Democràtica.

²⁰² Juan Muñiz: «Informe-Organización. “Promoción 70 aniversario de la Revolución de Octubre”», 5, 6 y 7 de 1987, Fondo Joan Tafalla, Arxiu Històric de la Fundació Revolució Democràtica.

²⁰³ Testimonio de Marià Pere, Barcelona, 20 de marzo de 2019.

²⁰⁴ Testimonio de José Gálvez, Gijón, 5 de julio de 2018.

²⁰⁵ «Informe de organización al VI Congreso», Barcelona, 14 de junio de 1985, Fondo Joan Tafalla, Arxiu Josep Serradell.

²⁰⁶ Joan Tafalla: «Informe sobre Avant, presentat al CE el día 29 Oct. 1985», Fondo Joan Tafalla, Arxiu Josep Serradell.

²⁰⁷ [Juan Muñiz: «Informe-Organización. “Promoción 70 aniversario de la Revolución de Octubre”», 5, 6 y 7 de 1987, Fondo Joan Tafalla, Arxiu Josep Serradell.](#)

²⁰⁸ [Ibíd.](#)

²⁰⁹ [Paz y Desarme. Ponencias presentadas al II Encuentro del Movimiento por la paz de los Pueblos de España, Barcelona, PCC, 1985.](#)

²¹⁰ [Reflexions marxistes cap a una nova escola, Barcelona, Avant, 1987.](#)
[Reflexions marxistes entorno a la reforma educativa, Barcelona, Avant, 1988.](#)

²¹¹ [O. Martí, J. Pallisé, A. Barbarà, C. Eibenschitz et al.: Salut i política, Barcelona, Avant, 1987.](#)

²¹² [Testimonio de Àngels Martínez, Castelldefels, 21 de marzo de 2019.](#)

²¹³ [«Biografía Aurora Gómez Cano», Biografies Obreres, AHCO, en línea: <<https://www.ccoo.cat/ciprianogarcia/aspnet/pagina.aspx?id=6>> \(consulta: 06/03/2020\).](#)

²¹⁴ [Aurora Gómez: Informe del Comitè Executiu al Comitè Central. Presentado por la camarada Aurora Gómez los días 26 y 27 de febrero de 1983, Impresiones del Vàlles-PCC, 1983, pp. 27-28.](#)

²¹⁵ Testimonio de Àngels Martínez, Castelldefels, 21 de marzo de 2019.

²¹⁶ «Mujeres: dos veces explotadas cien veces oprimidas», Secretaría de formació política, 11 de julio de 1985, Fondo Joan Tafalla, Arxiu Històric de la Fundació Revolució Democràtica.

²¹⁷ «Ramos: la unanimidad, cuando no es formal, es positiva», Òrgan provisional del Comité Central del Partit dels Comunistes de Catalunya 0, semana del 15 al 22 de abril de 1982.

²¹⁸ Testimonio de Albano Freire Nunes, Lisboa, 26 de abril de 2018.

²¹⁹ Entrevista a Joan Tafalla, Gijón, 1 de julio de 2018.

²²⁰ Testimonio de Miguel Guerrero, 20 de marzo de 2019. Entrevista a Monserrat Domínguez, Valldoreix, 21 de marzo de 2019.

²²¹ Entrevista a Joan Tafalla, Gijón, 1 de julio de 2018.

²²² Testimonio de Joan Tafalla, Gijón, 1 de julio de 2018. Entrevista a Monserrat Domínguez, Valldoreix, 21 de marzo de 2019.

²²³ «Festa d'Avant 1985», Fondo Joan Tafalla, Arxiu Josep Serradell.

²²⁴ Testimonio de Alberto Herbera, Barcelona, 21 de marzo de 2019.

²²⁵ «El Comité Central del PCUS acepta que el partido renuncie al monopolio del poder», Avant 349, 15 de febrero de 1990. «Elecciones al Congreso de Diputados Populares de la URSS», Avant 302, 19 de enero de 1989. «Reestructuración económica en la URSS», Avant 285, 15 de septiembre de 1988. «El capitalismo no comprará el socialismo en Polonia», Avant 283, 1 de septiembre de 1988.

²²⁶ Les raons del socialismo, Barcelona, Fundació Pere Ardiaca, 1991.

²²⁷ «Primera reunión de la comisión de unidad PCC-PSUC», Avant 285, 15 de septiembre de 1988.

²²⁸ «Congrés d'Unitat del Comunistes de Catalunya», Treball 844, primera quincena de marzo de 1989.

²²⁹ «Entrevista al camarada Miguel Guerrero», Unidad y lucha (edición digital), en línea: <https://www.unidadylucha.es/index.php?option=com_content&view=article&id=2523:entrevista-al-camarada-miguel-guerrero&catid=17&Itemid=113> (consulta: 01/03/2020).

²³⁰ Rafael González Morera: «La victoria dialéctica de Mauricio sobre Tony Gallardo», Eldiario.es, 2018, en línea: <https://www.eldiario.es/canariasahora/semanal/victoria-dialectica-Mauricio-Tony-Gallardo_0_735977352.html> (consulta: 08/03/2020).

²³¹ «Mesa del congreso», Nuevo Rumbo 0, enero de 1984.

²³² «Julián Grimau, el último muerto de la guerra civil», El País Semanal, 22 de enero de 1978.

²³³ «Editorial. La recuperación del Partido Comunista», Nuevo Rumbo 0, enero de 1984.

²³⁴ «Crónica del Congreso de Unidad de los Comunistas», Nuevo Rumbo 0, enero de 1984.

²³⁵ Ignacio Gallego: «Informe-Resumen al Congreso presentado por Ignacio Gallego», Resoluciones del Congreso de Unidad de los Comunistas, 13, 14 y 15 de enero de 1984, Madrid.

²³⁶ «¡Que tarde la de aquel día!», Nuevo Rumbo 0, enero de 1984.

²³⁷ Ibíd.

²³⁸ Ibíd.

²³⁹ La denominación de Partido Comunista recibió el nombre popular de «pecé

punto» por su falta de referencia a España. Tras la denuncia interpuesta por parte del PCE, el partido tuvo que cambiar de nombre, y a partir de enero de 1986 pasó a llamarse Partido Comunista de los Pueblos de España (PCPE).

²⁴⁰ Tesis del Congreso de Unidad de los Comunistas, 13, 14 y 15 de enero de 1984, p. 43.

²⁴¹ Ibíd.

²⁴² «Editorial. La recuperación del Partido Comunista», Nuevo Rumbo 0, enero de 1984.

²⁴³ «Crónica del Congreso de Unidad de los Comunistas», Nuevo Rumbo 0, enero de 1984.

²⁴⁴ Ibíd.

²⁴⁵ Ibíd.

²⁴⁶ Ibíd.

²⁴⁷ Ibíd.

²⁴⁸ Ibíd.

²⁴⁹ Ibíd.

²⁵⁰ Ibíd.

²⁵¹ Ibíd.

²⁵² «Delegaciones asistentes», Nuevo Rumbo 0, enero de 1984.

²⁵³ José Pacheco Pereira, «O PCUS...», p. 17.

²⁵⁴ «La risa de un telegrama», Nuevo Rumbo 0, enero de 1984.

²⁵⁵ «Intervención del camarada Zhukov, representante del PCUS», Nuevo Rumbo 0, enero de 1984.

²⁵⁶ La primera aparición de la composición del Comité de Redacción se puede ver en: «Nuevo Rumbo», Nuevo Rumbo 2, 29 de febrero de 1984.

²⁵⁷ Ver el apartado del PCE (VIII-IX Congresos) en el segundo capítulo. La primera vez que Roberto Marcano aparece oficialmente cómo dibujante se puede ver en: «Nuevo Rumbo», Nuevo Rumbo 8, 26 de mayo de 1984.

²⁵⁸ Respecto a la incorporación de Armando López Salinas a la dirección del periódico ver Pere Meroño: «Román». L'home que va organitzar el PSUC, Barcelona, Fundació Pere Ardiaca, 2005, p. 179. García Rubio se incorpora tras la vuelta de un sector de la dirección del PCPE al PCE a finales de 1988, de tal manera que ya aparece como director (el cargo de responsable político desaparece) en el número 79 de Nuevo Rumbo, del 20 de marzo de 1989.

²⁵⁹ «Nuevo Rumbo (Un Partido, un Periódico)», Nuevo Rumbo 0, enero de 1984.

²⁶⁰ «Delegación del PC a Moscú», Nuevo Rumbo 1, 15 de febrero de 1984.

²⁶¹ «El Partido Comunista se fortalece», Nuevo Rumbo 1, 15 de febrero de 1984.

²⁶² «Crecimiento incesante del Partido», Nuevo Rumbo 3, 14 de marzo de 1984.

²⁶³ «El Partido Comunista sigue creciendo», Nuevo Rumbo 4, 29 de marzo de 1984.

²⁶⁴ «Circular del Área de organización», Nuevo Rumbo 2, 29 de febrero de 1984.

²⁶⁵ «Una Sede para el PC», Nuevo Rumbo 3, 14 de marzo de 1984.

²⁶⁶ «Por una gran campaña Pro-Sede del Partido Comunista», Nuevo Rumbo 3, 14 de marzo de 1984.

²⁶⁷ «Resumen del Pleno del Comité Central. Intervención de Ignacio Gallego», Nuevo Rumbo (especial), 27 de febrero de 1984.

²⁶⁸ «Informe al II Pleno del Comité Central», Nuevo Rumbo (especial), 27 de febrero de 1984.

²⁶⁹ Ibíd.

²⁷⁰ Una sucinta biografía de la intensa vida de esta militante se puede ver en «Juana Doña, militante comunista y feminista», El País, 19 de octubre de 2003.

²⁷¹ «La filigrana de Gerardo», El País, 21 de abril de 1985.

²⁷² Enrique Zafra, Rosalía Crego y Carmen Heredia: Los niños españoles evacuados a la URSS (1937), Madrid, Eds. De la Torre, 1989, p. 134.

²⁷³ «Comisiones y Secretarías del C.C. y del C.E.», Nuevo Rumbo 3, 14 de marzo de 1984.

²⁷⁴ «Elegidos los órganos del Comité Central», Nuevo Rumbo 3, 14 de marzo de 1984.

²⁷⁵ «Memorias imprescindibles, vidas en la vanguardia. Entrevistas a quienes han luchado toda la vida», Propuesta Comunista 50, PCPE, 2007, p. 127.

²⁷⁶ «Tesis del Congreso de Unidad de los Comunistas», Congreso de Unidad de los Comunistas, 13, 14 y 15 de enero de 1984, Eds. Nuevo Rumbo, 1984, pp. 225-237.

²⁷⁷ «José Llinares, Partido de vanguardia y de masas», Nuevo Rumbo 4, 29 de marzo de 1984.

²⁷⁸ Ibíd.

²⁷⁹ «Escisión en los prosoviéticos asturianos», La hoja del lunes, 2 de julio de 1984.

²⁸⁰ «Cinco dirigentes del PC abandonaron la primera conferencia regional del partido», La hoja del lunes, 2 de julio de 1984.

²⁸¹ Testimonio de Rubén Díaz, Gijón, 11 de marzo de 2014.

²⁸² Testimonio de Ángel Rendueles, Oviedo, 23 de febrero de 2019.

²⁸³ Testimonio de Arón Cohen, Granada, 18 de diciembre de 2017.

²⁸⁴ Un ejemplo de entre muchos se puede ver en: «El partido de Gallego retrasa el proceso de unidad comunista», El País, 8 de junio de 1988.

²⁸⁵ Testimonio de Rafael Velasco, telefónico, 18 de marzo de 2020.

²⁸⁶ Testimonio de Francisco Cañizares, telefónico, 14 de abril de 2018.

²⁸⁷ Testimonio de Rubén Díaz Cueto, Gijón, 11 de marzo de 2014. Testimonio de Ángel Rendueles, Gijón, 3 de mayo de 2014.

²⁸⁸ Testimonio de Luis Cabo, telefónico, 5 de marzo de 2020.

²⁸⁹ «Baleares: Ingreso masivo en el Partido Comunista», Nuevo Rumbo 9, 9 de junio de 1984.

²⁹⁰ «Por la unidad de los comunistas», Nuevo Rumbo (especial) 9, 9 de junio de 1984.

²⁹¹ «Hacia la Conferencia de Unidad de los Comunistas en Baleares», Nuevo Rumbo 10, 23 de junio de 1984.

²⁹² «Islas Baleares», Nuevo Rumbo 11, 23 de julio de 1984.

²⁹³ «Nostra Paraula», Nuevo Rumbo 11, 23 de julio de 1984.

²⁹⁴ David Ginard: Aurora Picornell. Feminismo, comunismo y memoria republicana en el siglo XX, Granada, Comares, 2018, p. 103.

²⁹⁵ «Carrillo comienza a construir su nuevo partido», El País, 18 de octubre de 1985. «El partido de Carrillo celebra su último congreso antes de integrarse hoy en el PSOE», El País, 27 de octubre de 1991.

²⁹⁶ «El ex vicesecretario del PCE, Jaime Ballesteros, propone intentar la unidad con el partido de Gallego», El País, 23 de junio de 1984.

²⁹⁷ «Frente al liquidacionismo, unidad de todos los comunistas», 1985, Archivo Personal de Rafael Velasco.

²⁹⁸ Ibíd.

²⁹⁹ Ibíd.

³⁰⁰ «Recuperar la opción comunista», Nuevo Rumbo 19, 21 de diciembre de 1984.

³⁰¹ «Jaime Ballesteros crea una plataforma que sirva de puente para unir a todos los comunistas», El País, 17 de noviembre de 1984.

³⁰² «Jaime Ballesteros: “EL PCE está hundido”», Interviú 450, 26 de diciembre de 1984.

³⁰³ Ibíd.

³⁰⁴ «Escritura de constitución de la Fundación José Díaz», Madrid, 15 de noviembre de 1984, Archivo Personal de Rafael Velasco.

³⁰⁵ «Normas y funcionamiento del régimen interno», Fundación José Díaz, 31 de diciembre de 1984, Archivo Personal de Rafael Velasco.

³⁰⁶ Leopoldo Alcaráz: «Carta a Asturias, Madrid 19 de diciembre de 1984», Archivo Personal de Rafael Velasco.

³⁰⁷ Leopoldo Alcaráz, «Carta a Asturias, Madrid 15 de enero de 1985», Archivo Personal de Rafael Velasco.

³⁰⁸ M. Vázquez Montalbán, «Irracionalidades», El País, 14 de diciembre de 1984.

³⁰⁹ «La dirección nacional desautoriza a Mantecón como representante comunista», El Diario Montañés, 13 de diciembre de 1984.

³¹⁰ «El cerco liquidacionista del PCE sobre la región, causa de la escisión de los prosoviéticos cántabros», Alerta, 20 de diciembre de 1984.

³¹¹ «El 70 por ciento del PCE de Santander se va con Ignacio Gallego», Liberación, 30 de diciembre de 1984.

³¹² «La mayoría de los miembros del Comité Local de la Agrupación Comunista abandonan el partido», Alerta, 9 de enero de 1985.

³¹³ «El Comité Local del PCE se pasa en masa al partido liderado por Gallego», Alerta, 15 de enero de 1985.

³¹⁴ «Comunistas de Los Corrales y Laredo abandonan el PCC-PCE», El Diario Montañés, 4 de enero de 1985.

³¹⁵ «Destacados miembros del PCE de León se afilian al PC de Ignacio Gallego», El Norte de Castilla, 20 de diciembre de 1984.

³¹⁶ «Escisión en el Partido Comunista de España en León», Diario de León, 19 de diciembre de 1984.

³¹⁷ «Escisiones en el PCA gijonés», La voz de Avilés, 20 de diciembre de 1984.

³¹⁸ «Dimiten las Ejecutivas de tres agrupaciones del PCA», La Voz de Avilés, 21 de diciembre de 1984.

³¹⁹ «A los camaradas del distrito V. La Calzada/El Natahoyo», 29 de diciembre de 1984, Archivo Personal de Rafael Velasco.

³²⁰ «Carta a todos los comunistas de Albacete», Albacete, diciembre de 1984, Archivo Personal de Rafael Velasco.

³²¹ Ibíd.

³²² «El máximo dirigente campesino comunista apela a la unidad con Ignacio Gallego», El País, 23 de enero de 1985.

³²³ «La dirección del PCE andaluz confía en que no prosperara la iniciativa para crear un partido marxista-leninista», El País, 24 de enero de 1985.

³²⁴ «El Frente Leninista de Andalucía anuncia el inicio de un proceso de unidad con el PC», Nuevo Rumbo 22, primer quincena de febrero de 1985.

³²⁵ «Sevilla, 26 y 27 de octubre: Congreso de Unidad de los comunistas andaluces», Nuevo Rumbo 35, segunda quincena de octubre de 1985.

³²⁶ [«Congreso de Unidad de los comunistas de Andalucía», Nuevo Rumbo 34, primera quincena de octubre de 1985.](#)

³²⁷ [«Armando López Salinas se incorpora al Partido Comunista», Nuevo Rumbo 31, julio de 1985.](#)

³²⁸ [«Otro importante grupo de comunistas se incorpora al PC», Nuevo Rumbo 32, primera quincena de septiembre de 1985.](#)

³²⁹ [«Más de cien dirigentes y cuadros comunistas de Valencia se incorporan al P.C.», Nuevo Rumbo 35, segunda quincena de octubre de 1985.](#)

³³⁰ [«Razones de una decisión», Nuevo Rumbo 35, segunda quincena de octubre de 1985.](#)

³³¹ [Congreso de Unidad de los comunistas..., p. 95. El PCUS de congreso a congreso, Moscú, Novosti, 1977, pp. 69-70.](#)

³³² [Emanuele Treglia: «La última batalla de la transición, la primera de la democracia. La oposición a la OTAN y las transformaciones del PCE \(1981-1986\)», Ayer 103, 2016, pp. 71-96.](#)

³³³ [Pablo Socorro: «El papel de la izquierda revolucionaria en la vertebración del movimiento anti-OTAN en el Estado español», Historia del presente 29, 2017, p.](#)

142.

³³⁴ «¡OTAN NO! ¡BASES FUERA!», Nuevo Rumbo 2, 29 de febrero de 1984. «Referéndum, ¡ya!», Nuevo Rumbo 9, 9 de junio de 1984. «Los pueblos de España contra la OTAN», Nuevo Rumbo 36, noviembre de 1985.

³³⁵ Testimonio de Quim Boix, Cabrera de Mar, 19 de marzo de 2019.

³³⁶ «Informe político presentado por Ignacio Gallego, Nuevo Rumbo 0, enero de 1984.

³³⁷ «Movimiento obrero: resistir y avanzar», Nuevo Rumbo 1, 15 de febrero de 1984.

³³⁸ José Babiano y Leopoldo Moscoso: «Los conflictos sociales en fase depresiva ante la adopción de política de ajuste: el caso español», Zona abierta 56, 1991, pp. 120-173.

³³⁹ «Sagunto resiste», Nuevo Rumbo 1, 15 de febrero de 1984. «Crece la protesta popular», Nuevo Rumbo 1, 15 de febrero de 1984. «Se intensifica la lucha», Nuevo Rumbo 3, 14 de marzo de 1984. «Se mantiene la protesta general», Nuevo Rumbo 4, 29 de marzo de 1984. «Paro, clandestinidad y reconversión», Nuevo Rumbo 6, 28 de abril de 1984. «Asturias ante la crisis», Nuevo Rumbo 10, 23 de junio de 1984. «Todos fueron a la huelga general», Nuevo Rumbo 11, 23 de julio de 1984. «El sector naval sigue combatiendo», Nuevo Rumbo 18, 24 de noviembre de 1984. «Huelga general y jornada de lucha en Euskadi», Nuevo Rumbo 34, primera quincena de octubre de 1985.

³⁴⁰ «Jódar: lucha campesina y represión policial», Nuevo Rumbo 7, 12 de mayo de 1984.

³⁴¹ «El trabajo en los sindicatos», Nuevo Rumbo 1, 15 de febrero de 1984. Francisco García Salve, «Unidad sindical», Nuevo Rumbo 2, 29 de febrero de 1984.

³⁴² «Los comunistas ante el III Congreso de la C.S de CC.OO.», Nuevo Rumbo 6, 28 de abril de 1984. «Sobre el Informe General al III Congreso de CC.OO.», Nuevo Rumbo 9, 9 de junio de 1984.

³⁴³ «Respeto al pluralismo de CC.OO.», Nuevo Rumbo 8, 26 de mayo de 1984.

³⁴⁴ «Los ‘prosoviéticos’ de Sagunto consiguen desconvocar la huelga de hoy», El País, 21 de septiembre de 1984.

³⁴⁵ «“Tenemos que comprometernos todos en la defensa de la unidad en CC.OO.”», Nuevo Rumbo 35, segunda quincena de octubre de 1985. Paulino Rodríguez: «El PCPE ante el IV congreso de CCOO. Donde dije...», Hacer 295, 22 de octubre de 1987, p. 7.

³⁴⁶ Eusebio Mujal León: «Decline and fall of spanish communism», Problems of communism 1, marzo-abril de 1986, pp. 17-18.

³⁴⁷ [Por una política de izquierdas, nacional y para la transformación de la sociedad, PC, pp. 79-80.](#)

³⁴⁸ [Ibíd.](#)

³⁴⁹ [«Plataforma: Por una política de izquierdas, nacional y de transformación de la sociedad», Nuevo Rumbo \(especial\), noviembre de 1984.](#)

³⁵⁰ [«Resolución del Comité Ejecutivo», Nuevo Rumbo 39, primera quincena de febrero de 1986.](#)

³⁵¹ [Ante-proyecto de estatutos y tesis, Sociedad limitada de impresiones del Vallés, 1983, p. 15.](#)

³⁵² [«Resolución del Comité Ejecutivo», Nuevo Rumbo 39, primera quincena de febrero de 1986.](#)

³⁵³ [«Los principales integrantes de la Plataforma de la Izquierda Unida ultiman hoy el acuerdo electoral», El País, 27 de abril de 1986.](#)

³⁵⁴ [«Reunión del Comité Ejecutivo del PCPE. 28/VI/1986», Archivo Personal de José Manuel Álvarez Pravia. «Ignacio Gallego aplaza a última hora el cierre de la lista de Izquierda Unida», El País, 13 de mayo de 1986. «El partido de Gallego se desvincula en Madrid de la coalición Izquierda Unida», ABC, 14 de mayo de 1986.](#)

³⁵⁵ Una sucinta biografía de su etapa como congresista en la tercera legislatura (1986-1989) se puede ver en «Gallego Bezares, Ignacio», en línea: <http://www.congreso.es/portal/page/portal/Congreso/Congreso/Diputados/Busq?_piref73_1333155_73_1333154_1333154.next_page=/wc/fichaDiputado&idLegi (consulta: 15/03/2020).

³⁵⁶ Pere Meroño: «Román», l'home..., p. 190.

³⁵⁷ Testimonio de José Manuel Álvarez, Pravia, Oviedo.

³⁵⁸ «La política de alianzas del Partido», II Congreso del PCPE, Madrid, PCPE, 25, 26 y 27 de abril de 1987, p. 15.

³⁵⁹ Testimonio de Francisco Cañizares, telefónico, 14 de abril de 2018.

³⁶⁰ «La política de alianzas del Partido...», p. 16.

³⁶¹ «Acuerdo entre Gerardo Iglesias e Ignacio Gallego para avanzar en el proceso de unión de la izquierda», 29 de abril de 1986, sig. 400/5, sección del Comité Central, Fondo del Partido Comunista de España (1978-1991), AHPCE.

³⁶² Julio Anguita y Juan Andrade: Atraco a la memoria, Madrid, Akal, 2015, en línea: <https://books.google.es/books?id=pE6iDQAAQBAJ&printsec=copyright&redir_esc=y#v=snippet&q=pcpe&f=l

(consulta: 17/03/2020).

³⁶³ Pere Meroño: «Román», l'home..., p. 192.

³⁶⁴ «Unidad comunista», El País, 29 de abril de 1987.

³⁶⁵ «Carrillo sugiere a Iglesias y Gallego la reunificación tras las elecciones», El País, 12 de junio de 1986.

³⁶⁶ «Acerca de la unidad de los comunistas», II Congreso del PCPE, Madrid, PCPE, 25, 26 y 27 de abril de 1987, p. 19.

³⁶⁷ Ibíd.

³⁶⁸ «Reunión del CC 26/11/1988, para tratar el documento de unidad», sig.389/1, Sección del Comité Central, Fondo del Partido Comunista de España (1978-1991), AHPCE.

³⁶⁹ «Acuerdo de la reunión PCE-PCPE 21/1/1988», sig. 389/1, sección del Comité Central, Fondo del Partido Comunista de España (1978-1991), AHPCE.

³⁷⁰ Ibíd.

³⁷¹ «Reunión del CC 26/11/1988, para tratar el documento de unidad», sig. 389/1, sección del Comité Central, Fondo del Partido Comunista de España (1978-1991), AHPCE.

³⁷² «Entrevista PCE-PCPE 23-3-1987», sig. 389/1, sección del Comité Central, Fondo del Partido Comunista de España (1978-1991), AHPCE.

³⁷³ «Entrevistas con el PCPE», sig. 389/1, Sección del Comité Central, Fondo del Partido Comunista de España (1978-1991), AHPCE.

³⁷⁴ «El partido de Gallego retrasa el proceso de unidad comunista», El País, 8 de junio de 1988.

³⁷⁵ «Conversación con Román el día 12.6.88», sig. 389/1, sección del Comité Central, Fondo del Partido Comunista de España (1978-1991), AHPCE.

³⁷⁶ «Reunión del CC 26/11/1988, para tratar el documento de unidad», sig. 389/1, Sección del Comité Central, Fondo del Partido Comunista de España (1978-1991), AHPCE.

³⁷⁷ «El PCE y el PCPE inician un proceso de unidad en Madrid», El País, 10 de septiembre de 1988.

³⁷⁸ «El PCPE expulsa al comité regional por su acuerdo con el PCE», El País, 14 de septiembre de 1988.

³⁷⁹ «Ignacio Gallego se desentiende del conflicto del PCPE», El País, 15 de septiembre de 1988.

³⁸⁰ «Entrevista con Ignacio Gallego. Día 15-9-88», sig. 389/1, Sección del Comité Central, Fondo del Partido Comunista de España (1978-1991), AHPCE.

³⁸¹ Julio Anguita y Juan Andrade: Atraco a la....

³⁸² «Delegación a la República Democrática Alemana», sig. 389/1, sección del Comité Central, Fondo del Partido Comunista de España (1978-1991), AHPCE.

³⁸³ Ibíd.

³⁸⁴ Ibíd.

³⁸⁵ «Entrevista con Ignacio Gallego. Día 15-9-88», sig. 389/1, Sección del Comité Central, Fondo del Partido Comunista de España (1978-1991), AHPCE.

³⁸⁶ Testimonio de Rafael Velasco, telefónico, 18 de marzo de 2020.

³⁸⁷ «Resolución del CC del PCPE», Avant 287, 29 de septiembre de 1988.

³⁸⁸ «La unidad del partido, premisa esencial de la unidad de los comunistas», Avant 287, 29 de septiembre de 1988.

³⁸⁹ «El PCE congela la comisión de unidad», Avant 287, 29 de septiembre de 1988.

³⁹⁰ «Crisis en el PCPE a causa de la unidad con el PCE», El País, 18 de septiembre de 1988.

³⁹¹ Testimonio de Rafael Velasco, Gijón, 20 de mayo de 2017.

³⁹² «Información exhaustiva como método», Avant 288, 6 de octubre de 1988.

³⁹³ Testimonio de Rafael Velasco, telefónico, 18 de marzo de 2020.

³⁹⁴ «Gallego, inquieto en el PCPE», El País, 8 de noviembre de 1988.

³⁹⁵ «Destituido Ignacio Gallego como dirigente del PCPE», El País, 30 de noviembre de 1988.

³⁹⁶ «Reunión del CC 26/11/1988, para tratar el documento de unidad», sig. 389/1, sección del Comité Central, Fondo del Partido Comunista de España (1978-1991), AHPCE.

³⁹⁷ «El PCE concluye su proceso de unidad con el apoyo soviético», El País, 15 de enero de 1989.

³⁹⁸ «Una exclusión ilegal», Nuevo Rumbo 79, 20 de marzo de 1989.

³⁹⁹ «Carta de normas del III Congreso (extraordinario) del PCPE», Tercer Congreso (Extraordinario), Madrid, PCPE, marzo de 1989, p. 3.

⁴⁰⁰ «Un buen congreso», Nuevo Rumbo 79, 20 de marzo de 1989.

⁴⁰¹ «La reconstrucción del Partido», Tercer Congreso (Extraordinario), Madrid, PCPE, marzo de 1989, p. 44.

⁴⁰² Testimonio de Rafael Velasco, telefónico, 18 de marzo de 2020.

⁴⁰³ III Congreso del PCPE, Madrid, PCPE, 1989.

⁴⁰⁴ «Actividades internacionales», Nuevo Rumbo 82, 13 de mayo de 1989.

⁴⁰⁵ «Sobre la Perestroika y las reformas», Documentos P.C.P.E, Madrid, PCPE, diciembre de 1989, p. 23.

⁴⁰⁶ Ibíd., p. 23.

⁴⁰⁷ Ibíd, p. 24.

⁴⁰⁸ «Declaración sobre la apertura del Muro de Berlín», Documentos P.C.P.E., Madrid, PCPE, diciembre de 1989, pp. 47-48.

⁴⁰⁹ Testimonio de Miguel Guerrero, Barcelona, 20 de marzo de 2019. Testimonio de Faustino Zapico Arguelles, Oviedo, 20 de mayo de 2010.

⁴¹⁰ Faustino Zapico: «Sobre la casa común europea», Nuevo Rumbo, número extraordinario, primera quincena de abril de 1990.

⁴¹¹ Nuevo Rumbo 0, enero de 1984.

⁴¹² «14 de abril de 1931», Nuevo Rumbo 6, 28 de abril de 1984.

⁴¹³ «50 años de Octubre 1934-1984», Nuevo Rumbo 14, 28 de septiembre de 1984. «Cartagena y la revolución del 34», Nuevo Rumbo 16, 26 de octubre de 1984.

⁴¹⁴ «El cincuentenario de Octubre en Asturias», Nuevo Rumbo 16, 26 de octubre de 1984.

⁴¹⁵ «En el veinte aniversario de la muerte de Palmiro Togliatti», Nuevo Rumbo 13, 14 de septiembre de 1984.

⁴¹⁶ «Grimau, veintiún años después», Nuevo Rumbo 6, 28 de abril de 1984.

⁴¹⁷ «Ante la tumba de Julián Grimau», Nuevo Rumbo 27, primera quincena de mayo de 1985.

⁴¹⁸ «Julián Grimau un hombre de verdad, un comunista», Nuevo Rumbo 6, 28 de abril de 1984.

⁴¹⁹ «1920-1984», Nuevo Rumbo 6, 28 de abril de 1984.

⁴²⁰ «En vísperas de la creación del PCE (I)», Nuevo Rumbo 7, 12 de mayo de 1984. «En vísperas de la creación del PCE en 1920(II)», Nuevo Rumbo 8, 26 de mayo de 1984. «En vísperas de la creación del PCE en 1920(III)», Nuevo Rumbo 9, 9 de junio de 1984. «Trayectoria del Partido Comunista de España (IV)», Nuevo Rumbo 10, 23 de junio de 1984. «Se crea un solo Partido Comunista (V)», Nuevo Rumbo 11, 7 de julio de 1984.

⁴²¹ «Actividades del Partido», Nuevo Rumbo 13, 14 de septiembre de 1984. «Homenaje a los republicanos víctimas del fascismo», Nuevo Rumbo 27, primera quincena de mayo de 1985.

⁴²² Testimonio de Rafael Velasco, telefónico, 18 de marzo de 2020.

CONCLUSIONES

A lo largo de las páginas de este libro, de forma paralela al desarrollo de cada capítulo, se han ido introduciendo críticas y reflexiones que debieran eximir de una larga recapitulación final. Sin embargo, el hecho de que nos encontremos ante la primera ocasión en la cual se ha estudiado el fenómeno de la disidencia ortodoxa de forma global y monográfica, bien merece el desarrollo de algunas ideas que ya se han sugerido previamente, esta vez a modo de reflexión final. De esta manera, se realizará una síntesis crítica sobre los aspectos más relevantes de cada una de las tres olas, a la vez que se apuntan conclusiones transversales relacionadas con aspectos tan relevantes como su cultura política, su memoria colectiva, su militancia o, incluso, el marco transnacional en el que tuvieron lugar.

Como se planteaba en la introducción, el objetivo primordial que me movió a escribir este libro era lograr esclarecer una de las dimensiones más desconocidas de la historia del comunismo español y romper el mito existente en torno a la corriente que se conocía como «los prosoviéticos». Sin querer pecar de soberbia, sí que se puede afirmar que este libro ha contribuido notablemente, aunque solo sea por el hecho de ser el primero en intentarlo, a ofrecer una visión más inclusiva y totalizadora de su historia. La principal conclusión que se puede extraer de esta investigación es que los conflictos internos producidos en el PCE no fueron el fruto de ninguna intervención extranjera como se había sugerido machaconamente a lo largo de los años. Bien al contrario, fue un fenómeno endógeno cuyo origen ha de buscarse en la desilusión y el enfado provocado en sectores de la militancia comunista fruto de las transformaciones ocurridas en la línea política y la imagen del PCE. Por supuesto, se trató de un proceso complejo, marcado por múltiples factores a escala micro, meso y macro. En este sentido, también resultó muy importante el contexto en el que se desarrolló esta disidencia, caracterizada por las hondas frustraciones que provocaron en la militancia comunista sucesos tan graves como el final de la Transición o la crisis de los países socialistas. En todo caso, lo que está meridianamente claro es que la recepción de estos cambios tuvo un fuerte impacto que se manifestó, entre

otras cosas, en la creación de varios movimientos disidentes caracterizados por un fenómeno sin precedentes; su leimotiv era, ni más ni menos, que defender la ortodoxia ante el cambio de rumbo del PCE. Estos movimientos se acabarían articulando a lo largo de tres olas progresivas cuyo nexo común radicó en un elemento central: la autopercepción de que la identidad comunista clásica se encontraba en peligro y era necesaria su restauración.

Esta idea fuerza, que a priori pudiera parecer sencilla, se encuentra a su vez llena de matices diversos que no hacen sino complicar la demarcación de los parámetros centrales de su idiosincrasia. En primer lugar, es necesario aclarar qué papel llegó a desempeñar la Unión Soviética en todo este proceso sin caer en estereotipos, pero también sin eludir el lugar central que su simbolismo ostentaba dentro de su subcultura política. Por eso, aunque no siempre fue totalmente determinante, no se puede negar que su identidad se hallaba estrechamente unida al imaginario que representaba el simbolismo soviético. La Unión Soviética encarnó durante décadas un referente fundamental para los comunistas españoles. Como símbolo, no solo tuvo un enorme peso en las generaciones más veteranas, sino que existió continuidad intergeneracional en su transmisión, más allá de las vivencias personales. Asimismo, es necesario destacar cómo la transferencia de la memoria asociada a la URSS y al hito fundacional de la Revolución soviética sufrió un proceso de adaptación a las tradiciones y culturas locales. En todo caso, la solidaridad vertida por el país soviético durante varias etapas, pero especialmente tras la guerra de España, reforzó ese vínculo e insertó a la militancia comunista española dentro de unas redes culturales de carácter transnacional. La construcción de la identidad comunista española estuvo siempre ligada al papel del sistema soviético, el cual era considerado como la principal conquista de la clase obrera mundial y su mejor defensa frente al imperialismo. No obstante, la coyuntura que atravesó el Estado español durante la dictadura franquista también afectaba directamente a esta cosmovisión. No hay que olvidar que el odio que el régimen vertía diariamente contra la URSS actuó como un refuerzo respecto a este sentimiento de adhesión. Este no fue el único elemento que caracterizó a la cultura comunista, ni siquiera a los sectores más ortodoxos. La pluralidad de elementos internos que nutrían su cultura abarcaba desde préstamos y readaptaciones de la cultura socialista y republicana, hasta todo un repertorio ritual y simbólico construido a lo largo de cuarenta años de clandestinidad y lucha antifranquista.

En segundo lugar, se hace necesario aclarar cuál fue el origen que motivó el despertar de peculiar forma de disidencia comunista y en qué contexto tuvo lugar. Está claro que la década de los cincuenta marcó el comienzo de una prolongada serie de transformaciones internas que afectarían directamente a la identidad del PCE. El punto de partida de este proceso se puede establecer en la formulación de la Política de Reconciliación Nacional de 1956. Este episodio, señalado en el discurso de muchos militantes como un acontecimiento trágico, supuso el inicio de un nuevo rumbo, cuyas consecuencias se encuentran directamente relacionadas con el surgimiento de la disidencia ortodoxa. La fecha se convirtió en una referencia constante dentro de su memoria colectiva, asociada a la «traición» de Carrillo, pese a que la actitud de los futuros líderes de la disidencia ortodoxa se caracterizó por un apoyo sin fisuras a esta nueva línea. A pesar de su complicidad con el «giro táctico» de 1956, años más tarde el relato histórico construido por las organizaciones ortodoxas destacaría por una posición muy crítica al respecto. Estos cambios ocasionaron un coste importante para la cohesión interna del PCE a medio plazo, que se revelaría en toda su extensión durante las siguientes décadas. Por lo tanto, es posible concluir que la Política de Reconciliación Nacional no jugó un papel relevante a corto plazo sobre la disidencia ortodoxa y, desde luego, no fue el detonante para su conformación.

Los orígenes deben buscarse diez años después. El clima de descontento explotaría en 1968, con la condena emitida por la dirección del PCE de la intervención militar de las tropas del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia. Este acontecimiento se convirtió en el detonante de la primera ola disidente. Un fenómeno cuya amplitud y repercusiones no se había conocido hasta ese momento en la historia del PCE. Por primera vez, tuvo lugar una crisis que afectó a todos los ámbitos de la organización. Por una parte, se sucedieron agrios debates en el CC, donde desde el primer momento los ortodoxos fueron minoría y estuvieron abocados al fracaso. Con toda certeza, lo más trascendental de toda esta crisis fue la propagación entre grandes sectores de la organización de un amplio sentimiento de rebeldía que podría ser susceptible de ser catalogada como «primitiva», al menos en el sentido que le otorgaba Hobsbawm. Una rebelión que no contaba con las herramientas suficientes para modificar la decisión del partido y que, sin duda, estaba destinada a fracasar por los propios límites de su cosmovisión militante, donde la disciplina de partido era un

elemento que condicionaba los límites de su actuación. Como consecuencia, la impotencia se extendió entre una militancia que, por vez primera, se veía obligada a escoger entre dos de sus principales referentes: la dirección de su partido y la URSS. Por otra parte, la crisis de Checoslovaquia tuvo especial importancia al convertirse en el mito fundacional de este fenómeno disidente. Además, sirvió como un factor de legitimación al unir el devenir de su causa al del país soviético. Esta sinergia acabaría teniendo a la larga un efecto movilizador que actuaría como refuerzo cohesionando el movimiento.

Sin embargo, sería desacertado suponer que esta crisis interna estuvo motivada por un movimiento bien organizado y con unos objetivos claros. En todo caso, se puede afirmar que de este trance saldría un movimiento disidente no muy bien organizado y con unos objetivos diversos que acabarían por converger, no sin problemas. Las críticas vertidas por Eduardo García y Agustín Gómez en el CC fueron la primera muestra de la existencia de una corriente ortodoxa en la dirección del PCE. Poco después, a estas críticas se sumarían Líster y otros dirigentes. El conflicto desatado actuó como el desencadenante de un movimiento más amplio en el seno de la organización. Esta corriente divergente cuestionaba en términos generales el nuevo rumbo político del partido. Según su perspectiva, las críticas a la URSS eran consecuencia de la existencia de una política reformista que se alejaba de los cánones de su cultura política. Por eso, era necesario implantar un nuevo rumbo que devolviera al PCE a la senda de su «glorioso pasado». Sin embargo, su forma de proceder resultó errática e improvisada. Su táctica opositora en ningún momento estuvo bien calculada. Probablemente, el ejemplo más gráfico fuera el hecho de que los divergentes decidieran plantar batalla en el CC por separado, lo que hizo aún más fácil su expulsión. No obstante, ambos sectores (el de Líster y el de García y Gómez) compartían un imaginario común. Por ello, acabarían por unirse en un solo movimiento divergente. Su primer objetivo era la realización de un autoproclamado VIII Congreso extraordinario. Este acontecimiento pretendía convertirse en un golpe de efecto propagandístico que diera a conocer a la organización y lograra el reconocimiento del MCI. El nuevo partido se caracterizó por un mimetismo extremo con respecto a su antigua organización. En la práctica resultaba muy complicado diferenciar a este nuevo partido del PCE. Entre otras cosas, esto era debido a las complejas características de su autopercepción. Los militantes y dirigentes de este movimiento estaban convencidos de ser el «verdadero PCE». Como consecuencia, el partido oficial

era considerado como una fracción y era denominado despectivamente el «grupo de Carrillo». Su leitmotiv les diferenciaba de otros grupos de la izquierda radical. Ellos no pretendían construir otro partido, ni mantener una distancia con el PCE: afirmaban ser «el Partido». Para ello, reivindicaban la memoria, simbología e imaginario colectivo del PCE. Es verdad que durante sus primeros años de existencia lograron algunos pequeños logros, como la incorporación de algunos cuadros provenientes del movimiento obrero. Sin embargo, sus mayores éxitos tuvieron lugar entre las organizaciones de Europa Oriental. Con todo, su situación no era halagüeña, habían fracasado en su principal razón de ser, realizar un sorpasso al PCE que lograra marginar a Carrillo y volver a la supuesta época de esplendor anterior.

Por si fuera poco, el potencial alcance de esta disidencia se vio prematuramente estancado por toda una serie de espurios conflictos internos. En términos generales, todo se puede resumir en una pugna entre Líster y García por el control del partido. El resultado natural de dicho enfrentamiento fue una atomización del movimiento. Se crearon dos nuevos partidos, de tal manera que cada dirigente acabó teniendo una organización a su medida. Eduardo García continuó usando las mismas siglas, a las que añadió un nuevo congreso en 1973. De esa manera, el PCE (VIII-IX Congresos) existiría hasta 1980. Caracterizado por una alineación absoluta con la Unión Soviética. Sin duda alguna, fue el partido más cerrado y dogmático de todos los que pertenecieron a esta corriente. No obstante, sus relaciones con los países socialistas nunca fueron demasiado buenas. Su implantación no fue particularmente escasa, pero es verdad que entre su militancia destacaron los veteranos y las personas residentes en los países del Este. El PCE (VIII-IX) mantuvo su férrea intención de intentar confluir con otras organizaciones, fundamentalmente con el fin de lograr la tan ansiada aceptación del reconocimiento de la Unión Soviética. Al final, en 1980 este partido terminaría unificándose durante un breve periodo de tiempo con el PCT, lo que dio lugar al PCEU.

Por su parte, el antiguo general creó un partido profundamente personalista: el PCOE. Este partido estuvo marcado por el desarrollo de un liderazgo carismático en torno a la figura de Líster. Para esta organización la memoria de la guerra tuvo un papel central, hasta convertirse en un factor casi omnipresente. Sin

embargo, Enrique Lister encarnaría un liderazgo de fuertes contrastes y regusto agridulce. Mientras que su leyenda se acabaría convirtiendo en el principal foco de atracción de nuevos militantes, su mal carácter era de facto el mayor obstáculo para el desarrollo del partido. Por una parte, se trataba de un personaje conocido del comunismo español, incluso rodeado de un halo histórico muy particular. Por otra, este dirigente impregnaba su actividad política de unas formas extremadamente toscas, que imposibilitaban que el partido pudiera lograr una coordinación efectiva con otras fuerzas comunistas. Precisamente por eso, el viejo general siempre se negó a confluir con otras organizaciones a lo largo de estos años, porque o la convergencia se hacía a su manera o, sencillamente, no se hacía. Al final, la necesidad de dar un retiro al octogenario general pesó más que cualquier otro factor y en 1986 el partido fue absorbido por el PCE. Aunque no todos decidieron seguirle, un reducido grupo optó por refloatar el proyecto y continuar utilizando las siglas históricas del PCOE.

Este no sería el final de la disidencia ortodoxa. A principios de la década de los setenta nació un nuevo movimiento de oposición interna que daría lugar a la segunda ola. Su origen ya no descansaba en 1968 y la crisis del «mito soviético». Su raíz se encontraba en las crecientes críticas a la falta de democracia interna dentro del PCE. Además, esta ola poseyó un espíritu mucho más moderno y dinámico. Sus repertorios de actuación eran propios de nuevas generaciones de militantes que se mostraban descontentos con la moderación del partido y que carecían de cauces para expresar sus críticas. Por eso, esta nueva oleada no nació con la intención de confrontar directamente con la dirección. Se trataba de una válvula de escape para que este colectivo pudiese expresar libremente sus críticas. Sin embargo, pese a su carácter más juvenil, esta ola también desarrollaría importantes vínculos con el pasado del partido. Un buen ejemplo de esa querencia por el ayer se puede observar en la constante reivindicación de la identidad clásica y el «hilo rojo de la Historia». Desde luego, su composición también fue distinta en términos sociológicos. En su mayor parte, su militancia estaba formada por jóvenes profesionales y universitarios. Se trataba de sectores con unas dinámicas de socialización más abiertas y una mayor base cultural. El ocio, la sexualidad o el compromiso activista eran entendidos de forma más moderna. Eso también tuvo sus implicaciones en cuanto a los roles de género. Las mujeres continuaron siendo minoría, pero comenzaron a ser conscientes de la existencia de su discriminación y lograron una mayor igualdad práctica dentro de sus respectivas organizaciones.

Como en todas y cada una de las olas de la disidencia ortodoxa, también en este caso hubo un claro desencadenante. El VIII Congreso oficial del PCE se acabaría convirtiendo en el episodio concreto que motivó la aparición de esta segunda ola. Aunque este congreso no fuese precisamente menos democrático que los anteriores que había celebrado el partido en la clandestinidad, el contexto de su militancia sí que había cambiado. Los métodos escogidos chocaban ahora con los perfiles de una militancia más joven, acostumbrada a la democracia radical de las asambleas celebradas en universidades y centros de trabajo. Fruto de ese creciente descontento se creaba una tendencia interna que llevaría el nombre de Oposición de Izquierdas (OPI). Este movimiento estaba imbuido por un espíritu idealista que, sin demasiada reflexión sobre cómo hacerlo, pretendía cambiar el partido desde dentro. A esto había que sumar el hecho de que su forma inicial de funcionamiento fue tremendamente impulsiva y falta de planificación. Una buena muestra de ello se puede observar en inicial abandono colectivo de las estructuras del PCE por parte de la mayoría de sus miembros. Una contradicción difícil de superar para una autoproclamada corriente interna del partido. Los escasos militantes que continuaron dentro fueron poco a poco expulsados, hasta el punto de que su existencia como corriente interna comenzó a carecer de sentido. En esta compleja coyuntura la organización cada vez se encontraba más aislada. Por eso, ante la llegada de las primeras elecciones, la OPI decidió cambiar de táctica y transformarse en un partido, el PCT. Pese a todo, el resultado electoral no sería muy positivo. Además, su imagen comunista acabaría diluyéndose en plataformas electorales que no alcanzaron representación. El balance final de la trayectoria de la OPI-PCT no puede dejar de ser un reflejo de su limitada capacidad de actuación y de sus muchas contradicciones internas. En términos globales, la organización se caracterizó por construir una cierta imagen de intelectualidad, sobre todo en contraste con el obrerismo de los otros grupos. Sin embargo, pese a presentar sesudos estudios teóricos sobre la situación del país, su praxis siempre fue muy reducida y al final fue esta falta de alternativas lo que motivó los cambios en el rumbo de este grupo. Por eso, el PCT comenzaría a acercarse a aquellos partidos que se encontraban teóricamente más cercanos a sus posiciones. Primero al PCOE y más tarde al partido de Eduardo García. En 1980 participaban en la formación del Partido Comunista Unificado (PCEU). La experiencia de este partido sería una buena muestra de la heterogeneidad y los antagonismos de esta corriente. Al final, ambos partidos se separaron traumáticamente en un proceso sumamente complicado. Sin embargo, este no sería el final. La propia coyuntura volvería a

unir a estos dos grupos en el proceso de consolidación de la tercera ola disidente.

Las críticas al VIII Congreso del PCE también provocarían la formación de otro grupo, las Células Comunistas (CC). Esta organización llegó a poseer unas peculiaridades únicas que no tuvo ningún otro sector ortodoxo. Por una parte, a nivel interno apenas llegaron a consolidar su organización más allá de las células de base. Su motivación era defender la autonomía de las células del PCE cuando estas no tenían contacto con la dirección. Sin embargo, utilizaron ese argumento para separarse de dicho partido por estar en desacuerdo con su dirección. Su praxis en sus primeros años fue eminentemente teórica (debates, seminarios, etc.). Hasta 1976 ni siquiera existió una coordinación estable entre las diferentes células. Sin embargo, esto, que podría parecer un déficit, fue lo que le otorgó su mayor fuerza. Sus militantes pudieron dedicarse a su proyección como cuadros de los movimientos sociales porque no tuvieron que estar preocupados por el desarrollo organizativo. Gracias a eso y a la proyección popular de sus principales dirigentes, fueron capaces de cosechar algunos éxitos. Lograron impulsar varias plataformas electorales en Canarias con mucho prestigio popular, como fue el caso de la Unión del Pueblo Canario. Fernando Sagaseta se convertiría gracias a esa táctica en el primer diputado ortodoxo en el Parlamento, en este caso por la UPC. Además, también lograrían concejales en Granada y Las Palmas de Gran Canaria. Semejantes niveles de apoyo popular eran impensables antes de la década de los ochenta para el resto de esta corriente. La organización también tuvo especial peso entre sectores profesionales e intelectuales que plantearon nuevas críticas al sistema de funcionamiento interno del partido, al mismo tiempo que reivindicaban la identidad comunista más clásica. Sin embargo, la proyección de la organización a menudo entraba en unos planteamientos un poco surrealistas. Un ejemplo se puede ver en la furibunda denuncia que realizaban en 1977 en torno a la legalización del PCE bajo el argumento de que Carrillo había legalizado otro partido, la «Asociación política PCE». También resultaba paradójico que la figura de Pepe Satué lograra ejercer un liderazgo carismático sin fisuras y de la manera tan intensa como lo hizo.

Al comienzo de la década de los ochenta, la primera y la segunda ola se encontraban en una situación de estancamiento y bloqueo políticos. Nada hacía presagiar que la situación fuera a mejorar. Sin embargo, la profunda crisis que

sacudiría al PCE propiciaba la irrupción de una nueva oleada disidente que insuflaría nuevos ánimos al movimiento. En este nuevo contexto el comunismo ortodoxo experimentó un gran repunte que coincidió, además, con la crisis de la izquierda radical. Hasta el punto de que es posible aseverar que fue durante estos años cuando tuvo lugar la etapa de mayor éxito para esta corriente. Las bases de este avance se encontraban en el amplio malestar que se extendía en el interior del PCE. El partido atravesaba una grave crisis de legitimidad interna y externa. El origen de esta crisis debe buscarse en las derrotas electorales y la pérdida de militancia y de influencia social. Para muchos de sus activistas el motivo de dicha crisis se encontraba en el eurocomunismo, un fenómeno ambiguo e improvisado bajo el cual se escondía el tacticismo de sus dirigentes. La puesta en marcha de la realpolitik del PCE había sacrificado importantes activos del partido en aras de unos supuestos éxitos futuros que nunca terminaron de materializarse. Ese proceso de transformación se volvió vertiginoso tras 1977: abandono de las células, duras críticas a la URSS, renuncia al leninismo, relegamiento de la cultura republicana y defensa del pacto social. Una verdadera transformación molecular de la identidad del PCE que provocó que muchos militantes tomaran la drástica decisión de abandonar su partido de toda la vida. Sin embargo, fuera del PCE las cosas no resultaban fáciles. El objetivo de los sectores ortodoxos era reorganizar un movimiento disidente con suficiente potencial como para competir con Carrillo. Sin embargo, esta corriente debía enfrentarse a importantes obstáculos. El primero de ellos era el del sectarismo, una práctica muy arraigada. Además, también debían enfrentarse a la apatía y desilusión que habían llevado a sus casas a gran parte de los antiguos militantes del PCE. Frente a estos impedimentos, el principal banderín de enganche de esta nueva ola fue poner en valor la importancia de la identidad comunista. Este factor fue crucial por dos motivos, era fácilmente comprensible para toda la militancia y, además, conectaba con su autopercepción personal. Era un elemento sencillo que apelaba a los sentimientos y que resultaba fácil de entender para todos los militantes. La forma de reivindicar esa identidad estuvo estrechamente vinculada a la propuesta de unidad de los comunistas. Esta consigna tuvo un gran potencial a la hora de lograr que muchos grupos cedieran parte de sus exigencias de protagonismo, comprendiendo que se trataba de un momento histórico. El objetivo, aunque ambicioso, estaba claro: construir un nuevo partido que rivalizara con el PCE para lograr desbancarlo y se convirtiera en «El Partido».

La tercera ola también aportó novedades en cuanto a su composición sociológica. En ese sentido, resultaba mucho más heterogénea que las dos anteriores. Esto era debido a su mayor amplitud numérica, lo que permitió integrar una diversidad relativamente amplia de perfiles de militancia (veteranos, jóvenes, intelectuales y obreros). Además, el nuevo impulso consiguió asimilar en su seno los restos de otras olas anteriores, con las que conversó hasta integrarlas o lograr destruirlas. Muchos de los grupos iniciales, como la Coordinadora de Leninista que lideraba García Salve, el Movimiento de Recuperación del PCE (MRPCE) o la Promotora de Recuperación y Unificación de los Comunistas (PRUC) no fueron grupos especialmente numerosos. Sin embargo, poseían un gran potencial para arrastrar a militantes del PCE, al estar encabezados por líderes de conocido prestigio y cuya honradez no se cuestionaba.

Las primeras propuestas de proyecto de unidad estuvieron planteadas con carácter casi inmediato. Sin embargo, su celebración tuvo que retrasarse en varias ocasiones. Como antaño, volvió a aflorar el eterno debate identitario de si este proceso se debía dar dentro o fuera de las estructuras del PCE. Además, existieron roces fundamentados en cuestiones ideológicas y, lo que para muchos era más triste, en rivalidades personales. Esto sucedió hasta que un conflicto localizado en un territorio vino a transformarlo todo. Cataluña fue el escenario del mayor fenómeno de disidencia contra el eurocomunismo registrado a lo largo de las décadas estudiadas. La victoria limitada en el seno del V Congreso del PSUC ofreció una nueva perspectiva a la disidencia ortodoxa, que logró canalizar los descontentos existentes por múltiples factores y nuclearlos en torno a la idea fuerza de recuperar la identidad comunista. La respuesta del PCE/PSUC fue arbitraria y desmedida, lo que obligó a estos comunistas catalanes a fundar en 1982 el PCC. Este partido tenía poco que ver con el resto de los grupos estudiados anteriormente. El PCC fue una organización nutrida por miles de militantes, con una fuerte implantación en el tejido social catalán y, especialmente, entre la clase obrera. Desde su creación, este partido destinó grandes esfuerzos a impulsar la creación de un partido ortodoxo en toda España. De hecho, su influencia resultaría clave para situar a Ignacio Gallego como futuro secretario general del PC/PCPE.

Finalmente, en 1984 acabaría celebrándose el congreso de unidad comunista. Un momento lleno de ilusión colectiva en el que se unirían las organizaciones de la tercera ola con los restos de la primera y segunda para crear un nuevo partido comunista. En una clara declaración de intenciones fue denominado «Partido Comunista» a secas. Su imagen pública guardaba un gran mimetismo con el PCE, del cual también reivindicaría su memoria orgánica. Una importante novedad, que supondría un cambio sustantivo con respecto al pasado, era que el partido nacía con el explícito reconocimiento de los países socialistas casi al completo, lo cual era un objetivo largamente ansiado. Además, contaba con una relativamente buena implantación, aunque en la práctica el PCC representaba casi la mitad de su militancia. Los primeros dos años del partido, que por un fallo judicial debió renombrarse PCPE, parecían ofrecer buenas perspectivas. La crisis del PCE continuaba muy activa y eso suponía la llegada constante de nuevos militantes. Además, el PCPE se encontraba participando en importantes batallas sindicales y movilizaciones pacifistas, lo que le generaba un cierto reconocimiento social. Sin embargo, una pronta sensación de aislamiento se extendió entre su dirección. Las previsiones, probablemente poco realistas, no se estaban cumpliendo y el PCE continuaba siendo un partido muy por encima del nuevo grupo ortodoxo. A esto había que sumar otro factor importante, nuevos aires soplaban en el Kremlin y los cambios se sucedían vertiginosamente. El PCUS de la Perestroika parecía considerar absurda la existencia de varios partidos comunistas en España y comenzó a presionar al nuevo partido. En esa coyuntura, el PCPE comenzó una arriesgada política de alianzas. Invisibilizado y marginado en el seno de IU, inició un proceso de unidad con el PCE poco claro. De hecho, los requisitos planteados por el partido para aceptar la unificación eran totalmente inasumibles para el partido de Gerardo Iglesias. Sin embargo, estos no parecían tomarse en serio sus condiciones y el proceso continuaba avanzando sin un rumbo claro. Poco más tarde la unificación se ralentizó con la destitución de Ignacio Gallego y la llegada a la secretaria general de Joan Ramos. Además, en esta coyuntura tuvo lugar otra cuestión de relevancia. El PCE y los partidos orientales presionaban cada vez más fuerte para que la unificación se realizase de forma inmediata, lo que motivó una dura ruptura con el referente soviético. Como consecuencia, el partido sufrió una importante crisis interna con el abandono de un importante sector de su militancia hacia el PCE. En esta complicada coyuntura, la situación del PCPE se agravó definitivamente con la desaparición de los países del socialismo real. Sobre todo, porque las graves consecuencias de esta crisis internacional no habían sido percibidas hasta sus últimas consecuencias, cuando ya era demasiado tarde. La desaparición de la Europa socialista fue la gota que colmó el vaso para esta corriente, que trataría

de sobrevivir los duros años noventa sin el importante referente colectivo que había sido la Unión Soviética.

Tras esta síntesis de las principales etapas por las que atravesó este fenómeno se hace necesario abordar algunas conclusiones transversales sobre las que es conveniente insistir. Como ya se ha explicado, a lo largo de la historia todo este movimiento ha destacado siempre la centralidad de la identidad como leitmotiv. Los sectores disidentes reelaboraron esa supuesta esencia primigenia desde los márgenes, tratando de reapropiarse de esta y, en todo caso, dotándola de nuevos significados. De esta manera, se construyó una «identidad de resistencia» que recorrió de forma transversal las tres olas, a despecho de su pluralidad interna y de la diversidad en cuanto al origen político y a las trayectorias de sus miembros. Otro elemento relevante para tratar de calcular sus dimensiones e impacto es saber cuántos pudieron llegar a ser. Aunque en el libro se ha trabajado con una metodología cualitativa, se hace necesario ofrecer algunas cifras provisionales partiendo de la base de que hoy en día no existen fuentes fiables que puedan arrojar cifras totales definitivas. No obstante, con los datos que manejo actualmente es bastante probable que la primera ola estuviera en una horquilla de entre 2.000 y 3.000 militantes. Por su parte, la segunda ola se mantendría cercana a los 1.000 militantes. Caso aparte es el de la tercera ola, donde se podría hablar de la existencia de unas cifras totales mucho más elevadas, con un margen de 12.000-20.000 militantes.

Ciertamente, la historia de los comunistas ortodoxos no se puede desligar de la crisis general del comunismo español. La existencia de esta corriente es una consecuencia directa. Este proceso, traumático para sus militantes, tuvo lugar a lo largo de varias décadas, aunque sufrió una rápida evolución durante la segunda mitad de los años setenta y principios de los ochenta. En primer lugar, se produjeron importantes cambios en sus perspectivas de ruptura con el Franquismo. De la imagen de una gran movilización popular que pondría fin a la dictadura se pasó al pragmatismo de la «ruptura pactada» o, para ser más exactos y evitar eufemismos, al triunfo de la «reforma». Posteriormente, la flexibilización de la política de alianzas del partido provocaría el abandono de elementos importantes en la cultura política del PCE. La irrupción del eurocomunismo construyó una imagen política sobre una serie de significantes

vacíos. Lejos de suponer un éxito, todo esto condujo al naufragio del comunismo español a finales de la Transición. La siguiente década conocería la mayor crisis del partido en toda su historia, relegándolo hasta convertirlo en una fuerza política marginal. A todo esto, había que sumar una incapacidad manifiesta para la gestión mínimamente transparente de las sucesivas crisis internas. No solo no existía permisividad frente a la existencia de posiciones ortodoxas dentro del partido, sino que se produjo su persecución. Este clima de tensiones internas favoreció la aparición de varias rupturas que se podrían haber solucionado de otra manera si hubiera existido un clima más respetuoso y democrático en el interior del partido.

En todo este proceso tuvo un papel crucial el abandono de la vieja cultura militante. La militancia ortodoxa se convirtió en un actor colectivo porque se definió positivamente a sí mismo y negativamente a sus adversarios, a partir de ciertos principios clásicos de la identidad comunista que consideran traicionados por la dirección oficial del PCE. Resultaba imposible llevar a cabo la acción disidente sin la construcción paralela de un «nosotros» generado o alimentado por la propia actividad del grupo, así como por la construcción de redes de solidaridad activa entre sus miembros. Sin embargo, también resulta importante avanzar algunas conclusiones respecto a su autopercepción. ¿Cómo se veían a sí mismos estos militantes? Aunque fueron etiquetados como «prosoviéticos», la mayoría no se veía a sí mismos como tales. Es más, consideraban que esa denominación tan solo pretendía lograr estigmatizarlos. Ellos consideraban que los verdaderos comunistas eran ellos que no habían cambiado y, por el contrario, eran sus adversarios eurocomunistas los que habían dejado de serlo. No cabe duda de que los componentes de esta corriente eran comunistas, pero su existencia paralela a la del PCE les confería unas características propias. Por eso, calificar esta corriente como simples comunistas sería excesivamente confuso y supondría ignorar las propias condiciones de su existencia. Por otra parte, el concepto de comunistas ortodoxos resulta mucho más adecuado a la hora de tratar de conceptualizar a este sujeto colectivo. Precisamente, si existió un punto común entre todas las olas, ese fue el de la defensa de la ortodoxia comunista.

La militancia aquí estudiada cumplió un papel digno y relevante a lo largo de estos años. No fueron simples nostálgicos a los cuales, como se ha dicho hasta la

saciedad, «se les había parado el reloj». Su incesante activismo se pudo observar en su contribución a las diferentes luchas políticas y sociales de la época, donde dejaron su huella. Esto se puede apreciar, por ejemplo, en las bases del movimiento obrero, donde contribuyeron a consolidar CC. OO. Muchos ortodoxos impulsaron huelgas, coordinaron asambleas y ostentaron cargos de responsabilidad en el sindicato. Además, también participaron activamente en movimiento de solidaridad internacional con países como Vietnam o Nicaragua. Otro importante frente de lucha en el que participaron fue el pacifista, donde trabajaron codo con codo con todo el movimiento social que pedía la salida de España de la OTAN. Asimismo, contribuyeron a fortalecer el tejido asociativo popular en barrios y ciudades, donde formaron parte activa del movimiento vecinal. Incluso, dentro del movimiento feminista, pese a su papel discreto, su contribución fue importante.

Otra cuestión significativa que abordar, y que no debería obviarse en ninguna conclusión sobre este sujeto de estudio, es la relacionada con el proceso de construcción de su cultura política. ¿Puede hablarse de una cultura política ortodoxa como tal o, por el contrario, se trató de una subcultura dentro de la cultura política comunista? Sin duda, estos interrogantes no pueden ser respondidos más que con una explicación que tenga en cuenta su complejidad interna. Durante las dos décadas analizadas en este libro, todos los grupos de los que hemos ido hablando desarrollaron los elementos que se presupone que forman parte de una cultura política, hasta convertirse en una corriente con entidad propia. Desde luego, poseían una visión del mundo y unos principios ideológicos determinados. Además, también llevaron a cabo prácticas rituales que les daban cohesión como grupo e, igualmente, construyeron una simbología que los identificaba. Y si bien es cierto que se pueden diferenciar varios rasgos específicos de esta corriente, en términos generales se trataba de una adaptación de la cultura política comunista tradicional. Obviamente, la reproducción de los mismos elementos en un entorno distinto raramente va a producir unos resultados exactamente iguales, ya que hay variables externas que condicionarán el proceso, como la propia existencia del PCE. Por lo tanto, se puede concluir que la cultura política comunista ortodoxa existió, sí, pero siempre como una subcultura de esa matriz que fue la cultura política comunista en su conjunto.

Sin embargo, pese a tener claro que se trataba de una subcultura comunista, se abren otros interrogantes vinculados, por ejemplo, con su relación con la denominada izquierda revolucionaria. ¿Llegaron los ortodoxos a formar parte del conglomerado de la izquierda radical o, por el contrario, deben de ser considerados estrictamente como un pedazo del PCE? Este tipo de cuestiones resultan clave para una adecuada demarcación del espacio político y cultural de esta corriente. Por una parte, resulta más o menos claro que el proyecto político ortodoxo no tenía, aparentemente, muchas diferencias con el proyecto clásico del PCE. Sin embargo, esta cuestión que a priori parece tan clara esconde algunos matices importantes. Para entender el grado de complejidad es necesario tener presente dos cuestiones. Por un lado, la existencia de un proceso de abandono por parte del PCE de varios elementos que previamente habían constituido pilares importantes de su identidad y, de forma paralela a ese alejamiento, su reivindicación por parte de los ortodoxos. Evidentemente, a medida que este proceso iba avanzando, las diferencias se fueron haciendo cada vez mayores. De esta manera, queda más o menos claro que su nexos con la identidad del PCE tenía un carácter contracultural, justo al contrario del devenir del rumbo del comunismo español. Sin embargo, esto por sí solo no aclararía la pregunta formulada. Una cosa es clara, y es que esta corriente no se identificaba globalmente como parte de la izquierda revolucionaria, a la cual consideraban infantil y peligrosa. No obstante, la realidad material en la cual se veían inmersos chocaba con esa visión idealista. Para empezar, toda su vida política estuvo marcada por la existencia del PCE. Esta situación, aunque solo fuera por comparativa, les confería una imagen más radical que la del partido eurocomunista. Además, existieron bastantes otros factores que unieron a los ortodoxos con la izquierda revolucionaria. Los comunistas ortodoxos desarrollaron importantes redes y conexiones con las organizaciones de la izquierda radical, con quienes compartían buena parte de sus críticas al PCE. Además, colaboraron en espacios de lucha, análisis políticos y referentes culturales. De tal manera que se puede concluir afirmativamente respecto a la pregunta formulada antes, sin duda, fueron miembros de la izquierda revolucionaria, de la que formaron una de las partes más singulares.

Otro punto que es ineludible verificar en estas conclusiones es el relacionado con su memoria colectiva. Esta corriente se esforzó en construir una narrativa del pasado en la cual se presentaban a sí mismos como un núcleo de resistencia frente a todos los desafueros de la dirección eurocomunista que habían

conducido irresolublemente a la destrucción del PCE. Lo que no se decía era que algunos de sus dirigentes habían sido fieles colaboradores de estas políticas ahora cuestionadas, y que en muchos casos su disidencia había sido un fenómeno tardío y vinculado a factores muy localizados. No obstante, los ortodoxos contribuyeron sobremanera a la construcción de un relato heroico de la trayectoria histórica del PCE. También destacaron por recuperar el componente más internacionalista de la memoria comunista, asociado a la URSS y la cultura bolchevique. Además, fue frecuente el uso de «lugares de memoria» particulares, asociados a episodios traumáticos que se vinculaban a su propia historia como corriente, por ejemplo, la crisis de Checoslovaquia. De la misma manera, se construyeron varios liderazgos carismáticos cuyo principal soporte se basaba en su historia militante dentro del partido matriz (Líster, Gallego, Satué, Román, etc.).

Sin embargo, cualquier conclusión estaría incompleta si no se abordase de forma específica el papel de la militancia. Durante décadas se ha construido una imagen muy deformada de las personas de carne y hueso que formaron parte de esta corriente. En su inmensa mayoría, los intentos de acercamiento al perfil de la militancia ortodoxa solían acabar de una manera muy estereotipada, siempre descritos como si fueran agentes del KGB y cosas similares. Estas narrativas han tendido a invisibilizar el papel de la militancia de base y de los cuadros intermedios. Por suerte, gracias a un enfoque historiográfico «desde abajo» se puede reivindicar su papel protagonista. Estos militantes tuvieron que enfrentarse a duros retos personales y políticos. En primer lugar, su disidencia chocó frontalmente con algunos de los principios de la cultura comunista, el primero de ellos el de la disciplina de partido. Además, la existencia de estas divergencias internas abocaba a muchos de estos militantes a una verdadera crisis de conciencia. Al final, serían las dinámicas de socialización militante las que permitieron que las olas ortodoxas lograran fructificar y fortalecerse. Difícilmente se hubiera podido extender el descontento sin la construcción de redes que permitieran la organización de esa disidencia. La confianza depositada en el prestigio de ciertos cuadros intermedios y líderes locales actuó como un aglutinante que lograría que más personas se unieran a esta causa. A esto había que sumar las estrechas conexiones existentes entre compañeros de célula, de centro de trabajo o de movimiento social. Unos vínculos que traspasaban lo meramente político para adentrarse en el terreno de lo personal.

Durante las dos décadas analizadas en este libro la militancia sufrió algunos cambios notables. Por ejemplo, resulta posible distinguir tres modelos de militancia forjados a lo largo de las olas: el «militante de resistencia», el «militante crítico» y el «militante híbrido». El primero de ellos continuaría reproduciendo una visión de la militancia vinculada al sacrificio, la disciplina y la clandestinidad. Un modelo clásico, que no había mostrado apenas evolución desde los años cuarenta. Este arquetipo se asociaba a los valores masculinos y era muy reacio a la influencia del feminismo. Se trataba de una militancia con gran peso de los veteranos, donde el obrerismo y el mito soviético destacaban especialmente. El segundo modelo estaba vinculado al nuevo influjo cultural de los años sesenta y setenta. La visión de la militancia era más flexible, aunque no por ello mermaría el compromiso. Este tipo de militancia provenía de nuevas generaciones de profesionales y estudiantes. Su nivel cultural era mayor y más heterodoxo. Su forma de entender el ocio y la sexualidad era mucho más abierta en comparación con la anterior. En este caso las mujeres tuvieron mayor protagonismo y la influencia de los valores feministas estuvo más presente. Por último, la militancia híbrida incorporaba elementos provenientes de los dos anteriores modelos. Por ejemplo, se mantuvo una prevalencia de valores asociados al obrerismo y a la memoria del PCE. Sin embargo, la influencia de los nuevos movimientos sociales, como el pacifismo, también fue importante. Las formas de socialización eran bastante más flexibles y el ocio se entendía de una forma más desenfadada. Además, la presencia de las mujeres fue poco a poco aumentando y su papel fue cada vez más valorado.

Una última conclusión, y no por ello menos importante, es la que tiene que ver con el alcance internacional y las dimensiones del fenómeno aquí estudiado. ¿Acaso se trató de un hecho exclusivo del comunismo español y sus peculiaridades? La respuesta es negativa, la disidencia ortodoxa obedecía a las transformaciones internacionales del movimiento comunista y, por tanto, se trataba de una disidencia transnacional. Su surgimiento estuvo directamente relacionado con la crisis del MCI existente entre 1968 y 1989. En ese contexto, no debe resultar extraño que dedicaran amplios esfuerzos a la búsqueda de reconocimiento por parte de la URSS y otros países socialistas. Su apoyo podía llegar a aportarles un importante refuerzo simbólico e incluso, en términos más prosaicos, una cierta cobertura económica.

Es evidente que el contexto mundial no resultaba especialmente propicio para este tipo de disidencias. Los cambios políticos y sociales que se produjeron en esas dos décadas no fueron precisamente favorables a la consolidación de un comunismo ortodoxo. A la crisis general de la izquierda europea se sumó entonces la del «socialismo real». Estas dos crisis tuvieron lugar de forma paralela a las importantes transformaciones sufridas en la clase obrera mundial. De tal manera que este fenómeno siempre se mantuvo «a contracorriente», lo que dificultó a la postre su propia supervivencia. En este sentido, el estudio de las dimensiones transnacionales de esta tendencia podría ser una de las líneas de investigación más fructíferas en los futuros estudios sobre el comunismo.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

FUENTES

Archivos

Archivo Documental Alejandro Molins

Archivo de Fuentes Orales para la Historia Social de Asturias

Archivo Histórico de Asturias

Archivo Histórico de Comisiones Obreras de Andalucía

Archivo Estatal Ruso de Historia Contemporánea

Archivo Histórico del PCE

Archivo Histórico de la Universidad de Oviedo

Archivo Personal de Alberto Hevia

Archivo Personal de Ángel Rendueles

Archivo Personal de Arturo Borges

Archivo Personal de Eduardo García López

Archivo Personal de José Manuel Álvarez Pravia

Archivo Personal de Manuel Calderón

Archivo Personal de Rafael Velasco

Archivo Personal de Rubén Díaz

Archivo Personal de Tino Brugos

Archivo Tiempos de Lucha y Esperanza

Arxiu Històric de la CONC

Arxiu Històric de la Fundació Revolució Democràtica

Biblioteca Nacional de Portugal

Biblioteca Pública Ramón Pérez de Ayala

Biblioteca de la Universidad de Cambridge

British Library (UK)

Marx Memorial Library (UK)

Stiftung Archiv der Parteien und Massenorganisationen der DDR (Alemania)

Working Class Movement Library (UK)

Hemerotecas y archivos digitales

Archivo de la Agencia Central de Inteligencia (CIA):

<<https://www.cia.gov/library>>

Archivo de la Transición española Juan J. Linz:

<<http://www.march.es/ceacs/proyectos/linz/>>

Dipòsit digital de documents de la UAB:< <http://ddd.uab.cat/>>

Portal de la Prensa Histórica: <<http://prensahistorica.mcu.es/>>

Hemeroteca de El Comercio: <<http://hemeroteca.elcomercio.es/>>

Hemeroteca Municipal de Gijón: <<https://hemeroteca.gijon.es/>>

International History Declassified Digital Archive del Wilson Center:

<<https://digitalarchive.wilsoncenter.org/>> Wikileaks: <<https://wikileaks.org/>>

International History Declassified Digital Archive:

<<https://digitalarchive.wilsoncenter.org/>>

The National Security Archive (USA): <<https://nsarchive.gwu.edu/>>

Personas entrevistadas

Álvarez, José Manuel, Pravia, Oviedo, 27 de febrero de 2018, PCE, OPI, PCTA, PCEU, PCPE

Azcano, Xosé Nel, Gijón, 18 de mayo de 2015, PCE, OCE (BR), PRUC, MRUPC, PCPE

Boix, Quim, Cabrera de Mar, 19 de marzo de 2019, PSUC, PCC, PCPE

Borges, Arturo, telefónica, 20 de enero de 2020, PCE, CC. CC., PCPE

Cabo, Luis, telefónica, 5 de marzo de 2020, JSU, PCE, MRPCE, PCPE

Calderón, Manuel, Nerja, 13 de diciembre de 2017, PCOE

Cañizares, Francisco, telefónica, 14 de mayo de 2018, PCE (VIII-IX Congresos), PCPE

Carmona, Xosé Lluís, Gijón, 28 de enero de 2014, Comuña Socialista, CNA

Cohen, Arón, Granada, 12 de diciembre de 2017, PCE, CC. CC., PCPE

Cueto, Celestino, Gijón, 2 de junio de 2015, PCE, PCPE

de la Roz, Juanjo, Avilés, 18 de diciembre de 2018, PCTA, PCEU, PRUC, MRUPC, PCPE

Delgado, Carlos, Gijón, 13 de enero de 2019, PCE, OPI, PCT, PCEU, PRUC, MRUPC

Díaz Cueto, Rubén, Gijón, 10 de marzo de 2014, PCE (VIII-IX Congresos), PRUC, MRUPC, PCPE

Domínguez, Monserrat, Valldoreix, 21 de marzo de 2019, PSUC, PCC, PCPE

Falcón, Lidia, Gijón, 10 de octubre de 2013, PSUC, PCE (VIII Congreso)

Fernández, Alejandro, Gijón, 16 y 17 de enero de 2017, PCOE

Freire Nunes, Albano, Lisboa, 26 de abril de 2018, PCP

Gálvez, José, Gijón, 13 de julio de 2018, PCE, OPI, PCT, PCEU, PRUC, PCC

García Melendo, Eduardo, Madrid, 20 de junio de 2017, PCE (VIII-IX Congreso), PCEU, PCPE

García, Carmen, Oviedo, 20 de julio de 2018, PCE, OPI, PCTA

Garrido Romero, María Jesús, Chus, Chiclana, 16 de octubre de 2017, OPI, PCT, PRUC, MRUPC, PCPE

Góngora, Manuel, Sevilla, 11 de diciembre de 2017, PCE, PCOE

Guerrero, Miguel, Barcelona, 20 de marzo de 2019, PSUC, PCC, PCPE

Hevia, Alberto, Gijón, 20 de mayo de 2015, 26 de febrero de 2018, PCE, CC. CC., PCPE

Huerta, Andrés, Gijón, 1 de junio de 2015, PCE, PCT, PCEU, PRUC, MRUPC, PCPE

Huerta, Mario, Gijón, 4 de junio de 2015, PCE, Grupo de Comunistas Independientes de Asturias, PCE (VIII-IX Congreso), PCPE

Irazabal, Julio, Oviedo, 13 de enero de 2019, PCTA, PCEU, PRUC, MRPUPC

Liñán, Francisco, Barcelona, 20 de marzo de 2019, PSUC, PCC, PCPE

Lopes, Domingos, Lisboa, 16 de abril de 2018, PCP

Maravall, Héctor, telefónica, 15 de enero de 2020, FLP, PCE (i), PCE, OPI, PTE-UC

Martínez, Àngels, Castelldefels, 21 de marzo de 2019, PSUC, PCC, PCPE

Maurín, Manuel, Oviedo, 17 de diciembre de 2018, OPI, PCTA, PCEU, PRUC, MRUPC, PCPE

Mena, Alfonso, Nerja, 13 de diciembre de 2017, PCE, PCOE

O'Donell, Hugo, Oviedo, 31 de enero de 2019, PCE, OPI, PCTA, MCA

Pere, Marià, Barcelona, 20 de marzo de 2019, PSUC, PCC, PCPE

Ramos Sánchez, Josu, Chiclana, 16 de octubre de 2017, OPI, EK, PCT, PCEU, PRUC, MRUPC, PCPE

Rendueles, Àngel, Gijón-Oviedo, 23 de febrero de 2019, OPI, PCTA, PCEU, PRUC, MRUPC, PCPE

Rodríguez Terente, Vicente, Gijón, 11 de marzo de 2014, UJCE, PCE (VIII-IX

Congresos), PRUC, MRUPC

Ruíz, Araceli, Gijón, 6 de septiembre de 2016, PCE

Sánchez, Celestino, Barcelona, 19 de marzo de 2019, PSUC, PCC, PCPE

Sanjurjo, Pedro, Pieycha, Gijón, 15 de mayo de 2015, PCE, PCE (VIII-IX Congreso)

Sorel, Andrés, Gijón, 5 de mayo de 2016, PCE

Tafalla, Joan, Gijón, 1 de julio de 2018, PSUC, PCC, PCPE

Torres, Juan, Sevilla, 18 de diciembre de 2017, OPI, PCT, PCEU, PRUC, MRUPC

Velasco, Rafael, Gijón, 20 de mayo de 2017, CJC, PCPE

Zapico Arguelles, Faustino, Oviedo, 20 de mayo de 2010, JSU, PCE, PCE (VIII-IX Congresos), PCEU, PCPE

BIBLIOGRAFÍA

ABAD GARCÍA, Eduardo: «Entre el internacionalismo proletario y la disciplina de partido. Los comunistas asturianos ante la crisis de Checoslovaquia», *Historia del Presente* 30, 2017, pp. 155-169.

— «Ortodoxos, disidentes y revolucionarios. El proyecto político de los comunistas españoles fieles al campo socialista (1968-1980)», en Teresa M.^a Ortega López, Eloísa Baena Luque (dirs.) y Francisco Cobo Romero, Miguel Ángel Arco Blanco, Nuria Felez Castañé, Claudio Hernández Burgos, Pablo López Chaves, Gloria Ruiz Román y Juan Antonio Santana González (eds.): *Actas del IX Encuentro Internacional de Investigadores del Franquismo. 80 años de la guerra civil española*, Sevilla, Fundación de Estudios Sindicales y Cooperación de Andalucía, 2017, pp. 1-17.

— «Contra el aventurerismo de izquierda, contra la claudicación de derecha. Las relaciones de los comunistas ortodoxos con el resto de la Izquierda Revolucionaria en la Transición», en Fundación Salvador Seguí-Madrid (coord.): *Las otras protagonistas de la Transición. Izquierda radical y movilizaciones sociales*, Madrid, 2018, pp. 1011-1024.

— «Una ortodoxia transnacional. Notas sobre la historia cruzada entre el PCP y los leninistas españoles», en Ana Sofía Ferreira y Joao Madeira (coords.): *As esquerdas radicais ibéricas entre a ditadura e a democracia. Percursos cruzados*, Lisboa, Colibrí, 2019, pp. 129-144.

ABAD GARCÍA, Eduardo: «El otoño de Praga. Checoslovaquia y la disidencia ortodoxa en el comunismo español (1968-1989)», *Historia Contemporánea* 61, 2019, pp. 971-1003, en línea: <<https://doi.org/10.1387/hc.19542>>.

ABAD GARCÍA, Eduardo: «Viento del este. La URSS en la cultura militante de los comunistas españoles (1917-1968)», Hispania Nova 19, 2021, pp. 196-228.

AMBOU, Juan: Los comunistas en la resistencia nacional republicana. La guerra en Asturias, el País Vasco y Santander, Madrid, Silente Memoria Histórica, 2010.

ANDRADE bLANCO, Juan: El PCE y el PSOE en (la) Transición. Cambio político y evolución ideológica. Tesis doctoral, Universidad de Extremadura, 2009.

— «Con su propia voz. Los militantes de base ante el cambio ideológico del PCE y el PSOE en la etapa central de la transición española», Historia social 73, 2012, pp. 123-143.

— El PCE y el PSOE en (la) Transición: la evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político, Madrid, Siglo XXI, 2012.

ANGUITA, Julio y Juan aNDRADE: Atraco a la memoria, Madrid, Akal, 2015.

ARDIACA, Pere: La fundació del P.S.U de Catalunya. Selecció de textos, Edicions Avant, Barcelona, 1986.

ARRIERO RANZ, Francisco: El movimiento Democrático de Mujeres: De la lucha contra Franco al feminismo (1965-1985), Madrid, La Catarata, 2016.

AYALA, Julián: «El movimiento estudiantil en La Laguna: de las postrimerías del franquismo a la Constitución de 1978», en línea: <<http://www.lacasademitia.es/articulo/firmas/movimiento-estudiantil-l-la-guna-postrimerias-franquismo-constitucion-1978-julian-ayala-arms/20181021062206086004.html>>.

AZCÁRATE, Manuel: Crisis del eurocomunismo, Barcelona, Ed. Argos Vergara, 1982.

BABIANO, José y Leopoldo MOSCOSO: «Los conflictos sociales en fase depresiva ante la adopción de política de ajuste: el caso español», Zona abierta 56, 1991, pp. 120-173.

BOX, Zira: «La tesis de la religión política y sus críticos: aproximación a un debate actual», Ayer 62, 2006, pp. 195-230.

BRACKE, Maud Anne: Which Socialism, Which Détente? West European Communism and the Czechoslovak Crisis of 1968, Budapest, CEU Press, 2007.

— «1968», en Stephen A. Smith: The Oxford Handbook of the History of Communism, Oxford, Oxford University Press, 2014, pp. 156-170.

BRUGOS, Valentín: «La izquierda revolucionaria en Asturias: Los diferentes intentos de construcción de un proyecto alternativo al PCE», en Francisco Erice (coord.): Los comunistas en Asturias 1920-1982, Oviedo, Trea, 1996.

BURKE, Peter: Formas de historia cultural, Madrid, Alianza, 2000.

CALHOU, Craig (ed.): Social Theory and the Politics of Identity, Oxford/Cambridge, MA, Blackvell, 1994.

CARRILLO, Santiago: Después de Franco ¿Qué?, París, Editions Sociales, 1965.

— Nuevos enfoques a los problemas de hoy, París, Editions Sociales, 1967.

— De la clandestinidad a la legalidad, Madrid, PCE, 1976.

CASTELLS, Manuel: La Era de la información: economía, sociedad y cultura. El poder de la identidad, vol. 2, México, Siglo XXI, 1999.

CAUSSA, Martí y Ricard MARTÍNEZ I MUNTADA (eds.): Historia de la Liga Comunista Revolucionaria (1970-1991), Madrid, La Oveja Roja, 2010.

CLAUDÍN, Fernando y Jorge SEMPRÚN: Documentos de una divergencia comunista, Barcelona, El Viejo Topo, 1978.

COURTOIS, Stéphane: El libro negro del comunismo: crímenes, terror y represión, Madrid, Ediciones B, 2005.

CUCÓ I GINER, Josepa: «La izquierda revolucionaria y la Transición. Dinámicas y procesos», *Debats* 132(1), 2018, pp. 13-24.

CUNHAL, Álvaro: *Un partido con paredes de cristal*, Madrid, Editorial Agitación, 2013.

DÁMASO, Ángel: «Nacionalismo canario de izquierdas: La efímera Unión del Pueblo Canario», *El futuro del Pasado* 6, pp. 281-317. DOI: 10.14516/fdp.2015.006.001.012

DE DIEGO ROMERO, Javier: «El concepto de «cultura política» en ciencia política y sus implicaciones para la historia», *Ayer* 61, 2006, pp. 233-266.

DELLA PORTA, Donatella y Mario GIANI: *Los movimientos sociales*, Madrid, CIS, 2011.

DELLA PORTA, Donatella: «Las motivaciones individuales en las organizaciones políticas clandestinas», en Benjamín Tejerina Montaña y Pedro Ibarra Guell (eds.): *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*, Madrid, Trotta, 1998, pp. 219-242.

DÉNIZ, Francisco A.: *La protesta estudiantil. Estudio sociológico e histórico de su evolución en Canarias*, Madrid, Talasa, 1999.

DÍAZ ALONSO, Diego: *Disputar las banderas. Los comunistas, España y las cuestiones nacionales (1921-1982)*, Gijón, Trea, 2019.

DOMÈNECH, Xavier: «El partits dels moviments, tres moments d'una relació», en Giaime Pala (coord.): El PSUC de Catalunya, 70 anys de lluita pel socialisme, Barcelona, ACIM, 2008, pp. 207-243.

DOMÍNGUEZ PRATS, Pilar y Agustín MILLARES cANTERO: «La cuestión nacional entre los comunistas grancanarios (1959-1971)», en Manuel Bueno Lluch, José Hinojosa Durán y Carmen García (coords.): Historia del PCE: I Congreso, 1920-1977, vol. 2, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 2007, pp. 156-166.

DONOFRIO, Andrea: El fracaso del eurocomunismo: razones y reflexiones sobre el giro del movimiento comunista en occidente (1975-1982). Tesis doctoral, UCM, 2012.

DRURY, John y Steve REICHER: «Collective Action and Psychological Change», British Journal of Social Psychology 39, 2000, pp. 579-604. DOI: 10.1348/014466600164642

DUBČEK, Alexander: La vía Checoeslovaca al socialismo, Barcelona, Ariel, 1968.

ERICE SEBARES, Francisco: «El “orgullo” de ser comunista. Imagen, autopercepción, memoria e identidad colectiva de los comunistas españoles», en Manuel Bueno, y Sergio Gálvez (eds.): Nosotros los comunistas: memoria, identidad e historia social, Fundación de Investigaciones Marxistas, 2009, pp. 139-183.

ERICE SEBARES, Francisco: «Santiago Carrillo y el partido del antifranquismo (1955-1975)», Historia del presente 24, 2014, pp. 43-58.

ERICE SEBARES, Francisco: «El Partido Comunista de España, el giro de 1956 y la lectura selectiva del XX Congreso», Nuestra Historia 2, 2016, pp. 66-88.

ERICE SEBARES, Francisco: «El impacto de la Revolución rusa en el movimiento obrero español: el surgimiento del PCE», en Juan Andrade y Fernando Hernández Sánchez: 1917. La Revolución rusa cien años después, Madrid, Akal, 2017, pp. 331-358.

ERICE SEBARES, Francisco: Militancia clandestina y represión. La dictadura franquista contra la subversión comunista (1956-1963), Gijón, Trea, 2017.

FABREGAT, Amadeu: Partits polítics al País Valencià 2, València, Eliseu Climent, 1977.

FALCÓN, Lidia: Memorias políticas (1959-1999), Madrid, Vindicación Feminista, 2003.

FERNÁNDEZ ANIA, Juan: La lucha por la democracia en Oviedo, Oviedo, Autoedición, 1993.

FERRERO BLANCO, María Dolores: «La “primavera de Praga” ¿Reforma o revolución?», en Carlos Flores: Estudios sobre la Europa Oriental, Valencia, Publicacions de la Universitat de Valencia, 2002, pp. 249-268.

FUENTES, Carlos: Los últimos de Cuba, Tenerife, Eds. Idea, 2008.

FURET, François: El pasado de una ilusión: ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX, Madrid, EFE, 1995.

GALINDO, Miguel: Reflexiones de un comunista, Zaragoza, Diputación de Zaragoza, 2008.

GARCÍA SALVE, Francisco y Fidel ALONSO PLAZA: Dos voces de clase obrera, Madrid, Grafiper, 1979.

— Por qué somos comunistas, Madrid, Penthalon ediciones, 1981.

GARÍ, Domingo: Historia del nacionalismo canario, Las Palmas de Gran Canaria / Santa Cruz de Tenerife, Benchomo, 1992.

— «Canarias: nacionalistas y comunistas contra la dictadura franquista (1959-1963). La visión de los protagonistas», Historia Actual Online 33, 2014, pp. 35-48.

GINARD, David: «La investigación histórica sobre el PCE desde sus inicios a la normalización historiográfica», en Manuel Bueno Lluch, José Hinojosa, y Carmen García (coords.): Historia del PCE: I Congreso, 1920-1977, vol. 1, Oviedo, Fundación de Investigaciones Marxistas, 2007, pp. 19-48.

— Aurora Picornell. Feminismo, comunismo y memoria republicana en el siglo XX, Granada, Comares, 2018.

GONZÁLEZ MARTÍN, Rodrigo: «Por unos ayuntamientos nuevos y democrática. Las elecciones municipales de 1979 en el medio rural vallisoletano», en Carlos Navajas y Diego Iturriaga (eds.): España en democracia. Actas del IV Congreso Internacional de Historia de Nuestro Tiempo, Logroño, Universidad de la Rioja, 2014, pp. 191-208.

GORDON, Carlos: Prensa política y sindical en Asturias durante la transición. Tesina, Universidad de Oviedo, 2001.

HERMET, Guy: Los comunistas de España, París, Ruedo Ibérico, 1972.

HERNÁNDEZ RABIONET, Luis: La prensa clandestina en Canarias en el tardofranquismo. Trabajo fin de grado, Universidad de la Laguna, 2016.

HERNÁNDEZ SÁNCHEZ, Fernando: Los años de plomo. La reconstrucción del PCE bajo el primer franquismo (1939-1953), Barcelona, Crítica, 2015.

HOBBSAWM, Eric J.: Historia del siglo XX, Barcelona, Crítica, 1995.

HOWARD, Judith. A.: «Social Psychology of Identities», *Annual Review of Sociology* 26, 2000, pp. 367-393. DOI: <https://doi.org/10.1146/annurev.soc.26.1.367>

HOWIE, Gilliam: *Between Feminism and Materialism. A Question of Method*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2010.

JAÚREGUI, Fernando y Pedro VEGA: *Crónica del antifranquismo (2). 1963-1970: el nacimiento de una nueva clase política*, Barcelona, Argos Vergara, 1984.

LAIZ, Consuelo: *La lucha final. Los partidos de la izquierda radical durante la transición española*, Madrid, Libros de la Catarata, 1995.

LEGATES, Marlene: *Making Waves: A History of Feminism in Western Society*, Toronto, Copp Clark/Addison Wesley, 1996.

LENIN, Vladimir I.: *Obras Completas*, vol. 41, Moscú, Editorial Progreso, 1963.

LÍSTER FORJÁN, Enrique: *¡Basta! Una aportación a la lucha por la recuperación del partido*, Madrid, G. del Toro Editor Editorial, 1978.

— *Así destruyó Carrillo el PCE*, Madrid, Planeta, 1983.

LÍSTER LÓPEZ, Enrique: *Praga, agosto 1968. Páginas de un diario personal*, Guadalajara, Silente Ediciones, 2008.

LÓPEZ RAIMUNDO, Gregorio y Antoni GUTIÉRREZ DÍAZ: El PSUC y el eurocomunismo, Barcelona, Grijalbo, 1981.

LUKÁCS, Georg: Historia y consciencia de clase, Barcelona, Orbis, 1985.

MADEIRA, Joao: «O PCP e o movimento comunista internacional», Janus: Anuário de Relações Internacionais, OBSERVARE, Universidade Autónoma de Lisboa, 2000.

MAIER, Hans: «Political religion: A concept and its limitations», Totalitarian Movements and Political Religions (8)1, 2007, pp. 5-16. DOI: 10.1080/14690760601121614

MANZANERO MARÍN, José: Páginas para la Historia. Sobre la paz y el socialismo, Santander, Fernando Torres, 1983.

MARCOU, Lilly: El movimiento comunista internacional desde 1945, Barcelona, Siglo XXI, 1981.

MARÍN ESTRADA, Pablo Antón: Mientras cai la nueche, Oviedo, Trabe, 2010.

MARTIN, William G.: «Conclusion: World Movement Waves and World Transformations», en William G. Martin (coord.): Making waves. Worldwide Social Movements, 1750-2005, Colorado, Paradigm Publishers, 2008, pp. 168-174.

MAYAYO, Andreu: «Militantes: las señales luminosas de la organización», en VV. AA.: Nuestra utopía. PSUC cincuenta años de historia de Cataluña, Barcelona, Planeta, 1986, pp. 9-21.

MAYO, Antonio: Algunos otros Alias de la Militancia Roja (memorias), Memorial Democrático Trabajadores de SEAT, Barcelona, 2009.

MELUCCI, Alberto: L'Invezione del Presente. Movimenti, Identità, Bisogni Individuali, Bolonia, Il Mulino, 1982.

— Challenging codes, Cambridge / Nueva York, Cambridge University Press, 1996.

MEROÑO, Pere: «Román». L'home que va organitzar el PSUC, Barcelona, Fundació Pere Ardiaca, 2005.

MILLARES, Sergio: Fernando Sagaseta. La vida de un luchador irremediable, Las Palmas, Centro de Cultura Popular, 1994.

MOLINERO, Carme y Pere ySÀS: «El Partido del antifranquismo (1956-1977)», en Manuel Bueno, José Hinojosa y Carmen García (coords.): Historia del PCE. I congreso, 1920-1977, vol. 1, Oviedo, Fundación de Investigaciones Marxistas, 2007, pp. 13-32.

— De la hegemonía a la autodestrucción. El Partido Comunista de España (1956-1982), Barcelona, Crítica, 2017.

MORÁN, Gregorio: Miseria y grandeza del PCE (1939-1985), Barcelona, Planeta, 1986.

MORENO SÁEZ, Francisco: «Escisiones prosoviéticas del PCE (Partido Comunista de los Trabajadores-Partido Comunista de España Unificado, Partido Comunista Obrero Español y Coordinadora de Unidad Comunista)», en Partidos, sindicatos y organizaciones ciudadanas en la provincia de Alicante durante la transición (1974-1982), en línea:
<<https://archivodemocracia.ua.es/es/documentos/publicaciones/la-transicionen-alicante/25-partido-comunista-de-los-trabajadores-partido-comunista-de-espana-unificado.pdf>>.

— El Partido Comunista en la provincia de Alicante, Alicante, Librería Compas, 2011.

NÉSTOR GARCÍA, Lázaro: «Las publicaciones periódicas de la oposición al Franquismo en Canarias (1959-1975). Una primera aproximación», em VV. AA.: XX Coloquio Historia canario – americana, LPGC, Cabildo de Gran Canaria, 2012, pp. 1191-1200.

NORA, Pierre: «L'événement monstre», Communications 18, 1972, pp. 162-172.

— «Le retour de l'événement», en Jacques Le Goff y Pierre Nora (dirs.): Faire del'histoire 1, París, Gallimard, 1974, pp. 210-228.

NORA, Pierre: «La aventura de Les lieux de memorie», *Ayer* 32, 1998, pp. 17-34.

OFFEN, Karen: *European Feminism 1700-1950. A Political History*, Stanford, Stanford University Press, 2000.

PACHECO PEREIRA, José: «O PCUS e os “partidos paralelos”. O caso español», *Estudos sobre o comunismo* 7 (especial), enero de 1986.

PALA, Giaime y Tommaso NENCIONI (eds.): *El inicio del fin del mito soviético*, Madrid, El Viejo Topo, 2008.

— «La nueva orientación de 1968. El PCE-PSUC ante la primavera de Praga», en Giaime Pala y Tommaso Nencioni (eds.): *El inicio del fin del mito soviético*, Madrid, El Viejo Topo, 2008, pp. 139-201.

PALA, Giaime: «El PSUC hacia dentro. La estructura del partido, los militantes y el significado de la política (1970-1981)», en Giaime Pala (ed.): *El PSU de Catalunya. 70 anys de lluita pel socialisme. Materials per a la historia*, Vilassar de Dalt, Associació Catalana d'Investigacions Marxistes / Ediciones de Intervención Cultural, 2008, pp. 183-206.

— «Madrid-Barcelona-Roma-Moscú. El PCE, l'eurocomunisme i la crisi del PSUC (1968-1978)», *Recerques, Historia, economia i cultura* 60, 2011, pp. 151-177.

— «El militante total. Identidad, trabajo y moral de los comunistas catalanes bajo el franquismo», *Cahiers de civilisation espagnole contemporaine* 10, 2013. DOI: 10.4000/ccec.4642

— «El partido y la ciudad. Modelos de organización y militancia del PSUC clandestino (1963-1975)», *Historia contemporánea* 50, 2015, pp. 195-222.

— *Cultura clandestina. Los intelectuales en el PSUC bajo el franquismo*, Granada, Comares, 2016.

PEÑA GONZÁLEZ, Víctor: «Los partidos prosoviéticos ante la Transición. El ejemplo de la OPI-PCT», en Fundación Salvador Seguí-Madrid (coord.): *Las otras protagonistas de la Transición. Izquierda radical y movilizaciones sociales*, Madrid, FSS Ediciones, 2018, pp. 1013-1032.

— «“¡Por la República Democrática!” Los prosoviéticos españoles en la Transición española», en Ana Sofía Ferreira y Joao Madeira (coords.): *As esquerdas radicais ibéricas entre a ditadura e a democracia. Percursos cruzados*, Lisboa, Colibrí, 2019, pp. 65-78.

PEÑA GONZÁLEZ, Víctor: «El movimiento de Células Comunistas y la recuperación del Partido Comunista, 1974-1984», *Investigaciones Históricas* 40, 2020, pp. 733-762.

PÉREZ SERRANO, Julio: «Orto y ocaso de la izquierda revolucionaria en España (1959-1994)», en Rafael Quirosa-Cheyrouze (coord.): *Los partidos en la Transición: las organizaciones políticas en la construcción de la democracia española*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2013, pp. 249-289.

— «Estrategias de la izquierda radical en el segundo franquismo y la Transición (1956-1982)», en Marie-Claude Chaput y Julio Pérez Serrano (eds.): La transición española. Nuevos enfoques para un viejo debate, Madrid, Biblioteca Nueva, 2015, pp. 95-125.

— «Los proyectos revolucionarios en la Transición española: cuestiones teóricas e historiografía», en Zoraida Carandell, Julio Pérez Serrano, Mercè Pujol y Allison Taillot (dirs.): La construcción de la democracia en España (1868-2014). Espacios, representaciones, agentes y proyectos, París, Presses universitaires de Paris Nanterre, 2019, pp. 567-589.

PINILLA GARCÍA, Alfonso: La legalización del PCE, Madrid, Alianza, 2017.

PORTELA GONDAR, José Leopoldo: Memorias de José Leopoldo Portela Gondar, A Coruña, Hércules ediciones, 2007.

PRIESTLAND, David: Bandera roja: historia política y cultural del Comunismo, Barcelona, Crítica, 2010.

PUIGSECH FARRÀS, Josep y Giaime PALA (eds.): Les mans del PSUC. Militància, Barcelona, Memorial Democràtic de la Generalitat de Catalunya, 2017.

ROCA, José Manuel: «La izquierda comunista revolucionaria en España (1964-1992)», Leviatán: Revista de hechos e ideas 51-52, 1993, pp. 89-118.

RUEDA LAFFOND, José Carlos: «¿Un pasado que no cesa?: Discurso patrimonial y memoria pública comunista en el franquismo y la transición española», *Revista de estudios sociales* 47, 2013, pp. 12-24. DOI: 10.7440/res47.2013.01

— «Escritura de la historia en televisión: la representación del Partido Comunista de España (1975-2011)», *Historia Crítica* 50, 2013, pp. 133-156.

— «Perder el miedo, romper el mito: reflexión mediática y representación del Partido Comunista entre el Franquismo y la Transición», *Hispania: Revista española de historia* 251, 2015, pp. 833-862.

— «El PCE y el uso público de la historia (1956-1978)», *Ayer* 101, 2016, pp. 241-265.

RUEDA LAFFOND, José Carlos: «Fábricas de comunistas: escuelas de partido y estrategias orgánicas en los años treinta», *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales* 40, 2018, pp. 263-297.

RUEDA LAFFOND, José Carlos: «Autorretratos en rojo: explorando la autobiografía comunista», *Journal of Spanish Cultural Studies* 4, 2018, pp. 407-426. DOI: 10.1080/14636204.2018.1524984

— *Memoria Roja: Una historia cultural de la memoria comunista en España, 1936-1977*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2018.

RUIZ, Fernando y Joaquín ROMERO: Los partidos marxistas. Sus dirigentes. Sus programas, Barcelona, Anagrama, 1976.

SALVADORI, Massimo L.: L'utopia caduta. Storia del pensiero comunista da Lenin a Gorbaciov, Roma / Bari, Laterza, 1992.

SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, Jesús: Teoría y práctica democrática en el PCE 1956-1982, tesis doctoral, UNED, 2001.

SANDOVAL, José: Una larga caminata. Memorias de un viejo comunista, Brenes, Muñoz Moya Editores Extremeños, 2006.

SANJURJO, Pedro: Memorias de Pedro Sanjurjo García «Pieycha». De la lucha antifranquista al arte, Gijón, FAMYR, 2015.

SANZ DÍAZ, Benito: «La radicalización del movimiento universitario, 1968-1975. La proliferación de partidos políticos», en Benito Sanz Díaz y Ramón I. Rodríguez Bello: Memoria del Antifranquismo. 1939-1975, Valencia, Universitat de Valencia, 1999, pp. 276-345.

— Rojos y demócratas: la oposición al franquismo en la Universidad de Valencia. 1939-1975, Albatros, CCOO-PV, 2002.

SATRÚSTEGUI, Joaquín (dir.): Cuando la transición se hizo posible. El «contubernio de Munich, Madrid, Tecnos, 1993.

SERRADELL ROMÁN, Josep (ed.): Clandestinos. Una historia que no se borrará, Barcelona, Avant, 1995.

SERRADELL ROMÁN, Josep: Salida a la superficie, Barcelona, PCC, 1998.

SERVICE, Robert: Camaradas. Breve historia del comunismo, Barcelona, Ediciones B, 2009.

SHORTER, Edward y Charles TILLY: Strikes in France 1830-1968, Nueva York, Cambridge University Press, 1976.

SOCORRO, Pablo: «El papel de la izquierda revolucionaria en la vertebración del movimiento anti-OTAN en el Estado español», Historia del presente 29, 2017, pp. 137-150.

TAFALLA, Joan: «Les conseqüències de la transició en el PSUC», en Giaime Pala y Josep Puigsech Farràs (dirs.): Les mans del PSUC: militancia, Barcelona, Memorial Democràtic, 2017, pp. 258-278.

TARROW, Sidney: Power in Movement. Social Movements and Contentious Politics, Nueva York, Cambridge University Press, 1998, pp. 141-160.

THOMPSON, Edward P.: La formación de la clase obrera en Inglaterra, Madrid, Capitán Swing, 2012.

THOREZ-VERMEERSCH, Jeannette: Vers quels lendemains?: De l'internationalisme à l'eurocommunisme, París, Hachette littérature, 1979.

TREGLIA, Emanuele: «La elección de la vía nacional. La Primavera de Praga y la evolución política del PCE», Historia del Presente 16, 2010, pp. 83-96.

— «Un partido en busca de identidad. La difícil trayectoria del eurocomunismo español», Historia del presente 18, 2011, pp. 25-41.

— «El PCE y el movimiento comunista internacional (1969-1977)», Cuadernos de Historia Contemporánea 37, 2015, pp. 225-255. DOI: 10.5209/rev_CHCO.2015.v37.50993

— «La última batalla de la transición, la primera de la democracia. La oposición a la OTAN y las transformaciones del PCE (1981-1986)», Ayer 103, 2016, pp. 71-96.

— «La Revolución de Octubre y su devenir histórico en el discurso del PCE: de la desestalinización a la Perestroika», Nuestra Historia 4, 2017, pp. 107-122.

TUÑÓN DE LARA, Manuel: Metodología de la historia social de España, Madrid, Siglo XXI, 1977.

TUYA, Carlos: Aspectos fundamentales de la revolución española, Madrid, PCT, 1977.

— La función histórica del Estado y la democracia, Madrid, Anagrama, 1980.

VÁZQUEZ, Juan Carlos: «De demonios a chingamuceros. Representación del PGT-PC en Guatemala», *Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos* 62, 2016, pp. 163-93.

VEGA, Pedro y Peru ERROTETA: *Los herejes del PCE*, Barcelona, Planeta, 1982.

VEGA, Rubén y Carlos GORDON: *Juan Muñiz Zapico 'Juanín'*, Oviedo, KRK, 2007.

VEGA, Rubén: *CC. OO. de Asturias en la transición y la democracia*, Oviedo, Graf. Careaga, 1995.

— «El PCE asturiano en el tardofranquismo y la transición», en Francisco Erice Sebares (coord.): *Los comunistas en Asturias 1920-1982*, Oviedo, Trea, 1996.

VEGA, Rubén: «El antifranquismo asturiano entre el final de la dictadura y el cambio de régimen», en Rubén Vega (coord.): *El movimiento obrero en Asturias durante el franquismo 1937-1977*, Oviedo, KRK, 2013, pp. 453-478.

VERA JIMÉNEZ, Fernando: «La diáspora comunista en España», *Historia Actual Online* 20, 2009, pp. 35-48.

VV. AA.: La lucha por la ruptura democrática en la Transición, Madrid, Asociación por la memoria histórica del Partido del Trabajo de España y La Joven Guardia Roja, 2010.

WALLERSTEIN, Immanuel: «Foreword», en William G. Martin (coord.): Making waves. Worldwide Social Movements, 1750-2005, Colorado, Paradigm Publishers, 2008, p. vii.

WELCH, Stephen: The Concept of Political Culture, Londres, MacMillan Press, 1993.

WEST, Michael O.: «Like a River: The Million Man March and the Black Nationalist Tradition in the United States», Journal of Historical Sociology (12) 1, pp. 81-100.

WHITTIER, Nancy: «Political generation, Micro-cohorts and the Transformation of Social Movements», American Sociological Review (62) 5, 1997, pp. 760-778. DOI: 10.2307/2657359

WILHELMI, Gonzalo: Romper el consenso. La izquierda radical en la Transición española (1975-1982), Madrid, Siglo XXI, 2016.

YSÀS, Pere: «El PSUC durante el franquisme tardà y la Transició», en Giaime Pala (ed.): El PSUC de Catalunya, 70 anys de lluite pel socialisme, Barcelona, ACIM, 2008, pp. 147-182.

ZARAGOZA, Luis: Las flores y los tanques. Un regreso a la Primavera de Praga, Madrid, Cátedra, 2018.